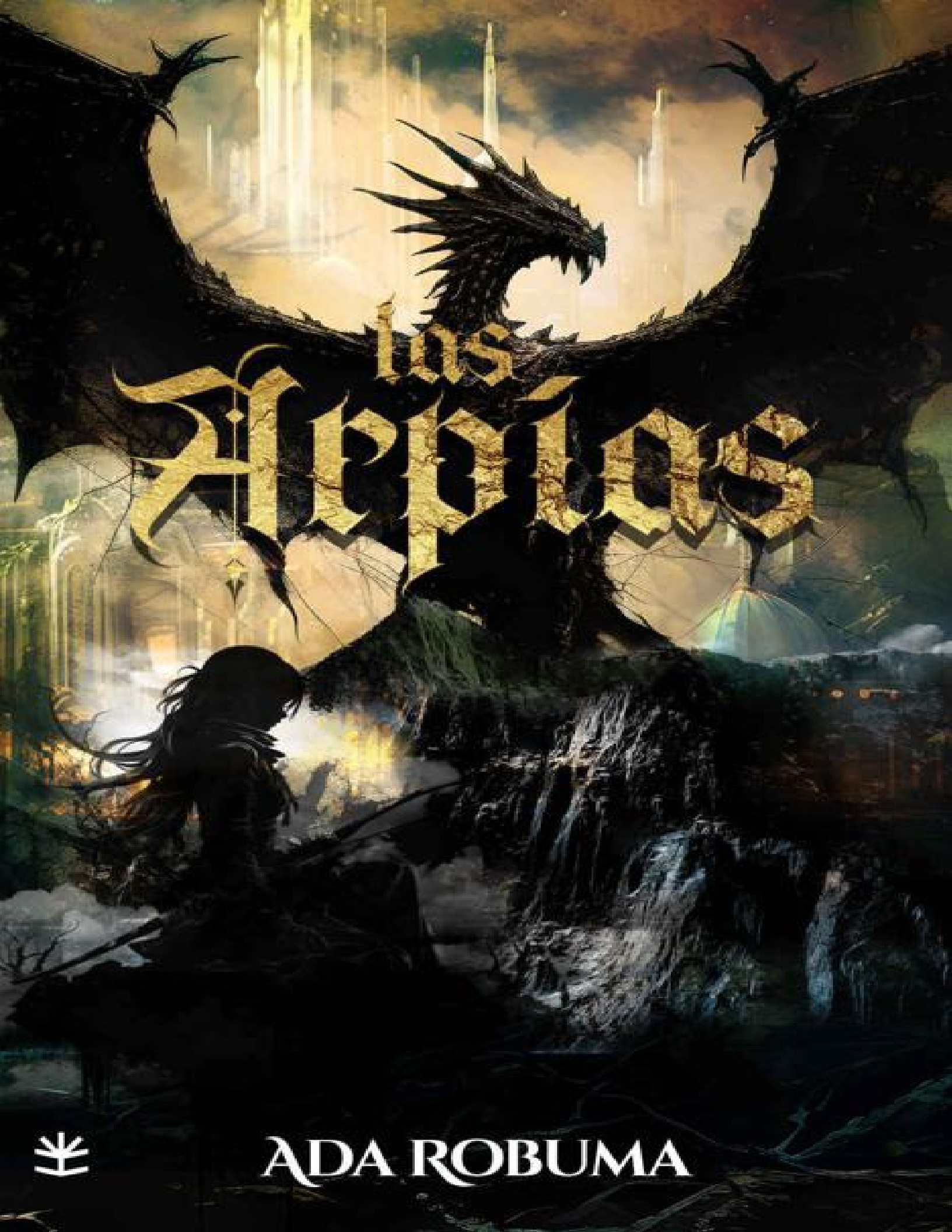

los
Abetos
ADA ROBUMA

Las Arpías

Ada Robuma



Las Arpías

Primera edición:
Mayo, 2024

Ada Robuma, 2024
Ediciones Arboreto, 2024
Chihuahua, Chih., México

Cuidado editorial:
Rebeca Favila
José Santillanes

Diseño de cubierta:
Virginia Salazar

ISBN (Pasta blanda): 978-607-69646-7-5
ISBN (Pasta dura): 978-607-69646-5-1
ISBN (Digital): 978-607-69646-6-8

www. edicionesarboreto.com
edicionesarboreto@gmail.com

Todos los derechos reservados.
Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

Número de registro: TXu 2-427-241

CONTENIDO

Honor, a quien honor merece
Preludio a la vida
Primera parte
Segunda parte
Tercera parte
Cuarta parte
Quinta parte
Bajo el mismo cielo



HONOR, A QUIEN HONOR MERECE

Si debo estar agradecida, sería a todas esas personas que me acompañaron en el proceso de la creación de esta novela. Igual que como les ocurrió a las Arpías, yo, sin un equipo, no hubiera abierto las alas de la manera en que lo hice, por eso, a todos los que formaron parte de este proceso hasta la publicación, merecen un lugar dentro de mi salón personal de la gloria.

Chris, esposo y compañero, por tu apoyo incondicional. **Á**ngel y **M**isael, amados hijos, por su paciencia infinita. **E**duardo y **G**raciela, mis padres, por siempre creer en mí.

Félix **J**. **P**alma **M**acías, escritor de *El mapa del tiempo*. Sin tu arduo trabajo y paciencia como mi maestro y amigo, yo sola jamás hubiera podido estructurar esta historia.

Lorena **A**mkie, escritora de la saga "Gothic Doll", fuiste mi luz en la oscuridad. Sin tu guía y sin tu apoyo desinteresado, esta historia no hubiera conocido el mundo.

Ángel **G**abriel **O**livo **D**íaz de **R**amos de Olivo Ediciones :*coach* cómplice de mi lado oscuro. Con tu empeño y dedicación logré dar la profundidad y coherencia necesaria que *Las Arpías* exigían.

Macarena **I**. **J**eldres, escritora y compañera de letras. Con tu sabiduría como escritora y como mi lectora cero, la novela alcanzó otro nivel.

José **S**antillanes y **R**ebeca **F**avila, mis editores de Ediciones Arboreto, por abrirme las puertas a su sello editorial.

Por último pero más importante.

¡**G**racias a ti, lector! Por la oportunidad que le has dado a las Arpías.


Cumbres del prisma
La vergüenza
Blythiem
ARDAITHE
del Este
Minas viejas
Paso Lumeyan
Salinas
Cuarzos
Aubery
del Norte
Cerros
Gnoset
Región de los tres caminos
Quara
La Capital
Pantano del Lamento
Zorava
del Sur
Vizier
del Oeste
Oasis
Árbol de la vida
N
E
O
S
Imperio KI RINMUILL

PRELUDIO A LA VIDA

—Tengo que dejar todo listo —se decía con insistencia la vieja Mariel al ir revoloteando con apuro entre sus cajones y baúles.

Bañada por la menguante luz del atardecer que se filtraba por la ventana, buscaba entre su ropa cada pieza mágica que ocultaba entre las telas. Ya había llenado una cajita con bigotes de gusanos gigantes, una bolsa con las mejores plumas de arpías y pájaros dorados, y había clasificado cuidadosamente las garras de diversas criaturas: las escamas las había guardado en un costal y los diversos frasquitos que contenían varios polvos de huesos los había etiquetado para facilitar su reconocimiento.

A simple vista podría parecer que todo eso no era gran cosa, pero un ojo entrenado sabría que aquello era oro puro; más que suficiente como pago a su querida y fiel ama de llaves por todas las edades de servicio.

Sus balbuceos, regañándose a sí misma por su poca organización, venían acompañados de algún que otro golpecito en su cabeza. Su insistencia por reunir todo lo que tenía la mantuvo en vela hasta el alba en compañía de su gato, que seguía su ir y venir un tanto adormilado.

De tanto rascarse la cabeza, su blanca melena quedó toda enredada. Se sentía cansada y lanzó un bufido que acabó por espantar al gato, que salió corriendo de la habitación.

—¡Maldito gato! —le gritó—. Ahora te vas y me dejas. ¡Si todo este desastre es por tu culpa! ¡Siempre exigiendo caricias cuando intento organizar todo!

En mitad de su alcoba observó el desastre que componían sus cosas, mientras repasaba mentalmente si algo se le había olvidado.

—¡Mariel, Mariel! —irrumpió su ama de llaves agitada, ignorando el caos que se había adueñado de la habitación—. ¡El príncipe! ¡Es el príncipe!

—¿Qué tiene el príncipe? —preguntó molesta por la interrupción.

—¡Que ha llegado, está aquí y solicita hablar contigo!

Por un instante, la anciana sintió un estremecimiento, un frío que se abría paso desde su vientre haciéndole sentir el vértigo del miedo.

—¡Por todos los dioses, niña! —exclamó buscando con la mirada sus sandalias—. Aún no ha amanecido. No debería haber llegado.

—¿Sabía que vendría? ¿Por qué no me avisó a tiempo? ¿Qué hago, Mariel? —preguntaba dejándose absorber por el pánico.

—Tranquila, niña. —Tomó sus manos con ternura para que le prestara atención—. Condúcelo a la cámara de la fuente. Pero antes, toma esto. —Señaló las piezas mágicas sobre su cama—. Es un regalo para vos. Sabes el valor incalculable de cada una de estas piezas. Vivirás sin preocupaciones el resto de tu vida. Y no me digas que no, porque este es mi modo de darte las gracias.

—Pero, Mariel, ¿de qué está hablando? —preguntó con confusión.

—Ya os había dicho que hoy sería la despedida. Moriré, pero vos vivirás tantas edades, que espero que todo esto te ayude a tener la vida que mereces, hasta que te llegue el día en que tengas que contar lo que aquí ha ocurrido.

Tragándose las lágrimas, la mujer asintió y apretó a la anciana con un fuerte abrazo, incapaz de pronunciar palabra. Había dedicado más de la mitad de su vida a cuidar de Mariel y no podía verla más que como se mira a una abuela. Afrontar el futuro sin ella era algo que no había contemplado y, ahora, debía hacerlo confiando en las palabras de la más prominente sacerdotisa en el imperio. No había mucho tiempo. Salió corriendo de la habitación cuando la anciana le dio la vuelta y con una cariñosa nalgada le indicó que se apresurase.

Cuando la vieja Mariel hizo acto de presencia en la cámara de la fuente, quedó sorprendida por el porte del príncipe. Era la primera vez que lo veía y no se parecía en nada a la imagen de sus premoniciones. De pie, frente a la pequeña fuente que se erigía en el centro del lugar, el príncipe jugueteaba moviendo los dedos en el agua con gesto de aburrimiento. Su juventud no restaba a su gallarda pose, que acentuaba su supremacía haciéndolo lucir más inalcanzable de lo que en realidad era. La luz de la ventana iluminaba su cabellera rubia formando la ilusión de que la rodeaba un aura y, aunque apenas había abandonado la infancia, con su presencia dejaba claro quién era.

—¡Mi príncipe! Sea bienvenido. —A pesar de su avanzada edad, se postró en el suelo ofreciendo su reverencia solemne.

—¡La loca Mariel! —exclamó el príncipe despectivamente, haciendo una mueca de asco ante su apariencia desaliñada—. Si no fuera porque de entre todas las sacerdotisas vos fuiste la preferida de mi padre, y porque nunca habéis errado tus visiones, no habría venido. Así que habla, anciana, revela lo que el futuro tiene para mí —exigió, dando a entender que no pensaba perder el tiempo con ella.

—Sí, por supuesto. —Se levantó Mariel sacudiéndose un poco sus rodillas doloridas—. Disculparéis mi atrevimiento, pero ¿qué es lo que ha provocado vuestra curiosidad?

—Nada importante —respondió levantando los hombros con una mueca compungida—. Hace un par de días tuve una visión confusa y, después de eso, mis pensamientos van de uno a otro y no puedo sacarlos de la cabeza. ¡Esa maldita voz que me exige venir a verte me tiene harto! Así que habla, vieja… Algo tenéis que decirme, ¿no es así?

—Ahora entiendo —respondió mostrando pesar—. Para que entendáis, antes debo hablaros de los relatos de la creación, de aquellos tiempos en que los dioses caminaban entre nosotros.

De un saquito amarrado a su cintura, la anciana tomó un poco de arena blanca y la esparció sobre el agua de la fuente para iniciar su relato.

—Como leyes inquebrantables, la Montaña de los Dioses era el único lugar prohibido para el hombre, y el Fuego de los Dioses, la única cosa inalcanzable. Ellos nos amaban, sí, y nosotros también los amábamos. Sin embargo, el temor que causaba saber que su ira no tenía límites cuando eran provocados, no nos impidió quebrantar ambas leyes cuando pusimos pie en la Montaña de los Dioses, y tratamos de obtener el Fuego Sagrado.

«Fue así como la soberbia humana se volvió insoportable para los dioses, y hartos de nosotros, nos dieron la espalda. El terror se apoderó de la humanidad, sabíamos que no dudarían en destruir el mundo para castigar nuestros errores. Suplicamos tanto y tan profundamente que al final se compadecieron y, gracias a nuestra terquedad, el castigo por nuestros pecados fue el exilio y el olvido.

«Los relatos también cuentan que antes del exilio se llevaron todo lo que nos habían dado. Dejamos de controlar los elementos; dejamos de controlar la naturaleza; pero, como recordatorio del amor que una vez nos tuvieron, nos dejaron dos regalos: el conocimiento intacto sobre la magia arcana y las bestias, pues sin ellas, crear objetos arcanos nos habría resultado imposible.

«Desde ese momento, han pasado muchas eras sin que hayamos vuelto a escuchar, aunque

fuera débil y lejano, el canto de los dioses— .A sus palabras, la vieja Mariel se inclinó sobre el agua de la fuente .—Hasta hoy …cuando el lamento de una diosa me despertó de noche y sus lágrimas llenaron esta misma fuente.

Con mirada dulce, la anciana observó un instante aquel viejo plato de piedra negra pulida que contenía las lágrimas de la diosa. Su quietud permitía ver con nitidez cómo la arena que momentos antes había arrojado dentro del plato se había asentado en el fondo, y le bastó introducir sus dedos y remover el agua en círculos para que comenzara a destellar con tenuidad. Un evidente trance se produjo en la sacerdotisa, dando la oportunidad al príncipe para ver las imágenes que comenzaban a darse forma en el reflejo del agua y, ayudado por la descripción que la vieja daba, pudo entender todo lo que ahí ocurría.

—El emperador será olvidado y su nombre, Efrén Kirínmuil, no tendrá ningún lugar en el Salón de los Héroes. Sus acciones lo mostrarán ante su pueblo como un demonio gobernado por los más bajos instintos. Ni el mejor vino saciará su sed; ni la más exquisita comida llenará su estómago; ni las mujeres más hermosas podrán satisfacerle como hombre, y ninguna de sus semillas germinará. Sus vicios se incrementarán y sus exigencias lograrán que sus cuatro señores feudales inicien una rebelión en la que finalmente será derrocado.

El príncipe no podía apartar los ojos de la cantidad de imágenes que se sucedían sobre el agua; en ellas podía ver con total claridad su fatal destino, en el que, una vez emperador, su comportamiento cruel y caprichoso provocaría una rebelión en su contra. Las consecuencias eran enormes, su linaje se extinguirá con él sin dejar el más mínimo rastro del legado Kirínmuil como imperio.

La anciana regresó del trance parpadeando con insistencia y, cuando se recuperó, buscó con cautela la mirada del joven Efrén Kirínmuil. Para su sorpresa, el príncipe permanecía tranquilo; sus facciones perfectas no mostraban ni una brizna de enfado o sorpresa, no reflejaban miedo o angustia, solo miraba el agua en silencio, hasta que finalmente preguntó:

—¿Eso es todo, Mariel?

—No, mi príncipe. —La anciana inclinó la cabeza para dirigir su mirada al suelo—. Uno de todos los dioses vendrá en persona a castigarle porque de vos nacerá la maldad que volverá a arrastrar a la humanidad a la catástrofe como si nada hubiese aprendido.

La anciana guardó silencio un momento tragando saliva, pero al ver cómo su futuro emperador la azuzaba con la mirada a seguir hablando, continuó:

—Sabrá que vuestro destino se acerca cuando nazca una mujer que irradiará fuerza y poder por cada poro de su piel. No habrá nadie con un potencial sobre cualquier arte como el que ella poseerá, y terminará abriendo las puertas del destino para que los dioses crucen la brecha que los alejaba de esta tierra olvidada.

«Sabrá que es ella porque incluso vencerá a sus sacerdotisas como si el poder de ellas fuera nada. Por eso, debe prepararse, debe estar alerta y buscar la forma de cambiar su porvenir.

—¿Será ella una sacerdotisa?

—Será todo lo que usted no alcance a imaginar que pueda ser.

—¡Perfecto! —exclamó el príncipe casi con alegría—. Te agradezco, Mariel, todas vuestras edades de servicio, la devoción y la preocupación que siempre habéis mostrado tanto con mi padre como conmigo, y entenderéis que nada de lo que has revelado debe salir de esta estancia… ¿Habéis hablado de esto con alguien?

—No, mi señor; nadie lo sabe. ¿Acaso olvida que soy la loca? Ya nadie me busca ni para una simple sanación, a nadie le interesa…

—¡Bien, bien! —interrumpió su lamento con fastidio.

La sacerdotisa permaneció quieta y en silencio. Sabía de sobra lo que sucedería y estaba preparada para ello. Podía haber huido, pero las edades le pesaban demasiado y aquel le había parecido un digno final. Pese a todo, su corazón se agitó con violencia y el miedo logró estremecerla. Afrontar la muerte es de valientes y ella no lo era. Nunca lo había sido.

Al ver a su gallardo príncipe acercarse con paso decidido, cerró los ojos, como si lo que fuera a suceder se tratara de un acto íntimo. Momentos después sintió el frío metal de una daga enterrarse en su vientre, y aunque se había dicho que viviría el momento a oscuras, no pudo evitar volver a abrir los ojos y contemplar por última vez el bello rostro de aquel portador de desgracias que la miraba sin la menor emoción mientras sacaba la daga de sus entrañas. Las piernas le fallaron e, instintivamente, trató de sujetarse al brazo del futuro soberano para no derrumbarse tan bruscamente, pero aquel jovenzuelo despreciable se apartó a un lado dejándola caer de rodillas.

—Efrén Kirínmuil... Su vida es una desgracia para el mundo —logró musitar antes de que el jovencito, harto de sus quejas, le alzara la cabeza tomándola de los cabellos enmarañados y, de un gesto rápido, la degollara sin piedad.

La sacerdotisa se desplomó a sus pies y Efrén lo observó con sumo deleite. Peinándose los cabellos con la mano ensangrentada, esperó hasta que el último hilo de vida se escapara del cuerpo de la anciana. Solo entonces reparó en que tenía su lujosa vestimenta salpicada de sangre. Malhumorado, se acercó a lavarse en la fuente y se encontró con su reflejo.

—Apenas ha empezado y ya me siento traicionado —murmuró mientras su reflejo se deformaba entre las ondas del agua, como si un demonio estuviera medio oculto en su silueta, como un parásito alimentándose de su alma.

»Mientras me seas fiel, te entregaré la gloria.«

La frase resonó en su cráneo como la voz de su conciencia y, al marcharse, dejó tras de sí solo muerte y burla ante la premonición de la vieja Mariel. No tomaría en cuenta todo el flujo de magia y poder que la sacerdotisa poseía; no le importaba que la premonición resultara en un futuro infalible, él se convertiría en el soberano absoluto de cada pedazo de tierra en el continente, y de cada ser sobre ella, y se juró ahí mismo que nada le quitaría su derecho.

PRIMERA PARTE



Tiempo, cubriendo con su manto cualquier momento.
Tiempo, que se desperdicia por igual
ya fueses un mísero pordiosero
o quizás un poderoso emperador.
Tiempo, que mide por igual.
Y si acaso buscas entre rezos,
que se detenga para ti.
No habrá clemencia, no habrá piedad.
Tiempo y olvido juntos, todo desvanecerán.

I

La noche estaba bastante avanzada cuando, dentro del palacio en la sala común de guerra, el príncipe Efrén caminaba de un lado a otro frente a su padre, el emperador, Nebeth Kirínmuil. Mostrándose agitado, Efrén balbuceaba para sí mismo palabras inentendibles mientras escuchaba a su padre negarle su petición. Su madre, la emperatriz Danica, junto con el consejero del emperador, Sóvha de Terga, eran los únicos testigos, y aunque estaban en silencio, se notaba su desaprobación.

—¿En qué momento pensasteis, hijo mío, que un príncipe puede nombrarse emperador en el momento que lo demande?

—¡Porque yo seré emperador!

—Lo serás —respondió con voz suave—, cuando hayan transcurrido tres edades desde el último ritual fúnebre a mi memoria.

—¡Esto es ridículo! —elevó su voz en un grito que no provocó ninguna reacción en su padre; en cambio, a su madre la obligó a ponerse en pie dispuesta a corregir a su hijo si así debía.

—Un príncipe que no sabe respetar a su emperador difícilmente tendrá la sangre como para respetar a su pueblo —le reprochó la emperatriz sin poder ocultar su tono materno.

—¡Es mi padre! ¿Debo hablarle como si yo fuera uno más de sus súbditos?

—¡Efrén! —le habló en reprimenda el emperador, mostrando disgusto por primera vez—. Esta conversación ha terminado, jovencito. Retírate.

El enfado de Efrén era tanto que podía sentir su corazón pulsar dentro de su cabeza. Estaba furioso porque nadie lo entendía, nadie comprendía que él debía ser emperador ya, antes de que le robaran más de su preciado tiempo como regente del imperio, y al ver la negativa, supo de inmediato que solo tenía una opción.

Detuvo sus pasos y se mantuvo de pie frente a su padre. La distancia entre ellos era poca. Mirando al suelo escuchó la voz de su conciencia con más fuerza que nunca, y sin decir nada, con paso firme caminó hasta el sitial donde su padre se encontraba; se inclinó, le tomó del antebrazo con una mano y con la otra le rodeo la espalda en un abrazo cordial e íntimo.

—Deberá perdonar mi comportamiento, padre. Os prometo que se sentirá muy orgulloso de mí cuando sea emperador —le susurró al oído.

No obtuvo respuesta, los ojos del emperador se abrieron de par en par, y cuando Efrén soltó a su padre para alejarse, lo hizo dejando un cuerpo inerte con una daga clavada en el centro del pecho, lo cual causó la muerte al momento.

—¿Qué has hecho? —exclamó la madre en una creciente ansiedad, quien, sentada a un lado del ahora fallecido emperador, se percató de todo—. ¿Te has vuelto loco?

Un impulso movió a Efrén, soltó a su padre y se abalanzó hacia su madre. Le cubrió la boca con la mano ensangrentada, no quería escucharla gritar, ni mucho menos llorar, le ponía los nervios de punta. En un susurro, como si arrullara a un bebé, le pedía que se calmara mientras sentía la lucha que la emperatriz ofrecía por liberarse de su agarre, pero Efrén no la soltó. Apretó su cabeza contra su pecho con más fuerza, meciéndose con locura, sintiendo cómo poco a poco se iba relajando su madre.

El fiel Sóvha estaba petrificado de la impresión. Su reacción inicial fue dar unos pasos torpes

hacia donde se encontraba la familia completa. Lo que estaba presenciando era demasiado como para procesarlo; tropezando con él mismo llamó la atención del joven Efrén, y al mirarlo directamente a los ojos, sintió el terror como nunca lo había sentido. Sus gallardas y juveniles facciones se deformaban en unas demoníacas, su mirada se inyectaba en locura y la potente magia que cada uno de los emperadores poseía comenzaba a salirse de control haciendo temblar levemente el piso del salón.

El terror era demasiado, no lo pudo soportar y retrocedió, intentó darse la vuelta y correr, pero en ese instante una fuerza invisible le sujetó. La dulce y aniñada voz del príncipe se escuchó grotesca: «¿Vas a algún lado?», le cuestionó al tiempo que Sóvha quedaba inmóvil, presa de alguna fuerza psíquica. «¡Nada de lo que ha ocurrido saldrá de aquí!», le aseguró Efrén al tiempo que esa misma fuerza física partía por la mitad al fiel consejero del emperador.

El silencio predominaba en la sala y Efrén estaba en completa calma, no tenía ni el corazón agitado. Sus acciones no parecían afectarle en absoluto, y cansado de todo aquello, soltó a su madre dejándola caer sobre el suelo del salón. Se inclinó para verla, parecía algo irreal y acomodó un mechón del cabello que cubría su rostro para poder verla mejor. Con la punta de los dedos tocó la nariz rota de su madre y, con su propia manga, limpió la sangre que escurría de la misma. Se estremeció un poco al darse cuenta que sus ojos color chocolate le miraban fijamente, casi con dureza. Nunca fue capaz de soportar esa mirada, mucho menos ahora, y arrojó sobre ella parte de su falda para cubrirla.

Observó su entorno como quien observa una mesa llena de postres y se sentó a lado de su padre, en el sitial que antes ocupara su madre, jugueteando con su pie la tela de la falda. Por un largo rato no hizo nada, hasta que el aburrimiento se apoderó de él y se marchó en búsqueda de alguien que limpiara lo que había hecho.

Sus pasos errantes lo llevaron hasta Saíd, una sacerdotisa de renombre pero sin tanta importancia, sedienta de una oportunidad. Debido al nivel de poder en ella, no era candidata para convertirse en una sacerdotisa consagrada y se la conocía más que todo por su belleza, pues sus atributos mágicos la dejaban en el lugar en el que estaba, bajo la sombra de Verona, la actual suprema sacerdotisa. Sin embargo, su astucia compensaba todo, y los maestros, y hasta la propia Verona, tenían sus ojos siempre puestos en ella, pues sabían que de tener la oportunidad de prosperar dentro de la corte, no dudaría en hacer lo que fuera, y esa noche eligió su camino.

Saíd estaba apresurada en búsqueda del gran maestro para llevarlo ante Verona, la cual, sin ninguna clase de advertencia había decaído físicamente y en esos momentos se encontraba entre la vida y la muerte. Lo único que Saíd sabía era que Verona se había sujetado el pecho, a la altura del corazón, y había caído al suelo retorciéndose de dolor y asfixia hasta perder la conciencia.

Detuvo la premura de sus pasos al encontrar al joven príncipe en mitad del pasillo, completamente imperturbable, la observó acercarse, y Saíd sintió el corazón agitado. El príncipe se mostraba con las manos dentro de los bolsillos, y con las sombras de la noche como amparo, Saíd tuvo la impresión de ver su figura deformarse por un segundo, como si de su espalda emergiera una sombra demoníaca gigante agitando el aire como si estuviese caliente. Un parpadeo borró la ilusión y mantuvo su paso apresurado hasta que llegó a él. Haciendo su reverencia, advirtió las ropas ensangrentadas que portaba el joven y lo miró sin poder articular palabra.

—Me gusta que os quedéis callada —confesó el príncipe recorriendo el cuerpo de la sacerdotisa con la mirada—. Hice algo y necesito limpiarlo. ¿Os apetece ayudarme?

—¿Ahora, mi señor?

—Ahora.

—Ocurrió algo con Verona, está en su cámara al filo de la muerte y yo…

—¡Bien! Pero recuerda, nadie es indispensable, y yo seguro que encuentro al hechicero adecuado para mí, pero vos… ¿volveréis a tener la oportunidad de que tu emperador esté en deuda con vos?

Efrén se dio la vuelta comenzando la retirada y Saíd le siguió en silencio después de tragar saliva, desviando su mirada, alternando entre seguir a su príncipe o buscar ayuda para Verona. Al entrar en la cámara de guerra, la impresión que tuvo la dejó completamente estática, no cubrió su boca, no gimió sorpresa, no maldijo a los dioses, no preguntó qué había ocurrido, se quedó quieta y dura como una estatua y Efrén sonrió sintiéndose satisfecho por su reacción.

—Me gusta que os quedéis callada —le halagó una vez más, acercándose, tomando una de sus trenzas para juguetear con ella—. Ahora muévete, arregla este desastre, y cuando hayas terminado, búscame en mi recamara, que quiero saber todos los detalles.

—Sí, mi señor.

—Por cierto… —entonó deteniendo el paso sin voltear a verla—. Señores hay muchos, pero emperador solo uno. Vuelve a llamarme un simple señor y perderás la lengua.

—Sí… mi emperador.

Aunque no la viera, Saíd se inclinó en reverencia y Efrén salió del lugar. A ella le tomó un buen rato recomponerse y otro poco para asentar su fidelidad. Una vez establecido que el príncipe y futuro emperador tendrían en ella a alguien en quien confiar, fue fácil montar la farsa y encontrar un aliado en todo esto: Kronien Gorzmull, iniciado como nuevo maestro estratega en la organización de las legiones. Y, aunque no resultaba creíble, el rumor de que Sóvha de Terga había perpetrado los asesinatos de los emperadores Nebeth y Danica Kirínmuil, fue lo único que se escuchó.

Así comenzó el ascenso para Efrén, quien, sin esperar a que todos los rituales fúnebres finalizaran, obligó a su corte para que le nombraran de inmediato como nuevo emperador, y pese a toda la oposición y toda la crítica, una semana después de la muerte de sus padres, él estaba celebrando su ceremonia de ascensión.

La suprema sacerdotisa Verona sobrevivió aquella fatídica noche, y con el nuevo emperador al mando, se esperaba que ella le jurara lealtad como las tradiciones y la magia demandaban, pero no fue capaz; y entonces Saíd fue nombrada como suprema sacerdotisa en su lugar, aun en contra de los sabios del consejo y de los grandes maestros. La realidad era que haber encubierto los asesinatos le valió para eso y mucho más, y se convirtió en la persona de más confianza para el ahora emperador Efrén Kirínmuil, cargando con ella el rumor y las miradas, pues se supo, debido al descaro del emperador, que ellos dos compartían cama.

Podría pensarse que, tras el inesperado fallecimiento de sus padres y su repentino ascenso al trono, a Efrén Kirínmuil le habían robado las mejores edades de su infancia, pero eso no suponía ningún problema para él. Ni siquiera se molestó en disimular lo mucho que disfrutaba de todo aquel poder que, de la noche a la mañana, había caído en sus jóvenes manos, lo cual avivaba el rumor de que había sido el causante de la muerte de sus propios padres.

Con el paso del tiempo, cansado de aquellos acertados pero malintencionados rumores, comenzó a ejecutar a quienes se atrevían a expresar palabra alguna y a poner en tela de juicio su labor como emperador, y para evitar algún tipo de levantamiento en su contra, se esmeraba para que las ejecuciones fueran con el mayor daño posible, no solo para el que iba a morir, sino también para la familia, obligando a sus parejas a presenciar la sentencia y amenazando después con que, si palabra alguna salía de sus bocas, ocurriría lo mismo, pero ahora los hijos serían los

testigos.

Su sangre despiadada no tenía límites, y el emperador se fue convirtiendo cada vez más en lo que la vieja Mariel vaticinó y sin nadie que se atreviera a contradecirlo, los excesos comenzaron a llenar su vida y la brutalidad demostrada no hizo más que silenciar a sus cortesanos y a la servidumbre, hasta que nadie fue capaz de oponerse. Ya fuera una mirada, que si al emperador le hacía sentir incómodo, la cabeza a la que pertenecían aquellos ojos acusadores, sin importarle quién fuera el dueño, rodaba en el acto por las lujosas alfombras.

Fue entonces cuando su corte creyó que una vida en matrimonio le sosegaría. Para ese momento, estaba próximo a tener dieciocho edades y era más que perfecto para el compromiso. Y a pesar de su resistencia, la suma sacerdotisa comenzó los rituales necesarios para encontrar a la futura emperatriz.

—¿Por qué sois necia? —le argumentaba el emperador ante la determinación de la sacerdotisa por encontrar a la mujer indicada.

—No es necedad, mi emperador. Los dioses siempre han provisto a cada emperador de una emperatriz y usted no será la excepción.

—Estoy seguro que los dioses se han olvidado de mí.

—Tonterías, mi emperador. Su corte también necesita la tranquilidad de conocer a su emperatriz, y usted tiene el deber de engendrar hijos hasta que nazca el nuevo sucesor… o quién sabe, quizá sucesora.

—¡Qué ingenua! —se burló con una estridente carcajada—. Ojalá fueses la mitad de buena que fue Mariel, así podríais ver más allá de tus ojos.

—Mi emperador, lamento no ser como ella —replicó sintiendo una punzada en el orgullo—. Por lo mismo, debo poner más empeño en llevar a cabo mi tarea y darle una emperatriz es lo primordial.

¡—Cada vez os vuelves más vieja y terca¡ !Hazlo! Y comprueba por ti misma que los dioses no tienen nada para mí.

—Mi emperador —exclamó en tono solemne—, os hablaré como su maestra y no como su sacerdotisa para que recordéis la historia de su legado con lujo de detalle y no olvidéis la gracia y la responsabilidad que tenéis bajo su cuidado.

«Por lo tanto, no debe olvidar que en el exilio, los dioses, al ver nuestra naturaleza destructiva y voluble después de que quebrantáramos las leyes divinas, implantaron ellos mismos a la dinastía dándole la capacidad de controlar a toda la humanidad. Los reinos, que en antaño existieron, fueron desapareciendo uno a uno seducidos por la fuerza del linaje en la dinastía ,y así llegó un momento en que ninguno de esos antiguos reyes logró subsistir y en su lugar quedó un único linaje con la capacidad de regirlo todo sin crear resistencia.

«Un linaje guiado por un hombre a quien será entregada una emperatriz de entre todas las mujeres, con la bendición de continuar la línea de sangre.

«Una mujer elegida por mandatos divinos cuando la marca perteneciente a la dinastía aparezca en su piel, y yo, como suma sacerdotisa, sea capaz de escuchar el llamado emitido por ella para la unión con usted.

—¡Necia! —reafirmó incrédulo, recordando la profecía de la poderosa Mariel—. ¡Ve, hazlo, os dejo únicamente porque quiero veros fracasar!

Pese a los malos augurios del emperador, cuando los rituales emitidos por la suprema sacerdotisa rindieron sus frutos, la corte quedó encantada con la hermosa jovencita de alta alcurnia que acababa de tener su primer sangrado, muestra de que ya estaba lista para contraer nupcias. Su cabello castaño de rizos intensos y con ojos almendrados, casi negros, la hacían lucir

en extremo peculiar.

Después de hablarlo con el emperador se arregló el encuentro apresurando la ceremonia nupcial. Aunque las costumbres dictaban que la futura emperatriz debía vivir no menos de cinco meses bajo el amparo de su nuevo hogar antes de contraer nupcias, al emperador no le importó y solicitó su presencia un día antes de la ceremonia.

En realidad, quería hacer fallar la ceremonia y que no estuviera lista. De esa manera podría negarse, pues se consideraría un mal augurio, pero todo estuvo listo en el tiempo estipulado y la futura emperatriz arribó a palacio en el momento en que el emperador lo exigió.

Las expectativas que la jovencita tenía eran amplias, los rumores respecto a su futuro marido hablaban de que era gallardo y varonil, de cabellera dorada y con el cielo en la mirada, con una complexión bien cuidada y alta estatura que lo hacía resaltar aún más, decidió no hacer caso a los rumores que hablaban horrores de él. La joven supo mantenerse en una nube de ensoñación y el día que arribó a palacio, después de que la alojaran en una habitación, recibió la pronta visita del emperador.

Las damas de compañía se atareaban en desempacar sus pertenencias y los emisarios de su hogar, como sus padres, hermanas y hermanos que le hacían compañía, hurgaban cada rincón como si con ello pudieran dar su aprobación. Las risas y la charla se vieron interrumpidas cuando, sin ningún aviso, el emperador entró en la habitación seguido por la suprema sacerdotisa y Kronien Gorzmull, su consejero de confianza. El golpe de la puerta al abrirse y chocar con la pared dejó un ruido sordo sobresaltando a todos por igual.

Para ninguno de los presentes había duda: era el emperador. La descripción encajaba y su potente aura se sentía con supremacía. La futura emperatriz lo observaba con ensoñación. El joven emperador la recorrió con la mirada con descaro, asintiendo levemente para dar su aprobación por lo que veía. Dirigiéndose a ella, como si nadie más existiera, le habló:

—La suma sacerdotisa Saíd me habló un poco de vos —comenzó la charla—. Asegura que tenéis la marca. ¿Es verdad?

—Sí, mi emperador, la tengo —pronunció dejando ver el orgullo que aquello le causaba.

—Quiero verla. Muéstramela.

—¡Mi emperador! —suplicó la suprema sacerdotisa en un intento por detenerlo—. ¡No es necesario todo esto!

—¡Vuelve a abrir la boca sin que pida vuestra opinión y vuestra cabeza será la siguiente en adornar una de tantas picas solitarias! —le advirtió Efrén iracundo, sin emitir un grito, pero causando el mismo efecto aterrador en todos los presentes, como si la amenaza la hubiera hecho no solo para ella—. ¡Muéstramela! —le volvió a exigir a la jovencita, que había palidecido notablemente.

—P-pero… —logró articular llenando sus finas facciones con una expresión que no ocultaba el miedo que sentía—. No puedo hacerlo —balbuceó en un tono tan bajo que Efrén tuvo que esforzarse para oírla.

—¿Cuál es vuestro nombre?

—Vanessa, mi emperador.

—Bien, Vanessa, no os pregunté si podíais hacer algo, os ordené que hicierais algo. No voy a perder mi tiempo con vos y no pienso hacer mis juramentos nupciales si no he constatado por mí mismo que tenéis la marca.

—¡Por favor! —exclamó en una súplica—. Jamás le engañaría, debe creerme, ¡tengo la marca!

—¡Mi corte está desesperada porque este casamiento ocurra! —le gritó perdiendo los estribos,

acercándose a ella, amenazante—. ¿Y vos queréis que os crea solo porque lo aseguráis o porque mi sacerdotisa lo ha dicho? ¡Muéstramela! ¡Ahora!

Los ojos de Vanessa se llenaron de lágrimas, su corazón se desbocaba lleno de terror, tallándose las manos intentaba calmar su ansiedad y la boca se le secó al instante.

—¿Qué estáis esperando? —volvió a exigirle sin ocultar la amenaza que suponía.

—La marca se ubica en la base de mi espalda —alcanzó a articular sintiendo el martilleo de su corazón resonar en su cabeza—. Tendría que quitarme mis prendas casi por completo para que pudiera verla.

—¿Y cuál es el problema? Si tan segura estáis de que la tenéis, mañana a esta misma hora ya serás mía. ¿Crees que me importa en qué momento te vea desnuda?

—N-no… No es apropiado —susurró con tanta debilidad que fue casi inaudible, desviando los ojos hacia su familia, quienes miraban con impotencia.

De una zancada quedó frente a ella. Estirando un poco el brazo, la sujetó por la muñeca y un fuerte tirón terminó de acercarla a él. La sujetó por los cabellos de la nuca y la mantuvo en su lugar, acercándose a su oído le habló en un tono bajo que solo ella escuchó.

—Una despreciable sacerdotisa vaticinó que no tendría descendencia y que los dioses me castigarían… ¿Y vos y la estúpida de Saíd queréis que crea que sí tendré emperatriz?

La mirada del emperador se inyectaba de locura y Vanessa entendió que con ese hombre no tenía opciones, le quedó claro cuando comenzó a sentir los jalones que le daba Efrén en su intento por arrancarle la ropa y terminó cerrando los ojos, esforzándose sin mucho éxito para que sus sollozos fueran silenciosos.

La humillación era excesiva y su corazón destrozado no hallaba consuelo. Su padre había hecho amago por detener lo que ocurría, pero al acercarse más de la cuenta, una fuerza invisible lo hizo caer boca bajo, oprimiéndolo contra las baldosas del suelo. La conmoción creció entre todos los presentes y guardaron silencio cuando una mirada afilada de Efrén se hizo presente. El padre de Vanessa estaba siendo asfixiado por la misma fuerza física que lo mantenía en el suelo y su mujer, entre sollozos, se arrodilló; acercándose a gatas con extrema precaución, suplicando piedad.

La fuerza invisible que lentamente mataba al padre cesó y Efrén volvió a dirigirles una mirada despiadada y desbordante de locura. No hubo más movimiento, todo se mantuvo en silencio a excepción del llanto de Vanessa. El emperador pudo continuar con su labor sin ningún tipo de interrupción, y al lograr su cometido, Efrén observó con ojos ávidos la desnudez de Vanessa antes de empujarla y dejarla de rodillas contra el sofá, dejando su espalda expuesta.

Efrén frunció el ceño hasta arrugar la nariz, no podía ocultar su molestia al ver con sus propios ojos la marca sobre la piel perfecta de esa mujer, la misma que acompaña a cada consorte y a cada sacerdotisa del emperador regente: una rubra muy parecida a una gota de agua que gira en espiral sobre su centro, marca que ha caracterizado a la dinastía y que tanto cónyuge como sacerdotisas adquieren de forma mágica y mística.

Sintió duda, pero la venció de inmediato y se acercó a ella para recorrer la marca con la punta de su dedo, sintiendo un escalofrío profundo que le confirmó que era real. Tomando un par de profundas respiraciones se retiró un poco. Al observar la postura sumisa y sometida sintió lujuria; le costó mucho contener sus instintos cuando se hincó a su lado, apoyando su cuerpo en el sofá de la misma manera en que ella estaba y, con la voz en advertencia le habló en confidencia:

—Soy vuestro emperador, Vanessa. La loca Mariel nunca erró ni una sola de sus profecías, por tanto, será verdad que los dioses me negarán la continuación de mi linaje y eso solo significa

que estáis aquí para mi deleite. ¿Lo entendéis? La próxima vez que os pida hacer algo, lo haréis. ¿Os queda claro? Y si después de hoy decides huir, o si en algún momento me desobedecéis, buscaré al ser más cercano y querido para ti de tu familia y prepararé una tina con su sangre para que te des un baño. ¿Te agrada la idea?

Los sollozos no le permitieron responder,Vanessa afirmó con fuertes movimientos de cabeza y, por fortuna, fue suficiente para Efrén, que salió de la alcoba sin prestar atención a todos los que observaban con horror. Lo ocurrido no salió del grupo de testigos por respeto a la futura emperatriz, y todo aquel que no supiera del incidente festejó al pensar que una mujer lograría asentarle.

Desde el primer momento fue tomada con salvajismo, y después de los tres días de rituales y festejos, Vanessa no tuvo opción más que seguir los mandatos de su esposo, permaneciendo enclaustrada en un área del palacio exclusiva para todas las concubinas que ya poseía el emperador, y no hubo suplica alguna, ni de los padres, ni de nadie, que sacaran a la joven de su prisión.

II

Las edades comenzaron a pasar, y como si de una maldición se tratase, Vanessa perdía cada uno de los embarazos que lograba gestar, y el severo castigo que recibía por parte del emperador ante cada pérdida la tenía más que aterrada.

Efrén estaba cansado de tener todas las presiones que su corte ejercía para engendrar un heredero, y aunque despreciaba a todos sus súbditos, llegó a pensar que matarlos no le serviría de nada; los necesitaba, cada uno de ellos se ocupaba de asuntos importantes sobre el imperio, y Efrén solo tenía que supervisar levemente que todo estuviera en orden. Por lo mismo, callar sus bocas dándoles lo que pedían se volvió una especie de obsesión para él.

Durante varios días observó a su corte: desde sus consejeros hasta sus capataces, e incluso alguno que otro noble de baja alcurnia que daba su servicio dentro de palacio. Los veía a todos y los analizaba por completo: su descendencia y la procedencia de su legado, pero al poner atención en uno de sus legionarios tuvo la certeza de que era el indicado. Su familia provenía de una larga estirpe de guerreros, en cada generación siempre se elegía al mejor de todos para ser entrenado y, como si fuera cosa del destino, ese linaje terminaba en un alto mando dentro de palacio.

El hombre al que tenía en la mira se llamaba Raneti, era el más agresivo, rápido, y despiadado de todos sus legionarios. Aún era joven, pero era codiciado por las cortesanas ante su buen porte y era el favorito de todos. Incluso se decía que cuando tuviera un poco más de experiencia, podría ser el mejor candidato para convertirse en la mano derecha del emperador, de la misma forma que había ocurrido con su padre, Sóvha de Terga.

Este guerrero había llenado todas las expectativas de Efrén. Tenía todo lo que buscaba. En general, eran sus rasgos, sus ojos claros y su cabello dorado lo que más le interesaba. Era fiel, el más fiel de todos sus perros, y por eso lo eligió, y aunque le ponía enfermo compartir lo que era suyo, sabía que no tendría mejor opción.

—Los dioses le den gloria eterna —saludó Raneti inclinando la cabeza con el puño sobre el pecho cuando acudió al llamado de su emperador.

—¿Podrías dejar las formalidades para después? —le ordenó Efrén acercándose a él mientras le ofrecía una copa de vino—. Hay un trabajo que llevar a cabo y necesito saber inmediatamente si podéis hacerlo por mí.

—Por supuesto, mi emperador —le aceptó la copa, y se relajó un poco ante la confidencialidad del emperador—. ¿Qué hace falta que haga?

—¡Bastante! —enfatizó—. Pero de hacerlo, firmarás un pacto de sangre y pondrás tu palabra de no hablar nada de lo que ocurra a cambio de tu vida.

—¡Mi emperador! No hay cosa que no haría por usted.

—¿Os comprometes y aceptaís sin antes saber lo que necesito? —preguntó sorprendido ante la determinación de Raneti.

—¡Por supuesto, mi emperador! Dé la orden y obtendrá lo que pida.

—¡Perfecto! Comenzaremos ahora mismo. ¡Seguidme!

Entre pasillos del palacio lo fue guiando. Raneti no tenía dudas al respecto, caminaba con el rostro en alto y con una seguridad inquebrantable. Cuando se dio cuenta de que atravesaron la

puerta que delimitaba el área prohibida del palacio, no se inmutó, y mantuvo el paso firme. Cuando llegaron a una puerta enorme de madera tallada en la que se apreciaba el emblema de la dinastía, tuvieron que esperar a que Verona, custodia del lugar, retirara la barrera mágica que impedía cruzar al otro lado. Una vez hecho, la puerta se abrió y ambos quedaron ante un pasillo larguísimo en forma de túnel, de paredes blancas sin ventanas, alumbrado por orbes de luz que no dejaban un solo lugar en penumbra.

Al final del túnel los recibió un precioso jardín que engalanaba una edificación de cuatro niveles que lo rodeaba por completo. Con un aire de pajarera, podía verse el cielo a plenitud; un pasillo con vista permanente al jardín subía en una espiral dando acceso a cada uno de los niveles. Raneti continuó en silencio siguiendo al emperador, hasta llegar a una habitación ubicada en el último piso.

La iluminación era sutil. Un sitial de oro cubierto en cojines de seda era lo primero que resaltaba. Fuera de eso, no había mucho más, a excepción de una especie de escenario que se ubicaba a poca distancia del sitial. El suelo del escenario estaba cubierto en mantas finas y telas suaves, con sus cuatro postes que iban desde el suelo hasta el techo bien arraigados en cada una de sus esquinas, y por lo demás, no había mucho que llamara la atención. Aun así, era lujoso y elegante.

Raneti prestó atención a Efrén cuando este se aclaró la garganta. Al voltear para verle, él ya estaba semiacostado en el sitial y sostenía en la mano una botella de vino, la cual le ofreció. Señalando un mueble cercano, le indicó servir las copas y Raneti obedeció. Bebieron juntos después de un brindis, antes de escuchar las indicaciones de su emperador.

—¡Me mata el suspenso!

Las palabras de Efrén fueron el preámbulo, sonando tres veces sus palmas, hizo abrir una puerta por la que entró la emperatriz. Imposible no reconocerla, la corte y todo aquel que le vieron el día de su casamiento hablaron de ella durante meses y halagaron al emperador por la encantadora mujer que los dioses le habían otorgado. Su belleza era y sería memorable.

La emperatriz mantenía el mentón en alto y caminó unos pasos hasta que se percató de la presencia del extraño. Raneti posó una rodilla al suelo de forma automática hundiendo el mentón sobre su pecho. Sin corresponder el saludo, Vanessa continuó su camino antes de que Efrén la llamara, y se arrodilló a su lado mostrando sumisión. Efrén le acarició el cabello y, mientras lo hacía, le dio a Raneti las instrucciones de su mandato.

—Tu familia ha sido fiel al imperio por generaciones, Raneti. Tu padre fue fiel al imperio hasta que la locura se apoderó de él y asesinó a mis padres. Estás en deuda conmigo por muchos motivos, y es momento de que pagues en algo mi generosidad al no hacerte pagar por los crímenes de tu padre.

—Sus órdenes son mis deseos, mi emperador —afirmó.

—Mi querida Vanessa ha estado muy nerviosa últimamente, me parece que necesita de una cría que calme sus ánimos. Y tú, el más prominente de mis guerreros, eres perfecto para la tarea.

—No entiendo, mi emperador —exclamó confundido ante el silencio de Efrén y su mirada penetrante, rompiendo de paso la reverencia que mantenía desde el momento que la emperatriz había hecho acto de presencia—. ¿Para qué puedo ser de utilidad?

—¡Serás tú quien brindará su semilla a mi querida Vanessa hasta que ella quede preñada! —suspiró sus palabras conteniendo la frustración.

—¡Mi emperador! —exclamó sorprendido y se puso en pie, oscilando la mirada entre sus emperadores.

—¿Tan pronto os retractáis? —se burló Efrén—. Si así de voluble será tu fidelidad, deberíais

pensarlo mejor antes de comprometer lo que decís.

La confusión se apoderó de Raneti, pero también de la emperatriz. Ese hombre era la primera persona que ella veía fuera de las habituales criadas y las otras concubinas desde que fue confinada a esa pajarera humana. El emperador resultaba ser un hombre bastante posesivo y no gustaba que nadie viera a las mujeres que tenía a su disposición, y ahora, escucharle decir semejante locura la descolocó. La voz le tembló ligeramente y en un tono muy bajo, para que solo Efrén pudiera oírla, pronunció su nombre como si fuera una súplica.

—¿Darás tu opinión? —preguntó Efrén sin mostrar enfado—. ¿No te gusta Raneti? Puedo conseguirte a alguien más.

—No deseo estar con nadie que no sea mi emperador —susurró mirando al suelo.

—¿Acaso pregunté si querías? —replicó enfadado, empujándola con tanta furia que la emperatriz no hizo otra cosa más que cubrirse el rostro con las manos—. ¡Me darás un maldito heredero, te guste o no! —continuó a gritos y se puso en pie con intenciones de abalanzarse sobre ella, mostrando la amenaza que en realidad representaba.

—¡Mi emperador, le pido calma! —suplicó Raneti en un intento por distraerle—. Entienda que su petición es algo… inusual. Le suplico, necesito tiempo…

—Una noche y su día —sentenció—. Mañana a esta misma hora deberás servir a tu emperador como lo demando. De no hacerlo, serás ejecutado. Mientras que a ti, mi querida Vanessa, te castigaré cada día hasta que consiga a alguien que haga lo que Raneti no pudo.

Su general fue expulsado del recinto de la emperatriz y llevado directamente a un calabozo donde permaneció aislado. Raneti meditó todas sus posibilidades. La consternación le abrumaba, depositar su semilla en su soberana iba en contra de todos sus principios y de todas sus promesas para el imperio. Era una falta de respeto gravísima, y a pesar de que la emperatriz era una mujer deseable, no se creía capaz de hacer semejante pedido. Incluso llegó a pensar que se trataba de una trampa para medir su fidelidad y, al final, eso fue lo que eligió pensar.

Cuando la hora acordada llegó, Saíd fue la encargada de sacarlo de su celda y lo condujo hasta el recinto de la emperatriz. Los calabozos eran un sitio sucio y maloliente, y el aspecto de Raneti, después de pasar tanto tiempo ahí, no era el mejor. Por tanto, cuando la sacerdotisa le condujo hasta una bañera repleta de agua hirviente, no dudó en asearse un poco. Toda su ropa, incluida su ostentosa armadura, había desaparecido. En su lugar, le dejaron un juego de pantalón y toga holgada. Sin nada más que usar, ni siquiera calzado, Saíd lo condujo hasta un salón dispuesto con una mesa repleta de comida. Aceptó comer en soledad, llenando su estómago vacío hasta sentirse satisfecho, ya que, con su abrupto encarcelamiento, le habían privado de alimento.

—Eres un buen hombre, Raneti —escuchó hablar a la sacerdotisa—. Pero también debéis ser más inteligente. Ya sabéis que con el emperador no se juega, que siempre obtiene lo que quiere y que carece de paciencia. Si uno de sus hombres le falla, siempre habrá un reemplazo.

—Lo sé. Pero dígame algo, sacerdotisa. ¿Sabe lo que me ha pedido que haga?

—Tengo conocimiento de todo lo que el emperador hace o dice. Por algo soy la suprema sacerdotisa. Y si hay algo que necesitáis saber ahora es que negarte no salvará a la emperatriz, únicamente retrasarás un poco el mandato.

—¿Es en serio todo esto? —preguntó consternado, incapacitado de entender la razón de aquel capricho.

—¿Alguna vez habéis visto al emperador pedir algo que no desee?

La charla con la sacerdotisa le reforzó su fidelidad al emperador, y pese a que sabía que no podría hacer lo que se le ordenaba, quiso mantener la esperanza de que su emperador se diera

cuenta de que era de fiar y no le ejecutaría.

Cuando fue llevado a la misma sala de la noche anterior, sintió los nervios crecerle al ver a sus emperadores esperando por él. Desde el sitial donde se acomodaban, Efrén acariciaba la cabellera de Vanessa, y pudo notar por primera vez que la acción y los movimientos de su emperador hacían parecer a su emperatriz como una mascota a sus pies.

Postrando su rodilla al suelo, entregó su reverencia y permaneció en esa pose ante el silencio del lugar. En un lapso muy breve escuchó movimiento, el resonar de unas copas, el líquido llenando cada una y, por último, la voz de su emperador ordenándole ponerse en pie. Fue una verdadera sorpresa ver que quien servía las copas era la emperatriz; un acto no digno de ella. Podía notar la deshonra que le causaba, pero al mismo tiempo lucía completamente sumisa. Con toda la calma del mundo la emperatriz ofreció la copa a su emperador y con la misma calma regresó a la mesa, tomó la otra copa y se acercó a él, ofreciéndola.

La emperatriz era una mujer orgullosa, se notaba, jamás bajó el rostro, pero su mirada se mantenía al frente, viendo en algún punto entre su pecho y su cuello, y fue en ese momento que pudo verle el pómulo molido y el labio partido, el borde de una de sus cejas se atravesaba con una herida y la vio tragar saliva con tanto esfuerzo que hizo evidente el miedo que ella sentía.

Su corazón martilleaba con fuerza, sabía que Efrén Kirínmuil era un hombre de cuidado, sabía que no tenía ni una pizca de piedad. Las barbaridades que le satisfacían también eran bien conocidas, pero jamás creyó que todo ese sadismo lo fuera a reflejar en un castigo hacia la emperatriz únicamente por estar a la espera de una respuesta. Raneti desvío la mirada hacia Efrén al escucharlo pronunciar la pregunta obligada.

—¿Dónde está tu fidelidad, Raneti? ¿Seguirás mis órdenes sin importar cuáles sean, o morirás aquí sabiendo que fallaste a tu emperatriz?

Parpadeó con insistencia, sacudiendo ligeramente la cabeza. Saíd se lo había dicho, pero ahora estaba convencido: la petición era cierta, y antes de que sus pensamientos salieran de su boca, la emperatriz le miró por primera vez a los ojos volviendo a ofrecer la copa con vino que sostenía con ambas manos, escuchando su voz débil y apagada en una súplica casi inaudible.

—¡Por favor! —susurró con los ojos llenos de lágrimas—. No sabes lo que me hará si te niegas.

La emperatriz permaneció inmóvil con la copa entre las manos, su mirada volvió a perderse en el mismo lugar que antes y las lágrimas que inundaban sus ojos escurrieron por sus mejillas. Raneti entendió que no era un juego, y si así lo fuera, si se tratara de una trampa para medir su fidelidad, estaba dispuesto a morir con tal de no ver a su emperatriz en ese estado. Tomando la copa, la extendió hacia su emperador, y levantándola en todo lo alto, selló su suerte.

—Sus deseos son mis órdenes —exclamó para beber el vino cuando la sonrisa torcida del emperador se hizo presente levantando su copa junto con él.

—¡Entonces empieza! —le ordenó, señalando el llamativo estrado repleto de colchas y sedas que se ubicaba al centro del salón.

Raneti se paralizó, vio al emperador acomodarse en su sitial y le pareció una locura que, además, quisiera presenciar todo. Un llamado de atención hizo sobresaltar a la emperatriz: «¡Muévete, mujer!», le escuchó gruñir, provocando que Vanessa caminara torpemente hasta el borde de las mantas y se acostara bocarriba sobre ellas. Un nuevo gruñido, pero ahora hacia Raneti, lo obligó a caminar hasta donde la emperatriz estaba. La vio llorar en silencio, girar el rostro y cerrar los ojos. Se sintió vil y sucio sin haber hecho nada. Le parecía una hermosa doncella, la más hermosa que poseía el imperio, pero una que había caído en desgracia.

—No voy a esperar más tiempo, Raneti —bufó el emperador con la voz furiosa—. O lo haces

ya, o se acaba el juego.

—Le parecerá justo que yo también tenga una petición —exclamó sin miedo, fijando sus ojos sobre la imponente imagen del emperador.

—¡Habla! —entonó mostrando diversión.

—Que mis acciones no causen daño en la emperatriz y que, en su lugar, sea yo quien reciba el castigo que mi emperador considere apropiado.

—Te doy mi palabra —respondió después de pensarlo un poco, sintiendo un cierto respeto por lo audaz que había sido Raneti al poner sus exigencias sobre la mesa—. El único daño que recibirá mi querida Vanessa será cuando, a su debido tiempo, o le nazca una cría, o sea incapaz de gestar.

Asintiendo aceptó los términos, y después, ante la poca paciencia de Efrén y la amenaza constante, envuelto por todas esas telas que formaban la falda de la emperatriz logró colocarse entre sus piernas y forzarse a sí mismo a penetrarla. Fue un acto que no solo denigró a Vanessa, sino también al propio Raneti. Uno que repetirían innumerables veces.

III

El tiempo pasó hasta que, en el día 45 del invierno de la edad 1223, cuando cada rincón del imperio se llenaba de alboroto, música y comida, y las calles se habían decorado con flores y papel picado, y en cada esquina podían encontrarse puestecitos dedicados a la comida, la bebida y la música, destinados a celebrar un acontecimiento inusual: se trataba de la conjunción de varias estrellas que culminaría en un eclipse total ese mismo día, visible en su plenitud desde la capital y en línea recta hacia la zona feudal del norte.

Nadie podía dejar de lado las leyendas, aquellas que se transmitían de generación en generación al calor de las hogueras y que aseguraban que, en conjunciones de tales características, los dioses visitaban la tierra trayendo consigo regalos y bendiciones. Ya desde eras antiguas se celebraba cada eclipse con la esperanza de que, si un día algún dios regresaba, pudiera encontrar vino, comida y fiesta, como solía decirse que a ellos les gustaba. Sin embargo, este evento en concreto resultaba tan escaso, que en los registros que los maestros del cielo habían dejado, solo se encontraba inscrito algo con las mismas características ocurrido hacía más de siete siglos y, por lo tanto, se sentía mucha más euforia.

Y mientras que, para el emperador, que no necesitaba pretextos para derrochar en fiestas, para Nahir Bluthiem, señor feudal de la provincia del Norte, el eclipse no era el único motivo de fiesta. Esperaba también, lleno de júbilo, el nacimiento de su anhelado primogénito. Su ansiedad se reflejaba en su constante caminar de un lado a otro en un pasillo de su palacete. Desde donde se encontraba, escuchaba la música y la fiesta del pueblo que, de vez en cuando, era opacada por el grito agudo de su querida Anendra intentando parir.

Aunque la primera impresión fuera que abandonar la fiesta era un contratiempo para los Bluthiem, lo cierto era que a los nacidos durante un eclipse la vida siempre les favorecía, y con esta extraña conjunción había demasiada expectativa y hasta podía sentirse en el aire una carga fuerte de energía, una sensación de levedad, como si en cualquier momento los cuerpos fueran a flotar sin oposición mientras una carga eléctrica reconfortante recorría libre el ambiente.

Cuando finalmente, después de un grito lastimero, siguió el llanto del bebé, Nahir sintió su corazón acelerarse; su tan esperado primogénito había venido al mundo en el momento cumbre del eclipse y no había bendición más grande que esa.

Y mientras que para Nahir Bluthiem la felicidad era absoluta y nada le perturbaba, para Efrén Kirínmuil la vida resultaba un tanto diferente. Al estar semi-acostado en su fastuoso sitial, cubierto en oro y gemas, el momento cumbre del eclipse llegó junto con una punzada penetrante en el pecho que lo estremeció. Un presentimiento disfrazado de múltiples sensaciones lo hizo recordar a la vieja Mariel y su premonición.

¡»La diosa está aquí ,«!exclamó el demonio de su cabeza con exaltación lastimera, perturbándolo aún más¡» .La mujer nació ,la diosa bajó y no tardará en abrir la puerta para los dioses si no la detienes ahora ,«!volvió a gritar el demonio de sus pensamientos advirtiéndole de los hechos.

—¡Salud! ¡Por los dioses! —exclamó el emperador para sí mismo en un intento por ahogarse en vino y acallar sus pensamientos. Y al hacerlo, una idea cruzó su mente y se volvió su más ferviente deseo. Por largas edades, su único pensamiento había sido matar a la causante de su

caída, pero ahora que solo era una recién nacida, podría ser suya. Aún no sabía cómo, ni cuándo, pero la convertiría en su súbdita y le sería tan fiel, que los dioses voltearían su mirada hacia otro lado, evitando con ello que fuesen invocados.

Las celebraciones a las que el emperador estaba acostumbrado debían durar al menos siete días, pero estaba tan ansioso por reunirse con su corte, que tres días celebrando el eclipse fueron suficientes, y una vez reunidos en la Sala de Guerra, ninguno logró entender qué pretendía el emperador solicitando conocer a todos los nacidos durante el eclipse.

—Muchos de ellos vivirán en las provincias lejanas —exclamó Krónien Gorzmull, su leal consejero de tácticas—. Dudo mucho que las recién paridas quieran emprender un viaje tan largo.

—¿Estáis diciéndome que se negarán a las riquezas que ofrezco y a mis deseos? — preguntó el emperador con un aire de sorpresa y amenazante voz.

—No, mi emperador —Krónien moderó su tono de voz mientras inclinaba la cabeza repetidamente—. Las riquezas que ofrecerá a aquellos nacidos en el eclipse serán, sin duda, más que suficientes. Lo que quise decir fue que las mujeres acaban de parir, el riesgo ante los peligros del viaje puede atentar contra la salud de madre y cría.

—¡Entonces usa el polvo de dragón y crea portales para que vengan! —ordenó el emperador con entusiasmo.

—Me temo —intervino la suprema sacerdotisa Saíd— que el polvo de dragón que queda es tan preciado y escaso, que usarlo para crear cientos de portales pueda hacer que se extinga por completo.

—¿Y qué esperáis para crear más polvo? —preguntó exigente.

—Mi emperador… —replicó la sacerdotisa tragando saliva—. El polvo de dragón es imposible de crear. Como el nombre indica, proviene de los huesos de los extintos dragones, y hace más de tres siglos que no se ha encontrado un cementerio.

—¡Entonces sugiere algo! —exigió él con fastidio.

—Mi emperador, si lo que desea es conocer a todos los nacidos, sugiero esperar al menos una edad antes de convocarlos.

Todos asintieron ante la sugerencia de la suprema sacerdotisa; su sabiduría y claridad daban mucho peso a sus palabras, y el emperador, sabedor de que Saíd no le traicionaría ni le mentiría en ninguna forma, se obligó a aceptar la sugerencia y a posponer su propio plan. Después de todo, si lo que deseaba era tener a esa nacida para hacerla parte de su séquito personal, no le serviría de mucho si aún era una cría llorona que necesitaba pañales.

Una edad transcurrió lentamente para el emperador, hasta que los nacidos durante el eclipse fueron convocados. La promesa de riquezas a cambio de presentarlos al emperador fue todo un éxito y los bebés comenzaron a llegar a palacio. Mientras que a una mujer el eclipse le bendecía con dones espirituales, a los hombres lo hacía con fuerza física y destreza; sus instintos parecían aumentados, eran mucho más valientes, notablemente más resistentes al dolor, siendo su capacidad de reacción algo envidiable; por lo tanto, a los varones les entregaba la promesa de riquezas y regalos por su obediencia al atender al llamado, junto con un sello que los acreditaba para que, cuando alcanzaran la edad adecuada, fueran entrenados como legionarios. Mientras que, a las mujeres, les tocaba otra suerte y comenzó a triplicar las riquezas ofrecidas cuando su sacerdotisa detectaba un rastro aceptable de poder en la bebé. Entonces, los padres debían elegir si dejar a su hija al cuidado del emperador o no, sabiendo que recibiría el adiestramiento adecuado que la formaría como sacerdotisa.

Como era de esperar, algunos padres comenzaron a negarse, pero aquellas negativas nunca

trascendieron fuera de palacio. El emperador hizo ejercer su tiranía dejando el silencio eterno que trae la muerte como castigo por la osadía de oponerse a su voluntad. Por lo tanto, muchas pequeñas quedaron huérfanas y en manos del emperador. Una cosa sí sería cierta: grandiosas y sublimes, se convertirían en mujeres dotadas que en la adultez, traerían gloria al imperio con todos los dones que poseían.

Y mientras la rabia del emperador terminaba con sus últimos vestigios de paciencia, Nahir y Anendra Bluthiem disfrutaban sus días en la tranquilidad más absoluta con Meila, su pequeña heredera, creciendo sana y llena de amor entre los brazos de su dedicada madre, inmersa en canciones de cuna mientras era amamantada.

Aun a esa edad, el dominio del poder mágico que Meila mostraba generaba las más altas expectativas en los maestros y consejeros de los Bluthiem. Era casi palpable la sensación de tranquilidad profunda al estar cerca de ella. Pese a que era solo una bebé indefensa, a su lado se percibía un aura potente de fortaleza, de esas que cualquier general de las legiones al servicio del imperio desearía poseer pero que a muy pocos les era otorgada.

Pero, dentro de toda esa ensoñación, la ansiedad de Anendra crecía. Con las obligaciones que su esposo tenía, iba posponiendo la reunión con el emperador. Si tomaba en cuenta el llamado para conocer a todos los nacidos durante el eclipse, dejaba a su pequeña hija dentro de los convocados, y a Anendra, entregada al poder y a la magia como hechicera arcana, no le daba buena espina hacerse los occisos durante tanto tiempo; además, las visiones confusas y de difícil interpretación que mezclaban un fatal futuro le robaban constantemente el sueño.

No dejó pasar mucho, y esperó una noche, mientras le hacía compañía a su esposo en su estudio, para hablar del asunto. El hombre repasaba una y otra vez sus notas mientras Anendra, con la pequeña en brazos, a paso lento y acompasado, caminaba de un lado a otro arrullando a la bebé.

—Nahir, mi amor —le habló inmersa en el rostro de su pequeña—, deberíamos ir con el emperador a presentar a nuestra pequeña, ¿no te parece? —le preguntó Anendra—. Después de todo, se convertirá en la futura señora del Norte.

—¡Mujer! —enfatizó con desgana sin restar atención a sus notas—. No tengo tiempo para eso. Además, no me da buena espina la convocatoria del emperador.

—¡Exactamente! Solo habrá que ir a que la conozca —protestó Anendra — . ¿No estás orgulloso de ella?

—¡Por favor! —elevando el tono de voz la miró fijamente y pudo ver que esa mirada que le había enamorado derramaba sorpresa. Notando el amor con que sostenía a la pequeña, detuvo todo lo que hacía y las observó. Las dos mujeres que tenía frente a él eran su vida, desde el primer instante en que las vio a ambas supo que sería capaz de pagar con su propia vida por su bienestar. Ese sentimiento fue suficiente para calmarlo y volver al tono amoroso que siempre usaba con Anendra—. Por favor, no insistas. Con solo pensarlo me dan escalofríos.

—Me aterra lo que podemos provocar con nuestra indiferencia. Las visiones que he tenido me dejan intranquila y escucho llantos, el de muchos bebés.

—¡Por todos los dioses, Anendra! —intentó en su expresión juguetona minimizar las emociones de su mujer. Poniéndose en pie se dirigió hasta ellas, y rodeó a ambas con sus brazos —. Fue un llamado para entregar regalos a los nacidos en el eclipse, no un mandato. Nada sucederá si no vamos. No olvides que mi abuelo no presentó a mi padre como su heredero hasta que se celebró su presentación oficial a sus tres edades.

Se equivocaba. Pero, ¡qué iban a saber los Bluthiem de peligros! ¡qué podrían saber de miedo si se encontraban absortos en la felicidad! No sabían que provocar al emperador, así fuera

mínimamente, causaba terror, y los rumores no corrieron, no hubo malos comentarios y nadie dentro de palacio se atrevió a decir algo por miedo a poner en riesgo su propia vida. Y con todo, poco a poco, el emperador fue perdiendo la paciencia al no encontrar a la elegida.

Estaba seguro de que la reconocería. Si la pudo sentir en el momento de su nacimiento, por supuesto que podría hacerlo si se encontraba en su presencia. Pero esa maldita cría no aparecía, y cuando no hubo más bebés que secuestrar, ni más familias que silenciar ni más regalos por ofrecer, el emperador cayó en la desesperación más agobiante. Se sentía burlado y ofendido, vencido por primera vez.

—¡Por un bebé! —gritaba histérico mientras destrozaba todo lo que le salía al paso al atravesar su sala privada como bestia enjaulada.

La sensación de que una mirada lo vigilaba lo dejó inmóvil. Enderezó la espalda y levantó los hombros, alzando también el mentón. Su mirada se detuvo en el reflejo de un espejo roto, encontrando su propia imagen deformada entre las grietas. Desde esa perspectiva se sintió poderoso, como un verdadero demonio que encajaba a la perfección con todo lo que él era. La imagen que el espejo le regalaba le gustaba más de lo que imaginó y el sonido de su voz se escapó de su boca sin que lo deseara.

»La niña está más cerca de lo que crees …pero no te lo diré.«

La risa histérica que liberó al escucharse reverberó a través de los pasillos y se juró que, sin importar el precio, la encontraría; esa niña sería suya y le serviría solo a él.

Poco después, en un viaje de rutina, Saíd arribó al palacete Bluthiem en compañía de un extenso séquito de hechiceros y legionarios al servicio del imperio. Como en cada estación, debían cerciorarse de que todo estuviera en orden y revisar con cuidado los libros para saber si la entrega de impuestos era la correcta. Fue ahí donde, guiada por el llanto de una cría, entró a la sala privada de Anendra al momento de que esta intentaba hacer dormir a Meila.

Un sobresalto por la interrupción causó que la señora Bluthiem detuviera todo lo que hacía, mientras que, en Saíd, se produjo un sobresalto mayor de solo sentir a la niña.

—¡Suprema sacerdotisa! ¿Qué hacéis aquí? —preguntó recuperándose del susto—. ¿Puedo servirle en algo?

—Esa niña… ¿quién es?

—Es mi hija, su futura señora feudal. Meila Bluthiem. Nacida en vísperas del eclipse.

La mentira que acababa de pronunciar fue obligada por un miedo creciente ante la mirada de la sacerdotisa: una perdida al observar a su hija. La sacerdotisa salió del lugar sin decir palabra y Anendra quedó tranquila.En cambio Saíd se fue aterrada, no pudo soportar la presencia de la niña, no pudo soportar esa luz y energía que irradiaba la chiquilla. Su miedo era tanto que en su mente no pudo confabular ni pensar de otra forma más que creer las palabras que Anendra había pronunciado, y una vez de vuelta a palacio, repitió las mismas palabras que Anendra pronunció.

El legado Bluthiem tenía un heredero. Se trataba de una niña, Meila Bluthiem, nacida en vísperas del eclipse, y Efrén lo creyó.

IV

Durante las siguientes edades, la locura del emperador alcanzó su apogeo al verse superado por una bebé que se resistía a aparecer. Su voz interior se burlaba constantemente de él, lo hacía actuar con mayor irracionalidad, y lo obligaba a visitar los pocos hogares de los marcados por la luna que no habían atendido al llamado, cobrando con sangre despiadada la ofensa de ignorar la invitación. Estaba harto y frustrado de tantos fracasos, y para la celebración de su trigésimo cumpleaños en el día 12 de la primavera de la edad 1229, se preparó una gala espectacular para ver si con eso podía calmar sus desilusiones.

La importancia del evento trajo a la capital a todos sus señores feudales y a las familias de importancia para el imperio. El prominente Nahir Bluthiem, señor feudal del Norte, se encargaba de una de las regiones más prósperas y envidiadas: sus climas frescos eran beneficiosos para la siembra, y era poseedor del único rancho ganadero especializado en la crianza de los garañones imperiales; sus tierras, colindantes con el mar Rojo, eran las segundas productoras de sal, mientras que sus zonas mineras contenían platino, estaño y diamantes. Sumado a eso, también era custodio de la montaña que una vez fuera hogar de los dioses: las Cumbres del Prisma. Con tales riquezas para administrar, su presencia resaltaba entre la de todos los señores feudales. Debía asistir sin falta a la celebración.

Tras una serie de contratiempos en el camino, los Bluthiem llegaron tarde a la celebración, pero eso les dio la oportunidad de ver uno de los momentos más agradables que ofrecía la capital: desde la colina donde estaban podían ver en plenitud toda la ciudad. El amplio foso de aguas turquesa que rodeaba la capital parecía una laguna natural reflejando la luz del atardecer. Más allá, la ciudad se edificaba majestuosa, con sus torres altísimas que delimitaban la muralla, y que, dicho sea de paso, se decoraba con emblemas de runas sagradas y con imágenes de ciertos dioses. Algunas edificaciones de suma importancia brillaban debido a sus tejados de cobre pulido que centelleaban bajo cualquier luz.

La majestuosidad también se notaba en las casas, con sus ventanales grandes engalanados con sus vidrieras de colores. Sus múltiples plazas eran amplias y repletas de arboledas exuberantes, con sus fuentes centrales que parecían estar a juego con las calles pavimentadas de piedra caliza alineadas perfectamente, como si sus trazos dieran forma a una figura rúnica con la forma de una estrella irregular de siete puntas, dejando al palacio imperial justo al centro; como un gigante imponente en una arquitectura casi celestial que se erguía hasta casi tocar el cielo. Sus paredes de mármol pulido y sus tejados dorados no opacaban la fineza de los detalles de plata que engalanaban una inmensa torre central que se eleva al centro del palacio, lugar desde donde se dice, que puede verse el hogar de los dioses, y donde las estrellas, la luna y el sol depositan todo su esplendor.

Pero había un detalle que los hizo estremecer, en todo el camino que los conducía hasta palacio, pudieron ver una exhibición de cuerpos empalados y cabezas decapitadas dispuestas en bandejas, pero lo más horrible, fue ver jaulas colgadas a una considerable altura donde podía encontrarse a gente aprisionada aún con vida. Su tamaño era el adecuado para que el condenado pudiera permanecer de pie sin posibilidad de sentarse. Notablemente torturados, el susurro que salía de sus bocas era una súplica de piedad pidiendo la muerte.

Cuando los Bluthiem cruzaron la ancha puerta de los jardines exteriores que los dirigían a palacio, al emperador, que había estado todo el día impaciente y al filo de su silla, se le aceleró el corazón. Un presentimiento despertó su voz interior que, de inmediato, le advirtió que al fin conocería a quien tanto había buscado. Observó expectante, con la emoción de un niño, buscando a su pequeña visitante entre todos sus invitados.

Sin saber lo que les aguardaba, los Bluthiem tomaron posesión de la lujosa recámara que ocuparían. Anendra había preparado un conjunto a juego con el de su pequeña hija. El clima caluroso de la capital les permitía usar vestidos de telas suaves y ligeras, podían darse el lujo de mostrar un poco de piel dejando al descubierto sus brazos y un atisbo de su espalda, y el sobrio color melocotón de sus ropas las hacía lucir frágiles y frescas.

La pequeña Meila sintió miedo, ese que se percibe cuando un peligro aún no visto te acecha, y mientras su mamá intentaba acomodarle la cabellera lacia, las manitas le temblaban llenas de ansiedad. Su madre no pudo seguir ignorando el estado en el que se encontraba la pequeña, mucho menos cuando la vio secarse el sudor de las manos sobre la falda.

—¡Basta, Meila! —la reprendió su padre—. ¡Arruinarás el vestido!

—¿Qué tienes? —le preguntó su madre con un tono suave y amoroso, revisándola con paciencia, y notó de inmediato su rostro pálido y el temblor que le erizaba la piel.

Nahir frunció las cejas cuando la mirada de Anendra se cruzó con la de él; era una de esas que, sin decir nada, ya lo dejaba preocupado.

—Está muy fría —le confirmó Anendra, apagando con eso todos los ánimos y todas las intenciones de disfrutar en la fiesta.

—¡No ahora! —refunfuñó Nahir, pero calló todas sus quejas cuando le vio la mandíbula a su pequeña moverse, tiritando como si el frío más despiadado se hubiera apoderado de ella.

—Te prometo, mi amor —le habló su madre, al tiempo que la apretaba entre sus brazos — , que iremos, presentaremos nuestros respetos al emperador y volveremos juntas a la habitación para que puedas dormir. Pero deberás hacer un esfuerzo por presentarte primero.

La niña confiaba la vida a su madre y no tenía dudas de que se haría como ella se lo había dicho. Cubriéndola con un chal a juego con el vestido, fue como pudieron mitigar un poco el frío que le recorría el cuerpo y se apresuraron a su encuentro con el emperador.

La fiesta se llevaba a cabo en uno de los siete jardines interiores, donde se presumía todo lujo en un derroche magistral. Para la ocasión se habían contratado a los artesanos más renombrados: pilares cubiertos de oro, vajillas de plata y hasta copas del más fino cristal eran un tributo al lujo más desaforado. En el jardín, en cambio, se notaba que apenas habían hecho arreglos y que la propia vegetación y sus flores de por sí ya eran extravagantes y exóticas, embriagando con su aroma los sentidos junto con el exquisito olor de la comida y la sutil fragancia del vino. La música incitaba a bailar y a beber, y en conjunto con las risas y la charla de los invitados, provocaba que la atmósfera fuera agradable, fomentando la empatía hacia el emperador, quien, con las edades, había logrado obtener al más extenso grupo de detractores, todos, por supuesto, ocultos bajo la máscara de la hipocresía.

Cuando los Bluthiem hicieron acto de presencia, dio la impresión de que solamente se trataba de Nahir y Anendra, pero los más curiosos, esos que con su vista aguda juzgaban la apariencia de Anendra, se percataron de la pequeña niña oculta entre los pliegues de la falda de su madre y que, con sus vestidos a juego, la única pista de su existencia fuera su negra cabellera.

Al verlos, el emperador supo que había llegado el momento. Sin ocultar su entusiasmo, se levantó extendiendo los brazos y exclamó con alegría el nombre de su señor feudal expectante de lo que pudiera ocurrir.

Haciendo una reverencia, la familia Bluthiem se inclinó ante el emperador, y Anendra, obligando a la niña, la arrancó de su falda para ponerla frente a ella.

Fue entonces cuando ambos se vieron por primera vez. La pequeña permaneció inmóvil, alerta, sintiendo un peligro que enrarecía el entorno y la hacía estremecer. De igual forma, el emperador quedó paralizado, concentrando toda su atención en la niña. Maravillado ante su presencia: Tenia grandes ojos grises que hacían juego con el negro intenso de su cabello y sus facciones eran finas, pero nada de eso podía opacar su energía que emanaba con potencia, una que podía otorgar completa tranquilidad, pero que a él, le hacía mostrarse precavido, al sentir como si fuese una advertencia que electrificaba su entorno con dureza.

—¡Nahir! —pronunció el emperador completamente anonadado—. No es necesaria tanta formalidad. Ponte ya en pie. Me alegra que estéis aquí con vuestra familia. Reconocería a tu distinguida mujer en cualquier lugar, pero ¿y esta niña? ¡Me diréis que es vuestra hija! Contadme, habladme de ella —le azuzó, intentando confirmar lo que ya sabía.

—Sí, mi emperador —tragó saliva, modulando su tono de voz para que los nervios no le fueran a traicionar ante la extraña actitud de su soberano—. Ella es mi primogénita, Meila Bluthiem, que un día administrará las tierras del Norte para usted como su nueva señora feudal.

—Explicadme entonces, Nahir —pronunció el emperador con severidad—, ¿por qué habéis dejado pasar tanto tiempo para traerla a mi presencia si será ella una parte tan importante en el imperio?

—¡No, mi emperador! —exclamó al notar el error de sus actos — . Su majestad sabe mejor que nadie las contrariedades que mi mujer y yo tuvimos para lograr concebir. Al lograrlo, puedo asegurar que jamás cruzó la idea de hacer ofensa alguna en su contra.

—¡Próspera y larga vida, su majestad! —intervino Anendra, enfatizando sus palabras con un tono dulce y complaciente en un intento por minimizar la obvia y ahora pública ofensa mientras que, con un empujoncito leve en la espalda de Meila, la animaba a acercarse para hacerle entrega de un pequeño cofre lleno de tesoros como regalo.

—Os aseguro, me siento ofendido —confirmó después de barrer a Anendra con la mirada, sin embargo, se acercó a paso lento y se detuvo a poca distancia de la niña sin llegar a recibir el regalo que la pequeña sostenía—. También puedo aseguraros que pagarán su indiferencia.

—¡Os lo ruego, mi emperador! —El miedo profundo que sintió Nahir lo obligó a inclinarse nuevamente y en su voz se escuchó la súplica—. Por favor, comprenda, Anendra y yo estábamos tan felices de este nacimiento, que olvidamos el mundo a nuestro alrededor.

—Sí, por supuesto que sí. Hasta que las cosas pasan y ya no hay forma de ocultarlas, ¿no es así, mi distinguida Anendra? —El tono de voz del emperador que en un principio había sido amable y cordial, ahora era frío y amenazador. A poca distancia, miraba a la pequeña Meila sin inclinar la cabeza y en ese momento, Anendra sintió el pánico corroer sus sentidos hasta hacerla palidecer—. ¡Estoy convencido de que esto tiene que ver contigo, mujer! Premeditadamente habéis ocultado a vuestra hija de mis ojos.

—No, mi emperador —respondió Anendra intentando no mostrarse asustada—. No hay ninguna razón para ocultar a mi hija de su majestad. ¿O acaso debería tenerla?

—¡No, por supuesto que no! —la replicó mostrando una inquietante sonrisa — . Os entiendo, mi querida Anendra —continuó en un tono menos agresivo—, yo también soy culpable de lo mismo. Hace apenas dos edades nació mi primogénito y nadie fuera de palacio lo supo. Dichosa, que gracias a vos y en vuestra presencia lo he revelado.

En esos momentos, la fiesta se había detenido y todo giraba en torno al encuentro. La revelación de saber que ya había un heredero para el imperio no era algo que pasara

desapercibido, y los murmullos al escuchar aquella confesión, causaron que Nahir sintiera disminuir la tensión.

»Larga vida y glorioso porvenir para la continuación de la dinastía«

El eco creado por la corte que se arrodilló al unísono, mientras inclinaban la cabeza colocando su puño sobre su pecho, estremeció a Efrén. Sonriente y halagado, aceptó las felicitaciones. Su felicidad era absoluta debido a la niña que ahora estaba frente a él y que, en su búsqueda, casi le hace perder la cabeza. «Meila, Meila, mi querida Meila», se repetía a sí mismo como para no olvidar su nombre, aunque sabía, que de ahora en adelante, no había forma de que pudiera perderle el rastro; no, tratándose de la pequeña heredera de un legado tan relevante y respetado como el de los Bluthiem.

Aun con sus cinco edades, Meila debía entregar su reverencia de la misma forma que había practicado con su madre: tomando un poco del vestido con cada una de las manos, debía doblar las rodillas, y mantener la cabeza inclinada hasta que el emperador le pidiera enderezarse. Pero ella no pudo ni comenzar, sentía que de hacerlo, el hombre que tenía enfrente saltaría sobre ella como una bestia y la devoraría.

—¡Es una verdadera lástima, aún no habéis educado correctamente a esta niña! —le reprochó a Anendra.

—Lo lamento, mi emperador —se disculpó Anendra acercándose a Meila, presionando levemente sobre el hombro de la niña mientras que, con la mirada, le hacía una advertencia—. Es obvio que está un poco impresionada por su majestad y, además, esta mañana amaneció enferma.

Manteniendo la presión de su mirada, Anendra obligó a Meila a rendir su reverencia, y ella, aún con el cofrecito en sus manos, terminó obedeciendo, pero no pudo seguir el protocolo pues, una vez inclinó la cabeza, levantó la mirada para no perderlo de vista, pensando que así evitaría que el hombre se transformara en algo aterrador y la lastimara. No obstante, el emperador se posó en cuclillas, consciente de lo que le provocaba a la niña, y con morboso gozo, la estrechó entre sus brazos, lo que produjo una avalancha de emociones en ambos ante el choque de energías entre ellos dos.

Anendra sintió alivio cuando el emperador soltó a la niña tomando el cofre de regalo. Ella, como mujer consagrada al poder y la magia, ser testigo del choque de energía entre su hija y el emperador la llenaba de miedo y dudas. La tensión podía cortarse con la espada, y se sintió agradecida cuando pudo tomarla en sus brazos y sacarla de ahí. La pequeña se aferró al cuerpo de su madre hasta con las piernas, escondiendo la carita entre la seguridad del cuello de su madre y se quedó dormida de esa forma, a pesar de que Anendra, en su paso hacia su dormitorio, tuvo tiempo de saludar a cada uno de los señores feudales y sus respectivas señoras, presumiendo con orgullo a su heredera.

V

La seguridad de estar al resguardo de su madre mantuvo a la pequeña en calma. Lejos del aterrador emperador durmió tanto como le fue posible, recibió constantes postres y comida, espió desde su balcón de vez en cuando para observar la fiesta, y daba verdaderas carreras hasta meterse debajo de las cobijas cuando se topaba con la mirada del emperador, casi como si él pudiera saber de su presencia curiosa.

Y mientras tanto, para Efrén, con la certeza de haber encontrado lo que buscó durante tanto tiempo, y su voz interior recordándole el peligro que representaba la niña, hizo cuanto pudo para mantenerse cerca de Nahir y, en cada conversación, lograba introducir a la niña con naturalidad. Pronto, cualquier mínima cuestión comenzó a resultar incómoda para el señor feudal, mientras que Anendra, al permanecer con su pequeña, no se enteraba de mucho y no era capaz de advertir el peligro real que aquello representaba. Pero Nahir, sí. Él sí podía sentirlo en carne propia y no permitiría que la locura del emperador arrastrase a su hija.

—¡Prepara todo! Esta misma noche nos marchamos de palacio —le ordenó Nahir a su mujer.

—¿Qué ha pasado? —preguntó asombrada, pues aún faltaban al menos tres días de festejos.

—¡Que nos vamos, no hay más que decir! —Su respuesta fue violenta, Nahir lo sabía, por lo mismo reparó en la mirada angustiada de Anendra pero, a pesar de ello, no pidió disculpas. Jamás se había sentido tan asustado por un suceso que implicara estar en compañía del emperador, y supo, sin miedo al futuro, que la seguridad de su familia debía ser su prioridad. No había tiempo para réplicas y vacilaciones—. El emperador me enerva —le confesó a manera de susurro—. Pareciera que solo desea hablar de Meila, no deja de insistir en que deberíamos darle la educación necesaria para ser sacerdotisa… Incluso me ha ofrecido acogerla en palacio para que los maestros le puedan dar el entrenamiento que solo se otorga a las sacerdotisas imperiales. Intentó ponerme contra la espada y la pared cuando me recordó que tú fuiste adiestrada como hechicera arcana en tu juventud. No tuve más opción que recordarle que ningún heredero de ningún linaje hace semejantes adiestramientos, y entonces me dijo que deberíamos emparentarnos pidiéndome a Meila como prometida para su hijo.

—¿Y qué le has dicho? —preguntó Anendra cada vez más escandalizada.

—¡Que ningún heredero de ninguno de los cuatro señores feudales contrae nupcias con el heredero al trono, y que, dado el caso, debería buscar para su hijo a la mujer que posea la marca de la dinastía! —bufó exasperado.

—¡Por todos los dioses! —exclamó alarmada, cubriendo su boca con ambas manos—. Ten cuidado con lo que dices… podrías ponernos en riesgo a todos.

—¡No estoy diciendo barbaridades, Anendra! ¡Nos vamos de aquí! Es lo mejor, créeme.

El señor feudal había hablado, no su esposo, y ella sabía la diferencia. Nada lo haría cambiar de parecer. Ante su abrupta partida, seguramente le esperarían largos y sombríos días en soledad dentro de su hogar cuando el emperador convocara a su marido nuevamente pidiendo compensar el tiempo que no le dedicó en la fiesta. Pero ¿cómo negar que ella también sentía miedo por el bienestar de su hija?

El anochecer llegó sin aviso, dejándoles el tiempo justo para preparar sus pertenencias. En un par de ocasiones había ocurrido que alguien de su corte tenía que partir tan repentinamente que

sabían que no ocurriría nada si ellos lo hacían, y pese a eso, eligieron el amparo de la noche para la huida deseando no despertar la cólera del emperador. Sus intenciones eran nobles, se sentían al acecho, y la vida y el porvenir de su hija valían todo sacrificio y toda consecuencia, incluso si con eso había que enfrentar al emperador.

Su carruaje se perdió en el alboroto por la fiesta, y a ritmo veloz dejaron la capital hasta llegar a un lugar seguro donde no podía verse ni rastro de aquella maravilla de la arquitectura. Desde allí, Anendra se ocuparía de todo: usarían la ventaja que le daba su excelente entrenamiento como hechicera arcana y crearía un portal místico que los dejaría en su hogar en un parpadeo. Lo decidieron de esa manera para asegurar el éxito. Con el entrenado séquito de sacerdotisas al servicio del emperador controlando todo flujo energético para mantener a salvo el palacio, invocar aquel portal dentro de los terrenos custodiados hubiera sido un gravísimo error.

Sin perder tiempo, Anendra tomó la bolsita que contenía el escaso y codiciado polvo blanco, y con él fue dibujando en el suelo una figura rúnica mientras recitaba en lengua antigua las palabras destinadas a abrir el portal. Cuando la figura dibujada resplandeció en tonalidades blancas, el polvo de dragón emitió un siseo, como si se estuviese evaporando, creando también el efecto de una ligera neblina que se concentró en un mismo lugar. Anendra se apartó unos pasos sin dejar de recitar aquel canto antiguo que terminó por romper las dimensiones, y en el mismo aire se abrió una puerta mística que conducía directamente al sótano de la mansión Bluthiem.

Con la niña en brazos, Nahir cruzó el portal antes que nadie, y desde ahí, aguardó a que su mujer volviera hasta donde se encontraba el capataz encargado de su caravana y le repitiera las mismas indicaciones que ya les había dicho hasta el cansancio. Sonrió al verla, esa mujer no se fiaba de nadie, a veces ni de él mismo, y de no ser por eso, tal vez su suerte hubiera sido diferente. Con sus pensamientos, Nahir sintió un sobresalto cuando Anendra soltó un leve chillido y en seguida, el estruendo de la voz del emperador que ordenaba detenerse.

—¡¿A dónde vais con mi querida Meila?!

Las palabras retumbaron como un trueno. Tanto Nahir, a resguardo en el sótano de su palacete, como Anendra, en el camino junto a uno de los carruajes, lo vieron llegar a todo galope con su espada enarbolada, lista para matar, junto con aquella mirada inyectada en sangre, rebosante de odio y locura, la misma que todos sus súbditos había aprendido a temer y, que ahora, estaba fija en un solo objetivo: la indefensa señora de Bluthiem.

Fue la ira en su voz y la manera en que el emperador se refería a su hija lo que le dio valor a Anendra para lanzar el saquito de polvo de dragón dentro del portal y cesar la invocación. Para Anendra, en esos momentos todo cobró sentido, y debía pagar la consecuencia de ignorar sus presentimientos, no solo los de ella, también los de su hija con la reacción que tuvo desde el momento en que llegaron a palacio. No tuvo suficiente con presenciar todo ese despliegue de sadismo y locura que había colocado en el camino, tuvo que esperar hasta que con su grito de guerra sintiera peligrar el futuro. Era obvio que por mucho que corriera ella no alcanzaría a cruzar el portal a tiempo; y Nahir también lo comprendió. Aterrado, hizo amago de correr hacia Anendra, pero el grito de su amada exigiendo mantener a salvo a su pequeña lo clavó en el sitio.

Todo ocurrió tan rápido, que no alcanzó a cubrir los ojos de su pequeña cuando la espada del emperador, haciendo silbar el aire, cercenó la cabeza de Anendra de un tajo mientras la niña era testigo de cómo la hacía volar por los aires.

El terror en la mirada de Nahir lo paralizó mientras el portal místico se cerraba al tiempo que el saquito cruzara el remanente del portal, dejando de fondo, a miles de kilómetros, el cuerpo decapitado de su amada, pisoteado por los caballos de los legionarios a todo galope.

Nahir perdió el aliento. El dolor era insoportable y los gritos de terror de sus sirvientes al ser

masacrados no ayudaban en nada y, mientras el portal se cerraba hasta convertirse en una línea de luz como la trayectoria de una flecha, alcanzó a escuchar al emperador reclamar como suyas todas las cabezas Bluthiem.

Los cimientos que le sostenían parecían derrumbarse en su interior, dejando solo una carcasa moribunda en puro dolor. El llanto a gritos de la pequeña Meila y su cuerpecito tembloroso, no logró hacerlo reaccionar. No había forma de ocultar a su pequeña lo ocurrido, y cuando el mayordomo más cercano arrancó a la niña de los brazos de su padre, este no opuso resistencia. La niña gritaba «¡papá!» desde el fondo de sus entrañas, intentando aferrarse a la seguridad que se suponía, su padre debía brindarle, pero el sirviente, entre el llanto y los gritos de la niña, se la llevó a una de las tantas nanas encargadas del cuidado de la pequeña, mientras la conmoción de Nahir lo dejaba fuera de esta realidad.

El señor feudal permaneció en el mismo lugar, con la cara fría y el corazón hecho polvo. Con la mirada extraviada observaba el punto donde antes había estado el portal. El nudo en la garganta le asfixiaba. Los espasmos le oprimían el pecho dificultando sus movimientos, y en un acto reflejo se abrazó a sí mismo, meciéndose en un suave pero al mismo tiempo desesperado vaivén. Incontrolable, liberó un grito que terminó por partirle, perdiendo todo el aire junto con su alma.

En las afueras del palacio, el emperador miraba el baño de sangre que había orquestado con semblante indiferente, como si aquello que viera no fueran cadáveres y como si el olor a muerte fuera algo normal. No se le veían muchas intenciones de abandonar el campo manchado en sangre hasta que Saíd, su suprema sacerdotisa, se acercó ofreciéndole su informe.

—¿Ahora me cree? —le preguntó orgullosa debido a que sus espías habían notado la ausencia de los Bluthiem.

—Su huida es algo que yo mismo pude prever —le aseguró Efrén sin darse la vuelta para mirarla—, pero sí; de no haberme informado a tiempo, su burla hubiera sido mucho peor. Ahora, no perdáis tiempo, abrid un portal hasta la mansión Bluthiem.

—¡Mi emperador! No contaba con que tuvieran polvo de dragón con ellos… Sin él, no puedo abrir ningún portal…

La bofetada con que Efrén la silenció le impactó en la boca partiéndole el labio. Con gesto sumiso, la mujer ocultó el rostro y la sangre entre las manos suplicando perdón, pese a que no sabía con exactitud cuál había sido su error.

—¡Que alguien traiga polvos para abrir un portal! —gritó furioso, colocando la punta de su espada contra el cuello de la sacerdotisa, asegurándose de que sus miradas se encontraran—. ¡No volváis a decidme que no podéis hacer algo! ¿Lo habéis entendido?

—Sí, mi emperador —respondió sumisa, hincándose en reverencia, hasta que su frente tocó el suelo mientras que Efrén montaba su garañón y comenzaba su carrera de vuelta a palacio.

VI

En la mansión Bluthiem fue necesario darle a padre e hija una infusión con la capacidad de tranquilizar a un caballo. A Meila, que se ahogaba en llanto, la durmió de inmediato, y a Nahir, que parecía un hombre sin voluntad, logró serenarle lo suficiente sin llegar a entorpecer su capacidad de razonamiento. No tenía mucho tiempo y estaba condenado a un inminente enfrentamiento contra el emperador.

Sus opciones se reducían a dos: la primera y la más fiable, pero sin demasiadas garantías, era dar la cara al emperador y suplicar perdón, haciendo vista ciega ante la muerte de Anendra Bluthiem, sin poder asegurar el bienestar o futuro de su preciada hija.

La segunda, y la que finalmente tomó, fue huir. Los antecedentes del emperador impulsaban su decisión y, de paso, haría honor a la promesa silenciosa que le hizo a su esposa en su último momento de vida: mantener a salvo a su pequeña. Sin importar el precio, sin pensar en consecuencias, se prometió que cumpliría.

Esa misma madrugada, sin que el sol diera señales de su presencia, padre e hija abandonaron el palacete que por tantas eras fue hogar de los Bluthiem, seguidos por el comandante de la legión a cargo del feudo y del ama de llaves encargada del cuidado de la pequeña. El señor feudal se marchó dejando instrucciones claras: con el más fiel de sus caciques envió un mensaje a su hermano explicándole los hechos, y este, dejaría pasar un tiempo prudente antes de reclamar el legado Bluthiem y las obligaciones que conllevaba. Mientras tanto, Nahir se aseguraría de que nadie supiera de su paradero, de esa manera nadie se vería en la penosa necesidad de abrir la boca y traicionar a la familia. Después de todo, el altercado se había producido con Nahir y nadie más.

Como era de esperar, esa misma mañana el emperador irrumpió en el palacete de los Bluthiem, y después de torturar a un par de sirvientes y asesinar a otros, una de las mucamas, intentando salvar su propia vida, reveló lo ocurrido. Contó cada detalle y cada nombre que supo de los involucrados en la huida. Saber los detalles le hizo hervir la sangre a Efrén, más aún cuando la voz de su conciencia comenzó a burlarse de él, nublando aún más su razón.

¡»Vencido por una niña— !resonaba la voz de sus pensamientos, plagados de burla hiriente.— ¡Si no fuiste capaz de vencerla cuando cría ,no hay duda de que crecerá para verte morir.«!

Escucharse y sentirse humillado hasta por sí mismo lo hacía enloquecer, tanto, que juró castigar la ofensa con el más alto precio. Y comenzó a cumplir. Al mediodía de aquel fatídico día, abandonó el palacete ahora vacío y manchado con el rojo de la sangre. No había ruido alguno más que el repentino eco de alguna que otra ave cruzando los jardines, y prohibió, bajo pena de muerte, que nada dentro del palacete se moviera de donde estaba, incluidos los cuerpos inertes con que había marcado su paso.

La matanza de los Bluthiem, como se le conoció al suceso, se inició ahí, sin el conocimiento de Nahir, ya que redobló esfuerzos por no tener noticias relacionadas con el emperador y su antiguo hogar.

Al principio, la huida fue fácil. Estaban próximos a la llegada del invierno y apenas tuvieron tiempo de prepararse para los dos meses que pasarían enclaustrados dentro de la cabaña que habían logrado alcanzar. Se ubicaba en un lugar apartado y era usada como punto de descanso

para los vigías que patrullaban las zonas colindantes a la Montaña de los Dioses. El invierno era particularmente duro en esa zona y las ventiscas cubrían todo con una gruesa capa de nieve, lugar y tiempo perfecto para planear bien sus siguientes movimientos y por consiguiente, su futuro.

El fiel comandante que le seguía fue de mucha ayuda. Nahir sabía que sin él no le hubiera sido posible cazar y cortar madera por su cuenta. Mientras que la bondadosa Maritza, el ama de llaves que se negó a abandonar a la niña, fue la responsable de que no murieran de hambre y frío, pues ocupaba todo su tiempo libre en remendar telas que la propia cabaña tenía y usarlas para el abrigo.

La pequeña Meila tampoco lo llevaba bien. Desde el incidente con su madre había permanecido muda, lloraba por cualquier contrariedad y cuando las pesadillas que le asaltaban regularmente se volvieron parte de su vida, permanecía despierta en la penumbra mirando un punto fijo. Si tenía suerte, su padre, que dormía con ella, la abrazaba y le acariciaba el pelo hasta que se volvía a dormir, pero si no, los minutos se volvían horas y el recuerdo de su madre perdiendo la cabeza la atormentaba sin piedad.

El regazo de su padre era lo único que le daba consuelo y trataba de permanecer todo el tiempo cerca de él, acurrucada en sus brazos, mientras su padre le leía el mismo libro de mitos y cuentos una y otra vez. En su mayoría advertían del peligro de las bestias y tenían finales catastróficos, pero Nahir supo cambiar las partes terroríficas en cada lectura y contarle a su hija historias fantásticas para intentar hacerla sonreír.

Un par de meses fue suficiente para hundirle los ojos y hacerla lucir enferma, los ruidos fuertes la asustaban con notoriedad y no podía ver sangre porque el pánico se apoderaba de ella. Y de tanto llorar, poco a poco se le fue secando el alma. Nahir no supo mediar con la actitud que su hija había tomado. Para los cuatro que se hacían compañía, ese fue el invierno más duro de toda su vida. No había consuelo por tanta pérdida, tampoco había manera de recuperar su tranquilidad. El propio Nahir luchaba cada día por mantenerse en pie. La vida ya no lucía hermosa sin su amada Anendra y si no hubiera sido por Meila, seguramente ya hubiera muerto de tristeza.

*

Cuando la nieve comenzó a derretirse abandonaron la cabaña. Parecía un lugar seguro, pero no lo era. Terminado el invierno, volvería a ser utilizada, como normalmente se hacía, por legionarios imperiales de paso en búsqueda de nidos y madrigueras, y ellos aprovecharon la ventaja que el vasto continente les brindaba y se movieron por parajes inexplorados, muy alejados de las zonas pobladas.

Rápidamente transcurrió una edad, donde los únicos contratiempos eran sortear las bestias y conseguir el alimento de cada día. Durante todo ese tiempo Nahir había hecho el mayor esfuerzo por cambiar su modo de hablar. Debía aprender a usar el lenguaje del pueblo, si por error llegaba a usar ese lenguaje exclusivo del emperador y su corte, fácilmente sería descubierto como el señor feudal o allegados.

De momento, un nuevo invierno se aproximaba y Nahir creyó prudente acercarse a un poblado y conseguir ropa nueva y apropiada, especialmente para Meila, que había crecido un poco. Como todo hombre comprometido, quiso darle la opción a la fiel dama que cuidaba con tanta devoción a su hija de que se fuera a su hogar, pero la mujer, con una terquedad envidiable, se aferró a sus deberes negándose a dejar sola y a la deriva a «su niña» como ella le decía; y en el

fondo, Nahir se lo agradecía de corazón, pues sabía que para Meila, su nana era su salvavidas. Sus brazos y sus cuidados habían sido imprescindibles y arrebatarle eso, era lo último que él hubiera querido arrebatarle a su pequeña.

Cuando arribaron al pueblito se ocuparon de conseguir todo lo necesario, desde un saquito de sal corriente, hasta frazadas, ropa y unas cuantas cosas de utilidad. Y fue ahí donde escucharon por primera vez los rumores: al legado Bluthiem se le consideraba traidor, ahora no eran más que un símbolo de vergüenza. El cabecilla de la familia, Nahir Bluthiem, era el mayor traidor de todos, y por su legado y por su nombre, los amigos cercanos y toda la familia comenzaron a morir.

Si la región feudal quería que aquella persecución se detuviera, debían encontrar a Nahir y entregarlo antes de que la mitad del feudo fuera masacrada. Y si Nahir lo hubiera sabido, tal vez su honor lo hubiera hecho entregarse. Por suerte, entendió que ya era muy tarde para tener honor y también para sentir arrepentimiento. Ahora no solo era cuestión de sobrevivir, sino también de darle un futuro a su pequeña.

A pesar de ser un pueblo pequeño y sin importancia, había mucho movimiento debido al invierno. Se encontraban muy cerca de la cabaña que los acogió por primera vez, y la nieve comenzaría a caer pronto. Para la primera nevada, la gente debía estar lista, los comerciantes ya comenzaban a reunirse para salir en caravana en busca de tierras más cálidas, por lo tanto, si no se apresuraban, los recursos comenzarían a escasear.

Cierta incomodidad se apoderó de Nahir al percatarse de las miradas de los lugareños y los susurros que se daban los unos a los otros a su paso. Era casi imposible que lo reconocieran, su aspecto había cambiado bastante, él estaba mucho más delgado y la barba le cubría el rostro, sus ropas eran tan simples como las de cualquier campesino y en general, ya no había nada en él que dijera que antes fuera uno de los cuatro señores feudales. Y ni hablar de su fiel amigo, que tampoco lucía como el general que antes era: ahora parecía un minero corpulento.

Después de salir de la diminuta estancia donde un comerciante local ofrecía sus productos, se sorprendieron por la media docena de legionarios imperiales que esperaban en la entrada. Un anciano al lado de uno de los generales los señaló. Mostrando vergüenza por su acto, agachó la mirada cuando recibió la bolsa de monedas y se marchó a paso veloz alejándose del peligro. Nahir se sintió expuesto, sintió miedo, uno más profundo del que hubiera sentido antes.

—Es un placer encontrarle, señor Bluthiem —exclamó el legionario con una fingida reverencia—. El descanso de sus deberes no le ha sentado bien, apenas sí puedo reconocerle. ¿Qué le parece si se apresura y vamos al encuentro de su hija? Nuestro emperador no es un hombre muy paciente.

Retrocedió por instinto, y el general que lo encaraba tomó sus armas; su fiel amigo reaccionó igual. En menos de un segundo, el choque de espadas se hizo presente, «¡Corra!», escuchó a su general al mismo tiempo que, en llanto, Meila le gritaba «¡Papá!» con una desesperación lastimera. De momento se paralizó, una edad sin escuchar su voz era mucho, una edad de solo oír su llanto, y ahora, escucharla hablar en forma de grito cargado de miedo, le hizo reaccionar ante los legionarios que se fueron hacia ella.

Empuñando a Bashitva, arma mágica que sirve a su sangre, dió forma a la hoja de una espada hecha de luz resplandeciente. No hubo tiempo para la duda, atravesó al guardia con el arma otorgando muerte inmediata cuando estaba a solo un paso de alcanzar a su pequeña. La nana cargó a Meila, que gritaba en llanto, y corrió guiada por su señor entre las calles. Cuatro legionarios les pisaban los talones y la pequeña Meila fue testigo de cómo su padre mataba a todo aquel que lograba alcanzarlos.

Invadida por el miedo, las lágrimas mojaban el rostro de Meila, y no fue capaz de sentir el dolor o de ponerse en pie cuando sintió el golpe seco provocado por una caída. Levantándose un poco, quedó a gatas, mirando de frente a su nana, a la mujer que le daba lo más parecido al amor que su madre pudo haberle dado. Se acercó a ella por instinto, buscando protección, pero, por más que lloraba buscando sus brazos, la mujer no se movía, y entendió, a pesar de tener tan solo seis edades, que su nana estaba muerta, lo supo al reconocer esa mirada como la de su madre; con los ojos bien abiertos y que la atormentaban en cada una de sus pesadillas.

Invadida por el miedo y el llanto asfixiante, no puso resistencia cuando un legionario llegó hasta ella, arrancó la espada que se incrustaba en la espalda de la mujer y emprendió una carrera alejándose de la revuelta. Fue entonces cuando Nahir, presa de la desesperación por ver a su hija en las manos del enemigo, transformó la espada en un látigo y, ondeándolo, restalló en un latigazo que rebanó todo a su paso con una facilidad suprema. El propio Nahir se sorprendió de lo ocurrido, jamás había tenido la oportunidad de empuñar el arma fiel a su legado para usarla en combate. De hecho, la última vez que fue usada para propósitos bélicos, había sido hace doce generaciones atrás. Todo lo que se sabía del arma y sus capacidades mágicas resultaba admirable, pero no era nada comparado con vivirlo. La unión que había entre arma y portador rebosaba en supremacía; y tuvo una certeza: juntos, él y Bashitva, cumplirían la promesa hecha a Anendra de mantener a salvo a la pequeña Meila.

La pequeña volvió a caer al suelo cuando el arma mágica rebanó los pies del legionario. Nahir corrió a su encuentro, la tomó entre sus brazos y emprendió la huida. Todos los legionarios que le seguían estaban muertos o heridos de gravedad, sin embargo, Nahir estaba seguro de que no eran los únicos legionarios, aunque, tenía la esperanza de que el viejo que los había vendido solo hubiera avisado a los pocos que les siguieron.

Corriendo en dirección al bosque quiso ocultarse, pero el llanto de la niña era tan fuerte que de cualquier manera los habrían escuchado. Cubriéndose entre los primeros árboles, se arrodilló para intentar calmar a la niña, pero nada conseguía hacerlo y cuando escuchó el llamado de los legionarios, supo que si no la hacía callar los encontrarían. Le repetía con desesperación que se calmara, le pedía suplicante que no llorara, y no tuvo más opción que cubrir su boca con la fuerza suficiente para amortiguar el llanto.

—¡Cálmate! ¡Guarda silencio! ¡Ya! —le pedía sin obtener resultados—. ¡Cállate! —le dijo a gritos, zarandeándola con violencia de un brazo—. ¡Llorar no va a solucionar nada! —gritándole nuevamente, buscó su mirada para continuar su reprimenda—. ¡Ninguna lágrima y ningún llanto van a hacer que esto se detenga! ¡Si no te callas, te van a oír; si te oyen, nos van a encontrar; si nos encuentran, nos van a matar! ¿Entiendes? ¡No lo vuelvas a hacer, jamás vuelvas a llorar!

Todo cuanto su padre hizo y dijo, fue como una cubeta de agua helada que la calló de inmediato. En su poco entendimiento, ya sabía lo que la muerte significaba, sabía que no lo volvería a ver, y que sus ojos le perseguirían por siempre como los de su madre hacían.

Su padre le soltó la boca cuando se dio cuenta que ya no lloraba, y le partió el alma darse cuenta de que al callarla de esa manera, le había roto el labio. No era su intención lastimarla, pero lo había hecho y eso le destrozaba. La abrazó con fuerza contra su pecho, pero al mismo tiempo con suma delicadeza y se tragó el nudo en la garganta que le impedía hablar. La niña suspiraba conteniendo el llanto, limpiándose los mocos con la manga. Su padre escudriñó los alrededores tomando a la niña entre sus brazos y emprendieron juntos la huida hasta que pudo sentirse seguro.

No podía saber con exactitud lo que había ocurrido, no sabía si volvería a unir su camino con su fiel amigo, o si se encontraba muerto igual que la dulce ama de llaves, y aun con todas las

dudas que cargaba consigo, se dirigió al lugar donde habían escondido los costales que contenían suministros y enseres, y se marchó con su niña hacia la misma cabaña que el invierno anterior les dio cobijo.

Ese fue el verdadero infierno para ellos, pasaron hambre y frío y en un intento por olvidar las inclemencias, dedicaron su tiempo a leer juntos y a estudiar un par de libros que Nahir había conseguido. Le enseñó a la niña de sus costumbres y las tareas que un buen señor feudal hacía. Le habló de la bondad y la nobleza, y como no tenían mucho más que leer, la niña se aprendió de memoria cada cosa que su padre le decía.

Al finalizar el invierno ambos habían perdido mucho peso y sabiendo que tenían que volver a poner pie en algún pueblo para conseguir recursos, le quitó el vestido a su hija y la vistió de hombre. Le tembló la mano antes de cortarle el cabello. Le gustaba demasiado su lacia cabellera, se había acostumbrado a cepillarla cada día, pero no había opciones, no podía permitir que fueran emboscados nuevamente.

—Ya te volverá a crecer, y cuando lo haga, nunca más tendrás que cortarlo de nuevo.

Sus palabras, más que consuelo para Meila fueron un consuelo para él, y cuando todo quedó listo, la miró detenidamente y sintió que todo había sido en vano, pues la niña, aún en harapos y con el cabello corto, era demasiado linda como para ser tomada por un varoncito.

—Eres igual de hermosa que tu madre. —La sonrió con ternura y el corazón se le volvió a hacer pedazos.

Extrañaba demasiado a su mujer, extrañaba su vida fácil y una cena caliente y rica sobre la mesa repleta de pan y fruta, pasar las noches frías frente al hogar mientras leía en compañía de Anendra y después, dormir juntos en una cama suave y caliente con el estómago lleno y sin temor alguno. Seguramente, su pequeña también extrañaba todo eso y mucho más, pero la niña no se quejaba; de hecho, casi no hablaba, asentía a todo cuanto se le decía, seguía al pie de la letra cada instrucción y así tuviera el sabor más horrible, se esforzaba por comer, pues era todo lo que había. Nahir estaba seguro de que esa niña era especialmente resiliente. Él, en su lugar, ya habría exigido volver a casa y tener un poco de comida decente, pero parecía que mientras estuvieran juntos, nada les detendría.

*

A su paso por los pueblos, Nahir se fue convirtiendo en lo que se conocía como un sucio comerciante, de esos que traían sus bolsas llenas de objetos que requerían mucho trabajo ir buscando entre la tierra y el bosque. Trabajo nada despreciable, pero nada valorado, que le daba las monedas suficientes como para ir cambiando sus zapatos y sus ropas. Podía conseguir sal y canela y, si bien le iba, hacerse con un poco de carne seca.

Un día, mientras se ocupaba de cerrar un trato con un comerciante local, perdió de vista a su pequeña. Cuando se dio cuenta de que no estaba, el pánico se apoderó de él. El vacío que sintió en el estómago fue tanto que las piernas le temblaron y comenzó a moverse entre la gente buscando a su chiquilla, pero, con cada paso que daba la esperanza le abandonaba. Pronto, la desesperación fue todo lo que quedaba y comenzó a gritar el nombre de su niña, empujando a la gente a su paso, corriendo al encuentro de una que otra persona que le parecían sospechosos.

Un par de calles más adelante, en uno de los callejones la encontró. La había tomado un hombre de poca monta que se atareaba en amarrarle las manos. La tenía amordazada y con repentinas bofetadas intentaba que se quedara quieta. El alivio que sintió al encontrarla se convirtió en ira por lo que estaba viendo. Fue a su encuentro y le dio un buen puñetazo al hombre

tirándolo al suelo.

—¡Infeliz! —increpó Nahir en contra del hombre—. ¿Qué intentabas hacerle al pequeño?

—¡Qué le importa! —replicó limpiándose la sangre que le escurría de la boca—. ¡Ese costal de huesos es mío y nadie me dice cómo tratarlo o qué hacer con él!

—¡Este muchachito es mi hijo! —le gritó y tomó del brazo a Meila para situarla detrás de él — . ¡La esclavitud se castiga con la muerte! ¿Lo sabe?

El viejo sucio se levantó de inmediato y salió corriendo. Solo entonces Nahir se arrodilló frente a su hija para desamarrarle las manos y quitarle la mordaza. Estaba enojado, estaba triste, sentía impotencia y la rabia comenzó a crecer.

—¿Cómo pasó todo esto? —le preguntó intentando calmarse un poco—. ¿Cómo terminaste en esta situación?

—Seguí una moneda que rodaba por el suelo, no os vi cuando me di la vuelta… El hombre dijo que me llevaría con vos…

—¿Y le creíste? —preguntó conteniendo sus emociones.

—El hombre me dijo…

—¡Jamás confíes en nadie a menos que yo te diga que puedes hacerlo! —le gritó interrumpiendo su argumento—. ¡Ningún extraño vendrá a salvarte! ¡Ninguna persona busca tu bien! ¡Nadie más que yo te va a cuidar! ¿Lo entiendes?

—¡Pero! Os he visto tan cansado…

—¡No vuelvas a hablar de esa forma! —Le volvió a interrumpir en un tono más severo que antes—. ¡Solamente la corte que vive dentro de palacio lo usa! ¿Lo entiendes? ¡Solamente las cuatro familias feudales lo usan! ¿Te queda claro?

Los ojos de Meila se llenaron de lágrimas y su padre lo notó, se dio cuenta de la fuerza que usaba para apretar sus brazos mientras le gritaba y la soltó de inmediato, esa niña con los ojos llorosos y el rostro asustado era todo lo que tenía, y no solo debía mantenerla a salvo, sino que también debía procurarle felicidad. Abrazándola contra su pecho le pidió perdón y le aseguró, que mientras estuvieran juntos, nada malo ocurriría.

—Está bien —la consolaba—. Llora, llora si lo deseas.

Pero Meila no lloró, su padre moriría si ella lloraba, él se lo había dicho, ella lo recordaba, y se tragó las lágrimas limpiándose los ojos. Esa tarde comieron en una posada y durmieron en un cuarto caliente sobre una cama suave; era todo lo que Nahir podría darle a su hija para recompensar el mal rato que había pasado por su culpa, por haberla descuidado.

Esa misma noche, un grupo de legionarios usó la fuerza para entrar en la habitación que ocuparan padre e hija. Un hombre les había reconocido y como el feudo le tenía resentimiento por dejar en desgracia a los pobladores, ese hombre eligió venderle.

Fue una decepción encontrar la habitación vacía. Por suerte para Nahir, en su desvelo, había notado el extraño movimiento de los legionarios y le había dado tiempo de escapar. Con la niña de la mano, huyeron juntos al amparo de la oscuridad dejando detrás y cada vez más lejos las voces de los legionarios moviéndose entre los árboles. Nahir fue más inteligente, esta vez había cubierto sus pies con gruesas pieles, y en lugar de dejar pisadas humanas, sus huellas se camuflaron con el ambiente hasta volverse casi invisibles.

VII

Utilizando cada recurso a su disposición, Nahir Bluthiem se mantuvo en movimiento y usó la ventaja que tenía al poder perderse en las vastas tierras que controlaba el imperio. La porción que se encontraba poblada era mínima comparada con todo lo que tenían por explorar, y aun así, prefirió no alejarse mucho de los poblados, no solo por su seguridad, sino por la seguridad de su hija.

Había cambiado su apariencia y la de la niña en innumerables ocasiones, y había endurecido su corazón. Tuvo que hacerlo cuando Meila le pidió volver a casa; le destrozaba ver sus ojos grises llenos de angustia, sin mencionar que ya no encontraba la forma de consolarla durante las noches, cuando la niña, entre sueños, sollozaba debido a sus pesadillas, y él, prefirió hacer oídos sordos ante el sufrimiento de su hija.

Con el tiempo, aquellos que lograban reconocerlo comenzaron a murmurar, hablaban de su apariencia y semblante demacrado, y gracias a eso, las persecuciones de los legionarios se volvieron más intensas y ellos lograban esconderse de milagro. Tan preocupado en la huida, que Nahir no se dio cuenta del momento en que su niña, la luz de su vida, cambió. Esa que un día fue la alegría de su hogar y que llenaba cada rincón con sus risas, perdió su mirada inocente; ya no había un derroche de dulzura y amor, al contrario, miraba al mundo con desconfianza, se volvió retraída y arisca.

Ella, por su parte, ya no se sorprendía cuando su padre la reprendía severamente por hablar con extraños, ya no lloraba bajo ninguna circunstancia, incluso parecía que se había vuelto insensible. El peligro que representaba ser alcanzados era tan real como haber visto de cerca la cara de muchos de esos hombres que les perseguían. Tan real como cuando, al encarar a un par de ellos, la pequeña mostró la más absoluta templanza, sin apenas parpadear, mientras su padre asesinaba a sus perseguidores.

Nahir estaba seguro, desde ese momento la niña se volvió puro instinto; a su voz, ella corría con todas sus fuerzas sin mirar atrás, corría tanto y tan desesperadamente, que no le importaba si le faltaba el aire o si las piernas le dolían, no se detenía a menos que su padre se lo ordenara, y si había que esconderse, se quedaba quieta y en silencio, casi olvidando respirar. Difícilmente se dejaba atenazar por el miedo y lograba controlar el impulso de gritar en momentos de verdadero peligro.

Experta siguiendo instrucciones, como en aquella ocasión cuando, para evadir a sus cazadores, tuvieron que separarse. La única oportunidad que tenían era si Nahir escapaba sin ella y, sin pensarlo mucho, la dejó escondida entre barriles vacíos en la parte trasera de una taberna. Rogando a los dioses que escucharan su súplica, pidió por la seguridad de Meila y se marchó prometiendo regresar esa misma noche. Aun cuando la noche llegó y su padre no apareció, Meila se mantuvo quieta dentro del mismo barril sin hacer un solo ruido.

Casi al amanecer, vencida por el hambre y el cansancio se quedó dormida, pero el violento movimiento del barril al ser cargado y trasladado, la despertó. No estaba segura de lo que ocurría, pero después de un rato, cuando el movimiento cesó, levantó con cuidado la tapa del barril y asomó los ojos por la abertura.

Para su sorpresa, se encontraba dentro una habitación lo suficientemente amplia, como para

dejar una cama doble y un taburete a juego con su silla, la cual se encontraba ocupada por un extraño encapuchado, de esos que había visto a lo largo del viaje y eran conocidos como cazadores de bestias. Estaba segura de que lo era: su cuerpo de espalda ancha y musculatura exagerada lo delataba, así como los cuchillos que colgaban de su cintura y la espada enfundada entre sus omóplatos.

Su sorpresa fue mayor cuando descubrió que aquel hombre, que acomodaba los codos sobre las rodillas y apoyaba el mentón sobre los puños, la observaba fijamente. Asustada, Meila regresó dentro del barril con lentitud, como si el hombre no la hubiera visto y, este, no pudo contener la carcajada al ver su acción.

Jugando con ella, levantó la tapa del barril con lentitud y asomó los ojos. Aquel hombre quería gastarle una broma para quitar la tensión, pero al verla toda mugrosa, abrazada a sus piernas y con la cabeza entre las rodillas, sintió una aguda sensación, un sentimiento que no supo definir. Una mezcla entre lástima y pena ajena le provocó el más imperioso deseo de sacarla del barril, abrazarla, y cambiarle el futuro llevándola lejos, a algún lugar donde volviera a sonreír; por eso, la miró en silencio hasta que ella levantó la mirada con indecisión y fijó sus ojos en los de él.

—¿Quieres salir de ahí? —le preguntó en un susurro. Se rascó la frente al verla negar con la cabeza y volver a ocultar su mirada entre las rodillas—. No te voy a hacer daño — insistió—. Quiero estar seguro de que entiendes lo que pasa, quiero que me digas que te quedarás en esta habitación, hasta que esa puerta se abra y veas a tu padre entrar. ¿Lo harás?

Meila levantó de nuevo la mirada, sus ojos asombrados no podían ocultar el miedo y la curiosidad. La experiencia le había enseñado demasiado pronto que no debía confiar en ningún extraño, pero aquel hombre era peculiar, irradiaba tranquilidad, era como estar con su padre. En sus ojos de tonalidad violeta podía ver cierta bondad escondida, y aun si se equivocaba al querer confiar en él, ella misma entendía que no tenía elección. Estaba a su merced y no había hacia dónde correr. Se observaron en silencio hasta que finalmente ella habló, y su tono de voz y sus movimientos fueron como los de un frágil cervatillo sintiendo el peligro.

—¿Cómo sabe que papá vendrá?

El hombre sonrió. Escucharla decir aquello era todo cuanto necesitaba.

—Sois muy pequeña para entender muchas cosas, pero os aseguro que vos y vuestro padre aún tenéis muchos aliados que harían todo por ayudaros. Considérame un aliado a vuestro servicio. Por lo tanto, os doy mi palabra de que traeré a vuestro padre de regreso.

Meila ya no podía recordar cuándo fue la última vez que alguien que no fuera su padre se mostraba tan amable con ella. La última vez que confió en un extraño casi termina en tragedia cuando faltó poco para ser robada. Pero este hombre, la hacía sentir segura, en especial cuando se despidió sin obligarla a salir del barril y volvió a colocar la tapa apenas sobrepuesta.

—No tengáis miedo. —susurró el hombre—. Siempre que estemos bajo el mismo cielo, tendré mis ojos puestos en vos.

Cuando el hombre se fue, ella se asomó y, al verse completamente sola y sintiéndose a salvo, pudo relajarse y durmió dentro del barril por un tiempo indefinido, hasta que el ruido abrupto de la puerta la despertó. Asustada, escuchó el alboroto en la habitación y una repentina luz la cegó cuando levantaron la tapa del barril. Las grandes manos de su padre la tomaron por las axilas para sacarla de su escondite. Estrechándola con desesperación, su padre le palpaba la espalda y la cabeza comprobando que no estuviera herida.

—¿Te ha hecho algo este hombre? —preguntó con angustia.

—No.

—¿Comiste?

—No.

—¿Alguien te vio?

—No.

—Es el momento de irme —dijo el extraño aliado—. La habitación tiene baño y tina para que se limpien. No debeís preocuparos de nada, también está pagado por las próximas dos semanas, incluidas comidas que se depositarán con regularidad al otro lado de la puerta. Cuando os marchéis, sugiero que lo hagáis de noche y por la ventana.

—Gracias —respondió Nahir—. Estoy en deuda con usted, aunque no sé cómo podré pagarle.

—No me debe nada, todo es por ella, su seguridad es lo que importa. Pero, si me lo preguntáis, recomiendo darle un entrenamiento a su niña, el flujo de poder es exquisito en ella. De lo contrario, el emperador no la estaría buscando. Pero eso, usted siempre lo ha sabido.

—¡Qué caprichosa es la vida! —se burló Nahir con una risa nerviosa—. ¿No crees? Negarme a un entrenamiento para ella fue la causa de todo esto, y ahora, resulta que lo más conveniente es lo que nos trajo la desgracia.

No hubo respuesta para esa queja. Dedicando una última mirada a Meila, el hombre le sonrió con ternura al verla con el rostro oculto entre el cuello de su padre. El extraño se marchó y la duda en Nahir sería eterna, de saber cual habría sido su destino de haber rogado un poco para que ese hombre se les uniera. En cambio a Meila, le quedaría el recuerdo de aquellos benevolentes ojos violeta, que por un instante le estremecieron el alma y la hicieron volver a confiar.

El encuentro con el hombre misterioso causó que Nahir se cuestionara por la seguridad de su hija. Ya no tenía la misma confianza de creer que podría mantenerla a salvo, y comenzó a sentir el peso de sus acciones al verla flaca y asustadiza. Aquellas tres edades de huida y mal dormir les había pasado factura a ambos, hasta él estaba exhausto. Si debía hacer algo por el futuro, el momento era ese. Su hija merecía mucho más que aquella vida que le estaba dando. En definitiva, merecía un futuro. No podía devolverle uno como el que hubiera tenido en aquella cuna de oro, pero al menos sería un futuro. Y ser sacerdotisa no le pareció un destino tan malo.

Después de varios meses de viaje llegaron a la casona del mago Owen, un viejo amigo del legado Bluthiem, tan viejo, que desde que Nahir era niño lo recordaba con el mismo aspecto que ahora. A pesar de las edades, el anciano lo reconoció, y sin dudarlo, le abrió las puertas de su vieja casona y los acomodó en la recámara más lujosa que podía brindarles. No había mucho en ella, la cama enorme era el único alarde, porque hasta la cómoda donde reposaba un viejo candelero se encontraba apolillada. La pequeña Meila estaba tan fatigada por el viaje y el ajetreo que, sin oponer resistencia, se dio un baño lo más rápido que pudo y se metió en las cobijas limpias de la cama para quedarse dormida al instante.

Su padre terminó de asearse y la observó dormir. Sentía tristeza. El viaje la había dejado casi en los huesos, llena de raspones y mugre, sin ningún tipo de futuro. No era algo que su amada Anendra hubiera deseado para su hija, pero era lo que había ahora y no encontraba forma de salir a flote sin resultar herido.

Nahir bajó a la sala para encontrarse con su viejo amigo. Un par de copas mientras charlaban fueron suficientes para llevarlos al indiscutible futuro. El pobre Nahir tenía la cabeza revuelta y la sangre caliente como para confiar en sus propias decisiones, y sentía que lo que fuera que pidiera como ayuda, comprometería de gravedad a quien se apiadara de ellos. Owen, tenía tanto de astuto como de viejo, y pudo ver toda esa confusión. No sería mucho lo que pudiera hacer por él, pero le tendió esa mano amiga sin dudar.

—No puedo resguardarlos a ambos, pero sí puedo acoger a la niña y hacerla mi discípula. Y,

amigo, ojalá encuentres reposo tras el asedio del emperador.

—¡Gracias, hombre! No esperaba menos de ti, pero no tengo cómo pagarte semejante favor.

—Considéralo una forma de agradecimiento y, también, de reiterarte mi amistad. La pequeña pasará desapercibida a mi lado, innumerables niñas han pasado por mi casa como mis aprendices antes de ser enviadas a las barracas de entrenamiento y ella no levantará sospecha alguna, especialmente porque nadie te ha visto llegar.

—¡Gracias! —repitió Nahir con la voz entrecortada y los ojos enrojecidos.

—¡Vamos, Nahir! Es difícil, lo sé, pero te doy mi palabra de que ella estará a salvo y crecerá bien.

—Eso lo sé, pero… es todo lo que tengo y todo cuanto queda de mi legado.

—Lo entiendo —suspiró el viejo con desánimo—. Con la traición que se te imputa, el emperador te ha buscado hasta debajo de las piedras y ha asesinado a cada Bluthiem a su paso. No ha dejado vivos ni a los niños. El precio que hay por tu cabeza sacaría de la miseria a cualquier vagabundo y, ni en toda su vida, podría gastar semejante cantidad de oro. No te deseo mal, amigo mío, pero veo tu futuro sin necesidad de ser adivino y la pequeña Meila no tiene muchas opciones si sigue a tu lado. Te ofrezco lo que tengo, y lo que puedo. Su vida y un poco de esperanza, sin más.

Nahir se enjugó las lágrimas con una sola mano, estaba cansado de la huida y estaba seguro de que faltaba poco para ser atrapado. Asintió con firmeza aceptando la oferta y tragó el contenido de su copa sin respirar. Su viejo amigo se acercó y apretó su hombro, sellando la promesa de mantener a salvo a la pequeña.

—Te doy mi palabra de que, si no te vuelvo a ver, arreglaré el mejor futuro posible para tu pequeña; tendrá un buen marido y un porvenir tranquilo.

Nahir volvió a asentir sin decir palabra. Partiría esa misma noche. Si querían que el plan de mantenerla a salvo resultara, debían actuar con cautela y sin demora. Lo primero que hicieron fue despertar a la niña y cambiarla de habitación. Se trataba de la misma habitación que todas las aprendices habían usado, ubicada en el frío ático, repleto de telarañas y cajas llenas de trastos y menjunjes que todo practicante de la magia y el poder debía poseer.

—No te preocupes, Nahir —le dijo su amigo, alentándolo al ver su expresión horrorizada—. Lleva mucho tiempo vacío, pero mañana, después de que mi ama de llaves la limpie, se verá muy diferente, incluso tendrá su propio fogón.

El anciano salió del ático dejando espacio para la despedida, y fue entonces cuando Nahir sintió la punzada de la agonía apretarle el corazón. Meila abrazaba una pequeña bolsa que contenía todas sus pertenencias. Observaba en silencio cómo su padre preparaba la cama con sábanas limpias, algo en él no era normal, pero ella no supo definir qué. Su intuición no le mentía, su corazón también sintió esa agitación, y su garganta se cerró negándole la posibilidad de hablar sin el maldito llanto asfixiante.

Su padre le arrebató la bolsa que contenía un par de mudas, y la metió dentro de un cajón en uno de los dos taburetes junto a la cama. La furia en Nahir se debía a que habían atravesado tantas calamidades y, sin embargo, ninguna de ellas le había dejado tanta angustia y desesperación como aquella inminente separación. Era necesaria, su pequeña había estado al filo de la muerte en más ocasiones de las que él hubiera deseado y, debía cumplir a su amada Anendra la promesa de que nada malo le pasaría a su hija.

—¿Papá? —Una simple palabra angustiosa en forma de pregunta removió todo dentro de él.

—¿Recuerdas los relatos que te contaba tu madre de los poderosos magos que un día existieron? —La vio asentir y peinó sus cabellos para quitárselos de la cara y poder verla con

detenimiento antes de partir—. El viejo Owen será tu maestro y podrás, si pones mucho empeño, ser como uno de aquellos poderosos magos. Lo harás, ¿verdad? ¿Pondrás todo tu esfuerzo? — La apretó con fuerza contra su pecho cuando la vio asentir. Reprimir el llanto le ahogaba y casi no podía resistir el deseo de llevarla con él.

La pequeña Meila no era tonta, a las malas había aprendido de la vida y sus peligros. Había aprendido a poner atención en cada cosa y en cada palabra que su padre decía. Sabía seguir sus instrucciones para salvar la vida. Ahora deseaba no saber nada y no darse cuenta del miedo en su padre, de su voz quebrada y el temblor en su abrazo. No lo entendía, pero no debía ser nada bueno, y aunque siempre puso todo de su parte para facilitar las cosas, para no defraudar a su padre, en ese momento no sabía qué hacer o cómo reaccionar, porque en el fondo lo sabía, algo andaba mal y no podía sentir alivio alguno de saberlo junto a ella.

—Hace mucho que quiero darte algo para que lo cuides —le dijo su padre intentando calmarse—. ¿Recuerdas cuando tu madre te hablaba de nuestro linaje y nuestro legado al ser elegidos señores feudales de una de las cuatro provincias?

—Sí —respondió.

—¿Recuerdas lo que te habló del arma mágica que nos distingue como Bluthiem?

—Sí… ¿La que has usado, papá?

—Es nuestro legado y debemos cuidar de ella —agregó Nahir con paciencia y amor—. Es un arma mágica y su nombre es Cuerno de Bashitva —le dijo al mostrarle el cilindro plata curvilíneo. El exquisito acabado entrelazaba finas líneas con espirales rúnicos y, en uno de sus extremos, dos púas se erguían peligrosamente con orgullo —. El pacto que hay con Bashitva sigue a nuestra línea de sangre y te permitirá usarla con libertad. Tu misión será cuidarla de ahora en adelante. Pero debes prometerme que no dejarás que nadie la vea.

—La cuidaré —le aseguró, mostrando un brillo peculiar en la mirada—. Pero, ¿por qué nadie debe verla? —preguntó con inocencia.

—Porque es un arma legendaria. Su figura y diseño está plasmado en los libros de la misma forma en que las otras tres armas de las otras familias feudales lo están. Todos conocen la forma y el nombre del Cuerno de Bashitva como nuestro legado, de la misma forma que conocen a cada una de las armas mágicas que sirven y obedecen a las otras familias feudales en beneficio para la dinastía. Y nosotros, mi amor, debemos olvidar quiénes fuimos. Guardaremos como recuerdo esta arma fiel a nuestra sangre y sellaremos un pacto entre tú y yo usando a Bashitva como recordatorio de lo que nos une.

Asintió con toda la confianza que la niña tenía a su padre, permitió que, con el filo de una daga, le abriera una herida sobre su pulgar del tamaño justo como para que un par de gotas brotarán de su piel. Dirigiendo su mano, Nahir escurrió la sangre sobre el arma y frotó un poco para que se impregnara lo suficiente para luego colocar la pieza sobre las palmas abiertas de Meila.

Un vínculo se formó de inmediato. El arma resonó con un sonido metálico, fino y ligero, como un llamado a su amo. La pequeña Meila no podía apartar su mirada de aquella enigmática figura. De manera natural, la niña apretó la pieza entre sus manos y, al hacerlo, un destello plateado la cegó. Nahir sonrió al ver que Bashitva había aceptado a su nuevo amo. Después, sin dar mucho más tiempo, la envolvió en una de sus camisas y la metió dentro de la bolsita con ropa de Meila que momentos antes había guardado en uno de los taburetes.

Le besó la frente a su niña y la acostó acomodándole las cobijas. Le acarició el cabello ligeramente largo, y le prometió que ya podía dejarlo crecer y que no debía cortárselo nunca más si así lo deseaba. La niña se acogió en sus brazos y cerró los ojos, se dejó acariciar por el amor

que su padre derramaba y se durmió segura de que en esos brazos nunca nada le ocurriría.

Nahir lloró en silencio mientras la veía dormir, el dolor en su pecho era demasiado. El silencio de la noche se rompía repentinamente cuando le era imposible silenciar el dolor de su llanto. Lloraba por lo que estaba a punto de hacer, lloraba porque no la vería crecer y no vería la vida que tendría. Las promesas hechas a sí mismo y a su amada Anendra tenían más peso que antes. Mientras Meila tuviera vida, él haría lo que fuera.

A finales del verano de la edad 1232, después del exilio, poco antes del amanecer, cuando la noche se veía más negra, Nahir se marchó sin despedirse, completamente hecho pedazos y con la convicción creciente de que eso era lo mejor para su niña.

Meila se despertó de repente, el corazón se agitaba queriendo salirse del pecho, y supo, sin que nadie le dijera lo que ocurría, que su padre ya no estaba cerca. Rompió en llanto por primera vez en mucho tiempo cuando se acercó a la ventana y pudo ver a su padre alejarse entre las sombras. La angustia era tanta que entre la asfixia del llanto y el nudo en su corazón, le fallaron las fuerzas y las rodillas se le doblaron hasta tocar el suelo. Con el alma dolorida, no pudo emitir sonido, ni siquiera para llamarlo, para gritarle que no se fuera. No pudo prometerle que no le daría problemas, que no le exigiría nada, pero que no la abandonara.

El peso de su ser dolía, todo en ella dolía. Una martirizante sensación le cerró aún más la garganta. No entendía por qué la vida le pagaba de esta manera. ¿Qué había hecho mal como para ver morir a su madre y ser abandonada por su padre? Ella misma deseaba morir con más fuerza que nunca y encontrarse en el más allá con su madre, pero por más que lo deseaba, eso tampoco ocurría.

El sueño la había abandonado por completo, y a pesar de eso, se arrastró hasta la cama y abrazó la almohada. Estaba tan necesitada de un poco de amor, que incluso sintió como si esta, al secarle las lágrimas, le concediera un poco de compasión.

Con los primeros rayos de sol, el viejo Owen le hizo su primera visita. No esperaba verla despierta y la observó compasivo, con la almohada sosteniendo su cabeza mientras se abrazaba las piernas. Aún era una niña y su baja estatura delataba su poca edad. Sin embargo, la mirada en sus ojos enrojecidos y el rostro demacrado eran los mismos que los de cualquier adulto: endurecidos por una vida de miseria.

El anciano sintió su corazón estrujarse; lástima y rabia por el pasado que arrastraba la niña y un poco más por su incierto futuro. Pero admiró su coraje por mantenerse serena al ponerse en pie y alisarse la falda. Con solo verla el anciano reafirmó interiormente su promesa a Nahir.

—¿Qué haces despierta, niña? —exclamó intrigado.

—La cama es muy suave —respondió apenas levantando la mirada, con la voz temblorosa y los ojos cristalinos.

—Pronto llegará mi ama de llaves. —En su voz intentó ocultar sus emociones al imaginar las condiciones de vida para que una cama de paja le resultara suave—. Es una buena dama, pero por ningún motivo debe saber tu identidad. Tu padre te ha explicado la importancia de eso, ¿no es así? Entonces, permíteme contarte lo que le ocurrió a una chiquilla, hija de un conocido comerciante en las tierras del Oeste.

«La chiquilla aún era una niña cuando fue secuestrada. Desesperado, su padre llegó hasta mí para intentar encontrarla, y al hacerlo, ella se negó a regresar con su padre diciendo que amaba al desgraciado que la había secuestrado. No hubo poder humano que la hiciera regresar con su padre. Los actos de su hija eran tan vergonzosos que el padre ha preferido decir que logró ahorrar lo suficiente como para iniciarla como sacerdotisa, ocultando de esa forma su abrupta desaparición .Esa chiquilla ahora debe de tener diecisiete edades, y tú serás ella, tu nombre será

Zokane y tu más grande deseo será poder honrar los deseos y el esfuerzo de tu padre¿ .Te queda claro?

—Sí —respondió con actitud sumisa.

—Bien. De ahora en adelante me llamarás maestro. Yo te iniciaré en las artes mágicas y a cambio, serás una niña buena y no darás problemas. Ahora, ¡vamos, a lavarte el rostro, que es hora de tomar el desayuno!

El agua fría con que Meila se lavó aquella mañana se llevó no solo sus lágrimas, sino también su identidad. Su padre se llevó su corazón y la vida se llevaba su esperanza. Por primera vez se sintió completamente vacía. Pero algo era seguro, aunque no pudo decírselo cara a cara, le prometió a su padre que lo esperaría en aquel lugar. Y lo haría, sería valiente como tantas otras veces.

VIII

El ama de llaves resultó ser un tanto quisquillosa, así como extremadamente enojona, sin una pizca de curiosidad, y con eso a favor, la vida comenzó para Meila. Su dedicación por aprender todo lo que el viejo Owen le enseñaba dejó expuesta su extraordinaria facilidad para las artes mágicas. Muchas de las veces, con el simple hecho de observar, replicaba la rubra mágica que el mago dibujaba y, aunque se trataba de cosas simples, no dejaba de ser fascinante.

Su reservada personalidad fue una ventaja para mantenerla oculta, y su obediencia resultaba beneficiosa a la hora de aprender cosas que requerían disciplina, como memorizar las distintas hierbas y sus usos mágicos, y cuando ya creía que no podía haber algo más difícil, siempre llegaba el maestro para mostrarle cuánto se equivocaba.

Meila tuvo que poner mucho esfuerzo en aprender la complicada labor de moler y mezclar ciertos ingredientes hasta obtener distintos colores, texturas y olores; algunos buenísimos para un té y relajarse en una tarde lluviosa, y otros, potentes como para que puedan ser trabajados con aleaciones y crear armas mágicas con las piezas provenientes de las bestias.

Rápido entendió que lo complicado no era moler y mezclar, sino encontrar el punto exacto para obtener una mezcla de calidad con la magia adecuada. En ese momento pudo demostrar sus cualidades únicas al crear mezclas que excedían las expectativas de cualquier aprendiz, pues, daba la impresión de que era una vieja conocedora por el grado de perfección que lograba pese a su nula experiencia.

Su maestro no parecía tener prisa por enseñarle cada cosa y cada técnica; él decía que había ciertos dones que debían pulirse poco a poco para convertirse en excepcionales. Antes debía mejorar su paciencia y enfocarse en su sabiduría, para después, intentar despertar otros talentos, como la telequinesis o la habilidad de comunicarse mediante el agua con otros magos, y si tenía suerte, tendría la videncia o el codiciado don de la sanación, teniendo incluso la posibilidad de lograr controlar cierto tipo de criaturas mediante la invocación.

Sin embargo, lo primero era lo primero, y debían descubrir cuáles eran sus dones innatos, esos que ya venían con ella desde el momento de su nacimiento, y la única manera de descubrirlo era con práctica y paciencia, y mientras tanto, aprendería lengua antigua y memorizaría los bestiarios para aprender el uso mágico de cada pieza.

Las garras, los huesos, la sangre y los cuernos eran los principales ingredientes; después venían las escamas, la piel o el pelaje, y, en último lugar, los ojos y las vísceras. Cada criatura poseía una parte mágica más apreciada. Un buen bigote de un gusano gigante era perfecto para las cuerdas de los arcos o para confeccionar látigos. Las recias escamas podían usarse como cubierta de armaduras o escudos, e incluso ciertos dientes y garras de criaturas gigantes podían emplearse como punta de flecha o lanzas. Todo dependía del atributo mágico que la bestia brindara y de la mezcla creada por el hechicero en cuestión.

Cuanto más prestigiosos y puros fueran los ingredientes, más posibilidades había de obtener un arma mágica excepcional digna de un dios; aunque claro, poder pagar la creación de un arma de tal calibre era un lujo que solo unos pocos podían permitirse. Con tanto que aprender, no era raro verla pasar el rato en su ático, leyendo en su rincón improvisado sobre un sillón de paja que ella misma había hecho cubriéndolo con una sábana. Pudiera parecer abrumador, pero, por

fortuna, su padre le había inculcado muy bien el hábito de la lectura y la chiquilla amaba perderse entre las páginas.

Era dedicada, mucho más que cualquier aprendiz que el viejo Owen hubiera tenido, y el tiempo a su lado pasaba tan rápido, que cuando se dio cuenta, ya habían transcurrido dos edades desde su llegada. Se habían esmerado juntos: él, en darle la mejor instrucción, y ella, en aprender todo sin rechistar. Pero, sin duda, el momento en que dejó maravillado a su maestro fue el día en el que llegó un granjero con el brazo destrozado después de que un bisonte lo hubiera embestido. El hombre lloraba suplicando que salvaran el brazo, de lo contrario, ¿quién se encargaría de sacar adelante a su familia?

El viejo hacía todo lo posible por sanar la herida con ungüentos y hierbas; hizo todo cuanto pudo por acomodar los huesos, pero no tenía el don de la sanación y se lamentaba por eso. No había mucho más que hacer, el campesino no dejaba los lamentos y, tras un suspiro, el mago observó a Meila, con los ojos desbordados, visiblemente afectada. El viejo Owen no sabía de su miedo por la sangre, ni de todo lo que la chiquilla había tenido que presenciar en su huida, y le animó a no tener miedo.

—Tienes que reaccionar a tiempo, niña. Aun si no tienes el don de la sanación, tus acciones pueden salvar a la persona herida. Está bien sentir miedo, pero no puedes permitirte que te paralice. ¿Lo entiendes?

Lo entendía, pero no podía dejarlo ir tan fácilmente, temblaba con fuerza y pese a eso, asintió ante las palabras del viejo. Se volvió con determinación, apretándose las manos para calmar sus espasmos, acción que le dio la corazonada al hechicero. Nada se perdía con intentarlo. Después de todo, no había mejor momento para iniciar a Meila y, de paso, averiguar si tenía el escaso don.

Ayudada por su maestro y la lectura de ciertos libros, Meila se hincó enfrente del brazo del hombre controlando un poco su creciente nerviosismo. Escuchando las indicaciones, una respiración profunda la dejó tranquila. Con las manos extendidas sobre la herida, sin tocar la piel, puso atención. A su lado, su maestro comenzó a recitar en lengua antigua un conjuro, y Meila lo repetía sin equivocarse ni un poco, como algo natural para ella.

—Pon atención a tus manos —le decía Owen—. ¿Puedes sentir el calor extenderse a través de tu piel? Intenta expandir ese calor y transmitirlo hacia la herida frente a ti. Hazlo con la firme idea de que aquello sanará cualquier lesión sin importar que se trate de huesos rotos o que implique cualquier tipo de regeneración.

Con leves movimientos de cabeza, fue confirmando las instrucciones hasta que dejó de oír la voz de su maestro. Había caído sutilmente en un trance que la mantenía más consciente que nunca pero fuera de la realidad. Sorprendida, observó un destello blanco que nacía de las palmas de sus manos y se dejó maravillar por el tenue resplandor que comenzaba a sanar la herida regenerando piel, huesos y músculos por igual.

Su maestro sonrió orgulloso. Pocos habían logrado descubrir su talento a tan temprana edad y en el primer intento. El viejo disfrutó de la emanación de poder, una vibración potente, un choque eléctrico que se apoderaba de todo su alrededor. Era un escalofrío que recorría toda su piel y que iluminaba en un intenso fulgor las pupilas y las manos de la chiquilla, transmitiendo esa luz a la herida.

No era necesario, pero quiso comprobar el trance, pasó la mano por delante de los ojos bien abiertos de la niña. Meila no reaccionó. Owen se sintió feliz de no haberse equivocado, y el campesino, sin saber la maravilla que significaba aquella sanación, sonrió aliviado. El par de horas que Meila se perdió en el trance valió la pena. El brazo del hombre parecía que jamás

hubiera sufrido ninguna herida y no hubo nada que impidiera al granjero tomar a la niña en brazos y apretarla con toda su fuerza en agradecimiento por su invaluable ayuda.

—Lo has hecho bien —exclamó su maestro, palmeando su hombro—. ¿Cómo te sientes?

—Extraña —respondió observando sus manos mientras en un movimiento repetitivo abría y cerraba los puños—. Siento cosquillas en las manos y el cuerpo me pesa…

—Es normal, te tomará un tiempo acostumbrarte a todo ese cúmulo de sensaciones. Ve, tómate el día. Duerme si lo deseas, la sensación pasará pronto.

Asintiendo, la niña subió a su ático, y una vez cerró la puerta, suspiró entrecortadamente en un intento por calmar sus ganas de llorar. No tuvo éxito. Las lágrimas se le escurrieron por las mejillas cuando en su mente cruzó la idea de que, si hubiera descubierto este don mucho antes, tal vez hubiera podido salvar a su madre, o a su nana, y porqué no, incluso a todos esos hombres que terminaban heridos mientras les perseguían, incluso, tal vez su padre no la hubiera abandonado.

Las emociones de Meila se volvieron perceptibles para el mago, quien, al momento de sentir toda esa explosión de energía, dejó la plática con el campesino y se fue a su encuentro. Abriendo de par en par la puerta, vio a la niña de pie en medio de su habitación, mirándose las manos con aspecto sombrío. El mago se acercó a ella buscando su mirada, y apenas pudo clavar sus ojos en los de ella, la abrazó al sentir como suyo todo el dolor que la niña emanaba en su energía.

No necesitaron palabras para entenderse, Meila no necesito explicarle nada, una conexión más grande ocurrió en ese instante entre ambos y Owen fue capaz de ver todo lo que la mente de Meila guardaba, y sentir todo el dolor que acarreaba. Vio imágenes confusas y rápidas de la muerte de Anendra y de la muerte de su nana, y pudo ver que el malnacido de Nahir se había marchado sin decirle nada. Sintió todas sus pérdidas juntas y le destrozó el alma. ¿De qué manera podía consolarla? Entonces entendió su llanto.

—Ten calma —le pidió—. La sanación no puede revivir a nadie. Tal vez podrías volver a unir un brazo si se hace bien y rápido, pero no una cabeza cercenada… La resurrección es cuestión y voluntad de los dioses. Tu don, aunque está íntimamente ligado a la divinidad, te da la oportunidad de salvar vidas… no de devolverlas. Así que, tranquila, no es tu culpa que murieran.

Meila asintió como siempre, entendiendo lo que su maestro le decía. Sintió alivio al saber que jamás podría regresar una vida, y supo, que usaría su don para salvar a tantos como pudiera, casi como un juramento a ella misma de nunca más tener que ver morir a nadie más. En ese momento, su maestro deseó poder borrar cada amargo recuerdo de los que pudo ser testigo, y como único consuelo se hicieron compañía dejando de lado todo lo demás, uno al lado del otro, sentados frente a la chimenea mientras se perdían en la lectura.

Después de eso parecía que Meila se había acostumbrado a esa vida de tranquilidad, pero en el fondo, pese a toda la presión requerida para convertirse en una respetable hechicera, también había sabido mantenerse alerta y expectante a la espera de su padre. Aunque su padre nunca le dijo si regresaría, ella estaba segura de que sí lo haría, y buscaba siempre alguna de tantas señales que solo ellos conocían para, por fin, ir a su encuentro.

Pero las edades parecían siglos y la ansiedad se fue apoderando de ella. Un presentimiento la invadió de pronto y tuvo semanas llenas de angustia; el pecho le dolía y a veces le costaba tanto respirar que sentía su corazón agitado sin razón. Finalmente, no hubo manera de evitar la tormenta que arrasó con los sueños y la esperanza que había logrado acumular.

Como cada mañana, el ama de llaves recogía los encargos del viejo Owen que eran traídos por algún mensajero y, como ya era costumbre, Meila la acompañaba. La trágica noticia la recibió sin aviso: el último Bluthiem finalmente había sido alcanzado. Según se decía, el infame cabeza

de familia había sido torturado durante varias semanas en las afueras de una provincia del Este, y había muerto entre los cerdos de un establo después de que sus confesiones fueran de provecho para el emperador: su confesión incluía la afirmación jurada de que su heredera había muerto y el emperador lo había creído.

El ama de llaves murmuraba con el mensajero mientras a Meila se le abría el suelo bajo sus pies. El mareo que sintió junto con el repentino sabor amargo del vómito la hizo correr detrás del primer arbusto que encontró. Vaciando el estómago usó de excusa su poca salud para pasar el resto del día en su ático. La soledad le permitió llorar todo cuanto pudo, y al saberse finalmente sola, pues ni el mago apareció como la última vez, experimentó el dolor del alma de una forma que no creyó posible.

El desconsuelo era tanto que no tenía entendimiento para nada, solo podía pensar que, con su padre muerto, ¿qué sería de ella? Se sentía desamparada y de alguna manera lo estaba. De las muchas dudas que le rondaban la cabeza, una le causaba un pánico descontrolado… ¿Y si el emperador llegase a encontrarla? Su padre siempre se lo dijo: nadie más que él la protegería. Como muchas otras veces, tuvo que sacar fortaleza y recomponerse un poco, secarse las lágrimas, y enfrentarse a lo que viniera. De seguir así, la angustia terminaría por matarla y esperó a que la tarde llegara a su fin y, una vez que el ama de llaves se marchó, reunió el valor para hablar con su viejo maestro.

—¿Está muerto? —preguntó sin rodeos, solo para confirmarlo.

—No me mires de esa forma, niña —respondió el anciano al darse cuenta de su mirada triste —. No había nada que yo pudiera hacer… Qué más quisiera que tu padre hubiera logrado reunirse con nosotros…

—Ya no importa —interrumpió intentando mostrar frialdad sin éxito cuando la mandíbula le tembló al tiempo que se le quebraba la voz—. Mi padre siempre me dijo que su muerte era inevitable.

—Entonces, ¿qué más quieres que te diga?

—¿Qué va a pasar ahora? —preguntó no muy convencida.

—¿No es obvio? Es una trampa del emperador, un rumor esparcido por él. Apenas hace unos pocos días se hablaba de tu edad, de que estabas escondida, se decía que el emperador ha doblado esfuerzos por encontrarte. Y ahora aseguran que él en verdad te cree muerta. Siempre estuvo seguro de que te encontraría… Por lo tanto, tarde o temprano llegará aquí, y tú ya sabes lo que debes hacer. ¿No es así? —preguntó el anciano.

—Sí —respondió la niña con determinación—. Mi nombre es Zokane y honraré los deseos de mi padre.

El anciano sintió alivio al escucharla y la dejó irse creyendo que todo estaba en orden. No contaba con que Meila tomaría las riendas de su vida por primera vez y elegiría marcharse al amparo de la noche sin mirar atrás. La única cosa que la mantenía en aquel lugar era la esperanza de ver a su padre regresar, ahora que había confirmado que eso no pasaría, solo le quedaba hacer un último esfuerzo e intentar vivir, tal como su madre lo quiso, tal como su padre deseó. De esa misma forma, ella lo intentaría, y ahí, con el mago, no se sentía segura.

Con la misma bolsa vieja que su padre había guardado en el cajón al momento de marcharse, ella también abandonó la casa. En su interior, enredada en la camisa de su padre, se encontraba el arma mágica que simbolizaba su legado y su identidad: el Cuerno de Bashitva. Meila entendía que ella y el arma tenían un vínculo, y mientras estuvieran juntas, tanto arma como niña honrarían su alianza.

IX

El miedo por quedarse y ser alcanzada por el emperador era mucho mayor que el de atravesar el bosque a oscuras con los peligros que aquello conllevaba. Lo prefería, ser víctima de una bestia salvaje era mucho mejor que ser víctima del emperador, y se marchó sin mirar atrás, con el corazón agitado y la esperanza de alcanzar una vida mejor.

Enseguida se dio cuenta de su error y se arrepintió cuando comenzó a escuchar el bramido de las bestias provenientes de todas direcciones. Su instinto la llevó a tratar de ocultarse entre las copas de los árboles, esperanzada de que la luz del día la alcanzara allí escondida.

Si tenía suerte, el viento se llevaría su aroma lejos para que ninguna bestia la encontrara, pero de no ser así, Meila se consoló al pensar que se encontraría con sus padres en la eternidad. Intentó no moverse, no hacer ruido, incluso le costaba respirar mientras el sonido de la noche se interrumpía por los bramidos de las criaturas, algunas distantes, otras cada vez más cerca.

El pavor por la llegada de aquellas bestias se vio superado cuando un feroz y potente bramido lo acalló todo. El silencio fue tal, que incluso los insectos enmudecieron. Los ojos se le llenaron de lágrimas y a punto estuvo de regresar corriendo con el viejo Owen, pero entonces escuchó un susurro viajando en el viento. Una voz masculina le pedía que corriera, que siguiera al terror negro. Temblorosa y asustada, levantó la vista al cielo para ver la sombra oscura de un gigantesco ser alado. El brillo de la luna dibujó una silueta. Parecía uno de aquellos legendarios dragones que había estudiado en los bestiarios de su maestro.

Sintiendo en su interior una fuerza nunca experimentada, entendió que desde ese momento en adelante su futuro estaba en sus manos, y sin estar completamente segura de por qué actuaba como lo hacía, bajó del árbol y caminó casi a trote, siguiendo por instinto la trayectoria que había tenido aquella misteriosa figura alada que hacía retroceder a todo ser vivo, mientras que, en su mente, repetía una y otra vez la enseñanza de su viejo maestro: »Las oportunidades son como pequeños milagros hechos a medida; ocurren para ti en el momento preciso, y debes aprovecharlas todas antes de que desaparezcan.«

El inesperado silencio del bosque al paso de Meila era una de esas oportunidades, aunque, resultaba extraño que el silencio avanzara junto con ella, y que las bestias se alejaran del camino al oír los escalofriantes bramidos que aquella criatura lanzaba a Meila dejó de importarle, mientras la bestia pudiera silenciar el mundo y asustar a toda criatura, ella continuaría siguiendola.. Sin nada que se atreviera a molestarla, tampoco habría peligro para ella, y dado a la inmensidad de la criatura, supuso que no se molestaría con una pequeña hormiga como ella, porque incluso, parecía esperarla y guiarla sin rumbo a lo más profundo del bosque.

En algún momento sintió cansancio y frío, había escapado con nada más que su vestido de manta de mangas largas y un simple chal que apenas la cubría de las inclemencias, y cuando no pudo seguir andando, se acomodó sobre el suelo recostándose en un árbol. Cerró los ojos en un sueño profundo. Cuando despertó, el sol apenas pintaba el horizonte y ella se sobresaltó al ver la cantidad de insectos y alimañas que le caminaban encima. Se levantó a brincos sacudiéndose la ropa y el pelo. De todos los lugares al aire libre donde había tenido que dormir, esta era la primera vez que una cantidad semejante de alimañas le caminaban encima, y no pudo controlar el asco y la ansiedad ante la sensación de todas esas patitas caminando por su piel.

El primer ardor del estómago debido al hambre se sintió con fuerza, y de solo eso le entraron unas ganas terribles de querer regresar, aunque se dio cuenta que ya era muy tarde pues no sabía dónde estaba. Entonces tuvo tiempo de sentir la soledad. Su voz se encontraba ahogada en el llanto que se le había atorado en el pecho. Tenía tanto miedo y tantas dudas, que sentía que su dolor jamás terminaría. A sus casi doce edades, ya tenía claro que no había muchas opciones cuando solo queda el miedo: miedo a la pérdida de sí misma, especialmente cuando pudo reconocer que el odio, el resentimiento y la cólera eran lo único que la mantenían en pie, y que deseaba encontrar algún tipo de venganza para saber si con ello sería capaz de reparar su corazón herido y recuperar un poco de su felicidad.

Los días pasaban muy despacio, sobre todo cuando ya no pudo ignorar el hambre. Las edades con el viejo Owen le sirvieron de algo: tantas horas memorizando hierbas y plantas, que fue cuestión de poner un poco de empeño para encontrar hongos, hojas y frutos. Como el hambre superaba el asco, se comió todo lo que iba encontrando, y debido al dolor de estómago que le provocaban los “alimentos”, aprendió a lavar lo que comía y a elegir mucho mejor lo que se llevaba a la boca.

Las noches frías fueron su segundo gran reto. Cuando por fin pensaba que se había acomodado de alguna forma que pudiera mantenerse caliente, la dureza de su entorno le recordaba que solo era una pequeña niña y la despertaba sin piedad, ya fuera para sacudirse las alimañas o para intentar calentarse frotándose el cuerpo, pero no lograba dormir más que un poco cada noche; por lo mismo, durante el día buscaba alguna piedra bañada por el sol y se acostaba a dormir todo lo que podía, aunque nunca faltaba el ruido abrupto de alguna bestia que la despertaba, entonces daba un brinco hacia el suelo y salía corriendo a esconderse debajo de algún arbusto.

También pudo poner en práctica todo lo que había leído de las bestias, acerca de cómo ocultarse de algunas o cómo evitar otras. Y una tarde, mientras se calentaba al sol, aprendió a no aproximarse a los lagos cuando permanecían en calma. De repente, un par de ojos tan grandes como duraznos sobresalían del agua. La mirada aguda de la criatura yacía fija en la orilla, y a la menor provocación, parpadeaba moviéndose ligeramente. Meila tragó saliva para controlar su miedo y desde entonces, siempre, antes de acercarse al agua, lanzaba un par de piedras para comprobar si podía acercarse. También, gracias a su padre, supo usar el viento a su favor para avanzar o permanecer oculta por el olor a carne humana que inevitablemente despedía y que resultaría apetitoso para cierto tipo de bestias.

Un día, el terror negro apareció, a ella le gustaba creer que el dragón la visitaba y, como hacía un par de días que no lo veía, sintió alegría, se sentía segura y lo siguió, gracias a eso, encontró un morral viejo y desgastado. Se notaba que llevaba mucho tiempo ahí tirado, y Meila no dudó en revisarlo. En su interior no había mucho, solo un par de camisas y un abrigo negro de piel afelpada. También encontró una daga y en una de las bolsas había una aguja larga. Pero tal vez lo de mayor valor fue una bolsa de piel curtida llena de un ungüento de olor amargo, la curiosidad pudo con ella y después de olfatearlo se lo untó en la piel, y de inmediato calmó la comezón por tantas picaduras, y como la piel la tenía curtida en ronchas, se la untó en todo el cuerpo. Gracias a eso, se dio cuenta de que la mezcla, además de calmar la comezón, repelía los insectos.

Le tomó todo un día lavar y secar la ropa, y con un poco de ingenio, logró sacar tiras de hilo de su falda de manta, y con la aguja, gracias a la necedad del ama de llaves por enseñarle a bordar y coser, logró forrar su falda con las camisas viejas, y unirla por el centro para darle la forma de un pantalón. Definitivamente ese fue el mejor día para ella, porque a pesar de que el abrigo le quedaba en exceso grande, le sirvió para mitigar el frío.

Gracias al ungüento y a lo que podía recordar de los libros, había podido improvisar una mezcla de hierbas que enredaba en sus cabellos para disimular mejor su esencia a humanidad, y cada vez que podía, se lavaba lo mejor posible el cuerpo para evitar cualquier aroma agrio que, dicho sea de paso, también resultaría apetitoso para algún que otro ser. Esa primera noche después de su hallazgo, fue la primera en la que pudo dormir sin temor a las alimañas que siempre se le subían, pudo descansar del frío, y pudo, además de todo, sentirse segura de las bestias. Se sentía un poco más tranquila, la soledad ya no se sentía tan despiadada, y la impotencia generada por la dureza de vivir como vivía dejó de estremecerla.

*

Los soles y sus lunas pasaban sin descanso hasta que Meila no supo si había pasado semanas o meses vagando. Había dejado de sentir miedo, había dejado de sentir frío, había dejado de asquearse comiendo raíces y hojas amargas, había, por fin, echado a un lado la idea de tener una vida normal o sofisticada, su aspecto y su ropa raída y descuidada ya no le incomodaban, y de no ser porque debía poner especial cuidado en su aseo personal, se habría convertido en una bestia más del bosque, una de esas criaturas extrañas que aparecen y desaparecen y jamás se las vuelve a ver.

Fue en un intento por querer asearse en una de tantas piletas que se creaban con el paso del torrente, cuando le pareció ver un espíritu del bosque. A simple vista y de lejos no podía distinguirlo bien, pero resaltaba por la piel blanca y los cabellos largos de fuego. Su curiosidad, pensando que vería un ser extraordinario, de esos que cuentan las leyendas, la hizo acercarse con sigilo hasta que pudo darse cuenta de que no era ningún ser mitológico, sino una niña igual que ella intentando asearse. Con todo lo que había vivido, decidió huir a uno de sus escondites sin contar con que la misteriosa niña lograría verla escabullirse entre los arbustos.

Hubiera esperado cualquier cosa menos que la desconocida saltara fuera del agua y se lanzara contra ella en una persecución digna de cualquier experto. El instinto en Meila se había desarrollado al extremo de correr sin mirar atrás, saltando ágilmente evadiendo obstáculos. Había tenido que aprender a hacer malabares y trucos para salvar la vida desde que estuvo con su padre, y todo aquello lo había perfeccionado en sus largos meses dentro del bosque.

Cuando logró llegar a uno de sus escondites, permaneció en silencio, controlando la respiración agitada para no ser escuchada. El oído también se le había agudizado, y cuando estuvo segura de que la otra niña no estaba cerca, salió para intentar alejarse un poco más. Solo hizo falta un par de pasos fuera de su guarida para que la extraña saltara sobre ella. Con uñas y dientes luchó para quitársela de encima, pero su oponente era mucho más hábil y grande que ella, y lograba colocarla con la espalda contra el suelo con facilidad.

Sintió miedo y desesperación al no poder liberarse de ella. Cuando se ponía en pie y corría un poco, la extraña conseguía alcanzarla y derribarla nuevamente. Meila estaba tan asustada, que el latido de su corazón retumbaba en sus oídos y ensordecía todo a su alrededor, no era capaz de escuchar las exigencias de la niña para que se detuviera.

Aun así, Meila estaba dispuesta a todo con tal de librarse de la chiquilla, cuando, de improviso, un hombre corpulento apareció sin ser advertido, las tomó a ambas de la ropa por la espalda, y de un fuerte tirón las separó la una de la otra evitando así que las niñas continuaran lanzándose patadas y manotazos.

—¡Calma, Vaéris! —levantó la voz el hombre, dándole un empujón a la otra niña para alejarla de Meila.

—¡«Eso» quería robarme! —le aseguró Vaéris enfadada, arrugando la nariz al verla—. ¡Me espiaba mientras me bañaba esperando un descuido para robarme mis cosas!

—¿Y te robó?

—No.

—Entonces, calma, que no es ningún «eso», es otra niña como tú.

Vaéris cruzó los brazos y observó a Meila con recelo y una mueca de asco, mientras que el hombre, prestaba su atención en la chiquilla que ponía todo su esfuerzo en escapar, tirando con todas sus fuerzas de su ropa en su intento por que la soltara.

—¿Por qué no te calmas y hablamos? —le ofreció midiendo su tono de voz a uno más suave —. Mi nombre es Vaden y ella es mi hija Vaéris, somos comerciantes viajeros y, por tus fachas, imagino que eres de aquí… Tal vez puedas ayudarnos a encontrar unas hierbas especiales. ¿Qué dices?

Meila se calmó un poco dándose la oportunidad de observar al hombre y después a su hija; se dio cuenta de que tal vez le decían la verdad. Ambos se parecían un poco, compartían la misma tonalidad de cabellos naranjas y los mismos ojos verdes, y por alguna extraña razón, le parecieron sumamente agradables.

—¿Tienes algún nombre?

—Zokane —exclamó tímidamente, casi en un susurro.

—¡Oh, qué bonito! Zokane, ¿si te suelto, te quedaras quieta y no intentaras huir? Me gustaría saber si puedes llevarme con tu familia; tengo monedas suficientes para comprar raíces y tallos.

—No —susurró negando con insistencia—. No tengo familia… —titubeó insegura — . Yo… vivo sola en el bosque.

Vaden la observó sorprendido. Su situación era algo inusual y quiso saber la razón. Sus habilidades escapando de Vaéris también eran sorprendentes y estaba seguro de que aquello no lo había aprendido ella sola. Por un momento, sintió curiosidad de saber cuán lejos llegaría con el entrenamiento adecuado.

La analizó, imaginando todos sus secretos y cómo habría sobrevivido por sí sola, así hubiera sido una noche, aunque, por su pinta andrajosa y sucia, seguro que llevaba ya un buen tiempo por su cuenta y tuvo la certeza de que encontrarla era cosa del destino.

No tenía más remedio que confiar en ella y la soltó, sintiendo alivio cuando la chiquilla no salió corriendo, aunque se notaba que ganas no le faltaban. En cambio, se quedó quietecita, sujetando un grueso mechón de su cabello enredado; se la veía nerviosa, asustadiza, apenas se atrevía a levantar un poco la mirada para vigilar sus movimientos, y todo eso no encajaba con una persona con el valor suficiente para vivir en el bosque con la edad que aparentaba.

X

Meila, al sentirse perdida dentro del bosque, aprendió a guiarse de las estrellas, a saber dónde saldría el sol y hacia dónde se pondría, pero nunca pudo encontrar el camino que la sacara del bosque. Había caminado tanto que se creyó muy lejos de cualquier poblado, por eso, al ver a ese par de extraños se inquietó, pero, de alguna extraña manera, la calmó. Hasta ahora, su única compañía habían sido el sol, la vegetación y el terror negro al que ella seguía. Su presencia era algo inesperado y reconfortante al mismo tiempo, pues jamás pudo acostumbrarse del todo a su soledad.

En cambio, para el desconocido, que conocía la profundidad del bosque en la que se encontraban y, sabiendo que el clima era hostil y frío, encontrarse a una niña salvaje era lo último que esperaba. A pesar del grueso abrigo que la cubría como un vestido, se le notaba lo flaca que estaba, empezando porque casi no pesaba, siguiendo por sus pómulos marcados y los ojos hundidos.

—¿Tienes hambre? —le preguntó seguro de que con un plato de comida comenzaría a ganarse su confianza—. Con todo este alboroto, dejé un poco de estofado al fuego. Si nos apresuramos, podríamos volver y encontrarlo antes que algún animal curioso lo haga.

Meila sintió confianza en la voz del hombre. ¡Le recordaba tanto a la de su padre! También sintió seguridad extra con la presencia de Vaéris, a pesar de la mueca torcida con que la observaba, y tampoco quiso dejar pasar la oportunidad de comer algo mejor que solo hierbas y raíces crudas.

Hasta ahora, todo lo que había dicho Vaden era cierto. Tenían una olla con estofado suficiente para dos personas, los trocitos de carne que contenía eran pequeños pero consistentes y era mucho más de lo que Meila había podido comer por su cuenta. De solo verlo, hasta los pedacitos de zanahorias junto con las patatas resultaban algo exquisito.

Ahí sentada, pudo darse cuenta de los voluminosos morrales y de los distintos tipos de tallos y raíces que colgaban de los mismos, confirmando con ello que sí, eran comerciantes de hierbas, aunque no veía nada de mucho valor entre todo aquello.

Meila engulló la comida mientras padre e hija la observaban sorprendidos por su voracidad. Solo le faltó lamer el recipiente cuando terminó de tragar.

—¿Te gustan las zanahorias? —le preguntó Vaéris mostrándole su plato con los ojos, invitándola a tomar sus verduras.

—¡Vaéris! —la reprendió su padre.

Vaden se aguantó la risa por el esfuerzo de su hija en evitar las zanahorias, y también por la mirada de Meila al observar el plato con ojos de enamorada. Servirle el poco estofado que quedaba fue un punto extra para ganársela; para entonces, el hambre que la niña tenía se había calmado un poco y esta vez comió sin tanto apuro, dándose la oportunidad de pasar un rato en compañía de ellos dos.

—Mira —le decía Vaden mientras sacaba del morral algunas de sus plantas y bulbos — , ¿has visto algo parecido a esto por aquí?

—Sí —respondió acercándose un poco para tomar uno de los tallos y olfatearlo — . Estos ya están amargos —afirmó con naturalidad—. Conozco un campo lleno —añadió sin darse cuenta

de la cara de asombro que Vaden tenía—. Si no le importa entrar más en el bosque, puedo llevarlos.

Fue un alivio escuchar su oferta, pensando que tal vez así podría descubrir qué era lo que le llamaba la atención de Zokane, aunque resultó causarle más intrigas que otras cosas: como su caminar a un ritmo lento y firme haciendo evidente que intentaba no hacer ruido, con el oído afinado y la vista al pendiente de su entorno, no como él y su hija, que avanzaban sin tanto cuidado, confiados de que sus arcos siempre en mano dispuestos con una flecha humeante bastaría para alejar a la bestia que fuera. Gracias a las precauciones de todos, pudieron llegar sin contratiempos hasta el campo que Meila conocía de memoria: un lugar abundante de multitud de tipos de raíces y hierbas que ella misma comía, y ya que, encontrar las raíces adecuadas era un trabajo minucioso, estuvo ayudándo a llenar su costal con las mejores que pudo encontrar.

Cinco días y sus noches pasaron desapercibidos; días en los que las miradas frías y desconfiadas de Vaéris en contra de Meila fueron aligerándose y transformándose en unas más piadosas, y hasta con cierto aire de amistad; noches de Vaden con el sueño ligero por la preocupación de las bestias o de la chiquilla por si se le ocurría marcharse a hurtadillas, pero también, tiempo de analizar toda esa soledad que reflejaba su mirada infantil. Tiempo de sorprenderse de aquellas habilidades dignas de un legionario; tiempo de descubrir aquellos conocimientos inusuales para su edad y condición, pero, más que todo, tiempo de admirarse ante aquel carácter decisivo y dominante que abrumaba en una mezcla extraña entre niña pequeña y vieja antipática. Cinco noches y sus días en los que Meila pudo sentir envidia por el padre y la hija, sintió añoranza, sintió melancolía, y también, sintió odio profundo en contra de quien truncó su futuro.

Aunque al principio ambas niñas parecían no querer ni hablarse, fue cuestión de paciencia que no quisieran alejarse la una de la otra, sobre todo gracias a Vaéris, que no paraba de hablar y cuestionar todo lo que le despertaba su curiosidad. Meila respondía con oraciones cortas, mostrándose tímida y a veces hasta avergonzada; sobre todo cuando Vaéris, con mueca de asco, le cuestionaba cuando la sorprendía comiendo las hierbas crudas, haciéndola sentir una verdadera salvaje cuando le preguntaba si no sabía encender fogatas para cocinar sus alimentos. Vaéris no se cansaba de preguntar y Meila no paraba de responder, a menos que fueran preguntas más personales. Entonces Meila componía una mueca seria, levantaba los hombros, y permanecía en silencio buscando algo en qué entretenerse.

—No tengo familia —le respondió tajante cuando ya no pudo soportar su curiosidad—. ¡No me preguntes!

—Todos tenemos familia —replicó Vaéris mostrando enfado al no descubrir nada de interés —. No pudiste haber nacido del aire.

—Todos están muertos —confesó mirándose las manos apretadas en su regazo.

Vaéris la observó al darse cuenta de cómo los ojos se le llenaron de lágrimas, y no pudo contenerse, torció la boca sintiendo tristeza y le pasó el brazo por los hombros para abrazarla un poco. Recargando su cabeza en la de Meila, se quedó callada a su lado. No supo qué decirle, en ese momento no sintió curiosidad de saber nada, y cuando Meila se limpió los mocos con la manga, Vaéris compuso una cara de asco y la empujó haciendo énfasis en lo desagradable que era verla limpiarse de esa forma. Meila se sintió confundida por ese cambio tan brusco, pero fue el pretexto perfecto para olvidar lo que había ocurrido.

—Ya no estás sola —le susurró palmeando su espalda—, ahora me tienes a mí —completó sacándole una sonrisa dulce—. Sí, así está mejor —suspiró con alivio—. Cuando sonríes, todo es mucho mejor.

Vaden, que siempre tenía un ojo puesto en ellas, sonrió al verlas. Se percibia la fuerte conexión entre las dos niñas y sintió que gracias a eso, tal vez lograría convencer a Zokane de irse con ellos cuando llegara el momento; porque, después de conocerla, ¿de qué manera hacerla a un lado? Por mucho que quisiera ignorarlo, el sentimiento de querer protegerla y no dejarla nunca era mucho más fuerte que cualquier otra cosa. Lo que Vaden no sabía era que Meila comenzó a desear su compañía. Al lado de ellos, parecía cosa fácil olvidar la soledad que su futuro le ofrecía, era un deseo creciente, una necesidad profunda de pertenecer a algún lugar.

Esa misma noche después de la cena le hizo saber a Meila que al amanecer se marcharían. Ya tenían lo que necesitaban para regresar a su hogar y no había motivos para seguir en aquel sitio. Al decirle aquello, observó claramente la mirada de la niña y sus reacciones; fue evidente la sorpresa en ella, no pudo ocultar su desconsuelo, incluso Vaéris se sorprendió al escucharlo, que no pudo quedarse callada y terminó haciendo un sentido alegato contra aquel intento de abandonar a su nueva mejor amiga.

—Zokane puede acompañarnos si ella lo desea —afirmó Vaden como por casualidad mientras acomodaba sus enseres—. ¿Te gustaría venir con nosotros? —le preguntó con total naturalidad.

—Sí, me gustaría —respondió de inmediato frotándose las manos con nerviosismo—. Pero… es peligroso.

—¿Te parece que este bosque te da más seguridad que el mundo de ahí afuera? — replicó Vaden sorprendido, sin poder entender el miedo en su respuesta—. En el bosque no estás a salvo, eso tú misma lo sabes. Vamos, te ofrezco la seguridad de un hogar.

—Es que… no podría. —Su negativa estaba plagada de un deseo ardiente por quedarse a lado de ellos; tenía incluso una súplica interna para que, sin importar cuánto se negara, se la llevaran con ellos.

—¡Vamos, Zokane! —suplicó Vaéris tomando sus manos—. Ven conmigo, mamá nos preparará su famoso pastel de carne y dormiremos limpias y calentitas en mi cama hasta que los anaqueles estén casi vacíos, volveremos a salir, pero lo haremos juntas, y ayudaremos a papá a recolectar las hierbas para mamá. ¡Vamos, es hora de ir a casa!

Qué apabullante sensación escuchar esas palabras. La promesa de un hogar y una madre que la cuidaría fue irresistible. La sensación de saberse querida fue más de lo que pudo soportar. No tenía voz para responder. Si lo hacía, rompería en llanto y con una sonrisa tímida aceptó con un movimiento de la cabeza. Vaéris, en una reacción natural, dio brinquitos de emoción sin soltar las manos de Meila, mostrando su felicidad, y eso terminó por derretir el corazón a Meila.

El último lugar al que llamó hogar lo dejó con la muerte de su madre, y ahora se le calentó el alma de solo pensar en llegar a este nuevo lugar en el que poder descansar. Accedió porque, después de todo, hacía mucho que no se sentía tan segura como ahora con ellos, ni siquiera con su maestro Owen tuvo aquella sensación que le calentaba el alma. Quiso hacer caso a su corazonada y permanecer a su lado. Ni qué decir de Vaden, fue un alivio para él saber que sí se iría con ellos sin haber tenido que usar ningún truco sucio para convencerla.

XI

A 83 días del otoño de la edad 1234, en las tierras templadas del sur, bajo la protección del señor feudal Feinel Zórava, portadores de la lanza de Rukan como arma mágica fiel al imperio, fue donde Meila encontró un nuevo hogar. La casa de Vaden y Vaéris se hallaba en una de sus muchas provincias, la más alejada de todas las que servían a la familia Zórava.

La región sureña era la principal productora de carbón y aceite, y sus amplias canteras proveían el mejor mármol. El clima favorecía la recolección de nueces y piñones, la crianza de cabras y burros era esencial y, a pesar de las múltiples labores a elegir, la familia de Vaden era conocida en todo el imperio por sus milenarios remedios a base de hierbas que iban desde el arte para conseguir fertilidad, hasta otros para aliviar los estragos en algunas enfermedades: si algo aquejaba, visitar a la familia «remedios» era la mejor opción.

Meila se sintió como en casa desde el primer momento; la señora Torna, madre de Vaéris, fue amable y dulce desde que la vio y la acogió en su hogar como si no se tratase de una extraña. Su primera acción fue enviar a las niñas a darse un buen baño sin mostrar su expresión de susto ante el aspecto de Meila. Ellas obedecieron, y pasaron un rato intentando quitar toda la hierba que traían en el cabello y toda la mugre acumulada del cuerpo.

Definitivamente, la niña se sentía a gusto y a salvo, tanto, que no tomó precauciones y dejó su bolsa en el suelo de la habitación pensando que de ahí no se movería. Lo cierto es que Torna no soportó el olor que despedía y, como buena madre y ama de casa, levantó el morral en un intento por lavar todos los trapos sucios que tanto niñas como hombre traían, y no le tomó mucho tiempo ir en busca de su marido para ponerse al día.

—Cuéntame, ¿cómo estuvo el viaje? —preguntó al tiempo que le ofrecía un té caliente a su esposo, quien, acomodaba todo meticulosamente antes de que las hierbas más delicadas fueran inservibles.

—Por fortuna, nos topamos con Zokane. Gracias a ella trajimos más de lo que buscábamos.

—Me doy cuenta —exclamó en una broma, refiriéndose a Meila.

—¡Ah, ya veo! ¿Quieres saber de Zokane? La encontramos en un bosque en las fronteras de las tierras del Este. No ha dicho mucho respecto a su pasado, pero aseguró que es huérfana y que ha vivido sola por edades.

—¿Y le creíste?

—Tengo que hacerlo, Torna. Y mientras la niña no tenga confianza en nosotros, no puedo obligarla a que me diga qué le ha pasado. Ni siquiera la curiosidad de Vaéris ha podido hacerla confesar.

—Me parece muy bien —le habló con enfado fingido—. ¿Entonces, estás esperando que yo descubra los secretos de esa niña?

—No, por supuesto que no —respondió de inmediato al advertir el tono de voz, poniéndose en pie para tomarla entre sus brazos—. Pero toda madre debe cuidar a sus hijos, y Zokane requiere mucho de tu cariño.

—No podemos reemplazar a la familia que perdió. ¡Esa niña es una farsante! ¿Ella te ha dicho su nombre?

—¡Por todos los Dioses, Torna! —exclamó soltándola, dando un par de pasos en la habitación

mostrando frustración—. ¡No exageres!

—Te diré su primer secreto —exclamó lanzando el Cuerno de Bashitva sobre la mesa, envuelto en un trapo de cocina para evitar tocarla por miedo a que el arma reclamara a su amo—. Su nombre es Meila. La última de los Bluthiem.

Vaden enmudeció. Entendió por qué le resultaba tan familiar el rostro de la chiquilla, casi idéntica a su fallecida madre, entonces comprendió su carácter distante. Asociando el parecido con la fallecida Anendra y el arma mágica en su poder, no necesitaba confirmar que Zokane era, en realidad, Meila Bluthiem.

Avivar la llama de la rebelión fue lo primero y lo único que pasó por su mente. Con la última de los Bluthiem viva, lograrían sus objetivos con más facilidad. Sus pensamientos no paraban, hasta que notó el fastidio en el rostro de su mujer, mostrando el fuego ardiente en su mirada a la espera que él cometiera el primer error.

—¿Por qué no te calmas un poco y hablamos después?

—¿De qué hablas? Estoy calmada, amor mío. ¿Por qué no te calmas tú? Ese brillo en tu mirada no me gusta nada.

—¿No te das cuenta de las posibilidades que se abren con Meila viva? ¿Sabes lo que implica tener con nosotros a la última de los Bluthiem? ¡La esperanza de una rebelión nació con ella! ¿Sabes lo que harían sus simpatizantes de saberla viva?

—¡Ya sabía que ocurriría esto! —exclamó Torna golpeando sus manos contra sus costados — . ¡También sabes lo que haría el emperador! ¡Es una niña, déjala tranquila! ¿Qué harías si fuera Vaéris en su lugar?

—Devolverle lo que le arrebataron —respondió besando su frente.

Torna lo empujó con gesto disconforme. Había apoyado y seguido cada una de las locuras de su marido, incluso cuando decidió ser un mensajero para la rebelión, pero esta vez, sin haber comenzado, ya sentía pena y arrepentimiento. Ella sabía mejor que su esposo todos los detalles de aquella tragedia innombrable y sintió rabia y frustración con solo imaginar lo que Vaden ya estaba tramando para beneficio de una rebelión sin aparente porvenir.

—¡Déjala crecer tranquila! ¿No te parece que ya ha tenido suficiente de todo ese infierno? ¡Mira en qué condiciones la has encontrado! No es mucho lo que pido… Solo… déjala crecer como todas tus hijas lo hicieron. No la acorrales en tus tonterías. No necesitas de una niña para dar fuerza a la rebelión.

—¡Bien! —refunfuñó frustrado, sabiendo que ella tenía razón—. ¡Pero no tendré ningún tipo de consideración con ella! Que viva bajo mi techo la hará crecer junto a la más pequeña de mis hijas y el futuro de Vaéris será el mismo que tendrá esa chiquilla. Sabes bien a lo que me refiero.

El alivio que sintió Torna fue fugaz al recordar la insistencia de Vaéris en ser legionaria. Ellos habían logrado dar largas a sus exigencias y, como última estrategia disuasoria, decidieron dejarla experimentar en carne propia lo que un legionario tenía que vivir. Fue así como terminó yendo junto a su padre a buscar hierbas, sin comodidades o comida que satisficiera su quisquilloso paladar, sin tantas cosas básicas que la harían arrepentirse como, por ejemplo, lo complicado que sería y la forma en que tendría que arreglárselas cuando tuviera su primer sangrado.

Torna estaba segura de que su marido encontraría la manera de llevarlas a ambas a una arriesgada vida bajo el rigor de la espada, para que al crecer, ellas mismas eligieran participar en la rebelión. Salió de la habitación para no continuar con la indeseable charla y, en pleno camino hacia la cocina, mientras pensaba en el menú adecuado para darles la bienvenida, se topó con Vaéris envuelta en una toalla y escurriendo agua. Su hija hablaba tan rápido y con tanta emoción

que Torna apenas podía entenderla.

—Intentamos todo y lo lavamos tanto como pudimos. Usamos tanta agua de limón que a Zokane ya hasta le arden los ojos; y aún no podemos desenredar su cabello. ¡Necesitamos tu ayuda, mamá, antes de que termine calva!

Torna pensó que exageraba, pero al llegar al cuarto de baño y ver la cabeza de Meila con todo el cabello hecho un nudo, descubrió que no era una exageración de su hija.

—¡Pero! ¿cómo te hiciste esto? —preguntó asombrada de la maraña de pelos.

—¡Zokane no se cepilla el cabello desde hace más de tres meses!

La respuesta de Vaéris le dio la oportunidad de disfrazar su mueca devastada. Qué mejor forma de ignorar el esquelético cuerpo de la niña, que concentrarse en el cabello que parecía lana de un carnero. Cuando comenzó a desenredar el pelo, fue notando el olor a hierbas y los trocitos de estas que aún permanecían y, con eso, dejó de poner atención a cómo los huesos de toda su espalda y hombros sobresalían.

La paciencia llegó al límite cuando madre e hija, cansadas de luchar contra aquella maraña, la convencieron de cortarle el pelo. Meila rogó entre sollozos. Uno de los recuerdos más entrañables que tenía de su padre, era justamente cuando la cepillaba, su padre siempre amó su cabello y tenerlo corto implicaba mucho para ella. Le revivía el pasado, las épocas de huida, el miedo y el terror constante. Era demasiado para ella, el corazón se le apretaba en el pecho y no pudo contener el llanto, desde que su padre la había abandonado, logró crecer su cabello hasta media espalda y ahora, volvería a ser despojada de algo suyo y eso comenzaba a doler más profundamente.

—Si vas a volver a llenarte el cabello con hierbas —le advirtió Torna con un poco de condescendencia mientras le cortaba el pelo—, deberás tener cuidado de no dejar que se pudran o te volverá a pasar exactamente lo mismo que ahora.

Meila asintió con levedad, gimoteando de vez en cuando. No pudo ni mirarse al espejo cuando todo terminó. Siempre que estaba nerviosa lograba controlarse un poco sujetando uno de sus mechones y ahora, con el pelo apenas sobrepasando sus oídos, se sentía desnuda e infeliz.

—¡Ya crecerá! —le animó Vaéris—. Además, mírate, te ves muy bien. —Remató sus palabras con un abrazo que logró reconfortarla.

La noche recién comenzaba y ambas niñas ya estaban adecuadamente limpias y vestidas. Cuando Torna entró a la habitación de Vaéris anunciando la cena, se quedó un rato parada en el marco de la puerta, sonriendo con ternura al ver a ambas dormir plácidamente frente a frente, bien envueltas en las frazadas.

—Están cansadas —le dijo Vaden en un susurro, abrazándola por la espalda—. Vaéris se esforzó mucho por seguir el paso a Zokane, y por lo que vi… esa pobre niña no había tenido un buen descanso en mucho tiempo.

—Prométeme que las dejarás tranquilas. Son tan pequeñas… ¿No te das cuenta de lo frágiles que son?

Vaden asintió levemente acomodando el Cuerno de Bashitva entre las manos de su mujer, pidiéndole que lo guardara donde lo había encontrado. Sería su secreto, nadie más que ellos sabrían la verdad y esperarían hasta lograr ganarse la confianza de la chiquilla. Tal vez de esa forma, algún día, ella misma confesaría todo.

*

Con el tiempo y más pronto de lo esperado, Meila se adaptó a su nueva vida, sentía que estaba en

deuda por la generosidad de sus anfitriones y la única manera en que pudo devolver el favor fue ayudando en todo cuanto podía. Confirmó también que lo peor por hacer era lavar la ropa sucia y sorprendió a Torna con sus finas mezclas y a Vaden con su fascinación por la lectura. Pero más que todo, encontró a una hermana que la cuidaba y defendía de todo peligro y contrariedad.

En algún momento Vaéris calló las bocas de los vecinos afirmando que Meila era su hermana, y Torna lo confirmó al decir que Meila era la hija de su difunta hermana y eso la convertía en hija suya al estar bajo su cuidado. Meila lloró de felicidad; finalmente sentía que sí pertenecía a ese lugar, y sintió que no habría nada mejor que haber sido acogida por ellos, y tampoco quiso negarse la oportunidad de sentirse tranquila y feliz.

Al principio, Meila seguía a Vaéris como si fuera un pollito siguiendo a su mamá gallina, asentía o negaba a todo, y fue Vaéris, con sus juegos y sus bromas, quién le devolvió la alegría a Meila, tanto, que cuando soltó la primera carcajada ella misma se sorprendió, no sabía ni el sonido de su propia risa, y entonces supo que su felicidad era absoluta, pudiendo sentir que realmente tenía una hermana y unos padres a los que ella simplemente amaba.

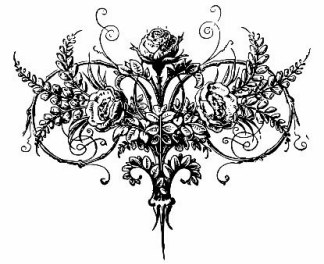
De vez en cuando intentó recordar a la Meila que un día fue antes de que la desgracia la alcanzara y no pudo, no tenía un pasado feliz. Ahora, a punto de convertirse en la Zokane que pretendía ser, no le costó trabajo dejar de ser tan reservada. Ya no era tan indiferente, aunque estaba llena de aplomo y tranquilidad, no quiso perder el tiempo recordando un pasado doloroso. No había forma de que una niña como ella lograra conseguir ninguna venganza, y para descanso de sus padres, los honraría con su propia vida, una de bien, donde ella siempre fuera feliz.

Su nueva familia le devolvió el aire de vida que le hacía falta. Comenzó a hablar y no solo a asentir, y se cansaba tanto como podía de los juegos que jamás pudo jugar. Pero sobre todo, aprendió a confiar en Vaéris y, cuando la sonrisa en su rostro no se pudo borrar, supo que así era como quería pasar el resto de sus días.

Ellas dos eran como el agua y el aceite, tan distintas, pero que juntas ni se opacaban ni se mezclaban, resaltaban la una de la otra. Mientras que Vaéris era el impulso, la llama viva que lo agita todo y que obligaba a seguirle el paso antes de que se extinguiera sola o lo extinguiera todo, Meila se convirtió en la cabeza entre las dos, en el sentido común y la planificación, la razón antes que nada. Meila había tenido que madurar demasiado pronto debido a su agitada vida y lo demostraba en su sobriedad, y a pesar de sus diferencias, sabían tomar postura cuando había que hacerlo. Por mucho que no quisieran, no podían ocultar que eran encantadoras, con la curiosidad a tope y la alegría a flor de piel que llenaba cada espacio de la casa con su luz y sus ocurrencias.

Cuando Meila supo que podía construirse un futuro, enterró el cuerno de Bashitva entre las raíces de un árbol dorado de ginkgo que crecía en el jardín trasero de la casa. Decidió con el corazón en la mano y la mayor de las convicciones que desde ese momento y para siempre, la Meila que la seguía dejaría de existir, el momento de decir adiós a su legado había llegado, el momento de enterrar a la última de los Bluthiem era ese, y en su lugar, quedaría un simple recuerdo bajo la sombra de Zokane.

SEGUNDA PARTE



Cuando la oscuridad amenazaba con asfixiar la esperanza,
tres almas unidas por un lazo inquebrantable alzaron sus puños con valentía.
El coraje forjado en sus corazones,
el esfuerzo labrado en cada paso,
y el amor fraternal que tejía su unión,
demostró que podía haber un faro
que iluminara incluso las noches más oscuras.

I

Casi una edad había pasado y Vaéris comenzó a insistir, quería convencer a Zokane de que ambas necesitaban un poco de entrenamiento. Debían estar listas y ser de utilidad para la próxima vez que su padre tuviera que salir a buscar hierbas, así, cuando tuvieran que ir a lugares más peligrosos no dudaría en llevarlas y ellas no terminarían muertas.

—¿De qué forma quieres que comencemos a entrenar?

—Papá tiene muchos conocidos que pueden adiestrarnos en las artes del combate. Debemos aprender a cuidarnos solas para que papá nos lleve con él.

—¿Por qué tienes tantos deseos de buscar hierbas?

—¿De qué manera aprenderemos el oficio de nuestros padres?

—¡Vaéris! —suspiró el nombre con fastidio—. También podemos aprender el oficio a lado de mamá Torna.

—Y cuando papá sea viejo y no pueda salir a recolectar, ¿quién crees que deberá hacerlo?

—¿Nuestros maridos? —preguntó con ingenuidad.

—No lo entiendes, ¿verdad? En poco tiempo cumpliré catorce edades —le dijo moderando su tono de voz sin ocultar su ansiedad—. Cuando eso ocurra, papá comenzará a recibir pretendientes para mí y elegirá al mejor. ¿A dónde crees que me llevará una vez casada? Ya lo he visto una y otra vez con mis hermanas, se las llevaron lejos, a las tierras que sus maridos poseían. ¿Quieres saber cuándo fue la última vez que vi a cualquiera de ellas?

—¿Cuándo fue la última vez que las viste? —preguntó indecisa, temiendo que la respuesta no le gustaría.

—El día después de su boda —respondió rotunda—. No conozco a mis sobrinos, no sé nada de ellas, no sé si son felices, pero sí sé que dos de ellas se quedaron con el corazón roto cuando no pudieron elegir al hombre que en verdad amaban.

—Los matrimonios arreglados no son tan malos —le aseguró en un intento por consolarla, recordando que su padre siempre le habló abiertamente de eso—. Mi padre… siempre me dijo que había muchas razones para arreglar uno. Y que sin importar la razón que fuera, yo, como mujer, debía hacer el mayor esfuerzo por agradar a quien se comprometería como mi marido, porque él podría brindarme el cuidado y la protección que yo necesitaba.

—No conozco a tu padre —respondió enfadada—, pero imagino que te dijo todo eso para enseñarte resignación. Las mujeres de alcurnia son las únicas desdichadas que son obligadas a tener matrimonios políticos y hasta a mantener su castidad. ¡No hay razón para elegir un marido para mí como hicieron con mis hermanas!

—A mí no me dijo nada de eso para mantenerme resignada —replicó indignada—. Fue para que yo entendiera que un matrimonio arreglado podría darme bienestar. Me explicó también que tampoco debía preocuparme si había amor o no… eso es algo que yo debía forjar de a poco…

—¡Imagino que escapaste de tu hogar gracias al horrible marido que tu padre te impuso!

—¡No escapé! —replicó mostrando la más fría de sus miradas, haciendo sentir insignificante a Vaéris en un escalofrío que la estremeció sin piedad.

—¡Pues yo sí lo haré! —respondió en su intento por ignorar aquella sensación que Zokane había provocado en ella—. Si no puedo tener algún entrenamiento para ser, aunque sea surtidora

de hierbas, ¡escaparé!

—Entiendo qué no quieras tener un marido, pero tarde o temprano lo tendrás, ¿crees que elegirlo tú misma hará que él quiera quedarse en las tierras de tu padre?

—Prefiero no tenerlo, Zokane… de esa forma podré cuidar de mis padres cuando ellos sean viejos. —La expresión de Vaéris se volvió sombría, se notaba que todo ese asunto en verdad le molestaba—. No tienes idea cuántas veces escuché a mamá relatar la aventura que vivió cuando la iniciaron como hechicera. El brillo en su mirada, la ensoñación que reflejaba, jamás se la he visto, solo en esos relatos, y no pudo cumplir su sueño. ¿Sabes por qué?

—No. —Frunció las cejas ante el silencio de Vaéris—. ¿Por qué?

—¡Porque conoció a papá y la convenció de casarse con él! No pudo terminar su entrenamiento, y ahora vive soñando con esos momentos.

—Vaéris, ¿le preguntaste?

—No. Pero es obvio.

Zokane no pudo decirlo, pero recordó que su madre también había sido entrenada como hechicera. No le pareció descabellado que también a ella le hubiera ocurrido lo mismo, que hubiese tenido que dejar todo para casarse con su padre y teniendo en cuenta eso, decidió que no defraudaría a su hermana, después de todo, ella también tenía deseos de cuidar por siempre a su familia.

—Está bien —respondió segura de sí misma con una sonrisa que confirmó su complicidad—. A donde tú vayas, yo iré.

Con una convicción inquebrantable comenzaron a practicar ellas mismas con el arco y su insistencia fue tanta, que resultó imposible detenerlas cuando la idea de obtener habilidades de supervivencia parecía cosa de ambas, y no importó que Torna intentara poner cabeza fría en las chiquillas, ellas estaban decididas en volverse las recolectoras que en casa hacían falta, y si sus padres deseaban que estuvieran a salvo en todo momento, ceder a un entrenamiento era la mejor opción. Ante su actitud rebelde, Torna logró mantenerlas en casa hasta que Zokane alcanzó sus catorce edades y Vaéris dieciséis, no había presionado siquiera en presentarles algún pretendiente. Entendieron que no había muchas opciones con ellas y accedieron a su molesta petición. Lo hicieron como un plan a prueba de fallos, donde ellas terminarían tan cansadas y arrepentidas que regresarían a casa con el rabo entre las patas.

Todo era tan simple como llevarlas con un viejo amigo que organizaba peleas clandestinas, darles el arduo entrenamiento que aquello requería y orquestar varias derrotas para ellas. «Funcionaría», se repetía una y otra vez Torna con las oraciones en la boca, sintiéndose aterrada por verlas partir. Si todo salía mal, las chiquillas tendrían éxito en sus planes, y al estar lejos de casa, ella no podría cuidar de sus pequeñas. Se convertirían en objeto de deseo, algún malnacido les arrebataría la inocencia y no serían aptas para que un buen hombre las aceptara en matrimonio, y pese a eso, tuvo que convencerse de que ellas estarían bien, y jamás dejó de orar a los dioses pidiendo por su bienestar.

*

El viaje hasta el lugar donde serían entrenadas fue largo pero emocionante. Expectantes y nerviosas, no sabían con exactitud lo que pasaría, pero sí sabían que al terminar serían de utilidad para sus padres. Vaden no les habló mucho al respecto, quería que todo fuera una sorpresa y que no pensaran ni por un momento que él les quería infundir miedo. De alguna manera, el miedoso era él; temía provocar aún más la rebeldía de las niñas y que su plan para que ellas regresaran

llorando a casa no diera frutos.

Al llegar, se encontraron con un asentamiento de casas de juncos y tejados de paja; las lámparas de aceite colocadas en cada esquina daban al lugar un aspecto lúgubre e intrigante, y aunque la noche ya estaba avanzada, el ajetreo creaba la ilusión de que era de día.

Mientras más se adentraban en el peculiar pueblecito, el olor a alcohol barato y los borrachos dando problemas llenaban todo de una atmósfera enrarecida, haciendo que el lugar pareciera aún más peligroso; en especial, cuando alguno que otro con mirada depravada las observaba.

Vaden supo dominar la situación y siguió su camino sin mostrar debilidad, expresando a todo curioso que el destino final de las niñas era con Táiwel, y de solo oír su nombre, se apartaban pidiendo disculpas por la intromisión.

La casona del cacique encargado de aquel lugar era la más bonita. La rodeaba un muro enorme de piedra y su ancha puerta de acero era de un enrejado que dejaba ver los apretados árboles en su interior, velando la vista de la casa principal.

Vaéris estaba sorprendida de que su padre conociera a gente de tan cuestionable poder, pero más que eso, se sintió admirada de que fuera respetado y conocido por los sirvientes del cacique. Todo eso causó que el deseo de algún día ser reconocida y respetada como su padre fuera mucho más intenso, contrario a lo que Vaden hubiera deseado provocar en su hija.

El interior de la enorme casona desbordaba lujos. El cacique parecía un hombre corriente, excepto porque era de enormes proporciones y se agitaba con desesperación ante la falta de aire por su extrema gordura.

—¡Hombre! —exclamó animoso al ver a Vaden—. ¡Por todos los dioses, no has cambiado nada!

—¡Táiwel, qué bien te trata la vida! —exclamó Vaden palmeando su espalda con fuerza para después entregarse en un fraternal abrazo.

—Tan bien como se debe —sonrió golpeándose la panza—. El mensaje que enviaste no es de tus mejores tapaderas. Dime la verdad, ¿a qué debo el honor de tu visita?

—Desearía que no fuera así, pero es verdad… Quisiera presentarte a mis hijas, Vaéris y Zokane.

—¡Mis felicitaciones para Torna! ¡Qué hermosas jovencitas gestó!

—Aún son unas crías —le afirmó—. Zokane es la pequeña, pero solo se llevan dos edades de diferencia.

—Cuéntame, ¿Torna enloqueció como para permitir semejante barbaridad? ¿De verdad desean que les de la disciplina en combate que mejor me plazca?

—¿Qué te parece si hablamos en privado? Pero antes, instalamos a mis chiquillas en alguna habitación.

Táiwel se mofó con énfasis al punto de ahogarse con su propia tos, le resultaba gracioso que Vaden diera por hecho que las tomaría como aprendices, y más gracioso le parecía ver la determinación en las miradas de ambas niñas. Pese a eso aceptó el reto, prometiendo a Vaden que les pondría las cosas tan difíciles como para que no aguantaran más de un mes con aquellos deseos de una vida renegada.

Vaden no pudo quedarse más que cinco días, tiempo suficiente para asegurarse de que todo estuviera bien y en orden. Fraternizó un poco con el hijo mayor de Táiwel, que estaría a cargo de ellas y, a pesar de que su viejo amigo insistió en que no era necesario, le dio en pago monedas suficientes para asegurar que las cuidara bien.

—¡No te preocupes, hombre! —le animó Táiwel—. Mi hija viene a menudo, tiene solo dieciocho edades, pero te aseguro que se llevara muy bien con tus chiquillas. Además, ya lo has

visto, mis tres hijos también se encargan de llevar el negocio familiar, y si no estoy yo, estará alguno de ellos.

Vaden estaba seguro de que así sería. No es por que fueran sus hijas, pero él mismo sabía que ese par sabían cuidarse y ganarse a la gente sin ningún problema. Debía confiar en que el honor de los hijos de Táiwel jugaría un papel muy importante: dos de ellos ya estaban casados y el tercero estaba en vísperas de su boda, por lo tanto, una vez seguro se marchó y la vida de las niñas cambió radicalmente.

Comenzaron con resistencia física. Cada mañana eran levantadas de la cama antes de que saliera el sol y obligadas a correr alrededor del jardín en intervalos que les tomaba todo el día, pero, como correr era lo que ellas más hacían, el dichoso entrenamiento fue cosa fácil para ellas. Cuando Táiwel se dio cuenta que debía ser más drástico decidió cambiar un poco las cosas y las llevó donde la verdadera acción ocurría, dejándolas a cargo de la matrona encargada de organizar las peleas clandestinas en la arena.

Dentro de los mismos muros, pero alejada de la casona principal, se encontraba la barraca donde vivían las esclavas usadas para los combates, y ahí conocieron a Tivana, la más bella de todas las esclavas. Dos edades mayor que Vaéris, con grandes ojos almendrados color ocre oscuro y una boca de labios carnosos que enfatizaba su sonrisa, de piel morena y cabello ligeramente ondulado que hacía resaltar sus marcadas curvas. Apenas conocerla les dejó claro que no solo era hermosa por fuera, sino también por dentro, y las eligió a ellas como sus aliadas por sobre cualquiera.

La matrona, una mujer ruda y musculosa, con el rostro endurecido y la malicia a cuestas, no perdió tiempo en adiestrarlas como si fueran una más de sus esclavas, llevándolas al límite de sus fuerzas y de sus acciones. Su entrenamiento fue el más exigente que cualquiera haya recibido. Casi parecía que la celadora se complacía al verlas extenuarse y desfallecer, pero, sin importar lo que les pusiera a hacer, las chiquillas mantenían la casta en alto y la chispa ardiente en sus miradas con más intensidad que nunca. Alentándose la una a la otra cuando estaban a punto de caer. Incluso cuando comenzaron a luchar cuerpo a cuerpo con las amañadas esclavas, Zokane y Vaéris entregaban todo, hasta las últimas fuerzas, dando la impresión de que competían la una contra la otra.

El impulso de Zokane se lo daba la promesa de no abandonar a Vaéris y seguirla hasta el final, pensaba que si se rendía la defraudaría. Para Vaéris fue un poco diferente, era orgullo y honor con una pizca de dignidad al darse cuenta de los planes de sus padres por hacerlas renunciar, pero, sobre todo, al verse superada por la pequeña Zokane.

Sin darse cuenta, sus motivaciones tan distintas las hicieron avanzar hasta el punto de que comenzaron a ser rivales de cuidado en los entrenamientos cuerpo a cuerpo, y la matrona, al ver su potencial e instinto, se tomó la libertad de instruirlas en armas. Y mientras los meses pasaban, las chiquillas fueron ganando confianza y habilidades a una velocidad admirable, mostrando dominio en puños y espada por igual.

Cuando Táiwel le envió un informe a Vaden, lo hizo felicitándolo por las hijas que los dioses les habían dado, y ellos no tuvieron otra opción que hacerles su primera visita a solo cuatro meses de que las niñas habían llegado al hogar de Táiwel. La sorpresa fue verlas tan cambiadas, no físicamente pero sí en su actitud. Presenciar sus entrenamientos les hizo darse cuenta de lo buenas que eran y, por más que quisieron, no hubo forma de convencerlas para que regresaran a su hogar. Se sentían satisfechas con sus logros, se sentían todopoderosas, y lo eran, eligiendo permanecer al lado de Táiwel.

II

Poco después de que ellas regresaran a la rutina comenzaron a tener complicaciones. La visita de sus padres, especialmente la de Torna, había causado que Táiwel les diera una habitación exclusiva para ellas dos. Torna quería evitar que siguieran durmiendo en el cuarto común donde todas las mujeres dormían. No se necesitaba de mucho para darse cuenta de lo que ocurría en la barraca, y realmente no se equivocaba. La inocencia la perdieron ahí, al presenciar los encuentros furtivos e íntimos entre esclavas. Pese a que buscaban el cobijo de alguna sombra en altas horas de la madrugada, era inevitable no notar lo que ocurría e incluso, recibir insinuaciones que al principio las dejaban nerviosas y que, con el tiempo, comenzaron a considerar.

Su nueva habitación no era algo ostentoso, de hecho, se trataba de una estancia que se usaba como almacén de todo tipo de cosas que solo iban acumulando polvo y bichos, ubicada en el piso más alto y menos concurrido de la propia barraca. Lo único que podían considerar bonito respecto a ese lugar eran sus ventanales, que ofrecían una amplia visión al jardín que las separaba de la casona principal. Por otro lado, era frío, y los camastros viejos que usaban para dormir no hacían diferencia entre el suelo o las cobijas; y pese a esas circunstancias, fue el indicio de las controversias.

Lo siguiente fue la comida, recibían raciones más grandes y, muy de vez en cuando, Táiwel les enviaba comida un poco más elaborada. Las diferencias ya eran muy notorias y las esclavas comenzaron a resentirse, lentamente, fueron ganando enemigas y no compañeras, y como a ellas les permitían salir de la barraca y pasearse por los jardines, además de, si querían, ir a la casona principal, empeoró su situación mucho más.

Y entonces ocurrió que conocieron a la hija de Táiwel, Romina. Tenían las expectativas altas con ella, y estuvieron atentas desde su ventanal la mañana que llegó con todo el alboroto de las sirvientas acarreando cajones con sus pertenencias. Zokane y Vaéris pensaron que, si sus padres eran amigos, ellas también debían ser amigas. El entrenamiento no les permitió ir a su encuentro para presentarse, y al caer la noche estaban tan cansadas que decidieron dejarlo para después.

Con el cuerpo molido y las fuerzas justas, se recargaron juntas a observar desde su ventana, y entonces ocurrió lo inesperado: en los jardines vieron a Romina reunirse con uno de los capataces. Era imposible no darse cuenta de la urgencia con que se buscaron las bocas mientras se estrechaban las espaldas, y ni hablar de la forma en que el hombre la arrinconó en un árbol mientras luchaba por levantarle la falda buscando un lugar entre sus piernas. Con la cara roja y los nervios a tope, las dos hermanas se tiraron al suelo por miedo a ser descubiertas, y se quedaron mirando al techo, sintiéndose confundidas y extrañas.

—¡Te dije que debíamos encender la lámpara! —le reprochó Vaéris.

—¿Y gastarnos el poco aceite que nos queda para observar el jardín de noche?

—¡Con la lámpara encendida, ellos nos habrían visto desde el principio y no habríamos tenido que presenciar todo eso!

—Sabes que aún faltan tres días para que nos vuelvan a dar una ración de aceite, ¿verdad?

—¡Ah, pero querías ver un rato el cielo en lugar de dormir!

—¡Deja de culparme, Vaéris!

—¡No te culpo!

—¡Deja de gritarme!

—¡No te grito!

—Quiero dormir.

—Sí, yo también.

Sus rencillas eran rápidas y terminaban simples, no podían evitar discutir, pero lo disfrutaban. El carácter de ambas no daba para otra cosa. Tal vez por eso se querían tanto, y con ese mismo amor que se tenían pensaron que Romina, al ser la única mujer entre un montón de hermanos y sobrinos, todos varones, necesitaría alguna amiga. Se equivocaron, y fue duro descubrirlo cuando a la mañana siguiente, mientras corrían un poco, se toparon con ella. Apenas verla, Vaéris se detuvo y se acercó. De las dos, era la que más confianza en ella misma poseía, la de carácter más abierto y la primera que se atrevió a dirigirle la palabra.

—¡Hola! —le saludo con la mejor de sus sonrisas—. Tú debes ser Romina, ¿verdad?

—¿No les han enseñado a respetar? —las cuestionó mirándolas con desprecio—. ¡Vuelvan a la barraca, esclavas! —les ordenó, dejando ver el desagrado que sintió cuando se aproximaron.

—No somos esclavas —le corrigió la pelirroja borrando su sonrisa.

—No me interesa quiénes son, el único trato que una dama como yo tiene con las mujeres como ustedes, es cuando tienen que limpiar el camino donde yo paso.

La cara se le puso roja a Vaéris, la rabia en sus venas era tanta que le nubló toda razón.

—De dama no has de tener mucho —respondió sin medir consecuencias—. Olvidaste que tampoco deberías tener trato con los capataces. ¿Tu padre sabe lo que haces durante la noche?

La cara de Romina se tornó roja pero no de vergüenza, sino de furia. La mirada con que le recorrió el cuerpo fue tal, que denigraría a cualquiera, mas no a Vaéris, y al darse cuenta de que no causaba ningún efecto en ella, se dio la vuelta alejándose tan rápido como sus pies se lo permitieron. Vaéris se quedó contrariada, pensaba que por ser nacida en cuna de oro tendría amabilidad en las venas, pero no era así, y si tuviera que juzgar a todas las familias de renombre por una persona, Romina les habría condenado sin salvación. Zokane no pudo animarla ni decirle que se equivocaba, que ella aún recordaba a gente muy amable y que no todos eran así.

Por la tarde, mientras comían, Tivana las puso al tanto sobre la hija de Táiwel. Acarreaba una lista bastante amplia de mala conducta, pero sobresalía por tonta al ser de dominio público el atrabancado romance que tenía con el capataz, sin embargo, su padre creía a Romina cuando ella le juraba que se mantenía casta y que con el capataz solo tenía una sólida amistad.

—Yo, en su lugar, me mantendría alejada de la señorita Romina —les confesó Tivana.

—No lo sé, Tivana —chasqueó la lengua arrugando la nariz—. Esto suena a reto.

—¡No, Vaéris, la señorita Romina es mala!

—¿Le tienes miedo? —preguntó Zokane para quitarse la duda.

—Un poco —admitió sin dudarlo—. Es conocida entre sus damas por los castigos que impone cuando no se hacen las cosas como ella quiere.

Vaéris volvió a chasquear la lengua y se cruzó de brazos, no se dejaría humillar tan fácilmente, y entonces, se inició un conflicto que Táiwel llamaba «cosa de mujeres», pero que, gracias a eso, se volvieron astutas para no caer en las trampas que Romina organizaba con ayuda de sus sirvientas. Y debido a que Zokane y Vaéris eran las odiosas favoritas del cacique al tener mejores tratos, mejor entrenamiento y mejores comidas, sin mencionar que eran dueñas de su libertad, muchas de las esclavas también cooperaron para llevar a cabo todas esas trampas.

Al principio pensaron que Romina se sintió desfavorecida. Si se comparaban con ella, Romina no tenía el cuerpo atlético que las dos habían ganado con tanto entrenamiento, también creyeron

que tal vez no le gustaba su piel que parecía estar hecha de arena quemada, y tal vez si seguían indagando, también podría pensar que odiaba su cabello crespo. Se notaba la rabia que sentía solo de verlas, y cuando parecía que el conflicto solo era con Vaéris, llegó un día a querer humillar a Zokane cuando la encontró leyendo, pero cuando no pudo debatir respecto al contenido del libro, demostrando así su nulo conocimiento en temas de interés y esenciales, la humillada fue ella, y aun así, Romina se marchó con el mentón en alto quejándose del mal olor que supuestamente Zokane tenía.

Por desgracia, descubrieron que la muchacha era pura maldad. No había razón para que las tratara mal, pero lo hacía, aun sabiendo que eran invitadas de importancia para su padre. Les escondía la ropa cuando se bañaban, obligándolas a cruzar la barraca desnudas hasta su recamara. Logró muchas veces poner exceso de sal o picante en sus comidas y hasta consiguió teñir de negro la roja cabellera de Vaéris.

De alguna manera no les importaba esa clase de bromas menores, y hasta creyeron que ese era el límite de su maldad, pero cuando Romina descubrió que Tivana era muy apegada a ellas, logró que su padre se la diera para tenerla como su criada y comenzó a descargar todas sus frustraciones y todo su odio en ella. La castigaba por errores que no cometía, culpándola hasta por el clima, y muchas veces todo terminaba hasta en cinco golpes con la fusta en las manos o la espalda.

Zokane y Vaéris estaban cansadas de tanta hostilidad. Tenían la firme intención de hacer algo para terminar con los malos tratos, pero entonces ocurrió el evento que cambió todo. Una mañana, Romina mandó llamarlas. No habrían hecho caso de no ser porque Romina pedía ayuda para atender a Tivana. Apenas llegaron al salón común de las sirvientas cuando se toparon con Romina. De brazos cruzados, la muchacha las miraba con desprecio y semblante altanero.

—Está ahí adentro —les señaló el cuarto de baño que usaban las criadas—. Le permitiré descansar todo el día, pero ustedes deberán asegurarse de que esté lista mañana temprano.

Las dos muchachas arrugaron la frente, la confusión era evidente y la sonrisa torcida de Romina las asustó, sintieron miedo de lo que encontrarían al otro lado de la puerta y al entrar, no les pareció extraño lo que vieron: Tivana, sentada frente a una tina de agua tibia mientras se bañaba con movimientos lentos, como si le causaran malestar.

—¿Qué pasa? —preguntó Zokane sin entender, sorprendiendo a Tivana por verlas llegar.

—Necesita ayuda para asearse, ¿no lo ves? —respondió Romina de mala gana—. Necesita comida y ropa limpia. Y como fue muy buena con el invitado de mi padre, puede pasar todo el día descansando con ustedes, pero mañana, apenas salga el sol, quiero que ella me tenga lista la bañera. ¿Me oíste, esclava?

—Sí, señorita Romina —respondió Tivana con la cabeza inclinada mirando al suelo.

Romina abandonó el lugar y las dos hermanas se acercaron a Tivana intentando imaginar lo que había ocurrido. La derrota se sintió como nunca cuando supieron que Romina la había amenazado con hacerla entregar sus virtudes al más despreciable invitado de Táiwel, y había cumplido. Saber eso las destrozó y entendieron que la batalla de poder que tenían con Romina era una de esas que no podían ganar. Tivana parecía darse cuenta de todo lo que ellas pensaban y sentían, y no lo permitiría. Mostrando su más cálida sonrisa intentó reconfortarlas.

—No permitan que esto les afecte, es lo que la señorita Romina quiere, por eso las ha traído, para que me vieran así.

En silencio, ayudaron a que Tivana se aseara, y su hermosa piel morena no podía ocultar los hematomas que los dedos del hombre habían dejado por toda su piel. Los sentimientos encontrados en Zokane eran tantos, que no pudo evitar que se le escurrieran las lágrimas, y

Tivana, al verla, le tomó las mejillas con ambas manos y le levantó el rostro, obligándola a mirarla a los ojos.

—¿Por qué lloras? —le preguntó, y Zokane no pudo responder—. ¿Acaso me ves llorando?

—¡Mira lo que te han hecho! —sollozó con impotencia.

—Zokane, está bien… No soy una dama de noble cuna que debe cuidar su castidad para conseguir un buen marido, solo ellas se preocupan de esas cosas, no tengo ningún honor que defender y si así fuera, la honra no está entre las piernas. ¿Lo entiendes? —La pregunta fue para ambas, para que ellas pudieran ver su fortaleza—. Yo estoy bien y ustedes también deberían estarlo.

En este punto, ninguna de las dos podía hacer nada para detener lo que ocurría. Estaban enfadadas, se sentían furiosas, tenían ganas de salir corriendo y regresar a su hogar, pero tampoco podían marcharse y dejar sola a Tivana. La seriedad en la pelirroja era algo pocas veces visto. La manera en que observaba el agua en el balde con que enjuagaba el trapo para limpiarla, y en cómo evitaba mirarla a los ojos. La manera en que Zokane, quien había puesto toda su atención en limpiarle el cabello, murmurando entre dientes maldiciones infantiles dirigidas hacia los nudos que se habían formado entre el pelo. Todo junto le hizo sentir a Tivana el aprecio que le tenían, y se juró a sí misma que las cuidaría comenzando con esto: no las dejaría sentir la culpa de lo ocurrido, y a su manera, logró reforzar que no se sentía deshonrada.

—Además, no es la primera vez que ocurre y a mí no me molesta. Si les soy honesta, tengo la esperanza de que un día un hombre no quiera soltarme debido al placer que pueda darle. Con suerte, me sacará de esta vida de esclavitud.

—No puedes estar hablando en serio —replicó Zokane—. ¡Tu única esperanza de salir de esta barraca no puede ser que alguien te compre para ser esclava en otro lugar!

—Ser esclava en otro lugar suena mejor que ser esclava aquí.

—¡No seas tonta, Zokane! —le regañó Vaéris—. Deja de replicar y terminemos con esto.

Vaéris, al igual que Zokane, sintió rabia por los pensamientos de Tivana, pero también entendía que tal vez eso era lo mejor, que Tivana buscara el agrado de alguien que pudiera pagar su libertad no era tan descabellado.

Desde ese día, las tres se ayudaron para ganar fortaleza, e hicieron un pacto entre ellas. Aunque ninguna de las tres lo dijo, en sus corazones supieron que jamás se abandonarían y que estarían siempre juntas. La confianza no se podía fingir, era real, su compañerismo y el afecto que se tenían las unas a las otras era real. En su corazón, algo había que les hacía amarse como si compartieran la misma sangre, por lo tanto, la seguridad de cada una fue su prioridad y tanto Zokane como Vaéris tuvieron que tragarse su orgullo y obligarse a no meterse en la vida de Romina: Zokane dejó de merodear la pequeña repisa que contenía ocho libros ubicada en la sala principal de la casona. Y Vaéris tuvo que aprender a desviar su mirada cuando por casualidad se topaba con Romina. Juntas, tuvieron que pedirles a tres de los hermanos mayores de Romina que por favor no les hablaran, argumentando que eso provocaba problemas entre las esclavas. De esa forma disminuyeron los malos tratos que Tivana recibía.

*

Una edad después, durante el Lanish Manum, celebración que se hacía al finalizar cada primavera en conmemoración de los dioses por su partida, recibieron la visita de sus padres. Los brazos de Torna fueron como un oasis de salvación. Ellas sabían que verse era un lujo, que mamá Torna no podía abandonar su casa ni sus deberes por tanto tiempo, por eso mismo,

disfrutaron cada instante en compañía de ellos y, aun así, ellas no pudieron decir lo que pasaba por miedo a que algo peor pudiera ocurrir a Tivana. Con motivo del Lanish Manum, Romina se había marchado a la casa donde su madre vivía, llevándose a Tivana con ella, y de solo pensar en la distancia y el tiempo sin verse ya las ponía enfermas. Sobre todo, cuando Romina se despidió de ellas recordándoles que los chismes y las habladurías son despreciables y atraen consecuencias indeseables.

Mamá Torna estaba dispuesta a llevárselas con ella, una edad de entrenamiento era más que suficiente, pero ellas se negaron. No se irían sin Tivana, y hasta Vaden hizo su intento porque Táiwel la liberara.

—¡Vamos, viejo amigo! —exclamó Táiwel con nerviosismo—. La esclavitud está severamente penada. No digan esa palabra ni de broma. Además, a Tivana su propio padre la ha dejado a mi cuidado. Su pobreza era tanta que no tenían muchas opciones y, seamos honestos, mejor vida que la de ser la dama de compañía de mi única hija no logrará tener, y si a eso le sumas el cariño que le ha tomado mi hija, me temo que la destrozaría si la aparto de ella.

La respuesta no las desanimó, al contrario, se aferraron a una idea, prometiéndose a ellas mismas que no se irían sin Tivana y fue así como convencieron a mamá Torna de dejarlas entrenar un poco más sabiendo que, en ese tiempo, harían lo que fuera para cumplir su cometido.

III

Otra edad pasó lentamente y las niñas se convirtieron en mujeres dentro de aquellos muros. Con su vida guiada bajo el rigor de la espada, llegaron a participar en las peleas oficiales, momento en el que Zokane conoció al sanador que se ocupaba de las heridas mayores, y logró convencer a Táiwel de que le permitiera asistir al viejo, que era ciego. Ella negó tener el don, pero afirmó que le apasionaba el arte de limpiar las heridas y no mentía, desde que estuvo con su maestro Owen supo que todos esos detalles hacían una gran diferencia. Por un momento volvió a recordar la muerte de su madre y de su nana, y aunque ahora entendía que no podía revivir muertos, siguió pensando que saber atender heridas era algo de mucha utilidad.

Por fortuna, Táiwel aceptó, y de esa manera Zokane repartió su tiempo entre la espada y los vendajes, pues el viejo, aunque tenía el don, no era muy hábil y prefería no perder tanto tiempo sanando. La realidad era que Táiwel vio la ayuda de Zokane como la oportunidad de no pagar a ningún asistente para su viejo curandero, sin embargo, debió recordarse que no era ninguna esclava y tuvo que darle una paga mínima, pues, además de todo, ya las hacía pelear en combates reales, y gracias al dúo que las hermanas formaban, él ganaba mucho más de lo esperado en las apuestas y eso compensaba todo. Fue así que las muchachas fueron ganando experiencia no solo en combate, sino también en otros asuntos. Aprendieron a cuidarse la una a la otra tanto en batalla como en la vida cotidiana. Se tuvieron que ir forjando el carácter al tener que lidiar con el acoso de los capataces, los sirvientes y los esclavos varones con los que combatían, mucho de eso a consecuencia de los diminutos atuendos con los que las obligaban a luchar en presencia de los apostadores, no solo a ellas sino a cualquier mujer.

Algo que tampoco pudieron evitar fue sentir el arrebato incontrolable de la lujuria. Se veían tantas cosas en los alrededores, que así no quisieran, el instinto despertó y fue fácil para ellas saciar su curiosidad y descubrir rápidamente sus inclinaciones.

Aquel despertar les mostró otra de sus ventajas como mujeres: la del poder de sus cuerpos y la distracción que eso representaba para los hombres durante las batallas, y no les incomodó en absoluto despertar su lado sensual poniendo cuidado en sus movimientos al pelear, de cómo menear las caderas al caminar, a levantar el mentón orgullosas de ellas mismas al mirar, incluso, hasta en la forma de girar la espada para que fuera una danza entre sus cuerpos.

Y, aunque la vida se sentía difícil la mayoría de las veces, se acostumbraron a ella. Hubieran podido vivir toda una vida dentro de aquellos muros haciendo compañía a Tivana, de no ser porque un acontecimiento volvería a cambiar todo.

—Chicas, estoy embarazada —les confesó Tivana cierto día durante la comida.

—¿Qué? —preguntó Zokane después de casi ahogarse.

—Lo que oyeron —reafirmó con la mirada triste, acercándose a Vaéris para palmearle la espalda ante la tos que se apoderó de ella.

—¿Estás segura?

—El curandero me ha confirmado, Zokane… Y si así no fuera, no he tenido mi sangrado en dos ocasiones…

—¿Y por qué estás triste? —preguntó Vaéris.

—Soy esclava… ¿qué le puedo ofrecer a este ser? Cuando nazca, nacerá esclavo, y cuando

tenga la edad suficiente, lo apartarán de mí… No podré verlo crecer… No podrá llamarme mamá…

Las lágrimas se le acumularon en los ojos, el llanto le cerró la garganta y se cubrió el rostro con las manos. Zokane la abrazó con fuerza y le acarició el cabello. Vaéris chasqueó la lengua y clavó sus intensos ojos verdes en los de Zokane, se miraron la una a la otra. Era momento de irse a casa, y lo harían con Tivana embarazada. Después de todo, si lo pensaban fríamente, ella se convertiría en una carga, y conociendo al avaro de Táiwel, estaban seguras de que preferiría deshacerse de ella antes de tener que cuidarla.

—¿Sa-sabes quién es el padre? —alcanzó a preguntar Vaéris.

—No sirve de nada saber quién es. Soy una esclava con su bastardo…

—Se trata de uno de tantos con los que te ha obligado Táiwel, ¿cierto?

Verla asentir le concedió la razón a Tivana, ningún hombre se haría responsable de un hijo bastardo en el vientre de una esclava, pero a ellas eso no les importaba. Pensarían algo para convencer a Táiwel aunque algo era seguro, no se marcharían si no era con Tivana a su lado.

Con el paso de los días intentaron hablar con Táiwel sin tener ningún resultado. El hombre tenía complicaciones con su negocio y le habían llegado unos clientes que se quedaron como invitados; y entre una y otra cosa, cada vez que ellas le requerían para hablar, él les pedía que le dejaran arreglar sus problemas actuales.

Era obvio pensar que el viejo avaro ya sabía del embarazo, ningún sirviente ocultaría algo así a su amo y, por lo mismo, lo que sucedió una tarde fue inesperado: durante una comida que celebraba los buenos tratos que tuvieron él y sus invitados, Tivana asistió para mantener las copas llenas, después de un rato la fiesta terminó en una inocente lucha en barro. No parecía gran cosa, y definitivamente había cosas peores, pero en su estado, resultó en tragedia cuando después de luchar un poco, los dolores en el vientre la dejaron fuera, y al poco rato, perdiera al bebé.

Ellas no lo supieron hasta que ese mismo día, cuando la tarde llegaba a su fin mientras ambas seguían practicando con los esclavos varones, se sorprendieron de ver llegar a Romina escoltada por sus criadas y el capataz con quien sostenía su amorío, situación que jamás había ocurrido y que detuvo por completo la práctica. La muchacha se cruzó de brazos con su habitual mirada altanera y ellas, sabiendo lo que eso significaba, se acercaron. Conociendo ya los límites de Romina, se detuvieron a una distancia considerable y entonces les llegó la noticia.

—Los negocios de mi padre fueron de provecho y se organizó una fiesta para cerrar los tratos.

—Lo sabemos —respondió Zokane.

—Tivana sirvió de criada.

—¿Qué puede ser de tal importancia que te has dignado a venir hasta aquí? —le cuestiono Vaéris.

—El oro que pagaron para deshacerse de un bastardo rindió frutos —escupió las palabras plagadas de odio.

La sangre abandonó sus cabezas, la sensación de pánico les arrebató el calor del cuerpo, la voz se les atoró en la garganta y haciendo todo el esfuerzo por encontrar su voz, Zokane le habló.

—¿Qué hicieron con Tivana?

—Lo que se haría con cualquier perra roñosa. Y aunque debería estar en la basura junto con el engendro que crecía en sus entrañas, sigue siendo de utilidad para mi padre...

Vaéris no pudo contenerse, ya había soportado demasiado, no permitió que continuara hablando, se lanzó sobre ella sin pensarlo. El chillido de Romina tampoco dio tiempo a su capataz para detener a Vaéris. Tomando a Romina del vestido, a la altura del pecho, le dio un puñetazo que impactó en media cara. Con la rabia que tenía, alcanzó a lanzarla contra el suelo

antes de que el amante de Romina intentara contenerla sujetándola por la espalda. Vaéris estaba tan nublada, que desde esa posición logró patear el estómago de Romina, lanzar contra el suelo al que la sujetaba, y comenzar una batalla en contra de los capataces a cargo del entrenamiento que intentaban contenerla.

Con solo sus puños logró dar batalla a cuatro de los capataces: de un ágil movimiento rompió el codo al primero que intentó acercarse para hacerla a un lado, el hombre se inclinó presa del dolor, y Vaéris aprovechó para hacerlo a un lado con la planta de su pie. El segundo se abalanzó con un puñetazo queriendo minimizarla, pero ella fue más rápida logrando esquivar, y en respuesta, le hundió la nariz con el puño, el hombre retrocedió tambaleante y ella no dudó en tomarlo del cuello y lanzarlo contra el suelo, propinándole una patada en la cabeza que lo dejó fuera de combate.

El aire cortado por la fusta sonó en advertencia, dando oportunidad a Vaéris de esquivar parcialmente el latigazo que le atravesó la mitad de la espalda, mientras que, otro hombre, lanzaba un feroz puñetazo para derribarla. Vaéris esquivó ágilmente sintiendo el viento a su paso, pero ella, embravecida, lanzó una patada que impactó en la entrepierna del capataz, el sonido de sus partes nobles crujiendo ante el impacto no la frenó. Los movimientos de Vaéris eran poco calculados, y gracias a eso, no pudo esquivar la patada que impactó en su costado, seguido de un puñetazo que se incrustó en su pómulo haciéndola tambalear y, finalmente, una patada en las pantorrillas la dejó de rodillas.

Vaéris hubiera seguido peleando, tenía el fuego necesario para no detenerse, pero entonces fue capaz de escuchar su nombre. «¡Basta, Vaéris, detente!» escuchaba una y otra vez la súplica que salía del grito de Zokane. Cuando fue consciente de lo que ocurría, la pelirroja se detuvo permaneciendo de rodillas sobre el suelo, la furia por lo ocurrido con Tivana le hacía temblar el cuerpo, pero cuando vio que a Zokane la mantenían inmóvil a punta de espadas, sintió un vértigo asfixiante. El grito de Táiwel exigiendo calma la obligó a permanecer donde estaba, con los puños apretados mordiéndose la boca para no cometer más estupideces.

Romina lloraba presa del coraje, hincada en el suelo, sostenía su quijada mientras la sangre escurría por su nariz y boca y, al ver llegar a su padre, clamó justicia por la ofensa en su contra. Táiwel se veía furioso, oscilaba su mirada entre su hija y las hijas de su fiel amigo. Se peinó el cabello con la mano. Tenía presente la gravedad del asunto, pero también la procedencia de esas chicas, y cuando Romina intentó hablar a gritos exigiendo que hiciera algo, la mandó callar con severidad.

—¡Lleven a mi hija a la casa! —ordenó a las criadas sin ocultar su ira.

—¡Quiero ver su castigo! —volvió a exigir loca de rabia.

—¡Ninguna hija mía va a venir a darme órdenes! ¡Ya has hecho suficiente! ¡Lárgate!

Romina se puso en pie y se marchó haciendo evidente el berrinche que acarreaba, y Táiwel, se quedó de pie sin saber exactamente cómo arreglar el problema. No podía simplemente castigarlas, y aunque sabía mucho de lo que pasaba entre su hija y las dos muchachas, nunca imaginó que todo terminaría así.

—Tienen una oportunidad para explicar lo que ha ocurrido —les habló haciendo evidente la advertencia de las consecuencias ante su respuesta.

—Su hija vino hasta nosotras para avisarnos que compraron la muerte del hijo de Tivana. La llamó perra. Llamó bastardo a su hijo. Se burló diciendo que ella también debería estar en la basura donde han tirado a su bebé —habló Zokane anticipándose a Vaéris, pues sabía que la pelirroja tenía de todo menos claridad mental.

—¡Por todos los dioses! —exclamó Táiwel sin podérselo creer—. Sé que mi hija puede ser un tanto caprichosa, pero lo que me dices es demasiado.

—Usted lo ha dicho, es su hija, debe creerla a ella… Pero sabe muy bien todo lo que nos ha hecho y aquí no tenemos a nadie, solo a Tivana, y ella lo sabe.

Frotándose la frente con la mano observó su alrededor. Uno de los capataces ya se ocupaba de llevar a los esclavos a su barraca, mientras otros se llevaban a los heridos, dejándose sorprender por todo el daño que la muchacha había hecho al dejar moribundo a uno de ellos.

—Por la sólida y duradera amistad que tengo con su padre no habrá consecuencias esta vez. Pero me temo que tendrán que irse. Está bastante claro, ya no hay nada que puedan aprender bajo mi techo, de quedarse, la hostilidad crecerá y no solo con mi hija. Deberán entender que mi amada esposa no se quedará tranquila cuando se entere.

—¡Encantadas nos vamos...! —bufó Vaéris.

—Por la sólida amistad que tiene con nuestro padre, le pedimos, permita que nos marchemos con Tivana a nuestro lado —habló Zokane interrumpiendo a Vaéris.

—Ustedes pueden irse, pero Tivana se queda. La he cuidado por mucho tiempo y me debe demasiado.

—No podemos irnos sin ella, es como una hermana para nosotras.

—Negocios son negocios —respondió levantando los hombros.

—¿Cuánto le debe?

—No seas ridícula, Zokane, no podrían pagarme el valor que Tivana tiene para mí.

—¿Cuál es el precio por su libertad? —volvió a preguntar poniendo fuerza en la forma en que le miraba: directa a los ojos y sin mostrar debilidad.

—¿En verdad quieres saber? —preguntó sintiéndose admirado por la determinación que había mostrado—. Toma en cuenta que Tivana es preciosa y que a sus dieciocho edades aún le queda un largo camino para envejecer. Me temo decirte que su libertad podría superar las trescientas monedas de oro.

Vaéris chasqueó la lengua al escuchar la cantidad. Sabía, gracias a la dedicación que puso por permanecer en su hogar, que una moneda de oro representaba toda una estación de arduo trabajo. Trescientas monedas era demasiado. Las muchachas se quedaron en silencio. Vaéris no podía pensar en una solución, ni en nada que pudiera ayudarles a salir del problema. Pero cuando Zokane habló, le miró a los ojos llena de dudas, pero también, con un poco de esperanza.

—Pelearemos para ti —exclamó Zokane sin dudarlo—. No habrá pago, no habrá reproches. Lo estamos haciendo por voluntad. Te quedarás todo, pero al final, cuando te hayamos hecho ganar trescientas monedas de oro, nos iremos con Tivana.

—¿Y dejarlas quedarse después de la ofensa que cometieron aun a pesar de mi hospitalidad? Humillaron a mi hija enfrente de mis sirvientes, desprestigian mi nombre al revelarse como lo han hecho, no tengo la seguridad de que mi capataz sobreviva. ¿Y quieres hacer un trato?

—Dame el castigo apropiado, hazme vivir con las esclavas, quítame todos mis privilegios, pero, permíteme regresar a casa a lado de mis dos hermanas.

—¡Qué buen corazón el tuyo, Zokane! —se mofó desviando la mirada como si estuviera supervisando que todo estuviera en orden. Sin embargo, no podía dejar de pensar en la cantidad de oro. Aun para él, era demasiado. Una esclava, de esas que valían la pena, no como Tivana, las verdaderamente valiosas, jamás superaba las quince monedas de oro. Pero ahora no sonaba nada mal hacerse con trescientas. Dinero fácil, con riesgo, pero fácil. Y si planeaba todo con cuidado, podría ganar mucho más que solo eso. Le sudaron las manos, la oportunidad parecía única. Tendría mucho en contra, su hija y su mujer en primera instancia, pero el mundo estaba hecho de

oportunidades y qué sería de su reputación si dejaba pasar esta.

—Bien —expresó accediendo—. Pero se hará bajo mis condiciones. El castigo lo recibirá Vaéris y los privilegios se terminan para las tres, no solo para ti. Tivana también participará en algunas peleas… pero sus monedas no se sumarán a las suyas y, además, por cada moneda que me haga perder cualquiera de ustedes, deberán recompensar cuatro veces su valor. Eso significa que la deuda que tienen conmigo irá subiendo si no lo hacen bien. ¿Están de acuerdo?

Zokane miro a Vaéris buscando su aprobación. Después de todo, la peor parte se la llevaría ella: el castigo a los sirvientes que se atrevían a poner una mano en sus amos terminaba siempre en muerte, y ella recibiría tantos azotes como fuera posible. La mirada de Vaéris se volvió pura determinación, y eso definió su futuro.

—Una de las dos deberá tener acceso a la mesa de apuestas para constatar las monedas.

—¿Piensas que te robaría? ¡Yo tengo más qué perder que ustedes! ¡Es mi dinero el que jugarán!

—No si ganamos. Además, negocios son negocios. ¿No es así, mi buen Táiwel?

Esa misma tarde, en el patio central de la casona principal, en presencia de Táiwel y sus hijos, incluida Romina, «con la piel intacta, pues le habían sanado las heridas» y, por supuesto, todos los capataces, esclavos y sirvientes, ya que el castigo serviría como una advertencia a todos ellos: ataron a Vaéris a un poste, le descubrieron la espalda y la azotaron. Recibió tanto como fue posible, Táiwel debía cuidar de que no muriera, y al terminar, con la piel lacerada y abierta, la dejaron en el poste toda la noche y el resto del día siguiente.

A Zokane le prohibieron presenciar el castigo y la dejaron encadenada en una celda, pero no fue suficiente para no escuchar el ruido del látigo y los gritos de dolor que Vaéris profería. Intentó cubrirse los oídos y no escuchar, intentó mantener la calma, pero, con cada grito que rompía el silencio llegaba el recuerdo de los gritos de los legionarios persiguiéndola, de la gente que moría a su paso y de los gritos de su padre pidiéndole que corriera con todas sus fuerzas. Los espasmos que daba no le impedían sudar frío y terminó hecha un ovillo en el suelo, apretándose el cráneo con las manos, repitiendo una y otra vez que lo hacían por Tivana.

Las horas fueron eternas, y cuando por fin llevaron a Vaéris a su lado, lloró en silencio al verla toda lastimada. Tenía la boca seca y los labios partidos, la sangre le había escurrido a lo largo de todo el cuerpo y se le había secado. Las llagas de la espalda eran lo peor, la carne la tenía abierta en innumerables cortes y, sin embargo, esa pelirroja se mantenía entera y con una sonrisa triunfante en su rostro a pesar de estar temblando de pies a cabeza, con apenas fuerzas para sostenerse por sí misma.

—No llores —le dijo Vaéris—. Tivana ha sufrido cosas peores, así que no llores.

Enjugándose las lágrimas asintió y, tomándola del brazo, la ayudó a entrar a la celda. Los capataces se fueron dejando la puerta abierta de par en par, no sin antes liberar a Zokane de sus grilletes. Algunas esclavas se acercaron para ayudarlas, llevaron trapos y cobijas para acostarla bocabajo. Casi enseguida llegó el curandero. Tenía órdenes de atender sus heridas, pero no debía sanarla por completo. A Vaéris pareció no importarle, se quedó tan quieta como pudo mientras la limpiaban y la untaban con remedios para aminorar el dolor, evitar infecciones y que pudiera sanar naturalmente más rápido.

Dos días después se reunieron con Tivana. Se veía cansada, un tanto demacrada, seguramente no había tenido oportunidad de dormir lo suficiente. Apenas se vieron, se abrazaron las tres cuidando de no tocar las heridas de Vaéris, pero ninguna lloró. Al contrario, se dieron ánimos mutuamente. No había duda, las tres eran guerreras de espíritu, pero Tivana lograba apaciguarlas y consolarlas sin esfuerzo. Sin ella, sentían que les faltaba algo.

—Todo va a estar bien —le aseguró Zokane.

—Lo sé.

—Te vamos a sacar de aquí.

—También lo sé… pero no tienen que hacer esto.

—De todas formas, ya lo hacemos —le aseguró Vaéris—. ¿Qué dificultad puede haber ahora?

—¡No tienes idea de lo que hablas!

—¡Sí la tengo, Tivana! Peleas por diversión… El ganador se lleva todo y nosotras ganaremos tu libertad.

—El perdedor lo pierde todo también… Podrían morir…

—Si no he muerto hasta este momento, ¿qué te hace pensar que ahora sí lo haré? — interrumpió Zokane al ver la discusión entre ambas—. Ya está hecho, acordamos con Táiwel cada detalle. Vaéris ha comenzado a pagar. No nos iremos sin ti.

IV

Su carrera era contra el tiempo. Cuanto más rápido lo hicieran, más rápido se marcharían, pero se dieron cuenta de que no era tan fácil como parecía. Durante las siguientes dos edades visitaron el anfiteatro buscando victorias. Y mientras tanto, Táiwel envió a su hija a casa con su madre, lejos de las barracas y lejos de ellas. No quisieron preguntar, pero supieron que Táiwel estaba intentando arreglar un buen matrimonio para su hija, y gracias a eso, la muchacha no pudo permanecer en el lugar, y claro, Vaéris fue feliz de no tener que verla nunca más.

En las batallas, al principio ganaban y perdían, pero conforme fueron dominando las arenas, se fueron haciendo conocidas y sus nombres empezaron a ser aclamados. Los apostadores enloquecían al saber de una batalla que las incluyera, elevando las apuestas por los cielos; el anfiteatro se llenaba solo para verlas luchar y, como no había nadie que no apostara por ellas, Táiwel tubo que modificar el sistema de apuestas para ellas: ya no lo hacían para predecir la victoria, sino para acertar el número de heridas que cada una pudiera recibir. Quien más cerca estuviera de la cifra final, ganaba.

Siempre era un riesgo entrar en la arena. Las luchas no eran a muerte, pero nada impedía asesinar al oponente y, cuando comenzaron a enfrentar situaciones de vida o muerte, tuvieron que lidiar y sobreponerse rápidamente, no había lugar para todas las emociones que las atacaban al tener que tomar la vida de alguien. Pero, como en muchos momentos, Tivana estuvo ahí para ayudarlas como aquella primera vez. Cuando Vaéris cometió su primer asesinato, lo hizo como un acto de defensa justo antes de que Zokane resultara herida, ocurrió lo mismo con Zokane, en un acto por salvar a Vaéris. Por un momento, el hecho las destrozó, a punto estuvieron de renunciar y volver a casa. El llanto no podía arrancarles ese amargo sabor y, de no haber sido por Tivana, no lo hubieran superado.

—Se tiene que hacer lo que se tiene que hacer —las alentaba Tivana en un abrazo fraternal entre las tres—. Cuando es la vida misma la que está en juego, y cuando quien está frente a ti no dudaría en dar el golpe final, sentir piedad dejaría el más alto precio a pagar.

Endurecer el corazón y tragarse el nudo en la garganta fue la mejor opción, sobre todo cuando se dieron cuenta de que al avaro de Táiwel no le importaba darles contrincantes más experimentados y sádicos a la hora de las batallas, y eso mismo provocó que en la carrera por las trecientas monedas el dúo fuera tomando fama junto con sus victorias sin sentir arrepentimientos ante lo que pudiera ocurrir.

Lo hacían por Tivana. Sin importar el número de oponentes ni la cantidad de sangre derramada, ellas lograrían conseguir su libertad y arrancarla de esa vida miserable. Así lo habían prometido y cumplirían.

El camino fue largo y su objetivo difícil de alcanzar, pero por fin había llegado el momento de la batalla final. Con ansiedad esperaron en la celda que abría paso a la arena; su atención se centraba en los gritos del público ante la pelea que aún no comenzaba. Estaban seguras de que sería difícil, Táiwel lo haría difícil; pero también sabían que con esta victoria podrían marcharse a casa con una nueva hermana, y no podían darse el lujo de perder.

Sus ánimos, la adrenalina y la agitación crecían hasta impacientarlas. Los timbales y cuernos que acompañaban el espectáculo sonaban con estruendo, y cuando las puertas se abrieron, los

gritos obscenos y los silbidos morbosos se escucharon con más fuerza que la propia música de ambiente.

Le habían tomado cierto gusto a las peleas y, sin intimidarse, dieron su habitual saludo levantando las manos en un giro lento para que todos pudieran verlas, permitiendo que la adrenalina las invadiera lentamente, sintiendo su fuego interno avivar sus motivaciones, especialmente cuando todos enloquecían gritando sus nombres.

Los tambores cesaron y un cuerno retumbó en soledad, la puerta del oponente se abrió dando paso no a dos, ni tres, sino ocho fortachones armados hasta los dientes, cubiertos en sus corazas de acero. Zokane sonrió complacida, no podía esperar menos del malnacido de Táiwel y sintió impaciencia por comenzar la lucha.

Mientras Táiwel pronunciaba sus nombres, los contrincantes caminaban de un lado a otro como bestias al acecho haciendo que las dos muchachas girasen continuamente. Cuando los tambores tocaron en un rítmico sonido, la batalla dio inicio. Pese a que ninguna de las dos tuvo la ventaja de tener un arma en sus manos, ellas se sonrieron mutuamente; todo sería tan entretenido como Táiwel deseaba.

—Vamos, Vaéris —le animó en un susurro—. Es momento de hacerlo como se debe. ¡Sin piedad por la victoria!

Decididas, corrieron juntas, directo al enemigo. Entre piruetas que mostraban toda su agilidad, fueron esquivando mazas y espadas que buscaban hacerlas perder a cualquier costo. Ninguna fuerza bruta pudo con aquel instinto que tenían las muchachas.

Uno de los oponentes se abalanzó sobre Zokane, la joven, más pequeña y escurridiza, se escabulló por un costado y aprovechó su posición para asestar un duro codazo en la mandíbula, derribándolo al instante, momento en el cual pudo hacerse con su maza.

Pensando que la tomaría por sorpresa, otro intentó atacar por la espalda; pero Zokane dio un giro con maza en mano incrustando sus puntas en el abdomen del tipo, y Zokane, ayudada con la planta del pie y la propia caída del hombre, le dio un empujón que lo dejó en el suelo con las tripas expuestas.

Sus sentidos no fueron suficiente para advertir a otro de los hombres llegar, y tras un puñetazo en el costado, la dejó de rodillas. Descolocada, recibió el castigo de otro al azotarle la espalda con su látigo, enredándolo en su cuello. Con el aturdimiento, no pudo evitar ser arrastrada hacia él, la tomó por la pechera para levantarla en lo alto de su cabeza, para después arrojarla en el suelo.

Con el grito de la audiencia, Zokane rodó un poco debido al dolor agudo; pero no era nada comparado con todo lo que podía soportar si llegaba a su límite, por lo tanto, las acciones de su oponente no la detuvieron. Todo su empeño estaba puesto en alejarse de sus atacantes y sostuvo con fuerza la primera arma que se encontró en el suelo. Los tres peleadores eran persistentes, pero ella lo era más, y mientras Zokane buscaba recuperarse del dolor, Vaéris se ocupaba de sus propios asuntos.

Su carrera inicial la llevó a deslizarse entre los pies de uno de ellos. El tipo lanzó un par de cortes al aire con su espada, pero Vaéris logró derribarlo con su ágil movimiento, y una vez lo tuvo en el suelo, logró sujetarlo del cuello para noquearlo. Un ligero brinco la puso en pie al tiempo que tomaba la espada del caído, y apenas se colocó en el suelo, lanzó la espada en contra de otro que se acercaba, rebanando sus músculos y dejándolo fuera de combate.

Los gritos de la audiencia aclamando a las chicas ensordecían la arena, pero también, les advertía tanto el peligro como la seguridad de su compañera y Vaéris pudo darse cuenta de lo que ocurría con Zokane. Pelear hombro a hombro hacía mucho más sencilla cualquier afrenta,

pero los guerreros que tenía ante ella no le dieron tregua y no pudo acercarse a ayudarla.

La música comenzaba a intensificarse y la audiencia pidiendo sangre indicaba que ya había durado mucho el espectáculo. Alejadas la una de la otra, necesitaban mucho más que un descuido para terminar de una vez por todas la batalla, al encontrarlo, Zokane encajó su espada en la axila de uno, rebanando hasta toparse con el hueso, y para asegurarse que no se levantaría, lo golpeó en la cabeza con la empuñadura.

Aprovechando su propia agilidad, se concentró en esquivar los puñetazos y patadas de los dos que le quedaban. La confianza de los dos fortachones era excesiva, y no previeron cuando Zokane, en un sorpresivo movimiento, se agachó rodando premeditadamente y ellos, con el impulso que llevaban, tropezaron con la joven y cayeron al suelo. Las oportunidades eran algo que Zokane sabía aprovechar al máximo. Ya que los tres estaban sobre el suelo, solo hizo falta aplicar toda la fuerza para que, con un codazo en la nuca, dejara inconsciente a uno de los dos.

Sin perder el tiempo, Zokane tomó un par de espadas y en un juego de destreza, las giró entre las manos para demostrar su habilidad. El hombre se puso en pie, alejándose de ella hasta sentirse seguro. Lanzando una ráfaga de dagas que Zokane apenas pudo esquivar y, para mantenerla a raya, cortaba el aire con su espada mostrando desesperación.

Determinada, Zokane se lanzó con toda la habilidad que tenía. El choque de espadas se volvió inclemente; bloqueándose mutuamente, sabían que el primero en cometer un error lo pagaría caro, y el hombre, usando la fuerza que a Zokane le faltaba, quiso reducirla hasta el suelo, y se vio obligada a soltar una de sus espadas para contrarrestar la fuerza del hombre, que poco a poco lograba su cometido.

El hombre, al verla casi sobre el suelo, seguro de que ella no lograría defenderse, levantó el rostro en un acto de fanfarronería celebrando su victoria, error que Zokane buscaba. Con la fuerza que aplicaba, ella solo tuvo que dejarse caer por completo y rodar un poco para esquivarle. El paso en falso que dio el hombre lo terminó tirando, pero antes de eso, Zokane ya se había levantado y al tiempo, cortó el músculo de su brazo hasta casi cercenarlo.

El impulso que traía la hizo continuar su carrera hasta llegar donde estaba su hermana. Apenas cruzaron miradas, Vaéris se deslizó barriendo el suelo hasta quedar en cuclillas con la espalda recta, y Zokane se encaramó a ella. En el momento en que su pie tocó la espalda de Vaéris, ésta se levantó, dándole impulso para encarar a los dos oponentes con las espadas por delante. El audaz movimiento lanzó por los aires el casco de su rival con la cabeza en su interior, y con la misma fuerza que ya llevaba, le volteó el rostro al otro en una patada que lo dejó inconsciente.

La victoria era de ellas. Festejaron con los brazos al aire, dejándose estremecer por el grito apabullante. Los golpes sobre la madera de las butacas y los silbidos opacaron los tambores y los cuernos, acelerando sus corazones.

El calor de la batalla y la rapidez con que todo se había dado las hizo inmunes al dolor, pues ambas escurrían sangre de heridas que no sabían en qué momento se habían hecho, mostrando severas magulladuras por todo el cuerpo, y pese a eso, estaban felices, casi eufóricas. Su travesía ahora tenía un final y era tiempo de exigir a Táiwel que cumpliera su parte.

Mientras el viejo curandero las sanaba, reflexionaron sobre la gravedad del asunto; pudieron haber muerto y Táiwel había consentido todo; de haber hecho lo contrario, habría detenido la afrenta y eso jamás ocurrió. Pero, por mucho que les molestara, lo mejor era tragarse su rabia; antes debían ver cómo se resolvía todo. Aunque tampoco importara demasiado, estaban decididas, si su celador se negaba en liberar a Tivana, no les importaba el alboroto que tuvieran que hacer: no se irían sin Tivana, pusieron su palabra en ello, y así sería.

—Me pregunto qué pensaría mi padre si se enterase de la batalla que has arreglado para nosotras —especulaba Vaéris, sentada frente a Táiwel mientras se cruzaba de piernas y fingía revisar si sus uñas estaban limpias—. Esos guerreros tuyos buscaban asesinarnos, ¿te diste cuenta?

—De hecho —agregó Zokane mientras se sentaba en la mesa a un costado de Táiwel—, me gustaría saber qué pasará cuando papá se entere de que Táiwel nos ha hecho pelear todas estas edades en las arenas con tanta desventaja.

—¡Vamos, muchachas! No le harán esto a su viejo amigo, las he mantenido seguras, se han convertido en leyenda bajo mi manto; incluso cuidé su honra y las mantuve seguras ante la lujuria que despertaban en los hombres.

—¡Cierto! Tivana no tuvo la misma suerte. ¿Cómo piensas reivindicar su honor?

—¡Jamás vi a la muchacha quejarse de las atenciones que recibía de mis comensales! ¿Se les olvida que Tivana no tenía ningún valor para su familia? —replicó con frivolidad—. ¡Para ellos tuvo más valor una vaca y mejor si eran cuatro o más! Yo la salvé de una vida de miseria, le di comida y techo. ¡Estaba en deuda conmigo y me debía sus favores!

—Claro, ella ya ha pagado mil veces el costo de esas vacas —afirmó Zokane poniéndose en pie, acercándose en exceso al costado de Táiwel—. Nosotras te hicimos más rico de lo que ya eras, y como la situación política entre nuestras familias está de por medio, te agradecemos tu generosidad al proporcionarnos lo suficiente para nuestro viaje de regreso a casa.

—¿Se van tan pronto? —exclamó sorprendido.

—¿Cinco edades a tu lado te parece pronto?

—Le daremos tus saludos a mamá —añadió Vaéris—. Estará muy feliz de que no solo le has enviado de regreso a sus dos hijas, sino de que también le has añadido una hija extra a su regazo.

—¡Tivana no va a ninguna parte! —vociferó Táiwel con un puñetazo sobre la mesa.

—¡Trescientas monedas la hacen mía! —espetó Zokane amenazante, clavando su daga a unos pocos centímetros de su puño.

El hombre no era tonto, la astucia ganada lo había llevado a donde estaba, no perdería todo por una mugrosa esclava ante un par de escrupulosas mujeres a punto de perder la cabeza. También sintió peligro, sabía que Vaéris aportaba el impulso, pero Zokane tenía la determinación de hacer lo que se tenía que hacer.

Aceptó que Zokane tenía razón, el oro generado en cada una de esas batallas fue mucho más de lo que pudo imaginar. Concedió la libertad a Tivana, y las llenó de plegarias y bendiciones hipócritas para su viaje de regreso, deseando que fueran interceptadas por alguna banda de delincuentes y les robaran el poco oro que les había dado, tal vez así ellas recibirían una buena lección, aunque lo más probable era que fueran alcanzadas por alguna bestia y, definitivamente, no era lo mismo luchar con hombres armados que con criaturas salvajes. De cualquier manera, ese ya no era su problema. Se limpiaba las manos de tener que cuidarlas justo como ellas querían.

V

En el día 78 del invierno de 1242 después del exilio, iniciaron el viaje de regreso a casa. El viaje que habría consistido en un simple regreso a casa se convirtió en una ardua travesía entre los caminos. Era época de lluvias, y parecía que venían con más fuerza que la temporada pasada. Los caminos enlodados y los deslaves interrumpían su viaje constantemente. Se veían obligadas a unirse a las caravanas de mercaderes por protección y, debido a la inclemencia del clima, tuvieron que permanecer cuatro días encerradas en una concurrida posada del camino.

El sitio estaba tan abarrotado, que incluso los establos estaban ocupados, y en el mesón tuvieron que compartir mesa en cada comida. Fue entonces, entre tanta gente, cuando sintieron crecer su orgullo: un grupo de comerciantes hablaba de ellas y de su última batalla. Ocultaron su risa ante la pasión de aquellos hombres al debatir sobre cuál sería el primero en conseguir que Táiwel vendiera a cualquiera de las dos para poder entregarla como esposa a su más preciado hijo.

—¡Qué fraude! —suspiró Vaéris a sus dos compañeras—. Tanto alarde y no son capaces de reconocernos.

—¿Para qué quieres ser reconocida? —preguntó Tivana con curiosidad.

—No es que quiera… Es que veo demasiada pasión e interés en unas esclavas que ni siquiera logran reconocer.

—Si tantas ganas tienes de ser reconocida, quítate la túnica, suéltate el pelo y ponte uno de los diminutos atuendos con los cuales nos hacían luchar y ya verás… —se burló Zokane.

Las chicas dejaron la concurrida posada con el orgullo en alto y la confianza a tope. Saber que sus nombres eran conocidos más allá de las arenas resultó estimulante, esa fama les traería más ventajas que problemas, estaban seguras.

De momento, querían llegar cuanto antes a casa y pensaron que hacerlo con las manos vacías sería descortés. El mapa que tenían y la magnífica orientación de Zokane con las estrellas les dio la confianza para adentrarse en los muchos bosques e ir reuniendo hierbas a su paso. De esa manera comenzarían a servir de algo a su padre, ayudarían con la recolección, le darían la felicidad que los dioses le negaron al no obtener ningún hijo varón y serían su apoyo en el proceso. Así, cuando sus padres fueran viejos, ellas podrían cuidarlos como ellos hicieron con ellas.

—Existe una especie de musgo muy valioso que crece en las épocas de lluvia sobre las rocas de los despeñaderos, rumbo al Este —les aseguró Zokane señalando el punto con su dedo—. ¡Si llevamos un poco a mamá Torna, nos ganaremos un rico pan relleno de chocolate!

—¿Y cómo sabes la ubicación del musgo? —preguntó Vaéris, extrañada.

—Lo leí —respondió sin darle mucha importancia a la mirada inquisitiva que le dedicó—. También leí que ese musgo es codiciado porque pocos son los valientes que se atreven a irrumpir en aquellos lugares plagados de gólems de piedra y madrigueras de trolls.

—¿Estás sugiriendo que vayamos solas a un lugar inhóspito, repleto de peligros? —preguntó Tivana sin poder creer lo que escuchaba.

—¿Por qué no? Los Gólems son criaturas lentas y poco tenaces a la hora de perseguir a sus víctimas, y los trolls son territoriales, jamás abandonan sus tierras tan fácilmente, siempre y

cuando salgamos de su territorio antes de que anochezca, todo estará bien. ¿Qué puede fallar?

—No deja de sorprenderme tu poco sentido del peligro, Zokane —afirmó Tivana palmeando su hombro con ímpetu, tomando su morral para comenzar el camino dentro del bosque—. Menos mal que Vaéris reconoce sus límites.

—¿Qué límites? —preguntó la pelirroja al tiempo que llegaba corriendo para darle un empujón hacia el frente con todo el peso de su cuerpo.

Para ellas, que habían soportado juntas situaciones de mucho dolor, cansancio y peligro durante tanto tiempo, la confianza ganada era oro. A ojos cerrados, pondrían sus vidas en manos de la otra sin hacer el menor intento por salvarse ellas mismas. Así de seguras estaban de que jamás, por ninguna circunstancia, se abandonarían.

Entrar al bosque supondría un nuevo salto de fe hacia su amistad. No era normal que las criaturas se acercaran a los caminos, incluso a los poblados, pero si cualquiera se atrevía a poner un pie sobre terreno hostil, era un riesgo que no cualquiera se atrevía a tomar. Sin embargo, ellas tenían confianza en sus habilidades y, a sabiendas de que la gran mayoría de criaturas atacaban a descuidados en soledad, creyeron que juntas podrían hacer maravillas.

Su exceso de confianza se debía a que compartían una habilidad en común: su sentido de la observación. Con eso, lograrían detectar cualquier anomalía en el ambiente, cualquier disturbio en la lejanía con el movimiento de las aves o el silencio de los insectos.

Siempre atentas, avanzaron por el bosque intentando no hablar mucho, susurrando la mayor parte del tiempo. Aun en la parada que hicieron para comer, guardaron silencio, sin imaginar que un enorme dragón negro surcaria los cielos sobre ellas.

Zokane sintió emoción al verlo. Nacía del corazón la certeza de que se trataba del mismo dragón que le marcó el camino cuando era niña, y la ilusión de poder escuchar su bramido, ese que lo acallaba todo, le aceleraba la respiración, y aunque no tuvo suerte de escucharlo, ella sabía que no necesitaba rugir con ímpetu para imponer silencio al mundo: su presencia bastaba para enmudecer el bosque. La gigantesca criatura surcó los cielos planeando al ras de las copas de los árboles, perdiéndose rápidamente entre la naturaleza, a su paso, el rumor que emitía resonó con fuerza dentro del pecho de Zokane. La felicidad terminó al ser reemplazada por una sensación de angustia al verlo partir. Por su parte, Vaéris y Tivana pusieron en duda lo que acababan de ver, todo fue tan rápido, que no tuvieron tiempo de sentirse amenazadas y les pareció algo irreal. El único lugar donde se hablaba de esas criaturas era en los mitos, y se sabía que estaban extintas.

La diferencia era abismal, mientras que Zokane se erguía orgullosa mostrando su emoción, como queriendo ser vista, sus hermanas se encogían como intentando hacerse invisibles. El movimiento unificado del cuerpo de Zokane siguiendo la trayectoria del dragón le dibujó una sonrisa llena de ensoñación.

—¿De qué sonríes? —le preguntó Vaéris—. ¡Pareces boba!

—Ese dragón… Ya lo había visto antes —habló pausadamente, mirando el cielo sin querer parpadear— en el bosque… ¿Te acuerdas?

—¿Sonríes por eso?

—Es que… estoy segura de que guiaba mi camino. Siempre que lo seguía encontraba algo bueno: agua, comida, refugio…

—¡Sigámoslo! —sugirió Tivana contagiada por la emocionalidad de Zokane—. ¿Qué puede pasar?

No lo pensaron, simplemente siguieron su trayectoria mientras el bosque iba recobrando su movimiento habitual. Después de un rato de caminar, cuando recién comenzaba el mediodía, se detuvieron. A lo lejos, un hombre encapuchado agitaba las manos para llamar su atención. Entre

señas les pedía que regresaran por donde habían venido, y al no hacer caso de sus advertencias, comenzó a pedirles que permanecieran quietas y agachadas.

—Lo admito —susurró Tivana—, estoy sorprendida… Encontramos «algo» —terminó bromeando.

Haciendo caso, siempre alertas para evitar cualquier emboscada, observaron al hombre moverse ágilmente hasta que llegó a su lado. Sin emitir sonido les pidió silencio cubriendo su propia boca con un dedo, mientras que, con la otra mano, señalaba hacia un punto en la lejanía, más allá de una pequeña loma. Sin dejar de apuntar hacia el lugar, se señaló el oído mirándolas fijamente. La actitud del hombre era extraña, y las tres chicas pusieron su atención hasta que lograron detectar el leve gruñido de una bestia, como si estuvieran pasando un buen rato de descanso.

Aun sin hablar, el hombre sonrió al darse cuenta que ellas habían detectado el sonido, y asintió para que supieran que esa era la advertencia. Acercándose más a ellas pudieron advertir que el joven aparentaba la misma edad que ellas. Una túnica vieja y mugrosa cubría su cuerpo, pero no sus brazos, que se mostraban musculosos y enfatizaba su ancha espalda. En definitiva, un guerrero experimentado, y se obligaron a mantener la guardia en alto.

Tivana y Vaéris eran las más precavidas, la presencia del tipo se imponía ante ellas y les resultaba incómoda aquella extraña sensación.En cambio, Zokane se sintió naturalmente bien a su lado, como si fuera un viejo amigo que no veía en largo tiempo, sentía alegría en el alma por haberse topado con él, una calidez interna que jamás había experimentado al verse atrapada en la serena mirada de sus peculiares ojos violeta. La sensación de haberlos visto antes incrementaba conforme más los miraba, y sabía, muy en el fondo, que a su lado estarían seguras.

El hombre parecía seguro de sí mismo y tranquilo respecto a la criatura en la lejanía. No fue ninguna sorpresa cuando propuso usar su refugio para prevenir cualquier incidente. Vaéris y Tivana tomaron del brazo a Zokane cuando ella aceptó la invitación, para ellas, ya sea por la bestia o por el hombre misterioso, todo parecía peligroso. Querían regresar por el camino, mientras que Zokane, simplemente quería ir con él.

El hombre se hizo a un lado y les permitió deliberar. Zokane le dedicó una mirada fugaz y pudo advertir su expresión serena al esperarlas. Parecía imperturbable, pero, cuando cruzó mirada con ella, pudo ver un aire de ilusión al esperarlas. Ella le regaló una sonrisa nerviosa, y después de un par de manoteos en la discusión silenciosa que mantenía con sus hermanas terminó hablando.

—Confíen en mí, por favor —susurró tomando sus manos—. Ese hombre me produce una muy buena sensación.

—¡Serás la única, porque a mi me eriza la piel, y estoy segura que a Tivana también!

Dando la vuelta en dirección al joven, Zokane tomó de la mano a Vaéris y caminó hacia él. Tenía un buen presentimiento respecto al extraño, sobre todo porque su presencia le fascinaba, sentía el ambiente cargado de una fuerza incontenible que le dejaba una sensación parecida a la que le recorría el cuerpo cuando entrenaba con su viejo maestro. Era una descarga eléctrica que la erizaba por completo.

Sin esperar a que se arrepintieran, el desconocido las llevó hasta su guarida: un refugio extremadamente austero en el lecho de una cavidad poco profunda cubierto con ramas y hierba seca. Con un ademán amable mostró la entrada muy al ras del suelo y las invitó a entrar. Sin pensarlo, Zokane se puso en cuclillas y se arrastró hasta el interior. El hombre levantó las cejas hacia las otras dos volviendo a señalar adentro, pero como no parecía que quisieran entrar, levantó los hombros y se metió dejándolas fuera.

—¿Soy yo o este hombre produce escalofríos? —susurró Vaéris lo más bajo que pudo.

—Sí, a mí también me pone la piel de gallina —le aseguró Tivana poniéndose en cuclillas, inclinando la cabeza para poder ver en el interior.

—Entonces descubramos sus planes.

Mientras las dos jóvenes se quedaban afuera discutiendo si debían o no confiar en el hombre, Zokane se sentó sobre el suelo, maravillada de lo confortable que resultaba el diminuto lugar. El espacio era adecuado para resguardar al menos cinco personas, tendrían espacio suficiente como para no tener que preocuparse por echar abajo las ramas que cubrían de las inclemencias, y la iluminación natural era suficiente para poder ver a perfección todo en el interior.

Se sorprendió de su ingenio al ver que el suelo estaba cubierto de pasto seco, lo que aminoraba en algo la penetrante frialdad de la tierra húmeda. Las pertenencias del joven ocupaban un diminuto espacio dentro de un abultado morral y, junto a él, una pequeña cazuela repleta de un líquido negruzco. Sonrió animosamente para ella misma, por supuesto que se trataba de un hechicero, su energía era enérgica, superior, como todo un hechicero, aunque, los hechiceros armados como guerreros no eran comunes.

Zokane se cruzó de piernas y acomodó las manos sobre su regazo, emocionada por el mimo con el que todo había sido dispuesto, tal vez debido a que la hacía recordar la aventura que fue vivir en el bosque durante tres meses, pero sin el sentido común de fabricar semejante guarida, porque incluso el aroma que despedía era perceptible a una distancia considerable, y estaba segura de que se trataba de un concentrado de hierbas repelentes.

Cuando el joven entró, permaneció de cuclillas observándola y ella le sostuvo la mirada buscando qué era eso que le llamaba la atención respecto a él. Tenía la urgencia que nacía desde el fondo de sus entrañas, de descubrir la razón por la cual se sentía tan bien a su lado, de saber si realmente ya lo conocía, como si hubieran pasado una vida juntos, como si este fuera un reencuentro.

Cuando Tivana empujó al joven, no tuvo más remedio que moverse para que las otras dos pudieran entrar, y es que, igual que Zokane, él estaba encantado con la presencia de ella, y no hacía nada por ocultarlo al no dejar de mirarla.

Una vez se acomodaron, tuvieron que esperar en silencio con la esperanza de que la bestia se marchara: para saberlo, hacía falta estar pendiente de sus bramidos, y mientras esperaban, compartieron los frutos secos que cada uno traía y descansaron, hasta que estuvieron seguros de que no había más peligro.

—Iré a comprobar si ya se fueron —susurró el joven y salió del escondite.

Zokane salió tras él, quería descubrir el tipo de criatura que los había mantenido enclaustrados. Por la rapidez con que el hombre salió, creyó que tendría que perseguirlo pero no contaba con que el joven estuviera esperando por ella, y solo entonces se sintió insignificante frente a él. Completamente erguido, ella le llegaba muy por debajo del hombro, y aunque la estatura de Zokane siempre fue menor que el promedio, las proporciones que él tenía, con su espalda ancha y su musculoso cuerpo, la hacía parecer diminuta. Intentó ignorar aquella sensación de pequeñez y se sacudió las manos en el pantalón sonriendo con nerviosismo; sumado a eso, se sentía fuertemente atraída por el hombre, y eso era algo nuevo para ella.

A Zokane le parecio asombroso que el cabello de ese hombre, negro como terciopelo, tuviera esa clase de brillo, como si toda la luz se arremolinara en él y, con esas cejas pobladas que hacian juego con su tupida barba casi al ras de piel, enfatizaba su sonrisa amable mientras la miraba con esos ojos naturalmente dulces de tonalidad violeta. En conjunto, destacaba gentileza con sus rasgos cincelados y su porte elegante, amenazador y distinguido. Imponente, cualidades

indispensables que esperarías ver únicamente en el soberano. Tal vez era ridículo, pero si acaso pudiera elegir a un nuevo soberano, seguramente sería alguien como él, si no es que directamente a él.

Se sintió como una tonta, sonrió para ella misma, y sacó el aire por la nariz, es lo único que podía hacer al darse cuenta de cómo ya lo idealizaba.. Sabía que después de ese día tal vez no lo volvería a ver, y se quedaría con la duda de saber qué era esa fuerza con que la llamaba sin pronunciar palabra. El joven correspondió la sonrisa pensando que le sonreía a él, y es que, aunque fuera difícil de creer, para él, aquella diminuta joven era la cosa más hermosa que había visto pisar el orbe, y no creyó posible poder verse atrapado de tal manera en la forma de su cuerpo y la luz de su mirada, en la finura de sus rasgos y la energía que emanaba.

VI

La tarde comenzaba a caer cuando llegaron al lugar donde la bestia había estado. Supieron que ese era el lugar por los restos destrozados de unos cervatillos. La maleza aplastada y repleta de sangre indicaba que aquella criatura era bastante grande y que probablemente fueran más de una.

—Debieron de ser ese par de mantícoras —les indicó el joven—. Esta mañana las vi sobrevolar el bosque… y llevaban crías.

—Eso significa que nos vamos —afirmó Zokane.

—¿Tan pronto?

—Sí. Si es toda una familia, lo que comieron aquí no les resultará suficiente. Seguramente andan buscando cómo completar la merienda y aún deben de estar cerca.

—¡Son mantícoras! —recalcó el joven con sonrisa divertida, haciendo énfasis en el nombre de la criatura—. Son perezosas y prefieren volar a caminar… ¿Sabéis lo rápido que podéis cruzar un bosque con solo cinco minutos de vuelo?

—¿Debo suponer que tu experiencia volando es magnífica para afirmar tal hecho? — preguntó Vaéris con toda la mala intención.

El joven la observó un instante afirmando levemente con la cabeza. Su afirmación se debía a que le agradaba la soltura de la joven al hablar y que no tuviera miedo de decir lo que pensaba. En estos tiempos, era un acto temerario que podría conducirte a la muerte.

—¿Alguna vez habéis volado?

—¿Qué clase de pregunta es esa? —preguntó Vaéris sintiéndose molesta.

—Una vez tuve la suerte de encontrar una cría de «corcel de fuego» —respondió el joven conteniendo la sonrisa—. Era pequeña, pero tuvo la fuerza suficiente como para levantarme y salir volando un poco. Solo fueron un par de saltos al intentar volar, no fue ni siquiera un vuelo oficial, pero logró llevarme por una distancia que a pie me habría tomado al menos diez minutos.

—¡Vamos, Vaéris! —le pidió Tivana al darse cuenta de que a su amiga realmente le molestaba la presencia del extraño—. Dejemos las descortesías para después.

Vaéris se sentía amenazada debido a las evidentes miradas que se prodigaban él y su pequeña hermana. Estaba preparada para superar cualquier obstáculo con ellas dos, pero jamás pensó lo duro que sería presenciar el cortejo de alguien hacia «su» Zokane. Tuvo que bajar un poco la guardia, pues ella misma sabía que estaba exagerando, e hizo lo posible por no ponerle mala cara cada vez que cruzaba la mirada con él.

—¿Se puede saber qué hacéis dentro del bosque? —preguntó el joven, queriendo cambiar el rumbo de la conversación.

—Buscamos la cantera occidental —respondió Zokane con igual propósito que él, disipar la tensión—. Somos recolectoras de hierbas y en esa cantera crece el musgo de Ja’llam.

—¿Hierbas? —exclamó el desconocido sin ocultar su asombro—. Pensé que seríais cazadoras.

—¡No! —respondió Tivana con risa nerviosa—. ¿Por qué pensaste eso?

—Pese a los abrigos, puedo notar su atlética y bien cuidada figura. Eso no es algo que se gane siendo recolectoras. Y los callos que tenéis en las manos, solo una empuñadura puede formarlos, —respondió observándolas de pies a cabeza—. Y, como su compañera asumió rápidamente

muchas cosas de las mantícoras…

—Tenemos disciplina en armas y sabemos pelear para los espectáculos en las arenas — confesó Tivana—. Ellas dos han ganado más victorias que nadie para su edad.

—¿Las peleas clandestinas? —exclamó admirado.

—¡Vamos, Tivana! —interrumpió Vaéris, imitando la forma como antes le había pedido guardar la compostura—. ¡Son demasiados detalles a un completo extraño!

—Mi nombre es Darcié —se presentó de inmediato con una sonrisa mordaz, mostrando diversión a Vaéris—. ¡Soy el Dios de la guerra! Y ahora que me conocen… podrían presentarse ustedes mismas…

—¿Acaba de decir que es un Dios? —preguntó Vaéris, sorprendida por tanta arrogancia.

—Sí. Lo acaba de decir —respondió Tivana con fastidio e incredulidad al tiempo que se frotaba los párpados con los dedos, intentando no reírse nerviosamente ante esa muestra de extrema fanfarronería.

Para Zokane, resultó la cosa más graciosa que había escuchado jamás, especialmente por el asombro de Tivana y la incredulidad de Vaéris con su inusual silencio. El hombre no era ningún Dios, por su forma de hablar, debía tratarse del hijo de alguna familia feudal o de algún cortesano perteneciente a la corte directa del emperador. Era imposible continuar reprimiéndose, su carcajada fue tan natural y ruidosa, que también fue imposible prever el caos. Darcié se lanzó sobre ella cubriendo su boca con su mano para ahogar la carcajada y, al instante, el bramido de las mantícoras hizo eco en cada poro de su piel. El instinto los llevó a ocultarse bajo las copas de los árboles. Inmóviles y en silencio, solo podían rogar que las bestias no pudieran verlos ni olfatearlos.

Darcié actuó tan rápido, que fue él mismo quien, mientras cubría la boca de Zokane, la condujo debajo de aquel árbol. Al principio, no se dio cuenta de que la tenía arrinconada, mucho menos que la abrazaba con fuerza sujetando su espalda con la palma de la mano, manteniéndola lo más cerca posible de su pecho. Él estaba concentrado en el peligro y sus ojos se movían de un lado a otro intentando descubrir el paradero de las mantícoras. Cuando estuvo seguro de que el peligro había disminuido, fue capaz de sentir la presión en su pecho a causa de las manos de Zokane al empujarlo con sutileza.

Movió la cabeza hacia abajo. Sorprendido de tenerla tan cerca y en aquella posición, tal vez se hubiera alejado; pero aprovechó el acoso de las bestias para disfrutar aquel momento. La vio, con el rostro ligeramente inclinado y la mirada fija en sus ojos. «¡Maldición!» susurro al contemplar aquellos ojos grises con las pupilas expandidas, como un felino enfocado en su presa. La inexperta Zokane estaba fascinada con aquel hombre y se ruborizó al sentir la lentitud con que Darcié le soltaba la boca acariciando de paso sus labios. La mano que la sostenía por la espalda se fue deslizando hasta llegar a la nuca, como si con ello pudiera asegurar que no se le escaparía.

—Di que me recuerdas —susurró Darcié.

—¿Recordarte? —respondió confundida—. Nos hemos conocido aquí y ahora.

—Cuánta razón tenía Aina —volvió a susurrar perdido en el momento—. La pureza e ingenuidad humana puede verse en la mirada.

Todo posible romanticismo que pudiera haber generado Zokane murió con ese comentario, y en su lugar, tuvo el creciente presentimiento de realmente conocerlo, junto con un ataque fugaz de celos al escucharle pronunciar ese nombre con tanta melancolía.

No quiso pensar más en ello, quiso, en su lugar, dejar de sentirse como la niña estúpida que cae en los brazos del primer hombre que conoce y continuar su camino. Aunque eso era un tanto inútil, porque ahora sabía que existían esos ojos y que existía ese hombre, que la miraba como

nadie jamás la había mirado.

—¡Guardan silencio! ¡O permaneceremos aquí el resto de la tarde! —los reprendió Vaéris cuando después de sortear los árboles pudo llegar con ellos, sintiendo de paso, los celos más profundos al ver a su hermana en aquella situación.

Con Vaéris a su lado, Darcié no tuvo más remedio que soltar a Zokane y moverse hasta recargar la espalda en el árbol. El silencio se extendió hasta que las bestias dejaron de sobrevolar el cielo y se perdieron en la lejanía.

Para su mala suerte, la noche estaba cerca y no tenían opciones; o se quedaban en la pequeña guarida de Darcié a dormir, o lo harían a la intemperie. Mostrándose como todo un caballero, Darcié durmió afuera, sobre las ramas de los gruesos árboles, y Vaéris durmió abrazada a Zokane, temerosa de que se le ocurriera una rápida escapada nocturna.

Sus precauciones no se debían a que fuera una puritana, cada una había tenido lo suyo en las barracas, pero sabía que no era lo mismo el encuentro con una mujer que con un hombre y, dada la evidente atracción que su hermana y el joven se tenían, el miedo de perder a Zokane tan rápidamente fue superior a cualquier otra cosa.

Por la mañana, Zokane despertó sintiéndose entusiasmada. Vaéris y Tivana dormían plácidamente, y ella no tenía muchas ganas de seguir ahí en soledad. Salió bostezando y estirando los brazos al aire, disfrutando de la briza mañanera junto con un buen tronido de huesos que le acomodó la espalda. La humedad del lugar resultaba acogedora, sobre todo por los primeros rayos del sol que intentaban atravesar las copas de los árboles. Echó un vistazo inicial y no encontró a Darcié, sin embargo, siguió el sonido de su voz cuando le preguntó si había dormido bien.

Lo vio asomado entre las ramas del grueso árbol. Desde ahí, Darcié le señaló hacia un punto en el bosque, indicando que encontraría una pequeña poza entre unas rocas donde podría asearse. Le hizo caso. Atendió a sus necesidades y se lavó el rostro. El lugar tenía una atmósfera embriagante, y se dio cuenta de que jamás había disfrutado un amanecer tanto como ese, pero no fue suficiente como para detener su pronto regreso a la guarida.

Desde lejos observó a Darcié de cuclillas frente a un intento de fogata, soplando a la madera húmeda para que ardiera sin mucho éxito. Ocultando su sonrisa, se inclinó a su lado para soplar juntos y ver si así lograban encender el fuego. Con algo de esfuerzo lo lograron, y Darcié no tardó en acomodar una cazuela con agua fresca, extendiendo las manos para calentarlas al fuego.

—Acercaos al fuego para que os calientes —la incitó.

—Estoy bien, gracias —replicó nerviosa—. Prefiero esperar a que el agua esté en su punto. ¿De casualidad tendrás alguna esencia para un poco de té?

—Tengo canela. ¿Os gusta?

—Me gusta. Nosotras tenemos un poco de pan.

—¡Pan con mantequilla! ¡Qué delicia!

—No tenemos mantequilla.

—Pero yo sí. Y es deliciosa.

—¡Fantástico! Parece que hacemos un buen equipo.

—Lo hacemos —afirmó, clavando su intensa mirada en la de ella.

—Dime —balbuceó en un intento por escapar de esos ojos—, ¿en verdad estás solo en este lugar?

—¿Tan difícil es creerlo?

—Eres cazador, ¿cierto?

—Solo si me va al paso.

—Si viajas solo y la cacería la ejerces si no tienes opciones… ¿Eres recolector de hierbas?

—Solo si las necesito.

—¡Bueno! —exclamó con cierta frustración—. Entonces, ¡eres comerciante que busca piezas entre los campamentos de paso!

—No soy muy fanático de tener objetos únicos y tampoco tengo los contactos como para revender piezas.

—Eres bueno evadiendo preguntas —replicó con una sonrisa burlona que no pudo ocultar su fastidio—. Pareciera que algo ocultas. ¿Eres un prófugo del imperio? Tal vez eres un cortesano exiliado y por eso estás vagando.

—¿Qué? ¡No! —exclamó conteniendo una carcajada al verle el gesto molesto—. ¡No os enfadeis!

—¿Por qué habría de enfadarme? —refunfuñó cruzando los brazos—. Perteneces a alguna familia feudal o eres parte de la corte imperial; no hay razón por la cual debas revelar quién eres y qué haces aquí si no lo deseas.

—Tal vez nadie os haya dicho que vuestra mirada no puede contener vuestras emociones —replicó, mirándola con fascinación.

—Iré a buscar el pan y a despertar a mis hermanas —dijo, señalando el agua que ya hervía y se puso en pie sin dar tiempo a nada.

Frotándose la comisura de la boca, Darcié trató de ocultar la sonrisa ante la felicidad que le había provocado Zokane. Su impulsiva actitud era algo que no esperaba y sin duda había disfrutado. Zokane entró al refugio y lo primero que vio fueron los ojos inquisidores de Vaéris. Le sostuvo la mirada un momento antes de ponerse en cuclillas para buscar el pan y algo más para desayunar.

—Es una lástima que sea un guapo misterioso incapaz de revelar sus asuntos. ¿No crees, Zokane?

—Si hubieras salido, en lugar de solo estar espiando, tal vez juntas hubiéramos descubierto algo de él. ¿No crees, Vaéris?

—Entonces salgamos —bostezó Tivana—. Y si no podemos saber nada de él, tampoco es que importe mucho.

Al poco rato ya estaban todos al calor de la fogata tomando el desayuno. La charla se concentraba en todo y en nada al mismo tiempo. El aire desconfiado que Vaéris y Tivana le tenían a Darcié se había aminorado. La realidad era que una vez que quedó en claro que el único peligro que el joven representaba era que robara el corazón de Zokane, había hecho que las dos muchachas bajaran la guardia.

Darcié había untado meticulosamente el pan con la mantequilla y lo había tostado ligeramente al fuego. Cuando estuvo caliente lo tomó entre las manos, soplándolo con urgencia. Sin ocultar que se estaba quemando, lo llevó hacia la boca de Zokane para que lo probara antes que ninguna otra y ella le dio un mordisco veloz, como si al hacerlo el pan se fuera a enfriar de inmediato. De solo probarlo, asintió con los ojos bien abiertos, haciendo ruiditos de satisfacción.

—Sí. ¡Es deliciosa! —afirmó con la boca llena.

—¡Os lo dije! —exclamó animado.

—Yo también daría mi opinión si acaso pudiera probarlo —refunfuñó Vaéris.

Sin importarle nada, Darcié acercó el pan para que Vaéris lo probara, ofreciéndole de la misma manera que hizo con Zokane. Pero como no aceptó, insistió hasta casi meter el pan en su boca. Como niña caprichosa se resistió un poco, pero terminó dando una mordida, concediendo que sí tenía buen sabor. Mientras ellos tres sonreían y jugaban un poco, Tivana los miraba con

curiosidad, poniendo especial interés en Darcié. Su sonrisa sincera y la tranquilidad que emanaba de sus ojos parecían como si solo fueran hechos para entregarlos a Zokane. Le pareció un buen partido para su pequeña salvadora, y se unió a las risas cuando exigió su parte del botín en forma de pan untado en mantequilla.

—¿Aún iréis a la cantera occidental? —preguntó Darcié.

—Hay que aprovechar que estamos cerca.

—Lo que Zokane quiso decir fue «¿te gustaría acompañarnos?» —añadió Tivana, mostrando una sonrisa cómplice.

—Ahora que lo habéis mencionado, no me vendría mal un poco de musgo.

—A nosotras tampoco nos vendría mal un poco de ayuda —aseguró Vaéris, dándose por vencida en su idea de una pronta despedida.

VII

Junto al inesperado aliado, les tomó toda la mañana alcanzar su objetivo. El frondoso paisaje, entreverado con árboles de gruesos troncos cubiertos de follaje, plagado de colosales monolitos de piedra cargados de maleza, dificultaba su avance, pero ni eso los desanimaba.

—¡Hemos llegado, valientes damas!

Justo ahí, donde el bosque se interrumpía por completo emitió su frase seguida de un movimiento exagerado de su brazo, señalando una altísima cantera de piedra labrada por el viento, lugar donde crecía el preciado musgo de Ja'llam, también hogar de los gólems. Lo habían hablado en el camino, se enfrentarían a criaturas sumamente territoriales, y tomarían ventaja de su defecto: su lentitud. Su plan era simple, mientras Tivana llenaba las bolsas de musgo, los otros mantendrían a los gólems distraídos. Un plan tan simple que parecía juego de niños. Con la sorpresa de su lado, sería fácil reunirlos y mantenerlos a todos juntos como si fueran un rebaño lento y torpe de ovejas entumidas.

Dejando sus morrales para tener libertad de movimiento, Zokane, Vaéris y Darcié se movieron hacia un lado, mientras Tivana se quedaba ocultaba entre los arbustos, atenta para entrar en acción en cuanto se lo dijeran. Debido a que los gólems permanecen la mayor parte del tiempo en reposo, suelen ser confundidos con las piedras de la cantera, y a simple vista, el lugar parecía desierto.

El corazón de las muchachas latía con fuerza, pero sabían que, si de verdad querían ser recolectoras, debían enfrentar ese tipo de peligros. Confiarían en Darcié para aprender sus trucos y se dejarían guiar para iniciarse en el mundillo al que pretendían adentrarse.

Una vez listos, se dejaron llevar por el instinto adentrándose en los terrenos del enemigo, golpeando el metal de sus espadas contra las piedras, produciendo un ruido estridente que hizo levantar a los gólems.

Los gigantes se movieron creando la ilusión de que el suelo se agitaba como si de arenas movedizas se tratara. Sus lamentos cavernosos y guturales resonaron en las paredes de la cantera. Lentamente, se fueron poniendo en pie guiados por el ruido y, a paso firme, comenzaron a acercarse a los invasores.

Al menos quince gigantes habían despertado intentando atrapar a los inoportunos aventureros. Al principio, las chicas tenían los nervios crispados, pero conforme fueron tomando confianza, sus movimientos se volvieron más intrépidos. Las flechas con guía de cuerda que ellas lograban ensartar en algún árbol servían para hacer tropezar a unos cuantos. Corrían de un lado a otro eludiendo los poderosos puñetazos y los intentos por ser pisados. Las dos usaron al máximo su instinto y habilidades maniobrando sin apenas dudar, pues sabían que cualquier error bastaría para convertir la aventura en tragedia, y aun así, desviaban la mirada de vez en cuando para observar a Darcié, que hacía que todo pareciera un juego de niños.

El silbido de Tivana anunciando que tenía las bolsas llenas no fue suficiente para alejar a los gólems, su persistencia era memorable. Pero llegó el momento de que Darcié hiciera su parte: de su bolsillo extrajo una piedra rúnica y, con un susurro, convocó a la fuerza que yacía dormida en ella dando vida a su propia sombra, que se separó de él. La sombra tomó su lugar y los gólems comenzaron a seguirle, momento que aprovecharon para escapar de allí.

Estaban eufóricas, no creyeron que sería tan fácil. Al reunirse todos, las tres chicas chocaron palmas y se abrazaron entusiasmadas riendo y bromeando. Cuando Darcié se acercó, lo único que tenía en mente era tomar el costal lleno de musgo y cerciorarse que era de buena calidad, pero fue tomado por sorpresa cuando Zokane saltó a sus brazos. A pesar de ser algo audaz e inesperado, la tomó de la cintura, la levantó y le dio una vuelta. Su menudo cuerpo se sentía aún más pequeño entre sus manos, y su sonrisa era tan natural y llena de tanta pureza, que le contagió toda su euforia. Cuando la vuelta terminó y pudieron conectar sus miradas, se hizo evidente el nerviosismo en ella, con el rostro sonrojado. Sujetándose a Darcié por los hombros, lo empujó levemente hasta que este reaccionó y la volvió a bajar.

Antes de que el momento se volviera aún más incómodo, Darcié tomó el costal que había dejado caer al suelo, se puso en cuclillas, y se llevó un poco de musgo a la nariz para olfatearlo, ignorando el repentino silencio que se apoderó de las chicas. No se necesitaba ser ningún genio para darse cuenta de que se debía a ese inesperado acto entre él y Zokane, y fue ese empeño por pretender que nada había ocurrido, que lo hizo voltear al cielo y darse cuenta del atardecer, sorprendiendose de lo rápido que pasaba el tiempo a lado de ella.

—Debemos apresurarnos —habló con urgencia—, si nos alcanza la noche, este lugar no es seguro.

Asintieron sin preguntar nada, tanto a Vaéris como a Tivana les pareció una buena forma de ignorar el espectáculo que habían dado. Pronto recordaron la verdadera razón: estaban en territorio de trolls, criatura nocturna y, de toparse con ellos, no tendrían ningún tipo de oportunidad.

Aunque mantuvieron un paso constante, casi a trote, la noche los atrapó. Ahora, todo era cuestión de tiempo para toparse con alguno de ellos, y dado que los trolls son criaturas con cierta inteligencia, capaces de emboscar y cazar con facilidad, nunca lo hacen solos, la ansiedad comenzó a actuar. En su intento por salir del terreno hostil, notaron que el silencio se propagaba. Antes de lo esperado escucharon en la lejanía el gruñido gutural de los trolls y disminuyeron el paso para no hacer tanto ruido, no obstante, se vieron cara a cara con un grupo de cuatro.

Las bestias olfatearon el aire antes que nada y gruñeron hacia ellos, momento en el que Darcié las alentó a correr, dando inicio a una tenaz persecución. Tal vez fuera el rugido de las bestias, o la agitación del entorno con la huida, pero otro grupo de trolls se unió a la cacería humana, y las chicas junto con Darcié, tuvieron que tomar sus armas por si las necesitaban, pero no interrumpieron su carrera, ni siquiera por las ramas de los arbustos chocando con ellos.

El grupo de trolls se movía en coordinación dirigiéndolos a un lugar sin salida, y en algún momento, su única opción fue comenzar a enfrentarlos. Barriendo el suelo, Zokane se deslizó entre las piernas de uno y con el filo de su espada desgarró sus músculos mientras continuaba con su carrera; al mismo tiempo, Vaéris pasaba por su costado abriendo de un corte su barriga; unos pasos detrás, Tivana asestaría una daga justo en el ojo, y Darcié, daría el golpe final rebanando la cabeza con una facilidad envidiable.

Ellos sabían que la persecución no terminaría, a menos que cualquiera de los dos bandos estuviera muerto, y sus posibilidades se limitaban a casi ninguna. Los trolls eran tenaces, y a pesar de su poca inteligencia, comenzaron a lanzar piedras y ramas que ellos apenas lograban esquivar con ayuda de los árboles y arbustos que usaban como escudos. El problema comenzó cuando alcanzaron campo abierto, las piedras comenzaron a golpearles el cuerpo y les llegó el momento de pelear.

Cubriéndose las espaldas, con espada en mano, comenzaron a embestir a todo lo que se acercaba. Darcié fue quien más dominio sobre la situación mostró, la fuerza con que contenía los

golpes de los trolls o en cómo les rebanaba cualquier parte del cuerpo hacía parecer que no se estaba enfrentando a una criatura con piel reforzada y que, al contrario, fueran débiles gusanos para él. En cambio, las chicas tuvieron que unir más fuerzas que nunca. Tivana con su arco lograba clavar sus flechas en cuello o rostro, siempre buscando hacer el mayor daño posible, momento que, al rugido agudo de dolor, llegaban Zokane y Vaéris, y entre las dos los terminaban.

Toda su agilidad y toda la maña tuvieron que usarla en esos momentos, en especial cuando los trolls lograban derribarlas, haciéndolas sacar cada gramo de fuerza en la lucha para no ser alcanzadas por sus mandíbulas o garras.

Con todo el alboroto las criaturas no hacían más que acumularse, y la fuerza comenzó a flaquear, momento en que una bestia derribó a Vaéris; sujetándola del pie salió corriendo con ella a cuestas, y ni todas las flechas detuvieron a la bestia, hasta que, unas zancadas más adelante, uno de los trolls le salió al paso y se dio una lucha breve entre ellos para tener a la pelirroja. Expuesta a mordidas y garras, Vaéris fue gravemente herida. La desesperación se apoderó de Zokane, no había forma de ayudar a su hermana, y en un impulso, gritó a Darcié pidiéndole, en una especie de súplica, que hiciera algo. A pesar de que el joven lo tenía bastante difícil, negarse a Zokane, ignorar sus mandatos, le resultaba tremendamente imposible. La situación era precaria, y apretando los puños sobre el pomo de su espada, gruñó para sí mismo en una especie de autorregaño.

El agarre de sus pies en el suelo se afianzó, cerró los ojos, un susurro se escapó de su boca, un sonido ancestral emitiendo un conjuro y, sin ningún esfuerzo, las manos de Darcié se cubrieron en un fuego antiguo de tonalidades blanquecinas. Extendiendo sus brazos hacia el cielo, liberó como en un rayo toda esa energía, formando una bola incandescente que iluminó los alrededores como si fuese de día.

La intensidad de la luz, como un sol, petrificó a los trolls al instante, y manteniendo la potencia de su conjuro, sostuvo la esfera luminosa en el cielo el tiempo suficiente, hasta que estuvo seguro de que ya no había peligro. Entonces, dirigió sus manos hacia el suelo, y toda esa masa de energía fue tragada por la tierra como si se tratase de fuego líquido.

Al momento de que la llamarada fue invocada, las aves del bosque salieron a vuelo en un aleteo ensordecedor, y cuando el conjuro fue disuelto, todo a su alrededor enmudeció. Darcié se derrumbó de rodillas, agitado, queriendo recuperar el aire apretó los ojos en una muestra de fatiga y dolor. En su vida, ninguna de ellas había sido testigo de semejante muestra de poder. Tivana se quedó congelada, con los ojos abiertos de par en par observando a Darcié, las piernas le temblaron y no pudo sostenerse mucho más tiempo dejándose caer de rodillas frente a él, no podía dejar de mirarle, en su cuerpo, el miedo la superaba, y luchó con todas sus fuerzas para no perder su voluntad en una sensación apabullante de salir corriendo.

Zokane lo observó admirada. Jamás, en ninguna situación, en ningún momento, ni con su maestro, ni con los hechiceros que la persiguieron, ni siquiera en presencia del emperador, había visto y sentido esa demostración de poder. También le temblaron las piernas, la piel la tenía erizada, pero su sentido común fue mucho más fuerte, corrió hacia Vaéris, y sin saber cómo, le quitó de encima las rocas que antes fueran trolls.

Hizo todo lo posible por mantener la calma, pero Vaéris estaba completamente conmocionada, su cuerpo, lleno de heridas, temblaba sin control y la voz apenas le salía.

—E-estoy acabada —le aseguró Vaéris al verla mientras el cuerpo se le estremecía con violencia.

—¡Cállate! —respondió Zokane alterada.

—Juralo, irás con nuestros papás y te quedarás ahí —le pidió Vaéris como un acto de última voluntad.

—¡No vas a morir! —le aseguró Zokane mientras se quitaba abrigo y camisa para rasgarla a tirones.

—¡No lo voy a lograr! —afirmó temblorosa en un intento por controlarse.

—¡Qué te calles! —le ordenó, preparándose para limpiarle las heridas.

Llamó a Tivana para que la ayudara, era difícil para ella sola intentar contener las múltiples hemorragias, pero la morena estaba tan temblorosa que apenas sí podía moverse. Fue momento en que Darcié, aún sin aliento, usó su voz más severa, una casi atronadora que pedía compostura, y solo entonces, como si una orden inquebrantable le hubiera sido dada, Tivana pudo ponerse en pie y, a trompicones, acercarse a las dos jóvenes.

Peinándose el cabello con ambas manos contuvo la respiración al ver a Vaéris consciente pero bañada en sangre, la coraza que le cubría los brazos y sus gruesas botas estaban despedazadas. En la piel de la joven, el veneno de las criaturas era visible en marcas negras que se extendían por las venas de las heridas, y no pudo hacer otra cosa más que arrodillarse junto a ella y sujetarle la cabeza cuando una convulsión sacudió a Vaéris.

Aunque Zokane estaba logrando contener las hemorragias, no era suficiente como para contener el veneno, y cuando Darcié se acercó, sintió tristeza de verlas. Era fácil adivinar cuál sería el final de la pelirroja, y viendo cómo Zokane se aferraba a la esperanza de salvarle la vida, sintió una sensación que le agitó el corazón de una manera inexplicable. Sus miradas se encontraron por un instante, y Darcié no creyó que volvería a ver una mirada tan asustada o a sentir esa súplica silenciosa buscando cualquier clase de ayuda.

Ella volvió a poner su atención en Vaéris, para ese momento ya se encontraba inconsciente, y Darcié permaneció inmovil al verla esforzarse mientras la escuchaba susurrar pidiendo piedad, suplicando que esta vez la escucharan. Darcié supo que la súplica iba dirigida a los dioses, a cualquiera de ellos y, por lo menos él, estaba dispuesto a ayudarla.

Se apresuró a buscar sus morrales, los cuales había soltado en algún momento. No le tomó mucho tiempo regresar donde ellas estaban, y una vez a su lado, rebuscó entre las múltiples bolistas que cargaba consigo, olfateando con cuidado, hasta que encontró la indicada y se la ofreció a Zokane.

—¿Qué es esto? —pregunto Zokane.

—Los dioses os han escuchado —exclamó con una sonrisa franca al recordar la devoción con que la joven había suplicado ayuda a los dioses—. Es un ungüento que neutraliza el veneno. Primero debéis limpiar la herida para aplicarlo.

Asintió apresurandose a aplicar la mezcla de Darcié, pero ella sabía que no sería suficiente, las heridas eran demasiado profundas, una de ellas había alcanzado el hueso y por el silbido que Vaéris tenía al respirar, sabía que había algo mal dentro de ella.

—Necesitamos llegar a terreno seguro —le comentó a Darcié—. Necesito un lugar donde no sea interrumpida para terminar de sanarla.

—Confiad en mí, estamos en lugar seguro —le dijo, intentando hacerla sentir tranquila—. El conjuro que lancé afectará los alrededores el resto de la noche, los trolls cercanos murieron, y los que hayan merodeado, no se acercarán.

—Por favor, cuida de nosotras mientras estoy en trance —le pidió Zokane, y Darcié asintió, dándole toda la tranquilidad que ella necesitaba.

La primera y única vez que había hecho la sanación había sido en casa del viejo Owen, pero no titubeó ni un poco al ver a su hermana pendiendo de un hilo entre la vida y la muerte. Había

memorizado el conjuro y todo el tiempo que ayudó al ciego sanador al servicio de Táiwel le dio mucha más confianza de la que pensaba. Arrodillada frente a ella y como si hubiera sido ayer, recordó cada una de las indicaciones para la sanación. Extendiendo sus manos sobre la herida de mayor riesgo, se concentró en ella, y permitió que la magia ocurriera mientras se perdía en el trance de la sanación.

Darcié sonrió con ternura al observarla. Desde el primer momento en que la vio supo de todo lo que ella era capaz, y ahora que mostraba toda esa potencia en el brillo blanquecino de su mirada y manos, lo confirmaba. Algo era cierto, la vibración que emitía y que transmitía a la herida era algo que jamás había visto en un hechicero. Incrementó su sonrisa cuando notó la forma en que Tivana lo observaba a él; dedicándole un momento, le sostuvo la mirada, como concediéndole un momento para escudriñar en él, para saciar su curiosidad, pero después volvió a fijar sus ojos en Zokane.

—Es magnífica. Lo sabéis, ¿no?

—Lo es.

—Tenéis mucha suerte de haberla encontrado y tenerla en vuestras vidas.

—Al parecer, corriste la misma suerte.

—No. Lo mío es una desgracia, porque, para seros franco… me vuelve loco habérmela topado.

El silencio reinó entre ellos. Tivana no sentía la confianza de preguntar absolutamente nada, aún tenía los nervios crispados después del hechizo que lanzara el joven; se sentía tan intimidada, que no quiso entablar ninguna clase de conversación, prefirió hacer compañía a Darcié cuando notó que el joven parecía hechizado, sin dejar de observar la mirada de Zokane.

VIII

Después de más de ocho horas, cuando las heridas habían sanado por completo y Zokane ya había regresado del trance, pudieron volver a la guarida de Darcié, y solo gracias a él, que cargó en su espalda a la pelirroja todo el camino de regreso. La espera fue larga, y Vaéris luchó un día completo con la fiebre causada por los efectos secundarios del veneno. Sin duda el mejor momento fue cuando despertó. Se la veía muy débil y se mareaba con facilidad; por fortuna, Zokane había aprendido a preparar un remedio efectivo para cuando se perdía mucha sangre. A pesar de tratarse de un brebaje que haría vomitar a cualquiera, ellas estaban habituadas a beberla debido al entrenamiento y a las batallas que tuvieron en las arenas.

—¡Fuiste muy valiente! —le charlaba Tivana con animosidad.

—Fui una bebé llorona —replicó Vaéris, sintiendo vergüenza por su actuación.

—¡Un bebé llorón muy valiente!

—Deja de dar largas y comienza a tragar eso —le pidió Zokane al darse cuenta de que miraba el pocillo con cara de asco.

—¿Estamos solas? —preguntó, refiriéndose al paradero de Darcié.

—Fue en busca de unas hierbas que necesitamos para tu brebaje; también dijo que revisaría los alrededores para cerciorarse de que las trampas para disuadir bestias estuvieran funcionando.

—Mamá te enseñó a preparar brebajes. Lo recuerdo. También aprendiste mucho con el curandero al servicio de Táiwel…

—Sí, aprendí muchos trucos de ellos dos —interrumpió sabiamente, intuyendo hacia dónde iría su charla.

—Mamá no es sanadora… ¿Aprendiste eso del viejo?

—Si te terminas el brebaje de un solo trago, te cuento todo —le dijo con una sonrisa triunfante, pues sabía que no sería capaz de hacerlo.

El reto en la mirada de quien consideraba su hermana provocó rabia y avivó la fuerza en el orgullo de Vaéris. Sin importarle que le hubiera salvado la vida, se sentía traicionada de no conocer esa parte tan personal e importante en «su» Zokane, y con fuego en los ojos, mientras la observaba, se bebió todo de un trago haciendo una ligera mueca involuntaria que mostraba todo su asco.

Tivana y Zokane abrieron los ojos con admiración, tomando el trapo más cercano se prepararon para ayudarla en caso de que vomitara lo bebido, pero Vaéris no hizo más que fruncir el ceño y tragar saliva cuando un impulso por regurgitar se hizo presente. Ella aguantó sin apartar la mirada de quien se atrevió a retarla, y de paso, romperle el corazón. Pensaba que sabía todo de ella, siempre creyó que la confianza que se tenían era total. Ese tipo de cosas, sobre todo algo tan importante como el hecho de poseer un don ¿por qué no se lo había dicho? ¿Es que ella no era importante para Zokane como para confiarle todos sus secretos?

—¿Qué estás esperando para decirme todo? —preguntó Vaéris cuando por fin pudo hablar—. ¿Cuántas veces tengo que estar al borde de la muerte para que me confíes algo? Se supone que sabía todo de ti. Y ahora me llevo la sorpresa de que no. ¿Por qué te ocultabas en el bosque cuando te encontramos?

—¿Por qué ha de importarte mi pasado si estoy contigo en tu presente? Te seguí sin

importarme nada y arriesgué la vida a tu lado. Somos hermanas. ¿No te basta? Todos merecemos tener secretos.

—¿Para qué quiero una hermana que no confía en mí con esa clase de secretos?

—¡Por todos los dioses, Vaéris! —exclamó enfadada—. ¿Te confío la vida y te preocupas por una trivialidad?

—¡Espera! —interrumpió Tivana, rascándose la cabeza—. ¡Las dos me confunden! ¿De qué hablan? ¡Comparten los mismos padres y ahora resulta que desconocen parte de la vida de la otra!

—Zokane es mi hermana de la misma manera que tú —le reveló Vaéris sin tapujos ni rodeos —. Mi padre y yo la encontramos viviendo en un bosque cuando aún era una niña. Desde entonces ha vivido como parte de mi familia. ¿Entiendes, Tivana? Saber que tiene dones que muchos desearían son el tipo de cosas que se confían cuando llevas tantas edades con alguien a quien te has atrevido a llamar hermana.

—¿Quieres la verdad? —exclamó casi en un grito, apretando los puños sobre su regazo—. Mis padres estaban condenados por crímenes contra el imperio. Con su muerte, quedé al cuidado de un viejo amigo quien me inició en la hechicería. Si estuve viviendo en un bosque fue porque me negué a seguir el destino que los otros trazaban para mí, de la misma forma que tú te negaste a seguir los deseos de tu madre cuando quiso arreglar un buen matrimonio para ti.

Zokane no sintió ningún tipo de remordimiento por contar verdades a medias: había decidido que Meila Bluthiem moriría y la había enterrado bastante bien. Vaéris aceptó sus palabras como una verdad incuestionable. De alguna manera pudo entender el por qué Zokane se había mantenido reservada respecto al pasado. Cualquier persecución efectuada por el imperio era algo de lo que nadie hablaría, y si lo pensaba un poco, era algo buenísimo que Zokane tuviera el don de la sanación; eso hacía más fácil los planes que juntas habían trazado para un futuro, y ahora, con Tivana a su lado y su excepcional puntería, todo parecía más simple que nunca.

Vaéris se quedó dormida al poco rato, aun necesitaba reponer fuerzas y la dejaron descansar tranquila hasta que volvió Darcié.

—No he tenido tiempo de agradecerte —le dijo Zokane en cuanto lo vio—. De no haber usado ese conjuro, todos hubiéramos muerto.

—No tenéis nada que agradecer, es lo que los compañeros hacen, cuidarse las espaldas.

—También es agradable descubrir que eres un hechicero muy hábil.

—¿No lo dije? —preguntó con risa traviesa, recordando como se había enfadado al no descubrir su profesión o procedencia.

—¡No dices nada de ti nunca! —le reprochó en una pataleta juguetona.

—Os diré lo que queráis, pero antes debemos movernos, la temporada de lluvia aún no termina y se aproxima una tormenta. Este lugar no nos mantendrá secos por mucho tiempo.

Como Vaéris apenas tenía fuerzas para mantenerse en pie, Darcié tuvo que cargarla nuevamente en su espalda, hasta que, después de un par de horas, llegaron a las faldas de un cerro en su mayoría hecho de piedra sólida. El viento había tallado la piedra dejando innumerables surcos entre sus escarpadas pendientes, algunos pequeños, pero otros, con la profundidad suficiente como para que ellos pudieran refugiarse de la lluvia.

Cuando lograron situarse, y debido al esfuerzo que hizo Vaéris por mantenerse en la espalda de Darcié, la pelirroja se quedó dormida casi de inmediato. Dejarla dormir era lo mejor para que se recuperara cuanto antes y, mientras tanto, ellos levantaron el campamento. Con la madera que fueron recolectando en el camino, aseguraron el fuego para al menos un día, y con todas las ramas caídas de los alrededores armaron una pared falsa que los cubriría un poco del viento.

La compañía de Darcié y todo lo que hacía por ellas era mucho más de lo que habían podido esperar. Zokane no necesitaba razones extras para confiar en él, seguramente Tivana y Vaéris tampoco las necesitarian después de todo lo ocurrido y eso le daba un punto extra de felicidad a Zokane.

Después de comer, llamó su atención que Darcié se perdido en las páginas de un libro. Curiosa, se acercó de a poco queriendo probar suerte y ver si podía descubrir algo más de su gallardo salvador.

—Jamás pensé que fueras alguien a quien le gustara la lectura.

—¿Os estáis burlando, Zokane?

—¡Eso nunca! ¿Qué libro estás leyendo? —preguntó, poniéndose en cuclillas para echar un rápido vistazo, si es que se lo permitía.

—Es un libro que encontré por casualidad.

—¿Se puede saber de qué habla?

—De los vestigios de los dioses.

—¿Los vestigios? Jamás había escuchado algo parecido.

—Sí que lo habéis hecho. Las leyendas y los mitos hablan de ellos. De su paso por la tierra, de los dones que entregaron, de las maldiciones que dejaron, de los regalos que escondieron. Seguro que habéis escuchado hablar del pantano del lamento, o del bosque perdido; sería una locura que no hubieses escuchado hablar del paso del silencio, todos ellos comparten el mismo aspecto: fueron creados por los dioses. Y este libro tiene una compilación bastante amplia.

Se sintió avergonzada de no saber sobre el tema, trató de ocultarlo mirando hacia otro lado; observó a Tivana, que avivaba el fuego, y no pudo concentrarse en nada más. Su entorno parecía desvanecerse al sentir la mirada del joven sobre ella. Sensaciones nunca sentidas la invadían, como el nerviosismo que la obligó a morderse el labio para no escapar como si fuese una niña tonta.

—¿Zokane? —le habló casi en un susurro—. Mírame.

Se sintió intimidada, dejó que su mirada se moviera de un lado a otro antes de poder centrarse en los ojos de Darcié y al hacerlo, ahí estaba, la magia de ese tono violeta que deslumbraba, sus pupilas se expandían al verla, simulando un espejo donde podía verse reflejada, y la sonrisa sensual que le regaló, junto al silencio entre ellos, terminó por acelerar el corazón de Zokane alborotando sus entrañas en un repentino aleteo.

Darcié intuía lo que pasaba. La observó queriendo guardar en su memoria cada cosa en ella, y confirmó sus sospechas cuando se dio cuenta de que sus mejillas no eran lo único que enrojecía cuando algo la avergonzaba, también sus orejas lo hacían.

Sonrió con añoranza, la energía de esa jovencita era peculiar, y no pudo evitar recordar a aquella mujer que hace tanto se metió en su corazón. Pero, había un mundo de diferencia, Zokane era mucho más de lo que él hubiera esperado, tanto, que se cuestionó severamente todo cuanto venía haciendo. Tenía bastante claro que la vida era corta, y sintió que tal vez, solo tal vez, si tomaba un poco para sí mismo no se notaría. Estaba seguro, para darle un giro al destino se necesitaría mucho más que un sentimiento. Rápidamente asentó sus pensamientos, no debía perder el rumbo, aunque sintiera el corazón adormecido de una manera que jamás había experimentado.

—En verdad debe ser muy interesante conocer los vestigios de los dioses —atinó a decir la joven.

—Lo es. La perspectiva de cada relato me resulta interesante.

—¿Qué perspectiva?

—La humana, por supuesto.

—¿Y cuál otra existe como para que te resulte interesante?

—La de los dioses, ¿de quién más si no de ellos?

Frunciendo el ceño lo miró con extrañeza, no obstante, correspondió la sonrisa que Darcié le dedicó. Palmeando el suelo a un costado, Darcié la invitó a acompañarlo, y ella no quiso dejar pasar esa oportunidad para conocer el contenido del libro. Una vista rápida y se dio cuenta que estaba escrito en lengua antigua y, con solo leer la primera línea, supo que desconocía muchas de las palabras.

—¿Sabéis leer en una lengua antigua? —le preguntó Darcié al notar que ella movía los labios como queriendo leer en voz alta.

—No mucho, no creo poder leer este libro, está lleno de palabras que desconozco.

—¿No os adiestraron bien? —le preguntó sintiendo curiosidad—. Todo hechicero debe conocer el lenguaje antiguo. Es la lengua de los dioses y es la única forma en que puede invocarse la magia.

—No soy hechicera.

—Vuestra energía dice lo contrario.

—No deberías hacer caso a lo que dice la energía.

—Tal vez deberías tener un poco más de confianza en vos misma.

—Sí comenzaron a adiestrarme, por eso sé leer un poco, pero lo abandoné bastante joven…

—Lee para mí —la invitó con su mejor sonrisa—. Yo os ayudo con las palabras que no conozcáis.

Asintió con entusiasmo, arrimándose más a él, sus brazos se rozaban de tanta cercanía, pero ella solo veía el libro que tenía el joven en su regazo. El tiempo pasó para Zokane como agua entre las manos. Tivana se acercaba de vez en cuando, sintiendo curiosidad del interés de ambos por leer el libro, escuchaba la charla entre ellos, disfrutaba de sus risas mientras él le compartía sus conocimientos, y muy de vez en cuando, los interrumpía para pedir detalles de las leyendas que iba descubriendo. Maravillada por todo, tenía que hacer un esfuerzo extra para no interrumpirlos, pues tardaban más en traducirle la historia que en leerla en lengua antigua.

De lejos también los observaba, jamás había visto a Zokane lucir tan feliz, el brillo que tenía en la mirada era algo que no le conocía, y esa sonrisa que no la abandonaba estaba llena de ilusión. Se quedó al lado de Vaéris hasta que despertó, la ayudó a sentarse y cuando escuchó su queja respecto a que Darcié estaba en soledad con su hermana supo que ya estaba mucho mejor.

—Hay momentos —sonrió levantando las cejas y los hombros— en que creo que Zokane está fingiendo todo su interés en mantenerse leyendo solo para estar al lado de Darcié.

—¡No, no es fingido! Créeme. Cuando llegó a casa de mis padres, usaba todo su tiempo libre para leer los libros que mamá guardaba. Lo peor no era eso, lo peor era que los libros no le duraban nada, y hasta llegó a leer el mismo dos o tres veces sin aburrirse de ninguno de ellos.

—¿Qué opinas de Darcié? —cambió el tema y miró a la pareja, que no había notado que Vaéris ya estaba despierta.

—¿Qué más puedo pensar? Le debo mucho, no nos ha pedido nada y se mantiene a nuestro lado a pesar de que somos una carga. Tal vez, y solo tal vez —recalcó con un puchero juguetón — lo juzgué mal.

En definitiva, para Tivana sí era alguien de confiar, una vida de esclavitud le había dado el instinto para detectar las intenciones ocultas, y en Darcié no había nada que le causara preocupación. Y mientras ellas dos se ponían al día, Zokane iba descubriendo poco a poco algo nuevo y diferente de Darcié, como su paciencia y su carácter suave junto con su buen sentido del

humor. Y entre todo eso, descubrió que no había nada que no le gustara de él, hasta sus manos de dedos anchos y largos. Las cicatrices y los callos eran consecuencia de la espada, no algo que un hechicero tendría. Había puesto tanta atención a esas manos, que se paralizó cuando Darcié entrelazó sus dedos con los suyos en un movimiento lento y despreocupado.

—Incluso vuestras manos son pequeñas —susurró para ella, extasiado por el juego entre sus dedos—. ¿Cuánto medís? ¿Cinco pies?

—Cinco con dos —replicó con el orgullo herido.

—¿Se puede saber que estabais haciendo mientras todos los demás crecían?

—¡Oye! —exclamó sorprendida, sintiendo su corazón agitarse mientras sus mejillas se encendían—. Eso ha sido un golpe muy bajo.

—Es que no entiendo cómo podeís ser tan pequeña y feroz al mismo tiempo —le dijo encantado con ella.

—¿Se supone que es un cumplido? —preguntó mientras fruncía las cejas, pero sonriendo a su falta de tacto.

—¿Queréis un cumplido?

—Eso no fue lo que dije.

—Sois preciosa.

—¡Basta, Darcié!

—Lo sois.

—Háblame de los dioses —le pidió, sintiendo la cara caliente y los nervios a tope.

—¡Bien! —suspiró antes de comenzar su relato sin dejar el jugueteo entre sus manos—. Conozco un par de historias, podría contaros algunas, tal vez os interese saber cómo inició la dinastía.

—¿Tiene que ver con los dioses?

—La dinastía fue implantada por los mismos dioses, hay textos que hablan de lo que ocurría antes del castigo, cuando la humanidad se regía a sí misma por imperios nombrados reinos, y eran reyes y reinas en lugar de emperadores y emperatrices.

—Me parece que sí leí algo sobre los reyes de antaño.

—Seguramente habéis leído acerca del último reino que se mantuvo en pie, el cual se encontraba en lo que ahora se conoce como la región feudal del Este.

—¿Y qué tiene que ver todo eso con la primera dinastía?

—No mucho, solo quería contaroslo. —Sonrió para ella—. ¿Conocéis cómo funcionan las hormigas, que tienen una hembra que controla todo el hormiguero? Eso fue lo que hicieron los dioses, crearon al primer emperador con la peculiaridad de controlarlos a todos; paulatinamente los reinos se unificaron y el imperio proliferó. La corte y las sacerdotisas obedecen al emperador porque no tienen más remedio, y siempre, uno de todos los descendientes del emperador, nace con la cualidad de poder regir sobre toda la humanidad.

—Eso explica mucho. Pero no tengo interés por aprender de la dinastía —le confesó sin rodeos.

—Si es así, también puedo hablaros de los vestigios de una diosa nombrada Práme. Divina por excelencia, hasta su diminuta estatura la hacían lucir indefensa, pero al ser la diosa del caos, era feroz como ninguna otra, y claro, como el universo entero es equilibrio, las fuerzas supremas redujeron su cuerpo hasta convertirlo en polvo y ella se volvió pura esencia. Su carácter cruel despertó con furia. Con su cuerpo, diminuto como era, coexistía sin mayores preocupaciones, pero sin él, no tuvo más remedio que ejercer el papel para el cual había nacido. Su naturaleza la hizo iracunda y vengativa, y se negó a coexistir con los dioses asociados a ella. Desde entonces,

la diosa se niega a cumplir con el equilibrio que debe proveer junto con los dioses asociados a ella. Por eso, desde hace mucho, el caos jamás inmiscuye ni al amor ni a la justicia.

—¿A qué te refieres con los dioses asociados a ella?

—Escuchad con atención —le habló con el mismo tono enérgico con el que le hablaba su maestro Owen—. En un todo bien equilibrado, se requiere de un vínculo peculiar, los dioses no son la excepción, de hecho, son la base de todo. Es difícil de explicar pero, entre ellos, hay una especie de trinidad creada por la conexión tan fuerte que tienen. Ningún dios desaparece, pero también están siempre unidos.

—¿Una trinidad? ¿Te refieres a lo que ocurre con la diosa de la fertilidad, que, para convocarla a ella se debe rezar a tres dioses distintos?

—Exactamente. Los tres dioses obtienen un propósito: la fertilidad…

—Eso parece muy bonito, algo digno de dioses.

—El propio humano también goza de una trinidad: el alma, el espíritu y la esencia. Cada uno por sí mismo jamás desaparece, pero juntos os crean justo como sois en este momento. Por eso es importante que el caos tenga un balance, de lo contrario, solo traerá consigo muerte y destrucción.

—¿Se trata de una diosa malvada? —preguntó incrédula.

—Los dioses no conocen el bien o el mal, son lo que son y deben ejercer su propósito, deben ejercer equilibrio, y el caos es la base de todo.

—¿Cómo sabes tanto de los dioses?

—Leyendo —exclamó sin mucho afán, como queriendo no darle importancia—. ¿Queréis saber porqué os he contado esta historia?

—¿Tienes una razón para eso?

—Me pareció que sois pequeña y feroz como esa diosa. El amor, la justicia y el caos son igual de feroces, aunque cada uno a su manera, y veo un poco de todo eso en vos — respondió besando con sutileza sus dedos.

—También me parece que eres experto en evadir preguntas —replicó arrebatando su mano con fuerza.

—No hay nada que evadir, Zokane, si no os respondí antes es por que eso es lo que hago, seguir el vestigio de los dioses.

—¿Con qué propósito?

—Más que un propósito, fue una promesa.

—¿A quién?

—A una diosa.

—¿Fuiste al templo todos los días y elevaste tus plegarias para recibir algo a cambio? — se burló con inocencia.

—No, Zokane. Es más complicado que eso. —Darcié suspiró tocándose la frente con los dedos, eligiendo bien sus palabras—. La diosa en persona me ha encomendado una misión. Ella necesita que encuentre algo que ella misma dejó caer a la tierra … y yo juré que la ayudaría.

Zokane estaba sorprendida de su confesión, algo que jamás hubiera esperado, y aunque resultaba imposible de creer debido al castigo del exilio, le creyó cada palabra.

—Aún no lo has encontrado… ¿verdad?

—No, y tampoco tengo una pista de dónde pueda estar, pero sí sé que el tiempo se me agota.

—Si la diosa te pidió ayuda, ¿por qué no le pides que te revele la ubicación?

—Desde el momento en que le entregué mi juramento no la he vuelto a ver.

—¿Te puedo ayudar?

—No. Y no podéis decir esto a nadie. Se supone que yo no debía decirlo.

—¿Y por qué me lo has dicho?

El joven la observó inexpresivo, sus pupilas se dilataron dando la impresión de que el color violeta de sus ojos se volvería casi negro. Regalándole una gentil sonrisa, suspiró con sutileza, parecía querer decirle algo, pero en cambio se quedó callado. Zokane no necesitó más razones y se permitió sentirse halagada al saber que Darcié le tenía confianza.

—Está bien. No te preocupes. Vas a encontrarlo, si aún no lo has hecho es porque todavía no es el momento —le dijo en un intento por reconfortarlo.

Se observaban el uno al otro en un momento maravilloso para los dos. Darcié no pudo quitarse la duda de descubrir de dónde había venido su acertada sabiduría. Sin embargo, le pareció que era justo lo que necesitaba oír.

Esa mujer era mágica, y un completo misterio, sus ojos grises lo atrapaban, y con cada segundo a su lado le resultaba más doloroso aceptar el hecho de que debía verla partir. No había nada que sus miradas no hubieran dicho ya, el corazón de ambos se aceleraba en un latido desbocado, y un impulso incontrolable inundó a Darcié.

Quiso tocarla y sentirla para asegurarse de que el momento era real, y al hacerlo, al mover su mano para acariciar su mejilla y sentir su calor, el deseo incontrolable por besarla arrasó con él. Y lo hubiera hecho. La mirada de Zokane también pedía que lo hiciera, y la hubiera besado. Se habría vuelto loco en su acto y le dio la impresión, que de hacerlo, no habría podido desprenderse de ella. Estaba a punto, cuando el alboroto de Tivana intentando ayudar a Vaéris con el repentino vómito que se apoderó de la pelirroja, les interrumpió.

Zokane se puso en pie sin dudarlo y se fue al encuentro de sus hermanas. En un sentido alegato descubrió que Tivana le había dado a Vaéris un poco de la pócima. Consolando a Vaéris, Zokane le acarició la espalda mientras Tivana le sostenía el cabello, y esperaron a que la pelirroja se recompusiera. Mientras lo hacía, Zokane cruzó miradas con Darcié, y en ese momento, supo que la prioridad de Zokane no sería él y que la suya no debería ser ella.

IX

Para el momento en que Vaéris se encontró más que sana, la tarde ya estaba bien entrada y la tormenta no daba muestras de piedad, viéndose obligados a permanecer en el lugar el resto del día y la noche siguiente. Atrapando su atención entre relatos y vivencias. Ya fuera una anécdota de las chicas o de Darcié, la charla no paraba. Zokane cumplió su parte permitiendo que Darcié se inventara su propia historia, pues ella, ni en ese momento ni en un futuro, le contaría a nadie el secreto que le había confesado.

—Soy del camino —le respondió a Vaéris cuando ella le preguntó por qué viajaba—. No pertenezco a ningún lugar, jamás permanezco en el mismo sitio, me muevo con el aire y actúo según mis instintos y mi propio juicio. He viajado tan lejos como he podido y me he topado con los cuatro mares; puedo asegurar que sus aguas son inhóspitas y sus criaturas, hostiles, siempre al acecho de todo lo que se mueva en las traicioneras superficies. Yo no estuve ahí cuando todo pasó como para asegurar que sea cierto —se mofó de sí mismo, rascándose la cabeza—, pero se dice que los dioses también castigaron a la humanidad confinándola a este trozo de tierra nombrado continente, razón por la cual es imposible cruzar los mares.

—¡Vaya! Eres bastante culto como para hablar de los antiguos mitos siendo un vagabundo —exclamó Vaéris, demostrando admiración.

—No seas descortés. No le digas vagabundo —susurró Zokane al sentir empatía por él.

—No os preocupéis, Zokane, para mí es un halago ser visto como vagabundo. Lo que la gente no entiende es que no te vuelves un bárbaro incivilizado por ser del camino. Me gusta leer, Vaéris. Visito cada biblioteca a mi paso, aunque nada mejor para aprender que la propia experiencia.

—¿Como con las bestias? —preguntó Zokane con genuina curiosidad.

Desde ese momento, la charla se concentró en las bestias y todo cuanto podían descubrir les resultó de provecho. Conocieron detalles que de otra forma les hubiera costado muy caro descubrir por sí mismas. Entendieron que era fácil emboscar a una bestia, y aun con el incidente con los trolls y las heridas de Vaéris, las jóvenes se observaban las unas a las otras, y con la mirada, acordaron que la aventura de ser cazadoras era mucho mejor que andar recolectando únicamente hierbas. Fue un pacto en silencio, y lo firmaron con fuego en el alma y una sonrisa aventurera en el rostro.

—Parecéis muy entusiasmadas en convertiros en cazadoras —exclamó Darcié sin poder comprender sus razones—. Creo que no habéis entendido que habrá noches que no podréis dormir y días que no podréis descansar, habrá momentos de incertidumbre, de silencio, de hambre y frío. Os aseguro que en algún momento desearéis estar en casa, calentitas, frente al fuego o disfrutando la cena en la mesa.

—Ya hemos tenido ese sentimiento sin ser cazadoras —exclamó Zokane conteniendo una carcajada al recordar las cosas mucho peores que vivieron entre las esclavas.

—Es mucho más complicado para vosotras, que sois mujeres. ¿Es que no lo entendéis?

—¿Qué puede tener de complicado? —preguntó Vaéris, sintiendo verdadera curiosidad.

—Casi el cien por cien de las bestias se guía por el olfato. ¿Podéis imaginar lo apetitosa que puede resultar una mujer con el olor de su sangrado?

—Evitaremos salir en esos días —replicó Tivana mostrando un poco menos de vergüenza que sus hermanas ante el comentario de Darcié.

—De ser así —suspiró al verlas determinadas, para luego buscar entre sus pergaminos—, si acaso os encontráis fuera en esos momentos…, existe una mezcla que os privará del sangrado, pero debéis ser precavidas, su uso continuo podría quitároslo por siempre y terminaríais sin poder tener crías.

Extendiendo su mano para que cualquiera pudiera tomarlo, les ofreció un pergamino con la fórmula para el remedio. La seriedad se apoderó de ellas, sabían que no era ningún juego y Zokane tomó el pergamino con cierta indecisión. Los ingredientes no eran difíciles de encontrar y las notas decían que no había remedio para revertir el efecto si el sangrado se suspendía permanentemente. Pese a toda advertencia, sabían que lo probarían cuanto antes; llevaban un par de semanas viajando y no estaban ni a mitad de camino.

—¡Cuanta seriedad! —bromeó un poco—. También os diré que si lográis vuestro objetivo, si lográis cazar a las bestias otorgado una muerte sin sufrimiento, podréis obtener piezas de excelente calidad.

—¿Estás diciendo que todo depende de la rapidez con la que muera?

—No, Tivana. Estoy diciendo que todo depende de cuánto miedo y sufrimiento padezca la bestia a la hora de morir. Muchos son capaces de asesinar a una criatura. Pocos son capaces de darle muerte con honor.

—No hay honor en dar muerte.

—Tenéis razón, Zokane. Pero tampoco lo hay si al dar muerte aquel que va a morir recibe miedo en sus últimos momentos.

—Solo los dioses son capaces de hacer tal cosa.

—¿Estáis segura, Vaéris? ¿Conocéis a algún dios para afirmarlo?

—No, Darcié. Pero los dioses son benevolentes y piadosos.

—¿Piadosos, Vaéris? —interrumpió Zokane sin pensarlo—. ¿Hablas de la piedad que mostraron al dejarnos condenados, exiliados y olvidados gracias a los pecados de nuestros ancestros? Puedo jurar, que no recuerdo todas las veces que supliqué a los dioses que se apiadaran de mí y jamás obtuve respuesta. ¡Por mí, se pueden quedar en donde sea que se hayan establecido!

—¡No digas eso! —le pidió Tivana, sintiendo un miedo real—. ¿Qué tal si te escuchan?

—Dioses que no responden a súplicas pero sí a insultos, ¿qué clase de dioses son esos?

—¡Demasiada severidad en un cuerpo tan pequeño como el vuestro, Zokane! —exclamó Darcié casi en una carcajada—. Os recomiendo visitar cualquiera de las nueve bibliotecas de la capital, ahí encontrareis todos los relatos que se tienen de los dioses y todo lo que se pudo recopilar de ellos y sus intenciones. Descubriréis que solo sirven al bienestar. Como el dios de la muerte, o los diversos dioses de la guerra… Suenan como tipos muy malos, pero son imprescindibles.

—Te aseguro que sí puedo prescindir de la guerra, Darcié. Además, ¿qué de bueno puede haber en provocar una guerra?

—Crear una lucha para obtener justicia, equilibrio, igualdad y bienestar común, Zokane, no tiene nada de malo.

—Aun así no me parece bonito andar creando guerras y ya.

—No solo se crean y ya, Zokane, también acompañan a los guerreros en sus batallas dándoles fuego para fortalecer su espíritu, para mantener su esperanza de volver a casa. Pero, indiscutiblemente, la muerte va implícita.

—¡Vaya! A mí me suena poético —exclamó Tivana con un suspiro—. Y entonces, el miedo que genera una bestia al momento de morir es lo que determina el grado de pureza, ¿no es así?

—¡Ah! —exclamó Darcié con satisfacción—. Finalmente alguien lo entiende.

La noche terminó tranquila cuando después de un rato, el silencio se apoderó del lugar. Sin decir nada, Darcié se señalaba el oído al tiempo que indicaba hacia algún punto. Las chicas entonces afinaban sus sentidos poniendo atención, hasta que lograban detectar esa diferencia en el ruido nocturno, a pesar de la tormenta y el viento silbante, y entre juegos, comenzaron a competir entre ellas para ver quién era la primera en detectar alguna anomalía.

Esa noche fue decisiva para ellas, para su futuro y para dejar claras sus aspiraciones, pero también fue el inicio de una nueva amistad con Darcié. Lograron encontrar el punto exacto de compañerismo que, cuando Darcié preguntó si podía acompañarlas debido a que se dirigían hacia el mismo cruce de caminos, ellas aceptaron sin pensarlo. Y así, terminaron unidos en un viaje que duró varias semanas, en el cual ellas pudieron aprender y practicar para lo que esperaban que fuera su vocación.

*

Bajo la guía de Darcié aprendieron lo necesario para ejercer una buena emboscada, así como lo básico para la creación de trampas; pero su punto débil resultó ser la recolección de las piezas. El arduo trabajo que implicaba destazar adecuadamente a la criatura se dificultaba con la pestilencia natural que tenía en sus entrañas y la resistencia de la piel o la coraza.

—¡Vamos, Vaéris! Es una simple arañita —se reía Darcié al ver la cara de asco y miedo de la joven.

—¿Arañita? —exclamó Tivana—. ¿Es dos veces más grande que mi cabeza y le dices arañita?

—¿Y cómo me quito esta cosa verde de las manos? —se quejó Vaéris, frotándose las manos con tierra.

—¡Tener cuidado de desperdiciarla! Es sangre, y es lo más valioso que tiene la araña gigante —le advirtió Darcié.

—¿Y qué es ese olor? —preguntó Zokane, conteniendo la respiración.

—¿Estáis seguras de que queréis ser cazadoras? —preguntó Darcié mostrando diversión—. Solo con esta araña, que es de lo más fácil para cazar y destazar, no veo mucho futuro para vosotras.

—¡Ayúdame! —le pidió Zokane en una pataleta cuando las manos se le llenaron de pelos de araña—. ¡No has hecho más que reírte de nosotras!

Darcié no podía negarse a nada cuando Zokane se lo pedía y ayudó con la criatura sin perder la sonrisa. Para ellas, resultaba un buen maestro, sabía cómo hablarles y cómo picarles el orgullo para hacerlas entender o mejorar, sabía mediar con cada una de ellas y casi todo el tiempo eran risas y bromas entre ellos.

La correcta recolección de las piezas no era todo lo que debían aprender, y debido a eso, Zokane y Darcié compartieron todo el tiempo posible sentados uno a lado del otro en compañía de Tivana y Vaéris, leyendo los dos libros que Darcié traía consigo, y en los cuales, había desde mitos hasta un bestiario con un listado de las piezas de más valor para las aleaciones mágicas. En el transcurso de los días también les fue hablando de las diferentes formas de secar pieles o conservar órganos, y de todas las precauciones a tomar para que, cuando se tuvieran los instrumentos adecuados, como hornos o molinos, se pudieran pulverizar o acondicionar según el

fin para el cual se estuviera procesando.

—Necesitaréis de un mapa de ubicaciones y un buen bestiario en los cuales puedas hacer anotaciones —le advirtió Darcié.

—¡Intentaré conseguir uno tan completo como el tuyo! —replicó Zokane sin ocultar su admiración al ver el mapa tan detallado que tenía Darcié.

—Podéis quedaros con mi mapa y mi bestiario.

—¿De verdad? —preguntó emocionada—. Es un mapa muy completo y ni qué decir del bestiario. No imagino lo complicado que debió de haber sido conseguirlos.

—No son la gran cosa, Zokane. Tanto el mapa como el bestiario son creación mía y, como podrás ver, ambos son perfectos para un cazador y yo no lo soy. Por favor, quedároslos. Ambos.

—Es demasiado —exclamó avergonzada—. Quisiera poder pagarte con algo.

—Llevádlos contigo hasta que no necesitéis revisarlos para saber lo que tenéis a tu alrededor; entonces me habrás pagado. ¿Os parece justo?

Zokane sintió alegría como pocas veces, le hizo mucha ilusión saber que el regalo era creación de Darcié. Tomó el mapa entre sus manos para sentir el suave y delgado retazo de piel con el cual estaba hecho, y le pareció hermosa la caligrafía del joven, que había escrito a hierro caliente. No había olvidado casi nada; desde los nombres de las cosas importantes, como ciudades o caminos, hasta el nombre de numerosas planicies o lugares místicos.

Vaéris y Tivana también compartían esos momentos a lado de ellos. Las dos jóvenes también tenían interés por aprender todo lo necesario para su nueva profesión, pero para Darcié y para Zokane era como si solo estuvieran presentes ellos dos, como si el tiempo se detuviera para ambos y pudieran perderse el uno en el otro.

Una simple mirada confirmaba todo lo que ellos sabían: que se sentían completos al estar juntos, que no necesitaban palabras para hablarse y que no había forma de ocultar todo ese cúmulo de sentimientos. La gama de emociones era muy variada y Zokane se sorprendió al descubrir la fuerte conexión que sentía hacia él. Momentos íntimos sin necesidad de contacto alguno. Intensidad profunda sin forzar nada. Sin buscarlo, supieron que juntos hacían un complemento perfecto.

Después de un tiempo, Zokane se dio cuenta de que todas esas charlas y esas risas, que todos esos momentos que compartían terminarían dejándole un mal sabor de boca, y es que, con cada paso que daban acercándose al cruce de caminos hasta donde Darcié ofreció acompañarlas, los conducía hacia una indeseable despedida; esa noche sería la última que pasarían juntos, y deseó que el tiempo esta vez sí se detuviera.

Vaéris fue la primera en quedarse dormida apoyando la cabeza sobre las piernas de Tivana, la cual, cabeceaba al dormitar. Era turno de Zokane y Darcié para hacer guardia y ella bostezó involuntariamente. La fuerza eléctrica que le erizó la piel le arrebató el cansancio. Frotándose los brazos buscó la mirada de Darcié a la espera de que él pudiera decirle si también sentía esa carga en el ambiente, pero al encontrarse con esos ojos violeta que ya la estaban observando, guardó silencio y le sostuvo la mirada en un evidente juego donde pudo analizarlo sin necesidad de ocultar sus actos.

Sus ojos eran un completo enigma, y su boca parecía el camino más rápido hacia la locura. No había forma de ocultar la fascinación que sentía por él, sobre todo al no poder despegar la atención de sus labios. Darcié se sostenía la barbilla, y apoyaba su labio inferior en el filo del dedo índice. Zokane se ruborizó al verlo abrir levemente la boca para morder suavemente su propio dedo y, con una sonrisa tímida, volvió a observar esos ojos cautivadores. Entonces notó que la mirada de él estaba perdida mirando la boca de ella.

Imposible no darse cuenta de ese aire sensual que la invitaba a llegar a él. Se sintió cohibida, sin embargo, no se intimidó cuando Darcié comenzó a acercarse a ella con una confianza irresistible. Ofreciéndole su mano la invitó a seguirlo y un pudor que nunca creyó poseer la atacó sin aviso. Sintiéndose estúpida, agachó la mirada mientras se aclaraba ella misma. Era bastante obvia su sugerencia y no quería dejar pasar la oportunidad. Solo necesitaba un momento para dominar sus nervios, un momento que se extendió más de lo debido.

—Por favor, duerme —le susurró Darcié—. Yo me ocuparé de la guardia.

Quedó sorprendida cuando Darcié se sentó a su lado y movió los maderos para avivar el fuego, pero más sorprendida estaba de que él no le buscara la mirada. Entendió que su oportunidad había pasado. Si es que acaso hubiera existido alguna, ya no estaba tan segura.

Rascándose las uñas como si fuese una niña pudo fingir que no había pasado nada, y tuvo que morderse la mejilla para no mostrar su sonrisa derrotada. Sintió rabia de no haber tenido el coraje de pasar a la acción sin tener que pensarlo, aunque también sentía desilusión de que él no insistiera, y es que ella tampoco tenía el valor ni sabía la forma de cómo buscarle.

Darcié sonrió para sí mismo al ver el rostro ruborizado de aquella hermosa mujer, la manera que tenía de incitarlo era sutil y femenina. Le parecía una dulce doncella que no había sido traicionada jamás y que, tarde o temprano, terminaría con el corazón roto por algún canalla que vería todo lo que él acababa de ver en ella: inocencia, dulzura e ingenuidad al por mayor.

Darcié apretó los puños mirando sus nudillos palidecer; por fin había llegado el momento, había encontrado algo que sabía no podía tener. Finalmente entendió los relatos antiguos y el anhelo de la humanidad al desear algo prohibido. Por su parte, tenía que seguir su camino, tenía que alcanzar su destino y, por ahora, terminar en los brazos de aquella divina mujer no estaba dentro de ninguna de sus opciones. Agradeció ese instante de duda que la joven entregó, ya que, si no hubiera sido por eso, tal vez se hubiera arrepentido el resto de su existencia.

El momento comenzaba a volverse incómodo, y como un salvador, el fuego hizo explotar una de las maderas con más fuerza de lo habitual. Tivana levantó la mirada al oír el ruido y de un impulso, adormilada, extendió el brazo ofreciendo abrigo a su pequeña amiga. Y con eso terminó la noche.

Al amanecer, antes del mediodía, llegarían al cruce de caminos hasta donde Darcié había propuesto acompañarlas, y una vez ahí, cada uno tomaría su camino. Zokane volvió a sentir una punzada de dolor en el pecho solo de pensar en eso.

Probablemente algún día lo volvería a ver, aunque estaba segura que para entonces la vida sería muy distinta y sintió miedo, sabía mejor que nadie que la vida jamás es como uno desea y anheló que todo pudiera continuar como en las últimas semanas, disfrutando cada instante a lado de aquel hombre que tenía tantas cosas en común con ella. Zokane uso cada momento para rectificar sus memorias, para que nunca fuera a olvidar nada de él, desde su porte desaliñado con sus cabellos largos y su barba un poco más crecida de como la llevaba cuando lo habían conocido, hasta las facciones cinceladas que contenían esos labios que jamás probó.

X

Tal como lo habían planeado, al mediodía alcanzaron el cruce de caminos. Uno las llevaría hacia la capital del imperio, el otro, las adentraría a las Tierras del Este y el último las llevaría rumbo a las Tierras del Sur y, por fin, a su hogar en el pueblo de Aleria.

Una vieja posada frente al cruce de caminos se mantenía activa la mayor parte del tiempo, era usada como punto de encuentro para todo tipo de comerciantes, muchos de los cuales establecían campamentos casi en perpetuidad, ofreciendo sus hierbas o sus piezas mágicas, y fue ahí, en la seguridad del mesón, después de que hubieran comido algo decente, donde se despidieron.

—¡Oh, sí! El inevitable adiós —exclamó Vaéris intentando aligerar aquella atmósfera incómoda—. Ya has hecho bastante, Darcié. Aun así, quisiera pedirte que te unas a nuestro viaje.

—Algún día nuestros caminos se volverán a cruzar —se disculpó él—. Por ahora, no puedo atarme a vuestra causa sin haber terminado mis asuntos.

—Ojalá termines pronto —susurró Zokane, levantando la mirada para encontrarse con aquellos ojos que la cautivaban.

—Ten por seguro que así será —los animó Tivana.

Darcié salió del lugar sin volver la vista atrás y las tres jóvenes suspiraron con fuerza ante la despedida. Fue un buen aliado, uno como el que cualquiera desearía tener, honorable, comprometido, atento y feroz. Se había ganado su confianza por completo y jamás le olvidarían. Pero Zokane no se conformó con aquella despedida, sintió desesperación al verlo partir, aquel sentimiento de pérdida que conocía a la perfección se hacía grande y parecía que el corazón le explotaría. Era una estúpida por creer en tonterías de niña, pero así fueran cosas de niña, se despediría bajo sus propios términos.

Levantándose bruscamente, sobresaltó a sus dos acompañantes. Sus palmas extendidas sobre la mesa podrían haber hecho creer que intentaba sostenerse para no salir corriendo, pero su mirada decía todo lo contrario y, en realidad, lo que hizo fue darse impulso para salir del lugar.

No hubo necesidad de decir nada, Vaéris y Tivana se quedaron sentadas viéndola partir; de reojo, se miraron la una a la otra, sonriendo levemente, y continuaron picando sus platos entre charlas mientras que Zokane se apresuraba a llegar hasta la puerta que daba al camino.

Buscó a su gallardo errante de un lado a otro con desesperación. No sabía qué hacía buscándolo, tampoco tenía nada pensado, era una hoja en blanco que se impulsaba con el torrente de sus emociones, caminando sin rumbo a paso veloz por si lo veía de lejos, creyendo que si seguía su instinto lo encontraría como por obra del destino. Pero el camino se perdía en el bosque y comprendió que allí no estaba él.

Los segundos se convirtieron en minutos y ya sin esperanza de volverle a ver, terminó recargada sobre el primer árbol que conducía al bosque. Intentaba hacerse a la idea de que era inútil seguir esperando. Se acarició la frente con la mano, la desilusión se apoderó de ella y regresó hacia la posada cabizbaja, siguiendo el camino hacia un abrevadero junto a los establos. Quería que, al lavarse el rostro, se borrara todo deseo por derramar sus lágrimas y permaneció inclinada hasta que pudo ver su reflejo en la calma del agua.

Estaba lista para volver y seguir su vida, cuando una mano la tomó por el brazo mientras que otra le cubrió la boca. Con el repentino tirón que le dieron terminó hasta detrás de los corrales.

No hubo sorpresa ni rabia por aquel acto, tampoco se negó a ser llevada hasta ese lugar. Ella conocía de sobra la sensación ante la energía de Darcié, y le bastó clavar su mirada sobre la de su acompañante cuando le dio la vuelta, para confirmar que se trataba de él.

Las grandes manos de Darcié se aferraron a su espalda cuando soltó su boca envolviéndola en sus brazos, acortando la distancia entre ellos. Su mirada denotaba curiosidad y sorpresa, pero también felicidad.

—¿Qué hacéis aquí afuera tú sola? —le preguntó en un susurro.

—Tenía sed —respondió sonriendo nerviosamente.

—¿Y por eso bebéis del agua de los caballos? —se burló.

—¡No bebí!

—Pero ahora tenéis el rostro lleno de esa agua.

—¿Me espiabas?

—Solo un poco —respondió, mostrando una sonrisa traviesa.

—Creí que ya te habrías ido.

—¿Me buscabais?

—Quería decirte adiós.

—¿No lo habéis hecho?

Respondió negando con insistencia y no supo qué otra cosa decir. ¿Despedirse? ¿De qué forma si no había pensado realmente en nada más que salir a su encuentro?

—Hay algo que no te he dicho, pero… creo que ya sé por qué me resultas tan familiar.

—¿Lo sabéis? —preguntó sorprendido, tal vez expectante.

—Cuando era pequeña… creo que conocí a tu padre.

—¿Conocisteis a mi padre? —No pudo ocultar su sorpresa y esperó en silencio a escuchar toda su historia.

—Una vez, cuando era niña, un hombre nos ayudó a mi padre y a mí. Jamás supe su nombre, de saberlo tal vez no lo recordaría. Pero su mirada jamás la olvidaré. Era la misma que la tuya; podría decir que tú y él tienen mucho en común, porque incluso, a tu lado, me da el mismo sosiego que sentí cuando conocí a tu padre.

La confesión le aceleró el corazón a Darcié, la felicidad era tanta que la estrechó con más fuerza. Tenía tantas cosas que decir, que el esfuerzo que hizo para guardar silencio fue sobrehumano y terminó hundiendo el rostro entre la negra cabellera de la joven.

La tenía tan cerca, y ella era tan pequeña a su lado, que Zokane podía escuchar los fuertes latidos de su corazón desbocado. Imposible no sentir su mirada curiosa indagando en ella; levantó los ojos con nerviosismo y quedó atrapada en esos ojos como tantas veces le había ocurrido.

Sus mejillas enrojecieron y los nervios la traicionaron. No quería escapar, pero tampoco sabía qué hacer, el estremecimiento profundo permitió que fuera él quien, con un sutil movimiento, le acariciara el rostro con el pulgar hasta llegar a sus labios. La mano que sostenía su espalda se deslizó enredándose con los cabellos de su nuca, y con un suspiro cerró los ojos inclinándose hasta juntar sus frentes.

—¡Es absurdo! —susurró Darcié a modo de queja.

Difícilmente podía resistirse a ella, la tentación que le provocaba superaba cualquier expectativa. Tenerla tan cerca era demasiado, y por un instante, cruzó por su mente tomarla como suya y desaparecer juntos del mundo conocido, aun si eso implicaba desafiar el destino.

Para Zokane también era absurdo, porque ella también sentía lo mismo, aunque ninguno de los dos lo supiera, y dadas las circunstancias, no tenía mucho más que perder.

Sus manos se apretaron a la camisa de Darcié, y tomó de ahí el coraje para darle un tirón con firmeza, acercándolo a ella. Levantando la mirada, observó aquellos ojos que la veían con deseo y en un impulso, alzándose en la punta de sus pies, buscó sus labios hasta perderse en ellos y ver si así podía saciar todas esas ganas que tenía de él. Aunque, para Darcié, fue él quien sujetó su nuca con sutileza, y fue él quien se inclinó buscando arrancarle aquel beso para que no quedara rastro alguno del deseo.

La sensación de sus corazones desbocados al contacto de sus labios los llevó a un ataque de pasión. Sus bocas se deshacían entre besos, las caricias no alcanzaban para expresarse todo su deseo. Un leve brinco de Zokane fue suficiente para que enredara sus piernas en la cintura de Darcié, aferrando los brazos a su cuello. El joven la arrinconó contra las maderas del corral y siguió las curvas de su cuerpo hasta sujetarle los glúteos para afianzar el agarre.

La pasión desenfrenada tomó ritmo, se volvió pausada, sus besos parecían eternos. Jadeante, Zokane enterró sus uñas en los hombros de Darcié cuando él comenzó a explorar su cuerpo. Mordiendo su cuello lo hizo jadear. El deseo crecía y ninguno de los dos tenían deseos de apartarse el uno del otro, se querían y se necesitaban de una manera inusual. Al oír el llamado de Vaéris y Tivana, lograron soltarse las bocas y maldecir interiormente.

Se miraron uno al otro, la sensación de que aquel era el primer beso que ambos daban les removía las entrañas de forma placentera. Habían entregado todo cuanto podía ser entregado y apenas habían empezado. Ninguno de los tenía la intención de querer desprenderse del otro, pero el llamado insistente de Vaéris cada vez era más próximo y Zokane estrechó con más fuerza el cuello de Darcié, extasiada por el abrazo que él le regalaba y que le hacía sentir amada. Nuevamente absurdo, pero no había otra explicación para todo lo que él le provocaba. Se resistió cuando Darcié, entre besos cortos, la fue bajando hasta que sus pies tocaron el suelo.

—Esta es la despedida más bonita que he podido tener —exclamó Zokane con un aire de romanticismo.

—¿Qué despedida? Estaremos bajo el mismo cielo.

Aquellas, también eran las palabras de aliento mejor pronunciadas hasta el momento y sonrió con levedad, sintió una mezcla de felicidad y burla: «Unidos por el cielo, aunque la distancia forme un abismo».

—¿Estás seguro de que tienes que hacer la búsqueda tú solo?

—Debo hacerlo… aunque me parta en el intento.

—¿Nos volveremos a ver?

—Os prometo que un día, no sé cuándo y no sé cómo, pero os volveré a encontrar.

—Te voy a esperar.

—¡No, Zokane! —exclamó tajante, besándola nuevamente, como si al hacerlo, pudiera arrancar las palabras que acababa de pronunciar—. Debéis prometerme que seguiréis vuestra vida —le decía entre besos—. Juradme que seréis feliz, para que el día en que yo os vuelva a encontrar no haya nada que cause arrepentimiento y no tengáis nada que reclamar.

Contrario a lo que él quería, Zokane sintió la daga fría del desamor profundo y fue más de lo que pudo soportar. «No llores, por favor», lo escuchó suplicarle al tiempo que le limpiaba con los pulgares el par de lágrimas que había soltado sin previo aviso.

Asintió con levedad sin decir nada, entendiendo que era momento de terminar ese martirio. Alejarlo para poder marcharse mientras sentía las manos y los dedos de Darcié aferrarse a ella fue una de las cosas más difíciles que había tenido que hacer, y cuando logró arrancarlo de sus ropas, salió corriendo con el corazón desbocado, al encuentro de sus hermanas.

No volteó la vista por si acaso la seguía. Esos eran sus términos y estaba feliz de haber

tomado ese beso y de tener ahora aquel recuerdo. La certeza de que había conocido al hombre perfecto la mataba. Ese hombre se quedaba con su corazón; y ella se lamentaba hoy y lo seguiría haciendo en el futuro por dejarle atrás. Aprendería a vivir con la incertidumbre del hubiera, y aunque Darcié se lo prohibió, ella lo esperaría. Debía creerle que él la buscaría, y que algún día sus caminos se volverían a unir.

XI

En palacio, Efrén pasaba el tiempo entre su corte, sobre todo, entre sus hechiceros y sacerdotisas. Procuraba estar al pendiente de ellos por si alguno tuviera una premonición. Desconfiaba de todos, y creía que al estar cerca de ellos no podrían ocultar ninguna visión premonitoria que revelara el paradero de Meila Bluthiem, o algo que hablara de ese futuro que la loca Mariel había vaticinado. Además, él sabía que la última de los Bluthiem seguía ahí afuera, burlándose y riéndose de él, y saberlo le enloquecía.

Ya estaba próxima a cumplir dieciocho edades, no podía ni imaginar cuán cambiada estaría, ni siquiera por qué pasaba horas viendo los retratos que tenía de ella, esos que tomó de su hogar después de la masacre. Aun de pequeña, la niña tenía una carita de diosa y Efrén no podía concebir lo hermosa que sería a estas alturas. No podía ser menos hermosa que su madre, y recordar a la difunta Anendra ya le daba muchas esperanzas.

Con el paso de las edades, se había convencido que el único propósito del nacimiento de Meila había sido para servirle a él. Se sentía con todos los derechos sobre ella, y así de hermosa como la creía, ya estaría rebosando de pretendientes. Con la misma intensidad que le causaba la ansiedad por tenerla, un hastío comenzaba a nacer de tanto pensar en ella, todo le aburría y nada le brindaba tranquilidad. Con un vaso de su licor favorito, se sentó sobre un amplio sillón ubicado en el balcón que le daba vista al jardín, donde ese día entrenaban las sacerdotisas. Sonrió encantado al verlas, pero terminó causándole más molestia al recordar que todas habían nacido durante ese maldito eclipse. ¿Cómo era posible que las tuviera a ellas y no a quien en verdad quería?

Intentó enfocarse en otras cosas. Recordó el ritual de ascensión para que ellas ascendieran a sacerdotisas. Además, ese ritual era el preludio para que hicieran su juramento de consagración hacia él, y fue su oportunidad de desflorar a cada una. Los rituales de unificación como el poder y la magia lo demandaban habían sido provechosos, el poder de cada una de las sacerdotisas se había unificado con el de él, y él, se sentía cada vez más poderoso e invencible y eso le complacía.

Sus pensamientos vagaban en sus recuerdos cuando la sensación que deja la proximidad de un beso le sorprendió. Sus sentidos despertaron y la necesidad de besar una boca comenzó a quemarle desde adentro, el estómago se le llenaba con miles de aleteos que apremiaban por salir por sus zonas erógenas. Sensaciones iguales jamás las había probado y cerró los ojos disfrutando el momento, y al hacerlo, una mirada femenina deslumbrante despertó al demonio de su cabeza. Lastimero, se burló de él a carcajadas y Efrén le hizo compañía. La risa de Efrén reverberaba en los pasillos de forma histérica y nerviosa. Las sensaciones eran tantas que no pudo contenerlo, alertando incluso a las sacerdotisas que entrenaban en el jardín.

La rapidez con que abandonó el balcón hacía parecer que se deslizaba por el aire, desplazándose por los pasillos con urgencia. Una cosa cruzaba en su cabeza: esa mirada que pudo ver estaba plagada de sensualidad y deseo, y estaba seguro, se trataba de su Meila.

No se detuvo hasta que irrumpió en la cámara de la sacerdotisa, quiso gritar y demandar acción, pero al ver a Saíd inmersa en un trance, se quedó de pie observándola. En su época de

juventud fue una mujer hermosa, su cuerpo era deseable y le había servido incondicionalmente en todo momento. Con ella se había vuelto hombre, pero ahora estaba en el límite, mujer o anciana, ya no había diferencia, y sin embargo, la vieja tenía el sadismo necesario para mantenerlo interesado en ella. Saber sus reacciones, ver su morbo y sus expresiones, era mucho de lo que a él le satisfacía.

Y, mientras observaba el trance de su sacerdotisa, el demonio de su cabeza le volvía loco. Gritaba llamándolo estúpido, diciendole débil. Le recordaba su error cuando la chiquilla se le escapó, aun cuando la tenía dentro de su propio palacio. Ahora que podía confirmar que continuaba con vida la furia estalló desde lo más profundo: la ramera sería desvirgada por lujuria y no sería él quien lo hiciera. Apenas vio parpadear a Saíd, se abalanzó en contra de ella y la tomó por las mejillas con toda la fuerza de sus manos.

El trance aún la tenía adormecida y sus ojos estaban inmersos en las nubes de la premonición que la había asaltado, sus movimientos fueron automáticos, miró a su emperador directo a los ojos y pronunció las palabras que estremecieron a Efrén:

—La diosa hizo el llamado y otro dios la escuchó. Han tocado tierra y en unión se han consagrado. La elegida abrirá los ojos y los dioses la guiarán a su destino. El olvido de la dinastía está próximo. El inicio y el final; todo se arremolina en uno solo.

La bofetada que recibió Saíd la dejó sobre el suelo, plenamente consciente entendió la gravedad del asunto y se quedó en el mismo lugar sin moverse, atenta a cualquier mandato de su emperador.

—Quiero que la encontréis. ¡Ahora!

—Mi emperador —respondió en un susurro apenas audible—, si fuera tan simple no hubiesen pasado casi dieciocho edades…

—¡Y os atrevéis a contrariarme! —rugió con hostilidad. Saíd se cubrió el rostro esperando recibir el castigo de su emperador y se sorprendió al solo escuchar su advertencia—. ¡Haced lo que tengáis que hacer, pero la quiero en mi presencia cuanto antes!

Se notaba, era obvio, ella podía sentirlo, su emperador estaba abatido por tantas emociones que necesitaba liberar. Le pidió que le permitiera sosegarle, pero Efrén la miró con asco, la locura y la furia se apoderaban de sus facciones. Efrén Kirínmuil siempre fue un hombre guapo, siempre aparentó menos edad de la que en realidad tenía, pero en momentos como estos, su cara se deformaba de tal forma que sus facciones daban terror. Saíd trago saliva para intentar calmarse, el emperador no dijo nada y ella no se atrevió a querer detenerle. Lo vio salir, escuchó sus gritos pidiendo que lo escoltaran hasta la cámara de la emperatriz. Saíd sintió una lástima pasajera de pensar en todo lo que Efrén haría a esa desdichada mujer, pero también, sintió alegría de que no fuera ella quien recibiera todo eso. Se puso en pie, se sacudió la falda, se pasó las manos por el pelo acomodándose la trenza y se fue en busca de su más fiel hechicero.

Lo encontró en su biblioteca personal: una estancia muy amplia rodeada de estanterías que cubrían por completo las paredes, y en su centro, un pedestal sosteniendo un gigantesco plato de ónix que procuraba mantener lleno de agua. Todo en conjunto, junto con el humo de los múltiples inciensos que el hechicero mantenía ardiendo, le daban al lugar una atmósfera mística y mágica.

El mago sostenía con ambas manos el plato de ónix, miraba el agua como si viera su reflejo. Escuchó a Saíd acercarse pero no se movió. Continuó viendo el reflejo hasta que la sacerdotisa se paró frente a él dando un suspiro con fuerza para anunciarse. El mago frunció las cejas, había algo en el agua que no lograba descifrar, y sin mucho ánimo, levantó la vista para mirarla.

—Ocurrió algo y no logro descubrir qué.

—¿También lo habéis sentido?

—¿Qué? —preguntó confundido.

—¡La energía, Eiden, la energía! —pronunció con fastidio.

—No lo sé… Estoy hablando de Meila Bluthiem. ¿Vos de qué estáis hablando?

—Al parecer, de la misma cosa. Debemos encontrarla, el emperador está impaciente, veo desesperación en sus ojos y tuve una premonición que nunca había tenido.

—¿Premonición?

—O sueño… no lo sé… Vi, como si yo fuera el emperador en su edad de juventud, recibir una profecía de la poderosa Mariel… la revelación fue la causa de su muerte, por la propia mano del emperador.

—¿El emperador fue el causante de la muerte de Mariel? —preguntó consternado.

—Sí, Eiden —contestó sin darle importancia—. Pero, lo verdaderamente importante es la profecía. La poderosa Mariel reveló que una nacida en el eclipse será la causante de la muerte del emperador y la caída del imperio.

—¿Por eso está obsesionado con ella? —susurró el mago, peinando su barba blanca con los dedos, como si fueran pensamientos dichos en voz alta—. Necesito estar solo. Tengo que seguir vigilando el agua, seguramente me traerá noticias…. Enviad a una de vuestras aprendices, que espere sentada detrás de mi puerta, os mantendré informada.

Asintiendo, Saíd salió de la cámara de Eiden. Una y mil cosas pasaban por su mente, todas encaminadas para encontrar a la escurridiza Meila. Pero había una cosa que no dijo y que guardo solo para ella, tal vez por miedo, tal vez por precaución. La premonición que tuvo también le había avisado: se acercaba el momento de la colisión entre ella y el emperador, momento en el que la guerra dejaría de contenerse, la muerte se mostraría insaciable mientras que el caos reinara.

XII

Tal como planearon las chicas, su llegada fue una completa sorpresa. Como si fueran ladrones, se metieron en la casa de sus padres sin hacer ruido y buscaron hasta encontrar a mamá Torna. Metida en la cocina limpiaba lentejas. Se la veía aburrida, y las dos chicas sonrieron con dulzura al verla, y como si se hubieran puesto de acuerdo, saltaron gritando su nombre.

El sobresalto que se apoderó de Torna rápidamente se convirtió en congoja, los ojos se le llenaron de lágrimas y corrió hacia ellas. Palpaba sus cabezas y sus espaldas, quería estar segura que de verdad fueran ellas y las abrazó con desesperación. Era un manojo de nervios y lloraba por verlas en casa, las había extrañado muchísimo y le costaba creer que realmente estuvieran frente a ella. Tuvieron que ayudarla a sentarse, pues le temblaban tanto las manos que creyeron que no podría sostenerse.

Apenas podía reconocerlas, habían crecido tanto que ya no tenían sus rostros infantiles, sino la apariencia de unas hermosas jovencitas. Se sentía aliviada de tenerlas en casa y de verlas felices y realizadas. Ya podía sentirse tranquila porque finalmente permanecerían a su lado, y aceptó de buena gana a Tivana, más aún al saber de su esclavitud. Al poco rato, cuando Vaden llegó, sintió la misma emoción que Torna al verlas en casa; aunque él era un tanto más insensible, se permitió llegar a ellas con calma y abrazarlas como bienvenida. Inmediatamente las halagó debido a sus ropas de cazadoras y se sintió muy orgulloso de ver toda esa fortaleza que reflejaban en sus miradas. En su mente no pudo evitar ese pensamiento; con los contactos adecuados, podría asegurar el mejor futuro para ellas, incluso para su nueva acompañante, más aún cuando ellas, orgullosas, le entregaron los dos costales llenos de fresco y oloroso musgo de Ja’llam junto con todas las piezas de más importancia obtenidas de un tigre de montaña, de una araña gigante y hasta los corazones petrificados de unos trolls.

Vaden sabía de sobra cuán complicado era conseguir todo lo que ellas habían llevado, y justo por eso, con sumo interés, las alentaba para que siguieran contando sus aventuras, y ellas revelaron todo, incluida su corta travesía con su maestro: Darcié.

Con un poco de reserva, relataron su encuentro con los gólems y la lucha con los trolls. El inevitable incidente en el que por poco Vaéris pierde la vida no quedó al margen, y tampoco que fuera Zokane quien la sanó.

Un repentino «¡Vaéris!» emitido por Zokane al momento en que reveló su secreto fue el causante de que ese relato en específico se acabara.

Aunque estaban alarmados por lo que sus hijas contaban, y sintieron verdadero terror de solo imaginar la situación, permanecieron callados, mirándose de reojo debido a los dones de Zokane. Para Torna tenía lógica que la muchacha tuviera el don de la sanación si tomaba en cuenta el momento de su nacimiento. Vaden por otro lado, sintió un estímulo enorme para revelar la identidad de Zokane entre los rebeldes, qué mejor evidencia podía tener para convencer a la rebelión de que ella era digna de un levantamiento para recuperar el territorio que fuera de su legado, y en consecuencia, derrocar al emperador.

Torna conocía a su marido y lo miró, enérgica y en silencio. Vaden supo de inmediato que debía tomarse las cosas con calma. Tiempo había para hacer las cosas bien, y le juró con la mirada que no pasaría nada. Torna le creyó, como tantas veces, y los relatos de sus hijas

volvieron a comenzar.

Cuándo confirmaron que ellas eran las esclavas de Táiwel de las que todo mundo hablaba, y antes de que su padre perdiera la cabeza, ellas les contaron que de esa forma ganaron la libertad de Tivana, omitiendo en gran medida los detalles escabrosos, como la pérdida del bebé y la golpiza de Vaéris. Lo que no ocultaron fue la manera en que Táiwel las trataba, incluida la última charla con él.

—¡No puedo creer que ese maldito bastardo las tuviera viviendo entre esclavas!

—No solo eso, papá —añadió entre risitas—. ¡Fuimos tratadas como verdaderas esclavas!

—¡Ese desgraciado! —gruñó realmente furioso—. ¡Me juró que nada les pasaría!

—Y nada nos pasó —afirmó Zokane intentando tranquilizar a Vaden—. Fue una verdadera ventaja vivir entre esclavas. Conocimos a Tivana gracias a eso. De ninguna otra manera lo hubiéramos logrado.

—Sí, papá, no fue tan grave. Como dice Zokane, sirvió para añadir otra hija a tu regazo.

—Me parece bien, hijas mías —enfatizó Torna con dulzura—. ¿Qué les parece si van a darse un baño? ¡Realmente apestan!

Demasiado tiempo lejos del hogar y demasiadas anécdotas vividas para contarlas todas en un día. Su aventura había hecho de Vaéris toda una mercenaria y ni qué decir de la dulce Zokane, que de dulce no quedaba ni su mirada. Vaden y Torna estaban orgullosos de sus hijas, habían cumplido sus anhelos y, aunque no era un porvenir como el que Torna hubiera querido para ellas, intentaría respetar sus decisiones sea cuales estas fueran.

Su habitación seguía como cuando la dejaron, no tenía ni una mota de polvo. Tampoco parecía tan amplia como la recordaban. Tal vez se debía a que habían crecido, pero la cama, sin importar el tamaño, fue suficiente para las tres mientras acondicionaban mejor el lugar. Para ellas, no existía mayor dicha que la de estar en su hogar, saberse juntas y sentirse unidas.

La habitación terminó siendo muy pequeña para las tres, y en una nueva aventura ayudaron a su padre a hacer una ampliación. Al derribar la pared que separaba la siguiente habitación lograron ganar espacio suficiente como para colocar una cama para cada una, un armario bastante amplio y hasta un sofá donde las tres cabían.

A un mes de su llegada ya estaban bien acomodadas. El oro que Táiwel les había dado sirvió para llenar su armario, y para hacer de su espacio un lugar acogedor, compraron mantas calentitas y almohadas suaves, cortinas de tonalidades cálidas y persianas fuertes y resistentes al frío. Tenían todo y nada les faltaba, porque incluso Tivana pasaba sus horas al lado de mamá Torna aprendiendo la profesión de los remedios y, además, también se esforzó en aprender a leer y escribir.

Con el paso de los días, Vaéris se dio cuenta de que, dentro de poco, debían surtir los anaqueles, y ninguna de las tres podía esperar más tiempo para comenzar a hacerse cargo de eso. ¿Qué habría de difícil en cazar bestias y, a su paso, ir recolectando hierbas y flores? Todo parecía ir bien y el ambiente era tranquilo, todo era felicidad, hasta que una tarde antes del ocaso, encontraron a Vaden bien vestido y arreglado. Sus ropas eran acolchadas, como una especie de armadura de tela que lo hacían lucir como un fornido leñador en lugar de un hierbero.

Las chicas se reían de él al verlo, en cambio Torna mostraba la cara larga en total silencio y seriedad. No quería ni girarse a mirarlo y liberaba toda su furia batiendo manteca con las manos para preparar un poco de pan.

—¿Qué les parece si me acompañan? —preguntó a las chicas sin ocultar su entusiasmo, solo para ver a Torna azotar las cazuelas sobre la mesa, lo que provocó que toda la atención se centrara sobre ella.

—¡Ya han hecho su voluntad! —les dijo a las tres con mirada severa—. ¡Ya no tienen nada de qué arrepentirse! ¿No creen que ya es tiempo de sentar cabeza y tomar marido en lugar de querer acompañar a su padre a una taberna de mala muerte a conocer a sus amigos?

—No voy a tomar marido, madre —afirmó Vaéris con seriedad.

—¡Las tres tienen edad suficiente! ¡Ya hasta deberían tener un hijo!

—No voy a ser madre, señora Torna —aseguró Tivana.

—Y tú, ¿qué vas a decir? —gritó enfadada, mirando hacia Zokane.

Con el silencio que se produjo, Torna entendió que había perdido la batalla. Entre refunfuños y manotazos salió de la cocina empujando sillas y todo a su paso. Le parecía descabellado que ese trío no entendiera la importancia de las mujeres en el imperio, la importancia de ellas en su vida.

Si bien una mujer podía hacer cualquier cosa, los hombres siempre las superan en fuerza física y no era ninguna vergüenza dejar los trabajos extenuantes para ellos. Apoyar a un marido con las labores del hogar y criar a los hijos tampoco era cosa fácil y, después de todo, como pareja, no había felicidad más grande que procrear una vida con el amor que ambos se tenían.

—¿Hace cuánto que no te reúnes con tus amigos? —preguntó Vaéris al ver salir a su madre tan alterada.

—Desde que se fueron con Táiwel. El problema no es ese… el problema son ustedes; ahora que son adultas y que tienen conocimiento en armas, me parece adecuado llevarlas conmigo; justamente eso es lo que su madre no quiere, pero... ¡Yo muero de ganas porque sean conocidas como mis hijas! —remató lleno de orgullo y con eso las convenció.

A toda prisa, se vistieron con sus mejores prendas, pero no fue un vestido lo que eligieron, sino unos atuendos que habían comprado en el camino de regreso a casa. Algo tan simple como un conjunto de pantalón y peto acorazado, con botas acolchadas hasta media pantorrilla, y ya lucían como un trío de bandoleras. Sin más tiempo qué perder, apenas alcanzaron a cepillarse el pelo para domarlo un poco y salieron al encuentro de Vaden.

—¡Por todos los dioses! —exclamó admirado al verlas entrar—. ¡Que su madre no las vea salir así o nos castigará a todos!

Estaban acostumbradas a ser vistas como guerreras, incluso podían lidiar con la lujuria y las obscenidades sin que se les moviera un pelo, pero al recibir el halago de su padre, un cierto pudor las hizo enrojecer y sonreír con nerviosismo.

Colocándose sus capas para el frío salieron con los últimos rayos de luz rumbo a la taberna, que no quedaba nada cerca. Al llegar, entraron por la puerta trasera, donde un hombre que no podía ocultar su porte bélico les indicó el camino después de que Vaden se acercara y le susurrara algo. Su mirada inquisitiva se dirigió a las chicas, pero no hizo ni dijo nada para impedirles el paso.

La reunión tenía lugar en un salón privado de la taberna, el más apartado y solitario posible ubicado en el sótano del lugar. La puerta oculta detrás de los barriles de licor era tan diminuta que incluso Zokane, que no alcanzaba la altura promedio, tuvo que agacharse para cruzarla. La privacidad que ofrecía el sitio favorecía que los gritos eufóricos y las carcajadas no fueran escuchados en ninguna circunstancia.

Las chicas se sentían emocionadas al descubrir los secretos de su padre. Al cruzar el umbral, se encontraron con el salón lleno de comida y bebida. Las miradas curiosas se dirigieron hacia los recién llegados, y un hombre que hacía notar su alta alcurnia se acercó de inmediato mostrando la mejor de sus sonrisas.

—¡Al fin! El susurrador carmesí en persona —exclamó animoso, acercándose lo suficiente

para que ambos pudieran palmear sus espaldas con ímpetu—. ¿Desde cuándo hacéis de niñera? —le preguntó mientras echaba un vistazo a las tres invitadas.

—Son mis hijas —alardeó Vaden—. Algún día seguirán mis pasos y no vi ningún problema en traerlas.

—¡Válgame los dioses! Creí que todas vuestras hijas estarían casadas… ¿De qué forma habéis convencido a Torna como para que ella permitiera esto?

—Es una larga historia, pero todo fue cosa de ellas, te lo aseguro —respondió conteniendo su carcajada—. Muchachas, les presento a Rylan, el más destacado orfebre que posee el imperio. —Ellas inclinaron la cabeza a manera de saludo mientras su padre las presentaba—. De la más grande a la más pequeña, ellas son: Tivana, Vaéris y Zokane.

—¡Bienvenidas, doncellas! —exclamó animoso, invitándolos a pasar— ¿Zokane y Vaéris? —murmuró para sí—. ¿Dónde escuché esos nombres? ¿Las arenas de Táiwel? —preguntó sin más.

Jamás afirmaron nada, pero tampoco lo negaron. Un guiño de Zokane y el dedo índice de Vaéris sobre sus propios labios fue su manera de pedirle silencio, con eso, Rylan supo que no se equivocaba y, en privado, felicitó a Vaden. Las muchachas representaban todo lo que se esperaría que un espía de la alcurnia de Vaden, uno de los incitadores principales para la unificación de la rebelión y mensajero para sus fines, tuviera como hijas.

La noche se volvió un ir y venir entre los invitados. Pretendientes no faltaron, desde jóvenes hasta viejos, pero ellas, desde muy niñas ya habían aprendido a decir no y hacer clara su negativa. Vaden también contribuía para alejar a sus pretendientes y, con todo el orgullo que le causaban sus hijas, no se apartó demasiado de ellas al darse cuenta del revuelo que su presencia estaba causando.

La reunión no parecía nada fuera de lo normal, hasta que entró en la sala un hombre de porte arrogante, con el ceño fruncido y la boca contraída. Su piel gruesa y llena de cicatrices dejaba clara su procedencia, y la espada que pendía de su cintura era la confirmación: se trataba de un legionario del imperio. Sin presentarse ni dar importancia a nadie, saludó cordialmente a todos mientras avanzaba hacia el fondo de la sala, donde pudo tomar asiento en una de las mesas que tenían una panorámica completa del salón.

—¡Caballeros! Tenemos poco tiempo antes de que se note mi ausencia. Al fin podemos reunirnos todos sin que sea evidente, y hay mucho de qué hablar. Agradezco a Vaden Remedios por su ardua labor al reunirnos a todos. Sin más rodeos, vamos a lo que nos atañe.

«Debemos hacer algo, antes de que la poca capacidad del emperador para regir termine con lo que queda de la estabilidad en el imperio. Su locura se ha extendido a límites insospechados. Ni siquiera ha sido capaz de detener la búsqueda por la última Bluthiem. A pesar de que se pudo encontrar la tumba donde el fallecido Nahir enterró a su heredera, ha vuelto a enviar una expedición en su búsqueda.

—Su obsesión se debe a que Nahir realmente nunca pudo demostrar la muerte de su heredera —alzó la voz un hombre viejo y enjutado, atrayendo las miradas—. El asesinato de Nahir obligó al emperador a vivir con la duda.

—Eso son especulaciones —aseguró el legionario—. Todos sabemos que murió a causa de las torturas del emperador.

—Lo que se ha dicho dista mucho de la realidad. Se sabe que fueron semanas lo que duró antes de morir, la realidad es que pasó edades viviendo en las mazmorras antes de morir a causa del veneno —respondió el anciano—. Fui yo quien, poco a poco, en su agua, fui colocando gotas de hierba azul para que muriera sin que pudieran detectarlo a tiempo para sanarlo.

—¡¿Qué hiciste qué?! —preguntó el legionario sorprendido e indignado, como si su confesión

hubiera sido una traición en toda regla.

—Soy simpatizante del legado Bluthiem —alegó el viejo a su favor—. Nahir fue un buen amigo, como lo fue de todos los aquí presentes. Estaba condenado. Ni en mil vidas hubiera podido escapar del emperador. O lo asesinaba yo, o lo veríamos sufrir durante tantas edades como el emperador lo hubiera deseado. Pido disculpas, caballeros, pero no estaba dispuesto a verle pasar el resto de su existencia en el mismo martirio por el que tuvo que vivir.

—El levantamiento contra el imperio puede tener tantos nombres como deseen —alzó la voz otro hombre en la lejanía—. La aniquilación del legado Bluthiem fue la gota que colmó el vaso. El sadismo que mostró el emperador quedará grabado en la eternidad, y esa chiquilla, Meila Bluthiem… no haría ninguna diferencia aun si estuviera viva. Les pido que hablemos de lo que es real. ¡Yo les diré qué es real! El poblado donde vivo ya ha sido atacado tres veces por las bestias errantes en lo que va de la temporada, y los legionarios no nos dieron ninguna clase de protección. ¡Once muertes en tres asaltos! ¡Eso es real!

—¿Y qué hay de la gente en mi pueblo? —gritó otro hombre para hacerse escuchar ante la conmoción que se creaba—. Las cuotas en las minas cada vez son más inalcanzables y si no las cumplimos, no hay raciones de alimento para nuestros niños, a los que tienen cautivos.

La plática subía de tono. Los gritos hacían parecer que la conversación pronto terminaría en pelea. Tivana se cubría la boca con una mano al escuchar todas las aberraciones que se gritaban, las cuales, eran provocadas por las exigencias del emperador. Vaéris no pudo más que cruzarse de brazos y recargarse sobre la pared observando al suelo, entendiendo la razón del enfado de su madre.

Y mientras todos gritaban sus penas, Zokane sintió la punzada latente de su corazón alterado, un mareo repentino le revolvió el estómago desde el mismo momento en que escuchó hablar de su padre y de su larga y angustiante muerte. Estaba segura de que había palidecido y, para no llamar la atención, se sentó en la mesa cercana apoyando sus brazos sobre la madera para esconder su rostro entre ellos.

El mar de su corazón estaba a punto de desbordarse y el nudo en la garganta comenzó a asfixiarla. Finalmente, no pudo más; se levantó de prisa cuando los gritos clamaban venganza en su nombre, y corriendo, alcanzó a salir del salón para vaciar el estómago en las escaleras que custodiaban cuatro legionarios. La miraron con asco, y si ella hubiera puesto atención a sus miradas, se habría sentido insignificante.

—¡Eres muy joven para andar metida en esas reuniones y bebiendo de esa manera! —se burló uno de los cuatro, pero ella los ignoró, se sostuvo de la pared y a trompicones continúo subiendo sin mirarlos.

En el último escalón fue alcanzada por las otras chicas mientras su padre, con mirada compungida, las observaba alejarse desde la puerta.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó Vaéris, ayudándola a caminar—. ¿Por qué estás vomitando?

—Creo que la comida me ha sentado mal —mintió.

—¿No será culpa de Darcié? —especuló con burla pero preocupada.

—¡No seas tonta, Vaéris! Anda, regresa con tu padre. Si no, ¿quién nos contará todos los detalles?

—¿Irás a casa?

Vaéris la observó detenidamente cuando Zokane afirmó en silencio, suspiró mostrando indecisión, había algo en la mirada de su hermana, algo en el fondo le decía que no estaba siendo completamente honesta. Pensó en acompañarla, pero cuando Tivana dijo que se ocuparía de ella,

Vaéris decidió quedarse con su padre para saber en qué terminaba todo para poder contarles a ellas. Y así terminó la noche para Zokane, metida en la cama, con el alma rota, esperando un brebaje de Torna mientras Tivana le acariciaba la espalda.

—¿Estás segura de que Darcié nada tiene que ver?

—¡Por todos los dioses, Tivana! ¿Por qué piensas semejante cosa?

—Estuvieron solos bastante tiempo. ¿Por qué no?

—Deja eso, por favor, que ya de por sí me siento terrible. No pasó nada de eso con Darcié. Además, si acaso hubiera pasado algo, en esos momentos teníamos el efecto del remedio; según las notas, también es efectivo para evitar quedar encinta. ¿Ahora estás tranquila?

—¿Ha vuelto a vomitar? —preguntó Torna interrumpiendo su charla, y al ver la negativa, se acercó con un tarrito lleno de un brebaje humeante—. Bebe todo, te aliviará de cualquier cosa que te haya hecho daño.

—Gracias, Torna. No estoy enferma —respondió rechazando el brebaje, acurrucándose entre las cobijas.

—¿Vomitas y no estás enferma? —Su pregunta fue acompañada de una mirada lastimera.

Sabía de antemano lo que se hablaría en aquella reunión, siempre hablaban de lo mismo: buscar el punto débil para impulsar a la acción a todo el que estuviese a favor de la rebelión; y siempre y sin demora, se mencionaba cada detalle de lo que causó el levantamiento a las armas.

Con aire compasivo se sentó a su lado. Colocando la mano sobre su hombro aplicó la fuerza suficiente para hacerse sentir y para demostrarle su complicidad. Ahora que Zokane era toda una guerrera, Vaden buscaría cada oportunidad para convencerla de que se unieran a la rebelión, y seguramente para obligarla a revelar su identidad; y si ella se había puesto en esa condición con solo oír la charla, no podía ni imaginar qué ocurriría después.

—¿Hablaron de la rebelión? —preguntó Torna para confirmar sus sospechas.

—Sí —respondió Tivana ante el silencio de Zokane—. Pero no logré entender mucho de eso… Se gritaban unos a otros mencionando un legado que no conozco y, en medio de todo, como si fuese concurso, intentaban descubrir quién sufría las peores atrocidades de guerra.

—No hay mucho que entender, Tivana. Hace casi dieciocho edades, la familia regente de las Tierras del Norte, los Bluthiem, dieron a luz a su única heredera durante un eclipse muy peculiar. Como bien sabes, todos los nacidos durante un eclipse son bendecidos con dones, pero, al tratarse de un eclipse sumamente raro, se esperaba que las bendiciones fueran mayores. Sumado a eso, Meila Bluthiem nació en el momento cumbre, por tanto, se dice que esa niña, era una dotada al poder y la magia. Suma todo y entenderás la fijación que el emperador siente por ella.

—Creí que la familia regente del Norte eran los Aubery.

—Los Aubery fueron el legado que el emperador implantó en aquella región para sustituir a los Bluthiem. De los antiguos regentes no queda nada más que un recuerdo.

—Ahora entiendo… Pobre familia…

—Sí. Es una lástima que el emperador hubiera deseado adoctrinar a la única heredera del legado. Pero el cabeza de familia se negó a entregarla y el emperador la reclamó de la única manera que ha sabido desde que tomó el imperio.

—¿Y no podían engendrar un nuevo heredero y darle a esa niña el privilegio de servir al imperio?

—¿Te parece privilegio servir a un tirano como lo es Efrén Kirínmuil? —preguntó Torna con severidad.

—No, tiene razón, señora Torna —respondió Tivana mostrando vergüenza—. Me convertí en esclava gracias a él y sus excesivos impuestos. Mi padre no podía ocuparse de mí y el resto es

historia.

—Los Bluthiem no podían tener un nuevo heredero… Tuve el honor de conocer a Anendra Bluthiem. La mujer era bastante mayor cuando quedó encinta. Había perdido innumerables bebés y estaba desesperada. Necesitaba un heredero para el legado y ella no podía proveer ninguno. Por eso vino a mi encuentro. El cabeza de familia debió de amarla demasiado, hasta el punto de negarse a contraer nupcias con una mujer nueva capaz de darle el heredero que tanto necesitaba.

—¿Vino en busca del remedio para la fertilidad?

—Sí. Y tuvo el milagro que esperaba sin la posibilidad de procrear otro. Por eso, cuando el emperador solicitó como súbdito a esa heredera, no hubo forma de que la obtuviera. Ante la negativa, el emperador masacró a todo el legado mientras la buscaba, con eso nació el misterio de su paradero y la rebelión tomó fuerza gracias a esa niña.

—¡Vaya! Qué tragedia.

—Yo solo deseo que, si Meila Bluthiem sigue viva, sepa que su vida le pertenece y que no le debe nada a nadie. No tendría problemas para elegir un marido, su belleza le pondría al mismo imperio sobre sus manos si así ella lo quisiera.

«De baja estatura como su madre y con los mismos ojos grises que ella, el cabello negro y la piel pálida lo habría sacado de su padre; la inteligencia provendría de los dos. Estoy segura que su madre le inculcó el amor por la lectura, tal como me prometió que haría si acaso quedaba encinta. Y su astucia y facilidad para tácticas y la habilidad como mediadora lo traería innato por el simple hecho de ser la heredera Bluthiem.

Se levantó haciendo presión sobre el hombro de Zokaneque había mantenido el rostro oculto en las frazadas. Torna deseaba que, al conocer su historia de aquella manera, finalmente pudiera desprenderse de todo lo que la ataba. Aunque a Zokane solo le dio el entendimiento necesario para estar segura de que su maldición la perseguiría por siempre.

El corazón se le apretaba como un nudo en el pecho, y los recuerdos del pasado parecían una daga que se enterraba más profundamente en un intento de arrancarle la vida. Sentía que se asfixiaba del dolor, y con la cabeza metida en las cobijas, apenas podía respirar.

—¿Desde cuándo lo sabes? —le preguntó, descubriéndose el rostro y mirándola con los ojos tristes. A esas alturas era estúpido seguir ocultando todo a quien obviamente sabía de lo que hablaba, y Torna no desperdiciaría esa oportunidad.

—Desde el primer momento en que te vi —respondió ella sin dudarlo, intentando ganarse su confianza de una buena vez.

—Y no lo mencionaste antes… ¿Por qué?

—Si habías tenido el coraje de deambular en un bosque por ti misma, también tenías el coraje para vivir la vida que deseabas y yo no lo iba a impedir. Saber quién eras me dio el valor para darte un poco de lo que se te arrebató: tranquilidad en un hogar.

—¿Vaéris sabe…? —Guardó silencio sin poder pronunciar más.

—Si tú no se lo has dicho, entonces solo sabemos mi esposo y yo… y ahora Tivana.

—Y así quedará —afirmó mirando a Tivana fijamente hasta que la chica reaccionó con un sobresalto al entender todo. Tragando saliva, afirmó enérgicamente con movimientos de cabeza y, con la mirada, pudo darle la seguridad de que cumpliría.

—Aun así, tengo que decirte esto, hija mía. Quiero que sepas que puedes contar conmigo en todo momento. Que ya no estás sola y no tienes por qué cargar todas tus penas sin ayuda de nadie.

Las lágrimas que brotaron de los ojos de Zokane se escurrieron por todo lo largo de sus mejillas. Era un llanto silencioso pero que gritaba con todas sus fuerzas, y Torna no lo pudo

soportar. Se acercó a ella y la envolvió en sus brazos como cualquier madre amorosa lo habría hecho. La dejó llorar hasta que Zokane logró quedarse dormida entre esos brazos maternales que la hicieron sentir segura.

Los días siguientes, Zokane permaneció distante, escuchando la pasión con que Vaden hablaba de la rebelión y cómo Vaéris parecía comenzar a compartir sus ideas. Definitivamente, ese no era un buen futuro para ella y haría caso a Torna; viviría a su manera y lo haría sin ser parte de ninguna rebelión.

Ella, que tenía claro su futuro, vio claras sus opciones: según el bestiario que Darcié le había dado, los capullos del gusano de las montañas estaban en su punto para ser cosechados. En el camino, habría múltiples lugares dónde conseguir hierbas de mucha utilidad para mamá Torna. La elección sería de Vaéris: o se quedaba con su padre y su rebelión, o se unía a ellas en su jornada para surtir los anaqueles. Tivana, sin ninguna duda eligió el camino de Zokane. Después de todo, siempre se sintió un poco más allegada a ella, en especial ahora que compartía su gran secreto.

Vaéris, que no entendía esa precipitada decisión, insistió tanto como pudo para hacerlas cambiar de parecer. Le parecía ilógico que ninguna de sus hermanas deseara unirse en pro de la rebelión, y tuvo que poner en claro sus ideas, aunque no por mucho tiempo, cazar y llenar los anaqueles también sonaba prometedor.

Tan pronto la pelirroja se decidió, tomaron la lista con hierbas que mamá Torna necesitaba con más urgencia y anunciaron su partida. La rapidez con que ocurrió todo no dio tiempo para que Vaden lograra acumular los argumentos para convencerlas de lo contrario. Con su decisión, echaban a perder todos sus planes en pro de la rebelión. En cambio, Torna, con una sonrisa, les acomodó frascos de comida en conserva y todo lo necesario para su viaje.

—Recuerden tener cuidado. Y vuelvan pronto —les dijo como buena madre.

Con la aventura que estaban por iniciar, Zokane fue una vez más a los pies del árbol de ginkgo y desenterró a Bashitva. Guardándola entre sus ropas quiso mantenerla cerca. Era tiempo de que sus padres se quedaran en casa y de que ellas hicieran esta parte de la profesión de su familia. Pero más que eso: era tiempo de convertirse en cazadoras.

TERCERA PARTE



Cazadoras legendarias en búsqueda de gloria
emergerán como centinelas de la tierra mágica
desafiando los límites de la valentía
forjando un lazo fraternal inquebrantable;
sus nombres viajarán en los vientos eternos
demostrando que el amor y la unidad
son armas tan poderosas como sus flechas y su voluntad.

I

El renombre y la fama se gana poco a poco y con perseverancia, especialmente si de cazadores se trata. Los más fiables eran buscados para encargos específicos, pero a veces ni siquiera el renombre garantizaba obtener las piezas de una calidad aceptable. Por lo mismo, era un riesgo aceptar tales encomiendas. Había mucho en juego y ninguna seguridad para cumplir con el encargo. Todo eso hacía que abrirse un hueco en el mundo de los cazadores fuera complicado.

Sin embargo, la habilidad combinada de las tres chicas era envidiable, y más pronto de lo esperado la familia Remedios logró posicionarse entre aquellos que proveían las piezas de mejor calidad. Sus logros eran tan celebrados, que a veces otros cazadores llamaban a su puerta para aprender sus secretos. Aunque también, muy de vez en cuando, lo hacían con el único fin de cortejarlas.

Si había que hablar de mitos, referirse a las esclavas con apariencia de diosas que se volvieron cazadoras, era suficiente para que se iniciara una acalorada discusión sobre si realmente existía un trío de muchachas con tales cualidades.

Las chicas aprendieron rápidamente las desventajas de tener aquella fama. En más de una ocasión fueron el blanco de los bandoleros que buscaban hacerse de las piezas por las malas, y también, tuvieron que mediar con aquellos que intentaban por la fuerza buscar un poco de placer entre sus piernas. Razones sobraban para mantenerse alejadas de los caminos concurridos y endurecer su carácter. Si debían aproximarse a alguien, lo hacían con extremas precauciones, y si debían revelar su identidad, se aseguraban de que no hubiera forma de que nadie pudiera sobrepasar la línea con ellas, cubriéndose las espaldas unas a otras.

Con sus debidas precauciones, disfrutaban darse una vuelta por los poblados de más importancia y visitar sus tiendas. Tivana amaba pasearse entre los puestos llenos de joyas, accesorios y comida, aunque también gastaba tiempo en buscar bolsos que pudiera adaptar a sus ropas o a su morral. Vaéris, por su parte, visitaba cada armería a la caza de alguna daga que atrapara las miradas, sin mencionar las puntas de flechas y lanzas hermosamente talladas. En cambio Zokane, solía perderse entre las repisas de las bibliotecas leyendo hasta que no tenía más remedio que abandonar el lugar.

El regreso a casa siempre iba acompañado de regalos y anécdotas de fogata, mientras que los pedidos de piezas cada vez se volvían más exigentes. A veces, su llegada solo era para entregar la mercancía, darse un buen baño, descansar un día, y salir de inmediato para intentar reducir la apretada lista de espera.

—Un negocio bien hecho y derecho —gimió Vaéris llena de fastidio, con la cara sobre la mesa de la posada donde habían parado, antes de perderse en los bosques nevados de la frontera sureña colindante con el Este.

—¿Te acuerdas, Zokane, cuando Darcié nos dijo que esto pasaría y Vaéris puso cara de que sería «pan comido»? —Su burla no hizo que Vaéris se levantara; al contrario, la hizo lloriquear más.

—¡Claro, Darcié! —suspiró Zokane con el recuerdo de su primer amor—. Me pregunto qué andará haciendo ahora.

—Han pasado más de dos edades y no le hemos visto ni el pelo. ¿De verdad crees que siga

vivo?

—¡Qué amable, Vaéris! —respondió Zokane, asombrada por sus palabras—. Si tú no has muerto, ¿qué te hace pensar que él sí? —remató sin ocultar su enfado.

Su charla se vio interrumpida cuando un hombre mayor se aproximó a ellas. Aunque de aspecto sucio y maloliente, dejaba claro que era un cazador, y como si eso no bastara, la mirada ausente y el aliento alcohólico delataban que era un cazador en plena borrachera. Precavidas, se miraron las unas a las otras, preparadas para cualquier situación, poniendo no solo atención en lo que decía sino también en lo que hacía.

—Mis compañeros y yo acabamos de llegar de la montaña —les dijo, señalando a un grupo de tres hombres sentados en el otro extremo del comedor—. Apenas entramos, notamos su presencia, y discutíamos por saber si acaso son esas que llaman «Las Arpías Doradas».

—¿Las Arpías Doradas? —preguntó Tivana con mueca de asco.

—¡Las hijas del hierbero! —espetó fastidiado mientras sus amigos se burlaban de él a carcajadas por su osadía.

—Se equivoca —respondió Zokane—. Nos confundes.

—¿De verdad? Es una lástima, mi señor hubiera estado encantado de hacer trato con las Arpías.

—Dígale a su señor que los arreglos deberá hacerlos con el padre y no con las hijas.

—¿Y cómo puedes asegurarlo si no son las Arpías?

—Toda la región sabe eso. —Poniéndose en pie, Zokane quiso terminar la charla, y con una mirada discreta a las otras les indicó la retirada.

—Si no son las Arpías, seguro que entienden que es muy peligroso andar solas por esta tierra inhóspita —les habló con mirada burlona y sonrisa malintencionada, apoyando de paso la suela de su bota contra el canto de la mesa, de modo que impedía el paso a Tivana.

—El peligro no serás tú, ¿verdad? —preguntó Vaéris, preparada para mostrar sus armas.

—Vamos, lindura, a un sitio más apartado y comprueba si soy de peligro o no.

—Te sugiero que te apartes y la dejes pasar —le advirtió Zokane, controlando el tono de su voz en un intento por no perder los estribos.

El hombre estaba lleno de malas intenciones y ellas podían sentirlo, tampoco se necesitaba de mucho como para saber que pronto, todo terminaría mal, e hicieron su último intento por irse sin ningún lamentable altercado, pero el hombre, en lugar de hacerse a un lado, envalentonado por su poco autocontrol, tomó un extremo de la capa que cubría a Tivana para poder ver debajo. Los compañeros del hombre observaban de lejos, riendo como si aquello fuera el espectáculo más divertido del día pero, con la audacia y el atrevimiento de su compañero, enmudecieron.

Para Zokane, la situación le hizo hervir la sangre. No había necesidad de dialogar, ya estaba claro hacia dónde conduciría todo, y de solo imaginar el resultado si en verdad ellas fueran unas simples campesinas, no se pudo controlar.

Tan rápido como el hombre había realizado aquella osadía, Zokane hizo a un lado su abrigo, extrajo una de las dagas que Vaéris había elegido para ella, y lanzó un corte rápido con la intención de rebanar la mano con que el sujeto sostenía la capa. Con la fuerza del movimiento hubiera logrado su cometido, pero en cambio, la sorprendió el estridente choque de acero contra acero.

—¡Os lo ruego, dama mía! —exclamó un intrépido hombre de aspecto harapiento pero peculiar porte, que logró bloquear el paso de la daga al no ser advertido—. No hagamos una tragedia por culpa de un borracho.

El borracho palideció ante la llegada de este nuevo individuo. Sus compañeros, ya de pie y

con intenciones de intervenir, detuvieron el paso. Ni un solo ruido o risas se escuchaban. Todo estaba inmóvil. La presencia del recién llegado bastó para poner todo en orden denotando su importancia, y Vaéris no esperó; haciendo a un lado su abrigo dejó ver sus armas y el recién llegado pudo dar un vistazo comprendiendo la situación. Con sonrisa forzada, para no mostrar su preocupación, guardó su acero con todas las precauciones que pudo. Mostrando su buena voluntad suavizó tanto como pudo su voz áspera para confirmar una tregua.

—Os pido disculpas, el licor fue lo único que nos ayudó a soportar el frío de la montaña al cruzarla.

—¿Escudas este tipo de acciones bajo el licor? —preguntó Zokane lanzando una mirada de asco sobre el recién llegado.

—Tenéis razón, dama mía; es una tontería. Mis hombres a veces son un tanto imprudentes.

—¡Basta de esa tontería! —rugió furiosa, sintiendo una creciente frustración ante la arrogante actitud que todos ellos tenían—. ¡No soy tu dama! ¡Te sugiero que elijas mejor a tus hombres antes de que te metan en aprietos más graves! Usas el lenguaje de la corte del emperador, deberías sentirte avergonzado de tener bajo tus órdenes a este tipo de individuos.

La severidad en Zokane no dio lugar para mediar. En una orden silenciosa llamó a sus hermanas y el borracho se movió dejando paso libre a Tivana. El hombre que llegó a salvar la mano del borracho no esperaba volver a cruzar miradas con Zokane, y al hacerlo, le resultó estimulante apreciar el coraje en esos ojos grises. Pero más que eso, se sintió admirado ante la actitud agresiva e inflexible de aquella diminuta mujer.

La impresión del hombre fue muy diferente a lo que experimentó Zokane, que solo pudo ver en él a un prepotente de alta cuna envalentonado por sus guardias de mala monta. A sus ojos, sin importar la evidente noble procedencia del hombre, fue uno más de tantos pendencieros incapaces de darse cuenta el peligro real al que ellas estaban expuestas.

—¡Permitidme enmendar la ofensa! —les pidió el hombre mientras ellas abandonaban el comedor.

Las tres chicas se marcharon sin volver la mirada y él, permaneció clavado en el sitio. Peinando sus cabellos castaños hacia atrás suspiró con fuerza, tenía un profundo y extraño deseo de no dejarlas marchar, pero aceptó con absoluta resignación no poderlo evitar. La sonrisa ladina del hombre se incrementó, rebosaba de entusiasmo al tener una extraña sensación, una especie de presentimiento que no supo definir. No podía decir que sintiera el orgullo herido al haber sido tratado de esa forma, mucho menos por una dama hermosa, pero si le causó disgusto que ninguna disculpa hubiera sido aceptada.

Ellas se aseguraron de que no las seguirían, tomaron las provisiones necesarias, y se perdieron en el nevado bosque rumbo al paso Lumtan, ubicado en las faldas de las montañas, lugar que las conduciría hacia las cascadas de las minas viejas, en la fértil Tierra del Este, hogar del codiciado oro negro, criatura diminuta, acuática y escurridiza, que solo era vista a finales del invierno.

—¡Arpías! —mascullaba Vaéris una y otra vez titiritando de frío, mientras se untaba la piel de todo el cuerpo con una capa gruesa de manteca a base de nueces, especial para mantener el calor.

—Te lo tomas como algo personal —le decía Tivana al tiempo que se reía de ella entrecortadamente, intentando quedar bien embadurnada antes de vestirse de nuevo.

—¡Hay bestias más adecuadas para referirse a nosotras!

—Las Arpías son magníficas —interrumpió Zokane sin mostrar un poco de frío al estar desnuda sobre el suelo nevado de las montañas.

—¡No, no lo son, Zokane! Son despreciables, molestas y una calamidad.

—Son todo eso y, además, son temibles, aguerridas, perseverantes, elegantes y hasta

sensuales, son deseadas y difícilmente cazadas. Estoy conforme con el título de Arpía.

—¡Patrañas! —refunfuñó Vaéris entre saltitos haciendo una pataleta—. ¿Podrías fingir al menos que sientes frío? ¡Me exasperas!

El comentario, le robó la más sincera de sus carcajadas a Zokane, y antes de que el estómago comenzara a dolerle, se apresuró a untarse, o el frío se volvería insoportable. De las tres, fue la primera en volver a vestirse adecuadamente y esperó con paciencia, mientras se burlaba de ellas y su lentitud.

Como aquella, muchas veces sus trucos eran poco ortodoxos, pero resultaban efectivos para mediar contra el clima. Aunque pareciera una locura, atravesar las montañas en pleno invierno era la mejor opción. Las bestias más peligrosas estarían invernando y cazarlas en ese momento aseguraba una calidad insuperable. Sin importar lo complicado que fuera encontrar sus madrigueras, era preferible hacerlo de esa forma que de la manera convencional.

Cruzar las montañas no tomaba más de quince días, pero ellas se perdieron en sus laderas por dos meses. Cuando bajaron, llevaban los morrales llenos de las piezas provenientes de un único acorazado de lava: temible criatura de piel reforzada, gran tamaño, y la habilidad para inmolarse. De fácil irritabilidad, atacaba sin apenas provocación y, sus embestidas, llegaban a ser tan potentes que podrían partir cualquier muro que se interpusiera en su camino. Lo de menos sería quedar aplastado entre sus poderosas patas, el verdadero problema surgía cuando se inmolaba como última defensa y provocaba incendios que eran capaces de arrasar bosques enteros.

El esfuerzo que suponía cargar las piezas de mayor valor no era faena para cualquiera, y por poco las hace renunciar al viaje que las llevaría a las cascadas de las minas viejas. Pero ellas, en su terquedad, sintieron que estaban tan cerca, que prefirieron seguir adelante. No esperarían hasta el invierno siguiente para capturar al oro negro, por lo que tardaron otro mes en lograr acceder. Pero al hacerlo, sintieron la satisfacción de ver cómo los ríos fluían con lentitud ante el deshielo.

A toda prisa, acondicionaron un modesto campamento por temor a las últimas ventiscas, y dispusieron las trampas en los salientes que surgían del interior de la montaña. Así tardaran un poco, pero no se irían sin haber atrapado a las escurridizas criaturas que se deslizarían a través de las trampas, y al hervirlas a fuego lento, garantizaba su excelente calidad.

Después de un par de días encontraron el paraíso. Se trataba de una caverna poco profunda cuyo fondo contenía un manantial de aguas termales. El afluente parecía provenir de un hueco de mediano tamaño en la piedra firme del fondo, fluyendo libre hasta alcanzar el cauce del río. La caverna era tan espaciosa y cálida que decidieron guardar sus cosas dentro, cubrir la entrada con ramas y hierbas, y disfrutar del baño termal tan merecido, aprovechando el momento para quitarse todas las capas de manteca que tenían en su cuerpo.

Por fortuna, no hubo más ventiscas y el rápido deshielo rindió frutos. Cuando se marcharon rumbo a su hogar, lo hicieron con un costal lleno de oro negro. Y en su camino a casa, aun cerca de las minas viejas, tuvieron un indeseado encuentro con el mismo hombre que meses antes habían visto en la falda de la montaña.

El hombre las tenía bien ubicadas; desde el día anterior las había encontrado por casualidad, cuando él y sus hombres usaban las minas viejas como atajo para llegar más pronto a su destino. Al verlas, siguieron sus movimientos sin hacerse notar y fue así como se dieron cuenta del esfuerzo que las tres muchachas hacían por mantener un buen paso, haciendo evidente que la carga que cada una llevaba era lo que las ralentizaba.

Después de pensarlo un poco y discutirlo con el cabecilla de su guardia decidió ayudarlas, y aunque no tenían la certeza de que en verdad fueran las afamadas «Arpías», estaba casi convencido de que sí lo eran. Bastaba con verlas. Encajaban a la perfección con la descripción

del canto que escucharon de un trovador: «Temidas mujeres de belleza inaudita que, con su refinada elegancia, podrían seducir a los propios dioses con solo regalarles una mirada».

El hombre se acercó a ellas sin la compañía de su guardia, las tres chicas le miraron sorprendidas, no esperaban volvérselo a topar, su mugroso porte había desaparecido y se mostraba lleno de confianza, su ropa dejaba ver que se trataba de un integrante de las grandes familias, y su cara bien afeitada y su cabello largo, que peinaba en una cola de caballo sobre la base de su nuca, dejaba ver que era mucho más joven de lo que en un principio pensaron. Su apariencia ahora resaltaba sus rasgos varoniles, y lo peor de todo era ese hoyuelo en las mejillas que acompañaba a su sonrisa conquistadora, la cual parecía no surtir efecto con ninguna de las tres chicas.

—¡Mis damas! —Las saludó con gallardía, al tiempo que desmontaba de su precioso garañón —. El destino nos une de nuevo.

—¿Dónde has dejado a tus hombres? —le preguntó Zokane, dedicándole una mirada rápida sin dejar de caminar, insinuando que se fuera a buscarlos.

—Están cerca de aquí y con muy buena salud. Gracias por preguntar. Seguí el consejo y me deshice de ese borracho buscapleitos, pero al resto os enviaré vuestros saludos.

—¿Y qué quieres, que te felicite? —preguntó Zokane de mala gana, dejando ver que no le placía verle—. ¿Por qué no les haces el favor de ir con ellos? —remató para que no quedara duda de que en verdad no era bien recibido—. Deben de estar buscándote. No vayas a tener la mala suerte de perderte en el bosque.

—Tal vez os gustara saber que conocí a Vaden Remedios… —Tras su comentario, guardó silencio esperando algún tipo de reacción. Fue Vaéris quien dirigió su mirada hacia él.

—¿Pasa algo con el señor Remedios? ¿Por qué lo has mencionado?

—¡No, no! —Sonrió triunfante al ver cómo al menos una de las chicas se había detenido a hablar con él—. Goza de buena salud junto con su mujer… Seguí uno más de vuestros consejos para hacer trato con el padre y no con las hijas. ¿Recordaís?

—¿Y qué ha pasado?

—¿Sereís acaso una de sus hijas? Porque os ha enviado este caballo.

—¡Déjate de tonterías! —la reprendió Zokane—. ¡Vámonos ya!

—Pero habló con papá —susurró Vaéris cuando la alcanzó.

—¿Cuántas veces ha enviado caballos por nosotras?

—Nunca.

—¿Entonces? ¡Camina de una buena vez!

El hombre las vio alejarse a paso lento, sonriendo en una mezcla de satisfacción y tristeza ante la reacción de las muchachas. Para él, era cuestión de orgullo y deseaba más que nunca ganarse su confianza, romper sus defensas y ser el único vencedor. Jamás había tenido que lidiar con ese grado de descortesía hacia su persona por parte de un trío de jovencitas, y le pareció un buen reto a tomar.

Susurró a la oreja de su caballo y lo dirigió hacia las chicas; el fiel corcel, dócil y a paso lento, se fue tras ellas sin chistar.

—Está muy bien entrenado —les gritó el hombre en la lejanía—. ¡Os seguirá hasta que yo mismo vaya a por él! ¡Yo, en vuestro lugar, aprovecharía su compañía!

Vaéris se giró con cierto recelo para verlo alejarse hacia el bosque, mientras que, el caballo, a una distancia prudente, caminaba siguiéndolas a ellas. Al día siguiente se cansaron de aquella persecución y finalmente lo usaron para montarle los pesados morrales. Estaban sorprendidas de la terquedad del animal por seguirlas, pero fue más sorprendente la resistencia que mostró al

cargar sus pertenencias y el temple de mantenerse en calma ante los bramidos de las bestias. Una vez llegaron a su hogar, Vaéris le dio un baño y lo premió por su buen comportamiento.

Esa misma tarde, como de costumbre, las chicas se dieron su merecido baño, y cuando apenas había oscurecido, ya estaban metidas en su camisón listas para dormir las horas que fueran necesarias.

En sus rituales de limpieza, Zokane ponía especial cuidado en cepillarse su larguísimo cabello, procuraba untarlo con aceites para evitar el maltrato. Con fastidio, vio su frasco vacío y fue a la sala donde Torna pasaba las noches después de que ellas regresaban. Ahí, ella se ocupaba de separar y clasificar lo obtenido de los viajes, además de ser el lugar donde creaba sus mezclas con las hierbas, y en consecuencia, donde Zokane podría rellenar su frasquito.

Cabizbaja, miraba el suelo sumida en sus pensamientos. Le gustaba ver sus pies descalzos sobresalir de su camisón a cada paso, y jugar con el roce de la madera intentando no hacerla rechinar. Estaba tan entretenida, que al momento de entrar en la sala que daba paso hacia el rincón de Torna, el chirrido de la puerta fue el único aviso de su llegada.

Levantó la mirada, y se sobresaltó al ver frente a ella al mismo hombre que le crispaba los nervios. Se observaron en silencio. Y a juzgar por la sonrisa que se dibujó en él mientras la barría con la mirada, pudo reconocerla sin ningún esfuerzo. Parecía una doncella común y corriente, frágil e indefensa. Por su parte, Zokane hizo un esfuerzo sobrehumano para no gritarle, y rompió el silencio mostrando su desagrado al verle.

—¿Acaso nos sigues? —exclamó sin mostrar pudor por ser vista en camisón—. ¿Quién te ha dejado entrar?

Las palabras de Zokane sorprendieron al joven. Frunció las cejas. ¿Qué se estaba creyendo? Hasta ahora, únicamente había tratado de ser cortés con ella. La muchacha era hermosa, sí, pero no le había faltado al respeto, mucho menos había intentado cortejarla. La actitud de ella hería gravemente su orgullo, y entonces supo, que no volvería a ser cortés.

—¡Vaya, quién diría! ¡Después de todo, sí había una mujer debajo de todas esas capas de abrigos y mugre! —exclamó entre burlas al llegar al límite de lo que podía aceptar como rechazo.

—No sabía que fueras tan tonto como para tener que verme sin abrigo para descubrir que soy mujer —respondió altanera, con el mismo tono burlón que el joven acababa de usar.

—De hecho —respondió entre dientes con burla descarada, ignorando su comentario—, ahora que os veo bien, hasta parecéis más alta cuando estáis mugrosa. ¿Y sabéis otra cosa? Con ese camisón y esa melena… parecéis una banshee.

Apretando los dientes, Zokane abrió los ojos como si quisieran salir de sus cuencas. El comentario la llenaba de ira. El joven sonreía con desdén. Haberle herido el orgullo era justo lo que él buscaba. La interrupción de Torna y Vaden le arrebató a Zokane la oportunidad de decirle un par de verdades y ponerlo en su lugar y, pese a ellos, ninguno de los dos pudo ocultar su actitud hiriente.

—Veo que has conocido a una de mis hijas —comentó Vaden.

—Sí. Ahora puedo confirmar que la conocí antes, en las montañas; y después en las minas viejas… pero no tuvimos tiempo de saludarnos como ahora.

—Me alegra saber que ya se conocen. Eso hará todo más fácil —agregó Torna ofreciendo un poco de té a su invitado—. ¿No es así, Zokane?

—¿Fácil para qué? —preguntó sin ocultar su enfado mientras Torna le ponía sobre los hombros el chal que ella portaba para cubrirla y recordarle, en un susurro, que debía tener un poco de recato y sentir pudor.

—No, no os preocupéis, señora Remedios —le dijo el hombre con sonrisa complaciente, mostrando toda su amabilidad—. Vuestra hija acaba de confirmar que no se unirán a mi misión y me traerá de inmediato mi caballo para que pueda marcharme. Es una lástima; pero ya no es necesaria ninguna negociación.

Torna y Vaden se miraron el uno al otro sin llegar a entender lo que acababa de ocurrir. Hacía apenas unos minutos, el hombre había sido muy insistente, parecía que no quería otra cosa más que unir espadas con las tres muchachas, dejó ver un entusiasmo genuino queriendo emprender junto a ellas la cacería y ahora, ese cambio tan repentino les resultaba extraño.

Apenas lo escuchó, Zokane se dio la vuelta y salió sin decir nada. Un par de minutos después, sin dar mucho tiempo a que ellos esclarecieran el asunto, volvió a entrar con una fusta en las manos, mostrando agitación por la carrera que había dado.

—Agradezco la amabilidad que tuvo con nosotras al prestarnos su hermoso garañón — exclamó Zokane en un tono excesivamente formal—. Nos fue de mucha ayuda. Está atado en la cerca de la entrada, listo para partir.

El joven tomó la fusta con una sonrisa fingida, recorriéndola de arriba abajo con un aire déspota, notando sus pies sucios y arañados debido a la premura de entregarle el caballo. Le pareció una muchacha bastante creída que no merecía su buena voluntad, y a pesar de todo, sintió pena de que esos pies tan delicados estuvieran llenos de mugre y maltratados.

Cuando notó la sonrisa arrogante que le regalaba la muchacha y la forma en que ella le recorrió el cuerpo, tuvo claro que no valía la pena ningún esfuerzo por ganarle la batalla. Devolviéndole el mismo gesto arrogante, la vio darse la vuelta y salir de la habitación. Y, mientras tanto, Zokane no sentía ningún tipo de arrepentimiento, al contrario, tenía la convicción necesaria para continuar así, porque muy en el fondo, la presencia de ese hombre le causaba una cierta incomodidad, y eso a ella simplemente no le gustaba.

El joven agradeció a los Remedios y se marchó sin terminar ningún tipo de negociación, momento en que Torna subió de inmediato para averiguar lo que había ocurrido entre ellos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Zokane sin darle importancia—. Nada, simplemente no somos compatibles; un viaje en el que se requiere la entera confianza de los aliados hubiera terminado en desastre a su lado.

—¡Zokane, mi vida! —le habló con severidad, pero dulzura—. Habrá muchas veces que tendrás que tragarte todas las diferencias que tengas con quienes te rodean para obtener un beneficio mayor. ¡Ese joven es nada más ni nada menos que el heredero del legado Ardaithe, regentes del Este! Su nombre es Yahel Ardaithe, y acabas de dejar pasar la expedición para cazar una hidra.

Vaéris y Tivana miraron a Zokane con enfado, creyeron que había tomado decisiones sin consultarlo con ninguna, pero después, cuando supieron lo que había ocurrido y las palabras que usó el supuesto heredero para insultarla, entendieron las acciones de Zokane y decidieron apoyarla. Que el heredero se hubiera marchado por elección propia era lo mejor que había podido ocurrir, y dejaron de sentirse inconformes por no formar parte de la expedición de veinte cazadores que se había organizado para atrapar a la despiadada hidra.

II

La vida continuó como siempre para las chicas, salvo por un pequeño detalle: parecía una maldición encontrarse con el detestable Yahel Ardaithe a cada momento, e incluso en los lugares menos esperados.

Como en los campos de cultivo de arroz, donde podría recolectarse el gusano pelo de ángel. O como en los despeñaderos silbantes, donde hacían su nido los pájaros de trueno. Sin contar que también visitaban los mismos hostales de paso, comerciaban con los mismos mercaderes, y a veces, comían en los mismos mesones.

La rivalidad entre las chicas y el malcriado heredero quedó manifiesta cuando dejó claro que era él quien iniciaba las agresiones, y peor si Zokane estaba presente; buscaba burlarse de ella en cada oportunidad haciendo hincapié en la similitud de Zokane con las banshee, o del evidente parentesco con los enanos que trabajan las minas del norte debido a su poca estatura. Parecía un verdadero despropósito lo mal que se llevaban. Aunque a Vaéris le hubiera encantado tener un amigo de influencia y linaje como lo era Yahel, cuando llegaron al punto de no retorno y la rivalidad y el odio dejó de ser un juego de niños, prefirieron evitarlo cada vez que lo veían cerca. Si no tenían otra opción, entonces decidían fingir que no estaba presente, aunque la curiosidad las matara por descubrir la razón de que un futuro señor feudal vagara de un lugar a otro en lugar de permanecer en su hogar como las tradiciones y la magia demandaban.

—Obviamente no es un hombre, es un niño malcriado y necesita que le demos su merecido para que deje de meterse con nosotras —les decía Vaéris con animosidad al verse encerrada en su habitación de hostal en uno de esos encuentros indeseados.

—No creo que dure más de una edad vagando —comentó Zokane con los brazos apoyados sobre el marco de la ventana, observando el exterior desde ahí—. Ni su padre ni sus deberes se lo van a permitir.

—Sí, tal vez le estén dando un tiempo antes de contraer nupcias con la desdichada elegida para él —agregó Tivana—. Escuché que dentro de poco cumplirá veinticinco edades y, sé de buena fuente, que aunque han presionado mucho para que la ceremonia nupcial se lleve a cabo, por alguna extraña razón el señor feudal lo pospone.

—No sé cómo haces para enterarte de cosas tan importantes, —suspiro Vaeris al tiempo que negaba con resignación—. De todas formas eso no me importa. Tal vez debamos secuestrarlo. Lo amordazamos y lo atamos con tanta fuerza que no podrá ni arrastrase como el gusano que es.

—¡Qué buena idea, Vaéris! —enfatizó Zokane haciendo evidente la burla—. ¿Y qué haremos con él después de eso?

—¡Simple! —exclamó como si fuera obvio mientras elevaba los hombros—. Pagamos una habitación durante una semana y lo metemos ahí, decimos que no queremos ser molestadas y escapamos por la ventana. En el momento en que la semana pase y tengan que abrir la recámara para limpiarla, lo encontraran dentro y será liberado.

—No suena nada mal —le concedió Zokane tras pensarlo seriamente, recreando la escena en su mente y disfrutando cada pequeño detalle.

—¡Lo sé! —fanfarroneó Vaéris con una sonrisa pícara al tiempo que se revisaba las uñas—.

Todas las buenas ideas siempre se me ocurren a mí.

—¡No podemos hacer eso! —exclamó Tivana horrorizada, apretándose las mejillas con las palmas de sus manos.

—¿Y se puede saber por qué no? —le preguntó Vaéris mostrando enfado de que no le agradara su plan.

—Una semana sin alimento o agua es suficiente para matar a cualquiera… o dejarlo casi muerto.

—¡Si sobrevive, al menos no se volverá a meter con nosotras! —volvió a replicar con más enfado, arrugando la nariz.

—¡Pero, cómo no vamos a desperdiciar nuestras monedas para llevar a cabo el plan y cazar un gusano inservible! —enfatizó Zokane para que ambas la miraran—. Lo mejor es calmarnos y esperar a que se haga más tarde y podamos salir a cenar.

—¿Te parece justo? —replicó Vaéris—. Si puedo estar en el comedor llenando mi estómago vacío, ¡pero no, debo estar aquí, encerrada para no verlo! —Chasqueó la lengua cruzándose de brazos.

—¡Ve, Vaéris! ¡Por favor! —suspiró Zokane, harta de escuchar sus quejas—. Tráeme algo de comer y déjame disfrutar del encierro ¿Quieres?

Con una sonrisa triunfante, Vaéris tomó a Tivana del brazo y salió de la habitación. Para Zokane era mejor dejarla ir en busca de comida, a tener que soportar su mal genio todo el día. Después de todo, los insultos que pudieran recibir del heredero Ardaithe parecían ser más despiadados cuando ella estaba presente y, pese a eso, el amor por sus hermanas era más fuerte, tanto, que le tomó apenas un momento de soledad y un suspiro para reflexionar. Con solo eso la voluntad llegó sola, se puso en pie, tomó su daga favorita y la acomodó en su cinturón, a un costado de la cadera, solo para aparentar. En definitiva, no dejaría que lidiaran solas con cualquier contrariedad.

Al salir de la habitación, la puerta golpeó el brazo de Yahel en el momento en que pasaba enfrente, pero él, no reparó en el repentino golpe; la mujer que llevaba bajo el brazo y a la que dirigía hacia su habitación le procuraba un buen momento, tanto, que hacía parecer a Yahel más humano y menos arrogante; hasta que cruzó miradas con Zokane. Entonces la sorpresa se apoderó de él, sus facciones se oscurecieron, su risa se volvió cínica, y sus ojos, aunque parecían continuar brillando, lo hacían de otra manera, un tanto jactanciosa y lasciva. Torció la boca para saludarla, aparentando algo de cortesía.

—¡Ya decía que había un olor rancio en los alrededores! —le habló a la mujer que le hacía compañía.

—¿No será que no aguantas ni el propio hedor de tu actitud? —respondió Zokane, como si le hubiera hablado a ella.

—¡No, corazón! —entonó Yahel con voz cínica—. Más bien parece que apesta a «arpía» — exclamó enfatizando el apodo por el cual eran conocidas—. Por cierto, veo que finalmente os habéis desecho de tus hermanas… aunque dudo mucho que una morena como Tivana lo sea.

No había nada mejor para encender el infierno dentro de ella que escuchar que alguien pusiera en duda que Tivana o Vaéris fueran sus hermanas. Ellas dos, junto con Vaden y Torna, representaban a la familia que le habían arrebatado; ellos eran su fuerza, le daban esperanza, los amaba con toda su alma, y quien quiera que pusiera en duda aquello, tenía el infierno ganado.

—¿Cómo te atreves? —alcanzó a exclamar Zokane antes de perder los estribos.

Yahel había cruzado el límite y para hacérselo saber, Zokane lo empujó contra el muro de madera, interrumpiendo abruptamente el agarre entre él y la mujer. El inesperado movimiento lo

tomó por sorpresa. Estupefacto, observó la confianza con que Zokane se aproximaba y, sin importar que él fuera mucho más alto, pudo apreciar muy de cerca la fiereza en la mirada que en esos momentos poseía la Arpía. Yahel mantuvo toda su atención en cada expresión que ella poseía, desde sus mejillas encendidas producto de la ira, hasta el ceño fruncido y los labios apretados, hasta que ella presionó su pecho con todo lo largo de su brazo usando una fuerza excesiva, casi como si quisiera ahorcarle, y solo entonces soltó la advertencia que brotó de sus labios sin vacilación.

—¡Atrévete a decir una vez más que Tivana no es mi hermana —bufó con la voz desgarrada del coraje—, y te prometo que tu descendencia también pedirá clemencia!

El fuego que Zokane escupía por los ojos le aseguró a Yahel que cumpliría la advertencia, y pese a eso, lo único que sintió fue fascinación por lo aterradora y sensual que aquella mujer podía llegar a ser. En ese momento descubrió que, lo que le encantaba de ella era su actitud, su seguridad y la frialdad que podía llegar a evocar con su voz a pesar de ser una jovencita de apariencia dulce.

Estaba tan maravillado que el desdén que antes hubiera sentido desapareció. Cuando Zokane lo soltó, lo hizo despacio, manteniendo su gélida mirada sobre él. Un instante después, ya estaba alejándose por el pasillo con sus movimientos hipnóticos de cuerpo y cabello en mágica conjunción.

El leve tirón de la prostituta lo regresó a la realidad. Yahel, más por impulso que por gusto ofreció su brazo, y la acompañante lo incitó a retomar el paso, pero después de avanzar un poco por el pasillo, Yahel le dio las gracias pagándole de igual manera para evitar su fingida indignación, y terminó en soledad en su habitación, con el recuerdo latente de la mujer que había descubierto con la piel de una Arpía.

Las chicas se marcharon esa misma noche. Se habían propuesto hacer en tres días un camino de cinco. El bosque que debían atravesar estaba plagado de espectros, banshees y alimañas molestas, y la mejor opción era comenzar por la noche. Zokane jamás mencionó el encuentro con Yahel y mucho menos sus palabras. Hablar de él era un caso perdido. Prefería usar su energía en las cacerías y en los mapas para lograr sus cometidos sin demora. Su interés no era otro más que llegar antes de tiempo al poblado de Belaire, hogar de su viejo maestro, Zokane quería aprovechar para hacerle una visita, en caso claro de que siguiera con vida.

Apenas cruzaron el umbral de Belaire, obtuvieron indicaciones para llegar al hogar del viejo mago, un lugar que Zokane apenas podía recordar. No estaba segura de la reacción del anciano, así que, por primera vez, les pidió a sus hermanas un momento de intimidad para hablar con el viejo a solas.

—Me intriga la razón —expresó Vaéris, intentando conocer sus motivos.

—No hay nada oculto, te lo aseguro. Fue mi maestro, fue de su casa de donde escapé y poco después tú y papá me encontraron… Imagino que cuando me vea me va a dar una buena reprimenda y prefiero mantener esa bronca para mí misma.

—¡Boba! —le dijo Vaéris con sonrisa tierna.

Tivana y Vaéris le concedieron su momento de privacidad y se fueron juntas a curiosear al pueblo. Zokane se quedó un momento al pie de la puerta, observando con melancolía aquella casa. Los pesados morrales, tanto de ella como de sus hermanas le hacían compañía y, cuando vio salir a una niña a su encuentro, no pudo evitar acordarse de ella misma.

Enviada por su maestro, la pequeña quería saber en qué podían servirle. Por ahora, una audiencia con el mago era todo cuanto Zokane buscaba, y una vez en el recibidor, la niña le indicó el camino. Los estantes llenos de frascos con hierbas preparadas, mezclas listas para

refinar armas y los ramitos colgando del techo para secarse le refrescaron los recuerdos. Todo parecía igual, menos el mago; más viejo y arrugado, con la cabeza blanca y el cuerpo flaco envuelto por una túnica. El anciano lucía una mirada dulce, de ese tipo con la cual ya das por satisfecha tu existencia y que te deja en espera de la muerte sin temerla.

—Bienvenida, muchacha. Yo soy el mago Owen —le saludó amablemente, intrigado por su presencia—. Espero tener lo que buscas. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Tal vez un remedio para el olvido. Aunque… ahora que lo pienso, preferiría su último castigo.

El anciano frunció el ceño y la invitó a tomar asiento, además de su potente energía, percibía algo en ella que le parecía familiar y fue poco después, con una ligera charla, cuando recordó su identidad. Un tanto sorprendido, se puso en pie y la miró detenidamente. Su memoria era muy mala y no podía ni decir si se parecía a su padre o no. Pero le tomó la mejilla con su mano arrugada y le dio unas palmaditas mientras le sonreía.

¡Claro que era ella¿ !Cómo pudo olvidar lo que se sentía al estar en su presencia? Tal vez fuera debido a que su energía era más avasalladora. La creyó muerta por mucho tiempo, tuvo que asimilar que había fallado a la promesa hecha a su padre y se culpó de su partida y de su falsa muerte. La había llorado y le había dedicado miles de oraciones en su memoria, y ahora, verla tan vital y hermosa era algo que jamás esperó.

Pero la regañó, por supuesto: «¿Por qué te marchaste, muchacha insolente?», aunque terminó agradeciendo su partida, pues, a solo semanas de que ella escapara, los legionarios del emperador llegaron hasta su puerta para interrogarlo. Destrozaron la casa, el sótano y las paredes buscando recovecos donde pudiera haberla escondido.

La fortuna estaba de su lado, y aunque no debería decirlo de ninguna forma, ni de broma debía decirse, pero fue una suerte que su ama de llaves hubiera muerto antes de que todo eso ocurriera; de haberla interrogado, se habría descubierto todo.

Después de un rato de charla y de que Zokane confesara lo qué había sido de ella durante todas esas edades, del entrenamiento que tuvo y la labor que ejercía ahora, llegaron a la cuestión misma de su visita, donde sin dudas ni vergüenza, Zokane expuso sus motivos.

—He visitado tantas bibliotecas como he podido. He leído muchos libros, a veces el mismo varias veces, y las cuatro armas de los legados siguen siendo un misterio en cuanto a su uso. Pero sí aprendí mucho de ellas. Descubrí que cuando alguien que no es su amo las empuña, el arma reclama a su amo ejerciendo daño físico en contra de quien la sostiene, a menos que sea otro señor feudal; entonces vibra con potencia, destellando luz de las rubras que cada una contiene, anunciando que, quién le sostiene, es otro portador.

«Incluso, aprendí que las sacerdotisas de las que dispone el emperador, al hacer su juramento en consagración a él ,son consideradas como el arma al servicio del imperio. Sin embargo, no importa cuánto lea, ni cuánto descubra, aún no logro despertar a Bashitva …y me preguntaba si acaso usted pudiera darme mi última lección.

Con una sonrisa cómplice el mago Owen comprendió que todo había sido obra del destino. No había otra explicación para que escapara, para que sobreviviera, para que se convirtiera en todo lo que pudo convertirse. Y ahora, después de tantísimas edades, el hechicero supo con certeza que el motivo de su longeva vida se hallaba en ese momento, en el instante en que, vueltos a reunir, le indicaría lo necesario para que ella continuara su camino.

—Nos tomará no menos de cinco días, niña. ¿Tienes donde quedarte?

—Imagino lo que piensa y se lo agradezco. No vengo sola. Vengo con mis dos hermanas… No serán de sangre… pero lo son del alma.

—Lo entiendo, niña. Cuando falta la familia, uno se la encuentra de otras formas. Pues, anda, ve por tus hermanas, que aquí en mi casa también hay lugar para ellas.

—No saben de mi historia y… deseo que todo siga así.

—Si no has revelado tu identidad… ¿te piensas delatar cuando uses el codiciado Cuerno de Bashitva? Porque lo sabes, ¿no? Con la muerte de todos los Bluthiem, el cuerno yace escondido en algún lugar, y quien lo encuentre, puede abogar por ser el nuevo portador y, en consecuencia, el nuevo regente de tu antiguo hogar. Esto forzará a los ineptos Aubery a marcharse de donde el emperador los colocó.

—Es algo personal, no se preocupe, maestro. Solo quiero saber que lo puedo usar, es como una especie de homenaje a mi padre. Nada más.

Sin cuestionar a su hermana, Tivana y Vaéris esperaron a que Zokane arreglara los asuntos que tenía pendientes con su antiguo maestro y, como no había nada que hacer para ellas decidieron pasar el rato en los alrededores. Era inevitable que durante el día cada una tomara su propio camino, por la tarde, cuando regresaban a la casa del mago, Vaéris siempre lo hacía con una cesta llena de pan, y Tivana, al sentirse ingrata con las manos vacías, comenzó a llegar con fruta o verduras.

Se aprendieron de memoria las callecitas y conocieron todos los atajos posibles para llegar a la casa del mago. Su aburrimiento las llevó a visitar la taberna con regularidad, ahí disfrutaban de las tardes bohemias y el canto del trovador e incluso, se dejaban maravillar de los relatos de un cuentacuentos. Todo lo que fuera necesario para pasar el tiempo lo harían con tal de ver cumplido el sueño no revelado de su pequeña hermanita.

No todo ocurría fuera de la casa del mago. Cada día, cuando compartían el desayuno, la comida y la cena, se entretenían mutuamente relatándose anécdotas. Ellas le hablaban al mago de sus viajes y lo eficiente que se había vuelto Zokane para sanarlas, agradeciendo de paso por haberla instruido tan bien. En cambio el mago, les contaba los mejores relatos que su memoria tenía de cuando Zokane vivió con él.

Eran momentos entrañables y llenos de alegría entre los cuatro, pero en especial para Vaéris, que escuchaba atenta los relatos del mago, le parecía fascinante saber detalles de esa vida que Zokane dejó en el pasado y de la cual no hablaba nunca.

Ya había transcurrido más de una semana en casa del mago y Zokane, sin apurarlo ni exigirle, se dedicó a escuchar a su maestro. Las enseñanzas que tenía para ella les tomaba casi todo el día y ella, ponía todo su esfuerzo en no olvidar nada de todo lo que el mago tenía por enseñarle. Le hablaba del mundo natural y sus cambios, de las plantas y su adaptación, de la tierra y su fertilidad, y poco a poco, fue accediendo a más y más información.

Cuando comenzó a hablarle del mundo elemental y la deformación del poder y sus desgracias, de la violencia destructora que podía acarrear, pero del privilegio y la responsabilidad con la que cargaría si acaso los pudiera controlar, supo que se acercaba el momento y puso más empeño en aprenderlo todo.

—Escucha bien, niña —le hablaba su maestro con lentitud—. Lo que aprendes con el corazón se queda en el corazón, y no hay manera de que pueda ser borrado o modificado, y si lo tienes claro, entonces aprendes de la magia y sus riesgos.

«Deberás entender, antes que nada, que el poder es el brillo y la fuerza del alma en su forma más pura, y que sí ,existieron magos que llegaron a controlar todas las fuerzas de la naturaleza. Gracias a esos registros sabemos que debemos tener cuidado para no enloquecer al ostentar semejante poder, ya que este puede llevarte fácilmente a la perdición .Pero claro, antes de eso, los dioses ya nos habían castigado dejándonos en el olvido, y lo que ahora tenemos es un vago

recuerdo de lo magnífica que pudimos llegar a ser como humanidad.

«Por lo tanto, debes tener presente que además del poder físico, también está el espiritual, y que deberás respetar a los elementos .Vivirás con la responsabilidad que tu sangre te confiere. Con el cuerno de Bashitva que ha sido el legado de tus ancestros, tendrás en tus manos el poder y el ímpetu suficientes como para hallar un equilibrio en la protección ,y deberás entender, que serás portadora del terror que esa arma pueda desatar con autoridad en el castigo. Serás parte de un todo bien equilibrado¿ ,lo puedes entender? Lo que hagas con lo que estás a punto de descubrir podría traer desgracias además de bendición.

—No pretendo devastar ningún poblado o volverme una vengadora, si eso es lo que le preocupa, maestro —replicó entre risitas—. El amor por la familia que ahora poseo me ha hecho abandonar todo pensamiento revolucionario. Mi padre siempre quiso una vida tranquila para mí. Dio la vida por eso… y eso es lo que intento hacer. Mi única intención ahora es mantener la vida que logré construir y ser feliz tal como mis padres hubieran querido que fuera.

—¡Estoy seguro de que no buscas otra cosa! Escuchar tanta serenidad en tus palabras me da alegría al corazón. Pero, temo que el destino que nos ha unido, también tenga preparado algo para ti que pueda superarte; es la única explicación que un mago puede hallar para que hayas sobrevivido hasta ahora y de la manera que lo has hecho... cuando el poder y la magia demandan grandes sacrificios, es por que debes tener una misión gloriosa por cumplir.

—No, maestro —le sesgó la idea de inmediato—. El destino no me tiene nada preparado. Soy una superviviente. Una que incluso olvidó todo odio y todo sentimiento de venganza. Mi vida ahora está al lado de mis hermanas, procurando una vida digna a nuestros padres.

—De ser así, chiquilla… veamos qué puedes hacer con el cuerno.

—¿Hasta ahora? —respondió con risa nerviosa—. ¡Nada!

—Tan simple como el pacto de sangre que te une a él, mi niña. Si el cuerno, como arma mágica y racional te elige como su portador, te servirá a ti y únicamente a ti hasta que alguno de tu descendencia se gane nuevamente su favor; y tu padre, me confesó antes de marcharse que el arma te aceptó como la nueva portadora.

Cuando el mago le pidió que mostrara el arma mágica, ella supo que había llegado el momento. Desató las correas de su cinturón ancho y pudo extraer el cilindro de metal que ocultaba entre los pliegues de su ropa, disimulado con rollos de piel gruesa atados a su cadera. Apenas quedó expuesta al tacto de Zokane, el arma resonó en un sonido metálico, de la misma forma que lo había hecho cada vez que ella la sostenía piel con metal.

El mago se mostró admirado, sonrió satisfecho de poder ser su maestro, la piel se le erizaba por toda la carga energética que emitían arma y portadora, y la cual, él podía sentir recorrerle el cuerpo hasta la médula. Ya había olvidado la razón más obvia por la cual el emperador dirigió a la desgracia a todo un legado, para nadie era secreto que lo único que deseaba el emperador era poseer a esta muchacha.

El anciano jamás había visto el arma en acción. Todo lo que sabía de ella era lo que estaba en los libros, en los relatos de sus hazañas, del ímpetu y la fuerza que otorgaba si se blandía para alguna afrenta y de la implacable batalla que generaba. Pero, los libros no hacían justicia al describir la verdadera potencia que se podía llegar a sentir cuando la sostenía su portador.

—¡Bueno, niña! —alcanzó a decir el viejo Owen con risa nerviosa—. ¡Parece que el arma mantiene el pacto contigo! Ahora debes cerrar el pacto para que el arma deje de resonar en cada intento que haces por sostenerla y pueda liberar su potencial.

—Nunca he logrado entender por qué resuena de esta manera —confesó sin poder ocultar su vergüenza.

—Te está llamando para sellar su unión —exclamó con tono amable al tiempo que le daba un ligero coscorrón—. Ahora pon atención. La luz y el brillo del alma que el cuerno de Bashitva también posee, está unida directamente a la de su amo, por eso se adapta en una conexión genuina y profunda a las necesidades del portador. ¿Lo entiendes? Una orden tuya, así sea en forma de pensamiento, causará que Bashitva obedezca, tomando la forma que mejor se adapte a tus necesidades. Espada, arco, látigo.

Zokane recordó todas las veces que vio a su padre usarla y cómo su forma cambiaba tal como su maestro le estaba diciendo. Con el cilindro de metal en su mano, lo apretó con suavidad disfrutando la comodidad que entregaba al sostenerla. Recordó cuando su padre se lo entregó, necesitó de ambas manos para abarcar por completo el cilindro, pero ahora, que podía sostenerla con una sola mano, la sentía como si hubiera sido hecha para ella.

Poniendo atención a las indicaciones de su maestro, cerró los ojos mientras disfrutaba el poder en Bashitva. El sonido que emitía venía cargado de una fuerza ardiente que no le hacía daño; era como un fuego que buscaba compaginarse con todo su cuerpo. Con aquel calor abrasador que la reconfortaba se sintió segura, reconociendo a Bashitva como una parte muy suya.

De la palma de la mano con la que sostenía a Bashitva destelló una luz sutil y blanquecina. Su instinto la hizo abrir los ojos, mostrando sus pupilas rebosantes de un fulgor. Zokane apretó el cuerno con emoción entre sus manos, la comunión que sentía con el arma era plena, y sin previo aviso, Bashitva desplegó su poder al dar forma a una hoja de espada hecha de luz blanca, pura y resplandeciente.

El mago Owen sonrió satisfecho. Jamás había dejado de sorprenderse con las capacidades de esa muchacha. Siempre había sido sencillo para ella mostrar su supremacía, y se alegraba de ser él quien le ofreciera la guía que necesitaba. Se sintió satisfecho. Había cumplido su palabra de haber ayudado a la última de los Bluthiem y si debía hacerlo, lo repetiría mil veces más. En especial después de darse cuenta de que justamente el mismo día en el que ella se había escapado, pero con doce edades de diferencia, Zokane regresaba a despertar el legado que acarreaba, la negación y la aceptación, todo en el día 64 del verano.

III

En algo tenía razón el mago Owen: la vida le tenía preparado a Zokane retos mucho más difíciles que algo tan simple como el de despertar un arma mágica. Y mientras las chicas pasaban sus días con el mago, la rueda del destino comenzó a girar.

En la capital, las nuevas sacerdotisas se preparaban para el juramento de consagración que las uniría al emperador haciendo de ellas una extensión de sí mismo. Todas las niñas que nacieron durante el eclipse y que el emperador había tomado como suyas ya tenían la edad y el entrenamiento requerido. Su juramento para el imperio sería en realidad un juramento personal y directo hacia el emperador. Una vez realizado el ritual de ascensión, servirían de por vida a él, y los deseos y el bienestar de su soberano se convertirían en el único objetivo en la vida de las sacerdotisas proclamadas.

La ceremonia debía ser guiada por la más antigua, sabia y poderosa sacerdotisa que el emperador poseía a sus servicios. En este caso sería Saíd, aunque no fuera ni la más sabia, ni la más poderosa. La cercanía a Efrén le había dado ese derecho. Gozaba de tantos privilegios que también la convertían en la hechicera de mayor confianza del emperador, en su mano derecha y, a pesar de que no era la voz de la sabiduría que posee el mundo mágico, ocupaba un lugar en el gran consejo, donde su opinión pesaba más que ninguna otra.

Había demasiado que perder, y Saíd, sin haber hecho ninguna ceremonia de consagración, podía sentir peligrar su puesto por la amenaza que suponía una de esas chiquillas nacidas durante el eclipse nombrada Nivha. No solo por su gran poder, sino también por su juventud. Si tenía en cuenta la vejez que ella misma poseía y el gusto del emperador por los placeres carnales, a Saíd no le parecía descabellado que también quisiera probar el goce que aquella joven pudiera brindarle y con eso, amenazar su posición.

La vieja Saíd había hecho de todo para mantener a Nivha ocupada, lejos de la vista del emperador. La usaba constantemente como su mensajera personal para mantenerla fuera de palacio, y de paso, alejada de los sabios maestros encargados de todas las aspirantes a sacerdotisas, alegando que ella misma le daba el entrenamiento necesario. Y, cuando no tenía más remedio, la dejaba atareada en los almacenes preparando mezclas y catalogando el inventario. Gracias a eso, Nivha había adquirido una notable habilidad para distinguir las piezas excepcionales y se había vuelto una experta en conocimiento arcano.

Pero Nivha no era tonta. Se daba cuenta de las intenciones de la suprema sacerdotisa pero, al no tener familia u opciones, había preferido ser sumisa y fiel a la vieja. Si lo hacía, la vida se volvía más fácil para ella; de lo contrario, las comidas escaseaban y los insultos menguaban su autoestima, sin mencionar el incremento de los inesperados golpes con la fusta para hacerla trabajar con menos equivocaciones, hasta que el cansancio se volvía insoportable.

Esas eran las maneras de Saíd para reducir a aquella que amenazaba su estatus, alegando que lo hacía por el bien de la muchacha; y que de alguna forma debía corregir sus faltas y su ineptitud. En su defensa, Saíd siempre decía que, considerando la capacidad que tenía la chiquilla, era inaceptable que fuera una descuidada y que no usara cada uno de los dones que

tenía con la suficiente eficacia. En el fondo, todos sabían que Nivha era extraordinaria, pero nadie se atrevía a contrariar a la suprema sacerdotisa.

Con los preparativos para la consagración, y escuchando la voz de su conciencia, que le susurraba cada día el peligro que Nivha era, tomó una decisión esa misma tarde cuando, desde una ventana, vio al emperador acercarse a la muchacha con sonrisa coqueta, haciendo evidente su cortejo.

Nivha se mostraba nerviosa y bastante incómoda, no ponía mucha resistencia, era su emperador quien la deseaba y ya había aprendido en carne ajena, que negarse a él era la peor elección posible.

Ver el cortejo le hizo hervir la sangre a Saíd. Celos y rabia infinita la invadieron, y con la facilidad con la que se deshace de una plaga, ideó un plan para hacer a un lado a Nivha de una vez por todas.

Si todo salía según lo previsto, la chiquilla acabaría muerta y ella no habría tenido que mover ni un solo dedo para alcanzar tal objetivo; además, la única culpable sería la inepta aprendiz; sin saber que con eso haría girar la primera rueda del destino con su propia mano.

Aquella mañana esperó a que Nivha hiciera acto de presencia como cada día. Con envidia, la vieja la recorrió con la mirada pensando que sería la última vez que la vería. No soportaba su peculiar belleza: de cuerpo flaco desprovisto de intensas curvas, de piel apiñonada, con cabellos relamidos igual de oscuros que su mirada. Pero, la envidia no era causada por ninguna de esas cosas, mucho menos por su juventud, era el poder y el dominio que Nivha tenía, y que los sabios y los maestros ya la reconocieran como la próxima futura sacerdotisa.

Sin ningún tipo de explicación, le dio una lista de ingredientes y piezas mágicas de las que Nivha debía aprovisionarse. El encargo no sorprendió a la muchacha; en innumerables ocasiones había tenido que abastecer algunos materiales esenciales, y le bastó sentir el grosor del pergamino para intuir que la lista sería interminable.

—No hay nadie más capacitada que tú para reunir todos estos ingredientes —la halagaba Saíd con hipocresía.

—Me va a tomar algún tiempo cumplir con esta lista —le hizo notar, anticipándose, antes de que le pusiera un tiempo ridículo de entrega.

—¡Lo sé! —gruñó enfadada de escucharla hablar—. Por eso, os daré un muy buen tiempo para obtenerlo. Debéis traer todo antes de la proclamación.

—¿Todo? —exclamó asombrada.

—Son demasiadas sacerdotisas las que se van a proclamar, lo que tengo en mis reservas se verá comprometido cuando cada una tenga que hacer su demostración de poder ante el emperador.

—Pero… —logró balbucear llena de dudas— los anaqueles están llenos. Yo misma los revisé la semana pasada cuando estaba reorganizando todo…

—¡Callad, muchacha malcriada! —gritó furiosa—. Os estoy dando una tarea, ¿os negareis? —El silencio de Nivha le dio la respuesta. Tomando aire con fuerza logró sosegarse y volvió a su tono hipócrita de antes—. Pongo mi fe en ti, Nivha. Mis mejores deseos para tu éxito y que los dioses guíen tu camino. Ahora, márchate, uno de mis emisarios os acompañará en el viaje, y será mejor que lo hagáis todo bien porque me mantendrá informada hasta del más mínimo movimiento que realices.

Llena de inseguridades y con los bolsillos repletos de monedas, Nivha tomó la lista y se marchó de palacio. Por supuesto que entendía que la sacerdotisa no podía enviarla así sin más, pero se sorprendió al descubrir que había dispuesto para ella a un acompañante en exceso eficaz

para un mago, pero completamente inútil para emprender ellos dos una cacería. El hombre, que estaba abandonando la mediana edad era el mismo Eiden, que tiempo atrás había notado el acontecimiento que les reveló que Meila Bluthiem estaba con vida. Era un experimentado mago arcano con habilidades limitadas en defensa personal con armas, pero con un amplio repertorio de trucos y hechizos arcanos; considerado como la sombra de Saíd.

Nivha se percató de inmediato de que había sido colocado para servir como si fuese un perro guardián, pero no estaba tan segura de que fuese a prestarle todo el apoyo necesario en su travesía. Ella se daba una idea de lo hábil que podría llegar a ser. Su fama era memorable, había sido el cabecilla de varias legiones durante más de veinte edades y eso solo se traducía en experiencia.

El viaje no solo pondría a prueba las habilidades de Nivha, sino también su resistencia y sabiduría. Había que tener nervios y pericia para conseguir ciertas piezas, y estaba dispuesta a darse esa oportunidad para probarse a sí misma que no era un desperdicio de sacerdotisa como Saíd se lo decía. Además, sentía necesidad de salir al mundo y obedecer sus deseos y corazonadas. Allá afuera había algo que la llamaba, y tuvo la sensación de que finalmente podría descubrir de qué se trataba.

*

El tiempo pasa rápido cuando se está enfocado en los objetivos, y cuando Nivha abandonó el segundo puesto de mercaderes en su camino, Yahel Ardaithe ponía todo su esfuerzo en regresar lo antes posible a su hogar. Por muy lejos que estuviera, debía apresurarse a acudir a la inesperada llamada de su padre. El simple hecho de pensar en el enfado que le propiciaría por hacerlo esperar ya lo dejaba ansioso, y si hubiera tenido alas, hubiera volado sin descanso para no demorar.

Sintió que la suerte estaba de su lado cuando llegó antes de tiempo y consideró apropiado darse un baño antes de acudir a su padre. Se arregló hasta quedar pulcramente presentable. Le dio forma a su tupida barba y ató su cabello castaño claro en una cola que caía a media espalda. Una vez listo, se apresuró para reunirse con su padre que seguramente ya sabría de su llegada.

Yahel observó la biblioteca familiar. El fuego de la chimenea producía una luz tenue que le daba un toque melancólico a sus recuerdos de infancia. Como de costumbre, su padre se encontraba cómodamente sentado en un acolchado sillón cuyo respaldo era tan alto, que asemejaba la silla del propio emperador; tenía la mirada perdida entre las hojas de una pila de pergaminos mientras que su esposa, sentada frente al fuego sobre un montón de frazadas y gruesas pieles, ponía toda su atención en su bordado.

Aclarando la garganta, Yahel anunció su presencia. Su madre, Evanora, levantó el rostro iluminado, llena de felicidad al verle. El cabeza de familia también alzó la mirada y, al ver que se trataba de su hijo, compuso una expresión severa. Aquella mueca de su padre lo incomodó y le hizo tragar saliva, momento en que se adentró en la estancia y se detuvo frente a él.

Su padre lo observó con detenimiento, recorriéndolo con una mirada lenta desde los dedos de los pies hasta la punta de los cabellos, dejando claro que no estaba satisfecho con lo que veía. Con un casi imperceptible movimiento de cabeza correspondió el saludo, y solo entonces, Yahel respiró con tranquilidad. Se dirigió hacia su madre para depositar un beso suave sobre la cabeza a modo de saludo, para luego volver a situarse en el mismo lugar que antes.

—Los dioses lo bendicen, padre —exclamó con seguridad, dando fuerza a su voz—. Acudí lo antes posible a vuestro llamado. ¿Sucede algo importante?

—Toda esa formalidad solo me indica lo mucho que has fallado en tu enmienda. —El reproche de su padre llegó sin piedad mientras hacía a un lado los pergaminos—. Decidme, hijo mío, ¿qué ha sucedido? Mis fuentes dicen cosas inaceptables y exijo una explicación.

—No sé qué cosas le hayan contado los guardias que dispuso a mi cuidado, padre, pero le aseguro que todo está plagado de meras impresiones.

—¿Meras impresiones? —preguntó poniéndose en pie abruptamente, sin reparar en los pergaminos que rodaron por el suelo—. ¿Os parece que es una mera impresión las mujeres con las que os revolcáis en cada oportunidad? Probasteis un poco de libertad. ¿Y qué hacéis? ¡Desperdigar vuestra semilla dando pie a que cualquier mujerzuela pueda engendraos un bastardo! ¿Necesitáis que os recuerde que la boda con la hija de Táiwel de Sainal es indispensable para nuestro bienestar? Las líneas comerciales que tiene bajo su poder son esenciales para transportar los recursos a la capital. La única manera de mantener su fidelidad y evitar los robos es mediante esa unión.

Su padre no gritaba, pero la severidad que impregnaba su voz causó en él un efecto demoledor: comenzó a sentir el sudor en su frente, y frotaba sus dedos unos con otros para calmar la ansiedad generada. Miró al suelo sabiendo que eso era lo mejor que podía hacer cuando la furia de su padre comenzaba a brotar. Incluso su madre se encogía de hombros al escuchar la reprimenda que recibía su hijo.

—Permitidme deciros algo por si lo habíais pasado por alto —continuó hablando su padre — . ¡Sois mi heredero!

Finalmente, los gritos se hicieron presentes y estremecieron incluso a la madre, quien cubrió su boca con ambas manos para evitar que ningún sonido saliera de ella.

—¡La vergüenza la cargáis cuando ni siquiera habéis podido despertar el arma que os acredita como mi heredero! ¿Eso os hace sentir orgulloso?

Miró a su padre atónito ante sus gritos; sus músculos, que no había logrado relajar, se tensaron aún más haciéndole sudar a borbotones. Completamente enmudecido y con la cabeza gacha, escuchó todo cuanto su padre tenía que reprocharle y la humillación que le hacía sentir aumentó cuando le recordó su falla al no ser el legítimo heredero.

—¿Qué tenéis que decir respecto a andar detrás de las hijas de los Remedios de Aleria? —preguntó, exigiendo una respuesta.

—Solo intentaba descubrir sus secretos —respondió con la voz apagada ante la impaciencia de su padre.

—Me han contado que son hermosas —exclamó con un tono más relajado, mostrando intriga —. Hace poco fui a un banquete y hubo un debate en el que intentaban decidir quién tenía el derecho de reclamar a cualquiera de ellas antes que nadie para convertirlas en sus esposas. Aseguran que, de las tres, no hay por dónde elegir —finalizó con su más intrigante susurro, acercándose a su hijo para mirarlo a los ojos—. Las conocéis, sabéis sus nombres, su rutina, sus maniobras… ¿En verdad ellas valen la pena como para alborotar a todo un salón lleno de borrachos?

—Sin lugar a duda, padre —respondió con la precaución necesaria, intentando no sonar emocionado por tener que hablar de ellas.

—¿Y la belleza no será su único atributo?

—No, por supuesto que no —respondió mucho más rápido de lo que debió hacerlo—. Su fama de cazadoras es legendaria y con todo derecho. Son astutas como zorras, ágiles como gacelas, determinadas como leonas, apasionadas como…

La bofetada que le propició su padre para cerrarle la boca le giró el rostro tan repentinamente,

que Yahel quedó conmocionado mirando el fuego arder en la chimenea. Temeroso y con extrema precaución, volvió la mirada hacia su padre antes de que recibiera una bofetada extra por no mirarlo.

—¡El único nombre que pronunciareis con tal pasión será el de vuestra prometida! ¡Los únicos atributos que veréis de una mujer serán los de vuestra prometida! ¡La única mujer con la que viviréis, pensareis y por quien respirareis el resto de vuestra vida será vuestra prometida! ¿Cómo se llama?

—Ro-Romina… —tartamudeó en un tono de voz demasiado bajo.

—¿Cómo dijiste? —exigió a gritos.

—¡Romina! Mi futura esposa se llama Romina.

El viejo hombre se agitaba lleno de rabia y coraje. Para él, la deshonra con la que su hijo había mancillado su legado era excesiva. Una mirada de su esposa, que lo juzgaba como un hipócrita, no le removió el sentido común. Le sostuvo la mirada lleno de cólera hasta que la obligó a agachar el rostro, no vendría ella a querer imponerse ahora. La realidad era que le importaba un carajo lo que hiciera su hijo, su única preocupación era que su legado no quedara mancillado con algún bastardo. Para él, lo único que importaba era obtener un nieto varón digno de su legado.

El regente Ardaithe quiso calmarse. Se dirigió a la vitrina donde guardaba su licor preferido, se sirvió medio vaso y se lo bebió de un trago. Tomó varias y profundas bocanadas de aire para recobrar la compostura antes de girarse de nuevo hacia a su hijo, que continuaba inmóvil y mudo en el mismo lugar.

—También me han dicho que comprometiste tus servicios en ayuda al imperio. ¿Qué tenéis que decir al respecto?

—Se trata de una expedición para reabastecer los almacenes imperiales —respondió precavido y sin demora por si acaso hubiera algo que también le resultara ofensivo en ese acuerdo—. Ofrecí mi ayuda como protección a los hechiceros que han dispuesto para tal tarea. La expedición será liderada por una sacerdotisa.

—¿El emperador no ha proporcionado la guardia? —preguntó sorprendido.

—Al parecer, no. Acepté porque pensé que, si dirigía mis acciones hacia el beneficio de otros, aun a riesgo de mi propia vida, la espada que sirve a nuestro legado finalmente me concedería sus favores y me aceptaría como su portador.

—¡No sois capaz de llamarla ni por su propio nombre! ¿Cómo esperáis que el arma te sea fiel y te reconozca como el próximo heredero? —bufó con voz hiriente y, después de calmarse un poco, sentenció—. Ningún hijo mío va a fallar a su palabra. Honraréis el compromiso que habéis hecho y serviréis al imperio intentando saldar vuestra deuda lo antes posible —exclamó el viejo, dando su consentimiento, sin evitar dedicarle una mirada hastiada—. ¡Ahora, marchaos! Id con vuestra madre para que os corte el cabello, ¡y afeitaos esa barba, que parecéis vagabundo! Romina ahora vive bajo nuestro techo y mañana temprano tomareis el desayuno a su lado. ¿Habéis entendido? ¡Os quiero presentable!

—Sí, padre —respondió con la mirada apagada.

—Una última cosa, Yahel —le dijo en tono de advertencia antes de que el joven se atreviera a salir del lugar, mostrando aquella calma y esa amabilidad que atemorizaba a quienes realmente le conocían—. Enteraos de que mataré a cualquier bastardo que llegue reclamando ser vuestro. Por el bien de cualquiera, pensad bien lo que hacéis de ahora en adelante.

La amenaza hecha por su padre fue el sombrío desenlace del encuentro. Yahel asintió, pero no se movió hasta que vio el leve movimiento de la mano de su padre pidiéndole que se fuera, de la

misma manera que hubiera hecho si estuviera ahuyentando a los perros.

IV

Las reuniones con su padre siempre eran igual de aplastantes, el viejo no perdía la oportunidad de hacer alarde de la severidad que había acumulado con las edades, y Yahel no podía evitar sentirse como una pieza más de su tablero, como un simple peón que movía a voluntad y capricho con la finalidad de mantener su legado como el más próspero de todos. Su arrogancia y sus alardes no conocían límites, pues incluso afirmaba superar en pureza al linaje del propio emperador.

Cabizbajo, marchaba siguiendo las órdenes que controlaban su futuro. Ya lo veía venir, ahora su padre se atrevía a decidir sobre su aspecto, sobre cómo debía llevar el cabello y la barba, mañana lo haría sobre el desayuno, dentro de poco, de su boda ¡y hasta sus hijos! Deseaba con todas sus fuerzas poder elegir su destino, pero no había forma de evadirlo.

Yahel no quería admitirlo, pero detestaba haber regresado a su hogar, se daba cuenta de que bajo ninguna circunstancia se liberaría del yugo de su padre; la prueba estaba en ese pequeño detalle al ser despojado de una parte que tanto le gustaba de él. Actuaba de una forma tan complaciente que cualquiera hubiera dicho que estaba encantado con que le cortaran el pelo, de la única forma que gustaba a su padre. La realidad era que amaba su melena y perderla de aquella manera era una autentica tortura. Aun así, guardó silencio y evitó dar muestras de lo que realmente sentía.

Su madre sonreía feliz al tenerlo de regreso en casa; aparentaba que nada había ocurrido con el padre. Yahel escuchaba los halagos, la veía orgullosa, se notaba feliz, lo halagaba por su apariencia y lo fortachón que se había puesto; para ella, aquel gallardo joven era el orgullo de la familia, el único varón entre ocho hijas, el único capaz de continuar con el legado. Era el hijo que los dioses le habían enviado.

La verdad era mucho peor. La mujer no había parado hasta conseguir al varón que le exigía su marido, pues para él, ninguna mujer era digna de ser la sucesora del linaje del que tanto hacía alarde. El señor Kirios Ardaithe siempre fue claro en el asunto, ningún hombre que no tuviera su sangre era digno de servir para el feudo ni para la continuación de su linaje; por tanto, ninguna de sus hijas vendría a ensuciar su sangre pura.

Se aseguró en dedicar el debido tiempo a su madre, hasta que encontró la excusa perfecta para retirarse: los pelos en la ropa le picaban tanto, que ya tenía el cuello rojo. Y así, después de un baño, permaneció en su habitación, hasta que Clarissa, la mayor de sus hermanas, irrumpió en su habitación.

—¡Hermano! —exclamó apenas verlo—. ¿Soy tan poco importante en vuestra vida como para no recibir tu visita ni tus saludos?

Pese al reproche, el brillo en la mirada que había perdido se le volvió a encender. La muchacha, doce edades mayor que él, había sido la elegida para permanecer soltera y bajo el techo de su hogar para cuidar y hacer compañía a su madre, no solo porque sus costumbres demandaban que, de todas las hijas, una debía quedarse para hacer compañía a la madre, sino también porque era la primogénita, era la elegida por el arma, era quien daría continuidad al legado. Sin embargo, su padre, sin importar que faltaba a la tradición más importante de todas, se negó a que Clarissa tomara su lugar como futura regente del feudo; condenándola a una vida de

soltería y castidad, dejando en Yahel, únicamente por ser el hijo varón, el derecho de ocupar el lugar que a su hermana le correspondía. Sin embargo, entre ellos no había malos sentimientos, se amaban profundamente y al ser ellos dos los únicos hermanos que permanecían en el hogar habían fortificado considerablemente sus lazos.

Nada más verse, se unieron en un abrazo lleno de cariño y, una vez calmada la emoción, comenzaron a bromear y a reírse por la apariencia de él. Le había costado muchas edades y mucha suerte lograr tener el cabello a su gusto, ellos estaban convencidos de que se debía a que su padre vio a Yahel verdaderamente comprometido en convertirse en el nuevo señor feudal, y permitirle ese gusto fue como concederle algo a Yahel, pero ahora, volvía a ser «el cabeza de topo», como su hermana acostumbraba a llamarlo desde que era un niño.

El tiempo volaba cuando estaban juntos y terminaron sobre la alfombra frente a la chimenea mirando al techo, mientras Yahel le daba tantos detalles como podía sobre sus viajes.

—¿Te han dicho que vuestra prometida vive aquí? —le dijo cuando ya no hubo forma de continuar evitando el tema.

—¿Cuándo la han traído?

—Cuando llegó el rumor de que seguías a las hijas de los Remedios y que gustabas de la compañía femenina. Entonces llegó el padre de Romina exigiendo una explicación, y nuestro padre no tuvo más remedio que pedir el traslado de Romina. Con todo eso, vuestra boda se planea celebrar en la próxima primavera.

—¡Qué contrariedad! —exclamó completamente desilusionado.

—¿De verdad, Yahel? —preguntó con un aire de burla y consternación—. ¿Qué teníais en la cabeza? ¿Por qué las seguiste? ¡Con la fama que cargan!

—¿A qué fama os referís?

—¿Arpías seductoras que enamoran a su paso?

—No deberías hacer caso a tantos cuentos baratos, ellas ni siquiera frecuentan lugares concurridos… ¿Cómo van a andar enamorando a tantos?

—Por lo que veo, sí a quien las sigue —enfatizó mirándole con perspicacia.

—Las sigo, pero no por lo que pensáis… Os aseguro que todo comenzó como pura coincidencia. Ni siquiera puedo decir el momento exacto en que dejó de ser un acto del destino.

—¡Por todos los Dioses, Yahel! El destino no hace esas cosas. ¿Con qué motivo habría de uniros a las hijas de un hierbero que ni siquiera pertenecen a nuestro feudo?

—Si las conocieras… —exclamó con un suspiro involuntario—. Con el carácter que tienen, papá ya habría muerto de rabia solo de haber tenido a una de ellas como hija.

—¿Desde cuándo te gustan? —Fue al grano buscando su mirada—. ¡No! —corrigió de inmediato—. ¿Las tres te gustan?

—¡No digas tonterías, Clarissa! ¡No me gustan! —respondió sin demora demostrando indignación.

—Pero si tú mismo dices que son hermosas… ¿Cómo no van a gustarte?

—Que yo tenga ojos y ellas un atisbo de belleza no quiere decir que sienta algún tipo de atracción por ellas. Son salvajes e indomables, no tengo ni ganas ni tiempo de lidiar con eso. Suficiente tengo con nuestro padre.

—¡Tranquilo! —respondió entre risitas—. No es la gran cosa sentir atracción hacia alguien.

—¡Basta! No tengo deseos de hablar de ellas. Te contaré la expedición con la Hydra.

—¿Otra vez? —exclamó a modo de queja, pero acomodándose para escuchar la aventura, mostrando todo su interés.

Clarissa observaba a su hermano, cada relato de sus aventuras dejaba ver un brillo en su

mirada y una felicidad verdadera, de esas que hacía mucho no le veía, y sin embargo, detrás de todo eso podía ver una tristeza profunda, algo que no era producto de ningún regaño efectuado por su padre, más bien era una mirada de resignación, dolor y olvido, y si fuera por ella, rescataría a su hermano de ese infierno y le dejaría en libertad como hacía con las aves que su padre le regalaba, lo dejaría volar lejos para que encontrara su propio camino. Pero al no ser una posibilidad, sabía que estar a su lado y ser su soporte era mucho mejor que cualquier otra cosa. Finalmente, la sonrisa de Yahel se convirtió en ternura cuando del morral que usó en su viaje extrajo un pequeño cofrecito de madera. Sus ojos se detuvieron observando el contenido, y después de un leve suspiro, se acercó a su hermana para mostrárselo.

Feliz y encantada, la muchacha dibujó la más hermosa de sus sonrisas, con dificultad, eligió uno de los tres prendedores para el cabello que contenía el cofrecito. El tallado fino en la joyería mostraba reluciente el oro que le componía y las incrustaciones en piedras variaban de un prendedor a otro. Uno contenía rubís, el otro lo adornaban topacios amarillos y al último, zafiros. Un contraste espectacular en cada uno de ellos, y aunque de corte idéntico, su hermana tomó la pieza con zafiros y se fue directa al espejo para colocarse el prendedor.

—Excelente elección —le sonrió con amabilidad—. Resalta muy bien entre tus cabellos.

Por la mañana, después del alba, su madre fue por él para escoltarle hasta el balcón donde tomaría el desayuno con su prometida, momento en que Yahel aprovechó para regalarle el prendedor de topacios y, como su padre había puesto todo el empeño porque su mujer y sus hijas fueran modestas y sencillas, al ver semejante pieza su madre dudó en aceptarlo, aunque no pudo negarse cuando Yahel le dijo que quería ver ese prendedor embelleciendo su atuendo el día de su boda.

La estancia donde lo esperaba su prometida se encontraba al aire libre, el otoño estaba por comenzar. El frío que se sentía en ese momento, uno que a cualquier otro congelaría, se sentía agradable para cualquier habitante de la región helada custodiada por los Ardaithe, y a pesar de eso, los fogones en el balcón estaban al rojo vivo.

Apenas entró en la estancia pudo ver a Romina recargada en el balcón observando las montañas. Las telas vaporosas y transparentes que cubrían la vista al exterior le jugaron una mala pasada. De espaldas, su prometida le recordó a la odiosa Zokane... Sus negros cabellos dejaban ver los bucles de sus rizos bien definidos y el movimiento del aire hacía parecer que flotaban a su alrededor. Ruborizado, sacudió la cabeza para sacarse esa imagen de su mente y se acercó para saludarla.

Romina no había cambiado mucho de lo que él la recordaba, lo más llamativo de ella era su piel morena, que resaltaba sus grandes ojos color chocolate, y en general, eso era todo lo que a él le gustaba de ella. Yahel le sonrió mostrando una excesiva amabilidad. Apenas tomó su mano, la dirigió a su boca para besarla y la joven correspondió el saludo mostrándose tímida y ruborizada.

—Bienvenida, Romina. Espero que vuestro nuevo hogar sea de vuestro agrado y no os falte nada.

—Gracias —exclamó anonadada con la presencia de su futuro esposo.

El tiempo pasaba y la charla era breve e incómoda, especialmente cuando ninguno de los dos encontraba la forma de propiciar una conversación fluida, y no fue hasta que Romina tuvo la brillante idea de preguntarle las anécdotas de los viajes que tuvo, que Yahel permaneció hablando, sintiéndose con la suficiente confianza hasta para exagerar alguna de sus vivencias.

Relatar todo lo que vivió a alguien que lo escuchaba atenta, con los ojos brillantes mostrando todo su interés, le hizo darse cuenta de que el viaje le había dado una hermosa muestra de lo bello de estas tierras. Si él no lo hubiera visto, jamás hubiera adivinado que habría tanto por

conocer y por explorar detrás de los muros de su hogar. La vida ahora tenía colores, aromas y sensaciones, y por desgracia, todo aquello viviría en sus recuerdos, dejándole la sensación de que jamás encontraría nada que él pudiera desear tanto como aquella libertad.

El desayuno terminó después de largas horas, y antes de retirarse, Yahel extrajo del bolsillo de su abrigo el último prendedor envuelto en un pañuelo de fina seda. Estaba un tanto indeciso, pero sabía que dárselo le daría una buena impresión a su padre, y con cierta confianza le pidió el privilegio de colocarle el prendedor.

La joven mostró recato y vergüenza, tal como se hubiera esperado, también dejó ver la ilusión que aquello provocaba. Poniéndose en pie, intentó no parecer desesperada; inclinó levemente la cabeza y sujetó con fuerza sus propios dedos para no dejar escapar los nervios mientras su futuro esposo le acomodaba el fino regalo en su cabello.

—Sois muy bajita, no tenéis ni que inclinaros —le dijo con una sutil sonrisa, perdiendo su mirada en el momento, olvidando de paso que no tenía ningún tipo de confianza con ella.

La joven levantó la vista llena de sorpresa para verle el rostro. ¿Cómo le decía que era de baja estatura si él era más alto que ella por casi nada? Lo que encontró le destrozó el corazón, sonreía con demasiada ensoñación, con un exceso de ternura. Eso era algo que ella no se había ganado, y escuchó atenta sus palabras sin interrumpir ni un poco.

—No me equivoqué al predecir que los rubíes resaltarían entre la negrura de vuestra melena —continuó hablando sin mirarla a ella—. Me alegra ver que acerté con mi elección. El corte del prendedor hará imposible que se deslice y termine cayendo. Ya fuere durmiendo o corriendo, el prendedor no será ninguna preocupación.

Contrariada, Romina le agradeció tan hermoso detalle haciendo hincapié en el tiempo tomado para elegirlo especialmente para ella. Yahel le sonrió nuevamente, pero esta vez su sonrisa ya no estaba llena, ni de ensoñación ni de dulzura, era una simple y fugaz sonrisa de compromiso para el momento.

V

El tiempo jugaba sus cartas de tal manera, que fue inevitable la acalorada discusión en la casa de la familia Remedios. El asunto era simple: Nivha había llegado a casa de los Remedios para solicitar a las Arpías como cazadoras, y servir para otro era algo que ellas juraron jamás hacer; pero ahora, con la propuesta de una sacerdotisa, Vaéris se mostró entusiasmada al verlo como una oportunidad única.

Cuando su padre les expuso el plan de la sacerdotisa, Zokane se negó rotundamente. Los planes de Nivha incluían un par de viajes a la capital para aminorar la carga. En definitiva, eso era algo imposible para ella. Entrar por su pie en las fauces de la bestia que era el emperador, del cual había dedicado casi la mitad de su vida a escapar, no estaba en consideración.

Vaéris estaba encantada con la idea y su entusiasmo desencadenó la discusión. Para ella, la propuesta tenía todo lo que buscaba: probar suerte en lugares inexplorados, unir fuerzas con alguien poderoso y tener un aliado de importancia, algo completamente contrario a los argumentos de Zokane, a quien insistía para hacerla entender que esa alianza sería provechosa en muchos aspectos.

Para Vaden, era la oportunidad que estaba buscando para descubrir si podía conocer un poco de lo que ocurría dentro de palacio. De inmediato pensó que, con el carácter de las chicas, no tardarían en hacer amistad con la sacerdotisa que les igualaba la edad, y podrían sacar provecho si forjaban una amistad con ella. Razón de sobra para apoyar a Vaéris, argumentando que sería muy bueno para ellas aprender a convivir y cooperar con extraños, especialmente si se trataba de hechiceros.

Vaéris no podía comprender las razones de Zokane para negarse y, sumado a eso, se sentía traicionada por partida doble cuando Tivana y su madre apoyaban los argumentos de su hermana, sin saber que Zokane lo tenía bastante claro: todo lo que la obligase a acercarse a la capital y, por consiguiente, al emperador, era cosa prohibida.

¿Cómo explicar lo que aquello implicaba? Cuando toda su desgracia dio inicio, ella era muy pequeña y, sin embargo, aún podía recordar la sensación de estar frente al emperador. Lo suyo no solo era cobardía ,también era precaución .Quedó marcada por la muerte de sus padres, por la cacería humana a la que fue expuesta, por todas esas veces que creyó que moriría en vida¡ .Y todo, a causa de aquel maldito tirano!

Por supuesto que se negaría. Ni arrastrándola serían capaces de hacerla trabajar directamente para el imperio, y Tivana y Torna, aun sin necesidad de saber ningún detalle de todo lo que Zokane tuvo que atravesar en su huida, entendían que ella se negara.

—¿Lo haces por la fama que te daría ser ayudante de una sacerdotisa? —le preguntó a Vaéris, intentando entenderla—. De ser así… ¿no te resulta suficiente con la leyenda que ya eres?

—¡No, Zokane, no quiero hacerlo por eso! —respondió harta de la discusión—. Quiero un poco de variedad en la rutina. ¡Estoy aburrida de siempre lo mismo!

—¿Cómo puedes aburrirte de algo tan complejo como cazar bestias? —le replicó crispada — . ¡Jamás andamos los mismos campos, pocas veces cazamos el mismo tipo de criatura! ¿De dónde sacas eso? ¿Quieres variedad? ¡Volvamos con Táiwel! —suplicó con desesperación intentando

hacerla cambiar de opinión—. Siempre quisiste robarle el puesto a nuestra celadora. ¡Hagámoslo!

—¡No comiences a decir estupideces, Zokane! —replicó Vaéris casi a gritos, enfurecida debido a la propuesta—. Jamás ejercería como esclavista.

—¡Entonces hagamos otra cosa, lo que quieras!

—¿Por qué nunca puedes acceder cuando yo te pido hacer algo? ¿Por qué siempre debo seguirte y obedecerte? ¿Acaso mi opinión no cuenta? —Sus preguntas se vieron invadidas por gritos acalorados que no pudo detener, y cuando ella comenzaba a gritar, jamás terminaban bien las cosas.

—¡Niñas, necesitan calmarse, por favor! —alzó la voz Torna con todas sus fuerzas para hacerse oír entre las dos chicas—. ¡Vaéris! Comienzas a decir cosas de las cuales podrías arrepentirte.

—¡No, mamá! —replicó sin darse cuenta de que para esos momentos, ya hacía oídos sordos entre gritos y manotazos—. Me parece que somos bastante grandes y hemos vivido tantas cosas juntas como para andarnos por las ramas. Estoy cansada de que sea Zokane quien decida todo lo que debemos hacer. Hace no mucho echó a la basura la cacería de la hidra, y todo porque se vio superada por un tipejo arrogante. Nos maneja a Tivana y a mí a su voluntad y no estoy exagerando¡ .Pregunta a quien gustes y te dirá sin dudar el nombre de quien dirige a las Arpías! ¡Esta vez no, hasta aquí llegué!

—Tienes razón, Vaéris —respondió Zokane, sintiendo el corazón hecho nudo, intentando ocultar sus miedos y dudas al mostrarse con una calma que momentos antes no tenía—. Eres toda una mujer y puedes tomar tus propias decisiones. Si estás harta de todo esto, creo que tienes toda la razón y deberías unirte a la sacerdotisa.

—¡Bien! —respondió de inmediato hecha una fiera, sintiendo la indignación ante la frialdad con que su hermana prefería romper lazos a tener que unirse a esa alianza.

En algo Vaéris tenía razón: ya había sido suficiente. Zokane se puso en pie confirmando todo con un leve movimiento de cabeza. Contrariada, no quería permanecer entre las dos opciones que tenia: aceptarlo y doblar las manos sin importar que el camino la condujera al lugar del que siempre escapó, o seguir adelante, sola y por su cuenta como cuando era una niña.

El silencio dejaba claro lo incómoda que se había vuelto la situación, era evidente lo mucho que la discusión les había afectado a ambas. Tomando fuerzas de donde no las había, Zokane abandonó la habitación, y apenas salió, levantó la mirada para dirigirle una leve sonrisa a la causante de aquella discusión y, la cual, permanecía a la espera de una respuesta.

Esa era la primera vez que se veían. Zokane se mostró indiferente ante Nivha, pero Nivha, apenas notar la energía vibrante de Zokane quedó admirada: lo que en ella se percibía era una sensación enigmática, sutil, que embrujaba el aire y que la atrapó por completo. Su mirada la obligó a inclinar la cabeza y a esbozar una solemne sonrisa. Tal vez fuera debido a la impresionante superioridad que la joven tenía sobre ella energéticamente hablando, pero la puso nerviosa al punto de que le comenzaron a sudar las manos.

—No hemos tenido el gusto de presentarnos adecuadamente —le habló sin vacilar para tener un acercamiento a ella—. Mi nombre es Nivha, futura sacerdotisa consagrada al imperio.

—Zokane.

—¿Sois la menor de las hijas? —preguntó, intentando obtener una respuesta larga que propiciara la charla que estaba buscando.

—Creo que sí —respondió mostrando toda su amargura en el tono de su voz—. Si me disculpas…

Nivha le sonrió mostrándose comprensiva. Después de escuchar la discusión a puerta cerrada y ahora ver su semblante, era obvio que Zokane siguiera contrariada. La dejó partir sin buscar más charla, y entonces supo, por puro instinto y sin miedo a equivocarse, que juntas tendrían un glorioso destino. Lo que no sabía la sacerdotisa es que lo mismo que le había pasado a Nivha le ocurría a Zokane: un cúmulo de sensaciones le recorrían el cuerpo como una carga eléctrica que le erizaba la piel. La energía de Nivha le pareció noble, era amable y hasta un tanto dulce pero, saber su procedencia y el papel que tendría en el imperio le hacía desear no tener nada que ver con ella.

Zokane sentía la amargura subir por su garganta y se fue a la cocina en busca de algo que endulzara su paladar. Sus pensamientos vagaban lejos de la realidad y no se dio cuenta de que tenía compañía hasta que lo escuchó hablar.

—Para ser una familia con recursos, vivís con bastante modestia.

La inesperada voz de aquel hombre la sacó de sus pensamientos con un buen susto. Al darse cuenta del brinco que la muchacha había pegado, se le escapó una carcajada que quiso controlar sin mucho éxito.

—Imagino que vivir bajo los muros de palacio te hacen conocedor de lujos insospechados — indagó sin tacto ante aquel comentario, intentando disimular el susto.

—Mi nombre es Eiden —se presentó sin más, para hacer como que lo anterior no había ocurrido—. Mago arcano al servicio del imperio, encomendado para mantener a salvo a la futura sacerdotisa Nivha.

—Encantada —mintió, mostrándose cortante como antes con la sacerdotisa—. ¿Deseas algo de beber?

—Agua para té, si no es mucha molestia.

—¿Qué clase de té?

—¡No, no! Solo el agua, si fueras tan amable, yo traigo conmigo mi hierba ideal.

En silencio, el mago la observó moverse de un lado a otro para colocar la ollita sobre el fogón. Le resultaba atractiva la energía que emanaba de ella, tal vez eso era parte de la fama que tenía, sin embargo, su curiosidad iba más allá de lo que cualquiera pudiera imaginar. El detalle con que observaba sus acciones era meticuloso: el movimiento de sus dedos incluso para tomar la jarra y llenarla de agua para después vaciarla en la olla, la peculiaridad con que las chispas brotaban de las maderas que arrojaba sobre el fogón para avivar el fuego, incluso la manera despreocupada con que hacía todo aquello aun sabiendo que era observada.

—¿Quién os ha entrenado? —le preguntó sin rodeos peinándose la barba con los dedos.

—Táiwel el Cacique.

—No me refiero a ese entrenamiento —respondió con una sonrisa —, me refiero al hechicero.

La sorpresa en los ojos de Zokane fue tan evidente que Eiden sintió crecer su ego al saber que no se había equivocado al juzgarla.

—Te equivocas. Si he de tener algún tipo de entrenamiento, únicamente es el de crear mezclas con hierbas; igual que mi madre.

—¿Me diréis que ignoráis tener un flujo de poder bastante llamativo?

—¡Patrañas! —exclamó con sonrisa burlona—. Me parece que solo estás tentando a la suerte y ver si aciertas algo para conocer los secretos de los Remedios.

—¡Tenéis razón! —exclamó Eiden con gentil sonrisa al ver que su actitud cambiaba por una a la defensiva—. Me habéis descubierto. Pero eso solo indica lo astuta que podéis llegar a ser, y me da un punto a favor, porque sin veros en acción he descubierto uno de vuestros secretos. Me

refiero a la astucia, por supuesto.

—Eiden, ¿verdad? —le preguntó cansada de aquel interrogatorio, al tiempo que acomodaba frente a él una pequeña tetera repleta de agua hirviente junto con una pequeña taza de porcelana —. Disfruta tu estancia en mi hogar.

—Pero no os marchéis —se anticipó el mago—. Dejad que os invite uno de mis famosos tés. Yo lo considero como aquella bebida de alianza que se practica entre los agricultores en los días próximos a la vendimia.

—Yo también quiero probar —interrumpió Tivana al tiempo que tomaba una taza y la ofrecía para recibir un poco de aquella bebida.

—¡Encantado! —sonrió Eiden, mostrándose halagado y feliz.

—Tivana —se presentó la recién llegada sonriendo a Zokane.

—Eiden —respondió con la misma simpleza que ellas lo hacían.

El mago tomó la tetera, y de una vieja talega que cargaba consigo extrajo unas varitas de canela. Acomodando una en cada taza, volvió la mirada hacia las muchachas ofreciéndoles una sonrisa de lo más franca, haciendo evidente el movimiento circular de su mano sobre la tetera. Para Tivana fue un acto simple y exagerado para tomar el agua antes de servirla. Para Zokane, fue completamente diferente: abrió los ojos de par en par y vio un polvo casi invisible emanar de los dedos del mago, sus peculiares destellos hacían obvio que se trataba de magia arcana, y la sonrisa de Eiden lo confirmaba.

Ese hombre de pinta extraña, con el ceño marcado de tantas arrugas y las canas pintándole las patillas, estaba loco si pensaba que ella iba a admitir frente a él que había visto su magia después de haber negado tener entrenamiento.

Correspondió la sonrisa mostrándose amable sin poner objeción al recibir el té. Estaba claro: el tal Eiden era bastante astuto y ella no pensaba caer tan fácilmente en sus trampas. Bebería lo que fuera y sonreiría con cinismo como él, lo haría todo con tal de no entrar en su juego. Además, debía tener cuidado: se trataba de un mago arcano que podía ocultar su propia emanación de poder al punto de ser imperceptible. Lo sabía por la forma en que la tomó por sorpresa, y aun cuando usó su poder para encantar el té, Zokane no pudo sentir absolutamente nada de su energía; eso ya decía mucho y se encendieron todas las alarmas en su interior. Su rostro también le parecía familiar, por alguna razón ese mago le recordaba a los cazadores que la persiguieron justo antes de que su padre la dejara con el mago Owen. Sus memorias eran borrosas, pero en las pocas oportunidades en que casi eran atrapados, pudo ver de cerca a varios de esos hombres. Tenía la impresión de que tal vez, este tal Eiden, fuera uno de ellos; aunque, tal vez, solo fuera paranoia.

Para su sorpresa, el té resultó de un sabor suave, la magia que el mago había esparcido sobre el agua había potenciado el sabor de la canela y el efecto fue tan relajante, como para hacerla olvidar la rabieta con su hermana. Media hora después, Zokane no se percató de lo a gusto que se sentía y de la amena charla que estaba teniendo en compañía de Tivana y el hechicero. Incluso le pareció que sí era una buena persona, pasando por alto la mala sensación que le causaba no poder percibir su energía.

—Si me lo preguntas, me parece bastante raro que dos hechiceros anden por los caminos recolectando piezas sin ayuda de nadie adiestrado en armas —le cuestionó Tivana—. Sobre todo, al tratarse de una futura sacerdotisa… ¿Acaso el emperador no se preocupa por su seguridad?

—Ya es una sacerdotisa —le corrigió Eiden—. Lo único que falta es que rinda sus juramentos hacia el imperio. Y no, no le busquéis lo extraño, los legionarios tienen asuntos de mayor importancia y esta tarea es urgente. Por eso cargamos monedas suficientes para pagar cualquier

precio por una buena escolta. Las hijas de los Remedios siempre fueron la primera opción, aunque no la única.

La charla se hubiera prolongado toda la noche de no ser porque Torna entró en la cocina, mostrando sorpresa al verlos compartir mesa tan amenamente. Observó a Zokane despedirse del mago deseándole prosperidad en el viaje y mucha suerte para que encontraran la escolta adecuada; después la miró a ella y le regaló la más hermosa de sus sonrisas al tiempo que le besaba la frente, y escuchó sus palabras amorosas antes de verla salir, «el agua ya está caliente»

Tivana la siguió de inmediato, se despidió de ambos y también le dio un beso en la frente a Torna, pero ella lucía completamente normal, a diferencia de Zokane, que se veía completamente rota y preocupada. No era necesario preguntar la razón, sabía que todo se debía a Vaéris.

Cuando salió de la cocina, Zokane llevaba la esperanza puesta en poder hablar a solas con Vaéris, creyó que ya la estaría esperando en la habitación, pero al entrar su hermana no estaba. La esperó un largo rato, y cuando por fin hizo acto de presencia, su expresión avisaba que seguía enfadada. Ignorándolas, la pelirroja tomó su morral habitual y comenzó a arrojar dentro la ropa necesaria, como siempre hacía cuando se disponían a emprender el viaje.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —preguntó Zokane al verla preparar sus cosas.

—Te he tomado la palabra —respondió sin mirarla—. Llegamos a un acuerdo con la sacerdotisa: mañana temprano me marcho con ella.

—¿Te marchas?

—No hagas esto más difícil —respondió exasperada—. Yo quiero aventuras y esta alianza las garantiza. Me voy. Ustedes se quedan. Todos felices. No se hable más del asunto.

Sin dar oportunidad de nada salió de la habitación dejando el ruido sordo del portazo que dio como advertencia. Zokane y Tivana se miraron sin decir palabra, tal vez buscando el valor para salir detrás de ella o simplemente para encontrar la fuerza de permanecer allí.

La noche fue un martirio para las tres. Conciliar el sueño no fue fácil al saber que Vaéris se marcharía al amanecer y, cuando llegó la hora de partir, Vaéris lo hizo apresuradamente antes de que a alguna de sus hermanas se les ocurriera salir a detenerla.

Resultó extraño despertar y ver que faltaba Vaéris, el corazón de Zokane se agitó dolorido y se le nubló la vista preludio al llanto. Sentada en la orilla de la cama, apoyando las palmas de sus manos sobre el colchón, mientras observaba sus pies rozar el suelo, se tragó todas las lágrimas y todos los nudos en su garganta hasta que Tivana despertó y la rodeó en sus brazos. Y ahí, en la seguridad de su amor fraternal, se permitió llorar en silencio hasta que pudo controlar la tentación de sus piernas por salir corriendo detrás de aquella impulsiva pelirroja.

VI

Las despedidas nunca son buenas, mucho menos una de esta magnitud. Desde que las tres unieron sus caminos jamás hicieron planes de vida que las alejara la una de la otra. Mientras estuvieron bajo el techo de Táiwel, hubo infinidad de noches, especialmente mientras aguantaban el dolor de sus heridas, que para olvidar aquella agonía y mantenerse conscientes y cuerdas, hablaban de todo lo que harían al regresar a su hogar, de todas las oportunidades que tomarían y de todos los vicios, la comida e incluso los placeres que probarían hasta hartarse.

Hasta ahora habían hecho casi de todo durante sus viajes: habían bebido hasta la inconsciencia, probado las más exóticas comidas e incluso fumaron una que otra hierba; se habían permitido probar un par de bocas y disfrutar algún que otro encuentro breve; nada de importancia para ellas, solo un poco de ajetreo. Básicamente, habían cubierto todo, pero, separarse... fue algo que a las tres las descolocó por completo… se notaba en su silencio, en su mirada, en su andar y hasta en su respiración; Vaéris y su partida había marcado un antes y un después.

Torna siempre creyó que las dos muchachas saldrían corriendo detrás de Vaéris en cuanto ella pusiera un pie fuera de la casa, pero habían transcurrido dos semanas y ellas continuaban ahí, y aunque al principio Vaden no perdía oportunidad para hablar de su labor como mensajero para la rebelión, después de unos días dejó de insistir al notar que Zokane no mostraba interés en seguir sus pasos y pertenecer a la rebelión, más aún cuando Torna apoyaba incondicionalmente a sus hijas. El secreto debajo de la máscara llamada Zokane era suficiente para hacerlo, y aunque Torna no pudiera explicarle eso a Vaéris, sabía que llegado el momento, entendería lo que condicionaba la actitud y las elecciones de su hermana.

Al inicio del otoño de la edad 1245, después de casi tres semanas de aburrimiento y angustia, las dos muchachas tomaron la lista más reciente de piezas y hierbas a buscar y se marcharon sin promesa de volver pronto. Con el corazón hecho polvo, Torna les repitió hasta el cansancio que ella también era su madre, y que este también era su hogar, y que no se atrevieran a desaparecer sin pensar antes en ella.

Con lágrimas y besos se despidieron. Las vio partir desde la puerta hasta que las perdió de vista, a diferencia de Vaden, que de manera rápida y seca, supo ocultar sus emociones deseándoles un viaje seguro, recordándoles que, si por alguna razón su viaje se alargaba más de lo debido, al menos estuvieran de vuelta al finalizar la primavera para las fiestas del Lanish Manum, celebración que recuerda el inicio del exilio: «sería una verdadera desgracia que no solo Vaéris faltara, sino también ustedes», les dijo a manera de queja deseando que tuvieran cuidado en los caminos.

Mientras tanto, la sacerdotisa y sus dos aliados alcanzaron el punto de mercantes en el tiempo establecido. El viejo comedor que había en el lugar estaba abarrotado, y Nivha, buscó con la mirada hasta hallar a su segunda escolta. Una sonrisa amable fue emitida por la chica al encontrarlos, y tuvo que dirigir con algo de esfuerzo a Vaéris hasta la mesa donde les esperaban. Su resistencia se debía a que esa escolta extra se trataba del horrible Yahel Ardaithe y sus tres rastreros de siempre.

Apenas llegar frente a ellos, Vaéris se talló la frente con la punta de los dedos mostrando fastidio. Yahel le dedicó una sonrisa soberbia. Vaéris conocía muy bien esa sonrisa, siempre era el preludio a los insultos que resbalaban de su boca arrogante, y quiso salir corriendo y regresar a su hogar, aunque ya era tarde para eso.

La hostilidad se sentía en el aire y Nivha, sin saber toda la historia que cargaban, los presentó apropiadamente. No es que fuera tonta o que fingiera no darse cuenta de que ellos ya se conocían, pero al presentarlos, sintió que sería una buena forma de comenzar a romper el hielo entre ellos.

Uno de los hombres de mayor edad que acompañaba a Yahel, llamado Fabián, saludó de inmediato a la pelirroja. Vaéris le devolvió el saludo sin chistar, y es que, de toda la panda de hombres que acompañaban a Yahel, le pareció que él era el único que tenía un poco de rectitud y honor.

—Seremos compañeros de ahora en adelante —habló Nivha sentándose en la mesa, ignorando la tensión—. Sugiero limar sus diferencias. Necesito una guardia eficaz, mis asuntos tienen fecha límite y este es un buen momento para dejar las rencillas. ¿No les parece?

—No tendrás ningún problema conmigo —le aseguró Vaéris—. Ahora, explícame; por favor, ¿para qué exactamente necesitas a estos hombres?

—El joven Yahel junto a su guardia nos darán, a los hechiceros, esos segundos vitales que necesitamos durante la cacería. Y antes que preguntéis por vuestro papel, os aclaro que uniréis tu experiencia como cazadora para ayudar a Eiden y asegurar la calidad en cada una de las piezas. ¿Os parece comprensible, Vaéris?

—Perfectamente comprensible.

—¡Bien! Entonces, os pido calma en estos meses, y después, jamás tendréis que volver a unir caminos si así lo deseáis.

—¿Qué hay de las otras dos? —preguntó Fabián incrédulo al no ver al grupo completo.

—Me temo que las señoritas Zokane y Tivana no se unirán a esta campaña.

Para Yahel y sus hombres no fue sorpresa la noticia, aun así iniciaron el viaje con grandes expectativas siguiendo la ruta marcada por la sacerdotisa, y después de un día intenso, lleno de incomodidad, Vaéris tuvo que aclarar sus dudas respecto a ellos y sus habilidades: era mejor saber de una buena vez lo que tenían que ofrecer que encontrarse con sorpresas inesperadas en momentos críticos.

Permaneció en silencio frotándose la frente con ambas manos, aquella banda de buscabroncas no tenía ni una pizca de experiencia como cazadores. Ellos podían librarse fácilmente de cualquier bestia, sí, pero sin táctica y con total brutalidad, y eso significaba que echarían a perder las cacerías más temprano que tarde.

—¡No entiendo! ¿Por qué los elegiste a ellos como escolta? —se quejó Vaéris sin tacto—. Dijiste que buscabas ayuda, no aprendices.

—Tengo un buen presentimiento respecto a ellos —respondió encogiendo los hombros.

—Los presentimientos no te van a asegurar una buena cacería —le replicó con severidad.

—¿No te han enseñado a tener confianza en los presentimientos de una sacerdotisa? —se entrometió Eiden, quien, ni con su sonrisa amable pudo ocultar la molestia en su tono de voz.

—Ya lo averiguaré yo misma —respondió sin miedo.

—Mis compañeros y yo te estamos escuchando —señaló Yahel indignado por su falta de tacto buscando la mirada de la pelirroja—. Siempre creí que la arisca era Zokane —finalizó con aquel tono mordaz con que iniciaba las discusiones.

—¿Y qué si me escuchan? Es preferible que sepan de una buena vez que serán un dolor de

cabeza. Y no, Yahel; mis hermanas y yo te despreciamos por igual. ¿Por qué no me haces un favor y mantienes tu distancia?

—¡Dalo por hecho! —afirmó Yahel con tono altanero.

—Espero mínimo un poco de cooperación durante las cacerías.

—Eso no tienes que aclararlo.

—Me parece bien que hayan llegado a un acuerdo —intervino Nivha al darse cuenta como de a poco subía de tono la discusión.

La tregua a medias fue la mejor opción, pero no hizo que pudieran acoplarse los unos a los otros. En las primeras semanas ya habían perdido dos presas. Una había escapado herida, y la otra había muerto aterrada y las piezas no sirvieron para nada.

Vaéris estaba frustrada, y de golpe comprendió todo el argumento de Zokane cuando aseguró que trabajar con alguien nuevo sería complicado. No creyó que sería tan marcado el esfuerzo y el tiempo requerido para acoplarse, y maldijo en sus adentros con toda la frustración contenida. Le sobraban las ganas de salir corriendo, pero no podía rendirse a las primeras de cambios, se comprometió con ella misma para que esta alianza funcionase y lo lograría, de esa forma podría demostrarle a Zokane que ella era la equivocada.

*

El silencio nocturno que envolvía el lugar donde Zokane y Tivana pasaban la noche resultaba incómodo para ambas. Mientras Zokane desplumaba un ave dorada, Tivana se limpiaba los raspones de las rodillas y brazos. Los esporádicos gemidos provocados por el ardor en la mezcla de hierbas eran lo único que se escuchaba, hasta que finalmente rompieron el silencio.

—Deja esa mezcla absurda y permíteme sanarte.

—En el hogar de Táiwel usamos esta misma mezcla infinidad de veces con heridas mucho más graves, nunca te compadeciste en sanar a nadie. ¿Por qué habrías de compadecerte de un simple raspón?

—No es lástima, es táctica. Con esas heridas será difícil para ti entrar en calor a la hora de la acción. Sin Vaéris, te necesito entera.

—¡Oh, claro! —gimió con ironía—. Esa descarada pelirroja también hubiera sido perfecta para trepar el risco y alcanzar el lugar donde el ave cayó muerta. De esa manera, ¡ni me hubiera herido ni te hubiera dolido el estómago de tanta risa al verme atorada en aquella pendiente!

—¡Por todos los Dioses, Tivana! —exclamó sin poder contener la carcajada—. ¡Es que solo a ti se te ocurre atorarte en aquel lugar, en aquella posición y con el trasero al aire!

—Bueno, ¿y qué esperas para comenzar a sanarme? —le ordenó fingiendo una rabieta para esconder su propia risa por la vergonzosa situación.

La sonrisa que se regalaron dio paso al trance que sumergía a Zokane en un profundo estado de inconsciencia. Pese a que permanecía con los ojos bien abiertos, su mirada se perdía en algún lugar dejando a la joven completamente indefensa.

De las tres, Tivana siempre fue la más descuidada, la que siempre salía con algún raspón o con alguna lesión mayor, y estaba más habituada a presenciar aquellos trances. En silencio, admiraba a la joven que ponía tanto empeño en mantenerla a salvo. Admiraba su valor, su inteligencia y hasta su belleza. Disfrutaba mucho aquella mirada perdida y ver ese brillo de luz blanquecina emanar de sus pupilas.

Sus pensamientos e impresiones la llevaron a cuestionarse si así es como luciría un dios; si no así, debería ser algo parecido; seguramente la sanación era un don tan poco común debido a la

cercanía con la divinidad misma. Un suspiro calló sus pensamientos al paso de un ave nocturna, esta vez su trabajo era doble: estar alerta de los peligros nocturnos al mismo tiempo que la admiraba.

Nada más regresar del trance vio a su hermana observar la luna, con un dedo sobre su boca pidió silencio, minutos después, la sombra de un depredador volador pasó a poca altura, y al irse, la noche siguió sin contratiempos. Tivana sabía que Vaéris hubiera detectado a la criatura antes que ella, y suspiró con fuerza acomodándose el abrigo, lista para intentar dormir.

—La extraño mucho —le dijo antes de apoyar su espalda en el viejo roble comprobando que sus heridas habían sanado bien.

—Yo también la extraño —respondió sabiendo perfectamente de a quien se refería.

—¿No has pensado que sería más simple si le confesaras todo sobre tu pasado a Vaéris?

—He tenido muchas ganas de contarle, pero… es tan curiosa, estoy segura que me haría enloquecer con tantas preguntas que no estoy dispuesta a responder… además… tampoco he encontrado el momento. Tal vez debería decirle cuando volvamos a vernos después de su viaje.

—Pero… responder sus dudas la dejará tranquila y no es tonta, no volverá a preguntar.

—¿Estás segura?

—Estás hablando de eso conmigo justo ahora… ¿Cuál es la diferencia?

—Tú no preguntas, asumes todo, escuchas y callas… ella, por otra parte… la conoces.

Un fuerte suspiro hizo callar a Zokane, pensar de esa manera le dolía hasta el punto de cerrarle la garganta. Moviendo los leños para avivar el fuego intentó no dejar escapar sus emociones, pero ahí estaba Tivana, recordándole que no estaba sola y se acercó a ella acariciando su espalda.

—Solo recuerda; cuanto más tiempo dejes pasar más a pecho se lo va a tomar.

Asintiendo levemente se acomodó las mantas recargándose en el hombro de su hermana y prometió que le diría todo a Vaéris tan pronto la volvieran a ver.

*

Y mientras las dos jóvenes cumplían con su agenda al pie de la letra, el reducido grupo al que pertenecía Vaéris se vio superado por la situación.

Después de haber dejado malherido a un corcel de fuego, y que este escapara, y de que casi terminaran muertos a causa de una estampida de búfalos que huían de ellos, la frustración en Yahel fue suficiente como para dejar de lado las rencillas dando un poco de crédito a «La Arpía», como se referían a Vaéris, antes de que ella los abandonara temerosa de que su reputación se viera imposible de limpiar. Sumado a eso, Nivha no se veía muy feliz por el continuo fracaso, e incluso Eiden, ya había sugerido agradecer por sus servicios y seguir la cacería sin ellos.

Si bien habían logrado tolerarse mutuamente, cuando llegaba la hora de cazar, Vaéris se limitaba a planear la cacería con Eiden, dejando a Yahel y sus hombres la protección de la sacerdotisa. Con tan rudimentarios planes y tan poca comunicación, solo era cuestión de tiempo para que se desintegrara la alianza, y todos lo sabían.

Cuando llegaron al límite del desierto, ahí donde terminaban las llanuras pedregosas y comenzaba el mar de dunas, fue donde decidieron pasar la noche. Al amanecer intentarían una nueva cacería y tenían buenas expectativas. Vaéris, como tantas veces, tomó distancia sin darse cuenta de que Yahel procuraba tener un ojo siempre sobre ella, por si un día desapareciera sin avisarles, y aquel día no fue la excepción. Eiden, de carácter mediador, se acercó a él para

sentarse a su lado. Acomodó frente a ellos la cacerola donde iba arrojando vainas frescas de frijol ya limpias, y sin dejar de hacer lo suyo, inició la charla:

—¿Se puede saber qué ha ocurrido con las Arpías? —le preguntó queriendo saciar su curiosidad—. No es que me guste meterme donde no me llaman, pero sería bueno saber si puedo hacer algo antes de que esta alianza se vaya a los infiernos sin remedio.

—Nada —respondió a su pregunta sin pensarlo dos veces—. Digamos que; no tuve suerte el día que las conocí. Desde entonces, mi carácter y el de ellas simplemente no encajan. Especialmente el de Zokane.

—¿Tenéis problemas con su carácter? —exclamó sorprendido peinando su barba con la mano —. Aunque un poco duras, las tres me parecen bastante razonables.

—¡Bueno! —replicó intentando contener la carcajada—. Es que sois muy viejo y ellas demasiado amables con los ancianos. Debéis preguntar a Fabián si no lo cree.

—¡Qué barbaridad! ¿Tan viejo parezco? —exclamó sonriendo, dejando ver que no le molestaba su comentario—. ¿Os habéis dado cuenta que durante la estampida, Vaéris se ha lastimado la mano y perdió dos uñas? Es una lástima que le esté costando tanto trabajo pelar esos tallos, ¿no os parece? Ya habríamos comido desde hace rato de no ser por eso.

Con una sonrisa cómplice Eiden tomó la cacerola para ir en búsqueda de Nivha y así comenzar a preparar la cena, dejando a Yahel solo y meditabundo.

Lamiéndose los labios, Yahel intentaba hacer a un lado las dudas que lo invadían. Observó a la pelirroja batallar en silencio y, poniendo todo su empeño se puso en pie obligándose a llegar hasta ella. Sin decir nada se posó en cuclillas a su lado tomando uno de los gruesos tallos, imitando la forma en que ella intentaba pelarlos: con las uñas, tomaba un extremo de la corteza jalando con cuidado para extraerla por completo de lado a lado, dejando expuesto el suave y jugoso interior.

—No necesito ayuda, gracias.

—No os creáis, tengo hambre, cuanto más rápido terminemos más pronto cenaremos.

De reojo, Yahel observó las heridas de la Arpía y vio que, de la mano derecha, la uña del pulgar y del meñique habían desaparecido, mientras que, el dedo medio estaba todo machacado y morado, seguramente también perdería esa uña. Con un leve suspiro observó su expresión dolorida al estar pelando los tallos, no sabía si lo hacía a propósito o si en verdad ella no conocía otra forma de pelar las vainas, pero sintió fastidio de verla. Tomó su navaja, y peló los que faltaban de una manera bastante hábil.

Vaéris no hizo el intento por imitarlo, le parecía molesta su presencia y acertado su intento por comer rápido. No esperaba nada más de su parte, y aunque ya había aprendido a convivir con él sin pelearse o insultarse, prefería mantenerlo lejos. Lo ignoraba tan bien, que ni siquiera se dio cuenta el momento en que Yahel sacó un frasquito lleno de un ungüento de olor cítrico, el joven Ardaithe tampoco pidió permiso y le tomó la mano con cierto fastidio por verle tan herida.

—¿Por qué no os ha sanado la sacerdotisa? —preguntó poniendo toda su atención en untarle el ungüento en su piel amoratada, evitando en lo posible las heridas abiertas.

—No es para tanto. El dolor me recuerda que sigo viva y que debo poner más empeño en lo que hago.

—¿Eso hacéis con tus hermanas? —preguntó impulsivamente a manera de regaño, como si se tratase de una persona muy allegada a él.

—Con mis hermanas rara vez salía herida en situaciones tan inverosímiles como una estampida —respondió retirando su mano de un tirón.

—¡Quedaos quieta! —le ordenó ignorando sus acciones y volviendo a tomar su mano como si

se tratase de una niña necia—. Me recordáis tanto a la más pequeña de mis hermanas —refunfuñó entre dientes—, siempre metiéndose en problemas y causándose heridas como si las regalaran… ya veréis que con el ungüento mañana estaréis mejor.

Vaéris permaneció en silencio permitiendo que Yahel le untara los dedos, ninguno de los dos se dijo nada el resto del tiempo, en parte por miedo a arruinarlo todo, ambos eran conscientes de que debían cooperar un poco, pero ninguno sabía cómo, y aquel encuentro parecía ser un buen pretexto para dejar las rencillas de lado.

VII

Muy de madrugada Vaéris se sentó en la arena para frotar sus brazos del frío, bostezaba con pereza, aun así se puso en pie, esperaba con ansias que el sol apareciera, pero también esperaba que antes de eso ya hubieran tenido su primer caza exitosa. Se sorprendió de ver que Luther aún se mantenía haciendo guardia, y sin decir nada, se alejó del grupo. Siguiendo el movimiento del aire buscaba patrones por la arena, y fue identificando en el firmamento las dunas más altas. Ella sabía que entre los huecos que se formaban entre duna y duna podrían encontrar al reptil del desierto, y la mejor hora para darles caza era antes de que saliera el sol, estarían aturdidos por el frío y sus movimientos serían más lentos de lo habitual.

En cualquier otro momento del día, no habría muchas posibilidades de escapar de un encuentro no deseado con un lagarto, aún en una carrera a toda velocidad, podría alcanzarte de un latigazo con su cola repleta de púas y aguijones envenenados. El horrendo destino es la parálisis inmediata para ser comido vivo. Por eso era importante encontrar el lugar adecuado, uno donde no hubiera demasiados lagartos escondidos. Para saberlo bastaba ver el ancho entre duna y duna, mientras más reducido, menos lagartos habría, si es que acaso hubiera alguno, de lo contrario habría que volver a buscar.

Se disponía a volver cuando la voz de Yahel la asustó, estaba tan cerca de ella que pudo soltar un manotazo y golpearle el brazo en un regaño para que jamás volviera a hacerlo. Yahel no pudo evitarlo, soltó una carcajada rápida que pudo reprimir y pidió disculpas por el susto. Vaéris resopló un poco y le dio un puñetazo en el mismo brazo que antes para que se controlara.

El heredero guardó la compostura, en verdad le recordaba a su más pequeña hermana, tenían mucho en común, como sus impulsos, aunque su hermana fuera en extremo dulce, no le impedía reaccionar antes que pensar. Las comparaciones entre ambas le sacaron una sonrisa, pero logró enfocarse en el momento, aunque con cierta dificultad.

—¿Podríamos charlar un poco?

Vaéris lo observó un instante, no era habitual verla en seriedad, pero esta vez lo estaba, estaba cansada de las peleas, estaba harta de los fracasos, necesitaba aliados, los necesitaba con urgencia. Estaba acostumbrada a hacer equipo con sus hermanas y a nunca fallar, a nunca estar sola, necesitaba llegar a un mejor acuerdo con el heredero Ardaithe y después de un suspiro le concedió su petición.

—Tal vez sea un poco tarde, pero… —comenzó Yahel con nerviosismo, pausado, como si quisiera elegir cada palabra para no arruinarlo todo— os pido disculpas por todo lo ocurrido entre nosotros… No fue mi intención decir tantas barbaridades.

Sus palabras le causaron risa a sí mismo, pero se recompuso rápidamente y con la sonrisa aún en la boca se corrigió

—Bueno, no —continuó—, al principio no fue a propósito, después sí. No sabía qué sentir con la actitud de vuestra hermana, y comencé a disfrutar tanto ver su cara roja presa del coraje… ¡Sus ojos y el puchero en su mueca era…! ¡Diablos! —suspiró al recordar cada cosa—. Se mostraba tan pretenciosa que yo disfrutaba hacerla enfadar. También debo deciros que en algún momento intenté remediar esa imagen que teníais de mí, pero vuestra hermana es una mujer

difícil y de alguna manera lo empeoré.

Vaeris lo recorrió de pies a cabeza, chasqueó la lengua con un gesto de fastidio. No estaba preparada para escucharlo decir cada una de esas palabras. La honestidad con que manejó el asunto reafirmaba lo que ella ya se había dado cuenta durante el poco tiempo de viaje a su lado: Yahel era mucho mejor persona de lo que ella creía. Sin embargo, no le parecía del todo justificado que, en su momento, hubiera sido despreciable.

—Disculpa aceptada —le concedió sin más.

—¿De verdad? —frunció el ceño, mostrando duda—. ¿Así de fácil?

—No sé qué más esperas… Mi hermana no está aquí y lo que ahora importa es que tú y yo podamos trabajar juntos. Es un compromiso con la sacerdotisa, ya sabes.

—No lo toméis a mal, Vaéris —se rió con nerviosismo—, pero suena a una trampa como las que Zokane me hubiera hecho.

—¡Trampas que tú mismo te ganabas! —espetó con reproche—. Y yo siempre estaré del lado de mis hermanas.

—Comprensible.

El silencio duró poco. Vaéris comenzó a darle detalles de lo que hacía y lo que buscaba entre las dunas. Yahel la escuchó atento, sorprendido de que supiera tantos detalles para cazar al lagarto, y Vaéris, no tardó en contarle que su hermana era quien dominaba el asunto.

—De no haber sido por el futuro esposo de Zokane, no nos habríamos iniciado como cazadoras —confesó sin más—. Él le regaló un bestiario tan completo a Zokane, que ella lo memorizó. A diferencia de mí, Zokane siempre busca aprender más de las bestias y su entorno, por tanto, lo que yo sé, lo he aprendido viéndola.

—¿Vuestra hermana está comprometida? —preguntó asombrado ignorando el resto de la historia.

—¿Lo dudas?

—Es que ella es tan… agresiva, que me parece increíble.

—Es así contigo por cómo la tratas. Lo único que hacías era burlarte de ella. ¿Qué esperabas? ¿Que la capacidad de Zokane para reírse de ella misma se uniera a tu capacidad para humillarla?

—Al menos así nos habríamos divertido —señaló sonriendo, arrepintiéndose de inmediato ante la mirada de fastidio que Vaéris le lanzó.

—Por eso ocurrió lo que tenía que ocurrir —suspiró frustrada—. ¡Que mis hermanas y yo quisiéramos clavar tu cabeza en una pica y dejarla en mitad de la nada para que se la comieran los cuervos!

—Gareth me advirtió muchas veces de esa posibilidad —se burló de sus recuerdos—. Aunque a veces me parecía exagerada vuestra reacción para defenderse.

—¡Defendería a mi hermana de cualquier cosa sin dudarlo! No verla feliz me produce ansiedad, su sonrisa me cambia el día. Verla enojada y contrariada por las cosas que pasaban contigo me hacía enojar y no pude más que odiarte, porque cuando tú estás alrededor, ella cambia.

Con todo lo que la pelirroja confesó, Yahel no logró decir nada. Torció la boca. Conocer a las dos hermanas de esa forma no ayudaba en nada, le hacía sentir culpable por haber sido tan bruto. Se dio la vuelta queriendo terminar la charla, pero se arrepintió de inmediato. Volvió hacia ella, se aclaró la garganta, y habló permitiéndose ser mucho más honesto.

—Tenéis razón… También pude verla sonreír, y sí, era capaz de contagiar a cualquiera. Es una lástima que las cosas ocurrieran de esa manera, y lo admito, admiro su amor fraternal.

Empujándolo con sutileza con el codo, le hizo saber que todo estaba bien. Ya no podían

retroceder el tiempo y por ahora, mientras viajaran juntos, beneficiarse de esta tregua era lo mejor. Se apresuraron en regresar al campamento, habían perdido un buen rato charlando y no querían perder su oportunidad de realizar la cacería.

Poco antes de que el sol saliera siguieron a Vaéris hasta unas dunas donde muy probablemente encontrarían al lagarto. La dificultad principal era descubrir la posición: enterrados bajo la arena que había sido moldeada por el viento toda la noche, era casi imposible saber su ubicación exacta y debían apresurarse antes de que el sol rozara la tierra y el lagarto emergiera calientito, vivaz y muy posiblemente hambriento.

La sacerdotisa se posó en cuclillas para dibujar sobre la arena un símbolo arcano. Un susurro en lengua antigua hizo destellar el símbolo. Colocándose pecho a tierra, sopló sobre la arena donde el símbolo había sido trazado y este se esparció como una ráfaga potente, creando una capa de escarcha sobre el suelo a varios metros a la redonda.

Casi de inmediato se formaron a su alrededor más de una docena de montículos creados por los lagartos. El intento por recuperar el calor al frotar sus cuerpos en la arena sería en vano, y antes de que los reptiles salieran de su escondite, lanzaron una lluvia de flechas sobre uno de los montículos.

La cacería estaba asegurada y las piezas serían excepcionales, solo debían alejarse y buscar un lugar seguro donde esperarían hasta que el último lagarto se hubiera marchado. El grupo festejaba su primera victoria y hasta bromearon comprometiendo a Eiden para que invitase a los tragos en la próxima oportunidad. Sus ánimos estaban tan altos, que no pudieron ver que detrás de ellos emergieron tres lagartos que se precipitaron en un salvaje ataque.

Como látigos, ondeaban las colas y acertaron contra Gareth, uno de los hombres de Yahel y también contra la propia sacerdotisa. Ambos rodaron por el suelo y ninguno se volvió a levantar. Con espadas en mano, Vaéris, Efraín y Luther, los otros hombres de Yahel, se lanzaron al ataque. Eiden intentó congelarlos invocando su propia versión de un hechizo de hielo, pero el sol estaba muy alto y el calor ya era sofocante para esos momentos, de modo que el hechizo no hizo nada contra los lagartos. Debían ahuyentarlos o vencerlos lo antes posible, antes de que el veneno paralizara el corazón de los dos heridos.

Vaéris, entre piruetas espectaculares, derrapaba en el suelo y logró cercenar la cola de una de las criaturas en su intención por darles muerte. Efraín y Luther la seguían de cerca, valientes y audaces, con golpes que hacían silbar el aire con su acero, buscaban un golpe de suerte para aniquilarlas. Y, mientras tanto, con arco en mano, Vaéris falló múltiples tiros haciéndola maldecir de que Tivana no estuviera allí; sabía que en estos momentos, la excepcional puntería de la morena sería de gran ayuda.

La batalla parecía ganada, sería difícil, pero lo tenían controlado, cuando, sin aviso, el suelo comenzó a agitarse en movimientos ondulantes como si se tratara de agua espesa y pantanosa; sin duda, un hechizo de Eiden, pero lejos de ayudarles, los entorpeció, pues el movimiento de la arena afectaba a todos por igual.

Tanto a los lagartos como a sus aliados los hizo rodar un poco, los guerreros quedaron a gatas con brazos y piernas enterradas en la arena, pero los lagartos, habituados a enterrarse, se retorcieron un poco antes de lograr ponerse en pie, mientras que el resto continuaba cayendo y hundiéndose más, los lagartos avanzaban como si nadaran en la arena.

Seguramente no era la intención de Eiden, pero su hechizo daría muerte a sus aliados. Y cuando todo parecía perdido, una ráfaga de flechas derribó a uno de los lagartos y dejó malherido a otro. Casi de inmediato, dos figuras encapuchadas, cubiertas de pies a cabeza con telas ligeras color arena, se abrieron paso, abatieron a los lagartos heridos y ahuyentaron al restante.

VIII

Los intrusos festejaron su eficacia chocando palmas. Vaéris, fastidiada por aquella vergonzosa intromisión, chasqueó la lengua al tiempo que pateaba la arena en dirección de los recién llegados.

—¿Qué ocurre contigo? —preguntó Yahel molesto por la reacción en la pelirroja—. ¿Nos salvan la vida y así agradecéis?

—Ve en busca de tu amigo y la sacerdotisa —siseó Vaéris, haciendo notar su enfado—. Hay que administrarles el antídoto.

Ignorando a Yahel y a los dos intrusos, se concentró en buscar un recipiente para extraer sangre y saliva de uno de los lagartos y poder preparar el antídoto. Para ella, no era ningún misterio la identidad de aquellas dos presencias.

Se trataba de sus hermanas.

Yahel asintió, sabiendo que administrar el antídoto era prioridad. Los dos extraños quedaron olvidados, aunque permanecieron viendo el movimiento del grupo: de como Yahel dirigía a sus hombres y ellos le obedecían sin dudarlo, y de cómo el hechicero se mantenía distante y sin intenciones de hacer nada. Vaéris por su parte ponía todo de su parte para preparar el antídoto, aunque ella misma supiera que ese tipo de mezclas no eran su punto fuerte.

Zokane se dio cuenta que si no hacía algo, las dos víctimas morirían, y se le crisparon los nervios ante la indiferencia del hechicero. Tivana la empujó levemente con el codo para indicarle que podían marcharse, pero Zokane no pudo hacerlo sabiendo que alguien moriría. Sus pies se movieron por sí solos llevándola hasta donde Vaéris preparaba el antídoto, vigilada de cerca por Eiden. En un tono muy bajo le pidió a su hermana le dejara ayudarla y la pelirroja, le cedió el cuenco con la mezcla.

—¿Es que no piensas hacer nada por ayudar? —recriminó hacia Eiden con severidad—. A este paso, tus aliados no harán otra cosa más que morir.

—Soy experto en magia arcana —respondió a Zokane, sorprendido al reconocerla—. Mi fuerte nunca fueron las mezclas mágicas.

—¡Un antídoto no es una mezcla mágica! —replicó enfadada sin dejar de medir y mezclar tan rápido como podía.

—Es una suerte que estéis presente, ¿os imagináis si no fuese así? — respondió con cierta precaución al sentir la energía de Zokane mientras le generaba un terror constante.

Zokane hizo oídos sordos; se sentía molesta de esa arrogancia en el mago; lanzó una mirada fugaz a Vaéris pero no había nada en su semblante que le hiciera sentir alarmada. La conocía bien, guerrera como su hermana jamás habría otra, su tenacidad no tenía límites, su fuerza y su pasión por la batalla eran extraordinarias, y verla en calma después de lo que había presenciado le pareció buena señal y se concentró en terminar el antídoto y lo administró ella misma. Se ocupó en primer lugar de la sacerdotisa y después del aliado de Yahel, quien, sin saber la identidad de los encapuchados, agradeció de todo corazón la ayuda prestada.

Zokane permaneció en silencio en todo momento, cuando, al ir administrando el antídoto, Yahel se acercó agradeciendo por su ayuda y su labor. Zokane no pudo evitar clavar su mirada

sobre los ojos del heredero Ardaithe, y el joven, no pudo articular más palabras que un simple «gracias» al quedar cautivado por aquellos ojos grises, plagados de unas larguísimas pestañas.

Zokane rodó los ojos para dejar de mirarlo y se marchó donde Tivana esperaba. Yahel quedó extrañado por aquella actitud cortante. Lo entendió pronto cuando los recién llegados se acercaron a Vaéris y el corazón le dio un salto al ver cómo se arrancaban las capuchas y los pañuelos del rostro, dejando expuesta su identidad. Sintió una mezcla de enfado y vergüenza por dejarse cautivar por la mirada de Zokane y prefirió poner atención a su compañero, pero bien que mal, de reojo, observó el reencuentro de las hermanas.

Alejada de todos, Vaéris permanecía en cuclillas frente a su bolsa, fingiendo acomodar sus cosas sin intención de mirarlas. Tivana, llena de confianza como siempre, se acercó, y con el costado de su pie le dio un empujón en el trasero, la pelirroja, al sentir aquello, se levantó con fuego en la mirada y provocación en el tono de su voz.

—No finjas que no estamos —le habló Tivana entre risitas.

—¿Se dedican a seguirme?

—¿Así agradeces por salvar tu vida?

—¿Debo agradecerte todo, Zokane?

—Un simple gracias basta, Vaéris.

—¿Gracias por qué? Teníamos todo bajo control.

—¡Deja de llorar y admite que sin nosotras ya estarías muerta!

—¿Para qué necesitaría a un par como ustedes, que se rinden a la primera de cambio?

—¡Yo no me rendí y Tivana tampoco! —se expresó exaltada.

—Pero elegiste otro camino. ¿Ahora vienes a buscarme?

—¡Que no te buscaba, Vaéris! Pero si así fuera, parece que olvidaste que siempre elegí estar a tu lado —le dijo, y dio un paso hacia ella mientras la empujaba con el dedo índice sobre su pecho haciéndola retroceder—. Siempre di todo de mí para que alcanzaras tus sueños, me quedé contigo pese a tus ideas locas, fui donde Táiwel por tu causa…

—¡Yo no te pedí que me siguieras! —interrumpió manoteando para evitar que volviera a picar su pecho.

—¡Sí que lo pediste! ¿Ya lo olvidaste?: «vamos o huiré de casa», «adonde tú vayas yo iré». ¿Te suena de algo?

—Éramos unas niñas, Zokane, no continúes con eso —pronunció con fastidio, como queriendo quitarle importancia.

—¡Fue una promesa que te hice con el alma, Vaéris! —se expresó desesperada—. ¿Que ahora sea adulta me impide llorar tu partida? ¡Te maldije por abandonarme en casa de tus padres! ¡Tú y Tivana son todo lo que tengo! ¡Eres mi hermana, maldita sea! ¿Cómo pudiste largarte sin nosotras?

Vaéris se había mantenido tan fría como pudo, pero las palabras de Zokane la desarmaron por completo, los ojos se le llenaron de lágrimas, y cuando se dio cuenta, ya la tenía en sus brazos, apretándola con fuerza contra su pecho. Las dos hacían su mayor esfuerzo por no llorar frente a todos, y Tivana, viendo que la discusión entre ambas se había terminado, se acercó y palmeó sus espaldas.

—¡Ya…, ya...! —las consolaba—. ¿Por qué siempre tienen que ser tan escandalosas? ¿No se dan cuenta de que arruinan la reputación de las Arpías?

—¡Cállate! —le dijo Vaéris sin tacto, extendiendo el brazo para tomarla de la mano—. A ti también te perdono, no seas celosa.

—¿A mí por qué, si no hice nada? —preguntó ella con fingida indignación, sin ocultar su

regodeo.

—¡Por traicionarme junto con mi madre!

—¿Qué tiene tu madre? —preguntó, picándole en la barriga—. ¡No la metas en esto!

Resolver la rencilla de esa manera era lo que ellas hacían y esta vez no fue la excepción. Querían charlar y ponerse al tanto de todo lo que había ocurrido durante el tiempo que habían estado separadas. El pretexto ideal fue llevar a los heridos a un lugar mejor para que se recuperaran. Zokane les dio un rápido vistazo, comprobando que el golpe de la cola no les había roto ningún hueso. Una vez segura de que no tenían nada de gravedad, los llevaron hasta un exuberante oasis que poco antes Zokane y Tivana habían abandonado. Una vez colocados, las tres jóvenes se marcharon. Un rápido y preocupante «ya vuelvo» dicho por Vaéris, junto con la advertencia de mantener la guardia en alto, fue toda la despedida.

Eiden y Yahel se miraron con recelo. Estaban seguros de que saldrían huyendo, en especial porque Vaéris se llevó todas sus pertenencias. Pero no tenían opciones, ninguno de los dos supo qué decir para asegurar su regreso, y con los heridos aún sin reaccionar debido a la parálisis, era imposible seguirlas; sentían impotencia, pero resultaba más fácil dejarlas ir.

Las chicas regresaron al lugar donde habían muerto los lagartos y, antes de hacer su labor para extraer las piezas, le dieron a Vaéris un atuendo como el de ellas para que el calor dejara de hacerle mella.

Después de un rato ya sabían casi todo en cuanto al viaje de Vaéris se trataba, y para aminorar cada uno de los contratiempos que tuvo, Zokane se reía de ella y de sus anécdotas. Por un lado, era entendible que aquellos que obedecían a Yahel tuvieran como prioridad mantener a salvo al heredero Ardaithe, pero, por otro lado, era inaceptable que todos ellos, incluida Vaéris, no fueran capaces de cooperar en momentos clave para garantizar el compromiso que tenían.

Entre todas las anécdotas, lo que les causó más preocupación fue cuando Vaéris les contó que había visto al mago Eiden empujar a la sacerdotisa para hacerla tropezar y caer durante la estampida, de no ser porque Nivha rodó por el suelo hasta quedar protegida por una roca, seguramente hubiera muerto.

Obviamente, Eiden se disculpó alegando que lo había hecho porque creyó que un búfalo la embestiría, y enfatizó que gracias a eso, Nivha tuvo tiempo de invocar el hechizo que salvó la situación. La excusa del mago era ridícula y, sumado a eso, también estaba el hechizo que había lanzado sobre la arena donde casi mueren todos. Las tres tenían la misma corazonada de que los actos del mago fueran intencionales. El hechizo de Eiden estaba dirigido para entorpecer a los humanos y no a los lagartos del desierto. Debía ser así, de lo contrario, los lagartos hubieran sido los más afectados por el efecto de la arena y no ocurrió de esa manera.

No podían mas que especular y dejaron pasar el tema. Al final del día, con las bolsas llenas de escamas, garras, dientes, púas y ciertos órganos, se sentaron exhaustas sobre la arena, observando el firmamento sin saber qué hacer a la espera de que Zokane terminara la mezcla para suprimir su próximo sangrado. Y mientras ellas esperaban, observaron a la sacerdotisa acercarse a paso lento hacia ellas.

Con una sonrisa espléndida y sin decir nada, Nivha se sentó junto a Tivana, se desenganchó de la espalda una pequeña garrafa de piel repleta de agua y bebió hasta recuperar el aliento.

—¡Estoy que me muero! —se quejó a manera de burla intentando romper el hielo—. ¡Sí que me ha quedado lejos!

—¿Viniste sola? —preguntó Vaéris.

—Sí. Bueno… cuando hay que hacer lo que hay que hacer, los riesgos valen la pena.

—¿Por qué has venido, pensaste que no regresaría?

—¿Tan obvio es, Vaéris?

—Estoy muy tentada, no lo niego. Pero no, tenemos un acuerdo y lo pienso cumplir.

Con una sonrisa sincera la sacerdotisa inclinó la cabeza levemente agradeciendo sus palabras. Observó los restos del lagarto y los costales junto a ellas, y entendió lo que las tres jóvenes habían hecho todo el día, sintiéndose más agradecida que antes.

—Puedo preguntaros algo? —habló Nivha de manera natural, y continuó hablando sin esperar respuesta alguna—. Resulta curioso para un hechicero de mi calibre descubrir cómo es que llegasteis a salvar la situación. ¿Podríais contármelo?

—Eso es fácil. ¡Mira! —respondió Tivana mostrando la lista de piezas solicitadas—. Aquí dice: «garras y púas de lagarto del desierto» —enfatizó señalando en la lista el nombre de la criatura.

—¡No! —exclamó Nivha soltando una carcajada—. No es tan simple.

—¡No, no lo es! —bromeó Tivana al intuir lo que la sacerdotisa tenía en mente—. ¿Qué se piensa? ¡Si cruzamos un gran tramo del desierto para llegar hasta este punto!

—No continuéis, por favor, lo estáis haciendo peor, los caminos no se cruzan así de fácil en una tierra tan vasta como en la que vivimos —exclamó Nivha contagiando al resto con su risa nerviosa—. Aun así debo agradeceros vuestra presencia, vuestra ayuda y labor.

—¿Te das cuenta, Zokane? Ahora dirá que es cosa del destino —exclamó Tivana, segura de que ese era el pensamiento de la sacerdotisa.

—Pues sí —le respondió Zokane—. El destino existe y nada es casual.

—¿No me digas que también crees esas patrañas?

—¿Por qué no, Vaéris? Gracias a ese destino estamos unidas, y no creo que sea algo casual haber encontrado contigo.

—Bueno… —agregó la sacerdotisa rascándose la nuca—, también podría interpretarse como que el destino nos trajo a vosotras y no al revés. ¿Y, se puede saber qué pensáis hacer ahora?

—¿Disfrutar el descanso antes de ayudar a Vaéris a cargar todo esto de regreso al oasis?

—De ser así, y si no es mucha molestia, volvamos. Los otros pensarán que morí por imprudente al regresar sola a buscaros.

—Bastante cuestionables tus aliados, Nivha —exclamó Zokane, que levantaba las cejas al hablar—. ¿Cómo pueden decir que son tu escolta y permitirte venir sola?

—Os los dije desde que llegué: cuando se tiene que hacer lo que se tiene que hacer… — respondió sin terminar la frase, sacudiéndose la ropa llena de arena para después tomar uno de los dos costales—. Debía venir. Eso es todo lo que sabía, y eso es todo lo que Eiden debía saber.

Vaéris se puso en pie, pero no para emprender el camino de regreso y sí para quitarle el costal de las manos y sentarla de nuevo. Cuando le explicaron lo que hacían y la función del remedio, la sacerdotisa quedó admirada por el método que las chicas usaban. Estaba claro, sabían sus riesgos, pero no les importaba. Se negó cuando le ofrecieron un poco de la mezcla confesando que ella nunca había tenido un solo sangrado.

—¿Por qué? —preguntó Vaéris llena de curiosidad.

—Toda sacerdotisa que desee consagrarse al emperador debe renunciar a la idea de ser madre.

—¿No se supone que se mantienen castas el resto de sus vidas? —volvió a preguntar con mucha más curiosidad que antes.

—¡No! —enfatizó su respuesta—. ¿De dónde sacáis eso?

—No lo sé. En toda la historia jamás se ha conocido una sacerdotisa casada y mucho menos con hijos. Se mantienen siempre al amparo del palacio y raramente se les ve abandonar el lugar. Se dice que son la representación máxima de la divinidad después del emperador. ¡Válgame los

dioses! La palabra por sí sola da miedo: «divinidad».

—No os dejéis engañar. La comunión entre el hombre y la mujer es esencial para el poder y la magia. De hecho, para ser proclamada como una sacerdotisa, primero se debe participar en un ritual donde, ayudadas con brebajes que inducen al éxtasis, se entrega la castidad al sexo opuesto. Una vez culminado el acto, la hechicera puede ascender y ser proclamada sacerdotisa.

—¡Es la cosa más extraña que he escuchado!

—¡Ya, Vaéris! —murmuró Tivana en un regaño—. ¿Por qué tienes que hacer preguntas tan extrañas?

—¿A ti no te da curiosidad, Tivana?

—¡Pues sí, pero las damas no hablan de esas cosas!

—No os preocupéis, Tivana, soy sacerdotisa antes que una dama y esas prácticas son habituales. Se hacen por el vínculo que potencia el poder y la magia en la hechicera, producto del acto íntimo con un varón, y en contraparte, a ellos les otorga claridad en sus dones. Es, en otras palabras, una unión de complementación.

—Pero eso no explica por qué se privan del sangrado.

—Eso es simple, Vaéris —respondió sonriendo a su curiosidad—. Cuando la sacerdotisa sea consagrada al emperador, sus pensamientos y su vida se concentran en él. Todo es debido a un pacto de sangre y magia. Pero gracias a eso, los mandatos del emperador se vuelven órdenes inquebrantables, y su seguridad se convierte en la única cosa a perseguir. En nuestro corazón no hay lugar para nadie que no sea nuestro soberano y, por tanto, evitar tener hijos es lo mejor, por eso, se prepara el cuerpo de la sacerdotisa desde muy pequeña, para que sea digno y suficiente al precio que exige el poder y la magia.

—¿Es como perder la voluntad sin perderla? ¡Eso sí que me ha hecho estremecer!

Después de la afirmación de Vaéris no hablaron más del tema. Zokane terminó el remedio y emprendieron el camino de regreso. Poco antes de llegar al oasis donde el resto esperaba, Vaéris reunió valor para hablar con sus hermanas, les pidió disculpas por todo y les recordó que su lugar, de momento, estaba con la sacerdotisa. «Será poco menos de una edad», les recordó pidiendo que la esperasen en el mesón preferido por ellas para volver juntas a casa desde ahí. El lugar sería ése donde por última vez vieron a Darcié y que gustaban visitar con frecuencia, Zokane estaba segura que ese sería el lugar donde volvería a encontrar a su amor, como si aquel lugar hubiera sido un punto de encuentro marcado en sus corazones.

Zokane y Tivana sonrieron llenas de orgullo, mantener un compromiso era parte fundamental de un buen guerrero pero, la sonrisa no solo fue por eso, también fue porque no encontraban el pretexto ni la excusa para separar sus caminos.

No importaba nada para Zokane, el tiempo que estuvieron separadas solo sirvió para hacerla entender que se sentía incompleta si le faltaba alguna de sus hermanas. Ya vería, llegado el momento, de qué forma resolver lo que fuera que las acercara a la capital. Por ahora, estaba claro; las necesitaba, eran una para la otra, eran carne y hueso, Tivana y Vaéris eran todo para ella. Eran familia, y no las volvería a defraudar.

IX

Permanecer a la espera en el oasis era algo que Yahel no toleraba. Desde que vio partir a la sacerdotisa en búsqueda de las Arpías, se hizo a la idea de que ese trío no regresaría. Las vueltas que daba de un lado a otro eran su intento por calmar los nervios. Sus pensamientos buscaban la forma de poder ayudar a los hechiceros imperiales sin Vaeris. De no ser así, su honra y su nombre se verían gravemente comprometidos y le traerían consecuencias con su padre.

Sabía que nada podía hacer para facilitar las cosas sin el apoyo de un profesional como lo era la Arpía, y comenzó a sentir desesperación y rabia. Se sintió impotente y se recriminó por no haberla detenido.

Tenía bastante claro que sus propias habilidades eran limitadas y que la presencia de Vaéris marcaba la diferencia. Jamás creyó sentir una desesperación como aquella, y cuando alcanzaba el punto máximo de sus emociones, un profundo suspiro le devolvió el aliento al ver en la lejanía al grupo de mujeres acercarse con lentitud.

Posándose en cuclillas, escondió el rostro entre las rodillas y se dio cuenta de que por primera vez sentía felicidad al verlas. Sus inseguridades lo mantuvieron en aquel lugar y en la misma posición hasta que sintió una palmada sobre la espalda, la voz animosa de su compañero antes herido le avisaba que todas habían vuelto.

Levantó los ojos y las observó a pocos metros de distancia. Pudo ver a su colega acercarse a ellas y darles la bienvenida. Estaba agradecido porque le salvaron. Les ofrecía agua y fruta pelada lista para comer. Su nombre era Gareth, y Yahel sabía de sobra que el hombre estaba perdidamente enamorado de Tivana. Saberla presente lo había llenado de energía y lo había mantenido alerta y expectante. No pudo evitar reírse de él a escondidas, de verle como un perro juguetón cuando le escuchó decirles que él sería su nuevo mejor amigo y que su agradecimiento sería eterno.

El entusiasmo de Gareth hizo brotar una sonrisa a las cuatro chicas y fue más fácil de lo esperado convivir todos juntos, a excepción de Yahel, pues era notorio que toda la bronca y todo el odio Yahel-Arpías daba inicio y tomaba fuerza con Zokane presente, sobre todo cuando ella, en ningún momento le regaló una mirada al heredero Ardaithe, así fuese furtiva, a diferencia de Tivana, que de vez en cuando volteaba los ojos para verlo, llena de curiosidad ante la actitud pasiva y poco incitadora del futuro señor feudal.

Durante la cena fue más evidente la forma en que Zokane ignoraba a Yahel: como si jamás hubieran tenido altercado alguno, o tal vez peor, como si no estuviera. Él sonreía atento a todo sin decir palabra, intentaba mantener la vista sobre su comida, el suelo o sus propias manos, pensaba que si ese era el precio que debía pagar para poder hacer equipo con ellas, lo pagaría. Haría lo que fuera con tal de cumplir el compromiso con la sacerdotisa, esa era la única forma de mantener su honra ante los ojos de su padre.

Con la noche como aliada, poco a poco se fueron quedando dormidos, la guardia quedó en manos de Zokane y Nivha, no sin antes bromear un poco con las hermanas por si acaso se les ocurría escapar sin ser vistas, y como ninguno se atrevió a preguntar si pensaban unirse a ellos, lo más fácil fue bromear con ellas, mientras que en sus adentros pedían a los dioses que se quedaran con ellos.

Pasaron la noche sin fogata para no atraer a los lagartos del desierto, y en aquella tranquilidad que no dejaba dormir a Yahel, abrió los ojos al escuchar sonidos. Extrañado, vio a Nivha con las piernas cruzadas cabecear al quedarse dormida y por el otro lado, la silueta de Zokane escabullirse hacia los límites del oasis. Pensó que era una buena oportunidad para acercarse a ella y la siguió. Después de todo, hacer lo mismo le había resultado bien con Vaéris. Definitivamente, era mejor enfrentarlas una a una que a todas juntas, y tenía la firme idea de remediar las cosas.

Precavido, pero haciéndose notar, se acercó a ella. Quiso saludar; su voz recién comenzaba a emitir sonido cuando Zokane se giró hacia él, de un movimiento rápido le cubrió la boca con la palma de su mano y lo sujetó del brazo para que no se moviera.

La inesperada acción lo tomó por sorpresa y observó a la mujer con la mirada atenta en el firmamento. Poco a poco retiró el yugo de su mano, no obstante, le pidió silencio colocando un dedo sobre su propia boca. La presión del brazo cesó cuando Zokane lo soltó al señalar un punto en el firmamento. Yahel forzó la vista, pero no podía ver ni oír nada, por un momento pensó que era alguna clase de exageración, sin embargo, se alarmó cuando la silueta gigantesca de una bestia alada comenzó a distinguirse sobrevolando el firmamento, con sus escamas resplandecientes como diamantes por efecto de la luz de la luna.

La presencia de la criatura le causó angustia y un terror apabullante, tanto, que lo inmovilizó sintiendo que los pies los tenía clavados en el suelo. En un intento por sentirse seguro dobló las rodillas y consiguió agacharse un poco. Zokane notó su reacción y le causó gracia, no lo culpaba, cualquiera hubiera corrido, pero él logró quedarse en su sitio.

—Es un dragón negro —le dijo sin dejar de observar a la criatura que se acercaba a vuelo lento.

Yahel quedó maravillado. Se suponía que estaban extintos, por su mente cruzó la idea de que estaba soñando, o tal vez alucinando. No podía negar que era real, tampoco pudo evitar compararlo con la hidra que había logrado aniquilar hacía un par de meses. A esa criatura la sintió insignificante comparada con el dragón que ahora veía, con el colosal tamaño, fácilmente podría tragarse a un jinete con todo y caballo de un solo bocado.

—¿Cómo puede estar vivo? —susurró incrédulo a pesar de estarlo viendo él mismo—. ¡Se extinguieron hace mucho!

—Las chicas y yo llevamos muchas edades siguiendo su rastro —confesó sin dejar de observar a la criatura que pasaba sobre ellos a poca altura—. De por qué esté vivo, hay muchas posibilidades… Recuerda que estamos condenados a este pedazo de tierra y que los mares que nos rodean son imposibles de cruzar. Las leyendas hablan de las tierras más allá de los mares, comienzo a creer que ha venido de aquel inhóspito sitio.

—¡Tiene sentido! Aunque no sé cómo lo habéis detectado.

—Normalmente avisa de su presencia cuando silencia todo con su rugido. —Esta vez, al hablarle, se tomó la molestia de mirarle una vez que la criatura ya no pudo verse en la negrura de la noche—. Hay veces, como hoy, que el viento arrecia y un siseo se apodera del ambiente. Se siente como una vibración poderosa en el pecho, a la altura del corazón, y entonces aparece.

—Terrorífico… por la criatura. Admirable… por tu habilidad de saberlo cerca. Supongo que le habéis perdido el miedo.

—¿Miedo a qué?

—A qué tremenda criatura te vea y te devore entera de un bocado.

—Los textos antiguos aseguran que los dragones eran sirvientes de los dioses y amigos de la humanidad, ¿acaso no lo sabes? —Intentó hacer evidente su burla, y en cambio, sus palabras

fueron como si expresara un regaño—. También, por si no lo recuerdas, a los dioses se les representa con la figura de un dragón milenario.

—¡Cierto! ¿Cómo pude olvidarlo? Debió ser la impresión ante semejante bestia.

—Los textos también afirman que eran seres sabios y pensantes como nosotros, que incluso a veces su instinto protector los hacía intervenir entre los humanos y daban término a injusticias cuando los dioses no podían hacerlo. Me parece que de bestias, nada.

En ese punto no había mucho más que decir. A Yahel, la mente se le quedó en blanco al fijar su atención en el peculiar gris de aquellos ojos que, al ser bañados con la luz de la luna, era como estar viendo los ojos de un gato en la oscuridad. Jamás creyó que en esa fastidiosa mujer hubiera algo tan enigmático como su mirada y, para su mala suerte, se dio cuenta de que el silencio al observarla comenzaba a incomodarle casi al punto de volverse insoportable.

Estar en medio de la noche, mirándose frente a frente, después de una charla tranquila, era algo que ninguno de los dos imaginó posible. Yahel creyó que esa era la oportunidad para enmendarse. Volvió a sentir el orgullo herido cuando ella lo enfrentó con la dureza que él bien conocía, y aunque Zokane estaba agradecida debido a que él logró mostrarse amable con Vaéris, no significaba que pasaría por alto todas las ofensas realizadas en contra de ellas.

—Seamos honestos, Yahel. De no ser por la aparición del dragón jamás hubiéramos tenido esta conversación.

—Solo intento remediar lo ocurrido —le aseguró retrocediendo con nerviosismo, como si ya quisiera irse.

—¡No, por favor! Que yo sea cortés contigo y tú conmigo no quiere decir que nos tengamos que agradar. Tampoco te sientas obligado a hablarme o acercarte a mí, no es necesario, estás aquí por compromiso con la sacerdotisa, yo lo haré por hacer compañía a mi hermana. Nada más.

—Tenéis toda la razón. Sin embargo, os agradezco lo de hoy.

Inclinando la cabeza con levedad para enfatizar el agradecimiento, le soltó una sonrisa forzada; sin malicia, sin burla, pero forzada. De alguna manera le exasperaba que Zokane pudiera mirarlo de frente y a los ojos sin que se le moviera un pelo; lucía amenazante y molestamente hermosa, se sentía hastiado de tener que admitirlo. También debía admitir que ya no recordaba la causa de tanta discusión entre ellos. Ni siquiera estaba seguro de que fuera cierto que ella le desagradara por completo. Pero entendió sus palabras y su manera de pensar. Era lo justo: cooperar para beneficio propio sin inmiscuirse en nada más; después de todo, tenía claro que tanto ella como Tivana se unirían a su causa y eso era lo que realmente buscaba.

Él se marchó dejándola en el lugar para acomodarse entre sus mantas sobre la suave arena, teniendo cuidado de no despertar a la sacerdotisa, y Zokane volvió después de un rato para continuar la guardia.

Al amanecer, mientras tomaban un rápido desayuno, Tivana quiso ver la lista de piezas que debían localizar, y mientras leía y leía el regordete pergamino, Zokane alzaba las cejas al ver el rostro de Tivana sorprendido por semejante exigencia.

—¿Estás segura de que únicamente quieren abastecer los anaqueles?

—Es lo que me han solicitado y es lo que debo cumplir.

—¡Pero es una completa locura! ¿Cómo es posible que te hayan dado una lista tan complicada? ¿De verdad tuvieron que esperar a llenar un pergamino entero para poder enviar a un recolector?

—No lo sé, Tivana. La organización de la suprema sacerdotisa es de las mejores y, sin embargo, existe el dicho que dice: «hasta al mejor cocinero se le quema el estofado».

—¿Cómo os atrevéis a cuestionar de tal forma la eficiencia de la poderosa Saíd? —exclamó

Eiden mostrando su enojo ante aquella falta de respeto hacia el imperio y, con ese arrebato, Zokane pudo sentir un poco de su energía por primera vez: era una sensación pesada, y si se pudiera definir la oscuridad, sería justamente como sentir la energía de Eiden. Fría, calculadora, absorbente y llena de caos, sensaciones que no le gustaron en lo absoluto—. ¡Estáis hablando de una mujer que no solo es respetada por su vasta experiencia, sino también porque se trata de la mano derecha del emperador! —finalizó el mago tomando una bocanada de aire que lo relajó hasta volver a ocultar su descontrolada emanación de energía.

—Perdóname, Eiden —respondió Tivana—, pero una lista de estas dimensiones claramente muestra un error que no es aceptable, mucho menos para alguien que administra los anaqueles imperiales y que se hace llamar la mano derecha del emperador, y eso hasta tú lo entiendes.

—Vamos, relajaos un poco —les pidió Nivha, en su intento por mediar el evidente choque que podía ir a peor—. Eiden, sabéis muy bien lo que la lista contiene y que Tivana tiene razón…

Tivana no dio muestras de querer continuar la discusión, levantó los hombros y le cedió la lista a Zokane. Esperaba que se sorprendiera, y en cambio, Zokane extrajo el mapa que Darcié le había regalado, lo extendió frente a ella, y estuvo un rato leyendo la lista, mirando el mapa, poniendo pequeñas piedrecitas en puntos específicos, hasta que cubrió una parte muy amplia en cada una de las regiones.

Una ligera sonrisa se dibujó en sus labios al darse cuenta de que todo era mucho más fácil de lo que jamás imaginó y, teniendo los detalles del tiempo de entrega exigido, lo hizo mucho más fácil. Con sus cálculos y un poco de maña, jamás pondrían un pie en la capital.

—Dicen que tienen un tiempo límite, ¿no? —finalmente habló, haciendo que todos prestaran atención—. Cada piedra en el mapa representa un lugar aproximado que visitar. Claro que no está detallado, pero en algunos puntos habrá más de una criatura para cazar. Lo que sugiero es que sigamos el viaje en una especie de círculo sin desviaciones a la capital. También sugiero que, para disminuir la carga que ralentizará el avance, solicitemos el servicio de algún mercader para que haga entrega de las piezas a nombre de Nivha. Si comenzamos desde el punto donde estamos ahora dirigiéndonos en la dirección marcada, pienso que tal vez nos tomará poco más de seis meses terminar la lista.

—Parece viable —expresó Nivha mientras analizaba el mapa y la ruta sugerida—. ¿Conocéis algún mercader confiable que pueda hacer las entregas por nosotros?

—Es probable que yo pueda ayudar en eso —les dijo Yahel, pensando en su suegro como posible solución—. Pero antes necesitaría consultarlo con mi padre.

—¿Qué necesitáis para poder hablar con él? —preguntó Nivha.

—Puedo enviar a uno de mis hombres de regreso a mi hogar; él llevará el mensaje que incluya todo el plan con las instrucciones, puntos probables y fechas aproximadas de encuentro. Si parte desde aquí —agregó señalando el poblado más cercano a ellos marcado en el mapa—, cuando lleguemos al siguiente punto que la Arpía… —dudando sus palabras, se aclaró la garganta y siguió hablando, sin darse cuenta de la carcajada que Vaéris intentaba no soltar al verle hablar y actuar de esa manera—, que Zokane, ha marcado en el mapa —se corrigió—, podríamos seguir viajando un par de días para alcanzar este puesto de mercaderes —volvió a señalar otro punto en el mapa—. Seguramente, al llegar ahí ya tendríamos una respuesta.

—¿Es de confianza el mercader que propones? —preguntó Eiden un tanto arisco, temiendo que serían embaucados.

—Os lo aseguro. En caso de que mi padre acceda a pedir su favor, no tendréis a nadie de más confianza que él.

—¡Bien! ¡Pues en marcha! Pero antes, quisiera agradeceros, Zokane, por trazar una ruta

eficaz de cacería. La cumpliremos al pie de la letra y también intentaremos cumplirla en el tiempo que habéis previsto.

—¿Qué dices, Nivha? ¿Intentas deshacerte de Tivana y de mí? ¿De verdad piensas que vamos a dejar a Vaéris sola con ustedes después de la terrible situación en que los encontramos ayer? ¡Mira el daño que tiene de heridas pasadas! —señaló las manos de su hermana—. Además, sin mí no lo lograrás a tiempo — fanfarroneo haciendo evidente la broma—. Hay un poblado mucho antes del que el señor Ardaithe ha marcado. Se encuentra a pocas horas de la cara norte después de cruzar el Paso del Silencio. De ir por ahí, ahorraríamos semanas de viaje.

Zokane acompañó sus palabras de una risita fingiendo indignación por la sugerencia de Nivha al creer que ellas dos se marcharían por su lado. Guiñó un ojo a la sacerdotisa y se puso en pie seguida por sus hermanas. Ellas tomaron sus cosas y comenzaron a caminar sin comprobar ni una sola vez si las seguían.

La seguridad y liderazgo de Zokane sorprendió a la sacerdotisa, se levantó de inmediato haciendo señas con las manos a todos para que se movieran antes de que ellas se arrepintieran.

Que las tres se unieran a su camino era lo que buscaba desde el principio, y si la oportunidad se daba así de simple, lo mejor era seguirlas y mantener la boca cerrada para no arruinarlo todo.

X

El viaje que inició sin contratiempos, con las expectativas y el entusiasmo elevados, rápidamente se volvió uno a paso forzado. Parecía que las Arpías querían matarlos de extenuación, y aunque para ellas, recorrer semejante travesía a mitad del desierto parecía pan comido, para los demás resultaba un ritmo difícil de seguir.

Los descansos, que no eran muy prolongados, los aprovechaban al máximo, pero, aun con todo y su fatiga, cuando había que iniciar la cacería parecía que jamás hubieran estado cansados. La emoción de Gareth por trabajar con todas las Arpías lograba contagiar a sus compañeros y reanimarlos por completo.

Para Nivha, Yahel y Eiden fue evidente y una completa sorpresa darse cuenta de que la actitud de Zokane cambiaba en esos momentos. Si durante el viaje se mantenía servicial bromista y sonriente con sus hermanas y la sacerdotisa, para cuando se trataba de ponerse en acción se volvía alguien completamente diferente, tenía temple y un aura de mando a su alrededor que mantenía la situación bajo control, con un alto grado de adaptación y una capacidad instintiva de reacción lograba mantener la cabeza fría. Todo eso salió a relucir por primera vez cuando en su camino se cruzaron con una trampa natural del desierto.

¡—No se muevan— !gritó Zokane.

El grito de advertencia les hizo notar que habían caído en un lugar de muerte, un embudo que se arremolinaba hacia las entrañas de la tierra y que se tragaba todo al menor movimiento. Para ellos, ya era muy tarde como para intentar huir.

Los hombres de Yahel fueron los primeros en buscar una escapatoria del remolino pero, al darse cuenta que al menor movimiento, la arena los tragaban más rápidamente, se paralizaron. No obstante el fiel Luther, General de la legión feudal de Kirios Ardaithe, no podía permitir que su protegido cayera durante su guardia. El propio señor feudal le había encomendado mantener a salvo al heredero Ardaithe y de ninguna forma podía fracasar. Su fidelidad se remontaba a generaciones, ninguno de sus antepasados había fallado en su deber y él no sería el primero.

La desesperación era grande y logró llegar hasta Yahel, tomándolo por la espalda, lo levantó con toda la fuerza que tenía e intentó lanzar a su futuro señor fuera del remolino. Su acción fue inútil y vergonzosa, él no era el jovencito de antaño y Yahel tampoco era el chiquillo que vio crecer. En cualquier otro momento Yahel hubiera muerto de risa por su intrépida acción, pero ahora, tan cerca de la muerte, no se sintió capaz de aceptar su destino.

—¡Mantengan la calma! —Volvió a gritar Zokane, en su intento por ganar tiempo.

No había mucho que hacer, estaban rodeados de arena y no eran capaces de ver ni una sola piedra de donde sujetarse, y Zokane, quien había confiado que la sacerdotisa tendría un as bajo la manga, perdió las esperanzas al voltearse hacia Nivha, que estaba al final de todos, y ver en ella el terror en su mirada, inmóvil de miedo, e incapaz de seguir sus instrucciones.

Observando su entorno, Zokane se lanzó hacia Vaéris que estaba a un par de pasos de distancia. Su acción provocó que la arena comenzara a moverse y que ellas se deslizaran más rápido que el resto, pero Zokane puso toda su atención en tomar la cuerda que colgaba del morral de la pelirroja y atarla al mismo y por sobre el cuerpo de su hermana.

—¿Ves el borde? —le preguntó sin dejar de atarle la cuerda—. Solo debes aguantar un

minuto —la animó.

Al escuchar las palabras de su hermana, Vaéris observó hacia el punto en la grieta donde Zokane le había señalado, y en ese momento, la pelirroja afirmó y comenzó a ajustarse un par de ganzúas a sus brazos.

A pesar de tener a la traicionera superficie en su contra, ambas se pusieron en pie, Vaéris se dirigió hacia la grieta, y Zokane se fue hacia Tivana.

—¡Sujétate fuerte! —le dijo a la morena dándole un trozo de cuerda.

Sin contemplaciones, se encaramó a su espalda para poder dar un salto hacia Efraín y entregarle un trozo de cuerda dándole la misma indicacione. Y así, uno a uno, se fue moviendo hasta llegar a Nivha.

Gareth fue el primero en entender el plan de Zokane. Sin tomar la cuerda, se movió hasta alcanzar a Vaéris y logró caer dentro del embudo al mismo tiempo que ella. El resto se aferró a la cuerda momentos antes de ser tragados por el embudo. El vértigo de la caída les arrebató una plegaria hacia los dioses y, la tensión de la cuerda con el rebote y el propio balanceo que se produjo les regresó el aliento: Vaéris había alcanzado el borde de piedra que delimitaba el embudo y, con las ganzúas, se había aferrado a este con todas sus fuerzas. Sin la buena reacción de Gareth al enredar sus piernas en la cintura de Vaéris y rodearle el torso con los brazos y juntos afianzarse a la piedra, ella con las ganzúas y él con un par de hachas, no lo hubieran logrado.

La caída libre era lo último que Zokane tenía en mente. Usando cada gramo de fuerza logró alcanzar a Nivha, la sujetó de los hombros y la zarandeó un poco para sacarla de la parálisis en la que se encontraba.

—¡Haz algo! —le ordenó, asegurándose de que su mirada volvía de ese lugar donde el terror le había llevado—. ¡Te tengo! ¡No pienso soltarte!

Abrazándola con todas sus fuerzas, se aferró a Nivha momentos antes de que cayeran juntas al vacío que se abría bajo sus pies. El último trozo de cuerda lo había pasado por debajo de sus axilas y enroscado entre sus brazos, enredando sus piernas a las caderas de Nivha para tener un poco más de agarre. El peso que supuso, junto con el rebote de la caída, le hizo tragarse el aullido de dolor cuando sintió la cuerda cortar su piel, pero ni así la soltó.

Mucho antes de eso Nivha se sintió completamente a salvo. Sin importar la circunstancia, se sentía segura y le bastó un momento para ver dentro de los ojos de Zokane y saber que nada malo le ocurriría. Dejó escapar el miedo y se abrió a su instinto.

Un susurro comenzó a salir de la boca de la sacerdotisa, recitaba en lengua antigua un hechizo que parecía viajar en el aire. Era un canto antiguo, uno primordial. Sus ojos se abrieron de golpe y la cabeza de Nivha se disparó hacia atrás mientras su mirada se perdía en el blanco absoluto de la luz de su poder, la mandíbula y los labios temblaban con el balbuceo que se escapaba de ella, y una neblina mística comenzó a emanar de su boca como si fuera la silueta de sus palabras: «La tierra es mi sierva y se rinde a mis pies». Expresó en lengua antigua.

Remolinos de viento sacudieron sus ropas y su pelo se agitó al compás de aquella danza, la arena a su alrededor se arremolinaba debajo de ella en el momento justo en que un círculo arcano con patrones y símbolos destelló bajo sus pies. El poder que emanaba la sacerdotisa llamaba como imán a cada grano de arena. La vibración era tan poderosa, que incluso podía sentirse resonar en el pecho de cada uno de ellos, momento en que la arena se concentró de tal forma, que daba la impresión de que debajo de ellos hubiera tierra firme.

Una corazonada asaltó a Zokane, no hubo duda, soltó a Nivha. La sacerdotisa, al sentir la liberación, sin salir de su trance, se puso de pie sobre el remolino de arena que la sostuvo con firmeza. De inmediato, Zokane soltó la cuerda para pisar el remolino que se expandió cediendo

un poco de espacio para ella.

Dentro de su trance, la sacerdotisa comenzó a caminar, y por cada paso que daba, la arena se extendía formando una escalera frente a ella que se elevaba hacia el exterior del embudo. Y así, uno a uno, fueron soltando la cuerda uniéndose a la caminata de la sacerdotisa. Resultaba asombroso ver la firmeza de la arena sin perder su suavidad ni su textura y de la forma en que se extendía bajo sus pies para que cada uno tuviera espacio de pisarla. Cada uno, excepto por Eiden y Yahel. Al parecer, nadie más que Zokane había notado su ausencia, pero no quiso alertarlos sin antes estar completamente a salvo.

La escalera los llevó lejos del embudo y solo entonces Nivha salió del trance, momento en que todos pudieron notar que el hechicero y el futuro señor feudal estaban ausentes. La conmoción duró muy poco, un silbido llamó su atención y vieron como Eiden y Yahel descendían del cielo en una sorprendente levitación.

—Mis disculpas a todos —se expresó Eiden—. El poder psíquico que poseo es limitado. Si alguien debía ser salvado, el futuro señor feudal encabezará siempre la lista.

—Sin rencores —le aseguró Vaéris.

—Tal vez solo un poco —le corrigió Gareth.

—Le agradezco su sabia elección —habló Luther, colocando su puño sobre su propio pecho como todo legionario haría.

Sabiendo que todos estaban a salvo, Zokane dio un suspiro y se dejó caer de rodillas con los brazos doloridos a sus costados. La cuerda le había abierto la piel y la sangre comenzaba a empapar sus mangas. Pese a eso, se sentía satisfecha y orgullosa de Vaéris, mucho más por la reacción que tuvo Gareth. De no haber sido por eso, tal vez no hubieran corrido con tanta suerte.

Sus rodillas apenas habían tocado el suelo y Tivana ya estaba a su lado intentando asistirla. Arrancando las mangas de un tirón dejó al descubierto las heridas y, sin demora, Nivha ya estaba hincada frente a ella para lavarle la sangre antes de iniciar la sanación.

Y mientras todos se recuperaban del susto, entendieron el porqué de la eficacia en las Arpías. Con el paso de los días se dieron cuenta de que Zokane parecía una estratega: indicaciones rápidas respecto a la criatura en cuestión, seguida de indicaciones puntuales de lo que cada uno debía hacer, daba como resultado un éxito por cada intento de caza; y una vez terminado el trabajo difícil, aquella aura poderosa de mando, común solo en los estrategas y generales, desaparecía.

Zokane también podía relajarse permitiendo al resto hacer su parte para destazar a la criatura, y hasta se daba el lujo de seguir órdenes sin rechistar o, simplemente, como aquella vez después de que estuvieron a salvo de la trampa de arena, se relajaba cerrando sus ojos al recibir la sanación.

En tan solo una semana cruzando una parte del desierto ya habían obtenido su victoria con cuatro bestias al obtener una calidad de excelencia. Eso era mucho más de lo que la sacerdotisa o cualquiera hubiera pensado, y estaban felices con los resultados, aunque los pies los tuvieran hechos polvo a causa de aquellas marchas forzadas.

—¿Por qué tanta prisa? —preguntó Gareth en un intento por que se detuvieran para un descanso.

—Necesitamos cruzar el Paso del Silencio antes de que la luna reaparezca en el cielo —respondió Vaéris sin aflojar el ritmo.

—¿Y por qué la urgencia? ¿Es que no tienen piedad de nosotros? —les recriminaba en su esfuerzo por mantener el paso a su lado—. ¡Si siguen así, van a matar a la sacerdotisa!

—Yo no escucho a Nivha quejarse —respondió Tivana, antes de echar un vistazo a la

sacerdotisa. Rezagada, se sujetaba con fuerza del brazo de Eiden, con la cabeza completamente caída sobre su pecho y arrastrando los pies a tal grado de levantar el polvo a cada paso.

—¿Será porque no puede ni hablar? —insistió Gareth para que se detuvieran.

Tivana llamó a Zokane con un leve silbido haciéndola detenerse. Desde el par de metros que les sacaba de adelanto, se giró para ver qué ocurría y le bastó seguir la indicación silenciosa en la mirada de su hermana para observar a la sacerdotisa. Dejó caer su voluptuoso morral al suelo y se dirigió hacia Nivha con cierto apuro.

—¿Qué ocurre, Nivha? —preguntó Zokane mientras se acercaba a ella para mirarla con detalle y constatar que no fuera nada grave. Con firmeza le desmontó su pesado morral y la ayudó a sentarse.

—Disculpadme —exclamó jadeante en un susurro casi inaudible—, mis entrenamientos no incluían ningún tipo de resistencia física; jamás abandoné las salas y las bibliotecas donde nos entrenaban a mí y al resto de nuevas sacerdotisas.

—¿Al resto de nuevas sacerdotisas? Eso suena a muchas sacerdotisas —exclamó sorprendida, buscando seguir conversando para descubrir si mentalmente también estaba fatigada—. Creí que la selección de sacerdotisas se hacía mediante rituales específicos y solo eran encontradas dos, máximo cuatro sacerdotisas dignas de servir dentro de palacio, en intervalos de cien edades.

—Lo que ocurrió ya no es ningún secreto —sonrió aceptando la talega llena de agua—. Hace veintiún edades, durante el eclipse total que se vivió en esas fechas, el emperador tomó como aprendices a un gran número de niñas nacidas en ese bendito día. Yo misma soy una de ellas y somos muchas, te lo puedo asegurar.

Fue una extraña sorpresa saber que ambas habían nacido el mismo día, pero más sorprendida quedó al saber del ejército de sacerdotisas que ahora disponía el emperador. Por alguna razón, solo pensarlo resultaba escalofriante y prefirió poner atención en la joven fatigada que tenía frente a ella.

Tras quitarle los botines de piel gruesa que amarraba a todo lo largo de la pantorrilla, dejó al descubierto los pies magullados e hinchados de Nivha. Yahel no tardó en acercarse para aplicar la mezcla cítrica que siempre cargaba consigo. Había que admitir que resultaba muy efectiva en la piel lacerada, y ya que la sacerdotisa no podía autosanarse y Zokane no tenía la más mínima intención de revelar que ella tenía tan preciado don y que sabía usarlo a la perfección, aquella mezcla era su única opción.

Con el tipo de laceraciones que Nivha tenía, tuvieron que parar casi desde el mediodía y pasar la noche en el lugar si querían que ella pudiera caminar por sí misma. Aunque Zokane hubiera preferido continuar el camino, no había opción. Después de todo, aún tenían tiempo antes de llegar al Paso del Silencio. Aquel descanso no los retrasaría, pero una vez diera inicio la travesía, debían poner su empeño en mantener un ritmo constante hasta que terminaran de cruzar el Paso del Silencio.

Tal como Darcié le había relatado, cruzar el Paso del Silencio era una osadía si se hacía en los momentos erróneos. Prácticamente, la montaña frente a ellos se partía por la mitad dejando un estrecho camino que la atravesaba, la oscuridad se volvía perpetua, el aire se enrarecía y era imposible escuchar cualquier sonido, como si de repente te hubieras vuelto sordo. Pero el peligro no era ese, el verdadero peligro lo representaban los Entes que abundaban solo ahí, en la oscuridad del paso buscando alimentarse de los miedos de todo aquel que cruzaba, regalando visiones que podrían conducir a la locura.

Era bien sabido que todo valiente que entrara no volvería a salir. Pero sí había una manera segura de cruzar: siempre, días antes de que la luna terminara sus fases y desapareciera en el

cielo, los Entes perdían fuerza hasta volverse inofensivos. El efecto se prolongaba hasta que la luna volvía a aparecer, pero al hacerlo, los temibles espectros eran más voraces y despiadados que nunca, y ese era el peor momento para estar dentro del Paso del Silencio, donde ni tu más atronador grito pidiendo auxilio sería escuchado a falta de sonido.

El descanso fue provechoso para todos, en especial para la sacerdotisa, que pudo volver a enfundarse sus botines, y aunque no estaba del todo recuperada, sí podía caminar sin tantas molestias. Por ahora, eso era todo lo que importaba. Una vez del otro lado de el Paso, dejarían las colinas quemadas por el sol del desierto y se abrirían camino hacia los espesos bosques donde encontrarían un pueblo minero. Entonces podrían tomarse uno o dos días de descanso. Con suerte, hasta podrían encontrar un sanador para Nivha, y también sería el lugar donde uno de los hombres de Yahel se marcharía con el mensaje para el regente Ardaithe solicitando ayuda con el mercader.

XI

Observaron el Paso del Silencio con admiración. La peculiar e imponente montaña partida por la mitad era la madre de miles de mitos, pero, sin duda, el más impresionante era el mito de su creación. Todo fue a causa del Dios del fuego. Se dice, que tras enterarse de que los humanos intentaban reclamar el fuego divino para sí mismos, decidió lanzar su espada justiciera como advertencia. Había sido tal la furia con la que había lanzado su ataque, que al tocar la superficie de la montaña esta se partió en dos y la velocidad arrancó todo rastro de sonido. Por esa razón, ya no había voz, grito o llanto que fuera capaz de oírse a lo largo y ancho del sendero, otorgándole así su nombre: el Paso del Silencio.

Desde sus faldas era inquietante y aterrador verlo. La grieta se extendía a todo lo largo y cuesta arriba en un corte perfecto que se iba mimetizando entre los quemados riscos de picudas columnas gruesas y sombrías, de piedra negra casi cristalizada a causa del fuego que implantó el propio dios en su ataque. La tierra misma se negaba a sustentar la vida cerca del paso y hasta el viento, silbante y gélido, atravesaba el paso de tanto en tanto como en un aullido macabro. Con toda esa demostración de poder que había dejado uno solo de los dioses, no se podía explicar cuán estúpida pudo haber sido la humanidad como para haber quebrantado las leyes de los dioses.

Un día entero con su noche es lo que les tomaría cruzar aquel estrecho camino, siempre y cuando tomaran esporádicos y cortos descansos sin opciones de dormir. Y no es porque no quisieran. En realidad, no dormir era la protección más sencilla contra las pesadillas que inducían los espectros que habitaban aquel lúgubre lugar. Preparados con agua, comida y antorchas, se ataron una cuerda a la cintura para mantenerse unidos y avanzaron en una fila que encabezaba Zokane junto a la sacerdotisa y terminaba Tivana junto a Vaéris.

Apenas tocaron las sombras, la resolución con la que iniciaron el recorrido se convirtió en dudas. La piel se les helaba tan rápido que tuvieron que ponerse los abrigos, y no llevaban ni cinco minutos dentro del paso cuando los ecos de voces espectrales susurrando cosas inentendibles dentro de sus cabezas los hicieron estremecer. Parecía una broma que los Entes no tuvieran el poder de matarlos de miedo pues, a las pocas horas, era habitual el sobresalto en alguno de ellos al salir del trance provocado por el débil embrujo de aquellas entidades, o ver a otro completamente paralizado y tener que empujarlo con rudeza para hacerlo avanzar. Ninguno estaba a salvo de aquello, sus miedos emergían sin aviso y, cada uno a su manera, si es que no lo sabía, pudo darse cuenta de cuál era su mayor temor.

Enfrentar miedos como los de Efraín, que estaba a punto de perderse el nacimiento de su primer nieto ante una hija enfermiza con riesgo de muerte.

Ni hablar de Luther, que le aterraba la idea de terminar engañado y abandonado al no poder estar lo suficiente con su mujer.

Y aunque pareciera absurdo, el mayor temor de Gareth resultaba ser el de permanecer soltero, y más ahora que estaba por cumplir sus treinta y cinco edades.

Para Eiden, que había sacrificado tanto por tener el lugar que ocupaba en la corte del emperador, morir sin gloria ni reconocimiento era el peor final de todos.

Nivha, que no tenía nada fuera de palacio, ser expulsada de él y no sentirse valorada era su

punto débil.

Con Tivana era bastante simple: amaba a sus hermanas por sobre todas las cosas y quedar a la deriva sin la guía de ninguna de ellas le hacía temblar.

Vaéris lo tenía bastante claro: le resultaba aterrador tener un marido que la alejaría de sus seres queridos.

Para Yahel no fue ninguna sorpresa, el hecho de no disponer de las riendas de su vida y de cómo su progenitor tomaba todas las decisiones por él, de saber que el único valor para su padre era tenerlo como si fuera un semental que engendraría al próximo heredero, eso era lo que realmente le paralizaba.

Miedos que agitaban sus corazones removiendo sus recuerdos, como los de Zokane, que la llevaban al mismo lugar sin salida: ser alcanzada por el emperador.

La compañía que se brindaban de alguna manera lograba mantenerlos dentro de esta realidad, especialmente al ir encontrando los esqueletos de personas fallecidas hacía tanto tiempo. No muchos se aventuraban a cruzar el Paso del Silencio, por lo mismo, fue una verdadera sorpresa encontrar los cadáveres de dos niños no mayores de diez edades abrazados el uno al otro y que parecían haber muerto no hacía mucho.

Con sus rostros escondidos en aquel abrazo, no pudieron ocultar la mueca terrorífica que compusieron momentos antes de morir. La visión que les arrebatara la vida debió ser espantosa para dejarles aquella expresión. El hedor que emanaban avisaba de su muerte, pues sus cuerpos, sin criatura alguna que los devorara, yacían casi intactos y medio congelados por el propio ambiente gélido del Paso del Silencio.

Encontrar a los chiquillos les arrebató el cansancio. Los cortos descansos que se animaban a tomar duraban solo unos minutos. El esfuerzo de mantenerse caminando los hacía no pensar demasiado, y podían ignorar con más facilidad las visiones acompañadas de todos esos susurros que se escuchaban dentro de sus cabezas.

Después de un tiempo dentro de toda esa oscuridad rota por la luz de las antorchas, la atmósfera enrarecida y nula de sonido, se sorprendieron de ver en la distancia una llama danzante oscilar erráticamente de un lado al otro del camino, y aunque la llama nunca se detuvo, avanzaba hacia su dirección muy lentamente. Sujetando las armas, el grupo quedó a la espera de que aquello los alcanzase. Cuando la distancia no era tanta, la sacerdotisa conjuró la luz y, en una onda blanquecina que se extendió hasta alcanzar la flama, dejó al descubierto un par de hombres encogidos de hombros y con la mirada aterrada.

Los hombres parecieron aliviados al descubrir que se trataba de un grupo de guerreros y no de una alucinación, y no dudaron en escribir sobre la tierra calcinada debido a que no se podía escuchar sonido alguno. El grupo viajero sintió tristeza al leer el mensaje. Esos hombres buscaban a un par de niños. Rápidamente los asociaron con el par que poco antes se habían encontrado.

La sacerdotisa se inclinó para anunciar su hallazgo, y los hombres, severamente afectados rompieron en llanto. ¿Cuál era la probabilidad de que otro par de niños estuvieran perdidos? La noticia de Nivha solamente confirmaba que esos eran los que ellos buscaban. Su angustia era tal y sus lágrimas tan profundas, que de haberlos escuchado, hasta los dioses hubieran tenido piedad de ellos.

No había forma de devolver la vida a aquellos chiquillos, pero sí había forma de regresarlos a su hogar, y en un acto simultáneo y sin consultarlo con nadie, Yahel y Zokane ofrecieron entre señas su ayuda para recuperar los cadáveres.

El ofrecimiento en conjunto obligó a Zokane a mirar con asco al heredero Ardaithe, a

recorrerle el cuerpo con osadía, como si fuera una reta directa y personal. Zokane no creía genuina la preocupación que Yahel mostraba en ese momento. El lado que ella conocía de él era uno tan despreciable que casi hacía parecer al futuro señor feudal como alguien descorazonado.

Yahel notó de inmediato esa mirada llena de odio, pero no entendió por qué lo miraba de esa forma y tampoco quiso darle mucha importancia. Para él era más importante ayudar a los hombres y mantuvo su ofrecimiento de acompañarlos, sin importarle quien fuera a su lado.

La propia sacerdotisa estuvo de acuerdo, y sin perder tiempo se dividieron; debido a Nivha y sus pies hechos polvo: mientras unos seguirían adelante haciendo compañía a la sacerdotisa para no ralentizar a nadie, otros regresarían con los hombres para ayudarles a recuperar los cadáveres.

Además, dejarlos ir solos era como sentenciarlos a muerte: tarde o temprano, el terror los dejaría paralizados, y cargar con ese peso cuando tuvieron la posibilidad de prevenirlo no era algo que ninguno deseara. De esa manera, Zokane, Vaéris, Yahel y Gareth se fueron con los dos hombres mientras que Tivana, Eiden, Luther y Efraín seguirían con Nivha.

De regreso por los niños, y después de que los hombres confirmaran que sí eran ellos, volvieron a llorar desconsoladamente. Los tocaban con precaución, como si de la delicadeza que usaran dependiera que los chiquillos continuaran dormidos, como si sus acciones fueran a lastimarlos.

Usando un par de frazadas, los acunaron para cargar con ellos y regresaron buscando alcanzar la salida a tiempo, y al lograrlo, todos se volvieron a encontrar. El poblado perteneciente a los hombres era el mismo al que ellos pensaban llegar, y continuaron ayudando hasta alcanzar el rudimentario santuario donde adoraban a los dioses, lugar donde limpiarían a los pequeños y les darían su último adiós.

—No tengo forma de agradecerles —habló uno de los hombres—. Permítanme al menos ofrecer mi hogar para que puedan asearse y descansar un poco.

—No es necesario —agradeció Nivha.

—De todas formas, la casa estará vacía —les aseguró el hombre—. Yo estaré todo el tiempo haciendo guardia para el ritual fúnebre de los pequeños.

—Lamentamos lo ocurrido —expresó Yahel.

—Uno de los chiquillos era el último hijo de mi hermana —les explicaba sin poder mirarlos de tanta angustia que sentía—. Ella me lo había enviado para que yo cuidara de él. Mi hermana tenía miedo de que los legionarios lo tomaran como a tantos otros sin importar que aún fueran niños y se lo llevasen, tal como ya había ocurrido con todos sus hijos… No sé cómo le voy a dar la noticia… ¡No sé qué voy a hacer ahora! —finalizó con la garganta ahogada en llanto, cubriéndose el rostro con las palmas de sus manos.

Vaéris fue la única capaz de acercarse al hombre y abrazarlo con fuerza. Era imposible no tener piedad de él y sus circunstancias, de no sentirse impotente y contagiado por su dolor. El hombre se marchó hasta asegurarse que ellos aceptaran su oferta, y los condujo hasta su hogar pidiendo que cuando se marcharan tuvieran cuidado en su camino.

Apenas un vistazo y apreciaron la modestia de la cabaña. Un par de sillas, un amplio sillón de paja y una mesa frente al fogón era todo lo que contenía el cuarto de techo alto que servía como recibidor, sala comedor y cocina. Al fondo, se apreciaba el marco de lo que debía de contener una puerta y en su lugar, un trozo de tela daba la privacidad a la habitación. Sobre la recamara, un espacio perteneciente a la buhardilla con una escalera enclenque y peligrosamente hacia de segunda habitación, y el barandal que tenía en lugar de pared les daba vista hacia el resto de la casa.

La peste a muerte que se había impregnado en ellos les hizo esperar en el jardín, lugar donde

la letrina y la ducha se encontraban, de madera rústica y apolillada, un tanto podrida pero que fungía bien su papel. Sin lugar a duda el hombre llevaba una vida bastante austera, aunque no quedaba claro si era por elección o consecuencia por la vida dedicada al trabajo en las minas. Después de bañarse tuvieron que ir al río y lavar sus ropas y armaduras. Tenían el hedor metido hasta las narices, y no fue hasta que Nivha preparó un poco de esencia con aroma a madera para ayudarles a quitar aquel incómodo aroma que ellos dejaron de lavarse.

Y mientras todo esto ocurría, Eiden y Luther consiguieron al sanador que dejó renovada a la sacerdotisa, mientras que Tivana y Efraín pudieron comprar suficiente comida hasta para llenar la despensa al hombre que no podía ocultar su pobreza.

Las pocas horas que faltaban para el anochecer las usaron para recorrer las calles enlodadas. Con mirada curiosa, observaban a la gente corriendo de un lado a otro, metidos en sus asuntos, mientras que varias decenas de legionarios custodiaban los alrededores y, a pesar de la vigilancia hostil, fueron capaces de indagar un poco entre los lugareños. Algunos con mucho recelo apenas si decían alguna cosa, pero otros, sin miedo a nada, hablaban hasta por los codos, contando las desgracias de todo el pueblo. De esa forma descubrieron que los niños habían escapado hacía poco menos de dos semanas. Los buscaron hasta por debajo de las piedras, pero jamás imaginaron que elegirían huir por aquel endemoniado lugar.

—¡Endemoniado, sí! —reiteró a manera de queja el anciano con la piel tostada y seca, casi pegada al hueso—. La vida que los niños llevan como esclavos dentro de las minas es algo que los devora con rapidez. ¡Si por mí fuera, ya habría puesto veneno en el vino de los legionarios, de no ser porque el emperador regresaría a castigarnos a todos!

—¿Esclavos? Lo que estáis diciendo es una barbaridad —exclamó Yahel sorprendido e indignado—. ¿Qué puede ofrecer la labor de un niño en las minas?

—Sus delgados cuerpos pueden deslizarse con facilidad entre las estrechas grietas que contienen las vetas de piedras preciosas.

Lo que el anciano les reveló los conmocionó. Ni por error hubieran imaginado todo eso, sin embargo, la revelación les abrió los ojos: la pobreza cubría todo y ningún niño jugueteaba por las calles. Ver a las mujeres extenuarse con todo el trabajo en los campos, sumados a los del hogar, tampoco era alentador. Lo hacían de esa manera si querían liberar a los niños, pues todo hombre, desde muy temprana edad, no hacía otra cosa más que intentar abrir caminos de fácil acceso dentro de las minas.

Descubrir que no había límites para el emperador era algo que les revolvió el estómago. Sus exigencias eran absurdas y banales. Para ellos, la esclavitud de los niños no valía el precio. Era indignante ver toda esa situación pero, por mucho que quisieran, no había nada que pudieran hacer para cambiar la suerte del pueblo.

—¿Pueden imaginarlo, jóvenes? —continuó el anciano—. La vida aquí resultaba mucho peor que la idea de enfrentar a los espectros. No puedo imaginar la desesperación que tuvieron que haber sentido, no puedo ni pensar lo que les hacía mantener la esperanza de su libertad… Pero sí me puedo hacer una idea… Esa esperanza fue lo que los llevó tan lejos a través del Paso del Silencio. —Finalmente, el anciano estalló en llanto, se limpiaba las lágrimas como si fuese un niño e intentaba hablar—. Por eso… en menos de medio día, hubieran salido del paso, directos a su libertad…

El cúmulo de emociones fue demasiado para Yahel. Su formación era una dirigida para servir al pueblo; su padre era maestro y muy implicado. Como futuro señor feudal, jamás había que olvidar que la prosperidad la daba el pueblo, gracias a eso él se debía a ellos. Protegerlos y darles una vida digna para que correspondieran con gratitud era lo que su padre le había enseñado y

toda esta situación por la que atravesaba este poblado resultó indignante.

—Deberíamos reportar al gran concejo todo lo que ocurre aquí —sugirió Yahel.

—¿Acaso no estás viendo la legión que custodia el pueblo? El mismo emperador sabe lo que ocurre —le regañó Gareth, dejando ver con eso lo allegados que eran ellos dos.

—¡Estamos hablando de esclavos! —recalcó Yahel con frustración.

—¿No escuchasteis que los niños son los únicos capaces de alcanzar las vetas? —preguntó Eiden queriendo quitar importancia a lo ocurrido.

—¿Y eso os parece suficiente para que todo el poblado se encuentre en carencia? —replicó Yahel, pero esta vez al mago, sin mostrar miedo por sus palabras y su evidente oposición ante las decisiones del emperador.

—Todos estamos abrumados y discutir entre nosotros no resolverá el problema —exclamó Zokane para dar por terminada la discusión.

La joven, que no tenía deseos de seguir escuchando los argumentos del heredero Ardaithe, prefirió continuar andando y volver al hogar del hombre. El cansancio era demasiado y las emociones la agotaban con más intensidad, además, se sentía inesperadamente afectada, la simple idea de que el cretino de Yahel tuviera razón, además de corazón, la ofuscaba tanto, que emitió un gruñido hacia ella misma para detener sus pensamientos respecto a Yahel, de su buena voluntad y de su autenticidad al preocuparse por un par de extraños, pero sobre todo, de la tristeza que dejaba ver en sus ojos pardos.

Zokane se marchó. No necesitó comprobar quién la estaba siguiendo, solo necesitaba salir de ahí. Sus pasos la llevaron hasta el santuario dedicado a los dioses. Ella jamás fue alguien que pusiera mucha dedicación al culto, pero Tivana sí, y gracias a ella había adquirido el hábito de visitar cada santuario con el que se topaban y agradecer por su buena fortuna y sus provechosos viajes. Zokane se detuvo no solo por eso, también porque sabía que ahí darían su último adiós a los niños y quiso hacerles compañía.

En el santuario, el olor a inciensos y hierbas como menta y romero eran predominantes, seguramente para mitigar el hedor que pudiera escapar de los féretros sellados. La casi docena de familiares y allegados que se reunían hacía ver vacío el lugar y la austeridad resaltaba, en especial por las flores silvestres que adornaban el altar y los féretros, sin ningún emisario de los dioses que llevara a cabo la ceremonia fúnebre.

Poco a poco, el resto del grupo fue llegando, a excepción de Eiden, que se disculpó pidiendo un momento de soledad. El resto tomó un lugar en el santuario con intención de dirigir sus oraciones para los pequeños. No se sorprendieron cuando Nivha se puso en pie y ofreció realizar una ceremonia para ellos. Como sacerdotisa, era la más indicada como portavoz de los dioses.

Gracias a las oraciones que elevó la sacerdotisa, la ceremonia fue hermosa. Una de esas que solo pueden pagar los grandes señores. La atmósfera de paz y sosiego que la voz de Nivha evocaba en la antigua lengua de los dioses, hizo sentir verdadero confort. Al final, invocó fuego arcano con el que redujo los cuerpos a cenizas, y en un remolino de viento levantó orbes de luz más allá del firmamento, simbolizando con eso que los pequeños habían transitado en paz rumbo a los cielos. Los familiares derramaban lágrimas de alegría, de esperanza y de consuelo para los pequeños. Ahí donde se habían marchado ya no sufrirían, y se sintieron profundamente agradecidos de que la sacerdotisa hubiera guiado sus almas en tan armoniosa ceremonia.

Al final del día el grupo de guerreros que encabezaba Nivha se sintieron más tranquilos de pensar que al menos habían hecho algo de bien por ellos, sin embargo, no pudieron soportar que en lo verdaderamente crucial no fueran capaces de hacer algo. Volvieron al hogar del hombre y durmieron para recuperar sus fuerzas. Al amanecer se marcharían.

Efraín fue el elegido para volver a la ciudadela Ardaithe con el mensaje de Yahel. Él permanecería en el poblado esperando unirse a la próxima caravana que saliera en dirección a la capital y, en la primera oportunidad, contrataría los servicios para usar un portal místico y llegar más pronto a la ciudadela Ardaithe. Entregar el mensaje urgente de Yahel solicitando la ayuda de su suegro como mercader era lo primordial.

El viejo cascarrabias, como solía llamarlo Gareth, se despidió de su señor de manera solemne, digno de un fiel sirviente, pero debía informar al señor feudal, padre de Yahel, sobre su alianza con las Arpías. Sentía pena por las chicas si es que aquella noticia llegaba a causar algún problema con el señor Ardaithe, pero si no daba el reporte, las consecuencias para él serían mucho peores cuando todo se descubriera. Aquello solo le demostró a Yahel que de una u otra manera le respetaban y estaban comprometidos con él y que, en un futuro, tendría hombres fieles y de confianza entregados a su causa.

Las chicas también aprovecharon para enviar un mensaje a sus padres y que supieran que estaban todas juntas viajando con la sacerdotisa. Una vez que todo quedó resuelto, no quisieron volver la vista al poblado y se alejaron del lugar como si una bestia peligrosa los estuviera acechando, hasta que el pueblo se perdió entre las colinas y pudieron moderar su paso. El resto del día estuvieron casi en total silencio y, cuando los alcanzó la noche, en la intimidad que ofrecía el fuego en la fogata, finalmente hablaron.

—¡Espero que como futuro regente no permitas ningún tipo de injusticias! —exclamó Vaéris hacia Yahel sin apenas mirarlo.

—Os aseguro que en las tierras que custodian los Ardaithe no encontraréis ese tipo de situaciones —respondió indignado.

—¡Más te vale! Porque si no… —y le miró a los ojos para que pudiera constatar que no era ninguna broma lo que decía—, ¡te buscaré hasta darte tu merecido!

—¡Os prometo, Vaéris —le correspondió la mirada—, que yo mismo os buscaré para que me deis mi merecido si eso llegase a ocurrir bajo mi cuidado!

La sonrisa franca que ambos se regalaron era la muestra clara de la confianza que habían logrado tras haber limado asperezas antes de la llegada de Zokane y Tivana. Aunque ninguno lo admitiría abiertamente. Ahora que la cacería iba viento a favor, Vaéris parecía más relajada y menos enervada.

La única verdad para Vaéris era que se había dado cuenta de que ellos dos se parecían mucho: sus bromas, a veces pesadas, eran solo bromas que lo hacían pasar el rato, y sus burlas que a veces no eran burlas, pero sonaban como una, eran el resultado de la confianza que poco a poco iba depositando sobre quienes le rodeaban. En definitiva, ya no le parecía un señor arrogante; más bien era como un cachorro con quien podía jugar pesado o bañarlo en mimos, daba igual, para lo que fuera se prestaba.

Algo similar le ocurría a Yahel: había descubierto en la pelirroja a alguien parecida a su hermana más pequeña, una atrabancada y eufórica jovencita que, si perdía de vista, iría corriendo como caballo desbocado directo al peligro. Pese a eso, le admiraba la lealtad que tenía a sus hermanas, una tan fuerte que creía que ni por todos los panecillos de queso sería capaz de entablar amistad con el enemigo. Claramente, él fue el enemigo, y le alegraba darse cuenta que para Vaéris, de enemigo, ya no quedaba nada.

XII

Según lo acordado, no tenían mucho tiempo para llegar al lugar donde recibirían respuesta del padre de Yahel y pusieron todo su esfuerzo en no demorarse a pesar de las cacerías. Trataron de optimizar su tiempo todo lo posible, usaron incluso los momentos en que destazaban a las bestias para darse descansos prolongados, especialmente si había que preparar las partes orgánicas para que no se agusanaran. Garras, dientes, cuernos y escamas era lo que menos tiempo necesitaba para su debida preparación; en cambio, pieles, órganos, cualquier clase de pelaje y algunos bigotes llegaban a requerir hasta dos días.

—Si consiguiéramos monturas, el tiempo se reduciría considerablemente y la carga sería mínima —alegó Eiden.

—Cualquier montura es un retraso, hay bestias que detectan el miedo. Su presencia podría afectar en muchos aspectos nuestro viaje —replicó Tivana.

—Ella tiene razón —agregó Nivha al notar cómo Eiden torcía la boca, dispuesto a discutir hasta las últimas consecuencias—. Amigo mío, el silencio también es indispensable para cruzar algunas zonas.

—¿Lo imaginas, Yahel? —exclamó Vaéris entonando inocencia y burla en su voz—. Ver el cargamento desaparecer sobre el lomo de un corcel dominado por sus emociones en una huida despavorida.

—¿Y si fuera volando entre las garras de un gigantesco depredador? —completó Yahel fingiendo interés en descubrir la respuesta.

—¡Claro! —respondió animada, dando una palmada que tronó sobre la espalda de Yahel y le tiró sobre las botas el contenido de su taza—. Si estuviéramos escondidos de alguna bestia que nos supera en número y que todo dependiera del silencio y la inmovilidad…

—¡Bueno, bueno, ya, lo pillo! No tenéis por qué seguir con vuestro numerito —gimió Eiden enfadado, interrumpiendo a Vaéris para concederles la razón.

Tivana y Gareth chocaron palmas con una sonrisa que poco ocultaba la diversión al ver el golpe que Vaéris había asestado a Yahel, y que éste, siguiera mudo con las manos al aire, mirándose los pies con fastidio sin poder decidir si gritarle o ponerse en pie y sacudirse.

El espectáculo también le robó a Zokane una sonrisa que a punto estuvo de convertirse en una ruidosa carcajada, pero se contuvo mordiendo su mejilla. Simplemente no podía olvidar todos los malos ratos que le hizo pasar, pero había algo peor que eso: no podía asimilar que Yahel tuviera un carácter tan dulce y servicial y, con lo que acababa de ocurrir, demostraba que algo bueno debía haber en él como para haberse ganado la confianza de Vaéris de esa forma.

Y no solo era Vaéris, Tivana también había comenzado a romper el hielo y les dirigía la palabra a todos por igual, aunque ella hacía bastante evidente que ponía un poco de distancia con Yahel debido al gran señor feudal que un día sería.

Zokane no. Ella, si tenía que dirigir palabra alguna a Yahel, lo hacía durante la caza, y después simplemente se volvía amable si debía serlo para no incomodar con su propia arrogancia, que la mayoría de las veces ella misma exageraba para convencerse de que él no era una buena persona; a diferencia de él, que se había propuesto romper el muro que había levantado Zokane entre ambos, y no perdía la oportunidad para dirigirle la palabra, lanzando

indirectas sobre todo enfocadas en el mal humor que a veces Zokane tenía, como si él mismo no se diera cuenta de que era debido a él, llegando a ser tan casual con sus comentarios, que incluso hacía reír a Nivha que se mantenía reservada en momentos de convivencia.

Y así, los días fueron pasando hasta que les llegó la oportunidad de cazar a un maligno Felino de las Tinieblas. Debía su nombre no solo a que era una criatura de la noche, sino también a su peligrosidad. Su reducido tamaño y su pelaje negro lo camuflaban casi a perfección entre la oscuridad de la noche, y por si eso fuera poco, su agilidad y astucia lo volvían una presa impredecible. Si la suerte estaba de tu parte, notarían su presencia, pero si no, la muerte estaba asegurada.

La criatura y su fama de «presa difícil» parecían no provocar ningún tipo de preocupación en Nivha. Tenía la ventaja sobre ella, y como criatura de la oscuridad tampoco era necesario hacer un plan muy elaborado para cazarlo, solo hacía falta atraparlo, aunque justamente ese era el problema. Fue entonces que un plan arriesgado salió a la luz.

—¡Perdóname, Zokane, pero no puedo creer lo que estáis sugiriendo! —alegaba Yahel ante el plan elaborado para capturar a la bestia y que, por si fuera poco, Nivha apoyaba.

—¿Algún voluntario? —preguntó Zokane, ignorando la queja.

—¿Es que ninguno de vosotros piensa contradecirla? ¿Quién en su sano juicio va a ofrecerse como carnada humana? —les gritó desesperado por el poco sentido común que todos tenían.

—Yo puedo hacerlo —se ofreció Tivana con toda naturalidad.

—¡Ves! ¡Tivana puede! —señaló Zokane con un ademán exagerado.

—¿Es que os falta cordura, Tivana?

—No, señor Yahel, pero confío en mi hermana, y si ella me está diciendo que no hay nada de qué preocuparse, ¿porque habría que dudar?

—¡Esa fe ciega en vuestra hermana un día terminará matándote! —le advirtió Yahel, llegando al límite de su enfado—. ¡Haced lo que deseen, a mí me da igual!

—Entonces… —suspiró Nivha, sabiendo que Yahel tenía razón de su preocupación, pero ella también tenía la confianza de su ventaja sobre la criatura—, cuando el momento llegue, Tivana atraerá al felino mientras los demás permanecemos ocultos y a la espera de poder atraparlo.

—¿Y… mientras esperamos, nada de ruidos y nada de dormir?

—Sobre todo lo de dormir, Gareth. Los felinos se ven atraídos por el sueño profundo y sus víctimas siempre son atrapadas en sus sueños.

—Gracias por el dato, Eiden, pero no me queda claro en qué momento debemos atacar.

—¡Cuando el felino comience a succionar la sangre de Tivana! —gritó Yahel fuera de sí.

—¿Qué? —se sobresaltó Gareth entendiendo la gravedad— ¡Pero eso es…!

—¡Peligroso, exacto! ¡Gracias! Finalmente alguien entiende mi punto —añadió—. ¡A eso me refería! —Poniéndose en pie Yahel se alejó perdiéndose entre los árboles del bosque.

—¡Si es así, me ofrezco como voluntario!

—Tranquilo, Gareth —le pidió Tivana al advertir el susto en sus facciones—. Lo que el joven Yahel no entiende es que tenemos a una sacerdotisa entre nosotros y es prácticamente imposible que ocurra una desgracia.

—¡Claro! Ese señor tuyo se comporta como si no supiera que tenemos todo de nuestra parte —exclamó Zokane fastidiada por la poca cooperación del señor Ardaithe.

—No —interrumpió Luther poniéndose en pie—. Lo que la Arpía no entiende es que mi señor jamás pondría sus propósitos por encima de la vida de alguien. —La mirada aguda que le dedicó a Zokane decía mucho más que si hubiera hablado—. ¡Un minuto es todo lo que el felino necesita para succionar hasta la última gota! —finalizó, poniéndose en pie para seguir el camino

que Yahel había tomado entre los árboles.

Tomando las debidas precauciones, Tivana desvío los ojos observando a Zokane. Para ella, que la veía con ojos de amor y que la conocía bastante bien, presenciar lo caprichosa que se ponía en presencia de Yahel le resultaba la cosa más dulce del mundo, especialmente cuando ya la había sorprendido en un par de ocasiones observar con cierto interés al joven Ardaithe. No podía asegurar nada, era solo su impresión, pero parecía como si a su hermana le gustara ese hombre y ella no se diera cuenta. Sabía de sobra que Zokane se mantenía fiel a Darcié, y si tomaba en cuenta eso, le daba la impresión de que, para su hermana, estaría cometiendo una falta enorme hacia Darcié si llegase a hablar o a sentir aprecio por cualquier otro hombre, en especial si se tratase de Yahel.

A pesar de que el plan era especialmente arriesgado, Tivana no se sentía preocupada, sabía que de ninguna manera sus hermanas la pondrían en verdadero riesgo, y con la sacerdotisa presente le daba mucha más tranquilidad. Una mirada rápida a Nivha le confirmó sus pensamientos. La serenidad de la sacerdotisa era inamovible, casi celestial, como solo una sacerdotisa sabría, pero más que eso, fue ver la sonrisa dulce que le regaló Zokane, una de esas que le tranquilizaba el alma de una manera que no podía explicar.

Una vez hecho el plan, esperarían el anochecer para llevar a cabo la cacería, mientras tanto, cada uno se concentró en sus asuntos: Nivha, con la ayuda de Eiden, dedicaba la mayor parte de su tiempo en procesar las piezas que podía reducir en tamaño y peso. La comida quedaba en manos de las Arpías. Lo habían decidido así después de que Luther, con ayuda de Nivha, casi los hiciera vomitar con el horrible estofado que habían preparado, y dado que tanto Gareth como Yahel confesaron tener conocimiento nulo en tan minucioso arte, no hubo más opción, aunque eso no los libraba de, al menos, pelar las verduras o incluso de cazar algún conejo si le salía al paso.

—¿Un poco de té para los nervios? —preguntó Gareth, ofreciendo a Tivana un pocillo repleto de líquido humeante.

—¿Los tuyos o los míos? —respondió, palmeando el suelo a su lado.

Después de la sonrisa cómplice que se dedicaron, se quedaron en silencio observando el movimiento del grupo. El rostro de Eiden, ahogado por el humo de los maderos mientras avivaba el fuego. Y la concentración de Nivha, en su enésimo intento por convocar fuego. Ahí supieron que convocar a los elementos de la nada era algo sumamente difícil. Un arte casi extinto que Nivha no perdía oportunidad para intentar.

También, vieron el disgusto repentino de Vaéris mientras se recostaba sobre el suelo apoyando la cabeza sobre sus brazos. La pasividad con que Zokane comenzó a pelar unas patatas momentos después se había convertido en un acto frenético mientras Vaéris susurraba algo solo para ellas. A lo lejos, Yahel, sacando sus frustraciones mientras era instruido por Luther en una lucha espada a espada.

Por indicaciones de Tivana, Gareth pudo notar la agresividad de Zokane al pelar las patatas y el disgusto de Vaéris pese a que estaba acostada. Tivana sabría la razón de todo eso, las tres habían notado los intentos de Gareth por hacerse más cercano a Tivana. El hombre no era una persona discreta y sus intenciones de cortejar a la morena eran evidentes, aunque no muy claras, y tanto Vaéris como Zokane creían que Tivana merecía algo más que un simple guardián.

Gareth observaba cada cosa que Tivana le señalaba, y antes de que pudiera preguntar respecto a lo que ocurría con sus hermanas, Zokane se acercó a ellos. Con un ligero puntapié a la suela de Tivana le indicó que se moviera para tener espacio y sentarse entre los dos. Le ofreció un cuchillo a Gareth, le señaló la cazuela llena de papas y zanahorias, y este, sentado en el mismo

sitio, comenzó a pelarlas.

—¡Cuando volvamos a encontrar a Darcié te haré lo mismo!

—No harás nada con Darcié porque a ti misma te gusta para mí.

—¿Y qué? —refunfuñó Tivana—. Igual te lo pondré difícil.

—¿Qué? ¡No! ¡Espera! —exclamó Gareth con tono incrédulo—. ¿La feroz Arpía no pudo escapar del embrujo del amor? ¿De eso están hablando? —remató riendo con burla inocente.

—Ya que lo mencionas —inquirió Tivana acariciándose el mentón con los dedos—, sí creo que la fidelidad de mi hermanita es la culpable de que no se permita sentir nada por ningún otro hombre, ni siquiera amistad.

—¡Ahora entiendo todo! —exclamó riendo—. ¡Espera cuando le cuente a mi señor!

Para Zokane fue demasiado, su broma no le causaba gracia; al contrario, la hería, aunque fuese solo en el orgullo. Le fue imposible controlar sus emociones después de ser expuesta. Se puso en pie con la cara roja y se alejó con rapidez, dejando incluso la olla con verduras. Unos cuantos pasos después se detuvo y al volver la vista los vio sonreír y susurrarse en confidencia. Ver la felicidad de su hermana le arrebató una sonrisa. Con un silbido llamó nuevamente su atención para lanzar el cuchillo hacia Tivana, que se clavó a un costado de sus pies.

—Esas verduras no se van a pelar solas —les dijo despidiéndose de ambos con un guiño pícaro que acompañó con la mejor de sus sonrisas para despues marcharse al lado de Vaéris.

Los reproches a modo de broma por su acto se vinieron de inmediato, un drama en toda regla por parte de Tivana gracias a la osadía de Zokane. ¡Pudo haberla lastimado! ¿Y si el viento soplaba fuerte y desviaba el cuchillo y mataba a alguno de los dos? Tendría que cargar con esa muerte en su conciencia por el resto de su vida y ni Darcié le hubiera podido ayudar a salir del infierno que sería haber matado a su hermana. Sin duda, la maestra del drama en acción. Cuando se lo proponía; ni Vaéris le ganaba.

Zokane se fue al lado de la pelirroja, la miró con fastidio, Vaéris le sonrió levantando los hombros y con un movimiento en su cabeza la invitó a acostarse junto a ella. Zokane la obedeció, y exagerando su mal humor, le fue recriminando que para la otra no la enviara a ella.

—No te preocupes, yo nunca te voy a dar ese tipo de disgustos. Te prometo que viviré feliz, soltera y sin ataduras por el resto de mi vida.

—No seas tonta, Vaéris —respondió sonriendo, buscando acomodar la cabeza sobre el estómago de su hermana—. Ya verás como al final, tú serás quien más dolores de cabeza me dé.

Vaéris esperó a que su hermana se acomodara, y comenzó a juguetear con su cabello haciéndole pequeñas trenzas. No quería retrasar el asunto más tiempo, necesitaba hablar con ella y sin pensarlo demasiado lo escupió a quemarropa.

—Sabes que Yahel tiene razón de estar molesto con el plan que has creado para cazar al felino… ¿cierto?

—Si hubiera otra forma de atrapar a esa criatura… lo haría —refunfuñó—. Además, no lo vi muy dispuesto a proponer algún plan distinto.

—Es que no lo hay, en nuestra situación, es lo mejor que se puede hacer, pero entonces ve y habla con él, pídele una disculpa por haber ignorado su advertencia y hazle saber que tiene razón pero que no debe preocuparse.

—¿Y por qué tengo que pedir disculpas cuando es él quien me cuestiona todo?

—Porque esta vez tiene razón en cuestionarte y tú estás fingiendo que sus preocupaciones son absurdas. Lo único que él está haciendo es preocuparse por tu hermana. ¿No te das cuenta que estás siendo cretina?

—¡Vaéris! —entonó sorprendida y a la vez molesta.

—Sé que no te gusta nada de él y por lo mismo, no te das cuenta que no es un patán. Es un buen chico… y te aseguro, de tener la oportunidad, daría todo por proteger a quien fuera… incluso a ti.

—¿Me estás llevando la contraria a propósito?

—¡Claro! Estoy de parte de Yahel por si tenias duda, Tivana también, pero no se atreve a decirlo, confía más en ti que en cualquier otra cosa.

—¿Quieres hacerte cargo de esta cacería en mi lugar? —preguntó frunciendo las cejas, intentando levantarse para sentarse, pero Vaéris lo impidió sujetando su cabeza.

—¡Deja de actuar como una cría, Zokane! Darle la razón a Yahel no te hará peor persona. Reconocer que siempre estuviste equivocada en cuanto a él tampoco quitará fama a tu nombre. Lo único que él necesita es escuchar de tu boca que tiene la razón y que le asegures que nada malo va a pasarle a tu hermana.

Zokane dejó de argumentar con Vaéris, debía admitir que sí estaba sobreactuando. Con las palabras de su hermana en mente y desde donde estaba recostada, observó un rato el entrenamiento de Yahel: su concentración era la adecuada, sus movimientos rápidos y con fuerza, el movimiento de sus pies era bueno, su defensa también, pero su ataque dejaba mucho que desear, aunque, ella sabía que una buena defensa podría hacer la diferencia, en lugar de un ataque potente que podría dejarte demasiado expuesto. Pero entonces se dio cuenta, lo que Yahel hacía era ser en extremo ético y cuidadoso, en extremo condescendiente con su oponente, y Zokane torció la boca sabiendo que eso tampoco era una cualidad deseable entre guerreros.

De cierta forma podía entenderlo, aquellos que corrían con la fortuna de convertirse en señores feudales nunca se les daba el entrenamiento adecuado en armas o magia. Cualquier entrenamiento que pudiera recibir iba más enfocado a tácticas y estrategias. Debía, además, saber de protocolos y ser un buen mediador, pues se debía a su pueblo y eso era lo más importante que debía aprender a dominar. No había tiempo para la espada, mucho menos para aprender y entender lo que eso conllevaba.

Al verlo entrenar confirmó sus pensamientos, Yahel tenía madera de protector y eso era admirable, también tuvo que reconocer que no había cosa en la cual Yahel no diera su máximo esfuerzo, el claro ejemplo era en ese momento, su determinación se veía en las arrugas de su frente y el sudor que le empapaba el cuerpo, en su sonrisa amena que resaltaba sus hoyuelos al estar disfrutando cada movimiento y en el brillo de su mirada, como si estar haciendo lo que estaba haciendo fuera un postre dulce que saboreaba lentamente.

De alguna manera, era alguien digno de admirar. Por mucho que ella quisiera negarlo, el joven Ardaithe tenía más cualidades aparte de la bravuconería. Y aunque tenía muchas dudas, le pareció que ya era tiempo de encontrar la forma de llegar a un buen entendimiento con él pero, para eso, primero tenía que encontrar la excusa perfecta para dar su brazo a torcer.

Zokane estaba tan metida en sus pensamientos mientras lo observaba que no tomó importancia cuando Yahel detuvo el entrenamiento. Cómo no hacerlo si Yahel había sentido su mirada y sin pretensiones volteó a verla. Se miraron fijamente uno al otro. La expresión estoica de Yahel no le decía nada a Zokane, y ella, en una sonrisa leve, afirmó hacia él como dando su aprobación y rompió el contacto visual. Zokane se puso en pie sintiéndose extraña, y se riñó ella misma al permitirse ver al heredero Ardaithe como a alguien peculiar. No podía dejarse engañar, que se hubiera ganado a Vaéris no significaba nada, él le había demostrado bastante bien que era engreído, molesto, arrogante y orgulloso, ¡un malcriado! Y para no pensar más en él dedicó su tiempo en preparar las cosas para dejar lista la comida.

XIII

El Felino de las Tinieblas no era una criatura muy común ni muy numerosa. Aun así, estaban en el lugar adecuado: todas las leyendas y anécdotas provenían de ese bosque, y el tiempo que empleasen en cruzar el hábitat del felino intentarían darle caza. Al ser una criatura de la oscuridad, la noche era su aliada y la rutina de los días siguientes sería la misma: al caer la noche, Eiden prepararía un té que los mantendría alertas, se repartirían en un perímetro bastante amplio y vigilarían el sueño de Tivana.

Después de cuatro noches extenuantes de mal dormir, con la vista cansada y las ojeras a tope, de observar sombras con formas extrañas arrastrarse por el suelo y ocultarse a la menor provocación, el felino apareció.

Se mantuvieron alertas con más empeño, sin despegar sus miradas de la figura de Tivana, dormida sobre la frescura del suelo boscoso, sabían que se trataba del felino debido a que el embrujo de la criatura inducía al sueño profundo. Sus párpados comenzaron a pesar tremendamente, bostezos involuntarios les hacían lagrimear y las ganas de dormir se volvían despiadadas haciéndolos cabecear de vez en cuando.

La emoción les aceleró el corazón cuando el diminuto animal se acercó con sigilo. Como un gato casero camuflado por las sombras, delatado únicamente por sus centelleantes ojos evocando el averno. Olfateando el aire, se fue aproximando a Tivana hasta alcanzar su rostro, y una vez estuvieron cara a cara, exhaló su aliento fétido y ardiente para que la joven lo respirara. Su víctima se movió entre sueños dando un manoteo adormilado. Todos los que observaban sabían que el aliento del animal causaría una sensación de asfixia y que Tivana, a pesar de estar más dormida que nunca, se removería estirándose la ropa que cubría su cuello.

El felino, con calma, volvió a olfatear a su presa, lamiéndose los bigotes se acercó. La víctima jamás despertaría de su sueño profundo y mucho menos sentiría los largos colmillos clavarse sobre su yugular. La muerte sería su único destino ante el voraz apetito de una criatura que le succionaría cada gota de sangre; y era ese momento el que todos esperaban. Sus dientes como alfileres se clavaron sobre la piel de la joven y la glotonería se apoderó del animal.

Desde que la criatura hizo acto de presencia, Zokane y Vaéris ya la tenían en la mira. Sus flechas, equipadas con puntas consagradas, aunque no matarían al animal sí lo harían huir en caso de una emergencia, y así, sin dejar de apuntarlo, mientras los otros mantenían su espada en mano, quedaron listos para emprender la carrera en lo que esperaban fuese una persecución corta, dejando todo en manos de Nivha.

Veinte segundos es lo que habían contado en las múltiples prácticas, ese era el tiempo máximo que requería la sacerdotisa para invocar la luz y capturar a la criatura.

Con la adrenalina a tope y los nervios en su punto máximo, observaron al felino beber plácidamente mientras que ellos, en sus cabezas, recitaban la cuenta atrás. Veinte, y Tivana no correría peligro alguno; veintiuno, tensaron las flechas con las cuerdas y se prepararon a disparar; veintidós, el sudor comenzó a escurrir por sus frentes; veintitrés y la cuenta siguió alterando los nervios de Zokane hasta acelerarle el corazón.

Una mirada rápida hacia la sacerdotisa les dejó claro que algo ocurría. Ella parecía concentrada invocando el hechizo que tantas veces practicó, pero esta vez estaba tardando

demasiado. Sus labios se movían recitando el conjuro y Eiden, frente a ella, mantenía la cabeza sobre el suelo en una especie de disculpas mudas.

Treinta y cinco y la cuenta seguía… para Yahel no valía la pena; ningún sacrificio valía la pena como para que la sacerdotisa cumpliera las exigencias absurdas de conseguir un elemento único como el que otorgaría el endemoniado felino. El joven estaba seguro que, de no entregar uno de los ingredientes de aquella interminable lista no le causaría a Nivha ningún tipo de contrariedad. Sin avisar a los demás, salió de su escondite dispuesto a enfrentar a la criatura a riesgo de su propia vida.

El movimiento de Yahel al dirigirse hacia Tivana hizo reaccionar a las dos hermanas, pero solo Zokane soltó la flecha asestando en el lomo del felino antes de que Yahel llegara. La bestia soltó a Tivana emitiendo un feroz rugido, dirigiendo su diabólica mirada hacia Yahel que cargaba a toda velocidad en contra del felino. Yahel tenía el ferviente deseo de que la criatura escapara al verlo, pero en cambio, la bestia reveló su verdadera apariencia.

Bajo la atónita mirada del grupo la criatura aumentó su tamaño en una metamorfosis horrorosa: sus huesos crujieron como si se fuera a partir en mil pedazos, su pelaje se volvió escaso, su piel se hizo membranosa y sus dientes y garras se alargaron hasta sobresalir notoriamente del resto del cuerpo. En un instante, la criatura ya era tan grande como el heredero Ardaithe y no dudó en abalanzarse sobre él.

Atrapándolo en sus fauces plagadas de dientes, lo zarandeó con violencia, y ante la espantosa imagen Zokane dejó su puesto siguiendo a los hombres de Yahel. La fuerza que usó Luther con su espada por poco rebana por completo la cabeza de la bestia, de no haberlo hecho, el felino hubiera partido por la mitad al heredero Ardaithe. Al mismo tiempo, Gareth logró cercenar una de sus extremidades traseras. Con la rápida reacción de ambos liberaron a Yahel del cepo que suponía el espantoso hocico. Al creer que eso sería suficiente Gareth continuó su carrera para comprobar que Tivana estuviera con vida al tiempo que Zokane tomaba a Yahel de los brazos jalando su cuerpo en un intento por alejarlo de la criatura.

La bestia lanzó un bramido grotesco, y Luther, en guardia frente a ella apretó con más fuerza su espada. Un aullido agónico dio paso a la más sorprendente regeneración que le volvió a pegar la cabeza al cuerpo y le hizo crecer la pata cercenada.

La criatura volvió a rugir, pero ahora en advertencia, y justo antes de que se lanzara nuevamente al ataque, el conjuro de la sacerdotisa se desplegó por un par de yardas a la redonda. Una oleada de intensa luz consagrada que emanaba desde los pies de Nivha, alumbró todo a su paso sin dejar lugar a las sombras, creando una especie de domo áureo. Los bramidos lacerantes de la bestia mientras su cuerpo se desintegraba eran espantosos, y cuando la carne del animal comenzó a desprenderse de su cuerpo, los aullidos de dolor ensordecieron los alrededores.

La primera flecha de Vaéris se ensartó en la frente del animal y una segunda en el pecho. Revolcándose de dolor, las puntas consagradas en conjunto con el hechizo de luz fueron letales, y mientras la criatura continuaba agonizando, Luther y Zokane pusieron toda su atención en Yahel cortando las amarras de la armadura para aplicar presión a las heridas que sangraban en exceso.

—¿¡Por qué has tardado tanto!? —gritó Gareth a la sacerdotisa, con Tivana en brazos, alarmado al ver tanta sangre regada— . ¡Ahora tienen clara la razón por la cual mi señor se negaba!

—¡Lo lamento tanto! —se disculpó Nivha notablemente afectada de haber fallado, lanzando una mirada acusadora sobre Eiden.

—¿Por qué miras a Eiden si la culpa ha sido tuya?

—¡Guarda silencio, Luther! —gritó Vaéris en advertencia—. El mago tuvo culpa.

—¡Ofrezco mis disculpas! —repetía una y otra vez el viejo hechicero, apoyando su cabeza contra el suelo en una súplica hacia Nivha.

—¡Cierra esa despreciable boca, hechicero! —bufó Luther—. ¡Haz algo y salva a mi señor!

Las heridas de Yahel eran tantas y tan profundas que la cantidad de sangre que estaba perdiendo tenía su vida pendida de un hilo. Fue necesario que lo atendieran entre Nivha y Zokane en un intento por detener las hemorragias, al no conseguirlo, la sacerdotisa inició la sanación, mientras Zokane y Vaéris, ponían todo su empeño por contener toda esa sangre.

Zokane comenzó a sentir desesperación, no importaba cuánto hiciera ni el empeño que pusiera, la sangre no paraba de brotar. En una convulsión lenta, Yahel tosió escupiendo sangre.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Luther—. ¿No se estará muriendo verdad? ¡Sálvenlo!

—¡Cálmate! —le pidió Vaéris—. ¡Solo fue una sacudida, no fue para tanto!

Sin embargo, Zokane sabía que estaba perdiendo demasiada sangre y si Yahel moría, cómo podría pedirle perdón por haber sido tan molesta, por haber ignorado su advertencia, por haber permitido que su orgullo fuera más fuerte que ella.

—Aguanta —susurró entre dientes—, ¿me oyes, pedazo de idiota? —Y esta vez todos pudieron oírla—. ¡Aguanta! —insistió Zokane, luchando por detener la última hemorragia.

Los ojos de Yahel viajaron hasta el rostro de la joven. En su mirada parecía haber un halo de esperanza y Zokane se aferró a él. No lo dejaría marchar. Haría lo que estuviera en su mano para que el engreído y valiente idiota sobreviviera y volviera a sonreír de aquella manera infantil que siempre hacía, para que volviera a meterse con ella, para que volviera a mofarse; incluso si eso suponía dedicarse a sus heridas toda la maldita noche, no lo dejaría.

CUARTA PARTE



En la penumbra de la incertidumbre, los senderos se enredan.
Alianzas temerarias como cautivadoras se tejen.
La confianza se volverá crucial mientras la línea divisoria se desvanece,
Lentamente, la mano del destino se hace notoria.
La duda murmura en el aire, como el susurro sutil de secretos ancestrales.
El destino, en un equilibrio delicado,
pende ante verdades aterradoras en una encrucijada épica.
Mientras enemigos taimados acechan en las sombras.

I

En las tierras lejanas del Este, indómitas en su mayoría por hielo y nieve, custodiadas por el feudo Ardaithe, la tarde se sentía más cálida que de costumbre, tanto, que Clarissa y Romina, futura esposa de Yahel, se daban el tiempo para tomar un poco de té en uno de los amplios balcones que contenía el palacete, y a pesar del buen clima, un fogón las calentaba.

Sainal, la tierra que vio nacer a Romina, era una de los más alejadas del feudo, colindante con el Sur. El clima era agradable, pocas veces se veía nieve y pocas veces el frío te hacía doler los huesos. Por lo tanto, la ciudad Ardaithe, helada en cualquier momento, le arrebataba todas las ganas de salir de su habitación o incluso de visitar las salas comunes donde se mantenía la leña ardiendo gran parte del día. Por eso, ahora que el clima era favorable, debían aprovechar cada día para tomar un poco de sol.

Clarissa no podía negarlo, Romina era linda, se esforzaba bastante por ser del agrado de todos. Era evidente que copiaba sus peinados y hasta imitaba sus movimientos, lo que la hacía verse insegura de su entorno, pero lo atribuía precisamente a verse sola, sin su familia. Aun así, le parecía en exceso aburrida, no podía hablar con ella de otra cosa que no fueran chismes de sirvientas. Sin embargo, volvía a justificarla, todo era nuevo para ella. Dejar a su familia, sus amigas y su vida, debía ser la cosa más difícil y no podía imaginarse estar en su lugar.

Por lo mismo, Clarissa no sintió que fuese una carga cuando su padre, el señor feudal, le encomendara hacer compañía a la futura esposa de su hermano. Enseñarle las costumbres de su nuevo hogar hacían el tiempo más llevadero. Además, debía mantenerse al pendiente de ella: de la regordeta muchacha que había llegado a su hogar, ahora estaba en extremo delgada. Se había vuelto un manojo de nervios y todo había ocurrido en un par de semanas, cuando recibieron el mensaje por parte de Efraín, uno de los legionarios que escoltaban al heredero Ardaithe, avisando que traía noticias urgentes y solicitaba la presencia de Táiwel de Sainal, padre de Romina, y por si eso no fuera poco, el mensaje incluía el aviso de que el joven Yahel viajaba en compañía de las Arpías.

Antes de la noticia, Romina parecía la persona mas feliz del imperio, no ocultaba la dicha que le causaba ser la prometida de Yahel. Cualquier pretexto era bueno para tener la compañía de Clarissa. Lo decía abiertamente: lo hacía no solo porque era necesario para su nueva vida, sino también porque al ser la hermana de su prometido, llevarse bien con ella le aseguraba que su futuro esposo la viera con buena cara.

Gracias a esa cercanía, Clarissa pudo ver la nube de ensoñación en la que Romina vivía. No había momento en que no dejara claro lo mucho que deseaba que ya se celebraran sus nupcias, y confesaba lo afortunada que se sentía por lo apuesto que era Yahel, y hasta le había contado una y otra vez todo lo que haría durante los rituales de su enlace nupcial, pensando incluso un par de nombres para los muchos hijos varones que le daría.

Pero ahora, todo se veía diferente, Romina se mantenía distante y callada, se le notaba nerviosa, y podía verse demacrada. Esa misma mañana había tenido una crisis nerviosa, donde, a puro llanto, juraba que su prometido quería terminar el compromiso. Si no, ¿por qué otra razón uno de sus enviados vendría con noticias urgentes?

Para el anochecer esperaban que el enviado de Yahel llegara junto con el padre de Romina,

que había ido a buscarle al camino por petición de su hija, para que no demorara más de la cuenta. Romina no podía controlar toda esa avalancha de emociones y, como no había forma de justificar su comportamiento, terminó hablando de las Arpías confesando que se conocían. Los celos y el odio que sentía por ellas jamás pudo superarlo, y no sintió ningún tipo de remordimiento cuando, en sus habladurías, culpó a las Arpías de todo lo que ella misma había hecho. Aseguraba que como guerreras eran excelentes, pero como mujeres no valían nada. Y confesó, mostrándose creíblemente avergonzada, que ellas habían hecho lo posible por dañar su reputación, confesando incluso que ellas habían puesto en duda su castidad al correr el rumor de que tenía un romance con uno de los capataces.

El llanto de Romina en su relato provocó que Clarissa y su suegra la creyeran, que se pusieran de su parte y que la apoyaran por completo. ¿Por qué no creerla? Las Arpías estaban lejos de ser unas damas, eran unas mujeres crecidas entre esclavas y forjadas entre guerreros. ¿Qué clase de principios pudieran tener? Y, con los reportes que Luther enviaba con regularidad, sabían que Yahel había tenido un par de aventuras y no dudaban que fuera cierto, en algo debía parecerse a su padre. Para la señora de Ardaithe y su hija, esas Arpías llevarían a la perdición al heredero y la deshonra para el legado sería peor de lo que ya lo era.

Romina estuvo espiando el camino todo el día por si llegaba su padre. Cuando pudo ver la caravana acercarse, salió de su habitación a toda prisa hasta el patio donde paraban los carruajes. Esperó frotándose las manos de ansiedad hasta hacerse doler los nudillos. En el momento mismo en que su padre puso un pie en el suelo, Romina se precipitó hacia él sujetando su brazo, llenándole con toda clase de preguntas y exigencias que sus susurros no lograban ocultar.

—¿Sabes algo del enviado? —preguntó antes que nada, aferrándose al brazo de su padre con rudeza.

—Bienvenido, padre. ¿Qué tal estuvo tu viaje? —respondió Táiwel con tono cansado, intentando corregir a su hija.

—¡Padre, necesito saber todo o moriré de angustia!

—Te creo… ¡Mira que delgada estás! ¿No te trata bien tu nuevo hogar?

—¡Basta! —exclamó en un tono más alto, apretando un poco más su brazo, mirándolo con ojos saltones y desesperados—. Mi prometido no envió el mensaje él mismo. ¡Su guardia debe haber visto cosas terribles como para enviar ese mensaje urgente solicitando tu presencia! ¡Viaja con ellas, papá! Con las hijas del hierbero, y después ocurre esto. ¿Quiere cancelar el compromiso?

—Querida —habló su suegro Kirios, acercándose sin que ella lo notara—, entremos y conozcamos juntos todos los detalles.

—Mi apreciado Kirios —saludo Táiwel inclinando la cabeza con levedad cuando pudo liberarse del agarre de su hija cuando, Clarissa, la tomó del brazo y la condujo dentro del palacete—. Me disculpo por la reacción de mi hija, es un tanto insegura.

—No os disculpéis, mi mujer me ha contado cosas que la dulce Romina reveló sobre las Arpías… Para mí, es bastante entendible su reacción. ¿Habéis traído a Efraín contigo?

—Lo traje —afirmó, señalando a lo lejos el séquito de guardias que le escoltaban—. ¿Vamos adentro?

Reunidos en la sala del consejo se encontraban los regentes Ardaithe, Táiwel de Sainal, los maestros y sabios que servían al feudo y el enviado de Yahel, Efraín. Pero a Romina la habían dejado afuera, esperando en una habitación contigua junto con Clarissa.

Dentro de la sala, todos miraban con asombro al viejo Efraín que, en un intento por facilitar las cosas había logrado contratar los servicios de un maestro de los susurros para enviar un

mensaje que fue malinterpretado. Su propósito era que, a su llegada, el mercader que tanta urgencia necesitaba su señor Yahel ya estuviera presente y así no perdería tiempo en esperarlo.

Efraín se esmeró al dar todos los detalles, entregando el mapa que habían preparado para ellos, explicando que prácticamente recorrerían todas las tierras posibles de cada uno de los feudos para intentar cumplir con la lista de piezas que la sacerdotisa requería.

Romina, que mantenía la oreja pegada a la puerta, no creyó nada cuando Efraín contó la manera tan casual en que se habían encontrado con el resto de las Arpías, y por mucho que él repetía la misma historia, Romina sabía que no era la verdad.

Su carácter caprichoso la superó, no tuvo miedo y no le importó que Clarissa la viera fuera de control. Ella no era un juguete. Su madre le había llenado la cabeza de sueños, le había hecho creer que se merecía todo, y todo incluía el respeto y la fidelidad de su prometido. Ahora más que nunca necesitaba que celebraran sus nupcias, después, sabía de sobra qué hacer para poner en sus manos a su hombre. Pero antes, exigiría que su nombre no fuera manchado por habladurías.

—Tiene que hacer algo —le dijo a Clarissa.

—Romina, ¿que se supone que pueda hacer? No estáis en posición de exigir nada —intentó consolarla.

—¿Que no estoy en posición? —preguntó furiosa—. ¡Tengo que soportar la humillación de tu hermano con sus hábitos indecentes! ¿Y no estoy en posición?

—Debéis aprender a lidiar con ese tipo de asuntos —le aseguró mostrando indignación.

—¡Ya sé que un hombre jamás resuelve esos «asuntos»! Pero acaso no puedes interceder con tu madre. ¡Dile algo al menos!

La mirada triste que Clarissa le dedicó la hizo enfurecer. Esa mujer era una sumisa, jamás se atrevió a levantar su voz para ella misma, mucho menos lo haría por alguien más. Buscarla como aliada era una pérdida de tiempo. Saber que no tendría ningún tipo de soporte en su cuñada la hizo abandonar la sala donde las habían hecho esperar y se marchó encerrándose en su habitación. El tiempo pasó rápido y con el fuego de la chimenea como único compañero, se sintió fastidiada cuando su padre llamó a su puerta y tuvo que escucharle. Si por ella hubiera sido, le habría sacado a empujones, lo último que quería era perder esa tranquilidad que había logrado obtener.

—Partiré de inmediato al lugar de reunión sugerido. Si me apresuro, tal vez llegue a tiempo y pueda descubrir más detalles sobre todo lo que ocurre. Solo te pido, hija mía, que tengas paciencia. Si esta alianza no está siendo de provecho para ti y está atentando en tu contra, bien puedo buscarte un nuevo pretendiente, uno fiel y noble que cuide de ti como lo mereces.

—¡No quiero otro pretendiente! ¡Quiero a Yahel!

—¿El que tú misma alegas que te deshonra?

—¿Qué otro pretendiente me asegura una vida como la que obtendré con los Ardaithe? Estás hablando de gobernar un feudo, papá. ¿De qué forma lo puedes superar?

—Aún tenemos al legado Vizíer. No olvides que también tengo negocios y tierras en el Oeste que te acreditan como candidata.

—Lo último que deseo es criar a los hijos de otra. Solo encárgate de que la boda ocurra — bufó con fastidio—. Después de eso, puedo encargarme perfectamente de tenerlo en la palma de mi mano.

—Como mi niña desee —le concedió, acercándose a ella para apretarla contra su panza en un abrazo paternal—. Ahora, prométeme que comenzaras a comer. Estás muy delgada.

—Me gusta estar delgada… Las descripciones de todas las putas con las que mi prometido se

ha metido hablan de lo mismo; si es lo que a Yahel le gusta, es lo que le daré.

—¡Controla esa boca, Romina! —le advirtió Táiwel mostrando su desprecio ante su osadía.

—¿Y quién le pide al heredero Ardaithe que se controle? ¿Qué se está pensando? —alegó a los gritos—. ¿Que por venir de una familia de comerciantes no merezco un poco de su respeto? ¡Lo único que ha hecho es insultarme! ¡Le guste o no, me debe respeto!

—Tenéis razón, bella Romina —entonó Kirios Ardaithe con una excesiva pleitesía cuando hizo acto de presencia en la habitación de la chica—. Mi hijo podría no ser el indicado para encargarse de vos. Habrá que hacer algo al respecto. ¿Os parece bien?

La sangre que le nublaba los pensamientos abandonó de repente su cabeza dejándola pálida. La cordialidad de su suegro era brutal, el corazón se le agitaba lleno de miedo, miedo de perderlo todo, de perder su lugar, no podía simplemente ser desechada. No lo permitiría.

—¿Qué insinúa? —preguntó sin ocultar el miedo en su voz—. ¿Romperá el compromiso debido a la poca honra que su hijo posee?

—Sería una verdadera lástima no disfrutar de vuestra compañía —expresó regalándole una mirada que parecía ocultar mucho más de lo que decía—. No, Romina, el acuerdo con vuestro padre se cumplirá. Permaneceréis en mi hogar y os casaréis con mi hijo; continuareis honrando la sangre de tu legado cuando me deis muchos, muchos nietos, todos varones, para la continuación del legado Ardaithe.

La sangre que la había abandonado regresó a su cuerpo. La mirada insistente del regente Ardaithe delataba agrado al mirarla y la hizo sentir poderosa. Aleteó las pestañas con una sonrisa complaciente. No lo decía en broma. Se convertiría en una puta de ser necesario, pero no perdería su lugar en el futuro del legado Ardaithe.

II

Parecía mentira que momentos antes se hubieran enfrentado a la muerte, la desesperación se había convertido en calma. Tivana se mantenía dormida pero estable, y Zokane había permanecido al lado de Yahel en todo momento, aun después de saber que su vida ya no corría peligro. Se sentía fatigada por todo el esfuerzo empleado para mantenerlo vivo, también sentía las emociones al límite. Creer que moriría en sus manos le había dejado un sabor amargo en la boca, y aunque ya no había nada que pudiera hacer por el heredero Ardaithe, Zokane se quedó ahí, mezclando las hierbas que jamás faltaban en su morral para hacer la mezcla que ayudaría a su hermana y a Yahel a recuperar toda esa sangre perdida.

Apenas había terminado la preparación del remedio cuando Yahel recuperó la conciencia. La sanación aún continuaba efectuándose y él no pudo ni sentarse por sí mismo, Zokane se hincó a su lado, le sostuvo entre sus brazos, y ayudada por Luther, hicieron lo posible por hacerlo tragar el amargo y asqueroso brebaje. No pudieron evitar que el estómago se le vaciara un par de veces antes de conseguir que lo tragara, pero una vez logrado, se quedó más tranquila. Lo observó detenidamente, y aunque se veía en extremo pálido, dentro de poco él estaría bien.

Tan pronto tuvo claridad, la primera acción de Yahel fue buscar a Tivana, y al verla dormir plácidamente, influenciada por el embrujo del felino, sintió un alivio inmenso. Observo a la sacerdotisa, que sin mostrar ni un poco de fatiga sanaba las heridas de Luther. No tuvo tiempo de preguntar nada, Vaéris se adelantó ofreciéndole todos los detalles, incluida su vergonzosa actuación al bañar en sangre y vómito a su hermana. Las carcajadas burlonas que le dedicaba la pelirroja lo llenaron de vergüenza, su rostro se encendió de inmediato y el sudor se hizo presente. Con cada una de las carcajadas que Vaéris daba, parecía que él se hundía más en el fango de la humillación al entender que no había sido su imaginación. Lo que pensaba que se había tratado de un sueño loco, resultó ser la completa realidad y ahora tenía que hacer algo para apaciguar la deshonra que sentía.

Sin escuchar nada más se marchó cabizbajo siguiendo el dedo de Vaéris que apuntaba en dirección hacia donde Zokane se encontraba. Barajando las mil y una disculpas válidas, pensó que lo mejor sería ayudarle a lavar su propia armadura como le dijeron que estaría haciendo, pero de solo pensar en acercarse a ella sin una razón que no fuera la de cazar una bestia, le producía una ansiedad profunda.

La luna aún alumbraba lo poco que quedaba de la noche, el sol ya comenzaba a perfilar el horizonte, y Yahel comenzó a escuchar el riachuelo en donde suponía que encontraría a Zokane. Con toda la determinación que le quedaba se forzó a seguir sus pasos. No sabía de dónde le había salido la valentía de enfrentar a Zokane. Tal vez era que le debía demasiado, le había salvado la vida, se había quedado a su lado, se llenó de su sangre y de su vómito sin que a ella le importara, todo eso debía compensarlo, hacerle saber que estaba agradecido. Y con solo eso continuó sus pasos.

Siguió el sonido leve del riachuelo que corría con calma, y sin buscar demasiado, cuando los árboles terminaron para dar paso al borde del río, la encontró metida en una fosa poco profunda que se formaba en la orilla, y al encontrarla se quedó perplejo: la Arpía, metida hasta las caderas en el agua, se encontraba semidesnuda en su intento por lavarse. La prenda que le cubría el

pecho no ocultaba nada, y de no ser porque sabía que se trataba de ella, hubiera jurado que frente a él tenía a un ser divino consagrado a la naturaleza.

Zokane supo de inmediato la llegada del intruso con el ruido que hizo al caminar sobre las ramas secas. Dedujo que no se trataba de ninguna de sus hermanas, cualquiera de las dos habría anunciado su llegada de otra manera, y tampoco se trataba de Nivha, su delgado cuerpo y su manera reservada se reflejaba también en su caminar: silencioso y ligero como un espíritu del bosque.

Fuera quien fuese, no le importaba si la veían desnuda. Para bien o para mal, la vida con Táiwel le había dado la confianza para no dar mucha importancia a ese tipo de detalles. A fin de cuentas, jamás sería una dama, y se irguió orgullosa levantando el rostro y el mentón con un cierto aire de superioridad pero, cuando vio a Yahel aparecer de entre los árboles, su corazón dio un vuelco que la estremeció.

No supo explicarlo, pero la vergüenza se le subió al rostro al encontrarse con la mirada absorta de Yahel quien, súbitamente, se había quedado mudo e inmóvil mirándola fijamente. Esas sensaciones, esas emociones, era algo que ella no conocía.

La escasa luz ocultaba las facciones de Yahel, pero no lo suficiente como para disimular la mezcla de fascinación y sorpresa que le producía verla. Era demasiado para ella. Sintió las mejillas arder con fuerza, pero supo mantenerse quieta y mostrar serenidad y, antes de que la risa despiadada resultado del nerviosismo se apoderara de ella, terminó con el incómodo momento haciendo todo su esfuerzo por mantener un tono de voz suave pero dominante.

—¿Podrías acércame las armaduras? —le pidió, señalando el lugar exacto junto a un árbol.

La calma con que la Arpía habló lo hizo reaccionar. No era como si nunca hubiera visto a una mujer semidesnuda pero, el hecho de tratarse de la Arpía que por largo tiempo intentó odiar, la ponía a ella bajo otra perspectiva. Era inaudito, pero en ese momento, lucía endemoniadamente bella y el corazón se le aceleró.

Yahel se sintió avergonzado, y con movimientos torpes, agachó el rostro buscando las armaduras como si estas fueran a aparecer como por arte de magia frente a sus pies. El incómodo momento duró muy poco, aunque se le antojó una eternidad. A Yahel le dio tiempo de tropezar consigo mismo antes de encontrar las dos corazas, tanto la suya como la de ella, de tomarlas y volver a dirigirse hacia Zokane. Ella no se movió del mismo sitio y fue Yahel quien tuvo que introducirse en el agua para entregarle las piezas, momento en el que coincidieron sus miradas, y en ese punto, ninguno de los dos supo qué hacer.

La llegada apresurada de Vaéris resultó un alivio para ambos. La pelirroja se paralizó al verlos, les notó el rostro enrojecido, aunque Zokane intentaba fingir normalidad. Yahel se aclaró la garganta queriendo decir algo, pero Vaéris chasqueó la lengua llamándolo con un movimiento de su mano para que se acercara a ella y él obedeció. Vaéris señaló en dirección a donde esperaba el resto del grupo y lo empujó con rudeza.

—Lárgate antes de que sea demasiado tarde —le susurró.

Yahel se marchó sin dudarlo, recuperando el aliento mientras Vaéris lo observaba; las ganas que ella tenía de burlarse de él al verle con la cabeza hundida en el pecho, y dando tropezones a cada momento, se las tuvo que aguantar y cuidar que se perdiera entre la espesura del bosque para después, inhalar con fuerza para enfrentar a su hermana, y aunque sabía que ardería de furia, no dudó en bromear al respecto.

—¡Pero qué espectáculo le has dado al hombre! —le dijo entre risas, intentando averiguar sus pensamientos.

—¿Qué dices? —gruñó enfadada.

—¡Ah, no! No me veas así, yo no tengo nada que ver con todo esto —respondió queriendo suavizar las cosas—. A menos que tu molestia conmigo se deba a la interrupción.

—¡Ya basta, Vaéris! No interrumpiste nada. Sabes de sobra que no me interesa de esa manera.

—Bueno, ¿y qué te dijo?

—¿Debía decirme algo? Se paralizó en cuanto me vio… y, para serte franca… me ganaron los nervios, le pedí mi armadura, me hizo caso y llegaste tú.

—Cuando le contamos que no te apartaste de él hasta que estuvo a salvo se mostró bastante preocupado, le vi ganas de hacer algo por ti en agradecimiento. Dijiste que solo lavarías las armaduras, por eso lo envié, fue después, cuando me di cuenta que estabas tardando, que entendí que estarías lavándote tú misma…

—¡Es que no entiendo, Vaéris! Se burló de nosotras por tanto tiempo…

—Se ha ganado nuestro perdón y te niegas a verlo —la interrumpió—. Casi muere por salvar a Tivana, estoy más que segura de que ningún «pedazo de idiota» como lo llamaste, haría algo así… Ni siquiera eres capaz de ver que no tiene malas intenciones con ninguna de nosotras. ¡Mira cómo te ha encontrado, y en su cara había de todo menos lujuria! A mí me agrada, no sé por qué a ti no.

—Si tanto te agrada, ¡cásate con él!

—Pues mira, a lo mejor lo hago —aseguró con absoluta calma.

—No digas estupideces —respondió frustrada.

Por alguna extraña razón la solemnidad en la voz de su hermana no la dejó descubrir si hablaba en serio o no, conociéndola, todo era una broma, pero se sintió enfadada de que la pelirroja lo hubiera dicho con tanta convicción. Ignorándola, se apresuró a lavarse y a terminar de enjuagar las dos corazas, y cuando regresaron al lugar donde todos se encontraban, no pudo evitar echar un vistazo a Yahel.

Para ese momento él ya se había cambiado la ropa desgarrada y manchada en sangre y parecía bastante tranquilo; sentado sobre un pedazo de tronco apoyaba los codos sobre las rodillas mientras cortaba pequeños trozos de manzana con su navaja; pero al verla llegar, se tensó por completo enderezando la espalda. Ocultó la mirada que dirigió a la manzana y comenzó a trocearla con rapidez para prácticamente engullir sin apenas masticarla.

Contra todos los pronósticos, y aunque aún se sentía molesta por lo ocurrido en el río, Zokane se acercó para entregarle su coraza. Yahel agradeció tomándola de inmediato, y en ningún momento sus ojos pudieron mirarla directamente como normalmente hacía. Ella no esperaba verlo incomodarse de esa manera, y tuvo que admitir, aunque únicamente ante ella misma, que el heredero Ardaithe era un hombre singular.

—Estoy en deuda, Zokane —le dijo el fiel Luther—. Jamás creí que llegaría el día en que salvaras a mi señor.

La franqueza de Luther le robó una sonrisa a Yahel, enfatizando los hoyuelos de sus mejillas. Zokane no pudo evitar notarlo y le pareció que lo hacían ver más agradable, incluso más franco, algo poco habitual en él. Sin decir nada correspondió la sonrisa a Luther y rodó los ojos cuando Vaéris bromeó por el acertado comentario del hombre.

Por ahora la única preocupación de Zokane era Tivana. Ya había pasado tiempo de sobra como para poder despertarla del embrujo del felino. La morena se mostró débil y mareada, como si estuviera intoxicada de alcohol, aun asi Zokane la hizo beber la amarga pócima. Tivana no hizo el intento de vomitar, había aprendido a tragarla. Nivha se acercó colocando una ramita de hierbas sobre el oído de Tivana, con el fuerte aroma Tivana lograría estar alerta más

rápidamente.

Un acto íntimo y fraternal se dio entre ambas hermanas. Sujetando sus mejillas con ambas manos, Zokane le susurró algo que solo Nivha, que estaba a lado pudo escuchar, Tivana cerró sus ojos apoyando su frente en la de Zokane, sonriendo agradecida y llena de amor. Vaéris, que observaba atenta, sonrió con dulzura al verlas, inmediatamente después comenzó a burlarse de Yahel al mencionar su vergonzoso acto cuando él bebió la pócima, haciéndolo ruborizar hasta el punto de hacerlo desear que la tierra se lo tragara.

—¿Ahora que todo está en orden se dan cuenta? —se acercó Vaéris acomodándose en medio de Yahel y Luther, sujetando sus hombros para susurrarles—. Aunque es importante saber distinguir cuando un plan es arriesgado, es mucho más importante aprender a confiar en cada uno de tus compañeros y atenerse al plan…

—Todo está en orden gracias al intrépido de mi señor —interrumpió Luther con orgullo, queriendo hacer notar la valentía de Yahel.

—Tu señor casi muere y no marcó ninguna diferencia, Nivha convocó la luz a tiempo y ese acto temerario fue innecesario. Su señor ignoró todo, hasta las flechas que Zokane y yo teníamos. Una sola de ellas era suficiente para que el felino dejara de succionar la sangre a Tivana, lo habría hecho escapar o atacarnos como hizo, pero igualmente habríamos salvado a mi hermana y nadie hubiera estado al borde de la muerte como lo estuvo tu señor.

—Me disculpo por mi acto innecesario —replicó Yahel en un tono relajado, pero que no ocultaba su molestia—, no pude evitarlo…

Resoplando un poco, buscó distraerse para no seguir hablando con Vaéris, se sentía contrariado al conocer ese lado oscuro de las Arpías, uno que jamás imaginó. «Sangre fría» lo llamaban ellas; para él, era poco criterio y mucha audacia surgida del ego.

El resto del día lo aprovecharon para dormir por turnos mientras Nivha, ayudada por Zokane, se encargaba de preparar los huesos del felino, que era todo lo que había quedado después de ser expuesto a la luz sagrada.

El silencio que mantenían juntas no le incomodaba a Nivha, con el simple hecho de estar al lado de Zokane le bastaba. La entonación de su energía la dejaba en calma y con esa superioridad sobre ella no había podido romper sus propias inseguridades y hablarle como si ya no fueran desconocidas, y aunque no podía comparar el amor y los lazos que se tenían entre hermanas, guardaba para ella el deseo de volverse un poco más cercana a Zokane y confiarle la vida como se la confiaban entre las propias Arpías.

—Quisiera saber… —le habló Zokane sacándola de sus cavilaciones—, ¿qué ocurrió para que tardaras tanto en convocar la luz? Necesito saber qué ocurrió.

—Quisiera poder decir otra cosa —exclamó con risa nerviosa—, pero Eiden… interrumpió el proceso dos veces…

—¿Eiden? —musitó incrédula.

—Se derrumbó dos veces sobre mí.

—¿Es broma? —Su gesto repulsivo fue tan evidente que Nivha detuvo toda acción para sostenerle la mirada mientras respondía.

—Llevábamos una vida fácil en palacio, Zokane. Yo jamás tuve la necesidad de emprender una expedición como la que ahora hago siguiendo vuestros pasos. Qué gracioso, ¿no os parece? Que seamos nosotros quienes intentamos seguiros a vosotras.

«Debo confirmar que sí ,ha sido difícil caminar a vuestro lado. Ha sido difícil para Eiden darse cuenta de que un trío de jovencitas sin conocimiento en la magia realizan mejores cacerías que las que él pueda lograr, y que la edad y la vida cómoda le están pesando igual que a mi.

«No lo disculpo, pero enfrentar a una criatura como el felino, que induce al sueño ,cuando de por sí ya estaba agotado, no solo por esos cuatro días …desde antes …Él y yo debemos sacar fuerzas de donde ya no quedan para no ser abandonados en el camino.

—¡Bajo ninguna circunstancia los abandonaríamos! —exclamó Zokane sintiendo ansiedad.

—Pensé que eso ocurriría poco antes de llegar al Paso del Silencio… —titubeo sintiendo un poco de vergüenza—. Sentir que no estoy a vuestra altura ha sido un duro golpe a mi moral…

—Discúlpame, Nivha —exclamó avergonzada al darse cuenta de la angustia que se reflejaba en las facciones de la joven sacerdotisa—. Me concentré en seguir al pie de la letra la agenda, para no demorarte en ningún sentido. Tuve en mente todos esos imprevistos que nos pueden retrasar y les di más importancia.

—No os disculpéis, yo, en vuestro lugar, hubiera hecho lo mismo. Por lo mismo, sé que no es excusa que a causa de todas esas noches de mal dormir, Eiden flaqueara en un momento tan crítico.

Zokane se sintió avergonzada, nunca creyó que una mujer tan dotada fuera así de sencilla. Reconocer sus carencias y sus faltas de aquella forma era algo pocas veces visto y se sintió contenta de haberles dado una oportunidad. Además, tenía un sentimiento extraño de necesidad… y al lado de Nivha todo aquello se apaciguaba, era como si al conocerla hubiera encontrado algo perdido que no sabía definir pero que, muy en el fondo, le aseguraba que lo correcto era estar a su lado.

No sabía que a Nivha le ocurría algo similar: mirarla a los ojos era como mirarse a sí misma, y sumado a eso, Zokane le causaba un deseo incontrolable de querer protegerla. Resultaba fácil entregarle toda la confianza, y si lo pensaba un poco, era como si Zokane hubiera sido hecha únicamente para quererla; como un llamado, como el poder y la magia demandaban, y que ella no podía resistir. Y aun con todo; le inspiraba el más profundo miedo y un arduo deseo de lealtad. Lo peor era que sentir todo eso por Zokane no le hacía sentir mal o inferior, era algo mucho más profundo; algo completamente natural y que muy en el fondo le confirmaba que juntas tenían un glorioso destino por cumplir.

III

Los días pasaban y aunque lejos, aún se encontraban en territorio del felino de las tinieblas; viajaban de noche, dormían de día y no tenían un momento específico para realizar las cacerías. Usaban las últimas horas de la tarde para comer un plato fuerte y muchas veces, poco antes de que la noche cayera, ellos ya habían iniciado su travesía.

Pese a la estricta rutina que llevaban, Yahel y Luther dedicaban todo su tiempo libre a practicar un poco. Zokane no era tan apasionada como Vaéris con el asunto de los entrenamientos, sin embargo, sí era muy estricta y no pudo evitar analizar con detenimiento al joven heredero. Tenía un exceso de ética que tarde o temprano resultaría fatal, sus movimientos al pelear eran los de alguien que jamás tomaría la ventaja ante las debilidades de su contrincante, era evidente que dejaba pasar las oportunidades cuando Luther se descuidaba, tal vez debido a que eso significaria atacar a traición, evitaba hacer algo que de alguna manera fuera a lastimar a su maestro, y para ella, eso representaba una falla enorme para alguien con deseos de mantenerse vivo cazando bestias.

Aún tenían largos meses por delante y muchas cacerías que efectuar, y lo quisiera o no, tendría que verle cada día. Zokane se sentía cansada de la actitud nerviosa y hasta avergonzada de Yahel, y ella tenía bastante claro que se debía al encuentro que tuvieron en el río. Lo peor era que Yahel no podía verla a la cara y todo eso la hacía sentir muy incómoda. De seguir así, se generaría un ambiente entre ellos peor del que ya había, aunque, para ser honesta consigo misma, ya se había hartado de ignorarlo, especialmente mientras él entrenaba. Simplemente no podía; le ponía los nervios de punta verlo desaprovechar cada oportunidad únicamente por ser honorable.

Gruñó para sí misma acariciándose el rostro y la cabeza con las manos dándose ánimos, se concentró en la frustración que era verlo entrenar y con eso pudo ignorar el hecho de que ahora pudiera verlo de distinta manera. Se sentía responsable de lo que había ocurrido, por poco muere gracias a su plan, y también gracias a eso pudo ver ese lado humano y heroico que Yahel poseía al querer proteger a su hermana. Si no calmaba esa voz en su interior, se volvería peor. Tomando aire se acercó lo suficiente a los dos hombres entrenando y dando un silbido llamó su atención, sorprendiendo a Yahel, pero también al resto.

—¿Por qué no le enseñas a pelear con los puños? —le preguntó a Luther—. Eso lo obligará a poner más atención en todo su entorno. Así, no estará pensando en el peligro que representa la espada.

—¿Qué eres, una experta? —exclamó Luther lleno de arrogancia.

—¿Tengo que ser una experta para notar que lo entrenas como si enseñaras a un chiquillo? Con esa técnica te aseguro que no verás progreso en él.

—¿Qué clase de conocimiento en técnicas podría tener una cazadora como tú? —inquirió arrogante—. No es lo mismo esgrimir una espada contra una bestia que contra un humano. ¡Entreno a mis hombres desde antes de que nacieras! ¿Qué vas a saber tú de todo esto?

—Si como entrenas al señor Yahel has entrenado a tus hombres, debes tener bajo tu mando a un montón de inútiles —se burló de él pagando el poco tacto que tuvo hacia con ella—. El hombre no puede ni aprovechar cualquier descuido para darte aunque sea un leve golpecito.

—¿Te parece que Gareth es un inútil? —preguntó Luther, lanzando fuego por la mirada—.

¡Él es mi aprendiz, y todos los hombres que están bajo mi mando tienen el mismo entrenamiento! ¡Dudo mucho que una pequeña cazadora pueda superar eso!

—Podrías averiguarlo —le retó sonriente.

—No es necesario demostrar nada —intervino Yahel al notar que los ánimos de Luther se estaban calentando.

—¡Déjalos! —sugirió Vaéris—. Zokane solo quiere demostrar que sería más beneficioso para ti sí sabes pelear cuerpo a cuerpo —agregó la pelirroja acercándose a Yahel para tomarlo del brazo y alejarlo un poco para dar espacio a esos dos.

—¡Vamos, Luther! Solo ven y luchemos un poco —volvió a pedir Zokane.

—Eres valiente, pero si te lastimo, no quiero escuchar que lloras.

El hombre tronó su cuello moviéndolo de un lado a otro, no permitiría que Zokane siguiera burlándose, y menos enfrente de su señor. Le daría su merecido, le enseñaría un par de modales y de paso, le enseñaría a no andar buscando pleitos con sus superiores.

Arrojando su espada al suelo le mostró los puños, y ella le sonrió mostrando la misma pose. No hubo dudas, Luther se lanzó contra ella sin pensar en las consecuencias. Si le lastimaba, tenían a Nivha para sanarla y solo tendrían que secarle las lágrimas.

Directo y con fuerza, dio un par de puñetazos que Zokane apenas pudo esquivar y al hacerlo, ella le dio una leve bofetada.

—¡Lo siento! —le dijo la Arpía—. ¡Bajaste la guardia!

Otro intento por parte de Luther con un buen izquierdazo y tal como esperaba, Zokane se movió a la derecha, momento en el cual incrustó los nudillos en sus costillas. Le siguió otro puñetazo esta vez en el pómulo, y con eso la tiró de espaldas al momento.

—¡Basta, Luther! —gritó Yahel.

Desviando la mirada para ver a su señor pudo notar ese rostro estoico en el joven heredero, se imponía con dureza sobre él y a punto estuvo de retirarse cuando una patada en la parte posterior de las rodillas lo dejó hincado.

—Jamás des por terminada una pelea sin antes escuchar de tu oponente que se ha rendido —le dijo Zokane al momento que le apretaba el cuello desde la espalda.

—¡Con que atacando a traición! —exclamó sorprendido.

—¡Estabas a punto de abandonar la pelea y esto aún no ha terminado!

Luther forcejeó para que lo soltara, pero Zokane se aferraba más duramente a él, hasta que, con un rodillazo en el estómago, le sacó el aire por completo. Sorprendentemente, aun sin aire, Luther logró arrojarla sobre el suelo y ella rodó alejándose un poco más, balanceándose debido al aturdimiento que los golpes del viejo le habían provocado.

Volviendo a mostrar los puños, lo esperó a que se recuperara y Luther volvió a lanzarse contra ella con la misma técnica, pero esta vez Zokane logró, además de esquivarlo con gracia y anticipación, propinarle dos buenos derechazos en el pómulo para después, aprovechando que Luther la había sujetado del brazo, hacerlo tropezar, y haciendo uso de toda su fuerza, tirarlo al suelo sobre la espalda.

Zokane no dejaría pasar ningún momento de debilidad, y aprovechando el aturdimiento del hombre, apenas había caído, lo tomó del cinturón y lo giró parcialmente, sujetando uno de sus brazos con toda su fuerza, se lo torció contra su propia espalda y así, logró inmovilizarlo pecho a tierra.

El grito de guerra que dio Vaéris se acompañó de saltos con los puños al aire.

—¡A eso es a lo que yo llamo aprovechar muy bien un descuido! —festejaba la pelirroja.

—Creo que fue suficiente. Por favor, ¡suéltalo! —le pidió Yahel a Zokane haciendo una ligera

presión sobre uno de sus hombros.

El impulso de Zokane fue soltarlo de inmediato, se sentó sobre la tierra con las piernas estiradas y se sacudió las manos.

—Gracias, Luther —le dijo la Arpía—. Ha sido una buena pelea. Si enseñaras todo eso a tu señor, tendría más habilidad con la espada.

—La única razón para entrenarlo —respondió Luther sujetando su quijada mientras la movía de un lado a otro—, es que él sepa cuidarse un poco del peligro. Como cazadora, sabrás que siempre es bueno el tiempo de reacción para salvar la situación.

—Es un viaje peligroso, Luther, hasta ahora hemos tenido encuentros con bestias menores, pero hay otras en extremo peligrosas, o sabe defender como se debe, o lo verás morir.

—Dime una sola bestia que me haga cambiar de parecer y aceptaré lo que dices.

—Trolls —respondió poniéndose en pie, tendiéndole una mano para ayudarlo a levantarse. El hombre la miró fijamente y le regaló una sonrisa torcida, llena de aceptación. No se lo diría, pero la chica tenía razón.

—Deberías ir con la sacerdotisa a que te sane ese golpe en el rostro, niña —le sugirió Luther — o traerás la cara negra por varios días.

—Puedo vivir con eso —respondió sonriente levantando los hombros.

—¡Pero qué barbaridad! —exclamó Gareth agarrándose la cabeza al ver que los ánimos estaban calmados, sintiendo verdadera admiración—. ¿Las tres saben hacer eso? Todos pensábamos que era falsa esa parte de su historia en la que se cuenta que habían sido campeonas en las arenas.

—¡¿De verdad lo creyeron falso?! —preguntó Tivana contagiada por los ánimos de Gareth.

—¿Y cómo pretendes que lo creyéramos? —respondió de inmediato—. Solo piénsalo: las hijas de los Remedios… ¿esclavas entrenadas al calor de las arenas?

—Eso también es verdad —reconoció Vaéris con un gesto burlón que resaltaba lo obvio.

Durante la cena, Vaéris les contó una que otra de sus mejores batallas, hasta que la oscuridad de la noche comenzó a llenarlo todo y tomaron sus enseres e iniciaron el camino. Cuando hicieron la primera parada para un descanso, Zokane esperó a que el agua hirviera y que el aroma del té inundara el ambiente, llenó dos tazas y se acercó a Luther, quien siempre permanecía a un lado de Yahel. Sin preguntar si podía, se sentó junto al viejo y le ofreció una taza. El hombre la aceptó más por curiosidad que por otra cosa al verla más relajada y menos arisca.

—Disculpa —le dijo a Yahel, señalando que no le había traído té a él—. Solo tengo dos manos.

Con una sonrisa nerviosa, Yahel se puso en pie; no esperaba que Zokane le hiciera algún comentario o mostrara su consideración al no ofrecerle algo. Para él era obvio, si ella hubiera querido le hubiera ofrecido la otra taza que cargaba consigo, pero se sintió satisfecho de que la Arpía se tomara las molestias de fingir. Acercándose a la fogata se llenó él mismo una taza y volvió a su sitio uniéndose al silencio que tanto Luther como Zokane compartían y observaron juntos la noche. Hasta que ella comenzó a hablar confesando algunos detalles del entrenamiento que habían recibido a manos de un cacique que organizaba peleas clandestinas.

—¿Cómo es que terminaron bajo la tutela de ese hombre?

—No te sorprendas, Luther. Nuestro padre mantiene una fuerte amistad con él. Gracias a eso, tuvimos un trato y un entrenamiento privilegiados.

—Entonces ¿no eran sus esclavas?

—¡No! —enfatizó casi riendo—. Aunque el hombre sí tenía esclavos, muchos, diría yo, aun así, ¿te parece que las hijas de los Remedios realmente podrían ser esclavas?

—No se parecen en nada —comentó Luther con cierta burla—. ¿De verdad piensas que pueden hacerse pasar por hermanas?

Si tenía algo más que decir al respecto, no lo hizo, sino que guardó silencio cuando Yahel le empujó con el codo, y al mirarle para descubrir lo que ocurría, le vio negar con insistencia. Entonces recordó lo que su señor Yahel les había relatado respecto al incidente en la posada el día que él mismo había puesto en duda semejante asunto. Zokane también notó el codazo, pero fingió no darse cuenta, y mientras le daba un trago a su té, observó a Gareth y a Tivana, las risitas que ambos soltaban y la manera en que se miraban, era obvio, tanto para Vaéris como para ella, que esos dos eran un caso perdido, solo esperaban el momento en que Tivana misma les contara todos los detalles de su romance en ascenso.

—Disculpadme si os parece un atrevimiento, pero… —habló Yahel, no sin antes aclararse la garganta—, ¿acaso no seréis tú y Vaéris el dúo dorado de Táiwel el cacique?

—¡¿El dúo dorado?! —preguntó intrigada.

—Sí. Hubo un tiempo en que Táiwel de Sainal no hacía otra cosa más que invitar a mi padre a presenciar alguna de sus batallas; en algún momento comenzó a persuadirlo con la maravilla de ver a su dúo luchar. Aseguraba que convertía en oro las arenas.

—¡Qué pequeño es el mundo! —exclamó Zokane con genuina admiración—. ¿Cómo es que conoces a Táiwel el cacique?

—¿Os parece pequeño, Zokane? —le preguntó Yahel con una sonrisa que poco ocultaba su desconcierto al tiempo que negaba un poco con la cabeza—. Más pequeño lo veréis cuando os diga que mi padre y yo llegamos al hogar de Táiwel para ver en acción a ese par un día después de que se marcharan definitivamente, y puedo decir que el ambiente seguía candente después de su último espectáculo.

—Admito que estoy sorprendida. La verdad es que no era muy cordial la relación con Táiwel a pesar de su amistad con nuestro padre.

—Si no eran cordiales, ¿por qué estabais ahí?

—Tivana era una de sus «adquisiciones» —respondió enfatizando la palabra para no usar el término «esclava» que tanto odiaba— y no nos íbamos a ir sin ella, ¿entiendes?

— ¿Entonces es verdad…? ¿Táiwel es esclavista? —preguntó aún sabiendo que la respuesta era afirmativa.

—Pareciera que aun si lo supieras, no harías nada para detenerlo.

—Conocer a tu enemigo para saber derrotarlo suele ser la mejor táctica defensiva. ¿Me daréis la razón? —le preguntó enfatizando sus palabras.

—¿Estás insinuando que somos tus enemigas o hablas de Táiwel? —replicó Zokane fingiendo sorpresa de una manera exagerada para que el heredero Ardaite pudiera percibirlo como tal.

—Lo fuiste. —Afirmó con una sonrisa que contenía toda su burla y sin mala intención.

—¿Ya no?

—Ya no.

—Bien, antiguo enemigo —enfatizó Zokane mostrando diversión—, no sé si el hombre sea esclavista, pero si te puedo asegurar que el lugar donde hace sus negocios está lleno de esclavos… ¿Qué harás ahora que sabes eso?

—Cuando sea señor feudal podré hacer algo… hasta entonces, esperar.

—¿Y falta mucho para eso?

—Antes debe morir mi padre, y no puedo desear su muerte. Eso sería horrible.

—¡El hombre es fuerte como un roble! —añadió Luther con orgullo por su señor feudal.

—No deberías tener que esperar a que tu padre muera para poder tomar algunas decisiones.

Después de todo para eso se te ha criado, para ocupar su lugar, que tengas tus logros y el pueda ser capaz de verlos le dará mas orgullo que una vez muerto.

—¡Oh, sí! —le aseguro rápidamente—. Tengo mis obligaciones y mi padre se enorgullece de eso, recaudo los impuestos además de supervisar la mitad del feudo… pero Táiwel… es complicado ponerle límites, mi padre prefiere ser él el encargado de todo lo referente con ese hombre, sus rutas comerciales son el recurso más importante para el feudo.

—Y entonces, ¿qué haces vagando si tienes deberes dentro de tu feudo que tienes que atender? —preguntó Zokane sin pensarlo.

—Soy el único varón de mi casa —argumentó como si fuera obvio—, mi padre desea que despierte todo el potencial que tiene el arma que sirve a los Ardaithe.

Zokane no entendió de qué estaba hablando Yahel, ella mejor que nadie sabía que no había tal cosa como despertar todo el potencial de un arma, pero entonces recordó que ella tuvo que ir con su maestro para despertar el arma y todo tuvo lógica. Se sintió tocada por el tema, ella no tuvo un padre que la presionara para despertar a Bashitva, tuvo que hacerlo por ella misma, y tuvo suerte de que su maestro siguiera con vida y supiera instruirla. Pero ahora, con las palabras de Yahel, entendía que no era tan simple como parecía, y de solo pensarlo, sintió un poco de empatía por el joven heredero.

—¡Salud! —exclamó Zokane levantando su pocillo—. ¡Por los Ardaithe!

Los tres levantaron su pocillo como si fuera un brindis y bebieron su té. Zokane se disponía a marcharse, ya era momento de continuar el viaje, pero no pudo hacerlo, no sin antes mirar a Yahel por primera vez de frente a frente y sin ningún rastro de altivez en ella.

—Si acaso sirviera de algo —le habló a ambos de manera amable—, mis hermanas y yo podemos ayudar en tu entrenamiento.

—Eso sería más de lo que pudiera pedir —confesó sorprendido por la oferta, pero dispuesto a tomarla si eso significaba lo que tanto había buscado: un nuevo inicio y la oportunidad de remediar el pasado con ella.

—Que usted acepte la ayuda de las Arpias no me quita que siempre estaré a cargo de usted —interrumpió Luther anticipándose a cualquier cosa.

—¿Pensáis convertirme en un adicto al entrenamiento como a Gareth?

—Ese hombre y su amor por la espada lo hacen ser quien es. Quítelo de su cabeza: jamás podrá superarlo.

—¡Gracias! —le respondió Yahel con una risa burlona que poco podía ocultar su descontento y a la vez su resignación.

—Lo he observado —admitió Zokane—. Gareth es muy bueno, no parece un simple guardia.

—Y no lo es —confirmó Luther—. Será mi sucesor como líder de la legión que sirve a los Ardaithe. La espada es una extensión de sí mismo y solo la supera su determinación.

—¡Oye, Gareth! —le llamó Yahel con la burla en la boca—. El viejo dice que ya podéis ocupar su lugar.

—¿Está borracho? —respondió con una sonrisa, sabiendo que el viejo ni por error cedería su lugar.

—¡No! Pero dice que no sirves para otra cosa.

—¿Cómo que no sirve para otra cosa? —objetó Tivana arrugando la frente—. Es un excelente conversador, muy atento, ¡y sabe cocinar mejor que Zokane!

—¡No hagas trampa, Tivana! —suspiró Vaéris rodando los ojos—. Sé justa: cualquiera cocina mejor que Zokane.

—Te recordaré esto cuando me pidas que prepare pan relleno de manzana —le advirtió

Zokane señalándole con el dedo y apretando los labios para evitar reírse.

—¿Es culpa mía que solo seas capaz de darle buen sabor al pan relleno de manzana…?

—¿Lo ven? —se burló Luther—. Cada uno es bueno para algo. Gareth solo sirve para la espada, aceptémoslo. ¡No pudo ni casarse cuando tuvo la edad!

—¿Le estás llamando viejo o a que te refieres? —preguntó Tivana sintiéndose molesta por los comentarios que hacían de Gareth—. A mí me parece que está en la mejor edad para formar una familia.

—¡Oh, no, Tivana! —aclaró Yahel—. No es ni de cerca alguien viejo, lo que pasa es que no sabe hacer otra cosa más que entrenar, tanto, que ninguna mujer quiso atarse a una vida con él y ahora no sabe dónde conseguir una esposa.

—No les hagas caso —le dijo Tivana a Gareth para quitar importancia a aquellas palabras, mostrando empatía y un toque de timidez—. Eres muy atractivo. No tendrás problemas en encontrar una mujer que quiera pasar su vida contigo.

Gareth tomó su mano y besó sus dedos, le sonrió complacido y la observó con los ojos llenos de ensoñación. Por otro lado, Zokane se posó en cuclillas, ya era tiempo de moverse, pero había una cosa que no había dicho y no podía dejar pasar la oportunidad. Mirando nuevamente al heredero Ardaithe le sostuvo la mirada cuando el volteo a verla y sin pensarlo demasiado dejó que las palabras salieran por sí solas.

—Que esto sea el inicio de nuestra tregua, ¿te parece?

—Sin que lo hubierais dicho, yo ya lo veía de esa forma.

—No, tenía que decírtelo… y también tengo que pedirte una disculpa… por ser tan cabeza dura contigo.

—No, Zokane. Soy yo quien os pide una disculpa. Jamás debí burlarme como lo hacía.

Una sonrisa franca entre ambos confirmó su honestidad, pero Zokane necesitó más, estirando su brazo le ofreció un buen apretón de manos y Yahel, sorprendido, lo aceptó de inmediato. Estrechando sus manos, Yahel pudo sentir la confianza de la Arpía, era un apretón firme que mostraba cordialidad. Él sabía bien de esas cosas, y le pareció el segundo acto más honesto que le había visto a Zokane hasta la fecha; el primero sería siempre la advertencia que le dio cuando puso en duda que Tivana fuera su hermana, en ese momento, y aun en el futuro, tenía la certeza de que Zokane cumpliría.

Con el cambio de actitud en Zokane, el viaje dejó de ser un dolor de cabeza tanto para ella como para Yahel. Si hubieran sabido que el no tener que lidiar día a día con desplantes y arrebatos les daría tanta calma, habrían hecho las paces mucho antes. Ahora el tiempo pasaba tan rápido que no notaron el momento en que abandonaron el territorio del Felino de las Tinieblas. En especial porque usaban cada momento libre para instruir a Yahel, puntualizando las carencias que podía mejorar o sus puntos débiles, y Yahel comenzó a caminar hombro con hombro con cualquiera de las tres.

Sin importar de quién se tratase, siempre tenía un buen consejo que darle o una impresionante anécdota con que fascinarlo. Se dio cuenta y admitió, aunque no muy abiertamente, que disfrutaba de su compañía, y de no ser por Luther, que lo vigilaba de cerca y malinterpretaba cualquier exceso de confianza, hubiera procurado permanecer siempre cerca de ellas.

IV

Molsos, lugar pesquero por excelencia, se ubicaba en las faldas de la ribera de un lago tan extenso que parecía ser parte del mar donde su prosperidad se respiraba hasta en el aire. La agradable ciudad se componía de familias de pescadores y comerciantes, y el puerto siempre rebosaba de embarcaciones descargando o preparándose para partir.

La casona dedicada al hospedaje casi siempre estaba llena, pero tenían reservada un área especial para cazadores, y las chicas, que ya eran conocidas en el lugar, usaron sus privilegios para obtener una modesta habitación con dos camas que decidieron compartir con Nivha.

La solidaridad de las mujeres provocó una sonrisa en Yahel, pero sin decir nada se fue con los hombres al puesto de armería. Ese era el lugar destinado a los emisarios de los regentes y, de paso, también sería el lugar donde recibirían las noticias de Kirios Ardaithe, padre de Yahel, con la decisión respecto al mercader que necesitaban con urgencia.

Yahel Ardaithe proclamó su llegada y el encargado inclinó la cabeza como muestra de respeto. Recibir emisarios era una cosa, pero recibir a un gran señor era otra muy distinta. De inmediato le dieron una amplia y lujosa habitación solo para él y otra más para toda su escolta. Las sábanas limpias las acomodaron al momento y le prepararon la ancha tina donde fácilmente podían caber hasta cinco personas. En la mesa de centro que formaba parte de la sala común dentro de la misma habitación dejaron fruta fresca y pan crujiente. «Mucho mejor que una habitación de una posada», pensó para sí mismo mientras sentía un poco de pena por el resto del grupo.

No hubo tiempo de relajarse, apenas si pudo darse un baño y ponerse ropa limpia para salir al encuentro de Táiwel, que ya le esperaba desde hacía un par de días. Era costumbre del hombre mirarle de arriba abajo en cada encuentro, entonces le sonreía imaginando que sus nietos serían muy apuestos.

—¡Suegro! —exclamó inclinando la cabeza en un cordial saludo.

—¡Mi señor! ¿Qué tal el viaje? ¿Pronto estará preparado para volver a su hogar?

—Deseo poder volver a casa —reconoció sonriendo con añoranza.

—No lo dudo. Por cierto, mi hija te envía saludos.

—¿Cómo se encuentra? Mi hermana Clarissa me prometió que le haría compañía; seguramente estarán pasando un buen tiempo juntas.

—No tan bueno como lo piensas. Efraín armó tremendo lío al enviar un mensaje urgente con noticias tuyas, y mi hija casi se vuelve loca pensando que cancelarías el compromiso.

Táiwel se tomó su tiempo para explicar con detalle lo ocurrido omitiendo la rabieta de su hija, y rieron un poco por el alboroto que Efraín causó. No había mucho más por hacer, el hecho despertó la furia de su padre y le dio una tremenda reprimenda al infortunado Efraín. Tomarse la libertad de enviar un mensaje creyendo que haría todo más sencillo sin dar más detalles no fue algo inteligente, y debido a eso desató un pequeño infierno que ahora el propio Táiwel debía arreglar.

—Lo lamento, Yahel —entonó inclinando la cabeza como muestra de respeto— pero todo este alboroto tiene a mi hija en ascuas. Tengo la penosa necesidad de recordarte que ningún padre dejaría a su única y preciada hija en manos de un hombre que no dudaría en lastimarle, y

sabemos que viaja con las Arpías...

—No entiendo qué tiene que ver lo ocurrido con que yo viaje con ellas —lo interrumpió.

—¡Vamos, Yahel! Luther ha mantenido informado a tu padre de todo lo que pasa desde que estás de viaje. Las seguiste por un tiempo y las conozco. Muchacho, sé de primera mano que son hermosas y tú hiciste un buen trabajo con tu imagen.

—Explicadme, por favor. ¿De qué buen trabajo habláis? —preguntó mostrando su enfado y su severidad.

—Frecuentar burdeles en cada pueblo es excesivo incluso para mí.

—No soy un ser consagrado a la pureza —declaró al instante manteniendo su firmeza y mucha más severidad que antes—. Pero tampoco he hecho ni la mitad de las cosas que Luther afirma. Aunque sí, cometí actos que todo hombre ha hecho. Parece que debo recordaros que, en las tabernas y los lugares frecuentados por cazadores abundan esas cosas. Que alguna dama se tomara la libertad de acercarse buscando mi compañía no me convierte en culpable.

»Las Arpías han demostrado ser unas damas, no solo durante este poco tiempo de viaje, sino mucho antes, cuando las conocí por azares del destino. No hay hombre que pueda regodearse de haber dormido con una sola de ellas. No hay nadie que se atreva a desprestigiar su honra¿ .Y vos creéis que Luther tiene la autoridad de hacerlo?

»Os diré algo más para que lo tengáis presente, mi apreciado Táiwel. Ellas son cazadoras a sueldo de la sacerdotisa ,no mías, yo no puedo disponer de ellas para que abandonen la expedición .De ahora en adelante, cualquier queja respecto a ellas, hacedlas con la sacerdotisa, no conmigo.

—Serás un gran señor —le aseguró inclinando la cabeza después de oírlo, sintiéndose satisfecho de su respuesta—. Tu padre también envía saludos. Me ha pedido recordarte que apresures este asunto lo más que puedas. Efraín también envía sus saludos. Tu padre le permitió permanecer en su hogar. Su hija y su nieto gozan de buena salud, y oramos para que todo continúe así aun después del día de su nacimiento.

—Ofreceré mis oraciones en cada templo que encuentre. ¿Tenéis alguna idea de a quien enviará para sustituirlo?

—A nadie. Efraín nos habló un poco de las duras jornadas que les hacen pasar las Arpías y de lo complicado que es cazar con tantos presentes; sin embargo, tu padre quiere que sepas, que en el momento en que lo solicites tendrás a tantos hombres como desees.

*

Por su parte, las chicas estaban felices con lo poco que tenían; su habitación quedaba cerca del baño público y tendrían acceso a las aguas termales, podrían dejarse tan limpias como se lo merecían, y sin dar largas al asunto, se dieron el reconfortante baño que sus cuerpos reclamaban. Se frotaron la piel con jabones aromáticos hasta sacar cada capa de mugre, se cepillaron el cabello hasta dejarlo bien liso y brillante, y se untaron el cuerpo con aceites hasta sentir la piel suave y tersa. Después de todo, cuando retomaran el viaje, no sabían cuándo volverían a tener otra oportunidad como esa y dedicaron todo el tiempo posible a mimarse a ellas mismas.

Al poco rato de haber vuelto a su habitación, un mensajero llegó para avisar a Nivha de que el mercader le esperaba junto con Yahel Ardaithe. Acompañada por Eiden, Yahel los presentó adecuadamente. Táiwel, prestigioso comerciante proveniente del pueblo de Sainal ubicado en una provincia del feudo Ardaithe, era nada más ni nada menos que el suegro de Yahel y saber eso les dio, tanto a Nivha como a Eiden, la seguridad de que el cargamento estaría en buenas

manos, pues, fallar en su encomienda, era como fallar al legado Ardaithe y eso pondría en peligro la unión en beneficio mutuo con el matrimonio de su hija.

—No esperaba que la sacerdotisa imperial fuera tan joven —le halagó Táiwel sin ocultar su sorpresa.

—No os dejéis engañar —aclaró Eiden—. A su debido tiempo, Nivha será la suprema sacerdotisa.

—Lo entiendo. Y entonces, ¿por qué la han usado a ella para tal encomienda?

—Cada uno que se ocupe de sus asuntos, honorable Táiwel —le respondió Eiden dejando de lado toda cortesía—. Así como la escolta del futuro señor feudal garantiza la seguridad de la sacerdotisa, y el de las Arpías garantiza una calidad excepcional en cada pieza, la de usted deberá ser entregar todo bien y en orden. ¿Os parece aceptable?

—Muy aceptable —afirmó inclinando la cabeza.

—¡Bien! Porque después del trabajo que nos ha costado que las Arpías se unieran a nuestro cometido; lo menos que merecemos es que alguien nos mime un poco quitándonos el peso que cargamos y no tener que preocuparnos de nada más.

—Agradezco vuestra preocupación, Eiden —le interrumpió Nivha sin voltearse para verle por si acaso le ofendía—. De ahora en adelante, me ocupo yo. ¿Y bien? Mi apreciado Táiwel de Sainal, será una jornada larga y no dispongo de tiempo para cometer errores. Necesito que, de aceptar un acuerdo, cumpla sin fallas con las fechas acordadas en los puntos de reunión. Y de antemano os pido una disculpa porque sé que muchas veces será usted quien deba esperar por nosotros.

—Por supuesto, lo entiendo. No se puede apresurar una cacería. Y, por cierto, les felicito por su elección en cuanto a la ayuda. La fama de las Arpías no tiene igual.

—Gracias. De hecho, Eiden tiene razón: fue mucha suerte que aceptaran unirse a mi causa.

—Lo imagino —agregó con una sonrisa falsa.

Después de una larga charla llena de negociaciones, al final, llegaron a un acuerdo: Táiwel sería su comerciante con un pago ciertamente elevado, pues el viejo argumentaba que se debía al incremento de asaltantes en los caminos, por lo que él requeriría de más hombres para la protección de la mercancía.

V

Para el resto del grupo, el día pasó como cualquier otro dedicado al reposo. Las chicas dejaron de lado los pantalones y las armaduras, y se vistieron con falda y blusa de manga larga como las pueblerinas, con el fin de llevar sus ropas y armaduras a un lugar especializado donde se las lavarían; luego se llenaron la barriga en su comedor preferido y visitaron el bazar como solían hacer para después separar sus caminos.

Recién comenzaba a caer la tarde y Zokane, aprovechando la amistad que había forjado a través de cada una de sus anteriores visitas con el encargado de la biblioteca, se fue corriendo al lugar y se pasó el resto de la tarde leyendo en su rincón preferido.

La noche ya estaba avanzada cuando Nivha regresó a la habitación que compartía con las Arpías en compañía de Yahel. Estaban felices por lo bien que habían salido las cosas y deseosos de compartir las buenas noticias con las chicas. Yahel había ordenado preparar una cena para todos. La sorpresa fue que en la habitación solo estaban Tivana y Gareth, quienes no mostraron incomodidad al ser descubiertos en un lugar tan comprometido, y una vez que tomaron los abrigos, Nivha y Yahel se sorprendieron un poco al enterarse del paradero de las otras dos chicas.

En primer lugar, fueron al encuentro de Zokane, y tuvieron sus dudas de que realmente estuviera en la biblioteca. Desde afuera y a oscuras, con las puertas y ventanas bien cerradas, la biblioteca lucía espeluznante. Tivana, que sabía lo que hacía, los condujo hasta la vieja puerta apolillada que había en la parte trasera, y después de dar tres golpes bien fuertes, esperó en silencio mientras movía los ojos de un lado a otro para pasar el rato.

—Parece que no hay nadie —indicó Nivha al tiempo que miraba el interior por una rendija.

—¿De verdad la encontraremos aquí? —preguntó Yahel lleno de dudas.

—¿Por qué le sorprende? Mi hermana es una mujer muy culta.

—Me hago una idea —agregó Nivha sonriendo—, tanto como para haberse hecho amiga del bibliotecario y que este le permita quedarse aún en horas inadecuadas…

Su charla se vio interrumpida cuando la puerta se abrió y los ojos quisquillosos del viejo encargado se posaron en cada uno de ellos, y no fue, hasta después de que los hubo estudiado y de haber reconocido a Tivana, que los dejó pasar indicandoles el camino.

—Esperen aquí —les dijo Tivana, y apresuró el paso hacia el lugar donde su hermana estaba.

A tan alta hora de la noche, la luz de la lámpara revelaba su ubicación dentro de toda la oscuridad de la biblioteca, y como la alfombra que cubría el suelo amortiguaba los pasos, Zokane no supo de su llegada.

Tivana se detuvo al verla, sabía del amor de su hermana por la lectura y le causaba conflicto interrumpirla. En ese momento se percató que Yahel la había seguido y se hallaba junto a ella, observando a su hermana con fascinación, la cual, estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas y la falda como una manta, rodeada de un montón de libros y pergaminos.

Yahel no pudo pasar por alto la peculiaridad en la ropa de Zokane, era la primera vez que la veía vestida de esa manera y le pareció algo sumamente lindo en ella. La vestimenta hacía que pareciera una ciudadana común y corriente, y su cabello lacio y suelto enfatizaba la mujer que era.

Su único acompañante era una botella de vino de la cual bebía directo del gollete, y se ayudaba de eso para mojarse los dedos con un poco de saliva y pasar las páginas con más facilidad. En ese preciso momento tuvo que aceptar lo hermosa que era y lo mucho que le atraía. Sumergida en las páginas de los libros, irradiaba una tranquilidad contagiosa, y de no ser porque le daba una terrible ansiedad ver cómo se retiraba constantemente un mechón de pelo que le caía sobre el rostro, Yahel no se habría movido y habría permanecido en ese mismo lugar hasta envejecer solo para admirarla.

Buscando en los bolsillos, sacó una pequeña cinta que cargaba siempre con él y se acercó sin aviso; su presencia y su acto sorprendieron a Zokane, y es que la valentía le salió tan natural, que, poniéndose en cuclillas frente a ella, le tomó el cabello con ambas manos y se lo peinó con insistencia.

El inicial manotazo de la joven para hacerlo a un lado no fue suficiente para apartarlo, y antes de que a Yahel le ganara la risa, continuó con su intento de atarle el cabello, mientras le explicaba el enfado que le causaba ver cómo se peleaba con ese rebelde mechón de cabello que le caía con descaro sobre el rostro.

Tan cerca, que Zokane pudo ver sus rasgos a la perfección y descubrió que sus ojos pardos se matizaban por pequeñas vetas verdes. Tan cerca, que sus hoyuelos parecían dos pozas enormes enfatizando sus labios en esa sonrisa franca, y pudo notar que las líneas que le atravesaban el entrecejo ya las tenía marcadas de por vida de tanto tenerlo fruncido.

La mirada insistente de Zokane paralizó a Yahel y atrajo su propia mirada hacia la de ella. Ya antes había podido verla de cerca y apreciar el gris enigmático de aquella mirada, pero esta vez fue diferente: la cercanía y la atención que ponía en ella le hizo percibir hasta el dulce aroma a vino que le impregnaba el aliento. Tragando saliva con nerviosismo, se lamió los labios involuntariamente, cuando por un instante puso toda su atención en esa boca pequeña y carnosa que tenía escrita una palabra: tentación.

—¿De qué me estoy perdiendo? —preguntó Tivana al ponerse de cuclillas junto a ellos y acercar el rostro hasta quedar a la misma distancia de ambos.

Negando con la cabeza, Yahel terminó de atar el cabello a Zokane en una cola de caballo sobre la nuca. Levantándose, sacudió la coleta como si estuviera molestando a una niña.

—Vayamos por Vaéris, ¡que muero de hambre! —les pidió al tiempo que se dirigía hacia donde Gareth y Nivha esperaban, señalando de paso una cesta donde pudieran meter los pergaminos y libros.

Las hermanas se miraron de reojo la una a la otra. Tivana le lanzaba a Zokane la mejor de sus miradas inquisidoras, una de esas de las que fácilmente haría confesar y ruborizar a cualquier otra persona en la misma situación. Zokane hizo alarde de su autocontrol al mostrarse inexpresiva, sabía perfectamente todo lo que Tivana imaginaba debido a la osadía de Yahel.

—¡Yahel es muy guapo! ¿No te parece? —comentó Tivana de forma casual mientras metía los pergaminos dentro de la cesta.

—Lo es —respondió sorprendiendo a Tivana por la respuesta.

—¡Pensé que lo negarías! —exclamó sin más.

—Me estás preguntando si me parece guapo, te estoy diciendo que sí. ¿Por qué habría de negarlo?

Tivana soltó unas risitas traviesas y no respondió nada, era dulce, extremadamente dulce lo que ocurría con su hermana, y supo que no obtendría nada de esa cabeza hueca si la presionaba.

Cuando salieron de la biblioteca, siguieron las calles hasta la taberna donde encontraron a Vaéris. La noche era especial, dedicada a los trovadores, y los comensales se reunían para

escuchar la música que cantaban a la vida, al amor y a las mujeres. Era una noche tranquila en la taberna, los borrachos no hacían mella y el ambiente se mantenía sobrio y apacible. Eso era lo que a Vaéris le gustaba de esas noches de música. El canto y las baladas, era lo que la atrapaba.

La mesa donde se encontraba sentada estaba ocupada por tres hombres que le hacían compañía; todos miraban sus jarras en silencio, sumergidos en sus recuerdos, y la pelirroja apenas levantó la mirada cuando escuchó que le llamaban. No hizo el menor esfuerzo por moverse y se limitó a palmear un banco vacío junto a ella para que se sentaran.

Cada uno se acomodó donde pudo para disfrutar la canción que el grupo de trovadores entonaba casi en llanto. Se trataba de una vieja balada que contaba la historia de un antiguo ser muy cercano a la divinidad que estaba enamorado de un príncipe encantador, pero su destino no era estar juntos, y como su relación estaba prohibida, la maldad los consumió y no se dieron cuenta de que ni así lograrían vivir su amor.

La guitarra lloraba su música y el humo del tabaco creaba una neblina espesa que aportaba una atmósfera repleta de melancolía. Los recién llegados compartieron una jarra de cerveza con Vaéris y sus acompañantes, y escucharon tres canciones antes de marcharse.

La música evocaba al amor y al deseo, y en esa atmósfera las miradas de Yahel y Zokane se encontraron. Se sonrieron, levantaron sus tarros para brindar a lo lejos y se bebieron de un trago lo que les quedaba. Fue un brindis que dejó sensaciones extrañas en Zokane. Notaba algo extraño en la mirada del heredero Ardaithe, pero estaba convencida de que todo era curiosidad, muy distinto al romanticismo que le hacía sentir. Zokane estaba convencida de que la repentina tregua y los acontecimientos recientes influían mucho en su comportamiento amable y bonachón, y no dudó en recordar que debajo de todas esas capas que Yahel tenía, había un señor feudal dispuesto a tomar sus deberes como el imperio lo demandaba.

En cambio, Yahel intentó recordarse que ella siempre sería una Arpía, específicamente esa a la cual había odiado hasta casi hacerlo enloquecer, pero terminó fracasando. En ese brindis lo tuvo claro: Zokane era la criatura más hermosa que sus ojos jamás habían visto y le cantaría como aquella trova que sonaba de fondo: «La vería de lejos, con cuidado de no desgastarla, como un tesoro prohibido que jamás poseería».

*

Era casi medianoche cuando todos ya se habían reunido y la cena había terminado. La charla posterior fue larga, sobre todo porque compartieron los detalles del buen acuerdo al que llegaron con el mercader. Para sorpresa de las Arpías, el dichoso mercader se trataba del mismo Táiwel, ese cacique con el que habían crecido entre esclavos, y ninguna quiso saber cómo era que el gordo avaro había logrado colarse entre los contactos de una familia prominente. Zokane se mofó del destino, que se empeñaba en unirla a los mismos individuos, casi al extremo de poder ir uniendo los puntos hasta encontrar el patrón que le indicara sin error, cuál era su camino.

Ahora que contaban con un mercader, tendrían que indicarle en un mapa los puntos de encuentro donde recibiría cada cargamento, por consiguiente, también necesitaban darle fechas aproximadas del encuentro para reducir el tiempo de espera.

Por supuesto que ni sus servicios ni su fidelidad eran gratis; si se hacía todo bien, Táiwel buscaría obtener el control de una de las rutas principales de comercio, y eso lo colocaría en el punto de mira para todo comerciante que deseara transportar su mercancía sana y salva a palacio.

Al escuchar los detalles, todo tuvo sentido. Conociendo al viejo avaro, era de esperarse que buscara un muy buen beneficio y, ciertamente, este lo era. En la práctica se volvería uno de los

hombres con mayor control sobre las riquezas del imperio. Debía ganarse su lugar con creces, y la única forma era que hiciera la entrega hasta las manos de la poderosa Saíd en condiciones y sin alteraciones. Apenas escuchó las palabras «puntos de encuentro», Zokane se aseguró de que ya no se dijera nada importante y abandonó el lugar en compañía de las mujeres. Necesitaba dormir y recuperar horas de sueño. Nadie se lo había pedido, ella sola se había ofrecido para trazar la ruta, Eiden le ayudaría al ser un experto en cada una de las tierras de los distintos feudos, pero primero tenía que terminar sus asuntos como hechicero del imperio en compañía de Nivha.

Para Zokane, el simple hecho de tener que planear una ruta al detalle le emocionaba. El reto mental que suponía era algo que ella amaba, comprendía que pasaría largas horas frente a los mapas, y si quería sentirse satisfecha con el plan a seguir, debía estar fresca y descansada.

A la mañana siguiente, desde muy temprano, aún mientras las otras dormían, Zokane salió del mesón; en el camino compró dos botellones de su vino favorito, cuatro panes rellenos de queso y verduras, y una cesta de fruta.

Ya en la biblioteca, su viejo amigo, el bibliotecario, barría los escalones del camino principal, y al ver llegar a la muchacha con el brazo al aire suspiró sonriente. Sin duda, Zokane sabía ganarse a la gente. Al viejo cuidador se lo había ganado con la garrafa de vino que le llevaba en cada visita, y también porque le ayudaba a limpiar los estantes y acomodar los libros en su lugar.

Esa mañana, Zokane tomó una escoba y le ayudó a barrer las aceras y juntar las hojas secas. Al poco rato, cuando terminaron, se sentaron juntos en una mesa del jardín trasero y desayunaron el pan y la fruta que Zokane había llevado. No les importó que fuera muy temprano, acompañaron su desayuno con un buen vaso de vino. Todo eso es lo que le había abierto las puertas del lugar y la joven se había hecho un lugarcito en el corazón del anciano; siempre que podían sus charlas se prolongaban sin que sintieran el paso del tiempo. Pero eso no ocurriría ese día, Zokane tenía prisa por comenzar a crear la ruta.

Sus beneficios le dieron acceso a una sala privada donde nadie tenía acceso, con una mesa enorme situada en el centro, y alrededor, un montón de libros, rollos y pergaminos con la información más privilegiada que custodiaba esa biblioteca.

En compañía de su garrafa de vino, poco a poco fue llenando la mesa de pergaminos y mapas, y comenzó a trazar la ruta a seguir con líneas delgadas en su propio mapa; también iba poniendo pequeñas marcas en forma de estrella, y en un pergamino aparte, anotaba el nombre del lugar, el tipo de criaturas con las que se encontrarían y las cacerías que tendrían oportunidad de realizar. Basándose en la lista y en las piezas conseguidas, dependiendo del lugar, buscaba los campamentos de mercaderes o poblados que pudieran usar como puntos de encuentro y con eso, fue organizando la ruta de entrega para Táiwel.

Las horas pasaron rápido, y después de mucho, cuando ya era evidente el cansancio, suspiró con fuerza, se frotó los ojos, soltó el pincel y los libros, y se dejó caer de espaldas sobre la alfombra. Necesitaba estirar los huesos y relajarse un poco. No tenía idea de la hora que era, pero el hambre y el vino comenzaban a hacer estragos en ella, y el simple hecho de pensar en eso le provocó un ataque de risa y tardó un poco en poder controlar.

—Me pregunto qué será tan gracioso para la Arpía —preguntó Eiden, quien permanecía sentado en un pequeño sillón junto a la puerta.

La sorpresa que Zokane se llevó al ver al hechicero debió de notarse en el rostro, pues Eiden pidió repetidas disculpas. Ya llevaba rato ahí, pero ella estaba tan concentrada en sus asuntos que ni siquiera había notado su llegada, y Eiden se había pasado ese tiempo observándola.

Quiso interrumpirla para hacer notar su presencia, pero había algo en la muchacha que le

llamaba la atención sobremanera, y verla de aquella forma, con la guardia baja y la concentración al máximo, le dio la oportunidad de indagar en toda ella: desde su físico, que con esas ropas de campesina, ella lucía peculiarmente diminuta, hasta la energía que emanaba, una de esas en extremo rara que podía sentirse cálida, que transmitía seguridad, y hasta podía sentir que exageraba, pero podría incluso venerarla.

Para él no había quedado nada oculto. Había sacado sus conclusiones y formado sus juicios. Debía ahora confirmar sus sospechas, descubrir cómo es que no era hechicera, y peor aún, por qué no estaba al servicio del emperador dentro de su corte. Pero, además de todo, debía primero ganarse su confianza, y por la expresión que tenía Zokane sabía que no la tenía. Gracias al viaje se hacía una idea de su personalidad, y si así fuera, si ella le tuviera confianza, se hubiera quedado tirada en el suelo como estaba, pero en cambio, Zokane se incorporó intentando no hacer evidente su mareo, se sentó sobre la mesa y le dio un pequeño trago de vino al botellón para asentar el estómago.

—Huele tan bien ese vino…

—Si no te importa… —Se lo ofreció tras limpiar la boquilla con la mano.

El hechicero no quiso perder la oportunidad, se acercó sin prisa, tomó el botellón y le dio un trago grande como hacía Zokane; luego señaló a la mesa y le preguntó por su plan. La chica se lo explicó punteando con el dedo, riéndose de ella misma cuando no podía pronunciar bien alguna palabra, mostrándose con la cara roja y la actitud sumisa. Después de un rato de explicación y de que el mismo Eiden aportara caminos y puntos de encuentro, cuando ella ya no pudo permanecer enfocada, se sentaron juntos en el mismo sofá y charlaron amenamente de todo lo que pudieron.

El hombre tenía de astuto lo mismo que de hechicero, y aprovechando la aparente borrachera de la joven, se fue metiendo en charlas más comprometidas hasta que ella mordió el anzuelo, y mientras debatían sobre las mezclas que los Remedios hacían, la descubrió.

—¡No, no, no y no! —repetía una y otra vez para desmentir la afirmación de Eiden—. Si la mezcla tiene las hierbas adecuadas y las cantidades exactas se puede obtener fácilmente un remedio eficaz para cualquier cosa sin necesidad de ser hechicero.

—¿Y de qué manera podéis medir su eficacia si no llevan una chispa de magia en la mezcla? El poder en las manos del artesano es la clave para todo.

—¡Vamos, Eiden! Parece que no sabes de qué hablas.

—Por supuesto que lo sé. Es más, mira: dependiendo del color que podáis generar en el polvo de hadas, así serán los efectos en el té.

—¡No! ¿En serio?

—¡Sí, ven! Os lo muestro.

Tomándola de la mano, y fingiendo mareos como los de ella, se acercaron hasta la chimenea entre risitas cómplices ayudándose uno al otro para no caer. Las brasas que ardían crujían de vez en cuando y una vez de rodillas, mirando la danza del fuego, el mago extrajo un costalito lleno de polvo.

—Se le llama polvo de hada por su apariencia destellante, pero en realidad no es más que una flor pulverizada.

—¡Lo sé, lo sé! Soy una Remedios. ¿Lo olvidas?

Rodando los ojos le concedió la razón; sin duda, era una Remedios, y con una sonrisa boba hizo evidente su error. Sacudió el costalito frente a ella levantando las cejas y tomando una pizca susurró en lengua antigua al tiempo que esparcía el polvo sobre el fuego. Con un destello, el polvo tomó forma en una nubecita color azul; una pizca más con su respectivo susurro y el polvo se volvió verde, y con un nuevo intento, el polvo se volvió rojo.

—¿Lo ves? La magia provoca los mismos efectos.

—¡No, no, no! ¡Espera! ¿Me tomas por tonta? ¿Qué tiene que ver que el polvo sea azul, rojo o verde? —le preguntó con ingenuidad—. ¡Eso no demuestra su efecto!

El hechicero sonrió con malicia recargando su puño sobre su propia mejilla. En silencio clavó su mirada inquisitiva en los ojos de la joven. El ruido de la madera al crujir con más intensidad debido a los polvos era todo cuanto se oía, pero Zokane solo escuchaba el tambor de su corazón como si quisiera salirse por sus oídos. «¡Qué estúpida!», pensó. «Los destellos que emiten los polvos mágicos de un hechicero solo son perceptibles por otro hechicero».

El miedo que sintió con su error fue tal, que de inmediato se puso pálida y tragó saliva para apaciguarse un poco. Apoyándose en el hombro de Eiden, se puso en pie y caminó hacia la mesa. Era demasiado amable como para salir del lugar dejando todo ese desorden, y con cierto apuro intentó organizarlo un poco para poder marcharse. El hechicero se le acercó y la arrinconó contra la mesa, le levantó el rostro tomando su mentón, obligándola a que lo mirara y, acercándose más de la cuenta, le susurró:

—Vuestro secreto está a salvo conmigo, Zokane Remedios. Aunque eso no explica vuestro afán por ocultar que tenéis dones y habéis sido entrenada.

Los hombres que tenía el emperador a su servicio eran los mejores del imperio, por lo tanto, si Eiden estaba a su servicio y vivía en palacio, eso le daba una idea a Zokane de lo hábil que podía llegar a ser, sin mencionar la ausencia de emanación de energía que él tenía y que la ponía completamente alerta. Sintió miedo, sintió rabia, fueron tantas las emociones que la borrachera se le cortó de golpe. Necesitaba aire, necesitaba pensar, necesitaba poner la cabeza fría y no pudo decir nada. No podía ni negarlo. «¡Estúpida!», se repetía sin cesar. Solita se había delatado.

Con una sonrisa fingida, le dio un manotazo poco cortés para soltarse de su agarre y se marchó sin mirar atrás. Salió del lugar caminando, pero apenas puso un pie sobre el empedrado de la calle, empezó a correr a toda prisa sin detenerse, perdiendo el aliento hasta que las piernas le comenzaron a temblar.

Para cuando pudo parar, se dio cuenta de que caía la noche, que estaba en la ribera muy lejos del pueblo y que debía regresar. Lo haría, tal vez al día siguiente, tal vez en otro momento, no ahora.

Sentía todo el cuerpo arder: la cabeza, la sangre, las mejillas…, ¡todo en ella era un volcán ardiente a punto de reventar! Sus pasos la llevaron hasta la playa y no se detuvo ni cuando el fino oleaje le tocó los pies; siguió caminando hasta meterse en el lago y sumergirse nadando. Le permitió al agua que le lavara las penas y, de paso, que se llevara también su exceso de confianza y su estupidez.

VI

Los primeros destellos del sol se reflejaban en las aguas del puerto ahora tranquilas, los pescadores habían regresado hacía ya un par de horas y el movimiento de las barcas había disminuido. Como siempre, el amanecer era la señal de que el mercado estaba abierto y debías apresurarte si deseabas conseguir un buen cesto de productos frescos.

La vista era hermosa y el aroma del puerto se extendía suavemente, lo que hacía que Zokane se transportara a bellos momentos en su memoria. Algo similar olía la mañana que conoció a Darcié. «¿A qué olía Darcié?». Ya no estaba tan segura. Si mal no recordaba, su aroma era una mezcla de madera suave y musgo fresco, pero después de tantas edades, no se sorprendería si en realidad hubiera sido a tabaco y aceitunas. Cerrando los ojos, se tocó los labios con cierta insistencia queriendo recordar el sabor de sus besos, la emoción que sintió al revivir el momento le provocó un aleteo en el estómago, sensación inequívoca de que no lo olvidaría nunca.

A veces se sentía estúpida porque aún tuviera todos esos sentimientos con solo recordarle. Apretándose las piernas con los brazos, escondió la cabeza entre sus rodillas. Ojalá volviera a encontrarlo, ojalá sus caminos se unieran y tal vez mejor hubiera sido si jamás se hubieran separado. No podía decir que le amaba, pero sentía que lo necesitaba, y con cada pensamiento también sentía que enloquecía.

Comenzaba a sentirse desdichada y amargamente sola. El calor del día poco a poco iba subiendo y Zokane sabía que debía regresar. Las horas le habían calmado y se había dado cuenta de su reacción exagerada. El hecho de que Eiden descubriera que ella tenía el don de la magia no la ponía al descubierto y se sentía avergonzada de su descuido, de haberse dejado dominar por el miedo, lamentándose de ser una cobarde en todo lo relacionado con su pasado y su identidad.

Estaba dispuesta a ponerse en pie y caminar de regreso; buscaría algo que comer de paso y pensaría la forma de ponerle fin a sus angustiosos pensamientos, pero la voz de Nivha la sorprendió. Correspondió a la sonrisa cálida de la sacerdotisa al acercarse y se sintió extrañada de verla llegar.

En un brazo sostenía una cesta, y en cuanto llegó a donde Zokane estaba, se sentó a su lado. Dispuso una manta y acomodó una garrafa de jugo con su respectivo vaso y varias hogazas de pan relleno, tan calientes, que aún desprendían vapor. Con aire despreocupado, tomó una hogaza para ella y le dio un mordisco mientras su mirada se entretenía en el lago y sus barcas.

Sorprendida e inmóvil, Zokane observaba la indiferencia con que Nivha comía. Solo después del segundo mordisco y de que el estómago de Zokane soltara un fuerte gruñido, Nivha reparó en ella.

—¡Disculpad mi descortesía! ¿Os apetece acompañarme? —le ofreció señalando la cesta con las hogazas de pan—. Estoy cansada de tantos protocolos —continúo hablando, pero poniendo atención en el agua dando de paso otro mordisco a su pan—. Tantas visitas de gente importante queriendo quedar bien con los enviados del emperador me agotan. Quería una mañana tranquila con un desayuno a solas. La sorpresa fue que, sin buscaros, os encontré.

La sacerdotisa no dejaba de sorprenderla. Parecía que nada la preocupaba mientras hablaba con la boca llena, sentada de aquella manera tan descuidada como nunca la había visto. Su

actitud le robó una sonrisa a Zokane y la sacerdotisa no se dio cuenta de que comenzaba a ser algo natural su forma de hablar y comportarse delante de la Arpía.

Sin esperar más, Zokane tomó una hogaza y comenzó a comer. Como siempre, el silencio entre ambas no incomodaba, y con el estómago lleno y compartiendo el jugo, pasaron el rato sentadas en aquel lugar hasta que, después de algunos suspiros, Nivha se animó a hablar.

—Eiden me pidió que hablase con vos.

—¿Lo hizo? —preguntó a la defensiva—. ¿Y qué te pidió que me dijeras?

—Me advirtió de que os pondríais renuente, y veo que tenía razón.

—En ese caso, si quería darme un mensaje, debió venir él mismo.

—¡Yo no soy mensajera!

Detuvo sus palabras con un fuerte suspiro, observó a Zokane alterada y a la defensiva y no entendió su reacción. Era difícil tratar con alguien que se negaba a escuchar y si hubiera sido otra persona, seguramente se habría marchado sin intentar dialogar. Pero se trataba de ella, de la mujer que revolucionaba su mundo con su energía, y si debía hacer o decir algo no solo era por Zokane, sino también por ella misma.

Haciendo memoria de todas esas charlas que había tenido con Eiden, perdió la cuenta de las veces en que él le señalaba situaciones clave en que la peculiaridad de Zokane era evidente, y entendió que era porque le ocurría lo mismo que a ella, y ahora solo quedaba una salida.

—Ese hechicero es un viejo lobo, Zokane. Nada se le escapa. A diferencia de mí, él también vio algo en vos y no se detuvo hasta averiguar qué era. Ahora que lo sabe, que sabe vuestro secreto, ¿de qué forma pretendéis que os acerque y os hable?

—No entiendo de qué secreto hablas.

—¡Por supuesto que lo entendéis! —le recriminó como si regañara a un niño—. Pero os da miedo admitirlo. No tenéis nada de qué preocuparos.

—¿Por qué tendría que preocuparme?

—No sé. Déjame pensar… —le respondió frunciendo el entrecejo y rascándose el mentón—. Tal vez se deba a que atraes las miradas de todo entregado al poder. También podría ser por todo ese poder que emanáis… Y como intentáis ocultar lo evidente, se os viene el mundo abajo cuando quedáis expuesta.

Con los ojos bien abiertos para enfatizar que todo lo dicho era de buena voluntad, dejó ver la más espléndida de sus sonrisas. Esperaba que Zokane dijese algo, y en cambio, permaneció en silencio hasta que con total seriedad se encaró con la sacerdotisa.

—¿Hay algo de malo en tener afinidad con el poder y la magia? ¿Acaso está castigado tener un mínimo entrenamiento?

—No. Justamente por eso a Eiden le resultó extraño descubrir a una mujer con tus cualidades y fue peor cuando notó que las ocultabas.

—Hubo un tiempo en que las jovencitas morían por negarse a servir al imperio. ¿Ahora te sigue pareciendo extraño?

—No, a mí no, pero Eiden está entrenado para esto y algunos hábitos no se olvidan. Si mal no recuerdo, él perteneció a la legión de hechiceros que se ocuparon de encontrar a todos los nacidos durante el eclipse total en el que yo nací.

—Lamento escuchar eso.

—¿Por qué lo lamentáis? —preguntó llena de curiosidad.

—Tú misma lo dijiste un día. No son ningún secreto las consecuencias para que el emperador pudiera tomarte a ti y a todas las demás como aprendices.

—No lo lamentéis. No tengo recuerdo alguno de una vida que pueda añorar y, para seros

franca, ser entrenada dentro del palacio es una de las mejores cosas que me pudieron pasar. Pero no hablamos de mí. No deberíais sentir amenaza de Eiden.

—No me siento amenazada —replicó de inmediato—. Es solo que, hay algo en él que me incomoda.

—¡Os entiendo! —exclamó conteniendo una risita—. Pero no debéis olvidar que él no es un hechicero convencional, Zokane. Es uno de los pocos que han podido fusionarse con el lado más denso del poder. Tiene afinidad hacia fuerzas más destructivas, y debido a eso ha tenido que aprender a camuflar su energía, lo que, naturalmente, enciende todas las alarmas.

Con un estremecimiento profundo, Zokane no pudo dejar a un lado el hecho de saber que Eiden había participado en la mayor cacería humana de toda la historia. Para ella, no importaba si Eiden solo había seguido órdenes. Lo que él y los de su clase hicieron, y que ella experimentó en carne propia de una manera única, fue algo que le causó las más terribles pesadillas, y no sabía si un día sería capaz de hacer a un lado todos sus prejuicios y verlo como un buen hombre.

—Las manías del pasado, Nivha, como tú las llamas, son las peores, esas jamás desaparecen.

—Zokane… —pronunció su nombre en un suspiro—, no es nada en vuestra contra. Simplemente pudo sentir toda esa energía que tenéis y escucharos negarlo despertó su curiosidad. Y lo habéis hecho peor ahora que ha confirmado que los destellos del polvo de hadas son perceptibles para vos. Por si no lo sabíais, no cualquiera puede ver esos destellos, y él usó tan pocos polvos y tan poca energía que era casi imposible que alguien más los viera. ¡Y vos lo habéis hecho! La realidad es que la energía que emanáis es apasionante. Al menos yo no puedo evitar sentir una especie de vínculo hacia vos. Ahora imagina lo que el propio Eiden debe de estar experimentando.

La sacerdotisa hizo una pausa al ver el rostro de Zokane y percibir la sorpresa en ella. De pronto, sintió vergüenza por decirle todo aquello, pero ya estaba casi todo dicho y lo mejor era terminarlo, sobre todo después de que Zokane le pidiera una explicación, y no es que fuera tonta y no entendiera, es que necesitaba una confirmación de lo que ella también sentía.

—¿Qué os puedo decir, Zokane? Desde el primer momento, cuando nos vimos en casa de vuestros padres, supe que juntas teníamos un destino y un glorioso porvenir. La mejor prueba de que hablo verdades es la forma en que nos reencontrarnos. Si me preguntáis, es un honor estar a vuestro lado, y al parecer también para Eiden. Es casi un cincuentón y sabe ser fiel a sus principios y a sus amigos. Tal vez deberíais plantearos si deseáis ser su amiga.

No sabía qué decir. Sentía un poco de alivio al enterarse de que el mago no buscaba nada en específico y que, simplemente, fue curiosidad, aunque ya le había dejado claro que también quería indagar en sus razones para ocultarlo, pero no quiso pensar en ello, ya se había vuelto loca toda la noche pensando tonterías como para continuar con eso.

En el fondo le agradeció a Nivha sus palabras y guardaría para ellas dos aquella última confesión. Sentirse ligada a alguien y no saber la razón era una cosa, pero confirmar que ese alguien también sentía lo mismo hacía un mar de diferencia porque, ya que era ella quien lo decía, debía admitir que su presentimiento se había convertido en la certeza de un destino juntas, aunque tenía la impresión de que aún faltaba algo, y estaba segura de que ya lo había encontrado y lo había visto partir.

*

De regreso, cada una tomó su camino y Zokane se fue directa con sus hermanas. Ellas no tenían idea lo que había pasado, pensaban que Zokane nunca había abandonado la biblioteca como

había hecho tantas otras veces, y la joven no quiso contarles la verdad ni lo ocurrido. ¿De qué manera le explicaría a Vaéris el terror que sentía al tener contacto con los hombres del emperador? ¿Cómo explicar que la cobardía por ser descubierta superaba todo y la paralizaba por completo? Y lo que era aún peor: ¿había alguna forma de revelarle quién era realmente? De algo estaba convencida, Vaéris no la perdonaría fácilmente cuando se enterara.

Durante la cena coincidieron en el mismo mesón con Yahel y sus hombres. Acercándose con hostilidad, las Arpías comenzaron a lanzar indirectas incómodas como solía hacer Yahel cuando en el pasado llegaban a coincidir. La broma se hizo evidente, y tal como esperaban, ellos les devolvieron los comentarios subidos de tono al mismo tiempo que les hacían un lugar en la mesa para que los acompañaran. Rieron juntos disfrutando la cena, y al final, aceptaron la invitación de unirse a ellos en la habitación de Yahel, pues para él, ellas eran la clave del éxito en el grupo y merecían estar presentes en cualquier asunto de ahora en adelante. La reunión que tendría esa misma noche con la sacerdotisa no sería la excepción.

Apenas cruzaron la puerta, las Arpías se maravillaron del lujo con el que era atendido el joven heredero. Tivana, la única que no había disfrutado de tales excesos, se quedó quieta en el sofá con las manos apoyadas en las piernas. Vaéris lo observaba todo poniendo atención a lo que le gustaba y lo que no, así, cuando pudiera decorar su propia casa, sabría dónde y cómo hacerlo. En cambio, Zokane caminaba lentamente e iba tocando con la punta de los dedos los bordes de los muebles hasta que llegó a la chimenea y se quedó ahí.

Desde donde estaba podía ver todo el lugar. El brillo de la madera pulida ante los lujos le traía recuerdos que le sacudieron las emociones, y necesitó de un gran esfuerzo y varios tragos del vino para dejar que aquellos recuerdos se fueran. Al poco rato, las anécdotas eran el plato fuerte y las preguntas llovían por ambas partes y dejaban al descubierto casi todo.

Sus risas y la forma en que las Arpías contaban la misma anécdota, donde cada una ponía un pedacito de sus propios recuerdos, arrebataban las carcajadas más naturales a los tres que escuchaban. En aquellos momentos, a Yahel le quedó claro lo mucho que desconocía de aquella mujer que comenzaba a ocupar todos sus pensamientos.

Descubrir que en su manera de hablar estaban impresas tanta alegría y espontaneidad le hacía más placentero el momento a su lado, y comenzó a resultar apasionante quitarle la máscara de Arpía y ver entera a la mujer que había logrado conquistar su atención.

Después de mucho fue inevitable no sentir la punzada aguda de los celos cuando ellas hablaron de Darcié; le daban todo el mérito de que se hubieran convertido en cazadoras. Se notaba que las tres le recordaban de buena manera, la pasión con que hablaban de él era genuina, y el brillo en los ojos de Zokane al recordarlo, hizo que Yahel se diera cuenta de que aquel hombre tenía acaparado por completo el corazón de «su» Arpía.

No tuvo tiempo suficiente de revolcarse en el fango de los celos, para su suerte, los dos hechiceros le salvaron al hacer acto de presencia. Zokane actuó con toda naturalidad saludándolos con una sonrisa enorme sin hacer evidente la leve molestia que sintió al ver a Eiden.

Con su llegada conocieron por fin los detalles, incluida la reunión que habían mantenido con los legionarios para que escoltaran al mercader hasta palacio y asegurar por partida doble el cargamento.

Nivha había enviado un pergamino con todos los detalles del viaje a la suprema sacerdotisa Saíd, incluso una copia del mapa y la ruta detallada a seguir con cada punto marcado. Mientras que Eiden, como maestro de los susurros, al tener dominada la habilidad de comunicarse mediante el agua con otros hechiceros, había avisado acerca del primer cargamento enviado.

También incluyeron un informe completo respecto a la alianza con el heredero Ardaithe y las legendarias Arpías, y habían hecho una mención honorífica del mercader que acompañaba el cargamento, con lo que esperaban abrirle una puerta para que él mismo intentara obtener el lugar que buscaba dentro de la corte del emperador.

Zokane escuchó en silencio todo lo dicho mientras hacía un esfuerzo enorme para evitar que los nervios la traicionaran. No era algo fácil de dirigir el problema que tenía, con ese miedo inoportuno que la paralizaba cuando escuchaba algo que la relacionara con el imperio y con el emperador. Su paranoia era tal, que tenía la ligera sospecha de que tanto alarde con la alianza que tenían juntos provocaría que en algún momento tuvieran que hacer acto de presencia en la capital, y peor aún, ante el emperador, y si llegaba a ese extremo, la muerte sería su destino.

—Debemos brindar por Zokane —manifestó Eiden levantando su copa—. De no ser por su excelente trabajo y todo el avance que hizo al marcar gran parte de la ruta, no habríamos podido partir tan pronto como ahora.

Con la copa al aire, Zokane observó detenidamente a Eiden. Era evidente que con esa mirada penetrante él también la estaba analizando por completo. Inclinando la copa hacia ella, bebió todo de un trago y le sonrió en el acto. Zokane correspondió el gesto bebiendo de igual manera, dedicándole una sonrisa de esas que se muestran naturales y sin ningún tipo de mala intención. Eiden se acercó a ella para entregarle en su propia mano el mapa que tantas veces le había visto usar.

—Se nota que es un mapa de mucha calidad como para que lo dejéis abandonado en una mesa —afirmó con una sonrisa de complicidad—. A pesar del desgaste que tiene por el uso que le has dado, no parece que tenga intenciones de deteriorarse. ¿Puedo saber quién fue el artesano?

—Fue obra de Darcié… un viejo amigo… —El silencio que guardó y que dejó inconclusa su respuesta fue por al vuelco que sintió en el corazón al mencionar a Darcié como solo un amigo.

La velada no duró mucho más. Tenían planeado iniciar el viaje al amanecer y querían descansar todo lo posible. La aventura que estaban a punto de emprender les pondría retos como no los habían tenido antes y eso mantenía en alto las expectativas, en especial porque habían logrado una buena base para su creciente amistad. ¿De qué manera podrían pasar por alto todo el trabajo que les había costado forjar la mínima confianza que ahora se tenían?

VII

Ciñéndose al plan, se despidieron de Molsos al despuntar el alba y se perdieron en los caminos con facilidad. Las horas se convirtieron en días y los días en semanas, y sin darse cuenta, los morrales estaban llenos nuevamente y llegaron a uno de tantos pueblecitos perdidos en las colinas donde el mercader esperaba. Lo rústico del lugar y el aroma a campo era agradable, pero había algo que les llamó la atención: los habitantes eran en su mayoría campesinos ya viejos, salvo las mujeres y los niños. Sus miradas recelosas se notaban de inmediato y se percibía cierta hostilidad en el ambiente.

La meta era entregar la mercancía y reabastecerse, pero solo habían logrado la primera. El pueblecito era tan pequeño que se podía cruzar de extremo a extremo en una caminata de media hora. A su paso habían visitado la cabaña del comerciante, pero no había variedad de productos, y los que había daban la impresión de que pronto estarían pasados y rancios. El poco ganado se mantenía bien cuidado dentro de una cerca alta para evitar ataques o escapes, pero lo que finalmente les hizo entender la situación fue que no pudieron encontrar ningún lugar para comer, incluso la taberna la habían cerrado y reconvertido en un taller de costura.

Yahel fue el primero en notarlo, la hostilidad que percibieron al principio se debía a las condiciones de vida de los pueblerinos: estaban muy flacos y no contaban con ninguna fuerza armada para su protección. La frustración se apoderó de ellos cuando supieron que hacía muy poco que el emperador había tomado a todos los hombres mayores de edad para integrarlos en sus legiones.

Parecía una locura que el emperador quisiera tener una legión tan extensa y no tenía lógica que también quisiera niños. Se les notaba tan frustrados, en especial Yahel, qué Nivha se vio obligada a confirmar un secreto a voces: el emperador reabastecía con frecuencia los números en sus legiones debido a las constantes ejecuciones por desacato o traición. Sin importar la forma que fuera, nadie escapaba a la demencia de Efrén.

—Si me lo preguntan —agregó Luther al relato de Nivha—, es muy probable que el emperador piense que reclutar a niños le va a garantizar mayor fidelidad.

—¿Estáis justificando todo esto? —le cuestionó Yahel.

—Deberéis controlar vuestra indignación si acaso deseáis llegar a convertiros en el próximo señor feudal —le aconsejó Eiden—. Un legado ya desapareció por no acatar órdenes, y no dudo que uno más desaparezca porque el señor feudal considere inapropiadas las decisiones de nuestro glorioso emperador.

—A este paso —susurró Zokane temiendo que Eiden se enfadara más— el emperador regirá sobre cenizas.

Por desgracia, tenía razón, y nadie pudo contradecir las palabras que con tanta timidez fue capaz de expresar. Tampoco tenían muchas opciones, y después de que una anciana les regalara fruta de su árbol y les vendiera una bolsita de sal, se marcharon con un sabor amargo en la boca y con un sentimiento de impotencia que les oprimía el pecho.

Al anochecer, como de costumbre, se turnaron para mantener una vigilancia constante. Preferían vigilar en soledad porque así podían poner más atención a los ruidos naturales del entorno y detectar cualquier anomalía, y durante la guardia de Zokane, Eiden se despertó con un

movimiento brusco que lo dejó sentado; estaba tan agitado que lo obvio fue creer que había tenido una pesadilla. Acto seguido, se acomodó en el suelo y bebió un poco de agua con desesperación. Algo repuesto buscó entre sus compañeros hasta que se detuvo en Zokane, quien permanecía recostada boca arriba sin moverse ni un poco con un ojo medio abierto. Un suspiro lo puso a gatas y se acercó a ella hasta recostarse a su lado, y después de tragar saliva con insistencia pudo hablar entre susurros.

—¿Falta mucho para el amanecer?

—No. Vuelve a dormir.

—Como si pudiera…

Ante el silencio de Zokane, el mago dejó pasar un rato antes de romper el hielo nuevamente; buscaba la forma de ganarse su confianza, pero él no entendía por qué era tan difícil crear un poco de confianza con ella.

—¿Cómo podéis tú y tus hermanas manteneros despiertas por tantas horas sin moveros?

—¿Nos vigilas?

—Me entrenaron para descubrir mi entorno. ¿Os molesta?

—¿Descubrir cómo hacemos guardia es parte de tu entrenamiento?

—Vamos, no estés a la defensiva.

—No hay mucho que hacer durante cada guardia —respondió más tranquila al darse cuenta que estaba siendo agresiva—. Por lo mismo, paso el tiempo contando los patrones en el canto de los insectos, o los ruidos de las bestias, y si miro al cielo, a veces logro descubrir música en el tintinear de las estrellas. Así logro mantenerme alerta, no es el gran secreto como podrás ver.

—¿Secretos como el de tus dones?

—Como el de mis dones —afirmó en un suspiro.

—¿Terminaste algún entrenamiento?

—No.

—Sé que ya sois muy adulta, pero os puedo instruir en algunas habilidades si lo deseáis.

—Lo pensaré.

El mago estaba empecinado en ganarse a la Arpía, así que le confesó que sus pesadillas se debían a las cosas terribles que se había visto obligado a hacer en el pasado, y le pidió disculpas por ser tan terco respecto a ella.

—Creedme, lo mío es un hábito, no puedo andar por la vida sin darme cuenta de lo que ocurre a mi alrededor. Como en este momento, que logré saber que estabais despierta.

—Fue casualidad —bromeó—, si ya sabías quienes nos turnaríamos las guardias.

—Sí, eso es cierto, explicadme cómo sé que el heredero Ardaithe os hace compañía. ¿No es así, Yahel? —preguntó en voz alta, descubriendo al joven que se mantenía despierto.

Zokane le echó un vistazo a Yahel y sonrió para sí misma al ver que levantaba la cabeza para verlos rápidamente; sin decir nada el joven Ardaithe se cubrió por completo con la frazada y se acurrucó en el suelo. Todo aquello le confirmó a Zokane lo que ya sabía: era difícil no darse cuenta de que no dormían, conocía los ronquidos de cada uno, su respiración pausada y lenta desaparecía por momentos cuando despertaban, a veces, más de uno al mismo tiempo, otras, solo uno, y muy de vez en cuando, ninguno. Pero sintió la alegría de tener a un grupo de viajeros tan comprometidos.

—¿Os dais cuenta, Zokane? Desperté y supe que realizabais la guardia, y no me equivoqué en saber que Yahel también se mantenía alerta.

Sin decir más, se levantó y se acomodó sobre un costado con el codo apoyado en el suelo y extendió una mano como muestra de saludo. Zokane lo observó un momento antes de igualar su

postura y estrechar la mano como muestra de buena voluntad. Le daría el beneficio de la duda y se permitiría a ella misma dejar de ser tan arisca, escucharía a Nivha cuando le afirmó que Eiden era un buen aliado y se permitiría crear con ellos una verdadera amistad.

VII

Lo cotidiano en la vida de Efrén se vio interrumpido por las noticias de un mercader desconocido con un pedido no solicitado.

Las noticias sobre el cargamento enviado por Nivha no tardaron en llegar hacia los oídos de la suprema sacerdotisa. En sus planes jamás imaginó que a esa insolente chiquilla se le fuera a ocurrir contratar a un mercader en lugar de regresar ella misma con cada entrega. Ahora, gracias a eso, su vida estaba en peligro. Había enviado a la futura sacerdotisa a aquella misión sin consultarlo con nadie, ahora, el cargamento y las cartas dejaban al descubierto todo lo que había hecho.

Nada más enterarse de que lo enviado ya estaba siendo revisado y las cartas ya estaban en manos del emperador, Saíd corrió hacia los anaqueles y, en una frenética desesperación, escondió todo lo que pudo en barriles que selló perfectamente, ocultando todo en una pared falsa que había mandado construir tiempo atrás. Sabía que el emperador enviaría a alguien para que fuera por ella y que ordenaría una exhaustiva revisión de los anaqueles, por lo que su única posibilidad de sobrevivir era apresurarse y esconder todas las pruebas que pudiera.

No contaba con mucho tiempo, y aunque los polvos y las mezclas se volverían inservibles al romperse los frascos y mezclarse entre ellas, lo prefirió a tener que enfrentar la furia del emperador. Con todo su esfuerzo alcanzó a esconder varios barriles antes de ser conducida a la sala de guerra donde organizaban las expediciones de los legionarios.

Toda la corte del emperador se encontraba presente y ya habían dado su testimonio. Ahora, toda la atención recaía sobre la sacerdotisa, evidenciando en sus miradas los deseos de que por fin tuviera su merecido. La propia Saíd era consciente de que todos aquellos la despreciaban, acusándola de tener aires hipócritas y estar llena de superioridad. El pánico de la sacerdotisa se hizo evidente al notar el silencio y la mirada de todos sobre ella. Más aún porque Efrén lucía tranquilo, no parecía darle importancia a la gravedad del asunto.

—¡Saíd, Saíd, Saíd! —exclamó el emperador como en un canto—. ¿Sabéis la razón por la cual os he mandado llamar?

—Sí, mi emperador —balbuceó sin mucho aliento.

—¿Lo sabéis? —preguntó sorprendido, mostrando sus ojos arder de furia—. ¿Tenéis un informante?

—¡No, mi emperador! —suplicó de inmediato, hincándose con la cabeza sobre el suelo—. ¡No tengo informantes! ¿Para qué querría espiarle si soy, junto con Krónien, su más fiel y cercano sirviente?

—¡Dejad de escudarte! —gritó haciendo que los presentes dieran un brinco—. ¿Por qué enviasteis a la más prominente de mis sacerdotisas en una cruzada sin mi autorización?

—Necesita entrenamiento si de verdad desea que ella sea mi sustituta.

Su respuesta sorprendió a Saíd de inmediato, ella era una sacerdotisa consagrada hacia el emperador. Los deseos de Efrén eran una orden inquebrantable hacia ella, no podía negarse a sus peticiones, no podía sublevarse en su contra de ninguna manera, el pacto de sangre ante la magia se lo impedía, sin embargo, ahí estaba, mintiéndole descaradamente a pesar de que la pregunta ameritaba toda la verdad. Debió haber respondido que lo hizo por celos y por sentirse vieja e

inservible, pero no, de su boca había resbalado una patética mentira para su soberano. Y no fue todo, se dio cuenta de que no le importó seguir mintiendo y de que no le costaba ningún trabajo hacerlo. Si al menos hubiera sentido miedo de saber que el poder del emperador sobre su corte se estaba perdiendo… Pero tampoco sintió eso, sintió pena por él, aunque tampoco diría nada, decirlo la ponía en peor peligro de muerte que en la situación en la que ahora se encontraba.

—Nivha no está preparada para hacerse cargo de usted —continuó Saíd—, ni para afrontar el peligro si alguien se atreviera a atacarle. Recae en mí aquella tremenda falta, pero también recae en mí corregirla y dejarla lista para usted.

—Muy bien —agregó en recobrando la calma, horrorizando a Saíd con aquella simple actitud —. Todo entrenamiento se da junto con las otras aspirantes. Sus atributos mágicos los desarrollan en exploraciones de campo escudadas por los legionarios. ¿Me estáis diciendo que todas mis aspirantes son unas ineptas?

—¡No, mi emperador, eso jamás!

—¡Entonces, explicadme! —lanzó un gruñido que resonó en toda la cámara al tiempo que se ponía de pie de repente—. ¿Cómo es que la más privilegiada de mis muchachas no tiene el entrenamiento necesario? ¡Yo os lo diré! —exclamó llegando a ella, sujetando sus mejillas con la punta de sus dedos con tal fuerza, que terminó enterrando las uñas en su piel—. ¡Sois vieja y una completa inútil! Sabéis qué Nivha será vuestra sustituta y cuando la proclame suprema sacerdotisa, en ese mismo instante cortaré vuestra cabeza y la pondré en una pica sobre la plaza para que todos os recuerden por la deshonra al fallarle a vuestro emperador.

La cólera y el asco con que miraba a la sacerdotisa le hizo arrojarla al suelo. El informe que le habían dado todos los implicados para dar entrenamiento a las aspirantes coincidían en lo mismo: la suprema sacerdotisa evitó que Nivha fuera llevada a las prácticas de mayor importancia.

Efrén no permitiría esa burla, la vieja mujer había cruzado la línea y ahora se creía más inteligente que él mismo. Si pensaba que se saldría con la suya estaba equivocada. Regresó a su enorme trono, se acomodó poniendo atención en la vieja y, sin pena y con toda la sangre fría, ordenó que la sujetaran por los brazos y le descubrieran la espalda para azotarla en su presencia.

—Dejadme este consuelo, mi querida Saíd —exclamó tan fuerte como pudo ante el ruido del látigo sobre la espalda de la anciana y los gemidos de dolor—. ¡Sonríe— !le ordenó .—He decidido que viviréis hoy para que vuestros miserables días los uséis al servicio de la sacerdotisa que os reemplazará.

Una vez quedó satisfecho con el castigo hacia Saíd, ordenó dejarla tirada en el mismo lugar y se marchó siguiendo su curiosidad en descubrir lo que Nivha había enviado. Estuvo atento, supervisando cada una de las piezas junto a Krónien y los sabios del consejo. Todos estaban asombrados al ver todo lo que el cargamento contenía. Era, casi por completo, perfecto. Había piezas que sorprendían, unas por el hecho de haber sido conseguidas con una pureza tan alta y otras por la escasez de la bestia, ya fuera por la estación o por la razón que fuera.

—¿Qué opináis, Krónien?

—Es un trabajo excepcional, mi emperador.

—¿Leísteis el contenido de las cartas y los mapas?

—Sí, mi emperador. Me ha llamado la atención descubrir que el heredero Ardaithe viaja con la futura sacerdotisa.

—¿Solo os ha llamado la atención eso? —exclamó sorprendido—. ¿Y qué me decís del grupo de cazadoras que ha contratado? ¿No te parece interesante?

—Sí, por supuesto —corrigió inclinándose por dejar pasar el detalle—. Hice mis investigaciones. Se trata de las hijas de los Remedios. Pero algo no encaja. Los Remedios tienen

cinco hijas. Las cuatro mayores están casadas y viven en las tierras de sus maridos. Solo quedaría la menor, Vaéris. De las otras dos no hay forma de que puedan ser sus hijas, aunque los Remedios han dicho que una de ellas es su sobrina por parte de la madre.

—Yo también investigué, Krónien —le dijo sintiendo cierta emoción—. Fueron esclavas y lucharon en tantas batallas que ganaron su libertad. Y si mi instinto no falla, debo invitarlas al palacio y conocerlas.

—Sus órdenes son mi voluntad —exclamó inclinándose para presentar sus respetos—. Tengo una legión lista para salir en busca de la futura sacerdotisa y también puedo hacerlas traer.

—¡No, viejo amigo! Permitiré que Nivha siga con ellos, le servirá de entrenamiento y no está sola; el zorro de Eiden está con ella. Además, debo confesar que me da buena espina el renombre que acompaña a esas cazadoras y también tengo curiosidad por el heredero Ardaithe. Hace poco, el odioso cabecilla Ardaithe me suplicó pasar por alto el ritual de elección para su hijo… ¿Tenéis alguna idea del por qué lo ha solicitado?

—No, mi señor. ¿Por qué lo ha hecho?

—Su arma, la Sinfonía del Alma, se niega a tomar heredero alguno. La deshonra que vivirán si esto se sabe no podrán superarla jamás.

—¿Qué pensáis hacer con los Ardaithe, mi señor?

—Solo hay una forma de que yo pase por alto tan vergonzosa ofensa. Tiene que darme algo que yo no posea. ¿Y sabéis, viejo amigo? Estoy tan aburrido, que quiero ver cómo termina todo esto.

Efrén se frotó las manos saboreando el futuro. En su interior, la voz que siempre le hablaba le aseguraba que tendría una grata sorpresa y aprovechó la presencia del mercader para saciar su curiosidad, invitándole a una reunión que celebrarían ellos dos con un banquete digno de palacio.

Para el momento de la reunión de ese mismo día, apenas hizo acto de presencia el emperador, el mercader se puso en pie y se inclinó en reverencia hasta que su frente tocó el suelo. Efrén soltó una carcajada mostrando diversión. Ese tipo de acciones las veía únicamente cuando algún desdichado suplicaba por su vida, y no era el caso de ese hombre que apenas podía permanecer en aquella pose debido a su excesiva gordura.

—Poneros en pie y decid vuestro nombre —le ordenó.

—¡Mi emperador! Yo soy Táiwel el Cacique, procedente de las tierras de Sainal, una de las provincias del Este, emparentado por matrimonio concertado con el legado Ardaithe y fiel siervo suyo —habló, intentando no perder el aliento—. Es un honor estar en presencia de mi glorioso emperador, Efrén Kirínmuil. Soy comerciante y también adiestro mercenarios a sueldo para que cuiden mis rutas comerciales.

—Lo que yo escuché es que sois dueño de un campamento clandestino en los límites de la frontera que colinda el territorio del Este con el Sur, muy cerca del mar Escarlata, y que tenéis sobrepoblación de esclavos.

—¡Sí, mi emperador! —respondió con los nervios a tope—. Es ahí donde entreno a mis mercenarios. Pero no tengo esclavos. Solo organizo batallas para ganar un poco de monedas y pagar el mantenimiento de mis hombres y futuros mercenarios.

—¡Táiwel, parece ser que tampoco os habéis enterado que nada se me escapa cuando algo me interesa!

El tono en la voz del emperador parecía una amenaza, Táiwel tragó saliva sintiendo el arrepentimiento feroz de haber querido ir a su presencia y de haber deseado un lugar dentro de su corte. Su expresión debió ser tan evidente, tan llena de temor y de culpa, que el emperador comenzó a reírse de él. Acercándose al mercader, Efrén le palmeó el hombro con fuerza como

gesto de agrado y continuó su camino hacia la mesa donde se disponía el banquete.

—Táiwel, me agradan las personas que asumen riesgos. Siempre es un riesgo tratar con gente. Pagan mal, y cuando se sienten con suficiente poder terminan buscando un mejor postor, y todo el esfuerzo empleado en darles todo para hacerles de valor se vuelve un desperdicio disfrutado por alguien más que no arriesgó ni un pelo por formar a un buen guardia. ¿No os parece?

—Sí. Completamente de acuerdo —respondió veloz al darse cuenta de que al emperador no parecía importarle sus métodos.

—Contadme, Táiwel. ¿Cómo surgió la alianza con los Ardaithe?

—La vida misma es un negocio, mi emperador. Los Ardaithe necesitan una ruta comercial segura y libre de ladrones para hacer llegar sus impuestos y su producción a palacio sin demora, y mi hija necesitaba un buen marido que cuidase de ella.

—¡Astuto! —exclamó sorprendido.

—Cualquier otro en mi lugar habría aprovechado las alianzas que han existido desde tiempos ancestrales, ¿no cree lo mismo mi emperador? Ambos tenemos algo que el otro necesita. ¿Por qué no aprovechar la oportunidad?

—Completamente de acuerdo. Aunque no estoy seguro de que ambos se beneficien por igual.

—Le aseguro que sí. Como ya lo ha visto, he traído hasta sus manos un cargamento de valor incalculable. Nadie mejor que yo para tal cometido, y de la misma forma, el heredero Yahel Ardaithe le dará una vida digna y feliz a la única de mis hijas.

—También escuché que aquellos que entrenais son los mejores. Me gustaría comprobarlo.

—¡Encantado! En el momento que lo desee puedo organizar un espectáculo para su deleite.

—¡Acepto vuestra palabra! —exclamó con brillo en la mirada—. De casualidad, ¿las Arpías Doradas son parte de esos mercenarios que cuidan esas rutas comerciales bajo tu mando?

—No. Las Arpías son parte de esas pérdidas que usted menciona.

—¡Ven, amigo! —exclamó el emperador lleno de ánimos al entrar en el tema que le interesaba—. Bebamos y comamos un poco mientras me contáis todo sobre ellas.

Efrén estaba complacido. Le agradaba la determinación del hombre para hacerse un lugar en la vida y también que supiera hacer sus movimientos con semejante astucia; pero, sobre todo, le agradaba que fuera un hombre hablador que soltaba toda la información sin necesidad de interrogarle, y poco a poco, solo con escuchar la pasión con que hablaba de las Arpías, sintió un deleite creciente que rápidamente se convirtió en obsesión. Deseaba más que nunca poder traerlas a palacio y conocerlas. Su voz interna también se lo decía.

Después de un par de horas, Táiwel era su nuevo mejor amigo, su negocio creciente como esclavista y el manejo de sus rutas comerciales resultaron cosa interesante para el emperador; y el viejo Táiwel, avaro y astuto, no tardó nada en conseguir lo que tanto deseaba: una ruta comercial otorgada por el propio Efrén Kirínmuil y la mención honorífica como «mercader de palacio», además de nombrarlo encargado de eventos para su distracción.

*

La vida continuaba su rumbo y Zokane ignoraba, que sin un ápice de malicia, Nivha había orquestado su encuentro con Efrén. Las piezas obtenidas seguirían siendo entregadas a manos del mismo mercader y todo sería rutinario, hasta que la paciencia del emperador llegara a su límite y ordenara una inminente reunión. Y mientras tanto, ella seguiría su camino confiando en su propio instinto, creyendo que tenía todo bajo control.

VIII

Una tarde, se habían detenido para dar tiempo a que Nivha y Eiden terminaran de curtir la piel de un búfalo albino. Mientras se ocupaban de eso, Gareth y Luther permanecían sentados con las piernas cruzadas a la sombra de un árbol, riendo y aplaudiendo el entrenamiento que las Arpías daban a su señor Yahel.

Le habían atado el brazo diestro a la espalda y en lugar de espada le habían dado una gruesa vara. Yahel debía defenderse y esquivar los ataques consecutivos que recibía de las tres. Despiadadas, le soltaban golpecitos con sus propias varas por todo el cuerpo y lo empujaban haciéndolo tropezar a cada momento. Frustrado, pidió un descanso, y sin importarle sonar como un quejica, protestó por aquella inapropiada forma de «ayudarle» y de lo inservible que sus tácticas resultaban.

—¿Inservible, has dicho? —exclamó Vaéris sin dar crédito a lo que oía.

—¡Para lo único que está sirviendo es para que me deis la paliza que siempre soñasteis darme!

—¡Demonios! Nos ha descubierto —exclamó Tivana riendo por la ocurrencia.

—Con tantas quejas, ahora entiendo por qué Luther te entrenaba como si fueras un crío — remató Zokane, burlándose cariñosamente de él.

—Vamos, regresa —le pidió Tivana—. Te mostraremos que la agilidad lo es todo.

Tres contra uno era lo correcto, pues habían sido tres contra Yahel pero, como era él quien debía ver y poner atención, invitaron a Gareth para que se uniera a las chicas.

Eligieron a la menos hábil, le ataron la mano diestra a la espalda y le dieron la misma varita que antes tenía Yahel. Tivana sonrió encantada. Para ella estaba bien saber que era la más débil de las tres, era perfecto que se lo dijeran y era genial que esa debilidad le diera la oportunidad de hacer cosas que sus hermanas no podrían, cómo pasar desapercibida y tomar por sorpresa al enemigo, ya que, de las tres, ella era la más traicionera y la que menos honor ponía en cualquier afrenta.

Comenzaron con un simple calentamiento, repentinos golpes de las ramitas con sus consecutivos empujoncitos para mostrarle a Yahel que era lo mismo que hacían con él. La diferencia fueron las acciones de Tivana. Aunque tenía un brazo atado, esquivaba los golpes y los empujones, y con su propia ramita lograba bloquear algunos movimientos de sus hermanas.

A medida que pasaba el rato, las Arpías se lo ponían más complicado y lo que comenzó como un ligero entrenamiento terminó siendo una lucha en toda regla. El primero en caer fue Gareth, la condescendencia con que trataba a Tivana fue lo que le dio la desventaja. Tivana no solo le arrebató su ramita, sino que tomándolo del brazo lo lanzó por los aires y lo dejó caer de espaldas.

El joven se levantó riendo con los brazos al aire, y se fue al lado de Yahel poniendo atención a lo que las Arpías hacían. Asombrados, vieron su agilidad, su rudeza y su agresividad, lo que constataba que no solo eran buenas contra bestias, sino también contra humanos, y ellos tuvieron que reconocer que la fama que ellas tenían se la habían ganado a pulso.

La técnica que usaban al luchar no solo requería astucia, sino también mucho temple. Pese a que las tres lo intentaban, jamás lograron derribarse entre ellas, y pocas fueron las veces que

lograron asestar un golpe sobre la piel de la otra debido al constante bloqueo y a sus ágiles movimientos, a pesar de que terminaron luchando todas contra todas.

No hubo vencedor, mantuvieron la misma intensidad en su batalla durante un rato demostrando el deleite que les causaba hacer lo que hacían. Simplemente, dieron por terminado el espectáculo cuando se detuvieron jadeantes y sudorosas por tanto esfuerzo. Yahel había comprendido: la agilidad, si no era todo, sí hacía mucha diferencia, y prometió no quejarse nunca por ningún entrenamiento que le dieran.

—Tienes mi palabra —le habló Zokane— de que cualquier paliza que te demos no solo será para adiestrarte lo mejor que podamos —le aseguró con su cara más seria—, también será para saciar nuestros sueños locos de darte tu merecido.

Zokane no pudo aguantar la risa después de sus palabras, el rostro sorprendido de Yahel al escucharla era demasiado y terminó contagiando a sus hermanas.

—¡Vamos, vamos, que era una broma! —le dijo Vaéris palmeando su espalda al verlo estupefacto en el lugar.

Yahel se sentía nervioso, con el corazón acelerado. La reacción de Zokane había sido tan natural y espontánea que jamás lo hubiera esperado. La observó con disimulo tumbarse a la sombra de un árbol y perderse en sus pensamientos mientras veía el cielo a través del follaje.

Las rivalidades habían terminado hacía mucho y ni en sus más disparatados pensamientos imaginó poder verlas como las veía a cada una de ellas. Pero, sobre todo, jamás creyó posible ver en Zokane a la mujer que ahora veía: su mirada lo volvía loco, su sonrisa era una adicción y no podía, por mucho que lo intentaba, arrancar de sus recuerdos la imagen de la musa bañándose en el río a la luz del amanecer.

Sabía que era algo ridículo, entendía que no había futuro con ella, y aun así quiso guardarse para él todo aquello que sentía; de esa manera, si su hermana volvía a preguntarle podría decirle que sí conoció la felicidad, que sí supo lo que significa amar a una mujer y que sí pudo verla completamente feliz… aunque no gracias a él.

Lo que Yahel no sabía era que Tivana había notado todo y más. Era lamentable, le parecía trágico y sumamente entristecedor verlo tan enamorado y a la vez, luchar para no ser descubierto. Era por mucho un acto honorable donde buscaba salvarse él mismo y esa tarde, mientras analizaba su mirada enamorada al ver a su hermana, no pudo evitar suspirar.

—El señor Yahel es una mala elección para estar enamorada —le susurró Gareth al tiempo que se sentaba a su lado con la boca torcida.

—Eres muy observador y deberías saber que no estoy enamorada de tu señor —respondió con una risita que intentó ocultar cubriendo su boca.

—¿Ah, no? Me parece lo contrario; le miras y suspiras…

—¿Por qué no habría de hacerlo? ¿No te parece romántico?

—¿El qué? —frunció el ceño mirándola fijamente—. No debería parecerte romántico que un hombre este perdiendo la cabeza por una mujer que ni lo mira, y que además de todo, le esté prohibida. El día que este viaje termine, cuando volvamos al hogar Ardaithe y él tenga que vivir toda su vida con otra mujer, imagino que también suspiraras de ensoñación, ¿cierto?

—¿Por qué tienes que arruinarlo todo, Gareth? —resopló sintiéndose frustrada, pero concediéndole la razón—. No deberías preocuparte tanto, el corazón de mi hermana tiene a otro llenando sus sueños y tu señor terminará olvidándose de ella cuando se dé cuenta de eso.

—Al corazón no se le manda —suspiró mirándola a ella—. Conozco a un tipo que se enamoró de una Arpía. Te lo aseguro, se volvía loco de solo verla y ni el paso del tiempo ni la distancia le hizo olvidarse de ella. Sé lo que es cuando tienes que verla a diario.

Tivana le miró y lentamente la sonrisa en su rostro se fue extendiendo cuando Gareth le tomó la mano pasándola por su brazo, como si fueran un par de cortesanos caminando mientras charlaban.

—Entonces… ¿tendré yo alguna oportunidad?

Tivana le miro sorprendida, con la ensoñación de por medio, suspiró profundamente mientras mantenía una sonrisa boba y sin apartar sus ojos negros de los de él afirmó levemente con las mejillas encendidas. Gareth le devolvió la sonrisa y entrelazo sus dedos para besarle la mano y permanecieron ahí, uno al lado del otro disfrutando de su entorno.

Tivana volvió a fijar su vista en Yahel, le vio el esfuerzo que hacía por no girarse hacia donde Zokane estaba, y fue ese momento donde se percató de la mirada fría de Luther. Parecía un hombre rígido, de esos que no perdonan nada.

—Luther parece bastante comprometido en cuidar a su señor, ¿no te parece?

—Sí. El señor feudal le ha encomendado mantener a salvo a Yahel y al parecer el viejo ha decidido que eso también incluye cualquier problema del corazón.

—¿Y no puede hacer como que no ve nada en lugar de estar mirando mal a mi hermana?

—El viejo es el hombre más honorable y fiel que puedas conocer —le respondió tras un suspiro—, es capaz incluso de dar la vida por sus señores. El problema radica en su fidelidad… sirve y obedece únicamente al padre de Yahel, y si el señor feudal le ha encomendado algo, él cumplirá, aunque en el camino se gane enemigos.

Los caminos entreverados a veces les hacían parecer que viajaban sin rumbo, y cuando comenzaban a pensar que así era, aparecía la bestia buscada y Zokane solo tenía que sonreír hacia ellos levantando las cejas para hacer notar que su ruta era la adecuada. Conforme el peso iba aumentando con cada una de las piezas que extraían de las bestias, el camino se hacía largo, haciendo de los puntos de encuentro con el mercader una bendición esperada, y mientras no llegaran al mercader, sus descansos se volvieron de las cosas que más disfrutaban, no solo por el descanso, sino también por lo mucho que charlaban entre comidas y el té, y así, cuando llegaron a la ciudadela ocupada por el legado Vizíer, Yahel no perdió la oportunidad para visitar al regente.

Esta vez, en la hermosa ciudad, Yahel no quiso dejar a las Arpías a su suerte y las invitó con él para ocupar una habitación en el lugar reservado para cortesanos imperiales situado dentro del cuartel. A pesar de que se trataba de uno bastante grande e imponente se encontraba abarrotado de guardias, y aun así, les brindaron una habitación para ellas y otra para ellos, incluida la habitación personal del futuro señor feudal, donde pudieron asearse y también disponer del comedor y todo lo que ahí había, y dado que estarían ahí por lo menos dos noches, no perdieron tiempo en enviar a lavar sus ropas y armaduras.

Y mientras ellos se familiarizaban con el lugar, Yahel se apresuró a darse un baño y se marchó en soledad al encuentro del señor feudal, Loere Vizíer. El aviso de su llegada se había dado desde el momento que ocuparon el cuartel y ya le esperaban en el palacete Vizíer. Apenas se vieron se saludaron en un efusivo abrazo y se mantuvieron charlando.

Yahel sintió alivio de ver a Loere templado, pronto se celebraría la ceremonia en conmemoración de la segunda edad luctuosa a la muerte de su esposa, y debido a que ellos dos habían logrado convivir un par de veces, y como ambos compartían únicamente siete edades de diferencia, siendo Yahel el más joven de los dos, facilitó su buen entendimiento. El heredero Ardaithe sabía de sobra lo mucho que se había visto afectado el señor feudal Loere por la muerte

de su mujer, sobre todo por haber ocurrido durante el parto de su segundo hijo. En su momento, Yahel creyó que Loere no lo superaría, pues para suerte del señor feudal, la mujer que fue su esposa había crecido a su lado y habian logrado forjar una relación verdadera, no una forzada como la que a él le esperaba con su propia boda.

—¿Ya habéis pensado en alguien para volver a contraer nupcias? —le preguntó, sintiendo verdadera preocupación por el tema.

—Dos edades no me parecen suficientes para olvidar a mi querida —respondió suspirando.

—Lo entiendo; por eso pregunto… Cuando los rituales fúnebres finalicen y vuestro luto haya pasado, podréis elegir a una nueva esposa y la presión de vuestra corte para que ocurra será enorme.

—Con mi difunta esposa no tuve que preocuparme, nos comprometimos desde niños, pude conocerla y logré encariñarme con ella; no tenía otra cosa de qué preocuparme… Pero ahora, con todo lo que tengo que hacer, ¿os parece que tengo tiempo de buscar a alguien? Tal como van las cosas, terminaré aceptando alguno de esos acuerdos como os ha ocurrido a ti.

—Mi prometida no está mal, al menos mi padre me concedió eso al elegir por mí. —Confesó, tratando de animarle.

—Me parece que había mejores opciones que una simple ruta comercial, así que decídmelo, ¿por qué ella?

—¿Que ella sea la única mujer de su legado en dos generaciones os dice algo?

—¡Ese viejo bastardo! —entonó resoplando con la nariz, enfatizando la ironía del asunto al recordar que Kirios Amezcua desprecia a cualquier mujer que pueda representar el feudo.

—Con ella asegura que su primer nieto sea varón y por consecuencia...

—No estoy muy seguro de eso —le interrumpió.

—Mi fe, para el futuro de mi tranquilidad está puesta en eso.

—¿Qué más podríais pedir? —le concedió al advertir la ansiedad que se escapaba en la mirada de Yahel—. Habéis logrado manteneros soltero por más tiempo del debido.

—¡Todo lo bueno termina demasiado pronto! —suspiró vagando en sus pensamientos.

La charla se vio interrumpida al llamado de la puerta, ambos se pusieron de pie y con la mejor de sus sonrisas dieron la bienvenida a la sacerdotisa que se acompañaba de las Arpías. Legendarias eran, y Loere no perdería la oportunidad de conocerlas, incluida la joven sacerdotisa predilecta del imperio.

Las chicas se admiraron por el lugar tan agradable, era una habitación al aire libre, como si se tratara de un balcón amueblado. Las telas transparentes que cubrían los ventanales impedían el paso a los insectos y aun así, los diversos incensarios humeaban con su agradable aroma de hierbas repelentes.

El clima tropical que predominaba en el territorio Vizíer daba la oportunidad de usar telas ligeras como ropa y las chicas, al saber que habían sido invitadas a conocer al señor feudal, habían apresurado sus rituales de limpieza para darse un paseo por el bazar y comprarse ropa acorde. De telas ligeras y suaves usaban pantalones abombados y blusas de mangas anchas que dejaban al descubierto un poco de sus hombros, a diferencia de Nivha que se había negado rotundamente a usar ropa que no fuera la que los mandatos imperiales le dictaban, vistiendo su túnica que la diferenciaba como sacerdotisa del emperador.

Yahel los presentó adecuadamente, y el señor feudal tomó sus manos depositando un suave beso en cada una de ellas, no sin antes, mirarlas fijamente a los ojos. La sacerdotisa le sostuvo la mirada y le regaló una sonrisa franca, pero se notaba de inmediato que era una digna de todo protocolo. Tivana le miró un instante y sonrió mostrándose intimidada, Vaéris en cambio le

sostuvo la mirada aun mientras el señor feudal presionaba sus gruesos labios contra sus dedos y no dejó escapar ninguna emoción, aun cuando él le dedicó una sonrisa picarona.

Se había tomado su tiempo con cada una de ellas al saludarlas, pero al llegar con Zokane y tomarle la mano dispuesto a besarle como al resto, se detuvo sintiéndose confundido. Esa mirada ya la había visto antes, y no solo eso, le resultaba perturbadoramente familiar. No dejó que la impresión se le notara, le besó la mano como al resto y le sonrió de manera amable.

El par de horas que pasaron junto al regente Vizíer fueron amenas. Cualquiera de ellas hubiera pensado que al tratarse de un señor feudal la reunión sería un asunto aburrido, en cambio, se sorprendieron por su carácter amable y su notable juventud. En comparación con los otros señores feudales y el propio emperador.

Loere se mostraba abierto y curioso en cuanto a las Arpías, y Vaéris no dejó escapar la oportunidad al darse cuenta de su interes. Sus preguntas siempre iban acompañadas de pequeñas revelaciones, como para dar a entender que siempre y cuando ella obtuviera algo, el señor feudal también lo haría, y fue así como reveló la pasión de Zokane por la lectura, la suya por las armas y la de Tivana por la comida, a cambio de saber la historia detrás de su pronta ascensión como señor feudal.

—Mi padre tiene gusto por la caza, y fue gracias a eso que resultó herido, sin embargo, ningún sanador fue capaz de sanar un cuerpo que se negaba a moverse.

—¿A qué se refiere? —preguntó Vaéris con las cejas fruncidas.

—Sufrió una caída del caballo que montaba. Estuvo inconsciente durante más de tres meses. Los sanadores no le vieron ninguna herida y su cuerpo no daba muestras de peligro y lo dejaron así… Cuando despertó supimos que no podía mover su cuerpo. La caída lo dejó condenado a una vida en cama. Lo que fuera que le causó ese daño ya había sanado por sí mismo después de esos meses, y no hubo ningún sanador que pudiera devolverle la movilidad…

—Lamento escuchar eso —musitó al tiempo que se estremecía.

—No os preocupéis, mi querida dama. No hay nadie que no sienta curiosidad por saber cómo es que me convertí en señor feudal siendo que jamás se dio aviso de la muerte de mi padre… Ahora sabéis la razón.

Después de la escabrosa revelación Vaéris se esforzó por no importunar con tantas preguntas y en cambio, se limitó, como el resto de sus hermanas, a saciar la curiosidad del propio Loere: conocer sus hábitos por los caminos, sus trucos más usados, la manera en que elegían sus trampas, los gustos de cada una en cuanto a armas, el entrenamiento el cual perfeccionaron. Fue así como terminaron en un recorrido por el palacete donde sorprendió a Zokane permitiéndole husmear en su biblioteca personal.

Casi como si fuera una niña, Zokane caminó por la estancia repleta de repisas, sintiendo los lomos de los libros con la yema de sus dedos. Era como un imán la imposibilitara a moverse lejos, y se clavó al suelo cuando tomó uno y comenzó a ojear sus páginas hasta detenerse a leer olvidando por completo dónde estaba y quién le hacía compañía. Cuando la avisaron de que la dejarían sola durante un rato, ella se limitó a asentir como si en verdad los escuchara, pero jamás se dio cuenta de que en verdad se habían ido.

Sin Zokane, el señor feudal llevó al resto hasta una habitación privada donde guardaba una amplia colección de armas. La sonrisa que Loere le vio a Vaéris, era una de esas que le hubiera gustado ver al momento de cruzar miradas por primera vez. Claramente ella tenía sus prioridades, y cuando le ofreció el regalo de poder elegir cualquier arma, ella sonrió forzadamente, pero se negó a su ofrecimiento. No había duda, Vaéris era la más difícil de complacer, en eso las canciones no fallaban, pero al menos ya podía discernir un poco entre lo

que se decía de ellas.

Al señor feudal le agradó conocer ese lado tan personal que tenían las Arpías, porque incluso Tivana mostró interés en conocer su linaje cuando, en uno de los pasillos, se detuviera a ver los retratos familiares de cada uno de los señores que habían administrado el feudo. Su relato, aunque corto, le mostró a Tivana sus creencias como señor feudal y lo que para él era importante: mantener la gloria en alto del legado que sus ancestros mantuvieron en pie.

La visita a su colección personal fue larga, Loere se notaba animado mostrando cada una de las armas y Vaéris, las tomaba entre sus manos comprobando las empuñaduras y cortando el aire de vez en cuando. Yahel, Nivha y Tivana no tenían muchas opciones y terminaron sentados en unos sillones charlando entre ellos, interrumpidos de vez en cuando por las risitas de Vaéris al no poder contener sus emociones.

Y mientras tanto, Zokane se mantuvo entretenida leyendo. Su elección había sido una recopilación sobre el legado Vizíer. Todo se encontraba detalladamente redactado. Iniciando con el fundador, hasta el actual señor feudal, con un desglosado detallado de cada uno de los herederos: desde sus rasgos predominantes, de piel morena, ojos negros, pelo crespo y rasgos gruesos, de estatura alta y tendencia a la delgadez; hasta el paradero de cada uno de los descendientes.

Para su sorpresa, más de la mitad de los regentes habían sido mujeres, y le pareció peculiar, por lo que aumentó su curiosidad por descubrir la información sobre el legado de Yahel, pero más que eso, el suyo, aunque sabía, por todas las bibliotecas que había recorrido, que todo rastro de su legado había desaparecido.

Soltando un suspiro recordó a Darcié cuando le dijera que cada región tenía en sus bibliotecas algo diferente, relatos de la zona, historias de sus habitantes, de las criaturas que les rodeaban, y en resumen, ninguna biblioteca sería como la otra y la información también se volvía privilegiada según tu condición. Un simple campesino no tendría acceso a los pergaminos ni a los libros que resguarda el señor de sus tierras, o los libros que guarda un hechicero, y hasta los que resguarda el propio emperador; por lo tanto, las ganas que tenía por descubrir todas esas diferencias era mucho mayor que cualquier otro sentimiento, aunque prefería hacerlo cómodamente sentada, y cerrando el libro, lo apretó contra su pecho y comenzó a caminar por la estancia en busca de un rincón iluminado donde pudiera sentarse.

Sus pasos la llevaron hasta una pared hermosamente adornada, escudos y espadas se depositaban en ella, un par de cabezas disecadas del temido Grifo adornaban cada esquina, y admirando el lujo que la pared contenía, se percató de que en medio de todo resaltaba una espada bastarda de peculiar aspecto: el blanco acero que la conformaba era de doble filo, y una línea a todo lo largo de rubras antiguas le recorría desde la punta hasta la base de la empuñadura, la cual parecía estar hecha de hueso recubierta de cintas de piel gruesa, y las rubras se teñían de color dorado; por su brillo, segura estaba que se trataba de oro puro.

La presencia de la espada se imponía y Zokane no pudo evitar estirar su mano para alcanzarla, sabía que se trataba de la espada que sirve al legado Vizíer: la espada Drestha, y tenía curiosidad de comprobar lo que se decía «que solo otro señor feudal puede tocar el arma de otro señor feudal». No es que ella lo fuera, pero tenía a Bashitva bajo sus órdenes y prácticamente eso era lo que importaba: tener la fidelidad de una de las cuatro armas.

Colocándose sobre la punta de los pies logró tocar una parte de la empuñadura con sus dedos y, al hacerlo, la espada resonó levemente, una corriente eléctrica le recorrió la mano y Zokane retrocedió asustada ante el choque eléctrico. Apretando el libro contra su pecho permaneció de pie admirando la espada, momentos después Yahel y el señor feudal hicieron acto de presencia.

—Veo que habéis encontrado la reliquia de mi legado —le habló Loere para avisar de su presencia.

—La espada Drestha es más hermosa de lo que afirman los libros —le halagó sin dejar de mirarla.

—Estamos rodeados de cosas mucho más bellas que una espada mágica —le devolvió el halago con una sonrisa conquistadora, provocando en Yahel unos repentinos celos, y antes de que él mismo le marcara un límite, Zokane le recordó que ella misma podía cuidarse.

—Nada más bello que una espada bastarda de doble filo con la habilidad de abrirse camino sin que nada pueda frenar su avance —pronunció con seriedad, ignorando el comentario, la sonrisa y el halago que el señor Loere hiciera para ella—. Es interesante que jamás pierda el filo y que, al contrario, lo vaya ganando junto con el ímpetu en su portador. ¡Vaéris tiene que verla!

—Vaéris está en camino a casa del armero —respondió Yahel sonriendo, sintiéndose orgulloso por la postura que había tomado Zokane—. ¡Loere no puede creer que a vuestra hermana le resulte más interesante conocer al artesano al servicio del feudo que charlar con el propio señor feudal!

—¡Eso suena como algo que Vaéris haría! —respondió divertida rodando un poco los ojos—. ¡Pero vamos, Yahel, sostén la espada Drestha! —le pidió Zokane casi con el mismo entusiasmo con el que Vaéris lo hubiera hecho—. Quiero ver cómo reacciona el arma cuando otro señor feudal la sostiene.

—El arma resuena si solo se le toca —respondió Loere de inmediato—. Las rubras que la conforman emiten luz si se empuña para usarse en batalla y se inicia una lucha del arma para advertir que tiene amo. No me consta, pero se dice que llegan a infligir dolor cuando aquel que la sostiene es más fuerte que su propio amo.

—¿Eso quiere decir que no permitirás que Yahel la sostenga? —preguntó con inocencia, dejando ver una sonrisa encantadora en sus labios.

—Así es, dama mía; no permito que nadie sostenga mi espada.

Las palabras del señor Loere fueron pronunciadas con un tono lleno de formalidades, uno inquebrantable, pero al mismo tiempo lleno de condescendencia. La sonrisa que le dedicó fue para marcar cordialidades pero, lo que en verdad le causó curiosidad a la Arpía, fue esa mirada inmediata que Loere le dedicó a Yahel. Era una con un cierto aire de complicidad, compañerismo tal vez, pero sobre todo de indulgencia. A Zokane le pareció que era una buena relación la que ellos dos tenían y sonrió para ambos; Yahel se acercó a ella y, colocando la palma de la mano sobre su espalda media la guió para salir del lugar y llevarla donde sus hermanas se encontraban. Así, dejando el libro en su lugar, suspiró con fuerza deseando poder tener otra vez una oportunidad como esa de leer algo único y pensó, llena de fervor, que cuando se volviera a encontrar con Darcié, lo obligaría a llevarla a todas esas bibliotecas de las que tanto le habló.

IX

Yahel agradeció la oportunidad de haber visitado al señor feudal del Oeste, prometiendo que de alguna manera les pagaría el favor, pues no estaba dentro de sus planes visitar la ciudadela. Para el resto no era necesario ni su promesa ni su gratitud, especialmente para las Arpías. Ahora podían decir que conocían a dos señores feudales, y eso era mucho más de lo que esperaban poder decir.

Siguiendo su viaje, los contratiempos fueron mínimos, como en aquella ocasión, cuando al cruzar un caudaloso río, la fuerte corriente arrastró a Nivha. Debido al terreno, ir a su encuentro les tomó un par de horas y retomar el camino, un día entero, pues debieron poner a secar muchas de las piezas que la sacerdotisa cargaba con ella, las cuales, terminaron empapadas.

Todos esos momentos los aprovechaban al máximo en cada aspecto posible. Esa tarde, gracias al descuido de la sacerdotisa, encontraron el paraíso terrenal con forma de una hermosa cascada de medio tamaño que daba vida a tres enormes pozas de agua cristalina.

Vaéris corrió despojándose de su armadura en el camino para sumergirse en las aguas seguida por sus hermanas, y fue inevitable para los otros no acompañarlas propiciando juegos y permitiéndose un poco de diversión y buenos momentos juntos.

El clima era óptimo para dejar orear sus armaduras y hasta lavar sus ropas, le sacarían todo el provecho a ese paraíso, y Zokane se sentó un rato en una piedra donde escurría un chorrito de agua para lavarse el cabello.

Completamente indiferente a su entorno, estuvo luchando a muerte con los nudos que se le habían hecho y no paró hasta quitarse cada uno de ellos. El resto también se ocupaba en sus asuntos y Yahel se arrepintió de haber desviado su mirada hacia la musa que le robaba el aliento; fue solo un momento, pero suficiente para notar su figura femenina delineada por la ropa húmeda que la cubría.

El sosiego lo abandonó de inmediato y el arrebato de la inquietud traída por la lujuria lo hizo enrojecer. Temeroso de que Luther se diera cuenta y lo metiera en futuros aprietos, se inclinó hacia el frente para sacudirse el cabello y escurrir toda el agua posible, quedándose en aquella pose hasta que todo el ímpetu de su arrebato se había calmado.

—¿Será posible? —se susurraba para sí mismo recriminándose lo ocurrido.

—Sí, sí lo es, pero no estoy segura de que hablemos de la misma posibilidad —le dijo Tivana con toda naturalidad al posarse en cuclillas a su lado—. Aunque, para serte franca, no creo que Zokane te vea con los mismos ojos.

—¿¡De qué habláis, Tivana!? —se expresó avergonzado al sentirse descubierto—. ¡Fuera de aquí!

Tivana sabía de lo que hablaba, jamás perdía detalle de nada, siempre estaba al tanto de todo, muchas veces sin proponérselo, y el heredero Ardaithe era tema de su interés. Le llamaba la atención descubrir sus motivaciones, y no pudo seguir ignorando aquellas miradas que el joven le prodigaba a la menor de sus hermanas.

Notarle la cara roja confirmó sus sospechas y se marchó soltando risitas burlonas, aunque, en el fondo, sentía lástima por él. Terminaría enamorado y con el corazón roto, aunque era evidente que la primera cosa ya había ocurrido, solo era cuestión de la obligada separación para verlo caer

en la segunda.

Por suerte, su hermana era ingenua y no se daba cuenta de nada, que si no, tal vez otra historia sería, y es que, aunque Zokane daba todo de su parte por mantenerse fiel a Darcié, era evidente que el heredero Ardaithe le resultaba atractivo. Tivana, que le gustaba soñar despierta, fantaseaba con la idea de ellos dos metidos hasta el cuello en una aventura.

Una mirada a Luther cuando se lo topó en su camino le dejó claro un posible futuro, la fría mirada del hombre lo decía todo. El viejo celador que vigilaba sin descanso al heredero Ardaithe también había notado el arrebato de Yahel, y la lástima que pudiera sentir Tivana se duplicó transformándose en frustración, no por ella, sino más bien por él.

No le gustaba maldecir ni a la vida ni a los dioses, pero en ese momento lo hizo, maldijo al destino por haber puesto a Yahel en el camino de los grandes señores. Y es que, a sus ojos, él cumplía todos y cada uno de los requerimientos que Tivana había trazado para su hermana con respecto a una pareja, no como Darcié, que sin pena ni gloria había preferido su vida errante.

La tarde pasó rápido y la noche les tomó por sorpresa, cenaron ligero y durmieron. Por la mañana retomarían el camino y debían apresurarse: un saquito lleno de huesos pulverizados se había perdido por completo y debían reponerlo.

En esta nueva etapa del viaje, poco a poco fueron convirtiéndose más en un equipo de viejos amigos. Y si alguien que no los hubiera conocido antes del viaje los viera ahora, jamás se hubieran creído que fueran rivales. Incluso a ellos mismos, ya no les sorprendía la complicidad y la forma en que se acoplaban.

Yahel había logrado mejorar sus tácticas debido a todo el entrenamiento que recibía en cada momento, convirtiéndose en un buen apoyo a la hora de enfrentar el peligro. Su instinto y su reacción fue lo primero que denoto mejora, y tanto Luther como las Arpías sentían orgullo de todo su progreso.

—Tal vez, cuando estemos aburridas de ser cazadoras y nos salgan ganas de asentarnos, podríamos dedicar nuestros días a dar entrenamiento.

—No sé, Tivana. ¿Para qué querría asentarme?

—¡Qué sé yo, Vaéris! —respondió levantando las manos para enfatizar sus ganas por comenzar una charla y plantearse el futuro del cual Vaéris siempre huía—. Cuando seas vieja y no puedas seguir con tus mismas andadas, hablamos.

Era imposible tratar de hablar del futuro, así fuera cosa de la imaginación, las risas siempre ganaban y todo se volvía una broma que se acompañaba de juegos pesados como en aquel momento, en el que se empujaban la una a la otra.

Esa tarde la confianza en ellos mismos fue un grave error, cuando ninguno se percató de las criaturas que les acechaban hasta que las tuvieron encima. La vegetación alta y los árboles crearon el escondite perfecto para la emboscada de una pequeña manada de lobos gigantes.

Como perros rabiosos, se lanzaron sobre ellos y los arrastraron por el terreno separándolos los unos de los otros. Cubriéndose con los brazos, lograron esquivar las dentelladas que intentaban desgarrar su cuello a muerte, luchando con todas sus fuerzas para liberarse del voraz asalto. Dieron batalla sin dejarse dominar por el miedo, hasta que una onda de hielo se desplegó dejando una gruesa capa de escarcha a su paso. El aturdimiento fue igual para todos, pero la diferencia fue inmediata cuando la sacerdotisa logró endurecer aquella escarcha a una velocidad impresionante, congelando dentro de una trampa de hielo únicamente a la manada de lobos.

La fina escarcha derritiéndose con el calor del cuerpo volvió más aparatosa la sangre que les brotaba de las heridas y la sacerdotisa tuvo que establecer prioridades y atender a los de mayor gravedad. Fue un alivio que tuvieran solo rasguños, aunque Yahel lo estaba pasando

verdaderamente mal con un hombro dislocado. Su hueso sobresalía como si se tratase de un hombro extra y Luther hacía lo posible por quitarle la armadura sin provocarle dolor.

—Toma, bebe unos tragos grandes —le dijo Zokane ofreciéndole una garrafa llena del licor más fuerte que se podía encontrar en el imperio—. Si me permiten…

—Ahora nos vas a decir que conoces el sagrado arte de la sanación —se mofó Luther al ver el cuidado que ponía Zokane al quitar la pechera que se unía a la hombrera afectada.

Ignorando al viejo amargado, desgarró la camisa de Yahel al comprender que sería imposible quitarla sin hacerle más daño, y comenzó a tocar con la yema de los dedos la espalda y pecho del joven. Aquel inesperado contacto lo estremeció erizando de paso su piel. Zokane esbozó una sonrisa al darse cuenta y pidió disculpas por causarle dolor. Yahel sonrió en sus adentros manteniendo la seriedad en su semblante.

—¿Segura que sabéis lo que estáis haciendo? Me parece que tocar la herida no es algo que un sanador haga normalmente.

—Sí, bueno; busco eso, sentir la herida. Y eso no es cosa de curanderos… o te acomodas el hueso antes que se enfríe, o sufrirás mucho más cuando descubras que ningún sanador acomoda los huesos a su posición original.

—Perdonad mi incredulidad, pero ¿sentir qué arregla?

—Bueno… también parece que jamás te has dislocado un hueso...

La tranquilidad con la que hablaban y el constante movimiento de Zokane con sus manos le hizo imposible prever lo siguiente: él estaba concentrado en soportar su propio dolor y no se dio cuenta del momento en que ella llamó a Eiden y, con ayuda de Luther, lo sujetaron con el pretexto de ayudarle a mantener la espalda recta.

Un par de tragos a la garrafa y una extraña petición de que sostuviera el aire fue todo el aviso. De un movimiento rápido, pero a la vez a conciencia, Zokane le enderezó el brazo y le colocó el hueso en su lugar. Su hombría y su orgullo le impidieron expresar el dolor más allá de un simple quejido y, pese a eso, quedó maravillado con todas las sorpresas que aún quedaban por descubrir en su Arpía.

—¿Te ha dolido? —le pregunto con una espléndida sonrisa.

—¿Debo responder? —expresó con fuego en la mirada conteniendo el aire.

—Ojalá que mucho —le sonrió.

El habitual guiño en el ojo para despedirse era de las muchas cosas que a Yahel le gustaban de ella, y es que, así no lo quisiera, ya no había forma de que él no viera a la mujer. Desde su ondeante cabello al caminar, producto de sus caderas al moverse al compás de sus pasos, hasta sus largas pestañas aleteando en momentos inesperados enfatizando sus bromas y hasta su enfado. Era una maldición vivir como él vivía, y saber que para ella él le era indiferente le removía por dentro. Tal vez en otra vida, tal vez en otro tiempo, tal vez en el pasado Zokane no lo hubiera odiado como lo hizo, tal vez en este momento ella podría notar los sentimientos que él le tenía. Tal vez esa era la razón de toda esa indiferencia.

Zokane se sintió útil después de haber hecho algo bueno por Yahel. Ella sabía que estaba dejando toda la carga a Nivha con el asunto de las sanaciones y a veces se arrepentía, sobre todo en esos momentos en que el tiempo corría en contra, ya fuera por la entrega o la urgencia de la sanción. Observando a su alrededor pudo notar la dedicación que todos ponían en ayudarse los unos a los otros. Tivana limpiaba las heridas de Gareth y Vaéris se cruzaba de brazos y piernas con los ojos cerrados mientras Nivha le sanaba las heridas y sintió un alivio mucho más grande al verlos a todos con bien.

Con ese vistazo al panorama y sabiendo que sería imposible obtener piezas de valor

respetable de los lobos, se quedó quieta velando el trance de Nivha. Apoyando su mejilla en sus rodillas se abrazó las piernas. Observar a un sanador era algo que apaciguaba cualquier alma. Al único que había observado practicar el arte de la sanación era al viejo que servía a Táiwel, ella creyó que ver al viejo era lo más extraordinario, pero al ver a Nivha, el fulgor que emanaba de sus ojos y de sus manos y la rapidez con que la piel se regeneraba, supo que el arte de la sanación era mucho más hermoso a manos de la sacerdotisa que del viejo curandero.

—¿Os gusta lo que veis? —le preguntó Eiden al sentarse a su lado.

—Sí —expresó en tono suave reafirmando su respuesta con un movimiento de cabeza—. No creí que la sanación cambiaría tanto de un curandero a otro.

—Es debido al poder. Cuanto más poder se posee, más pura y perfecta es cualquier manifestación de magia.

—Lo sé, pero no creí que fuera tan notorio.

—Entonces, sabéis que el poder y la magia son fuerzas muy distintas, ¿verdad?

—Claro. La magia es el arte de invocar y convocar fuerzas místicas, como el control de ciertos cuerpos o el dominio de ciertas criaturas.

—¡Bien! —exclamó fascinado—. Por consiguiente, entendéis que la eficacia en todo eso depende del poder…

—Por supuesto, Eiden —respondió con una sonrisa gentil—. El poder representa el todo. Sin poder, la magia no tiene fuerza, y sin fuerza, resulta escueta e inútil.

—¡Maravilloso! Vuestro maestro debe de estar muy orgulloso de ti. ¿No habéis considerado retomar la magia?

—No. No ha sido necesario y no lo será. Con lo que sé me basta.

—Es una lástima que no deseéis retomarlo. Cuanta más edad se tenga, más difícil será despertar los dones y perfeccionar ciertas magias. Yo podría enseñaros muchas cosas. Y con Nivha presente, estoy más que seguro que también se involucraría y os enseñaría todo lo que sabe, lo mismo que ustedes hacen con el joven Yahel.

—¡Basta, Eiden! —exclamó forzando su sonrisa—. Por mucho que me halagues, no lo vas a conseguir. No tengo interés de entrenar.

Zanjando el tema se puso en pie para encender una fogata, no había nada que decir ni nada que hacer pese a que ninguno de los dos quería ceder. Vivirían con lo que cada uno tenía, se acompañarían y se darían todo el soporte que pudieran entregar el uno para con el otro, y eso era todo.

X

Varios meses habían pasado desde que todos unieron sus caminos. Habían puesto su empeño en seguir el mapa al pie de la letra, pero inevitablemente terminaban desviándose más veces de las necesarias. Los retos habían tomado otro nivel, cuanto más inhóspito era el panorama, más salvaje y despiadado se volvía el entorno, las bestias eran más difíciles de cazar y más veces de las deseadas se vieron obligados a cazar el mismo tipo de criatura para conseguir una calidad mínima aceptable, según los estándares que las Arpías tenían.

Aunque su mayor distracción era el caos con los pueblerinos. Siempre había alguien con alguna necesidad buscando un héroe que salvara el día, y ellos no podían negarse; no podían cerrar los ojos a las consecuencias que estaban generando las disparatadas exigencias del emperador. No podían fingir que no veían todas esas guerrillas entre legionarios imperiales y mercenarios rebeldes en busca de la sublevación total. Así que ellos, mientras no excedieran el tiempo requerido de entrega, harían todo lo posible por ayudar a todo aquel que se cruzara en su camino.

El viaje había iniciado en la casa de los Remedios, ubicada en el poblado de Aleria, en las tierras del Sur que custodiaba el legado Zórava. Su camino los había llevado a cruzar las tierras del Oeste custodiadas por el legado Vizíer y ahora avanzaban casi a marchas forzadas, pues conforme se acercaban a las tierras del Norte custodiadas por los Aubery, antiguo hogar de los Bluthiem, todo se veía más desesperanzador.

Las tragedias eran constantes y los rumores de una maldición que asolaba el Norte eran habituales, todas las desgracias habían nacido gracias a los Aubery y su incapacidad de controlar el feudo. El legado era una vergüenza para el Norte y se decía que incluso el emperador había olvidado aquellos hermosos y prósperos paisajes. En un principio creyeron que todo no era más que una exageración, pero poco a poco descubrieron que los rumores eran ciertos.

Los Aubery no sabían tratar con el pueblo, aun si no era temporada, o por la situación que fuera, si la producción se retrasara, aún así cobraban las rentas y los impuestos y, si alguien no pagaba, los recargos eran excesivos, desde llevarse a algún hijo para trabajos forzados en las minas más peligrosas, o incluso con palizas que podrían llevar a la muerte, causando que la región que un día fuera la más próspera de todo el imperio ahora sea la más pobre: abundante de tierras sin cultivos, de granjas sin ganado y de pueblos sin pueblerinos. Hasta la tierra lucía marchita, como si la maldición de los Bluthiem hubiera afectado a toda vida en esos lares.

Zokane no sabía qué sentir al ver la región convertida en cenizas. Jamás pensó que regresaría para encontrar tanta tristeza a su paso. Era muy pequeña cuando abandonó su hogar y sus recuerdos eran escasos, pero sí podía recordar atisbos de las charlas de sus maestros y de sus padres, aun podía recordar el orgullo en sus miradas al contarle de la prosperidad que tendría bajo su protección cuando fuera la gran señora.

Una sonrisa triste se apoderó de ella al pensar que su padre estaría revolcándose en su tumba en estos momentos. Y todo ese cúmulo de sentimientos encontrados causaron un cambio en su actitud: ya no bromeaba tanto, ni se reía espontáneamente, su seriedad a veces era inquietante y muchas veces tuvo que hacer el máximo esfuerzo por no llorar a mares solo por el pensamiento

de que, tarde o temprano, tendrían que arribar a lo que un día fue su antiguo hogar: la vieja mansión Bluthiem.

De esa matanza los relatos advertían que el emperador no había permitido que se levantaran los cuerpos y que se les diera sepultura. La ciudad que rodeaba el palacete también había sido abandonada y se había construido una nueva ciudad con una nueva mansión para el nuevo legado. Lo que un día fue la segunda ciudad más destacada del imperio, se sumió en el olvido. Proliferaron las leyendas que hablaban de criaturas vagando entre sus calles y de flores de sangre creciendo en las paredes de la derruida mansión, flores, que tenían un lugar importante dentro de la lista de ingredientes que Nivha requería, y al ser un tesoro tan valioso al no crecer en cualquier sitio, ir a la ciudadela garantizaba obtenerlas.

—¿Te pasa algo? —le preguntó Vaéris un día, cansada de verla con la mirada perdida.

—¡No! ¿Por qué habría de pasarme algo? —respondió asustada de que Vaéris, que no prestaba mucha atención a las emociones ajenas, se diera cuenta de su estado de ánimo.

—Si supiera, no estaría preguntando —respondió, dándole un ligero golpe en la cabeza.

—¡No golpeés a tu hermana! —la regañó Tivana.

—¡Entonces dile que no diga tonterías!

—¡Díselo tú!

El juego entre Tivana y Vaéris salvó a Zokane de seguir siendo interrogada, y como las carcajadas le salieron naturales al ver los empujones y las risas que soltaban sus hermanas, Vaéris no insistió y creyó que de verdad no le ocurría nada, sugiriendo incluso que dejara de tomar la pócima para interrumpir su sangrado, recordando el mal humor que tuvieron cuando en una ocasión la usaron más de la cuenta.

Zokane tuvo que poner todo de su parte para que no se le notaran los desazones que llegaban sin aviso, y que le afectaban de una manera que jamás creyó, como cuando encontraron en uno de los caminos un sinnúmero de esqueletos pertenecientes a una caravana. Encontrar hambruna y enfermedades no conocidas también era terrible. Pero algo que causó una revolución y no solo a ella, fue cuando encontraron a un hombre de porte harapiento caminando sin rumbo, con la mirada perdida en una nube de locura.

A simple vista parecía un viejo de piel marchita y quemada por el sol. En su mirada no había brillo y tampoco esperanza, y su vejez no era vejez; era un hombre entrado en sus treintas y que demostraba su locura hablando en soledad.

Sus esfuerzos porque el hombre les dirigiera la palabra fueron inútiles, y con impotencia lo vieron mientras escuchaban la charla que mantenía consigo, hablándose y respondiéndose como si sus pensamientos tuvieran voz propia.

—Silencio, no hagas ruido —se dijo.

»—Cállate, te dije, trabaja —se respondió.

»—Tengo hambre— replicó.

»—No, no, trabaja— se ordenó con severidad.

»—¡Guarda silencio! ¡No grites, que te pueden oír! — se alertó mirando a todos lados, encogiendo su cuerpo, como si así pudiera pasar desapercibido.

»—¡Que no me hables, trabaja y cubre tu cuota!

»—No, no, no, respira. ¡Respira! —expresó cuando la respiración se le agitó como si hubiera dado una carrera.

»—El látigo, el látigo, ya traen el látigo! —gimoteó con la respiración entrecortada al momento que Eiden le tomó por los brazos en un último intento por hacerle reaccionar.

En todo momento el hombre los ignoró, y si sus miradas se llegaban a encontrar, era como si

ellos fueran fantasmas y el desdichado estuviera viendo a través de sus cuerpos pero, cuando Eiden lo tomó por los brazos, el contacto visual que hicieron fue real. Lo miraba directamente y sus ojos se llenaron del terror más puro. El pánico que se apoderó de él lo llevó a emprender una carrera histérica, perdiéndose en el bosque.

La charla que mantenía consigo, su estado físico y su estado mental dejaban en evidencia todo el sufrimiento al que lo habrían sometido para terminar así. Era un misterio saber de dónde venía, o si había escapado, muy probablemente quienes le hicieron eso lo dejaron en libertad. Por duro que sonara, ese hombre era una boca más que alimentar, y por su condición, tal vez ya no estaba produciendo como se debía.

El corazón se les hizo un nudo cuando decidieron dejarlo ir. Sería una ardua tarea ir a su encuentro y algo casi imposible mantenerlo con ellos. Con dudas, con pena, con desazón, siguieron su camino. Después de varias semanas, al abandonar el bosque que se cortaba de tajo, quedaron frente a una meseta muy amplia desprovista de árboles en cuyo punto más elevado se encontraba un fructífero rancho ganadero.

Desde el primer momento se dieron cuenta de que el lugar estaba muy bien custodiado por legionarios y cazadores. La organización que tenían y la eficaz vigilancia quedó en evidencia debido a que apenas habían dejado el amparo del bosque, cuando un grupo de hombres armados cabalgaba directo hacia ellos.

La orientación del rancho les daba la posibilidad de tener control absoluto sobre su entorno. Debía de ser así porque era el rancho de mayor importancia para el imperio. En aquellos momentos, las vacas estaban criando y los terneritos brincaban felices por los prados. Las reses se veían gordas y los caballos que se entrenaban allí eran de uso exclusivo para los legionarios. Con semejantes recursos tan necesarios, resultaba imposible pensar que se dejaría perder como tantas otras granjas y pueblos productores que habían encontrado a su paso.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó el hombre al mando, respaldado por su docena de guardias y su tono amenazante—. El pueblo más cercano está a nueve días de aquí. —Señaló el camino hacia el lugar indicado con la punta de la fusta.

—Estamos de paso —respondió Nivha antes de que la hostilidad de esos hombres fuera a peor —. No buscamos nada. Únicamente que nos permitáis cruzar.

—¿Qué quieren cruzar? ¿El rancho? ¿Acaso me crees estúpido? —exclamó riendo para resaltar la burla hacia ellos.

—¿Quién está a cargo? —preguntó Nivha poniendo fuerza en su voz para mostrar que no se dejaba intimidar—. Ve y da el mensaje, avisad a tu superior al mando que yo, Nivha, traigo conmigo el sello de sacerdotisa que otorga el único y magnánimo emperador Efrén Kirínmuil, que me permite andar a mi antojo por donde yo desee.

La mirada severa junto con el tono de voz en Nivha dejó claro que sus palabras no eran ninguna broma. El capataz que estaba presente dio la orden y uno de sus guardias se marchó a todo galope en busca de la persona indicada, dando tiempo a Zokane para analizar detenidamente a Nivha: su pose y su expresión había cambiado, se dejaba ver en completo control y se mostraba orgullosa de la forma en que se había referido a «su glorioso emperador» tal como lo había mencionado momentos antes. Era innegable, la convicción reflejada en la mirada de la sacerdotisa era real, y Zokane reconoció como algo muy bueno cada una de las cualidades que poco a poco iba descubriendo de Nivha.

Al poco rato volvió el encargado, un hombre fuerte y robusto pese a su avanzada edad, con la piel quemada por el sol y sus arrugas enfatizando cada facción en su rostro, pero con su rubia cabellera inmaculada. En cuanto llegó, soltó una carcajada y bajó del caballo mostrando un

ánimo tremendo. Sus pasos lo llevaron hasta Eiden y palmeó su hombro con tanta fuerza que quedó más que evidente que su acción les había hecho arder la piel a ambos. El viejo hechicero también se mostraba entusiasmado y devolvió el gesto de igual manera luciendo su amplia sonrisa.

—¿Pero qué haces vagando por el imperio? ¡No me digas que aún sigues en busca de la última Bluthiem! —exclamó el recién llegado.

—No —contestó endureciendo las facciones—. Esa odisea terminó hace tiempo.

—¡Vaya! Que yo recuerde, juraste atrapar a la chiquilla. ¿Cuál era su nombre?

—Meila... —respondió casi como un susurro que hacía evidente que no deseaba tocar el tema.

—¿Y qué sucedió? —preguntó el otro, mostrando toda la curiosidad posible.

—No mostréis tanta descortesía —le dijo señalando al grupo—. Os presento a mis compañeros de viaje.

—¡Ni que lo digas! —le interrumpió con bastante interés—. Mi muchacho llegó anunciando a gritos la presencia de una sacerdotisa del imperio y he aquí, la anunciada Nivha: prodigio entregada al emperador. Es un placer. Yo soy Raneti, uno de los trece generales al mando de las legiones imperiales sirviendo a los deseos de nuestro glorioso emperador Efrén Kirínmuil.

La reverencia y su cortesía la emitió hacia Zokane. Intentando tomar su mano, quiso depositar un beso sobre ella como se haría con cualquier cortesana con un mínimo de renombre, pero ella, incómoda, sonrió con nerviosismo arrebatando su mano para evitar el innecesario protocolo. Mirando con apuro a Nivha, esperaba que ella la ayudara, pero la sacerdotisa se limitó a esbozar una enorme sonrisa sin intenciones de sacar de su error al hombre.

—Se equivoca, general Raneti, la poderosa Nivha es ella —señaló Zokane, mostrándole a la verdadera sacerdotisa—. Yo soy Zokane.

—¡Vaya! Mis disculpas —exclamó confundido, mirando de paso a Eiden para tener confirmación de todo—. Por un momento, creí que usted sería… —guardando silencio, sin terminar su frase repartiendo su mirada entre las dos muchachas.

Parecía molesto por la manera en que apretó las cejas arrugando toda su frente. Estaba sorprendido, él mismo no podía entender cómo es que las había confundido. No por nada era uno de los doce generales, tenía afinidad a la magia, pero su capacidad de reacción fue lo que terminó convirtiéndolo en legionario, y dado a que era alguien entregado al poder y la magia, lograba darse cuenta de la sensación que produce un hechicero sobre quien les rodea: severos escalofríos y un miedo apabullante cuanto más poder tenga el hechicero; justamente lo que esa muchacha le había provocado. Sensaciones tan fuertes solo su glorioso emperador se las había transmitido, pero no había duda, Nivha era nada comparada con Zokane, y solo pudo salir de sus pensamientos cuando Eiden palmeó su espalda con fuerza y le hizo soltar una carcajada que puso fin a tanta tensión.

—Por mí está bien, no os preocupéis —aclaró Nivha ante el incómodo momento.

—¡Qué barbaridad! Mis disculpas a ambas. Aun así, es un placer… —afirmó echando un vistazo a Vaéris y Tivana— tener a las legendarias Arpías frente a mí. ¿O acaso también me equivoco al afirmar eso?

—¿Y cómo lo habéis deducido?

—¡Vamos, mi apreciado Eiden! La leyenda de las Arpías Doradas trasciende en todas direcciones. ¿Cuál es la posibilidad de que exista otro grupo de tres hermosas mujeres donde haya una llamada Zokane, una exótica pelirroja y una flamante morena?

—¡De verdad! —exclamó Eiden lleno de burla peinándose la barba—. ¿Esa es la descripción de las Arpías? ¿Exótica pelirroja y flamante morena, pero a Zokane la describen como Zokane?

—No continues avergonzándome, ¿quieres? —replicó Raneti lleno de incomodidad.

Los dos hombres parecían muy buenos amigos, pero tuvieron que dejar las risas para presentar al resto, empezando por el futuro regente del legado Ardaithe. El legionario levantó las cejas con sorpresa, pero no dudó en acomodar el puño sobre su pecho y entregar sus respetos con una leve inclinación de su cabeza. Yahel correspondió el saludo como se debía, y una vez terminado el protocolo, el general Raneti les invitó a una cena bajo su techo.

Al grupo de viajeros les pareció que el general era un buen tipo, aunque claro, si era uno de los trece generales, era entendible que se dejara ver con mala cara la mayor parte del tiempo.

Parecía aburrido de su rutina y también daba la impresión de que estaba ansioso por recibir noticias frescas y de interés, nada que tuvieran que ver con el cuidado del rancho ni de la organización de este; por consiguiente, conocer todos los detalles de la misteriosa alianza de la que su viejo amigo Eiden era miembro resultaba una buena opción.

Tal como prometió, la cena fue exquisita y la charla se extendió por largas horas hasta que se hizo demasiado tarde para partir. Con las barrigas llenas y el cuerpo caliente debido al calor del hogar, aceptaron de buen grado pasar la noche allí y, como si ya lo tuviera todo planeado, el general los alojó en una cabaña a las afueras del rancho.

El lugar era agradable y con todas las comodidades, se notaba que estaba destinado a huéspedes de poca importancia y, sin embargo, la repisa estaba llena de licores variados y las alacenas rebosaban comida y fruta fresca. Daba a entender que allí no tendrían ninguna carencia ni preocupación. Tenían habitaciones de sobra para todos y hasta pudieron darse un baño.

Raneti se despidió llevándose a Eiden con él con la promesa de no regresar hasta que ambos estuvieran completamente borrachos, dejando al resto en la cabaña con toda libertad de acomodarse a sus anchas.

Las habitaciones, aunque numerosas, contaban con una cama individual cada una y las chicas, no acostumbradas a dormir separadas, tuvieron que hacerlo; y una vez tocaron la suavidad de las sábanas se rindieron a los brazos del cansancio disfrutando la suave cama y las frazadas calientes.

Pero, los hábitos difícilmente desaparecen y uno hizo mella en Zokane cuando, sin ningún motivo, despertaba a cada rato. Cansada de aquella fastidiosa situación abrió la ventana permitiendo que el aire frío de la noche le rozara las mejillas. La noche estaba despejada y las estrellas casi no resplandecían opacadas por la luz de la luna llena, y extasiada por el regalo del cielo, salió por la ventana escalando con agilidad hasta llegar al tejado; un impulso la dejó tumbada sobre las tejas y observó el cielo.

No pasó mucho para que el excesivo ruido de alguien intentando subir al tejado se hiciera presente. Levantando un poco la cabeza, observó a Yahel acercarse a ella a paso torpe, y se sintió extremadamente nerviosa de que pudiera caer, cuando el heredero Ardaithe volteo a verla, le dedicó una sonrisa, pero ella no pudo ni moverse pensando que, si lo hacía, él intentaría apresurarse y terminaría pasando lo que ella tanto temía.

Lo preocupante era el nivel de la cabaña; aunque era de dos plantas, tenía techos altos y eso la hacía más elevada todavía, y luego estaban las rocas con que adornaban toda la fachada. Una caída sería fatal, y tuvo que tragarse sus risitas para no burlarse de él al compararlo con una cría de gato recién nacida.

—¿Te das cuenta de que sería una verdadera vergüenza sobrevivir a un viaje por todo el imperio donde estuviste expuesto a bestias temibles para terminar muerto por una caída desde un tejado?

—¿Finalmente os preocupáis por mí, Zokane?

—Pues sí —puntualizó extendiendo su mano para ayudarle a llegar donde estaba ella.

—Por lo menos, ya no tengo que preocuparme por la vergüenza de morir bajo vuestra espada —exclamó riendo de sí mismo, y al ver el rostro confundido de Zokane, enfatizó su risa y terminó explicándose—: La rivalidad que teníamos… Gareth siempre creyó que serías vos quien terminarías matándome. Incluso esa primera vez que nos vimos… todos los presentes estaban seguros de que ese guardia terminaría manco y yo decapitado.

—Quisiera poder decir que lamento esa impresión que tenían de mí, pero para serte honesta, de algún modo disfrutaba esa rivalidad.

—Otra cosa más a la lista en la que estamos de acuerdo. Aunque si de confesiones se trata, deberéis decirme, qué de todo eso disfrutabais.

—Parecías tan perfecto, Yahel —le respondió después de un suspiro—, como todo un buen señor de alta alcurnia; un hombre que siempre mostraba seguridad sobre sí mismo, elegante, atractivo para cualquier cortesana… pero que se mostraba como un patán conmigo… de no ser por eso, no hubiera disfrutado tanto sacarte de quicio. Hacerte perder el control me hacía sentir menos herida ante tus burlas.

La respuesta de Zokane lo dejó sin palabras, no sabía que ella pudiera verlo como a un hombre con tantas cualidades como para hacerlo ver perfecto, al contrario, siempre creyó que, para ella, él no tenía nada que pudiera admirar, y se sintió en la necesidad de corresponder su honestidad, pero de hacerlo, ¿qué pensaría Zokane? Se sentiría incómoda si le dijera que veía lo mismo y mucho más en ella y que se sintió ofendido cuando al principio, lo despreció sin motivo cuando lo único que intentaba era ser amable con ella.

—Cuando esta aventura con Nivha nos unió… llegué a desear que nada de esa rivalidad hubiera ocurrido —atinó a decir.

—Entonces dime, Yahel, ¿qué haces aquí arriba? —preguntó para desviar el tema al notar que su mirada la ponía nerviosa.

—Vine a veros —exclamó exagerando su galantería—. ¿Qué más podría ser?

—¿!Ah, sí!? ¿Y cómo supiste que estaba aquí? —preguntó bromeando igual que él.

—No, no lo supe, los vigías os vieron trepando al tejado y vinieron de inmediato a comprobar que todo estuviese en orden. Como yo estaba en el pórtico, fui yo quien recibió el mensaje.

—Me alegra saber que nos iremos por la mañana. Me incomoda saber que vigilan todo lo que hacemos.

—Ellos no hacen más que cumplir su deber. Recordad que la cabaña está en los límites del rancho y ciertamente es ahí donde los vigías deben poner atención por cualquier bestia escurridiza que se atreva a irrumpir.

Exagerando un suspiro Zokane le concedió la razón. La joven volvió a recostarse sobre el tejado, acomodó su cabeza sobre sus brazos y observó el firmamento. Fue imposible para Yahel no advertir que en los ojos de la Arpía podía ver reflejada la luz de la luna haciéndolos lucir blancos en lugar de grises, dando así un toque enigmático y magnético al encanto natural que siempre poseía.

—Me voy a sonrojar si continúas mirándome de esa manera —le advirtió a Yahel con la esperanza de hacerlo desistir en su insistencia por observarla—. Al menos, siéntate bien que me muero de nervios de verte en cuclillas. ¡Un mal movimiento y terminas en el suelo!

—¡Qué interesante…! Una Arpía sonrojada y nerviosa —le dijo riendo de ella, poniendo atención al tejado para hacer caso a la sugerencia.

El techo parecía bastante resistente y sus vigas paralelas ayudaban para que, al estar sentado, disminuyera el vértigo que sentía. De todas formas, a Yahel le dio seguridad extra apoyar la

palma de la mano sobre el tejado y así, admirar la noche al lado de Zokane.

Estar en silencio esta vez no lo incomodó, al contrario, le resultaba agradable, y pese a ello, no pudo aguantar mucho tiempo las ganas de charlar con ella. Cuidando que los nervios no le traicionaran, sin un ápice de duda, y con el corazón desbocado por su cercanía, habló.

—Hace un rato envié a Luther a averiguar por qué hay tanto movimiento en el rancho, y mientras esperaba su regreso, me di cuenta de que en estas tierras todo parece tener alma propia, incluso las flores silvestres que crecen en un rincón del pórtico. Con su perfume lograron darme gratos pensamientos. Es como si supieran cuál es el aroma de la añoranza.

—¡Quién lo diría! Eres todo un romántico —exclamó Zokane, poniendo atención en el joven que mantenía los ojos sobre el firmamento.

—Nada de eso. En realidad lo dije para ver si acaso este embrujo os había atrapado también, y era eso lo que os ha mantenido diferente —respondió fijando su mirada en la de ella.

—¿A qué te refieres con diferente?

—Más callada, menos sonriente. Dos cosas bastante notorias en alguien como vos.

—¿Alguien como yo? —preguntó mostrando interés.

—Es una pregunta con trampa, ¿verdad? —exclamó el joven dejando escapar una risita—. Estoy acostumbrado a veros siempre de buen humor, a disfrutar de vuestras charlas amenas. Veros distante, seria y callada salta a la vista de inmediato.

—¿Qué podría ocurrir? —respondió sin muchos ánimos volviendo a mirar al cielo al sentir que, de alguna manera, Yahel la obligaría a enfrentarse a sus miedos—. ¿Sentirme atrapada y deprimida en esta región del imperio, como todos ustedes?

—Podría decir que os creo… pero… para mí, sois como esa flor que crece en el pórtico: parecéis frágil y pequeña, pero tenéis la fuerza para resistir cualquier inclemencia. Que ahora me digas que os deprimes por esto resulta increíble y poco probable.

La honestidad que Yahel había puesto la hizo sentir halagada pero al mismo tiempo incómoda; por alguna razón que no lograba entender quería escapar, sentía la cara roja de la vergüenza y se incorporó para que él no pudiera verla, aunque fue demasiado tarde para eso, Yahel había notado el rubor en sus mejillas y el nerviosismo en su semblante. Lo supo al verla, había tocado una fibra muy delicada, y ahí, en la intimidad que regalaba la noche, estiró su brazo con una seguridad absoluta para acomodar ese mechón rebelde de cabello detrás de la oreja de la joven.

El silencio al observarse, al indagar en sus miradas duró más tiempo del debido, hasta que Zokane no pudo soportar sentirse incómoda y distrajo su mirada a su alrededor, mostrando con ello su nerviosismo. Se empujó hacia atrás con los pies fingiendo que se acomodaba para romper un poco la cercanía, y se sintió absurda de estar sintiendo tanta incomodidad.

—¿Crees que volvamos a ser los mismos después de salir de este feudo? —le preguntó Zokane sin ocultar su tristeza en un intento por cortar toda atmósfera incómoda.

—Lo dudo.

Y en el silencio que se produjo, Zokane se dio cuenta de que a sus espaldas, muy en la lejanía, se apreciaba un tenue destello rojizo sobre el cielo que anunciaba un lejano incendio. Cuando vieron al viejo Luther llegar a toda prisa ellos bajaron del tejado para descubrir qué noticias traía.

—No hay duda, se trata de un incendio. —aseguró Luther—, inició hace dos días y ha ido creciendo. Por ahora ya están preparados a la espera de las bestias que estén escapando de las llamas.

—¿Saben dónde se pudo originar el incendio o qué lo ha provocado?

—No están seguros del todo, mi señor, lo que sí, es que el incendio se encuentra en dirección

de Tramego, el poblado agrícola que se encuentra en esa dirección, y creen que es consecuencia de algún incidente con las criaturas del lugar.

—¿Acorazados de lava? —preguntó Zokane sabiendo que estaban en territorio abundante de esas criaturas.

Luther asintió con una mueca de preocupación. Yahel agradeció al fiel hombre por la información obtenida y decidieron que era momento de irse a dormir. Era probable que el incendio los retrasara con la expedición, las bestias si no estarían huyendo, estarían más alertas y eso les complicaría cada caza que hicieran. Marcharse lo antes posible era lo recomendable y debían estar descansados.

XI

El sol apenas mostraba su cálido roce cuando el grupo ya tenía los morrales al hombro dispuestos a abandonar el rancho. El general Raneti no se veía muy feliz del todo y Eiden, mal dormido y medio borracho por pasar gran parte de la noche en juerga, prometió volver y terminar lo que habían comenzado.

Raneti enviaría una expedición para constatar que en el poblado todo estuviera en calma, y Yahel no pudo, aunque intentó, dejar pasar la oportunidad para ser de ayuda. Estaba, además de todo, bastante preocupado, y como se trataba únicamente de ir y comprobar el estado del pueblo, Nivha sugirió ir. No se desviarían más que un día de su ruta y saber lo ocurrido les quitaría un peso de encima.

—Son cinco días de camino a caballo para que logren alcanzar el poblado que está en esa dirección. Se trata de Tramego, por si lo buscan en los mapas —les advirtió Raneti señalando hacia el incendio—. Les daré caballos para que puedan seguir el paso a mis muchachos. Pero deberán devolver los caballos.

El grupo se marchó con la esperanza de llegar al poblado y que todo estuviera en orden pero, conforme los días pasaban, la esperanza se perdía. Cuanto más cerca estaban del destino, más se apreciaba el cielo turbio debido al incendio. Durante el día, los nubarrones de ceniza teñían de un matiz anaranjado su entorno, mientras que por la noche se iluminaba el firmamento enrojecido debido a las llamas, muestra de que no dejaba de arder.

Cuando llegaron al poblado se les paralizó el corazón. Todo estaba desolado, con muestras que evidenciaban una batalla contra las bestias, y por la apariencia, solo les bastó un poco de sentido común para deducir que una estampida de acorazados de lava había causado toda la destrucción, incluido el incendio y, seguramente, las bestias que habían provocado la estampida habían sido las causantes de la masacre al poblado.

Era evidente que no había sobrevivientes, de haberlos, habrían escapado hacia algún lugar desconocido. Por las calles vagaba el fétido aroma a muerte que ya había atraído a las aves carroñeras, mientras que pequeñas y medianas bestias vagaban entre las callejuelas devorando los cadáveres. De las casas solo quedaban maderos humeantes, y los árboles del bosque contiguo estaban incinerados abriendo paso al fuego que se extendía a lo lejos ya en un incontenible incendio.

Fue un acto de misericordia lo que los movió. En aquellas circunstancias no podían hacer otra cosa, y sin decir nada ni ponerse de acuerdo comenzaron una ardua tarea: siempre en grupo sin separarse los unos de los otros, cuidando de los caballos y de ellos mismos, dedicaron todo su tiempo a alejar a las bestias, recuperando todos y cada uno de los cadáveres.

Dos días y sus noches les tomó concluir semejante tarea, no había nada que pudieran hacer para detener el incendio, y permanecieron en silencio frente a la pila de cadáveres que habían recuperado mientras Nivha llevaba a cabo una ceremonia muy austera. Al finalizar, encendió los cuerpos con fuego arcano reduciendo casi todo a cenizas, y después, como homenaje póstumo, convocó las fuerzas de la naturaleza levantando la tierra para cubrir los restos, dando la impresión como si fuera un mausoleo, y por último, selló la cripta mágicamente haciéndola

incorruptible.

Habían descansado muy poco, y aun con todo el trabajo que hicieron no habían sentido el paso del tiempo. La peste a muerte que traían impregnada les había arrebatado el hambre y, pese a la fatiga, tomaron sus cosas y se marcharon llenos de sentimientos encontrados y una lucha interna por huir de la región Aubery.

Cuidando siempre sus espaldas, no miraron atrás. La cantidad de criaturas que rondaban era impresionante, y temerosos de que pudieran convertirse en la presa, se forzaron a caminar hasta que el movimiento de las bestias no fue tan evidente. Así, llegaron al lago que se formaba en la presa seminatural que sustentaba el pueblo, rodeada de una extensa playa de gravilla en lugar de arena, y aprovecharon las condiciones para lavarse a conciencia.

Tenían la impresión de que habían sido seguidos por algún tipo de criatura, o tal vez solo eran sus nervios destrozados, pero aquel sentimiento les obligó a encender no una, sino seis fogatas en un perímetro bastante amplio que proporcionó una clara visión de lo que les rodeaba mientras la noche transcurría.

Su seguridad era lo primero, y en su necesidad por limpiarse, unieron varias telas a la orilla de la laguna para formar un lugar privado donde pudieran bañarse sin necesidad de alejarse de los otros. Finalmente, después de haber lavado hasta sus ropas y armaduras, se abrigaron al calor de las fogatas guardando silencio aun durante y después de su primera comida.

Los tres hombres de Raneti partirían al amanecer para entregar el informe de lo ocurrido, y los otros seguirían su camino como ya estaba marcado. Aunque nadie lo dijo, todos estaban deseosos por castigar a alguien por lo ocurrido.

—Siempre se ha dicho… —murmuró uno de los enviados de Raneti rompiendo el silencio— que la maldición que persiguió a los Bluthiem no solo fue al legado, también afectó a las tierras que custodiaban.

—Deja de hablar tonterías —respondió a manera de regaño uno de sus compañeros—. También se dice que el orden jamás regresará hasta que un verdadero descendiente Bluthiem vuelva a tener el control de la región. ¿Crees que de verdad ocurra?

—¡Exacto! Como si existiera algún Bluthiem —replicó el primer hombre con fastidio—. Y aun así, la región y sus campesinos también mueren.

—¡Ya basta de disparates! —les regañó el tercero de ellos—. Todos sabemos que Meila Bluthiem es un cuento, jamás aparecerá ni traerá con ella la gloria arrebatada —exclamó mostrándose triste, como deseando que sus palabras fueran mentira.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Eiden con una mueca descontenta.

—De la profecía, mi buen señor —respondió el segundo—. ¿Acaso no conoce las profecías? Esas que hablan de la hija predilecta del creador que traerá paz a la tierra manchada por la plaga.

—Esa es una profecía falsa —intervino Nivha—. No hay registro de quién ni cuándo se hizo, tampoco hay ningún vidente que la haya confirmado.

—Eso no tiene importancia para los que vivimos en esta parte del imperio. Las profecías se hicieron para dar esperanza en momentos de oscuridad, y que nadie lo diga no significa que no sea real todo lo que esta región ha tenido que soportar. Mantener el rumor sobre una profecía, falsa o no, da fuerzas a la gente. Ninguno tenemos derecho a negar la esperanza de que pronto, todo volverá a ser como antes.

—Sabia, pero peligrosa elección —respondió Nivha, admirada por su discurso—. ¿No habéis considerado el riesgo que representa si eso llegara a oídos del emperador?

—¿Quién lo dirá? ¿Ustedes? ¿Sabrán que también se dice que el emperador creó la profecía para llegar a oídos de la Bluthiem y poderla atrapar?

—Hablan como si estuviera viva —replicó Luther—. Murió hace mucho. ¿Cómo es que no lo entienden?

—¡Está viva! —afirmó Eiden con enfado—. Doy todo lo que me representa para sostenerlo. Cuando aparezca —continuó su discurso ensombreciendo sus facciones—, cuando esa escurridiza dé la cara, ¡podré callar las bocas de todos los que se rieron de mi instinto!

—Viva o muerta, ninguno se puede confirmar…

—Y entonces —habló Eiden interrumpiendo—, ¿qué razón suponéis que tenga el emperador para continuar buscándola?

—El emperador ha tenido todo cuanto ha querido, pero no a ella, mejor razón que esa no la hay —respondió uno de los hombres de Raneti—. De lo contrario, no habría marcado el antiguo hogar de los Bluthiem como lo hizo y no habría mandado una horda con sus mejores matones en su busca. Sin mencionar a los rebeldes, que gracias a eso mantienen fuertes sus motivaciones buscando el momento exacto para exigir justicia.

—¿Rebelión habéis dicho? —preguntó Eiden con cierto brillo en la mirada—. ¿Acaso sois rebeldes para afirmar tales cosas con tanta certeza?

—No, mi buen señor, aquí ninguno es rebelde. Pero todos tenemos a alguien cercano, a algún conocido o un vecino que se ha visto obligado a unirse a los rebeldes. Ya sea por buscar justicia para sus familiares muertos, o por salvación propia de no formar parte de esas listas de condenados.

—¿De qué condenados habláis? —enfatizó su pregunta con un aire molesto.

—Los condenados que son obligados a formar parte de las legiones imperiales. Mi buen señor, si todo sigue así, pronto… el emperador también comenzará a tomar mujeres cuando los hombres comiencen a escasear.

—¡Vamos! Relajen los ánimos —exclamó Tivana—. Hablar del emperador y rebeldes todo al mismo tiempo ha matado a muchos. Y mientras sea posible, es natural que cada hombre busque su propia salvación… en cuanto a la última Bluthiem; muchas edades han pasado desde que se cree muerta … Si lo está, déjenla descansar en paz. Y si no, ¡déjenla vivir!

—¿No lo estáis viendo, Tivana? —preguntó Eiden un tanto alterado—. Viva o muerta esa chiquilla ya es símbolo de esperanza y guerra, todo al mismo tiempo.

La charla sumergió a Zokane en una profunda angustia, abrazó sus piernas y escondió el rostro entre las rodillas. En aquellas circunstancias su acción se vio normal, todos creyeron que estaba cansada y Tivana se acercó a ella para sobar su espalda. Esa era su forma de reconfortarla y de hacerle saber que no estaba sola y que pronto pasaría toda esa avalancha de emociones. Para el resto, era el simple compartir de un sentimiento desgarrador lleno de impotencia y furia por lo ocurrido. En cambio, a Nivha le causó una preocupación profunda. Todo lo dicho le causó ansiedad al saber que tan pronto terminara su viaje ella debía rendir sus juramentos a Efrén. Sentía una lucha interna tan intensa al querer negarse, pero al mismo tiempo al desear hacerlo.

Frotándose los ojos puso todo su esfuerzo por borrar esas sensaciones que la incomodaban, no era momento para poner en duda su futuro, tampoco era momento para tirar todo a la basura. Su destino era rendir su juramento y servir al imperio, y eso lo tenía bastante claro, sus dones de vidente se lo habían revelado en incontables veces, y ahora, con el actual caos, no era excusa para querer cambiar su destino. En su corazón sabía que debía mantenerse firme y entonces, una nueva avalancha de dudas la invadió al recordar que en sus visiones del futuro, mientras se veía a ella misma hacer su juramento, jamás pudo ver la figura o el rostro de la persona a quien ella estaba entregando su voluntad, y recordarlo, le causó mucho más dudas que certeza.

—Debemos dormir un poco —sugirió Nivha poniéndose en pie para buscar una manta en su

morral y Zokane fue la primera en hacerle caso.

Durmieron como pudieron manteniendo la guardia constante, y apenas el sol se hizo presente, se pusieron en marcha para seguir su camino. Pondrían todo su empeño en salir lo antes posible de la región, aunque ahora sabían que no importaba si abandonaban esas tierras, la desgracia continuaría y la impotencia les perseguiría.

XII

Desde ese momento apresuraron el paso para obtener las piezas que buscaban antes de lo esperado. Les fatigaba, emocionalmente hablando, encontrar tanta gente necesitada a su paso. Era preocupante encontrar pueblos abandonados, mucho más porque era evidente que había sido hecho de manera intencional y la duda quedaba en el aire: ¿dónde se habían marchado sin dejar rastro? Solo pensarlo no les daría respuestas y prefirieron casi no hablar del asunto, de alguna manera eso les hacía más fácil hacer su recorrido.

Cuando finalmente alcanzaron la ciudadela, hogar de los Aubery, se tomaron un descanso un tanto prolongado. Habían llegado tres semanas antes de lo acordado y aún no había rastros del mercader. La ciudad era amplia y armoniosa, el palacete era, aunque pequeño en comparación con el antiguo, muy distinguido y elegante, y su población extensa. No había calle que no estuviera empedrada, y a pesar de eso, era muy notoria la división de las clases sociales: desde la clase baja que vivía en las afueras, hasta la clase alta en los alrededores del palacete. Los lugares de comercio también tenían un lugar en específico, y así, poco a poco, fueron descubriendo que la distribución de la ciudad, en su mayoría, favorecía a quienes podían pagar los lujos y las comodidades.

Para las chicas, resultó una buena distracción tener tantas cosas nuevas por hacer, y una vez tomaron una habitación en la hostería dedicada a cazadores, ubicada en las afueras de la ciudad, cada una de ellas se ocupó de sus asuntos. Yahel, por su parte, se fue con Nivha y Eiden al punto de encuentro marcado para anunciar su llegada, de esa forma, tan pronto apareciera el mercader, ellos podrían marcharse.

Fue inevitable perder a Zokane en la biblioteca, y por consiguiente, fue inevitable dejarla ahí. La inmensidad del lugar era asombrosa, comparada con todas las bibliotecas que había visitado. Las estanterías, estratégicamente acomodadas en al menos doce salas, estaban repletas, y le tomó mucho tiempo poder elegir un libro.

Maravillada, encontró muchos mitos y leyendas que solo conocía de boca en boca, pero que jamás había encontrado registros escritos, hasta ahora. Fascinada, olvidó incluso la ciudad dónde estaba. Después de un rato leyendo sonrió con desgana al pensar en todo el tiempo que le tomaría leer cada uno de esos libros y sintió tristeza al darse cuenta que jamás lo haría, por ningún motivo volvería a poner un pie en ese feudo.

Contemplando toda esa inmensidad recordó a Darcié… Cuánta razón tuvo al decirle que había bibliotecas mucho más extensas, pero nunca imaginó que una de esas estaría en territorio Aubery. Una sonrisa ligera cargada de melancolía se dibujó en sus labios al imaginarse a los dos juntos leyendo en el piso y discutiendo sus hallazgos.

Se ruborizó al recordarlo, de volverlo a ver, lo primero que haría sería besarlo para saber con cuanta exactitud recordaba sus labios, y no le solitaria, no volvería a separarse de él, y tuvo que suspirar un par de veces antes de volver a su realidad. Volvió a centrar su atención en los libros y en sus memorias: en aquellos momentos Darcié le habría sugerido leer sobre los dioses, y todo lo que había encontrado se repetía una y otra vez: protectores, guardianes, guías, compasivos, amorosos, apasionados, que gustaban de la buena música, del vino y la comida, que caminaban

entre los hombres regalando bendiciones, pero tan volubles, que si acaso despertabas su furia, no dudarían en consumirlo todo, tal como ocurrió con el castigo y su desaparición.

Sorpresa fue encontrar unos pergaminos que hablaban de los señores feudales y sus funciones. El hallazgo era raro, en ningún lugar había visto algo parecido y le tomó todo el día leerlos. Deteniéndose constantemente repasaba en su memoria a su padre y su forma de ser. De lo poco que podía recordar de él era su honorabilidad, y de lo incorruptible y fiel que era para todo, desde sus creencias hasta su gente. Amaba a la región que tenía bajo su cuidado y era considerado con sus habitantes… casi tanto como Yahel. Sacudiendo la cabeza quiso apartar ese pensamiento, pero no lo logró, no pudo, por más que intentó, seguir leyendo sin meter al heredero Ardaithe en las comparaciones.

Yahel tenía carácter y mucha integridad para hacer las cosas. No podía cruzar poblados sin darse cuenta de los puntos débiles de los mismos, o de las cosas que les ayudarían a tener una mejor vida. Casi todo lo que hacía era dedicado a servir a otros y se mostraba fiel a sus ideas y a sus principios. Sonrió con un aire de ensoñación al reconocer que Yahel se convertiría en un excelente señor feudal, y por la manera en que lo iba conociendo, estaba segura de que sería un excelente marido.

El primer día en la biblioteca fue tan entretenido, que ignoró la sed y el hambre hasta que cerraron las puertas de la biblioteca y tuvo que abandonar el lugar. La noche apenas comenzaba y supuso que sus hermanas ya habrían comido, encontrarlas tal vez no sería cosa fácil y decidió cenar por su cuenta. Por el camino iba poniendo atención a todo a su paso y eligió un modesto restaurante que despedía un exquisito aroma a pan recién horneado. Su mesa estaba junto a un ventanal con vistas al exterior, y contempló el movimiento lento y apacible de la gente regresando a sus hogares.

Los preparativos en conmemoración del «Lanish Manum», día marcado como el inicio del exilio, ya comenzaban a realizarse. La celebración no se hacía en conmemoración al castigo, más bien en honor a los dioses, por si algún día volvían su mirada a la humanidad, notaran que no habían sido olvidados y que se había aprendido del pasado, que el castigo no había sido en vano, y que se mantenían las tradiciones y los recuerdos intactos en la fe de los dioses.

A Zokane le pareció que ese no era el lugar adecuado para estar de fiesta, sin embargo, no se podía evitar, mucho menos con Tivana y su exagerada devoción a los dioses. De camino a la hostería se sorprendió al descubrir lo apacible que resultaba la ciudadela. Las lámparas que alumbraban tenuemente cada esquina daban al ambiente un aire místico, y la espesa neblina que limitaba la vista a solo unos pocos metros la reforzaba. Resultaba contradictorio que la región tuviera tanto caos tras de sí, con aquel ambiente de aires románticos, propicio incluso para los amantes que como sombras furtivas se escondían para dar rienda suelta a sus instintos.

Lo comprobó al estar casi a las puertas de la hostería y descubrir a un par de amantes comiéndose a besos, los intentos que hacían por ocultarse entre la neblina y el árbol eran casi inútiles, y con aquel panorama, Zokane apresuró sus pasos para volver a la recámara donde sus hermanas ya estarían esperándola. Estaba ansiosa por verlas, tenía tanto qué contarles y seguramente ellas tendrían también muchas cosas para compartir.

Perdida en sus pensamientos, se detuvo sin saber qué hacer cuando, al acercarse más a la pareja, reconoció a Tivana entre los brazos de Gareth. El camino que la conduciría al interior del hostal cruzaba frente a ellos y una mezcla de celos y vergüenza se apoderó de ella al entender la situación. No supo cómo reaccionar, y como si fuera una niña sorprendiendo a sus padres infraganti, regresó por donde había llegado, esperanzada de que no la hubieran visto.

Buscando alguna otra manera de entrar al hostal, recorrió cada esquina hasta que, después de

un buen rato, la puerta trasera que daba directo a la cocina se abrió. Pidiendo disculpas, entró casi a la fuerza y apresuró el paso hasta alcanzar el segundo piso, y al dar vuelta en la escalera para continuar subiendo, se detuvo permaneciendo inmóvil con la esperanza puesta en no ser descubierta, pues frente a ella, justo al final del corredor, pudo ver a Tivana siguiendo a Gareth mientras la dirigía a una de las habitaciones. El joven se volvió para cerrar con cautela, y al hacerlo, se encontró con la mirada de Zokane. Evidenciando su sorpresa Gareth no tardó en sonreír con picardía y muy discretamente pedirle silencio mientras cerraba por completo.

Zokane terminó en soledad dentro de su alcoba. Nadie la esperaba, y sintió tristeza de saberse sola. Pensó en el resto, en lo que cada uno de ellos estaría haciendo, si estarían disfrutando la ciudad tanto como ella o si sus actividades no se los permitían y en ese punto golpeó la frente con la palma de su mano para reprenderse. ¿Por qué tenía que estar pensando en Yahel y sus protocolos? Y peor que eso, ¿por qué pensaba en él sin motivo alguno?

Intentó dormir sin éxito, y para el momento en que llegó Vaéris, cerca de la medianoche, impregnada de olor a tabaco y cerveza, se sintió con los ánimos por los suelos y puso todo su empeño en sacarle todos los chismes que la pelirroja traería.

—Sí, sí, te cuento todo, pero antes habrá que salir a buscar a tu hermana —mencionó Vaéris dispuesta a ponerse las botas nuevamente.

—¿Para qué quieres buscarla?

—¿Y si está tirada en medio de la calle, herida o borracha, y necesita de nosotras?

—¡Vaéris! —exclamó el nombre con fastidio—. ¿Cuántas veces hemos tenido que levantar a Tivana de la calle?

—Siempre hay una primera vez —replicó la otra con risa burlona.

—¡No! Me voy a dormir. Y tú también. Tivana sabe cuidarse sola y te aseguro que no nos necesita.

Tan rápido como pudo se envolvió entre las sábanas dejando los ojos fuera. Ningún argumento la haría cambiar de parecer y, cansada de la insistencia irritante de Vaéris por salir en búsqueda de Tivana, y de que no dejara de jalonearle las mantas, terminó confesando todo lo que había visto para apaciguarla un poco.

Cuando Vaéris supo la verdad, se quedó muda viendo como su hermana se acomodaba entre las mantas. El día que tanto temía por fin había llegado: el trío terminaría por culpa de un hombre y eso la descolocó. Sintió miedo a quedarse sola. A diferencia de Tivana o incluso de Zokane, ella no había conocido a nadie que le moviera el suelo así fuera un poco, y permaneció en silencio, temerosa de que el corazón se le escapara por la boca y la dejara completamente expuesta.

Después de un par de horas apareció Tivana; entró de puntillas pensando que las despertaría. Ninguna de las dos se movió, aunque estaban alertas, esperaron a que se metiera a la cama para juntas, saltar sobre ella jugando y riendo.

Entre cosquillas y pelea de almohadas, Tivana confesó su aventura. Admitió lo mucho que le gustaba Gareth y que él la quería sin importar su pasado. Cuando confesó que quería tener una vida a su lado los juegos terminaron. Las dos jóvenes quedaron tan sorprendidas que no pudieron ocultarlo, mucho menos para Tivana que las conocía. Las abrazó con amor infinito y agradeció tenerlas junto a ella.

—¡Quiten esa cara triste! No pueden comparar el amor que tengo por ustedes al que tengo por Gareth. ¡De una manera loca, siempre seré de ustedes antes que nadie! —les dijo llena de euforia.

— ¡No eres mía ni de Vaéris! —la regañó Zokane—. No me gusta que digas eso. Eres una

persona, no una propiedad, eres mi hermana.

—¡Bueno! —entonó con cierto afán de broma—. A mí no me importa, esto es algo entre nosotras, me hace sentir segura saber que pertenezco a ustedes…

Zokane entendió de inmediato. Ese mismo sentimiento de pertenencia fue el que ella tuvo cuando conoció a la familia Remedios, y no es que ellos fueran de su propiedad, más bien representaban ese lugar seguro que era de ella, que esos que la rodeaban pudieran ser el pilar de su mundo significaba todo. Se sintió tan tocada que abrazó a Tivana y Vaéris con fuerza expresando su amor, y terminó susurrando para que las dos pudieran escucharla que ella también pertenecía a ellas.

Las emociones se mostraron en forma de lágrimas, se abrazaron hasta tranquilizarse y después escucharon a Tivana cuando les contó sus planes: aunque lo amaba, Tivana no podía concebir una vida lejos de sus hermanas y Gareth tampoco concebía una vida lejos de ella, por lo mismo decidieron que, después de que la alianza con la sacerdotisa y con el futuro regente se diluyera, Gareth se convertiría en cazador junto a ellas. Zokane se sintió contenta, la muestra de amor que Gareth rendía con ese acto era insuperable, y sintió que no solo habían ganado un aliado, sino que, con el tiempo, ganarían un hermano.

No se percataron cuando llegó el amanecer. Ellas continuaban hablando del futuro, aunque más relajadas, todo detalle y toda duda se hablaba mientras Zokane preparaba la mezcla que reprimía su sangrado, la diferencia era que esta vez era exclusivamente para Tivana. Según el pergamino que Darcié les diera, las instrucciones decían que para prevenir el embarazo debía tomarse en cantidades pequeñas regularmente. Tivana la tomaría de la forma que fuera, aun con el riesgo de quedar infértil si con eso aseguraba que ningún hijo de ella volviera perder la vida.

—No lo sé. ¿Es que a Gareth no le importa vagar a nuestro lado en lugar de permanecer en su hogar como normalmente se acostumbra? —preguntó Vaéris, consternada, pues pensaba que para una mujer ese era el destino de estar en pareja.

—Me prefiere mil veces a mí —respondió Tivana encantada—. Y sus hermanos son suficientes para hacerse cargo de las tierras que poseen.

—¿Está seguro de que no se va a arrepentir? —insistió incrédula—. Se supone que se convertirá en el general a cargo de la legión del feudo Ardaithe… ¿Sabes lo que eso significa? ¡Será parte de los trece generales del imperio! ¿Sabes el honor que es eso?

—Bueno, si se arrepiente o le parece que ser uno de los trece es mejor que estar a mi lado, es libre de irse.

—¡Vamos! No atormentes a Tivana con tus dudas —la reprendió Zokane, mostrándole una sonrisa amable, de esas que le calmarían el alma ante todo ese mar de emociones que la pelirroja no podía procesar.

*

Los días comenzaron a pasar y ya era cosa normal que Tivana se perdiera durante las noches en los brazos de Gareth, o que Zokane llegara con fruta disculpándose por no estar con ellas a la hora de la comida, todo por estar metida en los libros y no notar el paso del tiempo, o que Vaéris usara gran parte del día en la armería presionando para que tuvieran a tiempo una pechera hecha para ella.

Cuando fuera el momento de partir, el punto de encuentro sería el hostal donde las chicas se alojaban. Mientras tanto, Nivha y Yahel permanecerían dentro del palacete de los Aubery como invitados en compañía de su escolta personal: Eiden y Luther respectivamente. Debido a eso les

fue imposible poder verse, razón por la cual, cuando dio inicio la celebración del Lanish Manum, únicamente las Arpías en compañía de Gareth asistieron al templo a escuchar la palabra de los dioses.

Encendieron sus veladoras agregándolas a los cientos que ya había a los pies de la estatua que conmemoraba a la Diosa de la prosperidad, y encendieron inciensos con la esperanza de que el humo místico elevara su oración hasta donde pudieran ser escuchadas. Al final de su recorrido por el templo asistieron a una ceremonia de consagración donde bebieron una pócima, cruzaron una puerta cubierta de humo aromático mientras eran limpiados por el fuego que da ímpetu a la vida, renovando con eso sus fuerzas para vivir otra edad hasta un nuevo Lanish Manum, donde repetirían todo el ritual.

Ya pasaba del mediodía cuando comenzaron a vagar en el bazar, calles enteras se adornaban de puestecitos diversos: desde todo tipo de comida hasta armas, joyas y ropa. Todo lo que se buscara se podría encontrar. Poco a poco y sin que lo planearan se fueron separando, Tivana y Gareth se quedaron en un puesto de comida. Vaéris en otro de ropa y accesorios y Zokane continuó sin rumbo curioseando en cada rincón.

Estaba entretenida observando las joyas sobre una mesa cuando escuchó el saludo de Yahel. Levantando la vista sintió alegría de escucharle y casi suelta una carcajada al verlo tan elegante y pulcramente arreglado, sus cabellos castaños los peinaba en un liso casi perfecto hacia atrás y la descuidada barba había desaparecido. Mostrando una leve sonrisa contuvo la burla al darse cuenta de que era custodiado por una numerosa guardia incluido Luther, y que traía del brazo a una jovencita de poca belleza, pero de un excesivo lujo en sus ropas.

Debido al lugar donde se alojaba, dedujo que se trataba de alguna de las hijas del regente, y conociendo a Yahel, sacarla de paseo fue mera cortesía. Guardando la compostura, saludó inclinando la cabeza, pero cuando la muchacha la recorrió entera con la mirada, mostrando con su acto un cierto aire de superioridad, Zokane volvió a dirigir la mirada sobre las joyas.

Para nada se sintió inferior, pese a traer una falda larga de lana que se estallaba a su cintura, y una camisola blanca de mangas anchas como las que usaría cualquier pueblerina de baja alcurnia. Pero la mirada que le dio la jovencita fue tan evidente, que Yahel se dirigió a Zokane con sonrisa amable quitando importancia a la mueca de la chiquilla.

—¿Necesitáis consejo para elegir algo?

—En realidad, no —murmuró sin volverse a mirarlo—. Son lindos, pero serían un desperdicio. Ninguno de ellos lo usarían mis hermanas.

—Podría ser —afirmó echando un vistazo a la mesa—. ¿Os parece que también este será un desperdicio?

Tras sus palabras soltó del brazo a la jovencita tomando un prendedor de topacios perfectamente tallados que formaban un juego de tres florecitas amarillas, y de la manera más natural; se acercó tomando el mechón de cabello que habitualmente caía por el rostro de Zokane.

Fue un acto simple e inesperado, y cuando ella quiso reaccionar, ya era demasiado tarde, Yahel ya estaba intentando acomodar el prendedor. Con tantos ojos sobre ellos se sintió avergonzada. Levantó únicamente la mirada y lo observó fijamente; fue aquello lo que hizo que Yahel casi perdiera el control: Zokane expresaba una dulce inocencia que él jamás había visto en la Arpía, y aunque para Zokane fue un acto reflejo de una insospechada timidez, esa mirada provocó la mayor de las tentaciones en Yahel.

Regalándole una sonrisa se despidió de ella, no sin antes echar un vistazo al prendedor. Era pequeño, modesto pero elegante; como ella, y resaltaba notablemente entre su negra cabellera. Ese último vistazo al prendedor le causó agitación, su corazón se desbocaba solo de advertir el

rubor en las mejillas de aquella tentadora mujer.

Deseaba quedarse y rendirse a ella, pero tuvo que obligarse a ofrecer el brazo a la jovencita para marcharse con ella sin volver a prestar atención a Zokane. Sonriendo a su acompañante y mirando todo a su paso, parecía tan casual, incluso al lanzar la moneda de oro que el comerciante atrapó en el aire, aquella seguridad del heredero Ardaithe y ese acto de atención hacia ella fue lo que le encendió las mejillas a Zokane, dejándola confundida y extrañada.

Zokane entendía que él fuera educado y cortés debido a su noble cuna, pero eso no justificaba su comportamiento hacia ella, no solo en ese momento, sino en muchos otros en los que ya había notado las miradas insistentes y sus sonrisas, que muchas veces no sabía cómo interpretar. Negó la idea que le vino de repente: de pensar que el heredero Ardaithe se sintiera atraído por ella, y se alejó buscando refugio en la biblioteca, necesitaba distraer su mente, porque de ninguna otra manera pudo dejar de pensar en Yahel.

—Parecéis bastante cómplice con esa plebeya —le cuestiono la jovencita, hija menor del regente Aubery, haciendo más evidente su molestia—. ¿Acaso los Ardaithe se mezclan con sus súbditos así, sin más?

—Por supuesto. Nos debemos a la población. Además, vuestra insistencia en escuchar todo sobre las aventuras de cazar al lado de las Arpías doradas era tanta, que me dabais la impresión de que ellas eran un modelo a seguir para vos. No os cansabais de preguntar, deseabais saber todo, incluso su apariencia. Y si lo pensáis, ellas también son pueblerinas… Entonces contadme, ¿qué opináis ahora que habéis conocido a tu favorita?

La respuesta de Yahel le dejó en claro a la jovencita que el heredero Ardaithe no era ningún tonto. Aun así, levantó el mentón con orgullo fingiendo su sonrisa al observar el mercado. Su curiosidad al querer mirar detenidamente a la Arpía la enterró en lo profundo de su vanidad, aunque moría de ganas por hacerlo, no pudo soportar que el heredero Ardaithe, sin haber pronunciado insulto alguno, la hubiera hecho sentir tan insignificante, como queriendo darle una lección de valores y buena conducta tal como sus maestros hacían.

Al caer la noche, las Arpías se reunieron en el centro de la plaza donde la música, el baile y las bebidas eran el tema principal. Bailarían con extraños, chocarían tarros con cualquiera y volverían a su habitación hasta que el cuerpo lo pidiera, deseando que el resto del grupo también tuviera su parte de diversión, aunque en el fondo Zokane hubiera deseado que estuvieran todos ahí con ellas.

XIII

Las semanas pasaron y apenas hizo acto de presencia el mercader, Nivha y Eiden se encargaron de hacer la entrega, poniendo especial atención de que no hubiera errores, cerciorándose de que todo lo entregado fuera exacto, ninguna pieza extra y mucho menos faltante.

—Soy un poco quisquilloso —les dijo Táiwel al notar la atención que prestaba Nivha y el énfasis que ponía en señalar que todo en la lista estaba presente—. Si algo llegara a fallar, mi reputación estaría en entredicho, y pretendo quedar bien con nuestro glorioso emperador.

—Es entendible —le sonrió Nivha mostrando amabilidad—. Pero yo también debo ser cuidadosa por las mismas razones.

—¡Con todo derecho! Y cuéntenme, ¿las chicas siguen comportándose bien?

—¡Sigo sin creer que fue usted quien las adiestró! —enfatizó Eiden con interés.

—¡Por supuesto! —exclamó Táiwel con orgullo—. Soy el mejor después de los maestros imperiales.

—Ellas no hablan mucho al respecto. Lo nombraron como un avaro esclavista; pero nunca mencionaron que fuera mercader.

—¡Fui mercader antes que maestro en las artes de combate, mi apreciada señora! Pero, tal como le dije a nuestro glorioso emperador, la necesidad y la rutina son el peor enemigo para el ocio y me decidí por manejar una casa de entrenamiento que con el tiempo, se fue volviendo en un lugar de espectáculo para batallas organizadas.

—Esclavista, querrá decir —le corrigió la sacerdotisa.

—¡Oh, no! Las muchachas son libres como podrá ver —exclamó nerviosamente, sabiendo bien que la esclavitud no era permitida y se castigaba con severidad, y que tanto Eiden como Nivha podían tomar la justicia por su mano si lo deseaban—. Si yo fuera esclavista, ellas seguirían bajo mi mando cumpliendo mis deseos, pero no es así.

—Toda leyenda tiene algo de cierto y se dice que las Arpías fueron esclavas que ganaron su libertad.

—¡No, por favor! No me malentienda, la única que tenía una deuda conmigo era Tivana, como ya le expliqué a nuestro emperador. Su padre la abandonó a su suerte y yo me hice cargo de ella hasta que pudo valerse por sí misma. A las otras dos, Vaden Remedios las dejó a mi cuidado para que les diera el mejor entrenamiento. Y, ningún entrenamiento se perfecciona si no se practica. Ellas tuvieron suerte de que yo las hiciera practicar bajo mi cuidado en mis arenas. Además, su entrenamiento fue pagado por su padre con un valor casi a su peso en oro.

—Hacéis mucho énfasis en lo que habéis dicho a nuestro glorioso emperador.

—Por supuesto, querida, un fiel súbdito no esconde nada a su emperador, y yo soy fiel y leal a él. Y él me ha devuelto el gesto. Ahora organizo combates para su deleite exclusivo.

La noticia alarmó a Nivha, no había registro de que ningún emperador hubiera permitido esa clase de prácticas, y mucho menos que lo hubiera hecho dentro de palacio, sintió preocupación por el porvenir. Que tuviera excesos y exigencias extravagantes y fuera de serie, y hasta que tuviera infinidad de consortes a su disposición era una cosa, pero que comenzara a sentir deleite presenciando batallas era algo de qué preocuparse.

Con tantos pensamientos dejó de prestar atención, y para cuando recuperó la visión de lo que

le rodeaba se dio cuenta que Eiden, muy discretamente, le entregaba una carta a Táiwel y que este la escondía entre las mangas de su amplia camisola casi como si fuese un secreto entre ellos. En ese momento no quiso indagar en nada y se concentró en terminar la entrega, marcar el siguiente punto de encuentro y desearse buen viaje mutuamente.

—¡Casi lo olvido! —les dijo Táiwel antes de retirarse—. Tengo algo para ustedes.

De entre todas las cadenas de oro que colgaban del cuello de Táiwel, tomó la única de plata que llevaba con él y se la retiró. Regalándole una sonrisa a Nivha se la ofreció como regalo. La joven se sintió admirada por la oferta y contempló el contenido del regalo. La cadena era sencilla y la plata se notaba sucia y vieja, pero el cristal blanco que colgaba de la cadena se dejaba ver hermoso y resplandeciente con un tallado que denotaba el esfuerzo que había dedicado el artesano.

—¿Es acaso un fragmento del corazón de un dragón? —preguntó Nivha al tomar el cristal entre sus manos.

—Lo es. ¿Sorprendida?

—¡Mucho!

—Deduje que lo necesitarían cuando vi que la ciudad Aubery sería el último punto de encuentro antes de encontrarnos en la frontera con la región Este. Y viendo todo lo que han venido recolectando, me pareció imposible que no quieran darse una vuelta y probar suerte en el Bosque Perdido, y ya sabe, sin un cristal de estos como guía sería una locura querer ir al lugar.

—Pues vaya que lo ha hecho en grande. ¡Gracias! En cada lugar que visitaba busqué uno pero nadie poseía tan preciado objeto.

—¡Lo mejor para mis mejores clientes! —enfatizó con su sonrisa de oreja a oreja inclinando levemente la cabeza.

*

Al poco rato, cuando sacerdotisa y hechicero se preparaban para emprender de nuevo el camino, fue donde Nivha decidió hablar con Eiden.

—La carta… ¿A quién va dirigida?

—A mis superiores.

—¿Por qué una carta en lugar de usar tu habilidad como maestro del agua?

—Los susurros de un maestro cualquiera con un buen oído puede escucharlos, en cambio, una carta, es más personal.

—¿Qué hay en la carta que me produce inquietud?

—Todos los detalles del viaje.

—¿Qué hay en el viaje que deba ser personal?

—Absolutamente todo

—¿Todo respecto a mí?

—Jamás dije que fuera respecto a vos.

—Os han enviado a vigilarme. ¿No es suficiente para pensarlo?

—Sería un gran desperdicio si a alguien con las habilidades que yo poseo se le diera únicamente el papel de niñera, ¿estaréis de acuerdo?

—¡Exactamente! —enfatizó—. Alguien con la experiencia y la importancia que tenéis dentro de los hechiceros del emperador… me resulta inquietante mucho de lo que ha venido ocurriendo. ¿Por qué me incomoda esa carta?

—¿Será que ahora conocéis su existencia? Antes de conocerla estabais muy tranquila.

—¡No! —exclamó tajante dejando ver el enfado que tenía—. Me erizáis la piel, Eiden; la manera en que manejáis vuestra energía no me agrada. ¿Pensáis que una simple carta fue la causa de mi atrevimiento?

—Demasiado arrogante vuestra suposición. ¿No os parece? Hay mucho que no tiene nada que ver con vos. Las cosas que hemos visto, los detalles que voy descubriendo, los posibles focos de preocupación para rebeliones, forajidos conocidos… las Arpías… ¿algo más?

—¡No! ¿En serio? Puedo entender todo, pero… ¿Qué tienen las chicas que deban ser incluidas en un informe que contiene problemas serios a considerar?

—No, no, querida, nada de preocupación —enfatizó con una sonrisa malintencionada al peinarse la barba—. No son las chicas, es «la chica». Déjame adivinar… ¿Tal vez os de miedo que revele que su flujo energético es superior al vuestro? ¿Tal vez sea el miedo a perder vuestro lugar como futura sacerdotisa suprema?

«No deberíais temer, sacerdotisa. Zokane no tiene el entrenamiento que vos posees y es demasiado mayor para desarrollar algunos dones esenciales como para poder ocupar el lugar que os corresponde a vos. Lo que sí debéis admitir, es que como os lo he dicho en muchísimas veces, mi intuición me dice que debo descubrir cuál es ese secreto que guarda tan ferozmente.

—No digas estupideces. Las habilidades que pueda poseer Zokane no me preocupan en lo más mínimo. Más preocupada estoy por ti.

—¿Por mí? —se burló de ella con una sonrisa cínica—. ¡Vamos, no digáis eso! Cuando seas nombrada, podría ser de mucha ayuda que fuésemos buenos amigos.

—Al inicio del viaje os confiaba todo, ahora… no confiaría nada a alguien que me ha tenido al filo de la muerte en más de una ocasión y no ha podido hacer nada para salvarme pese a que ha podido hacerlo.

—¿De qué me acusáis ahora, Nivha? —exclamó exagerando su reacción ofendida.

—¿Lo olvidasteis? ¿La estampida? ¿La trampa en la que caímos en el desierto? ¿El felino de las tinieblas?

—Todos lo saben, no seas engreída, que ningún hechicero que se dé a respetar, mucho menos uno que servirá al emperador como vos lo haréis, merece vivir si no puede cuidarse por sí mismo. No vine a ser vuestro soporte. Decidme ahora, ¿saber eso os deja más tranquila?

—¿Entonces es verdad? —exclamó incrédula—. ¿Todas esas veces pudiste haber hecho algo para salvarnos y elegiste no hacerlo?

—Salvé al heredero Ardaithe —señaló con cinismo.

—¡Vaya! —exclamó exagerando su voz—. ¡Gracias!

El hechicero se impuso en un intento por arrinconar a Nivha contra la pared, deseaba intimidarla, deseaba hacerle ver que no le temía, pero más que eso; deseaba hacerle ver que mientras hubiera alguien dándole órdenes a él, él era superior a ella y quería dejárselo bien claro.

La mirada que Eiden poseía en esos momentos era inquietante, tenía un toque de locura y de ira contenida, y por un momento logró su cometido, la sacerdotisa fue retrocediendo hasta topar con la pared. Recargando las palmas de sus manos sobre ella sintió el frío de las piedras que la conformaban junto con la pesada energía que se desprendía del hechicero.

—Siete meses al lado de esa jovencita os han hecho cambiar bastante. ¿A qué creéis que se deba?

—Aléjate, Eiden —alcanzó a susurrar tragando un poco de saliva cuando el hechicero le tomó las mejillas para forzarla a mirarlo.

—Dejemos esta absurda discusión, ¿os apetece? Y también os diré algo como muestra de buena voluntad. Os diré lo que pienso de nuestra dulce Zokane.

Eiden la miró indagando en ella, sus ojos tan abiertos dejaban ver miedo, pero también asombro, y en el fondo, muy enterrado, una chispa de determinación. Con sonrisa torcida se acercó aún más a ella, casi como si quisiera besarle, pero siguió su camino hacia su oído para susurrarle

—Estoy seguro mi querida, Nivha, que Zokane nació el mismo día que vos. Estoy seguro ¡porque fui yo! —enfatizó señalándose a él mismo, alejándose para ver su reacción—. ¿Habéis oído? ¡Fui yo! Quien buscó a todas esas crías incluida a la Bluthiem. ¿Y sabéis que tenían en común todas esas mocosas? —guardó silencio un momento, analizando en su mirada sorprendida —. Tenéis en común la misma energía. No hay diferencia, todas se sienten igual, unas con más brillo y con más fuerza que otras, pero es exactamente igual… y de todas esas mocosas, solo una opacaba a todas… ¿Tenéis alguna idea de quién hablo? ¡Por supuesto que hablo de la Bluthiem! Y es ahí donde tu querida Zokane entra, porque casi puedo olerlo, el dulce aroma de esa energía en ella. ¿Y lo sabéis, verdad? ¿Lo feliz que sería nuestro glorioso emperador si acaso estuviera viva y la pudiera conocer?

La sorpresa por todo lo que Eiden había revelado la paralizó por un momento, la intimidación que él estaba haciendo en contra de ella implicaba mucho más que solo una confesión, su cercanía lo decía, de su confianza, de su soberbia. Colocando la palma de su mano sobre el pecho del hechicero lo empujó con sutileza, dejando sentir que de esa misma palma y de su centro comenzaba a emanar un calor que sin duda terminaría en la muerte del hechicero. Su mirada se volvió aguda y sin que le temblara un poco la voz ni el carácter, le volvió a pedir que se alejara de ella.

Eiden sonrió nervioso, sabía que había unas pocas magias que las sacerdotisas manejaban sin necesidad de pronunciar el conjuro, o siquiera que se apoyaran en ninguna runa, era obvio que estaba en desventaja cuando ella decidió defenderse al costo que fuera. En sus cálculos, no creyó que alguien que se había dejado ver tan tímida y reservada la mayor parte del tiempo, ahora mostrara tanta determinación para establecer sus límites.

—Vamos, no perdamos el control —pronunció dócilmente—. Disculpadme si me propasé, no sé en qué momento creí que tal vez sentirías la misma emoción que yo al pensar que Zokane está ligada a la última Bluthiem.

—No os confundáis. Seguiré mi instinto y estaré alerta. Y también os sugiero que lo pienses mejor antes de volver a acercarte a mí. Piensa muy bien a quién traicionas y de qué lado estáis. Y otra cosa… Os guste o no, le debéis demasiado a esas tres y que vayas por el mundo diciendo semejante barbaridad las puede poner en riesgo.

—Tal vez tengáis razón en eso último, pero que yo mencione a las Arpías en mis informes no me hace ningún traidor, al contrario, ellas deberían sentirse halagadas; tal vez un encuentro con el emperador les vendría bien.

—¿Os parece que ella tenga muchas ganas de algo semejante? —preguntó Nivha.

Cansada de la discusión dio por terminada la charla sin buscar respuesta. No deseaba permanecer un momento más en su presencia, y como no podía simplemente deshacerse de él, preparó sus cosas dando las gracias a los Aubery por su hospitalidad y se marchó al hostal donde las chicas se hospedaban, segura de que podría permanecer con ellas el tiempo que hiciera falta, dejando a Eiden como escolta adicional en espera del futuro señor Ardaithe.

XIV

Siguieron la ruta hasta encontrar el cruce de caminos donde habría que elegir: un camino los llevaría hacia Las Pumbres del Prisma, tierra de energías místicas y avasalladoras, lugar donde se dio origen al mito del castigo y el exilio; el otro camino los conduciría a la antigua ciudad abandonada que un día ocuparon los Bluthiem.

Para Zokane, el hecho de poder visitar su antiguo hogar, un lugar que creyó jamás volvería a ver, le aceleraba el corazón de mala manera. No estaba segura de querer redescubrir ese mundo que le fue negado, y cada paso que daba la imposibilitaba, volviéndose más reservada, distante e inmersa en sí misma. Al llegar al paso que dividía las cumbres del prisma y la antigua ciudad maldita, Zokane continuó caminando rumbo a las cumbres del prisma y nadie la cuestionó. Todos estaban deseosos de descubrir esos parajes divinos.

A su paso los paisajes se volvieron de fantasía en una mezcla mística de tranquilidad, el clima fresco distaba mucho del clima semifrío que había en el resto del territorio, y las aves doradas surcando los cielos embellecían todo con sus radiantes destellos. Los bramidos de las bestias poco a poco dejaban de resonar a la distancia, y todo se volvía calma cuanto más se acercaban a su destino: un bosque encantado dentro del mismo bosque que contenía musgos y hierbas medicinales que en ningún otro lugar podían conseguirse. Y una vez ahí, podrían ver sobre sus cabezas, la isla flotante que diera hogar a los dioses con sus majestuosas cascadas que tocaban la tierra y el bosque en forma de brisa.

Cuando llegaron al bosque encantado que delimitaba su viaje hacia Las cumbres del prisma, se sintieron diminutos en comparación con los árboles gigantes que parecían rascar el cielo con sus frondosas copas y que, ni por que se tomaran todos de las manos e intentaran rodear los gruesos troncos lograrían hacerlo.

Decidieron pasar la noche ahí antes de poner un pie dentro del bosque encantado. Los mitos y los relatos que de ahí se contaban eran tan vastos y distintos, se había llegado a la conclusión de que cuando se viaja solo, aquel lugar entregaba en un momento que duraba muy poco, todo lo que más deseabas, ya fueran seres queridos o hallazgos importantes; aunque también había innumerables búsquedas de hombres que no volvían, y justamente donde acampaban, estaba lleno de lápidas grabadas en piedra con el nombre de los desaparecidos.

—Imagino que todos ya sabrán que dentro de este lugar habita una criatura de considerable peligro —les habló Zokane, preparándolos para su entrada al bosque.

—Claro —respondió Eiden sintiendo una extraña emoción—. ¡La serpiente de río! Todos saben de ella.

—¿Y todos saben qué hace peligrosa a esta criatura mitad humana mitad serpiente?

—No sé, déjame pensar —exclamó Nivha rascándose el mentón, como si en verdad estuviera pensando su respuesta—. ¿Será su escurridiza naturaleza? ¿O será su gusto por seducir y devorar a los varones que se entregan a ellas por voluntad?

¿—Solo a los hombres— ?preguntó Tivana sintiendo angustia.

—Sí, solo a los hombres —confirmó Zokane—. La única manera de evitar el embrujo que la serpiente deja para atrapar a sus víctimas, es que todo hombre sea acompañado de una mujer. Suena ridículo, pero así funciona, y mientras estemos dentro, no se alejarán a más de siete pies

de distancia. De hacerlo, volverán lo antes posible al lado de su acompañante.

Tivana tomó del brazo a Gareth con tanta fuerza que le arrebató una sonrisa, y no tuvieron que decir nada para que el resto supiera que ellos dos no se separarían el uno del otro. Ahora era turno del resto para formar una pareja, y antes de que alguien se adelantara Zokane eligió a Yahel. Eiden no quedó muy conforme dejando ver que él deseaba hacer equipo con ella, pero eso era justamente lo que Zokane no quería, y es que para ella no había opción, Eiden le crispaba los nervios y Luther era otro poco de lo mismo, con ambos se sentía espiada e insegura.

Finalmente Vaéris tomó lugar con Eiden y Nivha con Luther. Una vez organizados, emprendieron su camino al interior del bosque. La maleza a cada momento se volvía más espesa, y las copas de los árboles fueron bloqueando todo rastro de luz a su paso hasta cubrir el cielo, momento en el cual atravesaron una delgada barrera energética perceptible para todos que les nubló la claridad de todo, podían estar caminando en círculos sin saberlo y hasta el tiempo y la distancia se volvieron dudosos. La única forma de saber si viajaban en la dirección correcta era con la guía del cristal milenario que Táiwel había regalado a Nivha, cuya punta siempre resplandecía cuando señalaba hacia el centro del mismo bosque.

Pero no todo era abrumador, el bosque mantenía su presencia viva y el follaje de cada árbol, sobre todo en las partes más altas emitía un tenue resplandor blanquecino. La humedad era considerable, y en cada rincón podían encontrar riachuelos que discurrían con calma pero que nunca alcanzaban a salir del bosque. Belleza como esa solo les dejaba la expectativa en alto respecto a las maravillas que habría en la montaña flotante, antiguo hogar de los dioses. Aunque, eso tampoco lo sabrían, el conocimiento para acceder a ella se había perdido en el castigo y ahora, solo quedaba verlo desde abajo, oculta por las nubes.

Sin percepción del tiempo, procuraban tomar descansos regulares y dormir un poco de vez en cuando, no había guardias pues no había bestias que temer, siempre y cuando se mantuvieran cerca de su pareja elegida, durmiendo incluso espalda contra espalda por si las dudas.

Todas las precauciones fueron en vano cuando en algún momento del camino, Yahel quedó presa por el canto de una serpiente de agua. Lo supieron al ver su mirada perdida y sentir su cuerpo flácido, pero más que eso, ver su voluntad perdida al no responder ni reaccionar a ningún estímulo, y por su terquedad de mantenerse caminando sin aparente rumbo.

La discusión por lo ocurrido se hizo presente y no tardaron en culpar a Luther, que ya los tenía hartos con sus comentarios fuera de lugar respecto a la cercanía que mantenían la Arpía y su señor. No había mucho que pudieran hacer, dejar de discutir era una de las pocas cosas, y la otra, fue seguir a Yahel en su trance siguiendo el camino que le marcaba la serpiente.

Una vez en su presencia, exigirían que retirara el embrujo y aunque sería difícil que la serpiente lo entregara, siempre estaba la opción de luchar con sus vidas por recuperarle, aunque esa era la peor opción, a la primer señal de ataque la escurridiza criatura se perdería en el fondo de la poza para no salir más, dejando a su presa con el embrujo y condenándolo a una vida inanimada, como si su verdadero ser se mantuviera perdido en sus adentros, y su cuerpo fuera una cáscara inservible llena de incoherencia y enajenación.

La caminata siguiendo a Yahel fue larga, y una vez llegaron a un claro donde se daba forma un estanque, encontraron a la criatura esperando en la orilla. Su cuerpo escamoso y delgado comenzaba con una cabeza femenina de grotescas facciones, su escaso cabello denotaba aún más la falta de nariz y orejas, y su boca semihumana se plagaba por una hilera de puntiagudos dientes, que, en conjunto con sus grandes ojos amarillos de reptil, provocaba que pasaras por alto su torso humano, con sus brazos extremadamente largos y dedos membranosos, unido todo a una alargada cola de serpiente. Con su voz dulce y melodiosa, casi humana; entonaba un canto que

mantenía a su presa inmerso en su embrujo mientras destellaba sus escamas y como bruma, entraba por los ojos de Yahel.

La serpiente siseó con fuerza al ver llegar no solo a su presa sino también a sus acompañantes, y tras una carcajada escalofriante, pronunció en palabras entendibles la advertencia de que se alejaran. «Era su hombre», reclamaba, y lo necesitaba, sería parte de ella y pasarían toda la eternidad juntos.

Luther fue el primero en exigir la liberación de su señor y en respuesta recibió la carcajada de la serpiente. «Era suyo» recalcó, y extendiendo sus brazos exageradamente largos llamó a Yahel. Gareth y Luther tuvieron que sujetarlo con fuerza para detener su avance. No había mucho que hacer más que insistir tanto como pudieran, aunque realmente no les quedaba mucha esperanza y entonces, Zokane recordó que mientras leía en la biblioteca de la ciudad Aubery, había visto un relato de un sobreviviente: gracias a su esposa, que rogó y lloró por que le devolvieran a su marido, la serpiente pudo ver el amor que ambos se tenían y gracias a eso él quedó libre del embrujo. Zokane no lo pensó demasiado, las palabras salieron de su boca y la serpiente la miró llena de ira, tal vez dispuesta a no dejarle ir.

—¡Ese hombre es mío! —sentenció Zokane mostrando decisión, sorprendiendo a todos con su inesperada acción—. No puedes reclamarlo como tuyo porque este hombre me pertenece.

Mostrando los dientes, la serpiente siseó como advertencia, pero Zokane no retrocedió ni un poco y se acercó a ella mostrando su coraje y determinación.

—¡No me engañes, mujer! —respondió extendiendo su torso como cobra dispuesta a pelear —. Puedo verlo claramente, su corazón podrá ser tuyo, pero el tuyo pertenece a otro ser...

—¿De qué engaño hablas? Te dije que era mío, jamás dije que yo fuera de él. Pero ese no es asunto tuyo, y si no estás de acuerdo, estoy dispuesta a todo por conservar lo que por derecho me pertenece.

La determinación de Zokane por llegar a las últimas consecuencias era real, de la misma forma que lo eran sus ganas por salvar a Yahel. No se acobardó en ningún momento, sujetó su espada sin desenfundarla y la serpiente pudo sentir y reconocer el poder en esa mujer. La energía que emanaba le recordaba tanto a la de sus antiguos señores que ella veneraba y de los cuales era guardiana. Volvió a sisear y mostró los dientes sintiendose en desventaja. El acto de la mujer también la había hecho sentir insignificante, y contrajo sus escamas apagando el destello de su embrujo, liberando de paso al hombre que tenía prisionero. Aun con su derrota y cediendo al hombre, mostró ira en su mirada al observar a Zokane antes de sumergirse en las aguas del estanque.

Había sido tan fácil y rápido que ninguno lo podía creer, no obstante Zokane no bajó la guardia y les ordenó apresurar el paso para alejarse lo más posible. Yahel aún estaba fuera de sí, pero podía caminar, y Zokane, prestando atención al agua y a los ojos de la serpiente que vigilaban con atención, entrelazó sus dedos con los de Yahel tirando de él. El heredero Ardaithe la siguió sin oponerse, como si el embrujo del que antes fuera presa recayera ahora en manos de la Arpía facilitando con eso su escape.

Una vez sintieron que la distancia era prudente se dieron su tiempo para reanimar a Yahel. Un paño con licor para que lo respirara ayudó bastante y un té bien caliente lo repuso otro poco, y aun así, lo obligaron a caminar siempre de la mano de Zokane hasta que sintieron que habían abandonado el territorio de la traicionera criatura.

XV

Cuando por fin pudieron poner al tanto de lo ocurrido a Yahel, simplemente no lo podía creer, en su percepción, solo había dormido un rato. Miró a Zokane admirado de la determinación que tuvo en salvarle, y la observó de tanto en tanto mientras escuchaba todos los detalles. Zokane no decía nada, parecía no querer ser partícipe del relato, y ocupó su tiempo en limpiar el barro de sus botas. Aunque quería ocultarlo se notaba que estaba ansiosa, lo que Yahel no sabía era que ella podía sentir la mirada del heredero Ardaithe y esa sensación le erizaba por completo la piel.

Para Yahel fue divertido ver la destreza con que se hacía la ocupada, era divertido por el simple hecho de darse cuenta con ello, que el tema le incomodaba al punto de no querer ni verlo, y eso solo podía significar una cosa: en definitiva, él ya no le era indiferente.

Ya lo había notado antes, en la forma en que lo miraba y en el rubor que se apoderaba de sus mejillas cuando la descubría, pero lo ocurrido con la serpiente se lo confirmaba, también conocía relatos de los pocos sobrevivientes, todos salvados únicamente por el amor que él y su pareja se profesaban. Yahel no podía decir que entre ellos existiera amor, pero sí podía asegurar, por lo menos de su parte, que era algo muy parecido.

Se sentía halagado de saber que ella pudiera verle como el hombre que era, y su corazón se aceleró sintiendo una inusitada alegría que se apagó momentos después. ¿De qué se alegraba si sus destinos estaban tan lejos uno del otro? Pese a todo, le debía las gracias, y se acercó ofreciéndole un poco de té como pretexto. Además, seguramente aquella serpiente no sería la única y aún debían mantenerse cerca hasta salir de aquel bosque.

—Menos mal que soy vuestro hombre —le susurró al acercarse a ella con una sonrisa pícara ofreciendo el pocillo humeante.

—¿Qué, ahora debo convencerte a ti? —respondió seriamente sin mirarle—. ¿No basta con haber convencido a la serpiente?

—¡No, no! Yo estoy convencido —afirmó con esa actitud seductora inquebrantable—. Pero eso no quita que quiera agradeceros —le dijo, insistiendo para que tomara el té.

—Ni lo menciones. Tú habrías hecho lo mismo por cualquiera de nosotros.

—¡No! —exclamó conteniendo la risa—. A Gareth lo dejaría ser tragado por el mismo averno sin parpadear.

El comentario le robó una carcajada a Zokane y se arrepintió de voltear a verlo: atraída por su sonrisa se fijó en sus hoyuelos picarones que resaltaban la forma de su boca. Sonrojada, quiso desviar su atención de ese descubrimiento, pero se vio atrapada por sus ojos pardos y advirtió las vetas verdes que resplandecían de manera peculiar con la luz natural del bosque.

Expulsando el aire por la nariz, dejó escapar una risita mientras palmeaba el hombro de Yahel aceptando de esa forma su agradecimiento y el té, pero sobre todo, para escapar de sus pensamientos, porque, lo quisiera o no, también era la primera vez que se daba cuenta de todo ese porte masculino que nunca había notado en el heredero Ardaithe.

Era un hombre peculiar, comprometido, honesto y leal, todo lo que su condición de gran señor le exigía. En ese momento Zokane entendió que el heredero Ardaithe tenía todo lo bueno que cualquier mujer podría desear, algo que en definitiva no era para ella, ni siquiera en forma de una fugaz aventura. Se sintió absurda y confundida de estar teniendo esa clase de pensamientos ¿Qué

tenía en la mente como para estar pensando semejante estupidez?

Cuando Eiden los llamó para llenarles los tazones con sopa caliente, Yahel se puso en pie, miró a la joven sentada y dando un ligero golpecito con la punta de su dedo señaló el prendedor que le había obsequiado. Sin decir nada se alejó unos pasos para tomar un par de tazones y mientras tanto, un momento era todo lo que Luther necesitaba.

—Que conveniente para ti, ¿no es así? —le susurró.

—¿Disculpa? —preguntó confundida.

—Atar a un gran señor a tus faldas de esa manera. ¡Ni a la mejor se le hubiera ocurrido!

—Explícame de qué manera lo até a mí, porque no entiendo nada.

—Sabes bien de lo que hablo. ¿Tu hombre? —expresó resaltando sus palabras con desprecio —. Bendita serpiente, su embrujo te vino como anillo al dedo.

—¿Qué pasa, Luther? —preguntó Yahel haciendo evidente la interrupción, pues Zokane no se limitó a susurrar como lo hacía el viejo—. ¿Nos contarás alguna anécdota para distraernos?

—Que la arpía nos cuente uno, parece que le salen al paso —replicó sin pensarlo, dejándose llevar por la ira.

—Te recomiendo que recuperes la sensatez —advirtió Zokane.

—Quien la perdió fuiste tu. Por eso, cuando mi señor esté en su hogar lejos de tus garras, yo estaré tranquilo —se mofó entre dientes mirando a Zokane.

—Una palabra más, Luther —se anticipó Yahel con toda severidad— y desearéis no haber venido a este viaje y no haber servido a mi familia.

La mirada severa que Yahel le dirigió fue suficiente para cerrarle la boca, obligándolo, sin que el heredero Ardaithe dijera nada más, a agachar la mirada. Con solo la mirada lo envió al lado de Nivha recordandole que aún estaban en territorio de la serpiente. La situación se volvió tan incómoda, que Nivha tuvo que hablarle como si fuese un niño, recalcando que debería estar agradecido con Zokane por lograr que la serpiente liberara a su señor en lugar de concentrarse en tonterías.

Desde ese momento fue rotundo el cambio de actitud de las Arpías hacia Luther. Para ellas dejó de ser un aliado y pasó a convertirse en el perro guardián que era. Ninguno supo cómo remediar aquella rencilla, porque incluso Yahel parecía no tener interés en remediar algo, y dejó de tratarlo como un camarada acentuando su relación de señor-sirviente. De alguna manera tenía que compensar a Zokane, y la mejor forma era demostrando que aquel guardia era solo un guardia, que jamás estaría por encima de ninguna de ellas.

*

Guiados por el cristal que Nivha resguardaba, llegaron a su destino. En ese punto, el bosque se cortaba de tajo y desde la cima de un despeñadero apreciaron bajo sus pies, sostenido por una cuneta, cientos y cientos de pozas cristalinas de variados tamaños, ocultas sutilmente por el espeso follaje blanquecino de peculiares sauces llorones. Pero, lo verdaderamente impresionante, fue ver sobre sus cabezas la colosal isla flotante que no dejaba ver sus maravillas debido a la altura y a las nubes que la cubrían. Se dejaron admirar por lo insignificante que eran ellos en comparación con aquella masa de tierra que flotaba sobre sus cabezas, pero más admirable era el hecho de que, a pesar de tener ese tamaño, la isla no podía verse desde ningún punto más que ahí, como si una energía mística protectora le volviera invisible.

Enmudecidos ante el espectáculo comenzaron a bajar el despeñadero; la piedra negra que lo conformaba se unía al suelo con la tierra igual de negra, y el agua cálida que caía como una

suave briza, rociaba el peculiar musgo que se camuflaba en el tono negro de su entorno.

Extasiados, se mantuvieron atentos a la hermosura del lugar: majestuosos, los árboles desde tierra mostraban su follaje verde de un lado, blanquecino del otro, y en el suelo, el musgo cubría gran parte de la tierra y los árboles, dando la sensación de tener bajo los pies una gruesa y esponjosa alfombra adornada por bellas flores que matizaban en gamas azules el musgo. La brisa que caía creaba una fina neblina que flotaba libre en armonía, y el resplandor natural del follaje hacía pensar que los árboles cobrarían vida y se levantarían ante los extraños que habían irrumpido su paz.

Pasaron el día recolectando el musgo, los bulbos, las raíces y la corteza, no sin antes montar una carpa de tamaño suficiente para estar todos juntos y mantener sus cosas y a ellos mismos secos durante los descansos. No sabían si ese lugar también fuera parte del territorio de las serpientes, pero por si las dudas continuaron en pareja.

Durante la noche, la inmensa tranquilidad les hizo sentir protegidos por una fuerza superior que velaba por ellos, y por eso, cuando escucharon un poderoso bramido que resonó en cada poro de su piel, proveniente de la montaña flotante, la tranquilidad los abandonó, pero no a las Arpías, ellas se enderezaron poniendo atención a su entorno, buscando con la mirada, seguras de que ese bramido pertenecía al dragón negro al que de vez en cuando se topaban.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Eiden, mostrando cierto pánico en sus facciones.

—Tranquilo —lo reconfortó Vaéris—. No lo puedo afirmar, pero estoy casi segura de que se trata de un viejo amigo.

—¡Mejor dicho, nunca! —exclamó Zokane mostrando la mejor de sus sonrisas.

—Creo, que lo que mis hermanas intentaron decir, es que ese bramido lo ha hecho un hermoso dragón negro al cual nos hemos topado desde que nos hicimos cazadoras.

Todos lucían tan exaltados que ellas tuvieron que relatar cada uno de los encuentros que tuvieron con el dragón. Esa fue la única forma de explicar cómo es que pudieron reconocer el bramido tan peculiar. Nivha y Eiden fueron los más sorprendidos. Algo que no se encontraba en ningún texto, salvo en los que se resguardan en palacio, era que los dragones se habían marchado junto con los dioses, y que un aviso quedó en su partida: de regresar, lo harían los dragones, y lo harían para terminar lo que un día comenzó como el intento de purgar el orbe de la humanidad. En pocas palabras, el regreso de los dragones era preludio de caos y destrucción.

Los dos hechiceros se miraron con recelo, se resistían a creerlo, pero Yahel llegó al rescate afirmando que él mismo lo había visto, y cuando les relató lo ocurrido aquella noche durante el desierto, no tuvieron más opción que creer que era verdad. Nivha tragó saliva y volvió a lo suyo acondicionando el musgo para su conservación, mientras que Eiden, se sentó debajo de un árbol y permaneció con la mirada perdida observando el pocillo que había llenado de agua. Zokane los observó un momento, su seriedad era inusual, pero pensó que se debía a la impresión de haber escuchado el bramido. Sonrió para ella misma al ver una luz emanar de los ojos de Eiden, la cual, se reflejaba en el agua «bonita forma de calmarse él mismo» pensó.

Una vez llenos de tantos costales como podían cargar, emprendieron el camino de regreso, donde entrar era una cosa, pero salir era cuestión y voluntad del bosque. Se decía que si estaba de buen humor te expulsaría sin demora; de lo contrario, vagarías sin tiempo indefinido hasta que el bosque se aburriera de tu compañía.

Afortunados fueron de que el bosque estuviera de buen humor, pues solo fue cuestión de días para que el destello de una luz que dificultaba la vista les regalara un espectáculo mágico y fuera de ese mundo: las ramas y los troncos comenzaron a moverse, un mareo se apoderó de ellos haciéndoles perder el equilibrio cuando la tierra cobró vida en movimientos ondulantes, y cuando

finalmente pudieron recuperarse, ya se encontraban en las afueras del bosque, justo en el mismo sitio donde habían comenzado antes de entrar.

Se sintieron agradecidos por la oportunidad de haber pisado tierra sagrada, pero ahora era momento de continuar y lo hicieron con la visión más hermosa que jamás pudieron esperar cuando el gigantesco dragón emergió de entre las copas de los árboles. Eso era lo más cerca que habían podido estar de él, incluso las chicas. Su vuelo, creó una fuerte ráfaga de viento que les agitó el cabello y las ropas. El dragón se elevó en el aire dejando un bramido tras de sí, enmudeciendo su entorno en un espectáculo solemne, pues no había criatura alguna que se atreviera a hacer ruido alguno.

Zokane sintió angustia de verle, la necesidad de ir corriendo detrás de él fue más fuerte y no lo pudo contener, sin apartar su mirada de la criatura dio unos pasos apresurados hasta que logró contenerse. Se quedó clavada al suelo viéndolo partir, sus labios se movieron por sí mismos, el susurro que salió de su boca pronunció el nombre “Darcié” y no lo supo hasta ese momento, de lo mucho que extrañaba a su errante desaparecido.

—¿Estás bien? —escucho la voz de Tivana que la regresó a su realidad—. Jamás te había visto tan fuera de ti misma.

—Esos son trances —aclaró Eiden— y son generados de esa forma cuando los aprendices a hechiceros se resisten a despertar algún don. La cuestión es… ¿Por qué reaccionaste de esa manera al dragón?

Zokane le miró sin ocultar su fastidio. No se trataba de lo que él decía, fue un simple impulso, un recuerdo, un anhelo lo que la movió, fue extraño recordar a Darcié, sí, también fue extraño que su nombre se escapara así de sus labios, pero de eso a que fuera un trance distaba mucho de la realidad.

Suspirando con fuerza ignoró al hechicero haciéndolo evidente. No tenía por qué dar explicaciones a nadie de lo que había ocurrido y no lo haría, en su corazón guardaría todas esas emociones. Entonces recordó cuando conoció a Darcié: poco antes el dragón se hizo presente y después apareció él. La ansiedad se apoderó de ella al imaginar la posibilidad de que la historia se repitiera y buscó con la mirada por todas partes, por si acaso Darcié pudiera aparecer de repente, y al no hacerlo, su corazón se volvió a partir como tantas otras veces cuando estuvo tan segura de que él llegaría.

XVI

Los diez días que les tomó llegar a la ciudad prohibida fueron un martirio para Zokane, y pese a eso, no pudo negar que esa parte de la región era hermosamente peculiar. El clima por las mañanas era frío, al medio día fresco, templado por la tarde y durante las noches se volvía frío nuevamente con la neblina que se iba espesando conforme la noche avanzaba hasta el amanecer. La peculiar belleza de la ciudadela era algo no esperado.

Congeladas en el tiempo, tanto el palacete como la ciudadela se erguía en la cima de dos cerros enormes, la naturaleza voraz, estaba a punto de tragársela por completo y apesar de eso, del notorio deterioro, aún se distinguían las emblemáticas casonas que formaban el pueblo, ubicada en uno de los dos cerros, y que hacían resaltar el derruido palacete, acunado en la cima del otro cerro, comunicados por un ancho puente natural que unía a ambos.

Con manos sudorosas y pasos indecisos, Zokane avanzó con el grupo siguiendo a Tivana que le había tomado la mano. Tuvo meses para prepararse, para mentalizarse; para que sus nervios no la traicionaran, pero fue más de lo que pudo imaginar; su corazón latía desbocado con el simple hecho de estar parada frente a la reja oxidada que abría paso al enorme palacete.

Letreros grabados en piedra señalaban la vergüenza que había dejado el legado, enfatizando a los últimos Bluthiem como una desgracia para el imperio. Los nombres de sus padres habían sido tachados de la piedra deliberadamente para que olvidaran sus nombres, pero el de ella, Meila Bluthiem, se mantenía intacto y remarcado con tintura roja para que jamás olvidaran que la desgracia del imperio se la debían a ella.

Para Zokane, que siempre estaba alerta, aquella fue la primera vez que se le vio completamente fuera de sí. Ninguno pudo entender su actitud, solo Tivana sabía de su más grande secreto.

—Te recomiendo que te tranquilices a menos que desees revelar tu pasado —le susurró Tivana incitando a la calma.

Las palabras de su hermana le hicieron darse cuenta de que estaba fuera de control y que todos lo notaban: su temperatura había disminuido drásticamente, pero sudaba como en el más cálido verano. Disculpándose, pidió a Nivha algunas hierbas para preparar un remedio para el malestar estomacal, y todos le creyeron debido a su pálido semblante. Eiden le dedicó una sonrisa dulce, y tomando el tazón de piedra donde machacaban las hierbas le preparó él mismo el remedio, acompañándola hasta que se tragó toda la mezcla, y una vez la vieron más tranquila, aceptaron la propuesta de Nivha para dividirse y terminar antes de que les atrapase la noche.

Ciertamente a todos les incomodaba estar en el lugar, especialmente porque pudieron constatar algunas de esas leyendas que se creían exageraciones, como el hecho de que, después de la masacre, el emperador no permitió que levantasen los cuerpos y hasta el día de hoy, los esqueletos yacían en el mismo lugar donde perdieran la vida hace tantas edades atrás, dispersos por los pasillos, entre tierra, polvo y enredaderas secas.

Cada hallazgo les dio la oportunidad de percibir el sadismo del emperador al eliminar todo lo que se vinculara al legado maldito. Se podía respirar en el aire un aura de tristeza y venganza, pero también de desolación, y fue Tivana, al ir recorriendo los pasillos, que sintió una presión en

el pecho con tanta fuerza, que dejó todo lo que hacía y se fue en busca de su hermana.

Mientras tanto, había llegado el momento para Zokane de ser valiente. Había insistido en andar sola debido a que pudo darse cuenta de que ninguna bestia le causaba tanto terror como el hecho de estar en su antiguo hogar, no quería que nadie la viera en esas condiciones y quiso distraerse dando su mejor esfuerzo por encontrar las flores de sangre, rareza diminuta de color café ocre que crecía en la oscuridad absoluta de cualquier lugar marcado por la sangre. En cualquier rincón donde no llegara la luz, ahí las encontrarían, y debido a sus gruesos muros y sus innumerables cuartos en su mayoría amueblados, resultaba un foco fácil y próspero para su recolección. Pero todo pasa y las memorias siempre regresan, los recuerdos borrosos de su infancia recobraron fuerza con cada paso que daba, y con cada salón que recorría, sus piernas temblorosas comenzaron a guiarla y en algún momento permitió que sus corazonadas le mostraran el camino.

La sala común aún tenía el candelabro de cristal colgando del techo alto, y la chimenea aún estaba rodeada por el juego de sillones donde su madre leía junto a ella. Tocando la pared con la yema de sus dedos cruzó pasillos y cuartos. Ahí donde algún recuerdo la llevara, ahí se dirigía. La memoria podía fallar levemente, pero el corazón la guiaba y al encontrar algún detalle de inmediato recuperaba el recuerdo vivido.

Sus pasos fantasmales la llevaron por todo el lugar, dejó de ver el abandono y comenzó a ver la casa limpia y con vida: podía escuchar las voces de los sirvientes y las risas de sus padres jugando con ella, sin darse cuenta, volvió a ser niña. Con su cabello limpio y sedoso cayendo libre por su espalda volvió a sentirse la Meila que un día fue.

Sujetó la falda de su vestido y comenzó a correr, riendo y saltando por los pasillos en busca de su madre que se ocultaba de ella; entró a la recámara de sus padres y se arrojó sobre la cama revolviendo las mantas, buscando a su madre entre ellas. Tan rápido como había entrado volvió a salir chocando con su guardia personal, el cual, intentó sujetarla de los brazos para sosegarla, pero ella, pequeña, se escabulló ágilmente y corrió con más fuerza riendo a carcajadas. «Meila, Meila Bluthiem» escuchaba tras de ella, «Os ordeno que se detenga». Su juego por encontrar a su madre se había convertido en la fuga de su guardia y también de su nana, que se había unido a la persecución para detenerla.

En su huida llegó a su habitación abriendo las puertas de par en par pero se detuvo en seco. El cuarto estaba vacío, lucía impecable, pero vacío. Sus risas se apagaron al no saber cómo reaccionar: no estaba el armario lleno de sus vestidos favoritos, ni la sala de estar con los sillones repletos de sus muñecas, ni su alfombra frente a la chimenea donde se recostaba boca abajo a leer, ni su cama, su preciosa cama, con sus cuatro soportes altos que sustentaban una tela fina y transparente con la que se sentía segura y protegida. Todo había desaparecido.

Las manos gruesas de su guardia la tomaron por los brazos y la giraron con fuerza, el regaño se vino de inmediato y las lágrimas de Meila se hicieron presentes.

—No le digas a papá —suplicó con la voz entrecortada.

—¿Por qué habéis corrido así? ¿Quién os estáis creyendo, una criada?

—No.

—¿Entonces, quién sois? —le habló con severidad.

—Yo… —El llanto le imposibilito hablar.

—¡¿Quién sois?! —exigió su respuesta zarandeándola por los brazos.

—¿Qué crees que estás haciendo? —gritó su nana forcejeando con el guardia—. ¡Suéltala!

Los gritos que ambos daban alarmaron a Meila, su corazón se desbocó y las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos. Era ella, era Meila, ¿cómo se atrevía a cuestionarla? «¡Basta!»

gritó desesperada «¡Se lo voy a decir a papá!». El guardia y la nana dejaron la pelea que tenían y la miraron, la nana con miedo, y el guardia con un brillo diabólico.

Quiso volver a escapar cuando los rostros de sus sirvientes comenzaron a deformarse, mezclandose con los rostros de Tivana y Eiden, pero no se lo permitieron. Un inesperado bofetón de su nana la tiró de rodillas, las lágrimas le nublaron la vista y, mientras se limpiaba las lágrimas con las palmas de sus manos, un zumbido comenzó a ensordecerla. Levantando el rostro y parpadeando con insistencia, frente a ella solo estaban Tivana y Eiden.

Se sintió ella misma nuevamente, pero algo había cambiado, sus recuerdos ya no eran vagos ni pocos, eran todos vívidos, como si hubieran ocurrido apenas unas horas antes, y la recámara donde se encontraban era la confirmación, en algún momento del tiempo había sido su recámara. Lo extraño era que de toda la mansión, ese era el único lugar que estaba completamente vacío, no había mucha lógica para eso, y es que, hasta los cuadros familiares repartidos por las grandes salas estaban ahí, aunque a los lienzos les habían desgarrado los rostros para que nadie recordara su apariencia, pero seguían ahí, y que la recámara que un día fuera suya estuviera vacía, le producía inquietud.

—¡Ponte en pie! —le ordenó Tivana mirándola con autoridad.

—Yo me encargo —le dijo Eiden intentando tomar las riendas.

—No es necesario. De mi hermana me ocupo yo —recalcó sin flaquear su autoridad.

Temblorosa, y sintiéndose completamente aporreada, Zokane se incorporó, mientras su hermana la tomaba del hombro por debajo de la axila para dirigirla al caminar. Tivana dio una fría mirada a Eiden obligandole a moverse, abriéndose camino de esa forma. Sin mostrar huida, pero haciendo saber que no se detendrían, se alejaron sin prestar atención al hechicero, y este, las observó alejarse sonriendo para él mismo. Había visto algo en aquel momento y prometió que, sin importar nada, esta vez nada se le escaparía.

Tivana quería alejarse lo más posible del interior de la mansión, lejos de la mirada del mago. Al momento de que el viento fresco de lo que antes fuera un jardín golpeó a Zokane, un impulso asfixiante la hizo vomitar al punto de casi hacerla desfallecer. Frotando su espalda, Tivana estuvo con ella, y se sentaron juntas en las escaleras del jardín con vista hacia una pileta derruida que estaba frente a ellas.

—Pensé que habías enloquecido cuando te vi correr a saltitos. Parecías estúpida entre tanta carcajada —le reveló comenzando la charla—. Pero cuando vi que el hechicero ese te seguía de cerca, supe que algo no andaba bien. ¿Puedes decirme qué es lo que recuerdas?

—No lo sé… todo fue… tan real… —Cubriéndose el rostro quiso evitar el llanto, al no lograrlo terminó ocultándose en el hombro de Tivana—. Todos mis recuerdos volvieron.

—Te creo... tan real, que si yo no hubiera estado ahí, hubieras gritado al hechicero tu nombre completo.

Después de un rato, cuando Zokane ya estaba más tranquila, Tivana le contó cómo fue que la encontró. Cuando le llamó, ella comenzó a correr más rápido y Eiden ya la seguía, y cuando logró alcanzarla, el hechicero la tenía cogida por los brazos exigiendo que le dijera quién era. Zokane tuvo la certeza de que si Tivana hubiera tardado un poco más en llegar, ella habría confesado todo. Ese pensamiento le removió el estómago y un amargo sabor comenzó a inundar su paladar antes de vaciarlo por completo entre la maleza que había junto a ella. Fue entonces cuando sintió ese sutil sabor a hierba negra, hierba, que si se sabe mezclar, inducía a un trance para llevarte al pasado. Mezcla famosa para hacer recordar cosas olvidadas o encontrar algo perdido, o simplemente, hacer confesar tus más profundos secretos. Las emociones fueron tantas al sentirse expuesta y traicionada, que se cubrió la cabeza con las manos, tragó tanto aire como

pudo y se prometió que enterraría sus miedos en el fondo de su corazón. Encontraría la manera de enfrentar a Eiden, lo obligaría para que le dijera por qué le había hecho tomar la hierba, y después, encontraría la fuerza de donde fuera, pero terminaria su viaje con la cabeza en su lugar.

—¡Ese viejo zorro! —musitó con furia preparada para decir todas las maldiciones que supiera en contra de Eiden.

—Dais miedo cuando tienes esa mirada —interrumpió Yahel riéndose por la expresión en el rostro de Zokane—. Iré a investigar un poco. ¿Os gustaría acompañarme?

—¿Qué vas a investigar? —preguntó Tivana sintiendo interés.

—Se dice que en un modesto jardín ubicado en la parte trasera, se encuentra una entrada a la ladera del cerro que da acceso a la cripta familiar de los Bluthiem. Quisiera ver si puedo acceder y rendir una oración a su descanso.

Tivana se levantó tomando a Yahel de los hombros para dirigirlo hacia las criptas, le parecieron acertadas sus intenciones y ella también quiso ser partícipe de esa oración por la familia de su hermana. Obviamente llevar a Zokane sería mucho para ella y le señaló un punto en la lejanía del inmenso jardín donde podía verse a Vaéris arrancar ramas con frenesí y desesperación.

—Creo que tu hermana necesita ayuda —le sugirió, riendo de la pelirroja, mirando fijamente a Zokane para que pudiera leer en su boca el mensaje en silencio: «no estés sola».

Zokane pasó el resto de la tarde al lado de Vaéris, y como era de esperarse, la noche los sorprendió en el palacete. Aunque estaba lleno de polvo y hierbas y plagada de insectos, era mejor dormir adentro que afuera. Eligieron el salón menos dañado, con sus muros y techos aún intactos y las puertas firmemente aferradas en sus goznes, y se atrincheraron ahí.

Encendieron la chimenea que calentó el lugar de inmediato y prepararon una rica cena. El ambiente también fue propicio para los relatos de ultratumba convirtiendo la velada en una agradable y, de alguna manera, lograron no hablar en exceso de la familia que un día ocupó el lugar, fue como una especie de homenaje silencioso, y después de eso solo hablaron de los hallazgos importantes; los esqueletos contados, los muros destruidos, las escaleras traicioneras y los techos a punto de caer.

—¿Nivha, conseguiste suficientes flores?

—¡Sí! —respondió la sacerdotisa palmeando un costal repleto.

—Lamento no haber podido ayudar. No me encontraba bien. Creo que alguien mezcló una hierba que no debía en el remedio que tomé —exclamó Zokane acusando con la mirada a Eiden.

—No podéis quejaros, os cuidé para que no fueras a lastimaros —respondió Eiden, encogiendo los hombros con inocencia, quitándole importancia a lo ocurrido con una sutil sonrisa.

—¿Perseguirla por los pasillos es cuidarla?

—Por supuesto, Tivana. Cuando noté que había dejado un poco de hierba negra en la mezcla, lo mejor que pude hacer para remediarlo fue buscarla y cuidarla mientras pasaba el efecto.

—Las hierbas que debías mezclar para un remedio estomacal no se parecen en nada a la hierba negra —aclaró Zokane mostrando enfado en la voz—. Ni el peor herborista mezcla por error hierba negra.

—¡Vamos, chicas! —replicó con nerviosismo al ver como el reclamo comenzaba a tomar seriedad y forma—. ¡Me descubrieron! No fue un error, lo hice a propósito; pero lo hice para que Zokane se relajara un poco. Últimamente la veo un poco fuera de sí, y lo que sea que le ocurra, quise aliviar su carga. Y lo logré, ¿no? Si os hubieras visto, Zokane, la deslumbrante sonrisa que mostrabas… además… Un poco de hierba negra es inofensiva, a menos que seas alérgica a

vomitar.

—¿Y por eso la sacudías por los brazos mientras la interrogabas? —preguntó Tivana mostrando su enfado.

—Es broma, ¿verdad? —le cuestionó Nivha frunciendo las cejas, claramente cansada de solo escuchar.

—Nunca había sido más serio que ahora.

La mirada que lanzó la sacerdotisa sobre Eiden era de advertencia, mostraba sorpresa, pero también enfado, dejaba ver su inconformidad y hacía parecer que se guardaría el regaño para ellos dos en algún momento de soledad, pero no fue así. La serenidad en su voz fue lo verdaderamente alarmante, y solo Yahel, que había experimentado esa misma situación miles de veces con su padre, supo entender la gravedad del asunto y lo en serio que iba todo.

—Ya os había dicho que guardes vuestras mañas y trucos. No es mucho pedir que respetéis a quienes hacen tanto por nosotros, ¿no? Os sugiero que terminéis vuestras conspiraciones de una buena vez o me desharé de la carga que representais antes de que puedas evitarlo. ¿Lo entendéis?

La seriedad de Eiden hizo creer a todos que se levantaría en contra de ella, pero después de un momento de incómodo silencio, levantó las manos a la altura de sus hombros como muestra de rendición, e inclinó la cabeza hacia Nivha mostrando obediencia, logrando ocultar la contrariedad y la impotencia que sentía.

—¡Vaya, viejo! —entonó Luther peinándose el mentón—. Incluso a mí me parece mal que andes acosando a una jovencita de la edad de Zokane.

—¿Jovencita? —preguntó Eiden torciendo la boca con malicia—. Debe de tener no menos de veintiún edades, ¿y le decis jovencita?

—Como sea. Tus cosas de mago me parecen mal.

Eiden se sintió sumamente enfadado y guardó silencio, lidiar con el hecho de que una niña fuera superior a él era algo que le costaba trabajo, pero de eso a que lo hiciera quedar mal enfrente de todos era un abismo entero. Tampoco podía sublevarse, debía seguir al lado de la sacerdotisa. Le habían encomendado la misión de no dejarla sola ni a luz ni a sombra, y al menos esa parte del contrato junto con algunos de los detalles extra cumpliría. Después, fue sencillo apaciguarse cuando dirigió la mirada hacia Zokane, y sintió la seguridad de haber encontrado el diamante ya pulido. Una sonrisa como muestra de disculpas puso fin al altercado y ninguno quiso hablar al respecto.

XVII

Poco a poco se fueron durmiendo al calor del fuego. Pese a todo, el lugar les daba seguridad. En su paseo por los alrededores se dieron cuenta de que no tenía muestras de haber sido ocupado por ninguna clase de bestia y los bramidos que se escuchaban eran distantes y escasos, los ruidos constantes en los pasillos dejaron de preocuparles, tantas almas en pena debían estar rasgando las paredes de la realidad para ser vengadas, y fue así que evitaron la guardia. Sin embargo, Zokane apenas pudo conciliar el sueño, y cansada de ese mal dormir, terminó sentada en el suelo frente a la chimenea abrazando sus piernas para apoyar su mejilla en las rodillas.

Faltaba poco para el amanecer y hacía ya un buen rato que ningún bramido se dejaba escuchar en los alrededores; en los pasillos ya no se escuchaban los ruidos de todas esas almas en pena. Poco a poco se hizo presente el canto de las aves mañaneras, y con la hipnótica danza de las flamas, la mente de Zokane se perdió en la nada. Tal vez se hubiera dormido así como estaba, pero la llegada de Yahel arruinó cualquier posibilidad.

—¿Qué hacéis despierta? —susurró.

—¿Tú qué haces despierto? —respondió de igual manera.

—Yo pregunté primero.

—Pero eres un caballero y cederás en esta ocasión.

—Eso no es justo.

—La vida no es justa.

—Tenéis razón —afirmó con un suspiro guardando silencio.

—¿Quieres saber qué fue lo que me quitó el sueño? —le preguntó Zokane rompiendo el silencio.

—No lo sé, parece un plan con trampa —bromeó, guiñándole un ojo.

—Con más razón para decírtelo —le concedió, guiñándole de igual manera—. ¿Qué haces viajando?

—¡Pero mira si sabéis cómo sorprenderme! —exclamó Yahel, intentando no soltar la carcajada.

—¡Vas a despertar a todos! —le advirtió pidiendo compostura con las manos—. Es curiosidad. Dices que es por un entrenamiento, pero no te creo. Todos los futuros señores feudales jamás serán entrenados en ningún arte más que el intelectual. Y de todos los señores feudales, tu padre es el más apegado a las tradiciones.

—No es una completa mentira lo que os dije hace tiempo. Mi padre cree que con el entrenamiento adecuado, yo podría despertar todo el potencial del arma —confesó sin pensarlo.

—¿La sinfonía del alma? —preguntó mostrando todo su interés—. He leído sobre las cuatro armas que sirven a los señores feudales. Pero no hay un «despertar todo el potencial» como tú dices, cuando el arma elige a un portador, ya viene todo incluido. ¿Me entiendes? Tu padre ya debió haber encomendado a algún maestro que te ayude en eso, a reforzar la fidelidad del arma hacia ti en el pacto de sangre que debe unirlos… Y eso me genera más dudas. ¿Ocurre algo con el arma?

—Pues no, no hay nada que reforzar —exclamó con una sonrisa irónica—. Si lo hubiera, no estaría aquí.

—Demasiado misterio para mí —suspiró Zokane sin ánimos de indagar.

—Pensé que os gustaban los misterios —replicó sonriente, empujándola suavemente con el codo—. Como habéis leído al respecto, me ahorrarás los detalles… Mi viaje —susurró aún más bajo después de una pausa un poco prolongada—, todo esto… intento ganar el favor para ser elegido el nuevo portador. —Con la confesión, Yahel agachó la mirada sintiendo vergüenza.

—¿La sinfonía del alma no te acepta como heredero? —preguntó sorprendida.

—Mejor dicho, nunca —respondió con una sonrisa obligada.

—¿Han consultado con algún sabio?

—No seáis ingenua, Zokane. Soy la desgracia de mi padre. ¿Cómo queréis que se organice una reunión debido a que el supuesto heredero no es aceptado por el arma que define el legado?

—Estás mal, Yahel, si no eres aceptado, tampoco eres el heredero…

Zokane se mordió el labio al darse cuenta de lo que acababa de decir, pero claro, era demasiado tarde. Yahel la miraba sorprendido e incrédulo. Ella tragó saliva y se relamió los labios antes de poder sostenerle la mirada. Se sentía avergonzada por haber hablado sin pensar y buscó la forma para aminorar sus propias emociones.

—¿Aunque sea, has podido formar un lazo con el arma?

—Tenéis razón, no soy el heredero —respondió rápidamente—. Si lo fuera, entonces mi padre no me habría dejado las marcas del látigo con el que me azotó por no ser aceptado…

La confesión era brutal, eso último resultó más horrible que lo ocurrido con el arma. Zokane no creyó que fueran ciertas todas las cosas que se decían del padre de Yahel, de lo bruto y salvaje que era con sus criados, de lo exigente que resultaba para cualquier mandato y de lo temido que era si por desgracia lo hacías enfadar. Se decía que a su primogénita la había rechazado por el simple hecho de ser mujer, y que humillaba públicamente a su esposa por no darle un hijo varón hasta que nació Yahel.

Al recordar esos detalles entendió el rechazo del arma. Se sabe que ellas difícilmente tomarán por heredero a alguien que no sea el primogénito, y con lo ocurrido con la primogénita Ardaithe, era evidente que el señor feudal se había pasado las leyes entre las piernas y había decidido hacer su voluntad, todo con tal de no poner su legado en manos de una falda débil e inútil, como normalmente se le escuchaba referirse a las mujeres.

—No se puede ocultar lo que el imperio sabe —retomó la charla al advertir el rostro consternado de Zokane—. No se puede negar el salvajismo de mi padre porque él mismo hace alarde de eso en cualquier oportunidad.

—Es tu padre… No deberías hablar así de él.

—No estoy diciendo ofensa alguna… Solo digo hechos… Con su brutal crianza hacia mí y mis hermanas se ha encargado de que no olvide que así fuese por temor, debo respetar y honrar sus deseos sin mostrar debilidad.

Lo poco que había escuchado le dio una nueva perspectiva respecto a Yahel. Pudo detectar en su voz y confirmarlo en su semblante que le causaba una vergüenza y una tristeza profunda, y quiso consolarlo; quiso decirle que no se preocupara, a punto estuvo de decirle que ella había tenido que acudir a su maestro para saber el uso adecuado de Bashitva, pero no pudo hacerlo.

Sin saber cómo apaciguar el alma del joven, Zokane se tomó su tiempo para aclarar sus ideas. Entendía la importancia de que el arma lo aceptara como heredero, todo su legado dependía de ello, pues era bien sabido que, sin falta, un portador engendra a un nuevo portador, y si él no es el portador, ¿quién engendrará al siguiente señor feudal?

Cuando el emperador realice la ceremonia para anunciar al nuevo señor feudal, saldría a la luz su incapacidad, y todo eso no haría más que empeorar la vida de Yahel, pues sin importar la

humillación hacia el legado, Yahel terminará exiliado en el mejor de los casos.

Mirando de reojo al resto que aún dormía no se sintió segura, especialmente con el hechicero por el que se sentía espiada, y colocando un dedo sobre sus propios labios le pidió silencio. Tomando su mano, lo llevó hasta una de las ventanas y, con mucho cuidado de no hacer ruido, la abrió, dio un brinco hacia el jardín y con un movimiento de su mano le indicó que la siguiera.

La curiosidad era demasiada y Yahel saltó, permitiendo que Zokane le tomara la mano nuevamente y lo guiara hasta que estuvieron lejos, lo suficiente como para que la neblina ocultara sus cuerpos, y la distancia les permitiera la privacidad que ella necesitaba.

—Te diré algo… y tal vez pueda ayudarte… Pero te voy a pedir toda la discreción del mundo —le habló titubeante.

—¿Y os quejabais de mi excesivo misterio? —exclamó burlándose de ella.

—¿Puedes o no puedes guardar un secreto? —le exigió; sabía que no tenían mucho tiempo antes de que notaran su ausencia y quería aprovechar aquel impulso para decir lo que tenía que decir.

Con la mirada fija sobre él, lo vio asentir, y para ella, ese brillo en la mirada de Yahel revelando su alma pura y franca fue más que suficiente. Aclarando su garganta, se acercó a él para no tener que alzar mucho la voz, y tras un leve suspiro, se dejó llevar por lo que en su interior sabía era lo correcto.

—Mi maestro, hace no mucho, me mostró la técnica para despertar armas mágicas… específicamente, las armas mágicas de los legados.

—¿Vuestro maestro? —preguntó extrañado al darse cuenta de que solo un hechicero podría hacer tal cosa—. ¿De qué maestro habláis?

—De un mago arcano —le confirmó sus sospechas mirándolo con seriedad para que no quedara duda.

—¿También sois hechicera? —preguntó sorprendido sin podérselo creer.

—No una «hechicera», pero logré despertar algunos dones y… tengo un vasto conocimiento que no he podido llevar a la práctica.

—¿Dones? —preguntó más interesado que nunca.

—Cuando terminemos con Nivha, te llevaré con él. ¿Qué te parece? —le habló tajante para evitar preguntas que no deseaba aclarar—. El viejo es bastante discreto y fiel a sus principios.

—Pero… —vaciló, mostrando dudas—. Mi padre…

—Tu padre no tiene por qué enterarse —le interrumpió queriendo hacerle sentir seguro—. Luther tampoco —se anticipó—. Basta que digamos cualquier pretexto con la sacerdotisa y punto. El viejo es famoso por sus mezclas mágicas… Algo se nos ocurrirá cuando llegue el momento.

—Acepto —respondió después de pensarlo un poco—. Pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que dejéis de sentir lástima por mi. Creedme cuando os digo que salir a la aventura buscando el favor de un arma fue lo mejor que pudo haberme ocurrido… Gracias a eso, os conocí a vos.

Asintió a sus palabras y le sugirió regresar, antes de que la mirada dulce de Yahel comenzara a hacerla sentir incómoda. Juntos habían dado un paso más allá en su amistad, ambos habían confesado algo que jamás hubieran revelado a nadie por gusto propio, ninguno de los dos lo había pensado, y tampoco se detuvieron a sentir ni miedo ni dudas; muy en el fondo, sentían que podían confiarse la vida.

Zokane había dado media vuelta y comenzaba su camino de regreso sin percatarse de la

sonrisa en el rostro de Yahel. Para él, muchas cosas ahora tenían sentido y no dejaría pasar la oportunidad. Un par de zancadas y la alcanzó, tomando su mano la detuvo y parándose frente a ella buscó su mirada para hablarle.

—Todo este tiempo habéis tenido como loco a Eiden con sus teorías respecto a ti, y ahora resulta que siempre tuvo la razón. ¿Qué haréis el día que lo sepa?

—El viejo Eiden no necesita saber nada —le respondió con seriedad.

—¿No revelareis al mundo tus dones?

—Mi mundo son mis hermanas y ellas lo saben. No necesito más.

—Pero ahora yo también lo sé… ¿eso me hace parte de vuestro mundo?

Al tomarle la mano para detenerla no se la soltó, fue un acto inconsciente pero, con su pregunta, entrelazo sus dedos de una forma tan natural que ninguno de los dos tuvo tiempo así fuera para el razonamiento. Zokane bajó la mirada para ver su agarre. Sus manos eran grandes, mucho más que las de ella y se sentían suaves, no como las suyas. Levantando la mirada lo vio distraído. Observando sus manos entrelazadas, le vio la ensoñación en los ojos y le vio el alma expuesta. Suspiró afianzando sus dedos con fuerza y Yahel buscó su mirada mostrando sorpresa.

—Tal vez te lo has ganado —respondió mostrando recato y un ligero rubor en sus mejillas—. Por ahora, lo eres.

Un nuevo apretón de sus manos reafirmó su cercanía, y Yahel entendió la importancia de todo aquello y de lo comprometido que estaba él mismo por no defraudarla nunca. No tenía que decirlo, pero de todas formas lo hizo, le juró que jamás revelaría su secreto a nadie, y se dio cuenta de que con ella la vergüenza de que supiera lo que ocurría con su legado se había ido, al contrario, se sintió liberado y agradecido de haber descubierto el verdadero significado de la confianza.

Mientras que, Zokane, tuvo que enfrentarse a sus emociones y aceptar lo que sentía, no podía continuar negándolo, no a ella misma. Se había convertido en algo tan fuerte como para querer sepultarlo. Cada latido de su corazón resonaba de tal manera que desbocaba todo ese aleteo que palpitaba en su estómago, una sensación que conocía bastante bien, la misma que sintió durante tanto tiempo por Darcié, y se maldijo internamente al aceptar que todas esas sensaciones le gustaban demasiado, y al asumirlo, todo encajó dentro de sí: por eso buscaba su mirada y su compañía, qué otra razón para que se le encendieran las mejillas por cualquier tontería, si todo era tan claro, por eso no podía dejar de pensarle, y sintió rabia de sí misma, de su poco autocontrol y de su estupidez al estar sintiendo lo que sentía, de haberse enamorado del peor candidato posible, igual como le ocurrió con Darcié.

XVIII

En el palacete Ardaithe, las mañanas frías eran duras de soportar y Romina parecía estar harta de su entorno. Ninguna frazada podía mantenerla caliente y hasta llegó a compararse con las lagartijas que buscaban la luz del sol para calentarse. Esa mañana era especialmente fría a pesar de estar en pleno verano. No había podido dormir en toda la noche, y por si eso fuera poco, había elegido el rincón más apartado del jardín para ocultarse; sin importar que no fuera la acción más inteligente al estar a la intemperie. Sin embargo, no tenía ganas de ver a nadie, ni que le dijeran palabra alguna, no quería ser cuestionada y mucho menos que la mirasen con lástima.

Todo se debía a que la tarde anterior había recibido una carta urgente proveniente del feudo vecino de los Aubery, escrita por la hija pequeña del legado. El suceso era algo insólito, Romina ni siquiera conocía a la muchacha, y como era de esperarse, no había podido contener sus emociones, ni al recibir la carta al mostrarse en exceso emocionada por que otra dama de gran alcurnia quisiera comunicarse con ella, y mucho menos su disgusto al leerla.

Se encontraba en compañía de sus suegros y cuñada, compartiendo una velada como cualquier otra cuando decidió leer la carta. Apenas comenzó se le borró la sonrisa, y conforme los renglones avanzaban sintió la cara roja y una punzada en el pecho que le estrujó el corazón. La rabia que se apoderó de ella le llenó los ojos de lágrimas y antes de que pudieran preguntarle lo que ocurría se puso en pie y abandonó la estancia enclaustrándose en su habitación. Por supuesto que llamaron a su puerta intentando hablar con ella, pero a Romina no le importaba nada de quién se tratara. Quería estar en soledad.

Apenas el sol rozó los jardines, salió a hurtadillas esperando no ser vista. Se sentía cansada de luchar por un hombre que apenas conocía, y su orgullo le decía que ningún lugar entre la corte del emperador parecía tan bueno como para tener que estar soportando tantas habladurías y que, con eso, su honra quedara por los suelos.

Suspiró con fuerza intentando tragarse el nudo en su garganta, era demasiado orgullosa como para permitir que las lágrimas de frustración se mostraran. Lo había decidido, ella misma terminaría el compromiso; cuando pudiera moverse lo haría… pero, según el tiempo pasaba esa idea la abandonaba. El sueño de ser la gran señora se le había metido tan adentro que no se sentía capaz de vivir una vida que no fuera la que ahora tenía y, por supuesto, no había nadie mejor que Yahel para cumplir su sueño.

Era tan caprichosa que incluso renegaba por el hecho de estar viviendo bajo el manto del legado Ardaithe. ¿De qué le sirvió abandonar su hogar desde hacía tanto tiempo si no podía convivir con su prometido? De haberlo hecho como las leyes previas al matrimonio demandaban, ya habría puesto el juego a su favor, sabía de sobra lo que a los hombres les agrada, y estaba segura de que si les hubieran permitido pasar tiempo con Yahel ya lo habría conquistado, de haber sido así ahora no tendría que estar preocupándose por sus absurdas infidelidades que la denigraban con tantas habladurías.

Un nuevo suspiro le hizo enderezar la espalda, cerrando los ojos levantó el rostro al cielo. Era la primera vez que sentía una confusión tan abrumadora, la furia era tanta que olvidaba que se estaba helando ahí afuera.

—¡Querida! —exclamó Kirios con voz dulce y suave—. Os hemos estado buscando. ¿Qué hacéis aquí afuera?

—Con todo respeto, señor —respondió sin ninguna entonación en su voz y con la seriedad profunda de la depresión—. Si estoy aquí afuera es para estar sola.

—Si me dijeras qué os ha perturbado, tal vez podría hacer algo por vos.

—Con todo respeto, señor —repitió su frase en tono descontento—. Ya ha tenido la oportunidad de hacer algo con su hijo y no ha podido.

—Lamento mucho vuestro agobio; pero me veo obligado a exigir que me entreguéis la carta que habéis recibido.

Romina le lanzó una breve mirada desafiante, pero el señor Ardaithe se mostraba tan severo y al mismo tiempo amable que, sin pensarlo, le ofreció la bola de papel que mantenía entre sus manos.

Sin voltear a verle, mucho menos expresar palabra, perdió la vista hacia la profundidad del jardín mientras el regente desarrugaba la hoja para poder leerla. Frunció las cejas cuando se dio cuenta que había intentado quemarla y aunque faltaba un trozo del escrito, era completamente entendible el contenido.

La carta detallaba el encuentro de Yahel y Zokane ocurrido el día dedicado al Lanish Manum dentro de la ciudadela Aubery. Lo que la menor de las hijas describía eran por mucho perturbador: miradas cómplices, sonrisas coquetas y descaro total. La moneda de oro que Yahel había pagado por un finísimo prendedor no era nada comparado con el gesto de haberlo colocarlo el mismo sobre el pelo de Zokane. El descaro indecente que mostró en su acto, aun en presencia de la guardia que los escoltaba a ambos, la había hecho vivir el momento más vergonzoso de su vida. La muchacha Aubery aseguraba que en el tiempo en el que Yahel había estado en su hogar, no había dejado de hablar sobre sus días al lado de las Arpías, y afirmaba haberle escuchado decir en más de una ocasión que Zokane era una mujer sin rival.

Doblando la carta Kirios Ardaithe la guardó en su bolsillo y observó el silencio de la muchacha. A esas alturas no había nada que pudiera decirle para calmarla. Se le notaba que había llorado y no tenía brillo en la mirada. Tenía que haber una solución para todo esto, necesitaba de ella tanto como ella necesitaba de un hombre que le cuidara, y debía admitir que esa mujer frente a él ya había soportado bastante si tomaba en cuenta que aún no estaba casada con su hijo. ¿Qué debía hacer? ¿Romperle más el corazón y contarle el último informe enviado por Luther donde relataba lo ocurrido con la serpiente de agua?

—Es extraño que no diga nada, señor —la escuchó con la voz temblorosa, y no pudo más que sentarse a su lado en la fría banca de piedra.

—No conozco a la niña Aubery, pero os conozco a vos, y sé que pondréis la cabeza en su lugar para actuar con cautela.

—Me halaga que piense eso de mí. Sin embargo, lo último que quiero es andar con cautela —expresó con odio, apretando sus manos temblorosas sobre su regazo.

—Qué más quisiera que poder daros seguridad, cada día que os conozco me vas pareciendo una dulce y hermosa mujercita que merece todo sin oposición. El coraje que tenéis no lo había visto en nadie, las agallas por reclamar lo tuyo tampoco es usual, sois mucho más de lo que mi hijo merece. —El tono solemne que uso Kirios era real, sus palabras también eran honestas, y Romina le miró a los ojos con sorpresa, momento en el que su suegro tocó con la punta de sus dedos la rodilla de Romina—. Quisiera poder aseguraos y que no tuvierais duda de que seréis una Ardaithe. Si acaso pudieras comprender la felicidad que brindaréis cuando en tu vientre cargues a mi anhelado heredero.

La muchacha no supo interpretar sus palabras, se sentía molesta, pero al mismo tiempo halagada y quiso demostrar que tenía el control de la situación. Cuando intentó ponerse en pie estaba tan entumecida que las piernas le fallaron y las rodillas se le doblaron dejándola a gatas, solo pudo sostenerse un poco antes de perder el control de todo movimiento, estaba rígida y al mismo tiempo temblorosa. Kirios la tomó en brazos sorprendiéndose de lo delgada y liviana que estaba aún para él, y como pudo, la llevó dentro de la casa. La patada con que abrió la puerta de la cocina sorprendió a las criadas, aún era muy temprano y el desayuno no estaba listo, pero el fogón y el calor de la cocina era lo que Kirios buscaba.

Todas las mujeres presentes sabían lo que debían hacer y se apresuraron a calentarla, le quitaron el abrigo congelado para ponerle uno tibio y por debajo de la falda le colocaron trapos de cocina que calentaban al fuego, haciendo lo mismo para su espalda y pecho. Los labios los tenía morados y las orejas en extremo rojas. La muchacha no podía ni hablar y por más que intentaron no pudieron mantenerla despierta.

A los pocos minutos hicieron acto de presencia la señora Evanora Ardaithe, su esposa, y su hija Clarissa. Kirios se mostraba enfadado y con el ceño fruncido. Tanto mujer como hija pensaron que no daría ninguna explicación delante de las criadas y trataron de ayudar a Romina, no obstante el regente habló breve y conciso revelando el disgusto de la chica, justificando su imprudente acto al dejarse congelar debido a su corazón agraviado. «Yo también me sentiría contrariado si tuviera que soportar lo mismo que ella», fueron sus palabras.

La señora Ardaithe se sorprendió de oirlo pero más que eso se sintió molesta. ¿Con qué descaro hablaba cuando él mismo le había hecho cosas mucho peores que solo rumores? La mujer se sintió humillada de que tuviera más consideraciones para una extraña, Kirios Ardaithe jamás mostró compasión ni por sus hijas, jamás defendió sus derechos y al contrario, parecía orgulloso de sus amoríos que hasta fue capaz, en más de una ocasión, de hacer que amante y mujer convivieran juntas al pasearlas a ambas dentro de la misma fiesta.

Evanora clavó su mirada molesta sobre su marido, pero el hombre levantó el mentón sosteniendo su mirada con una más severa y la mujer, a sabiendas de que no era nada bueno despertar la ira de su marido, bajó la mirada y continuó ayudando a Clarissa, que espiaba de reojo por si su padre perdía los estribos.

Clarissa notó la molestia de su madre y prefirió concentrarse en reanimar a Romina. Después de todo, el lugar que ella ocupaba era como si se tratara del ama de llaves, y con todo ese poder sobre las criadas, ordenó encender el fuego en el cuarto de Romina, rellenar de brazas un par de calientacamas y hasta hizo traer a un legionario para que moviera a su cuñada hasta su recamara

Cuando Romina abrió los ojos se sentó en la cama, el camisón que le cubría era grueso, sentía el cuerpo caliente pero el alma helada. Los músculos le dolían un poco pero no se sentía cansada. Miró la ventana frente a ella, el sol brillante de la tarde atravesaba las cortinas y se puso en pie para ver el paisaje que ya sabía de memoria. Los techos de las casas llenos de nieve y los hombres subidos en los tejados esforzándose por limpiarlos. Afuera y cerca había tanta gente y ella se sintió sola y abandonada.

—Regresad a la cama, necesitáis descansar.

La voz de su suegro la sorprendió, no esperaba tener compañía y mucho menos de él. Se giró para verle y lo halló cómodamente sentado en el sofá doble que se hallaba frente a la chimenea. El señor Kirios la miraba con tal detenimiento, que ella no pudo descifrar sus intenciones. Poniéndose en pie el hombre colocó el vaso de licor sobre la repisa de la chimenea y dio unos pasos hacia ella.

Un repentino recato la obligó a cubrirse el pecho con los brazos y el pudor emergió

haciéndola buscar algo para cubrirse.

El señor Kirios siguió acercándose y a su paso, tomó una pequeña manta que colgaba del brazo del sofá y al llegar hasta Romina, se la colocó sobre los hombros, apretando la manta con mucha delicadeza por su cuello y, sin soltarla, la miró fijamente para hablarle.

—Mi hijo es un tonto si no puede ver la mujer que sois. Perdonad su insensatez, no ha tenido tiempo de conoceros. Pero os ruego, dadle la oportunidad. Dadme a mí la oportunidad de daros la vida que merecéis. Sé que estáis dolida, pero os ruego, no echéis a la basura esta oportunidad.

Romina trago saliva, el señor Ardaithe parecía desesperado, le rogaba, eso era evidente, sintiendo la fuerza con que apretaba la manta sobre sus hombros parecía estar temblando, tenía la mirada de un niño asustado.

—Necesito verlo. Necesito mirarlo a los ojos y descubrir si esa zorra le ha enamorado. ¿Lo entiende? No voy a luchar por un hombre que no conozco.

—¿Pensáis que es fácil hacer una reunión con él?

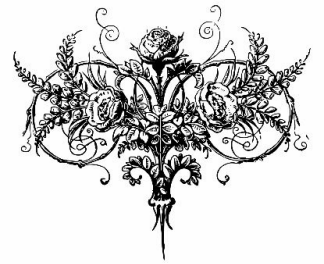
—Mi padre lo ve muy seguido. Se de memoria el mapa, las rutas, las fechas de entrega… Dentro de poco se verán en la frontera Aubery, en un pequeño pueblo que ni nombre tiene. Déjeme ir.

—¿Y qué haréis entonces?

—Enseñarle a la esclava cuál es su lugar.

La muchacha estaba decidida, tenía fuego en los ojos, algo que Kirios nunca había visto en una mujer y descubrir eso era algo que le fascinaba. Afianzando la frazada a sus hombros se acercó a ella tomándose su tiempo para besarle la mejilla, Romina le regaló una sonrisa tímida, pero a la vez agradecida, tal vez coqueta. Ella lo sabía, desde ese momento en adelante haría lo que fuera, pero nadie le quitaría su lugar como la futura gran señora del legado Ardaithe.

QUINTA PARTE



Súbito miedo, básico, cruel.
Casi olvidado, remoto, anegado,
ha vuelto despiadado, insano,
vomitando dolor, ponzoña y hiel.
¡Enfréntate al pánico prohibido
aunque a pedazos quedes reducido!

I

Cruzar las tierras del Norte fue un esfuerzo sobrehumano, un desgaste no solo físico, también mental, no solo para Zokane sino para el resto del grupo. Continuaron brindando la ayuda que podían, y hasta tuvieron la oportunidad de guiar a una caravana que intentaba alcanzar la frontera. Gente vieja, mujeres y niños en su mayoría, todos ellos temerosos ante los peligros que representaba estar expuestos a las bestias que irremediablemente se verían atraídas por el aroma humano.

La caravana se formaba por gente de diversos poblados, y buscaban un mejor futuro fuera del feudo Aubery, en la ruta del gusano. A todos les resultó obvia su elección por un mejor futuro. Lo merecían después de aguantar condiciones de vida tan precarias. La crianza de los gusanos extrayendo la valiosa seda resultaba una buena recompensa después de tanto sufrimiento.

En su camino, para el grupo guerrero casi no hubo tiempo de dormir, afortunadamente para aquellos que escoltaban, las habilidades que en grupo tenían habían mejorado casi a perfección, adaptándose los unos a los otros de manera natural, rápida y efectiva. Guiando a la caravana avanzaron hasta alcanzar el paso donde se unía el Norte y el Oeste, ahí donde se abría paso hacia las seguras tierras custodiadas por los Ardaithe, territorio que, además de todo; pondría fin a su alianza cuando arribaran al lugar que vio nacer a Yahel.

Los condujeron hasta llevarlos al camino más cercano y seguro posible, y después se fueron, antes de que la gente y en especial los ancianos se pusieran melancólicos. No miraron hacia atrás en ningún momento y regresaron una vez más al norte, dirigiéndose hacia el último pueblo que tenían marcado como encuentro con el mercader.

Iban con retraso. Debido al embrujo del bosque con la manipulación del tiempo habían perdido bastantes días en las cumbres del prisma, sin mencionar los retrasos habituales. Apresuraron el paso todo lo posible, querían, además de encontrarse con el mercader, cazar una última criatura.

En su viaje con la caravana habían detectado el rastro de un grupo de gárgolas, y como aquellas criaturas no se desplazan mucho y permanecen quietas por periodos prolongados en los mismos sitios, siguieron el rastro hasta hallarlas. Debido a su naturaleza salvaje y feroz, y como criaturas de la noche, su única oportunidad para cazarlas sería al amanecer, cuando regresaran a su caverna después de haber pasado la noche esparciendo terror y mal agüero.

La criatura, de tamaño humano, pero con fuerte musculatura, contaba con una piel resistente casi impenetrable, a excepción de sus alas, que eran de una envergadura excepcionalmente grande y membranosa. Si eran derribadas, su agresividad las hacía imparables; era casi como asegurar la muerte del cazador. Por suerte eran débiles a la magia y con Nivha de su lado tenían garantizadas las piezas que les hacían falta.

Teniendo en cuenta lo peligroso del asunto se dispusieron estratégicamente. Las vieron partir apenas cayó la noche y durmieron lo suficiente hasta antes del amanecer, donde cada uno tomó su lugar y esperaron atentos hasta escuchar su fuerte aleteo para poner su plan en marcha.

Ataron cuerdas a flechas especializadas para asirse a su objetivo y, debido a la oscuridad de la noche, usaron todos sus sentidos hasta que advirtieron que las gárgolas pasaban sobre ellos. Las

flechas volaron en un tiro a ciegas, y Vaéris fue la afortunada: atravesando el ala casi al ras de las costillas logró que la flecha se enganchara. La velocidad y la propia fuerza del animal se la llevaron arrastrando por los suelos, Luther y Eiden, que eran los más próximos, alcanzaron a agarrar la cuerda que sobraba frenando un poco la huida de la gárgola, y con un poco de suerte, Luther pudo anclarse a un árbol. De no haber sido por eso, la fuerza del animal se los hubiera llevado a los tres por los aires.

Al sentirse capturada, la criatura agarró frenesí, destrozando los árboles con sus patas intentaba alcanzar tierra para atacar a sus captores. Los trozos de corteza y ramas que la gárgola lanzaba parecían proyectiles que comenzaron a herirlos.

Debían contenerla en la medida de lo posible y al tener a la criatura tan cerca, Zokane logró ensartar una ganzúa a un extremo de su otra ala buscando frenarla un poco más. Ayudada por Yahel y Gareth lucharon por mantenerla lo más quieta posible, tiempo en que Tivana lanzaba flechas para perforar sus alas, mientras Nivha, conjuraba tan rápido como sus labios le permitían.

Los chillidos que emitía la criatura herida atrajeron a otra de las gárgolas que se unió al alboroto con entusiasmo; girando sobre ellos daba picadas contribuyendo al destrozo de los árboles y creando más proyectiles.

La batalla parecía perdida. Soltar las cuerdas y buscar refugio era la mejor opción, pero no para ellos. Se aferraron con valía a las cuerdas hasta que la sacerdotisa levantó una columna de fuego que pudo crear con ayuda de una antorcha. Como un torbellino, la llamarada se levantó hacia el cielo creciendo en tamaño, y con todo el esfuerzo que la magia demandaba, Nivha pudo mover el torbellino para cubrir a las criaturas.

La gárgola que había llegado a posteriori no pudo evadir la llamarada: con un chillido hiriente quedó calcinada. Mientras que la otra, logró evadir parcialmente el ataque. La cuerda que sujetaban Vaéris, Eiden y Luther se incendió, y con toda la fuerza que estaban aplicando para contener a la criatura, salieron rodando de espaldas. La gárgola chillaba dolorida con su pata y parte del costado requemado, pero aun con eso y que Yahel, Zokane y Gareth la tenían agarrada por el otro extremo, logró batir las alas y alzar el vuelo y, como si fueran un par de muñequitos se llevó a cuestas a los tres que aún la sujetaban.

Pese a las heridas, la gárgola demostró su fortaleza y la razón de la dificultad para cazarlas. A su paso por los aires los tres fueron golpeando con los árboles, y el primero en soltarse fue Gareth. La criatura, aunque herida de muerte, tenía la fortaleza para seguir luchando y Zokane supo que no valía la pena.

Con un grito alertó a Yahel para que se soltara, antes de que la criatura tomara más altura y la caída terminara por matarlos, porque, si ellos no se soltaban, en algún momento la criatura se desplomaría. El riesgo era saber desde qué altura, y volaría tanto como sus últimas fuerzas se lo permitieran.

Se soltaron al mismo tiempo y rodaron cuesta abajo por una pendiente fangosa. Un montículo de tierra los detuvo y el aturdimiento no les permitió enterarse de lo que ocurría pero, al ver el suelo movedizo y ennegrecido junto con el dolor agudo en su piel, se levantaron a brincos sacudiéndose hormigas del tamaño de alubias y emprendieron la carrera para salir del lugar. Los dolorosos mordiscos no los detendrían, y corrieron varios minutos sin alejarse el uno del otro hasta que pudieron parar y sacudirse mutuamente las hormigas que se aferraban a su piel.

La batalla y la carrera le habían encendido las mejillas a Zokane, y toda aquella revuelta le había despeinado el cabello, su respiración estaba agitada y sus pupilas se dilataron casi por completo presa de la emoción ante lo ocurrido. Jamás había tenido la oportunidad de cazar a una gárgola y la experiencia, junto con la mirada de Yahel denotando la misma emoción que ella, le

robó una carcajada nerviosa.

Apoyó sus manos sobre sus piernas temblorosas y se inclinó sobre su pecho en un intento por calmar su adrenalina. Necesitaba recuperar el aliento, pero la risa no ayudaba, y su reacción fue la cosa más gratificante que Yahel había podido ver en ella: su pasión por ser cazadora no pudo quedar mejor reflejada, pudiendo ver con toda claridad cada una de sus cualidades. En ese momento ya no hubo duda, esa mujer lo tenía en sus manos, porque no veía nada más que perfección en ella.

—¿Estás bien? —preguntó Zokane un poco más calmada acortando la distancia entre ambos, presionando con sus dedos las heridas y rasguños que estaban expuestos ante la ropa desgarrada de Yahel, comprobando que no fuera nada de gravedad.

—Sí. Todo bien —titubeó estremecido por el tacto—. ¿Os preocupa lo que ves?

—¡Luces terrible, Yahel! —exclamó sonriendo para quitar importancia al hecho de que aparentaba estar perdiendo mucha sangre.

—Te enfrentáis sin dudar a cualquier bestia y ahora me decís que os atemorizan mis heridas.

—¡Oh, sí! También son aterradoras. —Zokane sonreía a la broma, pero se concentraba en limpiarle algunos rastros de sangre para asegurarse de que no tuviera ninguna herida grave.

—De-debemos ir en busca de los otros —intentó mascullar con elocuencia cuando sintió que no quedaba mucho de su voluntad al tenerla tan cerca—. No sabemos si se encuentran bien.

—Te aseguro que están bien —afirmó—, aunque un poco lejos…

—¿Cómo podéis asegurarlo?

—¿Escuchas ese búho? —le preguntó señalando su oído, buscando con la mirada hacia un punto del bosque, como si así pudiera escuchar mejor.

—No hay búhos en esta parte del bosque.

—¡Exacto! —respondió animada como si fuera obvio.

Dicho eso, Zokane buscó en su cuello una fina cadena y al jalarla, dejó al descubierto un peculiar silbato hecho de hueso. Sonriendo con astucia lo sostuvo frente a ellos a la altura de sus rostros meciéndolo como un péndulo. Yahel no entendía muy bien de qué iba aquello, pero algo era seguro, estaba a punto de descubrir otro más de sus secretos.

Zokane colocó el silbato bien oculto entre la palma de sus manos, y por medio de un hueco entre sus nudillos que había hecho con sus pulgares, humedeció un poco sus labios y sopló con levedad. Un chillido que simulaba un búho se escapó de entre las manos de Zokane y el descubrimiento le arrebató una sonrisa a Yahel. La respuesta fue inmediata y no solo era un sonido que imitaba a ese animal, eran dos, uno se escuchaba más lejano que el otro repitiéndose en patrones. Zokane lo miró levantando las cejas para confirmarle que se trataba de sus hermanas, haciendo notar que una de ellas se estaba acercando hacia ellos.

Después de un par de soplidos, cuando estuvo segura de la dirección en la que se encontraban sus hermanas cesó la comunicación. Zokane volvió a humedecer sus labios limpiándose la boca con el pulgar, y Yahel, no pudo más que relamerse sus propios labios en un impulso involuntario ante la manera en que Zokane lo provocaba sin que ella lo supiera.

La Arpía estaba tan ensimismada que no se dio cuenta de la mirada de Yahel ni mucho menos lo que le estaba causando. Acomodó el silbato dentro de su ropa y se arrancó la mandíbula de una hormiga que había quedado clavada a su pechera, y cuando puso atención en él, notó la evidente mirada y el agrado que reflejaba al verla.

Aún estaba agitada por todo el esfuerzo empleado, sentía la cara roja del calor producido, pero con aquella mirada que Yahel le dedicaba, sintió la agitación más intensa y el calor incrementarse. Sin poder controlarlo se le encendieron aún más las mejillas y un repentino

cosquilleo en el vientre la sorprendió. ¿De qué forma ignorar todo eso? Lo que podía ver en Yahel era incitación pura y dura, era deseo incontenible y ese atrevido heredero no hacía el menor intento por disimular.

Yahel jamás había actuado de una manera tan impulsiva, saber contenerse y controlarse era una parte esencial para su futuro como señor Feudal, pero esa mujer lo desarmaba por completo y lo llevaba a la locura, tanto, que ya no encontró pizca alguna de su voluntad y prefirió otorgarle la victoria absoluta.

El inesperado impulso que movió a Yahel lo acercó más a ella, el ligero temblor de sus manos no le impidió tomar las mejillas de Zokane. La suavidad del tacto junto con la acción sorprendió a la joven, y juntos, pudieron sentir toda esa avalancha de sensaciones en un estremecimiento mutuo.

Yahel no tuvo que forzarla a permanecer entre sus manos. Y aunque los nervios rasgaban para hacerlo retroceder, se acercó a esa boca que tanta tentación causaba y le entregó un beso suave y fugaz. Un roce apenas perceptible de sus bocas que removió todas las aguas y combó todos los suelos.

—Lo lamento —susurró agitado—. No pude resistirme por más tiempo.

Alejándose un poco y sin soltarle las mejillas, abrió los ojos para observarla. Zokane lo miraba como si estuviera asustada, aunque en realidad estaba sorprendida. Completamente enmudecida sujetaba con fuerza las muñecas de Yahel sin hacer intento de apartarlo. La agitación en ella era evidente y sus pupilas se extendía tornando sus ojos casi negros.

Yahel se dejó embriagar por el momento. Finalmente la tenía entre sus manos y no pensaba soltarla a menos que ella lo echara: lo que realmente esperaba, pero al mismo tiempo no deseaba. Aunque en el fondo la razón le gritaba que se alejara, ¿cómo diablos se la sacaría del corazón después de esto? Ya podía estar seguro, ni siquiera el rechazo de Zokane podría borrar lo que sentía.

Bajo ninguna circunstancia Zokane hubiera esperado que algo así ocurriera, mucho menos después de que sus vidas peligraran. Haber permitido ese beso era sin duda la peor locura que pudo haber cometido, porque lejos de querer alejarse, quiso quedarse y descubrir si con aquello aplacaba todo lo que el heredero Ardaithe despertaba en ella; pero fue al contrario, ahora su corazón latía mucho más desbocado, como si celebrara el encuentro que tanto había anhelado y que ella le negaba.

No había manera de ocultar nada entre ellos. Zokane lo observaba con dulzura e incitación, y Yahel sintió que su mirada acariciaba su alma enamorada. Ambos tenían la certeza de que ese simple roce era un error, ahora necesitaban más para que no lo fuera, y descubrir si el bálsamo que probaron en ese beso infantil podía ser eterno.

Fue la cosa más simple, pero a la vez intensa volver a rozar sus bocas repitiendo el primer beso fugaz, y después otro, y otro más, escalando rápidamente cualquier expectativa.

Cada latido de sus corazones susurraba sus nombres. La ráfaga de emociones se vio culminada cuando el beso y sus deseos se volvieron en algo incontenible que arrasaba toda lógica al desear estar siempre juntos. Comiéndose a besos, Zokane terminó arrinconada sobre el tronco de un árbol sintiendo el tacto suave pero firme del heredero Ardaithe sobre su espalda al estrecharla.

El tiempo se desvaneció para ellos, y solo hasta que escucharon el silbido de su hermana a poca distancia pudieron soltarse con urgencia para no ser descubiertos.

Insospechadamente tímida, Zokane mantuvo una fina sonrisa que quiso ocultar al agachar la mirada. Se tocó los labios incrédula de que aquello hubiera ocurrido, queriendo limpiar con su

pulgar todo rastro que pudiera delatarlos. A pesar de los nervios levantó la mirada al notar que Yahel no se movía de donde estaba. De solo verlo le pareció sumamente atractivo, mantenía una pose sugerente, como incitándola a regresar a sus brazos, y estaba segura que podría llevarla a la locura.

Yahel le sonrió con dulzura y, tomándola por sorpresa, le regaló un beso rápido. El silbido insistente de su hermana era mucho más cercano y Zokane se apartó empujándolo con sutileza, mostrando vergüenza y ansiedad de solo pensar que podrían ser descubiertos. Respondiendo al llamado buscó entre los árboles y, mientras esperaba ver llegar a cualquiera de sus hermanas, un repentino pensamiento, tal vez culpa de su realidad, le entregó a Zokane un cierto desazón: sin haber iniciado ya podía dar por terminado el romance. Eso era lo más sensato. Se sacudió la ropa como si con eso también se sacudiera sus emociones y pensamientos hasta que Tivana apareció entre los árboles acompañada por Gareth.

—¿Y los otros? —le preguntó al verla.

—Con Nivha —contestó dando un vistazo al semblante de ambos, prestando atención a toda esa sangre y tierra que tenían—. Luther se ha roto un hueso. ¡El torpe enredó la cuerda en su brazo para tener más agarre y ahora disfruta de las consecuencias! Y Vaéris, digamos que solo tiene el orgullo herido —exclamó riendo—. Se ha quedado a cuidar el trance de Nivha mientras se recupera del porrazo que dio contra el suelo con las nalgas.

—¡Mi señor, permítame ayudarle! —exclamó Gareth mostrando preocupación por el deplorable estado de Yahel—. ¿Se encuentra bien?

—Sí, todo bien. Mejor que bien… —reafirmó con una sonrisa que no pudo ocultar—. Volvamos con los otros, podrían necesitarnos…

—No se preocupe, ¡mi señor! —enfatizó Tivana con ánimo de molestar acercándose a Zokane para limpiarle el rostro con un paño que humedeció al momento—. Vaéris está ahí para asistir al hechicero en caso de alguna emergencia. Debería estar más preocupado por mi hermana… ¿Es que no ve cómo le cuesta caminar?

—No es nada —le aseguró Zokane—. Solo un músculo magullado…

Ignorándola, Tivana incitó a Yahel con las manos como arriando ganado para que ayudara a su hermana. Sin mostrar incomodidad o algún tipo de tensión Yahel se acercó a Zokane, le tomó el brazo y se lo pasó por encima del cuello para caminar juntos hasta llegar donde los otros esperaban. Con su lento avance, les tomó poco más de media hora volver con los demás, y aquello causó que Zokane recordara el relato de Darcié, aquel que un día les contó sobre el corcel de fuego… y la desazón por sus actos se sintió mucho peor.

En el fondo, seguía preguntándose porque no había vuelto a ver a Darcié. Ni siquiera sabía nada de él. En las posadas frecuentadas por cazadores nadie le conocía ni le habían visto, era como si fuese un fantasma y, a pesar de que sus hermanas también le conocieron, casi podía jurar que fue víctima de un espíritu del bosque. Esa fue la única manera que encontró para vivir en paz, de lo contrario, no había forma de explicar por qué se sentía como si siempre estuviera al lado de él. Aunque tampoco entendía por qué seguía esperándolo, y por qué guardaba la esperanza de algún día volverlo a ver.

Sus emociones empeoraron cuando recordó la despedida con Darcié, en aquella ocasión sus hermanas también la interrumpieron. La única diferencia era que con Darcié se quedó con ganas de todo, y con Yahel, no sabía definir la intensidad de lo que sentía. Un pesar profundo y una estupidez creciente se apoderaron de ella al tener que decantarse entre un fantasma y una prohibida realidad. Vaya desgracia la suya, al parecer; no sabía elegir ni al hombre adecuado, ni controlar su corazón.

*

Una vez todos reunidos, tuvieron que esperar un largo rato hasta que Nivha terminó de sanarlos, y después, viajaron sin descanso rumbo al pueblito donde verían al mercader, y en todo ese tiempo, tanto la Arpía como el heredero Ardaithe fueron incapaces de dirigirse ni una sola mirada. No es que se sintieran incómodos, en realidad es que no sabían cómo comportarse el uno con el otro. Su encuentro había servido para acrecentar ideas locas, como aquella donde se preguntaban: ¿Sí tuvieran todo a favor, cambiaría algo entre ellos? Claro que entre más lo pensaba más se daban cuenta que las cosas no se veían bien, y lo peor era que siempre y en cada momento algo dentro de todos sus razonamientos les hacía ver la realidad: simplemente no tenían ningún futuro y ninguna clase de oportunidad.

II

La noche les tomó por sorpresa. Si no hubieran perdido más tiempo en sanaciones que en recuperar los huesos de la gárgola, ya habrían llegado al pueblo en lugar de seguir de camino. Pero estaban tan cerca que decidieron continuar hasta llegar, y poco antes de la medianoche arribaron al pueblo. Era pequeño, unas treinta casas y tal vez resultaban demasiadas. No había posada donde alojarse y cada puerta y ventana estaban muy bien atrincheradas, seguramente su única protección contra posibles ataques. Cuidando incluso que todo quedara bien alumbrado, habían dispuesto austeras farolas en cada rincón evitando que hubiera penumbra en ningún lugar. Gracias a la iluminación pudieron ver una prominente carpa que llamó su atención, no parecía algo propio de allí, además, se notaba a leguas que era el único lugar custodiado por mercenarios.

Resultaba obvio, ese era su destino, y como no tenían ningún otro lugar a dónde ir, se dirigieron hacia allí. Después de anunciar su llegada se dirigieron a uno de los costados, siempre a la vista de los guardias, y dispusieron su propio campamento, levantaron dos carpas del tamaño suficiente como para alojar a hombres y mujeres, encendieron una fogata para mantener el calor, y durmieron seguros que, de presentarse algún imprevisto, el alboroto de los legionarios que vigilaban sin cesar les daría tiempo de reaccionar.

Por la mañana, cuando apenas comenzaba a verse el claro del sol, el legionario a cargo ya se encontraba golpeando la tela de la carpa con su espada para hacerlos levantar. No muy conformes se pusieron en pie. Necesitaban reanimarse un poco, el frío era considerable y para calentarse los huesos, se sentaron alrededor de la fogata en espera de que el agua diera su hervor para beber un poco de té. Y mientras esperaban, la voz de Táiwel aclarándose la garganta los sacó de su adormilado estado.

—¡Pero qué descortesía! Los he mandado llamar para invitarlos a mi mesa, ¿y qué hacen? ¡Reunirse en su fogata para beber de sus tazas oxidadas!

Yahel se incorporó de inmediato alisándose la ropa. Con la mano, peinó su cabello largo y alborotado, y luego se limpió las manos en el pantalón. Era la primera vez que su suegro lo veía en tan deplorable estado y el hombre lo observó de arriba abajo sin hacer un solo gesto.

—Mi apreciado Táiwel —exclamó Yahel educadamente—. Es un placer veros de nuevo. ¿Cómo ha estado vuestro viaje?

—¿Preguntas por mi viaje en lugar de por mi hija?

—No, no. No me malentienda, es una cortesía.

—¡Lo sé! —exclamó Táiwel a carcajadas sujetándose la panza.

Nivha y Eiden se habían levantado saludando con agrado, incluso Luther y Gareth se pusieron en pie mostrando sus respetos, pero las chicas no; ellas solo se miraban de reojo. En sus planes no estaba la posibilidad de volverlo a ver, suficiente fue lo vivido bajo su manto.

—¿Y a ustedes? ¿Se les olvidó su educación? —les cuestionó Táiwel con cierta severidad, pero con un toque de indulgencia.

—Eso nunca —aseguró Vaéris, quien tenía el corazón más despiadado de todas. De las tres, era la más rencorosa, procuraba decir todo tal como lo sentía sin medir consecuencias, y fue justamente lo que hizo—. Pero, Táiwel, ¿cómo se saluda a un esclavista?

—Vamos, muchacha —replicó sintiendo los nervios crecer—. No te lo tomes como algo personal, no recuerdo haberte tratado tan mal.

—Táiwel tiene razón —aseguró Zokane poniéndose en pie para impedir que el viejo se sentara junto a ellas—. Recibimos lo justo y necesario para convertirnos en lo que hoy somos. ¿No es así, Vaéris?

Vaéris, que no se compadecía de ninguna alma, lanzó una mirada triste hacia Tivana, que no había dejado de observar hacia la fogata. La morena no se sentía capaz de mirar al viejo sin querer asesinarlo, o de hablarle sin querer escupirle a la cara. La tensión se sentía en el aire, y Nivha guardó silencio observando con atención todos sus gestos y movimientos. Por supuesto que sabían que ese Táiwel, era el mismo Táiwel del que tanto le hablaron las chicas, sabía sobremanera el resentimiento que le tenían, y entendía la razón.

Táiwel se encaminó hacia su carpa. Después de todo, conocía bastante bien a ese par de mujeres y no quería tener nada que ver con ellas cuando se notaba a leguas que se vendría una más de sus discusiones acaloradas.

Aclarando la garganta esperó para que el resto le siguiera. Yahel fue el primero seguido de sus hombres, y Eiden se detuvo al notar que Nivha permanecía quieta a lado de las chicas. Sujetaba sus manos por detrás de su espalda observando el suelo, poniendo atención a los susurros con que Vaéris y Zokane discutían: una daba los argumentos para dejar al desgraciado esperando, y la otra para dejar todo en el pasado.

—¡No sé de qué lado estás! —alegó Vaéris.

—No necesito elegir un lado para querer averiguar cómo es que se ha metido en asuntos del imperio.

—¡Mira! ¿Conoces a Tivana? —Con exagerados ademanes, Vaéris señaló a su hermana.

—¡No actúes como si fueras una niña!

—No actúes como si el desgraciado y su familia no hubieran hecho todo lo que hicieron con la que llamas «hermana».

La discusión cada vez se volvía más acalorada y menos silenciosa, y Nivha estaba dispuesta a quedarse con ellas cualquiera que fuera la resolución. Tan obvia fue su elección que el hechicero, cansado de tanto susurro a gritos, fue a por ella, la tomó del brazo apretujándoselo con tanta fuerza, que Nivha tuvo que sujetarle la mano con sorpresa ante la inesperada acción.

—¡No olvidéis! —enfatizó el hechicero en un susurro—. Tu lugar en el imperio como sacerdotisa y mensajera —le advirtió reforzando sus palabras en voz severa y mirada aguda.

—Ella lo sabe —le dijo Tivana, pasando por entre sus hermanas para empujarlas con brusquedad e interrumpiendo su discusión, tomando por sorpresa a Eiden cuando le soltó un fuerte manotazo en la mano que hizo tronar su piel y de paso, soltar a Nivha.

El hechicero retrocedió de inmediato, no esperaba que con la discusión de las dos Arpías alguien notara su acción y mantuvo una sonrisa fingida sin decir nada. Aquello fue todo lo que a Tivana se le ocurrió hacer para sacar a Nivha de esa incómoda situación, colocó la mano de la sacerdotisa por entre su brazo, le sonrío con dulzura, y dando un par de pasos hacia donde el resto esperaba, volvió la mirada hacia sus hermanas suspirando antes de hablar.

—¿Terminaron? ¿O tenemos que seguir escuchándolas mucho más tiempo? No sé qué están esperando, ¿que el mundo se caiga a pedazos mientras luchan entre ustedes?

Las dos hermanas no habían notado lo ocurrido, pero entendieron que ese no era momento para aquella discusión. Cediendo a la orden de Tivana, guardaron silencio y caminaron hacia la carpa. El viejo Táiwel, al ver la disponibilidad de las chicas, se introdujo en la carpa y todos le siguieron.

Apenas entraron, vieron a una elegante Romina sentada en medio de un gran sofá. Tanto Yahel como las chicas se sorprendieron de verla, el primero porque no esperaba ver a su prometida en aquel lugar, y las segundas, porque a la última persona que querían ver en el mundo después de aquella discusión era a la caprichosa y consentida hija de Táiwel.

El hombre se aclaró la garganta lanzando una mirada aguda sobre Yahel, y este, pese a que siempre fue reservado al ofrecer muestras de aprecio público, en esta ocasión ameritaba cuidado extra, y es que, de un lado estaba la mujer de su vida, y del otro, la mujer que le imponían.

Resultaba difícil actuar con naturalidad cuando tenía a su suegro pendiente de todo. Apresuradamente, Yahel colocó una rodilla al suelo frente a Romina; tomando su mano, le depositó un beso sobre los dedos mostrando todos los protocolos. «Romina» pronunció su nombre firmemente. La joven, sonriente y amable, lo guió a su lado para que tomara asiento, y una vez junto a ella, Romina lanzó una mirada rápida y déspota hacia las Arpías, quienes ya eran conducidas junto al resto hacia una mesa dispuesta con el desayuno. Un par de susurros extra de la pareja y se pusieron en pie dirigiéndose hacia Táiwel.

—Si nos disculpas, padre —habló Romina sin dirigir una sola mirada a ninguno de los presentes—. Mi querido Yahel y yo nos retiramos. Tú tienes cosas que hablar con los sirvientes del emperador, y nosotros también tenemos muchas cosas que planear antes de celebrar nuestra boda.

Sin prestar atención a su hija les indicó que podían marcharse con un movimiento de su mano. La sonrisa de Romina fue evidente, tomó del brazo a Yahel que lucía bastante incómodo con toda la situación, y lo condujo por detrás de las mamparas hacia una de las improvisadas habitaciones.

—¿Enhorabuena? —preguntó Vaéris para sacarse las dudas.

—Sí, gracias. Tanto mi hija como el padre de Yahel me tienen loco exigiendo una fecha —expresó Táiwel a manera de queja—. Ambos desean celebrar las nupcias dentro de cuatro meses a partir de hoy. Lo menciono para saber si eso les da tiempo de terminar con su búsqueda. ¿Es así?

—Por supuesto —aseguró Nivha—. El viaje restante está planeado para terminar en poco más de dos meses, pero no más de tres.

—¡Para mí es más que suficiente! Las nupcias se han retrasado más de la cuenta, y mi Romina necesita algo que la tranquilice.

»Qué ironía «pensó Zokane, esa era una bonita forma de descubrir quién era la futura mujer de Yahel. No es que sintiera celos, siempre fue consciente de que él tenía pareja, pero de todas las mujeres del imperio¿ ,por qué justamente ella? No le deseaba mal alguno, pero ser la mujer de un gran señor feudal le quedaba grande, la muchacha era incapaz de sostener una conversación interesante por más de un minuto, y la poca empatía que tenía por el resto del mundo asustaba, y si acaso no lo sabía ,todos esos meses al lado de Yahel le habían dejado en claro que la vida de un señor feudal se basaba en servir y cuidar al pueblo. Un gran contraste entre esa pareja, el hombre que era Yahel no merecía una mujer como Romina.

III

La charla durante el desayuno estuvo llena de tensión, y cuando llegó el momento de hablar de negocios, todos estuvieron agradecidos del pretexto que suponía para poder retirarse. Cada quien se fue a lo suyo. Las chicas se marcharon junto con Gareth a los alrededores buscando suministros, y Luther permaneció como celador a la espera de Yahel, que intentaba salir vivo del encuentro con su prometida.

Para Yahel no fue grato el encuentro; como siempre todo le parecía forzado, pero en esta ocasión le pareció que se acentuaba más. El desayuno lo tomaron en la sección de la carpa que ella usaba como su alcoba personal, en una mesa casi al ras del suelo donde tuvieron que sentarse sobre cojines.

Sin prestar atención a su entorno, o sin pensar si era o no apropiado estar allí, escuchó atento los detalles para la boda y todo a lo que su padre había accedido: el tipo de flores y el color de la mantelería, el banquete y hasta las cortinas. Ella estaba tan emocionada, que no pudo notar lo aburrido que Yahel se mostraba, y poco a poco, sin que él se diera cuenta, lo asedió hasta que no pudo negarse a sus deseos cuando las sirvientas, después de dejar limpia la mesa; acomodaron un baúl frente a él.

El baúl contenía ropa nueva que hacía resaltar de inmediato la nobleza de quien la usara, y también elaboradas piezas de armadura. Dejando notar sus encantos Romina suavizó la voz mostrándose nerviosa y recatada. Acercándose a él, le tomó la mano y oscilando su mirada entre los ojos de su prometido y algún lugar de la carpa, le entregó aquello como regalo para que lo usara en lo que restaba del viaje, de esa forma, él podría pensar en ella, y para que ella a su vez pudiera sentir que siempre le acompañaba.

En un primer momento Yahel se negó: aquello era demasiado para el viaje, por no decir que era inservible, en especial la armadura que no le protegería de nada; pero al ver el rostro de Romina enrojecer mientras sus ojos se llenaban de lágrimas debido a la negativa, le hizo recordar todas las veces que vio a su madre con la misma expresión a causa de su padre, y de inmediato aceptó todo.

Su instinto agudo le hizo detectar la sonrisa victoriosa y la actitud extraña de su prometida; y como ella ya había hablado demasiado le llegó el turno y fue directo al grano, no solo porque tenía urgencia de salir del lugar; sino también porque se daba cuenta, por el tiempo transcurrido, que el resto ya le estaría esperando.

—Aún no me habéis dicho a qué se debe que viajéis con tu padre a esta región del imperio.

—La niña Aubery —contestó de inmediato—. Me envió un mensaje y no pude resistirme… me asegura que tiene al sastre ideal para la confección de mi vestido.

—¿Acaso mi padre no pudo hacer que el sastre se apersonara en el palacete Ardaithe? Esta región es peligrosa. ¿Es que no lo sabéis?

—Este será el último viaje que pueda dar con mi padre, después perteneceré a tu familia y tú serás todo mi mundo —titubeó con nerviosismo—. También quería verte… ha pasado mucho desde la última vez y… tenía miedo…

—¿Miedo a que?

—A que te arrepientas.

No fue necesario indagar, lo poco que se dijo le dio una idea de lo que pudo haber escrito la hija pequeña de los Aubery en el mensaje. Que ahora Romina viajase en una diligencia con su padre no era algo usual o permitido, dado que ya estaba bajo la custodia de los Ardaithe, y entonces se dio cuenta de que su propio padre también había tenido algo que ver en el asunto. De ninguna otra manera su joven prometida estaría justo frente a él en esos momentos.

Era tan obvio: para ellos había una amenaza. Con Luther diciendo todo lo que sus ojos pudieran haber interpretado respecto a Zokane, aun cuando no había ocurrido nada entre ellos, y la niña Aubery debió haber detallado a perfección el encuentro en el bazar.

Sonrió para sí mismo al saber que tenían razón, Zokane era un peligro en toda regla, y no le sorprendió que su padre tomara tales acciones solamente para asegurarse de que todo estuviera bajo control.

De momento no le importaba otra cosa más que volver con Zokane y, si para lograrlo debía ser sumiso, lo sería, todo con tal de terminar cuanto antes sus asuntos con Romina. A pesar de no ser algo honorable ni su actitud ni sus pensamientos, quería disfrutar cada momento que tuviera disponible al lado de Zokane. No sentía remordimientos o pena, y continuó su actuación intentando agradar a Romina; después de todo no era ningún tonto y ella también estaba interpretando su mejor papel.

—Tenéis no solo mi palabra —le habló buscando convencerla—. Mi padre también te dio la suya; que tú y yo formaremos una unión próspera y duradera para continuidad del legado Ardaithe. —Tomando sus manos para reafirmar sus palabras, le regaló un beso sobre los dedos, sabiendo que con eso quedaría más que encantada.

La joven sonrió victoriosa y usó el momento para jugar su última carta. Conduciéndolo a otra sección de la carpa lo sorprendió con un último regalo. Había preparado para él un cuarto de baño con una tina de madera lista y dispuesta llena de agua humeante. Con bastante confianza y sin pudor alguno, Romina volvió la vista hacia él acercándose en un intento por desatar las cintas de piel con que ataba las piezas de su armadura. La incomodidad se hizo presente y Yahel retrocedió, la joven notó el rechazo y se frotó las manos con nerviosismo dirigiendo la vista hacia el suelo en un silencio insoportable para ella.

—No me malinterpretes —le dijo Romina mostrando el recato que antes no tuvo—. Sería una verdadera alegría para mí darte algo que nadie puede darte en estos momentos —finalizó, señalando la bañera.

—Si solo es eso, puedo hacerme cargo yo mismo.

—Sí. Discúlpame. No sé nada de armaduras ni guerreros, y pensé que quizá necesitabas ayuda para desatar todos esos nudos como una dama necesita con su vestido.

Mostrando una sonrisa amable le ofreció una reverencia leve y lo dejó en el lugar, Yahel se talló el rostro con la mano, se sentía incómodo de aceptar sus regalos, de tomar ese baño, ¿la ofendería en algo si se negaba? Seguramente sí, tomando en cuanto las lágrimas que por poco se le escapan momentos antes, y se tardó un poco antes de elegir tomar el baño.

Por su parte Romina se apresuró. Sobre la mesa acomodó vino y dos copas medio llenas, se quitó el abrigo y el corsé, alborotándose de paso el moño con que sujetaba su cabello, y como toque final; alborotó las mantas de su cama dejando caer al suelo algunos cojines. Estaba nerviosa, pero no había vuelta atrás; rectificó una y otra vez y pocos minutos después de que estuviera todo tal como ella quería, su criada entró acompañada de Tivana y Zokane.

Era evidente lo que Romina quería mostrarles, jugaría rudo sin importarle nada, pero dejaría claro a quién pertenecía el legado Ardaithe. Los rumores que se esparcieron sobre Yahel y su gusto por las mujeres, junto con las cartas de Luther y la nota enviada por Ganel Aubery fue todo

cuanto necesitaron ella, su padre y su suegro, para comprender que la alianza peligraba debido a esos gustos que la deshonraban.

El pretexto para hacerles ver el montaje fue que la arrepentida Romina necesitaba saber que Tivana le perdonaba su mal comportamiento, necesitaba hacerles creer que ella quería comenzar su nueva vida libre de culpas, y después de muchas explicaciones entre susurros y fingiendo un poco de pudor ante su apariencia; le entregó a su antigua esclava un broche de lujo para sujetar su abrigo como muestra de buena voluntad.

La realidad era que quería que se imaginaran todo cuanto pudieran, y funcionó; su plan era ese y nada más, después, cuando vieran a Yahel limpio y con ropas nuevas se completaría su plan, y le costó mucho trabajo no mostrar su enfado y sus celos hacia la zorra astuta que ella creía que era Zokane.

Tivana tenía el instinto más agudo para esas cosas y al ver la condición de la habitación y el de la muchacha supo que lo correcto era irse cuanto antes. No puso resistencia, escuchó a Romina atentamente y tomó el prendedor en cuanto pudo agradeciendo su buena voluntad, y justo cuando estaban por marcharse, Yahel entró atareado en fajarse la camisa.

Romina sintió su corazón agitarse con tanta violencia que casi la deja sin aliento, la sangre se le agolpó en la cabeza dejándole el rostro rojo como un tomate, las dos hermanas creyeron que se debía a lo evidente, pero en realidad era de miedo y nervios por si él la desmentía. La sorpresa también fue para Yahel, no esperaba encontrarse en esa situación, y quiso salir detrás de Zokane cuando ella tomó la mano de su hermana y abandonaron el lugar en huida, no sin antes hacerle saber que todos lo estaban esperando para continuar el viaje.

El corazón de Yahel se paralizó, la decepción en la mirada de Zokane lo desesperó a tal medida que dejó de importarle la cortesía exigiendo con bastante rudeza una explicación por la presencia de las Arpías. No hubo mucho que explicar, Romina ofreció sus disculpas; le reveló que ellas ya se conocían y mostrando una vergüenza falsa para hacer creíble su historia, confesó unas cuantas de las maldades que cometió en contra de Tivana, Zokane y Vaéris, evitando lo verdaderamente grave, razón por la cual tenía un peso de conciencia hacia ellas, y ahora que estaba a punto de convertirse en su esposa y futura señora de Ardaithe, sentía la imperiosa necesidad de enmendarlo.

De momento le creyó, y aunque inicialmente no prestó atención a nada, las risitas de las criadas y sus miradas acusadoras provocaron que se diera cuenta de la diferencia entre antes y después, en la apariencia de Romina y en la recámara revuelta. Gracias a los dioses había crecido entre mujeres y sabía de sus jueguitos, entendió que se encontraba en uno y se apresuró a despedirse antes de que todo se complicara. Sobre la mesa dejó la armadura nueva. El silencio entre ambos se volvió absoluto, Romina pudo detectar el enfado de Yahel y no se atrevió a decir palabra alguna. Por su parte, Yahel se apresuró a colocarse las piezas de armadura que él traía. Le molestaba recordar el rostro y la expresión de Zokane cuando ella lo vio y sentir que, sin haber hecho nada, a quien había traicionado era a Zokane y no a su prometida.

IV

Romina había logrado su objetivo. Zokane tenía los pies bien puestos en la tierra, y no entraría a un juego que claramente perdería. No dejaría que aquella situación continuara afectándole y se esforzó el resto del día por mantener su habitual actitud.

—La vida da muchas vueltas y esta tierra es muy pequeña. ¿No te parece, Zokane? —le susurraba Tivana esa misma noche mientras preparaban todo para detenerse a descansar.

—Quién lo diría, ¿no? —le aseguró siguiendo la plática—. Que Táiwel sea el mercader que ahora es, y que su hija se convertirá en la futura gran señora de Ardaithe.

—En realidad, me refería a sus disculpas… dime que no fui solo yo la que se sintió incómoda. Si Vaéris hubiera accedido a acompañarnos, también lo habría notado.

—¿Incómoda por qué?

—¡Por favor, Zokane! —exclamó exasperada—. Odio cuando finges estar bien. Ninguna dama dejaría rastros de los encuentros íntimos previos al matrimonio como Romina lo hizo.

—¡Conque sí! ¿Hablando de la innombrable sin mí? —susurró Vaéris detrás de ellas—. ¿Qué ocurre?

—¡No lo sé, Vaéris! —refunfuñó dejando escapar su frustración—. Tivana quiere que le diga algo que no entiendo, y olvida que Yahel y Romina tienen un pacto de unión en beneficio al imperio, y quieran o no, lo deben cumplir. ¿Crees que importa en qué momento se revuelcan?

Definitivamente había salido de control, lo había hecho sin el menor rastro de que pudiera ocurrir; la dureza en sus palabras no fueron dirigidas a ninguna de sus hermanas, sino a ella misma. Así podía con más facilidad zanjar todo en su interior. Se levantó tranquilamente y se dirigió al lado de Nivha para buscar los ingredientes para la cena. Necesitaba hacerlo, mantenerse ocupada para dejar de pensar, para dejar de sentirse desilusionada, tanto como nunca pensó que podría sentirse.

Esa noche un frío más intenso de lo habitual los obligó a mantener la fogata encendida. Estaban en territorio hostil y debían mantenerse alertas. Para ayudarse un poco hicieron parejas durante la guardia y Yahel le quiso hacer compañía a Vaéris. Al poco rato ya tenían las espaldas apoyadas la una contra la otra cubriéndose ambos con la misma frazada, y aquella postura le dio la oportunidad de observar detenidamente el sueño de Zokane.

De solo verla recordó el sabor de sus besos y la suavidad de sus labios. Seguía preguntándose cómo había terminado entre los brazos de esa diosa prohibida, y entonces recordó lo ocurrido con Romina. Sintió vergüenza y enfado por lo que Zokane pudo haber interpretado. Ella no sabía que él le era fiel solo a ella y comenzó a buscar la forma de poder decírselo, se sintió frustrado y completamente atado de manos.

Ayudado por el resplandor del fuego perdió su vista en Zokane y lo tomó por sorpresa cuando ella abrió los ojos de repente. Ella lo miró de inmediato, como si supiera su exacta posición, sosteniendo su mirada, como intentando averiguar qué diablos tenía en la cabeza. Ciertamente, Zokane despertó a causa de los escalofríos que le provocó al sentir la mirada de Yahel. Solo entonces Yahel lo tuvo claro: reprimirse ante ella era más difícil de lo que pensaba. Quería ir a donde estaba, cobijarla entre sus brazos del frío intenso, pedirle que durmiera, o que se levantara y fueran juntos a la fogata para calentarse el cuerpo en un abrazo, lo que fuera que le diera un

acercamiento más íntimo con ella. Se llevó la mano hacia su boca y apretó sus labios entre los dedos con insistencia.

Zokane lo observó un poco más hasta que se removió entre su manta para darle la espalda cubriéndose hasta la cabeza. Ella no era capaz de asimilar todo lo que sentía, para ella era absurdo sentirse dolida, y más aún admitirlo. Deseaba que nada hubiera ocurrido con Yahel, que ni siquiera lo hubiera conocido, y peor aún, el deseo por haberse marchado con Darcié crecía exponencialmente, de esa forma ella no tendría por qué estar sintiendo todo ese dolor y todas esas inseguridades. Estaba en un punto, que incluso le tomó por sorpresa el pensamiento de saber si Darcié le hubiera lastimado de la misma manera que Yahel lo había hecho. Era una estúpida y lo sabía, pero prefería pensar que no, que con Darcié su vida hubiera sido nada más que amor y miel sobre hojuelas.

Yahel no podía imaginarse el infierno que Zokane estaba atravesando, para él, enfrentarse a sus propios sentimientos no era raro, él ya lo sabía, estaba loco por ella y absolutamente todo le causaba desesperación, más aún al saber que pronto terminarían el viaje juntos. Él regresaría a su hogar y contraería nupcias con la mujer que se le había impuesto y ella, continuaría viviendo con toda esa intensidad que solo ella sabia, hasta que el fastidioso “Darcié” volviera a hacer acto de presencia, entonces, ese hombre la haría feliz como él nunca podría hacerlo.

Los días transcurrieron repletos de miradas furtivas. No es que estuvieran enamorados el uno del otro, o tal vez sí, pero a Zokane le costaba todo su esfuerzo negarse a sus sentimientos. En algún punto tuvo que aceptar que todo lo que estaba ocurriendo representaba una lucha intensa dentro de ella misma: era la aceptación de sentirse mujer nuevamente, de experimentar sensaciones nuevas. Como la aventura de probar lo prohibido y el desacato de querer a ese hombre como suyo, parecía no tener efecto que intentara prometerse que no perdería esta pelea, especialmente cuando le vio acercarse con decisión en la mirada.

—¿Qué haremos ahora? —le preguntó Yahel entre susurros al ofrecerle fruta de un costalito.

—¿Hacer de qué? —Zokane fingió inocencia echando un vistazo a la fruta.

—De lo nuestro.

—¡Yahel! —gimió su nombre con fastidio—. No hay un «lo nuestro», y si yo puedo saber mi lugar en este embrollo, tú también puedes.

—¿Sí? ¿Y cuál es nuestro lugar? —preguntó mostrando su enfado.

—Vamos, que no somos niños —exclamó empujando el costalito de fruta hacia él—. Tienes a Romina, disfrútala como ya lo haces y déjame tranquila.

—¿Disfrutarla? ¿De qué estáis hablando?

—Se ven bastante cercanos ustedes dos, no sé qué haces buscando una aventura.

—¡Ah! Con que por ahí va el asunto —replicó entusiasmado—. No es asunto mío cómo interpretáis lo que veis, lo que sí es asunto mío es que penséis que para mí vos sois una aventura.

—¡Basta! —exclamó enfadada, moderándose para no llamar la atención de los otros—. ¿Crees que todo en esta vida es una broma? Tienes un linaje que te respalda y te debes a ello. Toma lo que ocurrió como lo que fue… que ni a ti ni a mi nos quite el sueño.

—No sé cómo lo hacéis —respondió sin poder contener su enfado—, pero esa frialdad tuya no deja de sorprenderme.

Inclinando la cabeza como muestra de respeto se retiró sin esperar que ella replicara en algo. Se sentía enfadado por la negativa y no quería seguir escuchando la confirmación de todos sus pensamientos. Manteniéndose ocupado estuvo entrenando con Vaéris y Luther. No sabía qué otra cosa hacer, y es que, por mucho que lo intentaba; no podía dejar de pensar en ella, y se hartó hasta el punto de desear que el viaje terminara, aunque de inmediato se arrepintió de ese

pensamiento.

Un par de días transcurrieron donde ambos se mantuvieron tranquilos, daba la impresión de que él se había resignado, porque incluso se volvían a hablar con regularidad, sin embargo; para un ojo curioso como el de Tivana, era evidente que ninguno de los dos podía sostenerse la mirada y luchaban arduamente por no buscarse entre charlas, situación que le arrebataba más de una carcajada a la morena, haciéndola parecer una lunática sin remedio.

Aquella mañana durante un descanso Zokane parecía aburrida, se había tirado sobre el suelo viendo el cielo mientras jugaba con su daga girándola entre sus dedos. Desde donde estaba recostada podía ver muy bien a Tivana y Gareth, escuchar el susurro de su plática y sus risitas cómplices; definitivamente no eran el uno para el otro, él era demasiado poco, pero ella le quería a él, y Zokane estaba feliz de que Gareth correspondiera a su hermana con tanto fervor.

También podía escuchar la discusión que sostenía Vaéris en contra de Luther, su técnica para extraer la capa de grasa debajo de la piel de la criatura no era la indicada, y Nivha, intentaba seguir instrucciones de ambos para no ofender a ninguno. Mientras que Eiden, se mantenía tranquilo acostado a la sombra de un árbol observando, sosteniendo su taza de té sobre el pecho como solía hacerlo. A su parecer, resultaba una rutina agradable para un puñado de buenos amigos.

Cuando Yahel se puso en pie frente a ella a la altura de su rostro le dedicó una sonrisa amable como saludo; no podía verle la expresión debido a la luz que le ensombrecía el rostro, pero sí pudo escuchar el profundo suspiro. Realmente no tenían nada de qué hablar, ya se habían dicho todo, pero eso no significaba que dejarían de verse, al contrario, su viaje los empujaba a estar juntos y cooperar mutuamente, como si fuera una mala jugarreta del destino. Después de un momento, Yahel se acostó a su lado con el rostro muy cerca al de ella, acomodando sus piernas para que apuntaran al lado contrario que las de Zokane.

—¿Habéis leído algo referente al «Ojo del Dragón»? —inició.

—No hay mucha información pública al respecto. Supongo que todo lo que pueda saber, lo sé.

—¿Pero sí sabéis cuál es su propósito?

—Es un artefacto ancestral. Tiene el poder de consagrar los juramentos hacia el emperador por parte de sus sacerdotisas y sus señores feudales.

—Nivha debe tener mucha más información…

—¿Qué quieres, Yahel? —preguntó intrigada al notar ese aire de misterio en su voz.

—¿Por qué no preguntáis a la sacerdotisa sobre el tema?

—¿Debo preguntar?

Yahel había cerrado los ojos debido al sol sobre su rostro y jugueteaba con sus pies manteniendo una sonrisa leve. Zokane se sentó; por supuesto que había un aire sospechoso en todo aquello. Sin dejar de observarlo, llamó a Nivha, y la sonrisa de Yahel fue más evidente. No había duda, había gato encerrado. Sin moverse de donde estaba, Zokane abrazó sus piernas, acomodó su mentón sobre sus brazos y con preguntas simples hacia Nivha fue tentando el camino.

Zokane sabía que había temas delicados, otros eran prohibidos, y algunos eran sagrados y su conocimiento se limitaba a muy pocos. Al darse cuenta de que casi no había información «del Ojo del Dragón» supuso que alguna de esas tres opciones tendría que ver, y no quiso cerrar posibilidades para averiguar al respecto.

Sus preguntas eran variadas, hasta que encontró el momento para preguntar. Con curiosidad inocente sacó el tema del Ojo, Nivha dejó todo lo que hacía y la miró sorprendida. No le extrañó

que supiera de dicho artefacto, esa Arpía olvidaba comer por leer un libro y suspiró con fuerza sonriéndole con franqueza.

—No es la gran cosa. No hay mucha información del objeto porque no es algo que cualquiera pueda usar. De hecho… solo puede ser usado en presencia del emperador; sin él, el Ojo no tiene ningún poder.

—La reliquia se usa para el ritual de juramento, ¿cierto? ¿Qué lo hace así de especial?

—Sí. Debido al poder que yace en el Ojo del Dragón se puede crear el pacto de consagración hacia el emperador. Como el pacto se hace hacia el linaje, el juramento se transmite a la siguiente generación, es decir: cuando muera el emperador, la sacerdotisa y su corte serán fieles a la descendencia del emperador. La única forma de romper la consagración es con la propia muerte de la sacerdotisa o el cortesano.

—Entonces… si solo es para eso… ¿Por qué leí que se usa para proclamar a los señores Feudales?

—Te lo acabo de decir. Para empezar, el Ojo del Dragón es el único artefacto capaz de saber si el próximo señor Feudal fue elegido por su arma, y por lo tanto, descubrir si son dignos herederos del legado que se va a representar. Después, el señor feudal se consagra al linaje imperial, en un ritual de sangre que inmiscuye el arma de su legado, el Ojo del Dragón y al emperador.

—¿Qué significa eso? —preguntó con verdadero interés—. ¿Que si el Ojo no quiere, no se puede ser señor Feudal?

—Me sorprenden vuestras dudas, Zokane —exclamó Nivha en una risita involuntaria—. El Ojo revelará si el implicado ha sido elegido por el arma de su legado. En palabras más simples… es el arma quien elige al nuevo sucesor, el Ojo solo confirma y sella el pacto, y como os mencioné antes, la ceremonia debe hacerse en presencia del emperador, porque solo en su presencia el Ojo puede manifestar su poder y solo en su presencia se puede hacer cualquier tipo de consagración.

—¿Por qué tantas preguntas, Zokane? —le cuestionó Eiden mostrando una sonrisa para hacer evidente la broma—. ¿Pensáis unirte a la búsqueda por encontrar «el Cuerno de Bashitva» y hacer el intento por ser la nueva portadora?

—¿Y quitarles su lugar a los Aubery? —respondió con intriga, haciendo evidente la burla.

Su respuesta fue clara y simple. Se volvió a recostar para quedar una vez más junto a la cabeza de Yahel el cual, aún mantenía los ojos cerrados. Parecía imposible que se hubiera dormido, pero no hizo ruido ni gesto alguno, y ella se quedó en silencio intentando buscar una razón válida para que Yahel le hablara del Ojo. ¿Qué era lo que quería que descubriera? Y entre tantos pensamientos uno la sorprendió: ¿acaso Yahel contemplaba la idea de ser expulsado de su hogar por el propio emperador? Demasiadas vueltas y demasiadas especulaciones la hicieron rendirse al sueño, y Vaéris tuvo que amenazar a Luther para que no fuera a molestarlos.

—No tengo nada en contra de su hermana —le dijo mientras afilaba el cuchillo—. Es el padre de mi señor quien me ha encomendado mantenerlo lejos y sin problemas, y eso incluye problemas de faldas.

—¡No sea ridículo, Luther! ¿Qué tiene que ver eso con mi hermana?

—¿Es que no te das cuenta, las miradas que su hermana le dedica a mi señor?

—¿Qué insinúas?, ¿que mi hermana le coquetea? —preguntó sintiendo molestia—. Te aseguro una cosa, Luther: mi hermana se ha mantenido fiel a Darcié por tantas edades como para querer romper sus votos con tu señor.

—¡Ese tal Darcié es pura patraña! Seguramente una fantasía, además, eso no quita que mi

señor sí la vea a ella como la mujer que es. Es más, ni siquiera siente amenaza por ese molesto Darcié.

—¡Imposible! —exclamó Vaéris incrédula, poniendo su atención en los dos que dormían a pierna suelta—. El odio que se tuvieron fue legendario, la cordialidad que se profesan ahora es debido a Nivha y el viaje.

—A veces, solo queda odiar lo que no se puede tener —afirmó Eiden con la mirada casi perdida en su taza, mientras removía lentamente el poco té que le quedaba.

—Hablas como si te hubieran roto el corazón —se burló Vaéris.

—Hablo, como si fuese mío el odio que vi en la mirada de mi glorioso emperador. En ese momento, la cacería que organizó en contra de Meila Bluthiem no estaba teniendo el resultado que él quería, ahí fue cuando el corazón se le llenó de odio en contra de quien tanto deseaba tener bajo su protección.

—¡Bueno! —exclamó con fastidio—. Si yo tuviera que perseguir a alguien como lo hizo tu emperador, también sentiría odio al no tener ni un poco de retribución.

Una carcajada no fue suficiente para calmar a Eiden. Ninguno sabía que el hechicero pudiera reír tanto y tan amenamente. Verle así era extraño, y no pudieron resolver el misterio de sus carcajadas; ellos volvieron a lo suyo y Luther se mantuvo tranquilo pero al pendiente de su señor como en todo momento.

V

Cuando finalmente ingresaron a territorio Ardaithe la diferencia con el feudo Aubery era abismal. En la fría región Este era llamativa la gente y su felicidad. Las chicas sintieron lástima y angustia por los pueblos que dejaron. Setra, el pueblecito donde se encontraban, a pesar de ser pequeño, tenía sus tiendas surtidas, y su guardia bien distribuida, tenía cantina y una diminuta posada con cuatro habitaciones. Incluso, disponía de un área común que constaba de un cuartito muy privado a un lado del templo que se usaba para guardar unos cuantos libros y pergaminos.

Prosperidad en toda regla, niños regordetes y felices corriendo en las calles, mujeres en el río lavando las ropas de sus maridos, dedicados a la recolección de varios tipos de nueces y la creación de distintos tipos de cuerdas. Sin miedo, sin hambre, con ilusión por un futuro, absolutamente todo lo que no vieron en la región maldita de los Aubery.

Unas ancianitas que caminaban del brazo sonrieron con mucha confianza y no dudaron en inclinar la cabeza ante Yahel, pese a eso no detuvieron su paso y siguieron como si no hubieran reconocido al heredero Ardaithe. Era sorprendente que le mostraran respeto, pero que no exageraran sus protocolos tratándolo más como una persona común y corriente.

—Así lo ha hecho mi padre —les confesó Yahel con una sonrisa al ver pasar a unos niños corriendo entre sus juegos—. Nos debemos a la gente, ellos son la base de la prosperidad.

—Eso y que se rijan bajo las leyes de nuestro glorioso emperador —exclamó Eiden sin ocultar el orgullo por su soberano.

—¿Leyes que no todos aplican? —puntualizó Vaéris—. Todos vimos lo que ocurría con los Aubery. Con sus excesivos impuestos no dan oportunidad para que algo bueno ocurra.

—No entendéis nada, Vaéris —la regañó el hechicero—. La prosperidad tiene que ver con la obediencia a los mandatos del emperador. Si la región Aubery es ahora la más pobre y desdichada será por la maldición que acarrean.

—¿Vas a creer que el asesinato de todo un legado dejó una maldición? —respondió como siempre, sin miedo ante sus palabras.

—No, Vaéris, no entendéis. Todos esos tontos que se levantan en contra del emperador son los culpables de la desgracia. Si en lugar de estar incitando a rebeliones se pusieran a trabajar sus tierras y producir sus cosas, no tendrían tanto sufrimiento.

—De ser así —le interrumpió Nivha—, no hubiera sido tan evidente el lujo en la ciudad Aubery y la distinción entre clases.

—Tal vez Eiden espera que guarde silencio y trabaje como el resto del feudo —se burló Vaéris.

—Lo que Eiden pasa por alto es que en la región Aubery escasean los poblados productores. No hay forma de que unos pocos cubran los impuestos de todo un feudo. ¿Entendéis lo grave de eso?

—Si los pobladores hubieran sido un poco más leales, no habría ocurrido todo esto. ¿Estaréis de acuerdo, mi apreciado Yahel? —respondió el hechicero.

—Confundís lealtad con obediencia ciega —replicó Yahel arrugando la frente sin ocultar su enfado—. Mi padre es fiel al feudo, el feudo es fiel a mi padre y así, todos cooperamos por un bienestar mutuo. ¿No lo podéis ver?

—Lo único que veo es lo que ya os había dicho antes… Os lo volveré a decir como un consejo de buena voluntad. No deberéis cruzar camino con nuestro glorioso emperador nunca, creedme. Terminareis muerto gracias a vuestra rectitud.

Zokane odiaba admitirlo, pero Eiden tenía razón en aconsejar de esa manera a Yahel. El heredero Ardaithe debía encontrar la paz dentro de sí mismo para sobrellevar todo eso que le incomodaba. Era algo con lo que tendría que batallar día a día cuando fuera nombrado como el nuevo señor feudal.

Palmeando la espalda de Nivha, Zokane se despidió de ellos, un movimiento en su cabeza y sus hermanas le siguieron, los dedos entrelazados de Gareth con Tivana lo arrastraron detrás de ellas y así, Yahel terminó en los deberes de siempre: acompañar a los hechiceros en su entrega con el mercader, saludar a su suegro, preguntar por su prometida, cerciorarse que las cosas estuvieran en regla, y todo eso, mostrando su mejor cara para que no se le notara el fastidio al tener que estar presente haciendo cosas que por el momento no le apetecían. De poder, pasearía en el pueblo con el resto, con Zokane, surtiendo las bolsas de suministros y descubriendo cada recoveco a su lado.

También estaba ansioso de poder hablar con Zokane, estaba seguro de que su sentido agudo y su tremenda curiosidad ya la habrían hecho descubrir sus intenciones cuando le pidió preguntar a Nivha sobre el Ojo del Dragón. No disponía de mucho tiempo, solo un par de meses antes de que el viaje terminara y necesitaba comprobar que sus pensamientos fueran ciertos.

Ese mismo día, cuando la tarde recién caía Zokane estaba probando suerte en la diminuta biblioteca, si tenía suerte, encontraría alguna joya perdida entre los libros. Fue ahí donde Yahel la encontró; apenas entró tropezó con un jarrón metálico sobre el suelo asustándola. Se sonrieron por el susto y su torpeza, y al verlo cerrar la puerta, Zokane abrazó el pergamino contra su pecho a la espera de sus palabras, sin embargo, Yahel se limitó a señalar su propia cabeza para hacer notar que había visto el prendedor.

—Sí —respondió Zokane, tocando con sus dedos el prendedor—. Debo admitir que es bastante útil.

—¿Habéis encontrado algo interesante?

—Más de lo mismo.

—Cuando lleguemos a mi hogar, os daré acceso a una parte de la biblioteca reservada para mi familia. ¿Os agrada la idea?

—¿Y habrá más de lo mismo? —bromeó.

—¡Por supuesto! —aseguró, acercándose para hablar en un tono más bajo e íntimo—. Tengo curiosidad… ¿Qué habéis pensado de mi plan?

—¿Qué plan? —preguntó Zokane sintiéndose confundida.

—El que seguramente habéis descubierto después de preguntar a Nivha sobre el Ojo del Dragón.

—¿Había un plan detrás de todo eso? —su pregunta sonó inocente. Creía saber lo que pensaba Yahel, pero no tenía la certeza y no sería ella quien dijera algo que la metería en algún tipo de contrariedad.

—No mucho —volvió a bromear—. Únicamente, los planes que tengo para el futuro…

—Yahel —exclamó con cierto fastidio—. Si de algo quieres que me entere; apreciaría mucho que me lo dijeras tú mismo y sin rodeos, de lo contrario, ya sabes dónde está la puerta.

Por un momento más largo de lo debido Yahel guardó silencio. Ella le pedía hablar sin dilaciones y sintió que todo su plan se lo había tirado a la basura, todo lo que pensaba decirle ya no servía de nada con esa petición. Y mientras él reorganizaba sus argumentos Zokane

malinterpretó su silencio y desvío los ojos hacia el suelo.

Zokane sintió decepción de que una simple petición lo dejara mudo, hubiera preferido una mejor respuesta que el silencio, sobre todo al tener una idea de lo que diría: le pediría que lo esperara, que él la buscaría a su debido tiempo cuando el emperador lo enviara a alguna provincia lejana. Y, aunque tenía sentimientos encontrados, sobre todo por el hecho de que tendría que volver a esperar a alguien, se había hecho cierta ilusión de que le dijera algo parecido.

Calló sus pensamientos. Se mordió el labio con nerviosismo y asintió aceptando su silencio, regresó el pergamino a su sitio y buscó abandonar el lugar. Yahel sintió su corazón acelerarse cuando vio sus intenciones de querer salir y se jugó el todo por el todo. Impidiéndole el paso buscó a tientas el picaporte colocando el seguro, de esa forma al menos, si ella quería irse; tardaría un poco mientras él pensaba la forma en detenerla.

—¿A dónde vais si no he comenzado? ¿No queréis rodeos? ¡Perfecto! Os diré cómo son las cosas, y lo lamento por mi padre, pero nunca seré lo que él quiere que sea. Y no tengo miedo de usar cada ventaja.

—¿De qué hablas?

—De la ceremonia donde seré proclamado como el nuevo señor feudal. Cuando el Ojo revele que no he sido elegido, el emperador negará mi derecho de reclamar el legado bajo mi nombre, y yo seré destinado a alguna provincia lejana donde no tenga ni poder ni gloria. ¿Lo entendéis? Buscarán al verdadero heredero entre todos los Ardaithe, y yo seré olvidado para borrar la deshonra por la cual mi familia tuvo que pasar.

—Tu padre no permitirá que eso ocurra.

—¡Zokane! —suspiró su nombre con alivio—. También me alegra decir que no es su decisión. Mi padre no puede pasar por encima de los mandatos del emperador, y el Ojo no va a permitirle continuar su farsa de que soy el elegido, y aunque es cierto que busca la manera de hacer un trato con el emperador para que pase por alto el ritual, no la hay. Lo mejor de todo es que cuando Táiwel vea que la alianza con mi familia no sirve de nada, negará a su hija y buscará un nuevo pretendiente para ella aprovechando que se mantiene casta.

—Pensé que tú y ella… —balbuceó un momento sin terminar la frase.

—¿Qué? —preguntó con una leve sonrisa al entender perfectamente cuál era su duda—. ¿Qué ha pensado esa cabecita?

—Nada —exclamó ligeramente sonrojada.

—¿Acaso son celos? —pronunció casi como un susurro sintiendo un placer inusual.

—¡No seas bobo!

—¡Bien! —suspiró sin querer perder más tiempo—. La realidad es que, si no os digo todo de una buena vez, no sé si podré hacerlo después… Os aseguro de que a Romina no le he tocado un pelo. Y podrá pareceros una locura, pero a vos… os soy fiel desde que tuvimos ese mal encuentro en aquella posada cuando me visteis del brazo de una dama. ¿Lo recordáis? Os soy fiel desde entonces porque desde entonces no puedo sacaros de mi mente y de mi corazón.

»Me tenéis, Zokane, y pareciera que no os dais cuenta …no puedo seguir viviendo de esta manera. He soportado tanto, hasta los relatos del fulano Darcié ,gracias a él me habéis hecho conocer los celos y me habéis hecho desear que el brillo en tus ojos cuando lo mencionas a él lo tuvieras por mí ,y ahora lo veo, finalmente lo veo, ese brillo en vuestra mirada es para mí.

Yahel se había llenado de confianza al confesarle todo, había cuidado cada gesto que ella hiciera mientras le entregaba el corazón, y en las facciones de Zokane no había visto rechazo o sorpresa, en cambio, había visto una fina sonrisa en sus labios, la ensoñación de sus ojos se la

dedicaba a él, y lo mejor de todo era el sutil rubor de sus mejillas.

Guardó silencio, expectante, sintiendo el viento a favor, sabiendo que no podría quedarse callada mucho más tiempo, y cuando la vio morderse los labios supo que luchaba arduamente por no decir lo primero que le saliera al paso.

—Los relatos que al parecer sabes de memoria… es todo cuanto ha pasado entre Darcié y yo... pero no puedo negar que la conexión que tuvimos fue algo especial...

—De todo lo que os he dicho, ¿eso es lo que merece la pena responder? —exclamó sonriendo con nerviosismo—. Zokane, no necesito explicaciones de vuestro pasado. Solo me importa vuestro presente y futuro. No tenéis idea de cuánto deseo que en ese futuro pueda estar a vuestro lado. Os lo prometo, que viviré cada instante para haceros feliz.

El susurro con que habló lo acercó más a ella y tampoco la vio retroceder. Ya no quiso esperar nada y estrechó su cintura entre sus brazos complacido de que no hubiera resistencia. Le vio la mirada dulce, inequívocamente enamorada, esa que no podía ocultar nada, y supo que aunque las palabras sobraban, debía asegurarse de escuchar su respuesta. Deslizando sus dedos recorrió sus brazos para alcanzarle el cuello, acercándose lo suficiente a su oído, para que el susurro con que confesaba que la quería solo a ella nadie más lo escuchara.

—Zokane… Zokane… vuestra presencia ilumina mis días y me llena de una paz que nunca había conocido. Estar sin vos se ha vuelto una agonía que no puedo soportar por más tiempo.

—Yahel… —pronunció queriendo poner resistencia, pero su tono de voz dijo lo contrario — Todo esto es una locura.

—Sí, se dice que se hacen locuras por amor.

—¿Amor?

—Me gusta creer que lo que hay entre nosotros es amor.

—Creo que tienes demasiada confianza en el futuro que has imaginado.

—Zokane. Entiendo si os da miedo comprometeros conmigo, sin embargo, estoy seguro de que juntos podemos enfrentar cualquier desafío. Por eso os pido encarecidamente que me deis una oportunidad y os demostraré que mis sentimientos son sinceros.

El roce de sus mejillas cobró ritmo buscando acercarse a su boca, moría de ganas por besarla, pero antes quería escuchar su respuesta, oír de su boca lo que ella sentía.

—Decidme algo, pero no os quedéis callada —suplicó— Os aseguro que daré todo de mí para construir un futuro lleno de felicidad y amor solo para tí.

En sus brazos, Zokane se sentía segura, se sentía tranquila, por supuesto que tenía miedo del futuro, a su lado todo era incierto, pero tampoco podía negarse a sus sentimientos y ese hombre frente a ella tenía todo lo que ella quería. Levantando la mirada se mostró dulce, un suspiro arrastró sus palabras y su corazón quedó expuesto.

—Está bien —exclamó en un susurro— desafiemos juntos el destino… yo también te quiero.

Escucharla, su timidez y nerviosismo, lo hizo estallar de emoción. La estrechó entre sus brazos sintiéndose aliviado. Yahel no tenía dudas, la amaría hasta su último aliento y Zokane, aunque estaba llena de ellas, quiso aferrarse a sus sentimientos… esta vez, lucharía hasta las últimas consecuencias, pero no permitiría que la vida volviera a decidir por ella.

Buscaron sus labios y se unieron en un besó lento y apasionado. Yahel enredó los dedos en su cabello y Zokane lo estrechó en sus brazos. La pasión se desbordó de a poco, como una llama ardiente extendiéndose entre maleza seca: sin tregua y voraz. La atracción que sentían el uno por el otro era inclemente y contenerse a solo besos, se volvió una cuestión de voluntad.

Arrinconada entre las estanterías Zokane se permitió sentirse viva, se permitió soñar, y se permitió una nueva oportunidad. El caprichoso Yahel Ardaithe había jugado bastante bien sus

cartas y no supo en qué momento le había robado el corazón. Sus sentimientos eran genuinos, al igual que sus emociones. Se permitieron disfrutar el uno del otro en el roce salvaje de sus labios mientras que, con cada uno de esos besos, fueron sellando las promesas que gritaba el corazón.

—Zokane —susurró entrecortadamente—... desde el primer momento te he pertenecido, que no os quepa duda, pero, desde hoy sois mía, os lo prometo, nada me separará de ti.

El sentido de pertenencia tuvo un nuevo significado para Zokane, uno más profundo e intenso. Confiaría en sus palabras, de que jamás la abandonaría y en su propio corazón de que esta vez no se equivocaba. Y aunque el tiempo les pareció corto y muchas cosas quedaron pendientes, por el momento lo más sensato era mantener su romance en secreto. No porque sintieran miedo de lo que pudieran decirles todos, más bien era precaución a lo que Luther pudiera causar. Estaban seguros que lo primero que ese viejo cascarrabias haría sería llevar las noticias al padre de Yahel, y ellos necesitaban un poco de tiempo mientras planeaban juntos ese anhelado futuro.

VI

Con sus corazones expuestos y la aventura que suponía intentaron continuar el viaje como de costumbre, aunque siempre encontraban un momento para regalarse un beso fugaz o una caricia rápida, descubriendo juntos sensaciones más intensas, como aquella noche, cuando Vaéris le ponía las cosas difíciles a Yahel en un entrenamiento de combate sin armas.

Confiada de sí misma; la pelirroja se arrepintió de ser tan blanda cuando Yahel supo usar un descuido para inmovilizarla, dejándola boca abajo sobre la tierra. Las risas de Zokane hirieron su orgullo con gravedad, y Vaéris le exigió a su hermana que le mostrara la técnica apropiada para inmovilizarlo con éxito.

—Al menos dejemos que respire un poco —se reía Zokane para que no se notara que le preocupaba—. Le has abierto la ceja y le pateaste el estómago, ¡dos veces!

—¿Te estás volviendo blanda? —preguntó con las cejas fruncidas—. El enemigo jamás le va a dar la oportunidad para que recupere el aire. Seguirán viniendo uno tras otro y con la energía a tope.

—Pero no somos el enemigo. Le estamos entrenando.

—¡Mejor aún! ¡Vamos, cobarde! ¡Muéstrame cómo vencerlo!

—Vamos, cariño. Vencedme —la incitó Yahel en un tono juguetón, guiñándole un ojo como ella habría hecho.

Zokane no pudo negarse, y lo que comenzó como algo ligero, rápidamente se convirtió en una lucha constante que ninguno de los dos estaba dispuesto a perder. Para Yahel, esforzarse al máximo representaba una manera de retribuir tanto tiempo invertido en darle ese entrenamiento. Para Zokane, implicaba dar todo de sí misma al darse cuenta del trabajo que le estaba costando vencerlo a pesar que ya estaba cansado de luchar contra Vaéris.

Yahel mostraba confianza sobre cada cosa que hacía, cada movimiento lo ejecutaba con astucia y no dejaba pasar ningún descuido, pero de la misma forma Zokane lo hacía, y aprovechando uno de esos, ella logró sujetarlo por la parte posterior del cuello, enredando las piernas en el torso de Yahel y haciendo un poco de presión sobre su garganta.

—¡Te tengo! —le susurró jadeante.

—¡Me tienes! —afirmó con la misma agitación.

No había aplicado tanta fuerza al sujetarlo y él lo notó. Tomando su brazo logró girarla colocándola de espaldas y el forcejeo volvió a comenzar. Rodaron por el suelo un poco en su intento por inmovilizarse, hasta que Yahel enredó sus brazos entre los brazos de ella y sus piernas entre sus piernas, dejando sus cuerpos completamente pegados uno contra el otro. Cara a cara, Yahel mantuvo el agarre sin mostrar flaqueza, a pesar de darse cuenta que Zokane podía sentir todo el ímpetu de su lujuria sobre su pierna. Apenas sonrojada, sonrió involuntariamente con cierta picardía incapaz de hacer otra cosa.

—«Interesante» técnica para controlarme —enfatizó agitada y susurrante.

—Podría estar así toda la noche —fanfarroneó sonriente.

—Eso habría que verlo —vaciló la broma.

—Estoy a su disposición cuando desee.

Las risas, burlas y juegos de todos los presentes ante la derrota de Zokane les hizo recordar

que tenían compañía, y entre ellos dos algo quedó claro: el creciente deseo por juntar sus cuerpos cada vez era más evidente.

Victorioso, Yahel la soltó y se levantó fanfarroneando con poses exageradas para festejarse él mismo. Le había costado todo su esfuerzo y la victoria la sentía doble y no sabía cómo ocultar aquel entusiasmo en sus ánimos. Zokane permaneció sobre el suelo recuperando el aire, con las mejillas encendidas y el alma agitada observando al hombre que despiadado, llamaba cada parte de su cuerpo. No podía negarlo, le gustaba como jamás creyó posible, y no tenía la más remota intención de sacarlo del lugar que ocupaba en su corazón porque incluso, no había vuelto a recordar a Darcié.

*

Entre la caza y la preparación de los materiales el grupo viajero apresuró el paso. La ruta marcada los acercaría a un importante poblado nombrado Cipora, y ya que necesitaban reabastecer algunas cosas decidieron visitar el poblado.

Arribaron poco antes de que la noche cayera y decidieron quedarse en el lugar. Lo que quedaba de tarde fue suficiente para abastecer los suministros, tomar habitaciones en la posada, darse un buen baño y cenar juntos en un comedor cercano, y por la noche, aunque intentaron dormir no lo consiguieron.

La fiesta que había en la taberna ubicada junto al mesón donde se alojaban era tan amena, que terminaron siguiendo a Vaéris hacia la fiesta que celebraban por el nacimiento del primer hijo varón del dueño del establecimiento. Bebieron un poco antes de que la música les invitara al baile, y cuando Tivana y Gareth que se unieron al baile grupal, Yahel fue arrastrado al mismo destino por Vaéris. Eiden y Luther en cambio eligieron unirse a un grupo de entusiastas borrachos, apostando hasta lo que no tenían por descubrir quién era el último en quedar en pie, mientras que Nivha y Zokane quedaron rezagadas en una esquina, riendo y aplaudiendo al ritmo de la música por todo el alboroto a su alrededor.

En esos momentos, al ver la soltura de Yahel dentro del baile grupal, Zokane reafirmó lo mucho que le gustaba. Jamás comprendería como, de odiarlo con tanta intensidad, ahora se derretía con su sonrisa. El hombre tenía tantas cualidades a sus ojos y ahora se sumaba una más: su ritmo al bailar. Y al estarlo observando cruzaron miradas; sus mejillas se encendieron de solo ver su sonrisa amena que resaltaba esa mirada picarona, mientras su cuerpo se movía al ritmo de la música.

Apretando las piernas intentó calmar su creciente excitación, pero ardía tan intensa que no creyó poder calmarla. La vergüenza se apoderó de ella al percatarse que jamás había sentido algo parecido y sin ninguna provocación.

Cuando un extraño se llevó a Nivha directo al baile, Zokane se marchó, la sangre fluía tan rápidamente que necesitaba salir de ahí. Obedeciendo la urgencia de templarse un poco, en su camino rumbo al mesón se detuvo en los establos que se ubicaban a un lado de la entrada principal y, como la noche era fría, terminó metida en un comedero lleno de heno. Como si fuese una bañera se acostó completa y recargó su cabeza en un borde cerrando los ojos. Negaba su inesperada lujuria y la negaría hasta sus últimas consecuencias. Estuvo ahí por un tiempo indefinido, casi hasta quedarse dormida, pero al oír la risa burlona de Yahel al encontrarla, la agitación del arrebato que intentaba ignorar la estremeció nuevamente.

—Hace bastante frío como para que estéis ahí metida, ¿no os parece?

—Bebí suficiente vino como para no sentir el frío.

—¿Estáis ahí desde que saliste?

—Sí.

—¡Ven acá! De eso hace más de media hora, ¿tenéis deseos de morir congelada?

Zokane negó con insistencia y terminó incorporándose, momento en que Yahel la tomó por las axilas y la levantó para facilitar que saliera. Su acción fue lenta y despreocupada siguiendo con su rostro la trayectoria de sus labios, y apenas sus pies tocaron el suelo Yahel la besó profundizando su acto.

—Siempre me pregunté a qué sabría ese vino que tanto os gusta.

—¿Vas a decirme que jamás lo has probado?

—No de esta forma —susurró antes de besarla nuevamente saboreando su aliento al compás de sus bocas al besarse.

El estremecimiento que no era producto del frío le arrebató una risa nerviosa a Zokane. Yahel pudo notarlo, y sabiendo que era más importante que ella recuperara el calor del cuerpo la encaminó hasta su habitación. Con un beso fugaz le deseó dulces sueños y se metió en su habitación. Cerrando la puerta con apuro se recargó en la misma, como si al depositar todo el peso de su cuerpo sobre esta, fuera a anclarla y a imposibilitarla de moverse de ahí.

Yahel miró la puerta con impotencia, apoyó sus manos en ambos lados del marco y dejó caer su cabeza para observar el suelo. ¿Cómo negarlo? Deseaba estar con ella, pero ya la amaba demasiado como para tomar sus virtudes sin antes hacer un compromiso mayor con ella. Buscaba sus fuerzas para marcharse cuando Zokane abrió. Sorprendido, sin soltar el marco, levantó el rostro para verla. La agitación y el nerviosismo de su Arpía era evidente y por lo mismo, no esperaba que esa mujer deslizara su mano detrás de su cuello y lo atrajera con urgencia hacia su boca entregando un beso sensual y acompasado.

Cuando pudieron soltarse juntaron sus frentes. Yahel envolvió su cintura con una mano mientras que con la otra buscó acariciar sus labios que tanto le gustaban. La locura se apoderó de él cuando sintió aquella boca abrirse para besarle el pulgar, susurrando su nombre casi sin aliento.

El mutuo arrebato los llevó hasta la habitación de Yahel, y a puerta cerrada, permitieron que su instinto gobernara cuando a jalones se arrancaron mutuamente los abrigos. El nerviosismo los invadió a ambos, dándoles tiempo de mirarse a los ojos.

—¿Estáis segura? —Quiso arrepentirse de haber hecho la pregunta, pero le pareció lo correcto —. No penséis que solo busco esto…

De un beso Zokane lo calló, ella no tenía dudas y se aseguró de que él lo supiera cuando el contacto de sus bocas cobró ritmo y suavidad. Con torpeza le desabrochó la camisa hasta dejarla caer por sus brazos. Sus ojos fueron siguiendo el camino que sus dedos trazaban al ir recorriendo el pecho de Yahel, deteniéndose en un par de cicatrices que atravesaban su abdomen. Levantó la mirada buscando respuesta y, la sonrisa que le regaló Yahel no respondió sus dudas, en cambio, la besó hasta hacerla perder el aliento al tiempo que su pantalón se deslizaba hasta el suelo.

La excitación lo llenaba, y Yahel fue moviendo sus manos al compás de su deseo cuando le tocó el turno de quitarle la ropa. Con el pulso tembloroso recorrio su espalda hasta llegar a sus caderas, sus dedos torpes se aferraron a la tela de la camisa para ir subiendo por sus curvas hasta pasarla por sobre su cabeza y arrojarla al suelo.

Estrechándola, exploró su cuello y sus hombros con sus labios hasta alcanzar sus pechos, deleitándose con la suavidad de su piel y sus formas. La calidez del contacto erizaba la piel de Zokane y tomando un mechón de su pelo sintió la excitación crecer cuando la guió hasta recostarla en la cama. Sobre ella, continuó besando cada parte de su cuerpo hasta alcanzar su

vientre mientras desabrochaba su cinturón. Con destreza jaló sus pantalones y el resto de su ropa. La observó un momento, el necesario para deleitar su mirada, antes de comenzar a besarla, subiendo desde sus pies hasta alcanzar su boca.

Su piel desnuda ardía al contacto mutuo, los besos sabían a sal y las caricias al explorarse los llevó al éxtasis. No hubo forma de frenar aquel instinto cuando se deslizó dentro de ella; sus cuerpos cobraron ritmo, danzando una melodía que solo ellos dos escuchaban, hasta que el bálsamo que juntos se otorgaban sació la sed que tenían el uno por el otro. Sin pensar en consecuencias, tampoco en el mañana, únicamente en ellos mismos, disfrutando juntos su pasión desenfrenada.

VII

Aún faltaba mucho para el amanecer cuando Zokane despertó. Lentamente y con cuidado se deslizó hasta quedar sentada en el borde de la cama, pasó sus dedos por su cabello para aplacarlo un poco. Una mirada rápida hacia Yahel, aún dormido, no logró hacer que se arrepintiera. Por ahora su única preocupación era encontrar la excusa perfecta con sus hermanas cuando le preguntasen dónde había estado. Intentó ponerse en pie, y fue entonces que las manos de Yahel al rodear su cintura se lo impidieron.

—Es muy tarde para querer escapar —le susurró besando su espalda.

—Aún puedo intentarlo.

—Intentadlo —la retó.

—Tengo que volver con mis hermanas antes de que hagan un alboroto queriendo buscarme.

—Y yo quiero despertar al alba en vuestros brazos… ¿Qué haremos con ese dilema?

Besando su espalda llegó a su cuello, sus manos siguieron su figura hasta volver a acomodarla en la cama y después en sus brazos. Sus cuerpos encajaban a la perfección, como si hubieran sido hechos el uno para el otro. Él no tenía dudas al respecto, no había nada que pudiera quitarle la felicidad de saberla toda suya, y no habría nada que pudiera arrancarla de su piel.

Las caricias y los besos encendieron sus ánimos y se entregaron nuevamente uno al otro, hasta que, carentes de fuerzas, se rindieron al cobijo de la cama y solo entonces, pudieron poner cabeza y pies a todo cuanto ocurría entre ellos.

Antes que nada acordaron que continuarían con su secreto. Pronto terminarían el viaje a lado de Nivha y lo menos que querían era estar batallando con el viejo Luther. Una vez establecido eso llegaron a la inminente resolución con más facilidad de lo esperado.

Era absurdo esperar a la ceremonia donde el emperador descubriría que Yahel no era el elegido por el arma que sirve a su legado, y si de todas formas él terminaría exiliado en alguna provincia, ¿para qué esperar tanto? Cuando el viaje llegara a su fin, escaparían juntos. Pero entonces hubo algo que le apretujó el corazón a Yahel: no tener la certeza de saber si algún día volvería a ver a su madre. Y gracias a eso decidieron que antes de escapar juntos, Yahel debía despedirse de ella.

Se sentían tan a gusto juntos que el tiempo se desvanecía, y solo hasta que la tenue luz del amanecer los sorprendió pudieron soltarse. A toda prisa, Zokane se acomodó la ropa mientras Yahel disfrutaba el espectáculo que suponía. No quería ni parpadear para no perder de vista su hermosa figura, tenía la intención de memorizarla, de la misma forma que hizo con el sabor de su piel.

Con un beso apasionado que pretendía ser ligero se dieron la inevitable despedida, Zokane salió rogando a los dioses que sus hermanas estuvieran dormidas. El cuidado que puso al entrar en la habitación fue innecesario al ver a sus hermanas ya despiertas charlando entre ellas, calientitas y acurrucadas entre las frazadas. El silencio al entrar le incomodó solo a Zokane, sus hermanas se mostraban tranquilas pero sus miradas acusadoras y la sonrisa maliciosa que Vaéris tenía le puso nerviosa.

—¡Debes estar hambrienta! —escuchó la burla en el tono de voz de Vaéris—Come algo, ahí

hay un poco de fruta.

—¿Y qué tal estuvo? —preguntó Tivana al notar el esfuerzo por ocultar su nerviosismo.

—¿El que?

—La noche con Yahel —respondió Vaéris sin rodeos, directa al grano y completamente casual.

—¿Qué noche? —exclamó sintiendo el ardor en sus mejillas—. ¡No sé de qué están hablando!

—¡Mira, Tivana; que tierna es tu hermana! Piensa que no nos dimos cuenta.

—¿Y por qué habría de contarles algo tan íntimo? —contestó Zokane al darse cuenta de que sería inútil negarlo—. ¿Acaso le has hecho la misma pregunta a Tivana?

—¡Ajá! —gimió Vaéris lanzándole una almohada—. ¡Y no lo niegas! ¡Cuéntanos!

—¡No molestes! —replicó Zokane devolviéndole la almohada—. Eres demasiado pura como para oír detalles.

—No, no lo es —aclaró Tivana—. ¡Si yo te contara!

—¿Qué? —pronunció sorprendida—. ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Quién?

—¡Mira! La que hablaba de no contar intimidades —se burló Vaéris.

—Yo te puedo dar detalles de esta descarada —le ofreció Tivana.

La almohada con que Vaéris estrelló el rostro de Tivana no le hizo guardar silencio, Vaéris saltó sobre ella propinándole un ataque de cosquillas en un intento de mantenerla callada, cosa que tampoco surtió mucho efecto, entre risas y carcajadas, Tivana reveló un poco de lo que sabía.

—¿No se te hizo raro, que mientras estuvimos con tu maestro, Vaéris llegaba cada día con una cesta de pan?

—¡No! ¿El panadero?

—¡No el panadero, pero sí el hijo!

—¡Vaéris!

—¿Y no te preguntas porqué, siempre que pasamos por la armería de Marcos el tuerto, Larius, su ayudante, siempre tiene algo que mostrarle en la bodega?

—¡No! —exclamó Zokane saltando en la cama para unirse al juego de cosquillas, pero en contra de Vaéris—. ¿Cómo es que Tivana sabe y yo no?

—¡Metida en los libros no te enteras de nada! —se burló Tivana.

—No es mi culpa que tu hermana tenga el don de enterarse hasta de los más recónditos secretos —se defendía Vaéris intentando liberarse del ataque de cosquillas—. ¡Ahora, tendré que asesinarla por revelar los míos! ¡Pero antes nos dirás qué pasó con Yahel!

Entre risas y juegos se confesaron todo, y Vaéris no dudó en mostrar el orgullo que sentía al ser la única en no caer en las trampas del amor, reiterándoles su juramento de que jamás se ataría a ningún hombre.

Después del juego y que cada una contara un par de intimidades, llegó toda la explicación de cómo es que Zokane había terminado así con Yahel, y fue entonces que Tivana le confesó que ella y Gareth se habían dado cuenta de lo que ocurrió el día que atraparon la gárgola, debido a que, con la sangre, Yahel le había embarrado todo el rostro dejando las marcas de sus manos hasta en la espalda. Por eso había insistido en hablar de lo ocurrido con Romina, creyendo que Zokane necesitaría algún tipo de consuelo.

Zokane sintió cierta vergüenza de que incluso Gareth lo supiera, pero no tuvo mucho más qué ocultar, y les habló de sus planes de escapar del padre de Yahel y la razón por la cual todo funcionaría. A Tivana le dio la impresión de que la vida había hecho todo aquello para unirlos. Desde la forma en que se conocieron, hasta la forma en que se fueron topando con él. En cambio

Vaéris le pidió que disfrutara lo más posible su romance, pues ella estaba segura de que una vez arribaran al hogar de Yahel, él le daría la espalda y la dejaría para cumplir su deber como heredero de su legado.

Zokane no hizo mucho caso a las distintas predicciones, y les hizo notar que mamá Torna se volvería loca de felicidad cuando supiera que su sueño de verlas comprometidas se había hecho realidad. La sola imagen las hizo fantasear en cómo serían los viajes cuando Gareth y Yahel se unieran a ellas. El grupo que formarían adquiriría su propio nombre, eso era un hecho, y ya deseaban saber si les compararían nuevamente con alguna bestia y de qué tipo sería.

—¿Piensan contraer nupcias con ellos? —preguntó Vaéris con la esperanza de verlas recapacitar.

—¡No! —respondieron Zokane y Tivana al mismo tiempo.

—Para serte franca, Zokane… hubiera preferido a Darcié. Lucías tan pequeñita e indefensa a su lado, que daba la impresión de que con él nada malo te ocurriría.

—No le hagas caso —le dijo Tivana intentando levantar sus ánimos al darse cuenta del cambio en su expresión—. A Vaéris le podrá agradar Darcié, pero a mí me agrada Yahel. Juntos se ven muy bien.

—Detesto tener que ser yo la aguafiestas… pero es que… ¿en qué momento lo olvidaste?

—No lo hice, Vaéris —respondió de inmediato sin pensarlo, sosteniendo su mirada sin ocultar su fastidio, y dejó a la luz la profunda melancolía que hablar de ello le producía—. A él… a Darcié… lo llevaré siempre en mi corazón… pero ya no quiero continuar buscándolo en cada pueblo al que llegamos, ni estar pensando que en cualquier momento lo encontraré en el camino. Son tantas edades las que han pasado… que si nadie lo ha visto y si nadie lo conoce… eso solo significa una cosa… y prefiero no pensar en ello. Lo mejor es vivir mi vida a mi manera ahora que puedo, ahora que vuelvo a sentir...

—Vaéris lo sabe —exclamó Tivana al sentir la tensión creciente—. Tal vez Vaéris solo quiere estar segura de que tu decisión es de corazón.

—No importa lo que digas, Zokane, y tampoco importa tanto la forma en que Tivana intenta protegerte de la realidad… con Yahel llevas un par de edades de odio intenso, ¿y crees que con un par de meses de ensueño ya te has enamorado? La tristeza que veo en tus ojos jamás la tuviste con Darcié, ni aun cuando se fue para desaparecer. Te aseguro que lo que tienes con Yahel jamás podrá superar lo que tuviste con Darcié.

—¡Basta, Vaéris! Zokane tomó su decisión. Respeta eso y no compliques más las cosas.

—¿Por qué habrían de complicarse? —exclamó Vaéris con falsa inocencia—. ¿No ves que está muy segura de lo que hace? ¿No es así, hermanita?

Zokane se puso en pie arrojándole las sábanas sobre la cabeza, con eso daba por terminada la charla, suficiente era con sus propias dudas como para tener que cargar con las de Vaéris, y mientras comía una manzana observó la vista que la posada otorgaba.

La mañana estaba fría, como casi en todo el territorio Ardaithe, pronto comenzarían a encontrar caminos nevados que los adentrarían en las laderas de las montañas, y ellas tendrían que revelar más de sus secretos al tener que compartir sus técnicas para mantenerse calientes y Zokane sonrió de pensar cuál sería la opinión de Yahel si acaso las corregiría o aprenderían algo nuevo de él.

Con la jornada por delante y el futuro latente, con pensamientos como el que acababa de tener hizo en un nudo todo sentimiento del pasado y lo arrojó fuera de ella. Darcié le habrá enseñado el significado de la palabra amor, pero con Yahel estaba aprendiendo a vivirlo y, mientras él ocupaba todo el espacio en su corazón, ella se sentiría feliz y tranquila de sus decisiones. Zokane

odiaba el cambio de estaciones entre verano y otoño porque justo en esas fechas su padre la había dejado con el mago Owen, pero ahora que estaban justo en esa transición le pareció la mejor época para que el amor entrara en su vida. Muy en el fondo sentía que Yahel era justo lo que ella necesitaba en su vida.

VIII

En la capital, el emperador daba vueltas en su recamara sintiendo toda la ansiedad emerger sin razón. Esa noche por más que intentó no pudo callar sus pensamientos, la otra voz que le gritaba día a día dejaba de ser piadosa volviéndole loco, y a veces, deseaba clavarse él mismo una daga en medio de las cejas para ver si así podía callar la voz que salía de sus más profundos pensamientos. Se odiaba por lo acertadas que eran sus predicciones, todo lo que esa voz le decía siempre se cumplía, se confirmaba y se volvía una verdad absoluta.

Esta vez era una de esas noches en las que quería ahorcarse él mismo para no tener que oírse, para no tener que sentir la burla que se hacía, para no escuchar el regaño por su ineptitud: gracias a su falta de temple, la chiquilla había escapado en sus narices, gracias a sus ineptos sirvientes también había escapado infinidad de veces, esa chiquilla se reía de él a carcajadas.

Se había prometido que todo en esa mujer sería suyo, pero ahora, alguien más había tomado lo que por derecho le correspondía y la habían desflorado. Lo sabía, no había duda, la carga en el ambiente lo decía, los ecos que se estaban tallando para la eternidad eran poderosos, el despertar en la magia que el acto conllevaba también era legible.

La última de los Bluthiem se sentía poderosa, se sentía sin igual, pero a eso, algo más lo estremecía: podía sentir la realidad viciarse y como si ya supiera todo, una palabra comenzó a escribirse en su boca para escaparse de sus labios y repetirla hasta el cansancio «la puerta está abierta», se decía sin parar, y a su delirio la otra voz le acompañaba: «ya está, la unión entre lo divino y lo terrenal».

La impotencia al no tener las cosas bajo control hicieron crecer su cólera. Meila y él estaban predestinados, por eso podía saberla con vida, por eso debía tenerla, por eso la necesitaba, si no fuera así, ¿por qué diablos podía sentir tan suyo un momento como este?

La rabia afloró con sus pensamientos, sus puños se cerraron hasta hacerle temblar las manos, y se volvió insensible al dolor cuando los golpes que soltaba a los muros y los muebles terminaron por destrozar sus propios nudillos. Lo que fuera que sintiera comenzaba a convertirse en odio, y se juró que Meila Bluthiem pagaría cada mal momento por el cual lo hizo atravesar.

La irritación le impidió mantenerse dentro de su habitación. Vagando por los pasillos recorrió la sala del trono, la sala de guerra, la sala del juicio, y finalmente la cámara de la sacerdotisa. Al entrar, no esperaba encontrar a Saíd en el lugar pero, al verla de pie frente a la pileta del mago mirando el reflejo del agua, notó el trance que suponía y no dudó ni un segundo que se debiera a lo mismo que a él le había perturbado.

Cuando Saíd regresó del trance se enjuagó la cara con el agua del plato que conformaba la fuente y suspiró con fuerza, no se había dado cuenta de que su emperador estaba en el lugar, así que, cuando lo escuchó preguntar si lo había sentido se sorprendió sintiéndose agraviada sin motivo. Su sorpresa fue mayor al verlo sentado sobre el suelo, y tardó un poco en inclinarse para mostrar sus respetos, casi de inmediato ofreció su ayuda para ponerlo en pie, pero el emperador se limitó a manotear el aire para alejarla.

—¿Lo sentisteis? —insistió.

—¿Os referís al movimiento en la energía? Sí. Me introdujo a un trance involuntario mostrando una visión confusa sobre lo divino. Un despertar sobre lo enigmático. Un camino sin

opciones. Una apertura del destino.

—Mostradme la visión.

—No sé si deba mostraros —murmuró con nerviosismo.

—¿A quién creéis que habláis? —gritó furioso poniéndose en pie—. ¡Soy vuestro emperador, que no os quepa duda!

La sacerdotisa se inclinó sintiendo un creciente pánico. Suplicó que le perdonara y sin que volviera a decirle nada se acercó a la pileta realizando el ritual para transmitirle sus visiones. El emperador miró atento: la plaza del palacio se abarrotaba de espectadores mirando todos al cielo, un par de dragones sobrevolaban en lo alto, y en tierra, un condenado a muerte se pudría en una jaula colgada en la intemperie. La visión mostraba el cielo abrirse, mostraba la luz divina derramada sobre el condenado, las dimensiones se rompían por el suceso y mostraba un charco de sangre moverse a voluntad como buscando algo.

Efrén frunció las cejas, se dio la vuelta y abandonó el lugar. Saíd no tardó en seguirle hasta la sala del trono donde Efrén ocupó su sitial quedando en un estado meditabundo.

—¿Habéis tenido noticias de Eiden?

—No, mi emperador. Lo último que supe fue lo que usted mismo sabe. Él cree haber encontrado el rastro de la última Bluthiem.

—¡Meila! —bufó desquiciado—. ¡Su nombre es Meila! ¡Decidlo!

—De… Meila, mi emperador —replicó atemorizada, arrodillandose frente a él—. Eiden cree haber encontrado el rastro de Meila Bluthiem.

—Quiero certezas. ¡La quiero ya!

—Haremos todo lo que esté en nuestras manos.

Efrén lucía un poco más tranquilo, aunque con él era imposible saberlo con exactitud. Said se dirigió hacia la mesa donde se encontraban los diversos vinos y llenó una copa para su emperador. Esperó a que la bebiera, la retiró de sus manos y la colocó a un lado, sobre el suelo. Pasando las manos por sus hombros comprobó que estaba tenso, debía ser consecuencia de toda esa carga que había llenado en el ambiente potenciado el mundo mágico de una manera inimaginable. Las manos de Saíd se movían masajeando a su soberano, y al verlo cerrar los ojos en un acto de disfrute susurro a su oído.

—Permítame servirle.

A sus palabras siguieron sus acciones, besando su cuello se dirigió detrás de su espalda quedando en medio del sitial y su emperador, sus labios jugueteaban con su piel mientras sus manos desabrochaban su camisa fina. Siguiendo el torso desnudo de Efren logró sujetar su hombría. Efrén disfrutaba el placer que le brindaba su sacerdotisa hasta que abrió los ojos para tomarla del brazo en un intento por colocarla a horcajadas sobre su regazo.

En la premura de acomodarse sobre su soberano Saíd se quitó la túnica con cierto arrebato y fue entonces, al observar su desnudez, que Efrén la empujó con desprecio dejándola caer de espaldas frente a él. No se había dado cuenta de su cuerpo flácido y sus curvas deformes, las arrugas de su piel eran notorias y sintió escalofrío de verla. Arrojándole la túnica para que se cubriera desvió la mirada de ella. La confusión se apoderó de Saíd, intentó regresar hasta su soberano, pero Efrén la tomó del brazo para levantarla y poder mirarla directo a los ojos.

—¿Acaso no tenéis espejos? —escupió sus palabras con desprecio—. ¡No vuelvas a acercarte a mí!

—No entiendo, mi emperador. ¿Qué hice mal? —replicó asustada.

—¡Sois vieja, Saíd! No me atraes como mujer. ¡No despiertas ningún deseo en mí! ¡Lárgate! ¡Ocuparos de encontrar a Meila Bluthiem! De lo contrario, comenzaré a buscar a alguien más

eficiente que ocupe vuestro lugar.

Apenas volvió a colocarse la túnica, Saíd abandonó la sala del trono. Su corazón desbocado le avisaba su destino. El miedo que estaba experimentando era de esa clase que pocas veces había logrado sentir. Su emperador, Efrén Kirínmuil, le había hecho sentir una completa inútil. Si no podía servirle de las formas que más le gustaban, entonces no tardaría nada en cumplir su palabra. Se desharía de ella, otra ocuparía su lugar y no lo permitiría. Debía hacer algo y debía hacerlo pronto, de lo contrario, todo cuanto había obtenido, su lugar como suprema sacerdotisa y su lugar en la corte se le escaparían de entre las manos.

Efrén se quedó en soledad, meditando todo cuanto había ocurrido, la certeza de que su anhelada Meila había conocido los placeres era todo cuanto cruzaba su mente

—Ya había tardado —susurró la voz en su cabeza.

—¡Cállate! —gritó apretándose la cabeza con ambas manos.

—¡Estúpido! —volvió a escuchar—. ¿Pensaste que se mantendría casta por mucho más tiempo?

Esta vez, la pregunta hiriente se escapó en un tono claro y suave de su propia boca. La voz nunca había abandonado sus pensamientos, la facilidad con la que había hablado le hizo sentir como si fuera él mismo quien se replicaba, sin embargo, sabía que esas palabras provenían de la voz que siempre había vivido en su cabeza. La sorpresa que sintió fue momentánea. Se enderezo levantando el mentón, observó la magnificencia de la sala del trono, el lujo que le rodeaba lo hacía sentir más presente que nunca.

—¡Que sepa de placeres me favorece! —respondió poniéndose en pie, dando punto final a su charla interna.

Tarareando una melodía alegre, como si eso le ayudara a no escuchar sus pensamientos, dejó la sala del trono dirigiéndose hacia su harén. La lujuria era tanta que eligió a un par de sus concubinas, incluida su emperatriz, y gastó la noche a su lado, pensando en ellas y nombrándolas como Meila.

IX

Faltaba tan poco para finalizar el viaje que a veces parecía como si ellos mismos quisieran retrasar su avance. Todos, a excepción de Luther y Eiden, comenzaron a cometer más errores de lo normal, y eso terminó llevándolos al desastre. El peor de todos ocurrió una noche cuando los sonidos del bosque cesaron. Zokane, que estaba de guardia junto con Yahel, pasó por alto la advertencia y prefirió enfocarse en su hombre, en sus caricias y en sus besos. A pesar de saber que solo algo de considerable riesgo podía silenciar los alrededores, se quedó confiada de que en esa parte de la montaña no eran comunes las criaturas de peligro, y cuando la mantícora saltó sobre ellos fue demasiado tarde.

Apenas tocó el suelo, la temida bestia ensartó sus mandíbulas y, ayudándose de sus garras, tomó a Nivha. Batiendo sus pesadas alas hizo el intento de levantar al vuelo. Zokane no lo permitiría. La criatura ya tenía cierta altura cuando logró desgarrar una de las alas con sus flechas y la bestia se desplomó directo a tierra; con todo el alboroto y los bramidos de la bestia, el resto despertó para ser testigos de lo que ocurría.

Corriendo a toda velocidad, llegaron hasta donde la criatura había caído. Rugía enfadada y la caída le había terminado de partir el ala. Al verlos llegar, hizo restallar su cola como un látigo manteniéndolos a distancia. Lo alarmante era ver a Nivha entre sus patas. Con cada movimiento, la mantícora no hacía más que pisotearla y la sacerdotisa parecía muerta. Los erráticos movimientos de la criatura eran difíciles de esquivar, y en ese punto no tenía muchas esperanzas de salvar a Nivha.

La lluvia de flechas que se dejó caer sobre el lomo de la bestia la pusieron furiosa; su bramido de advertencia fue aterrador. Otra flecha lanzada por Tivana acertó en uno de sus ojos, fue el momento en que Gareth salió de entre los árboles y usando de ventaja la caída, puso toda su fuerza y aterrizó sobre su lomo enterrando toda la espada hasta alcanzar el corazón.

La bestia murió en el acto desplomándose sobre Nivha y el solo aplastamiento horrorizó a todos. Gareth fue el primero en exigir que alguien hiciera algo mientras desmontaba el lomo de la bestia. Yahel corrió en un esfuerzo inútil por empujar a la criatura ayudado por Luther, mientras Vaéris se dirigía al mago.

—¡Haz algo! ¿Qué esperas?

—No puedo hacer nada —replicó mostrando tristeza.

—¿Qué no puedes? —rugió enfadada—. ¡Sé que puedes, te he visto! ¡Más vale que muevas a esa bestia o también tú perderás algo!

Su advertencia se vio acompañada por la espada de Vaéris apuntando a su entrepierna. El mago levantó ambas manos como muestra de sumisión y se acercó un poco a la mantícora, cerrando los ojos extendió la palma de su mano en dirección de la bestia, y mostrando un esfuerzo tremendo se sujetó la muñeca mientras susurraba en lengua antigua, momentos después, una fuerza invisible comenzó a mover un poco a la criatura, liberando con eso a la sacerdotisa.

Entre Yahel y Luther arrastraron a la sacerdotisa para sacarla del peligro que suponía el peso de la bestia y una vez ella estuvo a salvo, Eiden dejó caer el cadáver al tiempo que él mismo se derrumbaba mostrando un cansancio exagerado. Zokane, que hasta el momento parecía haber estado conmocionada, se apresuró a buscar el pulso de Nivha.

—¿Aún respira? —preguntó Eiden sin mostrar preocupación.

—Sí. Pero no creo que dure mucho más tiempo…

En esos momentos había una sola cosa en la mente de Zokane: tenía que intentar salvarla. Era responsable de lo ocurrido, había bajado la guardia, había olvidado sus deberes y no se perdonaría si Nivha moría. Con la mente en blanco y navaja en mano le desgarró la ropa buscando las heridas más profundas, entonces se dio cuenta que el daño más grave era interno, seguramente debido a los pisotones y la propia caída, y aun con eso, comenzó a desgarrar la frazada de Nivha para hacerle torniquetes. Ayudada por Vaéris, tenían la esperanza de frenar el abundante sangrado de las pocas heridas externas, seguramente producto de las garras y dientes que se afianzaron a su piel.

—Enciendan una fogata para mantenerla caliente y vayan por los morrales, en el mío encontrarán las hierbas para hacer la mezcla.

Tivana no esperó a escuchar más, obedeciendo a Zokane se marchó con Gareth y Luther, mientras Yahel comenzó a apilar maderos para encender la fogata.

—¿Qué haces? —le preguntó Eiden deteniendo sus movimientos, sintiendo lástima por ella al darse cuenta de que sería un duro golpe para Zokane la muerte de Nivha—. Pierdes tu tiempo… yo no tengo el don de la sanación y ya lo has dicho, no logrará sobrevivir.

—Preparen la mezcla que yo hago cuando pierden mucha sangre —les ordenó ignorando a Eiden y volviendo a lo suyo—. Aunque no haya despertado, vean la manera para que la comience a tragar.

—¿Qué estás planeando? —insistió el mago—. No llegarás a tiempo si lo que piensas es ir en busca de un sanador.

—¡Hazte a un lado, que estorbas! —le ordenó Vaéris tomándolo del brazo para retirarlo con brusquedad, dándole espacio a su hermana para terminar de preparar a Nivha.

El hechicero obedeció dejándose llevar por su corazonada. Sin alejarse, pero haciéndose a un lado, observó detenidamente todo lo que hacía Zokane. Hasta ese momento no había nada fuera de lo normal más que su terquedad por salvar lo insalvable, y una vez la Arpía dejó todo listo la vio colocarse a un costado de la sacerdotisa, respirar profundamente y extender sus manos sobre el pecho de Nivha.

Eiden no lo podía creer; simplemente no podía ser cierto que se estuviera preparando para iniciar el ritual de sanación; y quedó con la boca abierta cuando la vio perder su mirada en el trance que suponía. Pese a que estaba viendo la luz emanar de sus ojos y sus manos, tardó un poco en asimilarlo dejándose maravillar por toda esa concentración de poder en la Arpía.

Zokane sabía que le tomaría un buen tiempo y que sería cansado. No podía asegurar que lograría salvarla, iba a ojos cerrados sanando un cuerpo al cual no podía verle las heridas, pero en ella no quedaría el sentimiento de no haberlo intentado. Sin importarle el tiempo que fuera y que su secreto fuera revelado, no podía quedarse quieta a la espera de que Nivha muriera por su incompetencia.

Yahel que estaba a un lado encendiendo la fogata también se sorprendió, aunque ella ya le había confesado que tuvo cierto entrenamiento, jamás imaginó que tuviera tanto dominio sobre el mismo y que de paso, tuviera el codiciado don. Cuando Luther, Gareth y Tivana terminaron de acarrear los morrales, se unieron a la velada cuidando el trance de Zokane.

Estaban pendientes de todo, susurrando entre ellos como si al alzar la voz le fueran a interrumpir, nadie podía creerse lo que estaba ocurriendo, y Eiden no quiso perderse de nada, parecía como si estuviera en una especie de éxtasis, y en realidad lo estaba, jamás había visto semejante luz y jamás había sentido semejante concentración de poder en una sanación. Para él,

la luz blanquecina que emitían las manos de Zokane, creaba ondas visibles en una especie de vibración que iban llenando el cuerpo de Nivha, y le pareció que ya había sentido antes esa misma energía.

Su mente comenzó a trabajar y de un momento a otro todo tuvo sentido, sus sospechas y todo lo que creía de Zokane se fue esclareciendo. Siempre creyó que había algo especial en ella, y después de lo que había ocurrido en el antiguo hogar Bluthiem con la hierba negra, lo único que necesitaba era una confirmación. Ahora, sentir de esta forma la energía de Zokane lo único que hacía era recordarle la energía que Meila Bluthiem tenía.

Lo pensó por largo rato recordando todo el tiempo que estuvo detrás de la Bluthiem, de todas las veces que por poco la atrapa, de cada oportunidad donde la niña salía de control presa del pánico y dejaba sentir su energía avasalladora, como si fuera un grito latente. La siguió por tanto tiempo que era imposible de olvidar. Ahora estaba seguro, Meila y Zokane eran la misma persona, y aunque aún debía comprobarlo, lo había logrado, había encontrado a la maldita, a esa causante de tantas burlas hacia su persona.

—¿Logrará salvarla? —preguntó Luther aun con dudas.

—Te aseguro que lo hará —respondió Eiden con plena confianza revisando el pulso de Nivha.

Ya habían pasado un par de horas desde que el sol había salido cuando Zokane regresó del trance. Nivha volvería en sí a su debido tiempo, y ella, completamente exhausta de la noche en vela y el trabajo que suponía la sanación, no hizo caso a las preguntas de Eiden y durmió apoyando su cabeza en las piernas de Vaéris, aunque al despertar, sí que tuvo que enfrentarle.

—Nacisteis el día del eclipse, ¿cierto? —le preguntó sin más—. Por eso os pone nerviosa que me entere de vuestros dones, ¿no es así? ¿Será que os da miedo ser delatada con el emperador?

—Deberías ocuparte de otros asuntos en lugar de estar confabulando en contra de tus aliados.

—Quien debería ocuparse en algo sois vos, Tivana —le respondió sin esconder su enfado—. Así dejaríais de meterte donde no os llaman.

—Todo lo que tenga que ver con mis hermanas es asunto mío.

—Al parecer Táiwel no te enseñó bien —replicó con desprecio en la mirada.

—¿Qué quisiste decir con eso? —preguntó Vaéris lanzando la peor de sus miradas en contra de Eiden.

—Hablo verdades. Para haber sido esclava toda vuestra vida, sois bastante altanera.

—¿Haber vivido entre la corte del emperador te hace mejor que ella? —interrumpió Gareth dando la cara sin ningún temor.

—¿Qué hay de malo en preguntar a Zokane cosas que cualquier mago querría saber? —les cuestionó intentando no hacer más grande el alboroto—. ¿Nacisteis o no durante el mismo eclipse que Nivha? ¡Es tan simple como un sí o un no! ¿Qué esperáis todos vosotros que piense si Zokane siempre evita hablar de su control sobre el poder? ¿Pensáis acaso que iré a decírselo al emperador?

—Podéis pensar lo que deseéis —intervino Yahel—. Lo que Zokane sepa o no hacer y lo que pueda o no decir, no estaréis vos para cuestionarla. El emperador obtuvo lo que quiso y nada tiene que ver Zokane con todo eso.

—¡Oh, no! —replicó con pasión—. Hay una que no ha tenido, y que muere por tener. Y algo me dice que nuestra querida Zokane puede ayudar a esclarecer todo ese misterio.

—¿Acaso estoy entendiendo bien? —pregunto Vaéris con fastidio y valentía—. ¿Insinúas que Zokane te va a conducir hacia la última de los Bluthiem?

—Yo no he sido quien lo ha dicho —respondió aburrido—. Pero podría funcionar.

—¡Estás demente! —exclamó la pelirroja.

—Zokane no ha dicho nada… ¿habéis escuchado eso que dicen: el que calla otorga?

La mirada que le dedicó Zokane era una que se llenaba de odio y furia, pero también de miedo e incertidumbre. Acercándose a la fogata ignoró al mago, intentó calentarse las manos, el frío era especialmente duro esa tarde, y los ánimos estaban tan volubles que ninguno se habló, esperando casi en total silencio hasta que, después de un par de horas, Nivha despertó.

Completamente aporreada, tragó otro poco de la asquerosa mezcla y escuchó atenta y sorprendida todo lo ocurrido. No había error, el charco de sangre cercano y su ropa bañada en la misma confirmaban la veracidad.

Miró fijamente a Zokane y sonrió al verla. «¡Claro!», musitó para ella misma. Era obvio, evidente, normal. ¿Cómo podría ser posible que un alma con tanta luz no tuviera el don de la sanación? Y no pudo más que sentirse halagada porque hubiera desvelado su mayor secreto para salvarla.

Desde ese momento, Nivha la obligó a compartir responsabilidad a la hora de sanar, y de la misma forma que Eiden, quedó admirada cuando ella misma fue testigo del nivel de poder y control que tenía Zokane. Parecía una profesional. O tal vez, una completa dotada, de esas que nacen una vez cada mil edades.

—¿Os dais cuenta que de haber cooperado desde el principio en las sanaciones, no hubiéramos perdido tanto tiempo en el camino? —le recriminó Nivha en la primera oportunidad.

—No teníamos tanta prisa —replicó sonriente.

—No seré como Eiden, pero… ¿seríais capaz de confiar un poco en mí? —preguntó en un tono bajo, extremadamente confidencial—. ¿Que descubriéramos este maravilloso don era lo que te hacía ocultar tu entrenamiento?

—¡Por todos los dioses, Nivha, me has sorprendido! —exclamó Zokane sin poder frenar su sonrisa—. Dos edades con un maestro no es suficiente para llamarlo entrenamiento. Que yo lograra descubrir ese don fue solo casualidad; y que lo perfeccionara con mis hermanas mientras forjábamos nuestro camino como cazadoras no tiene nada de raro. Si jamás lo quise revelar fue porque es el punto clave para el éxito de las Arpías; jamás tuvimos que perder tiempo ni monedas en buscar sanadores a menos que fuera para mí, ¿estás contenta ahora?

—Yo sí lo estoy —respondió Eiden detrás de ellas, sorprendiéndolas a ambas por su intromisión—. No es como quedar contento, no, pero os creo. Me volvería loco, ¿sabéis? Tantas edades de entrenamiento diciéndome que escondíais algo… y mira, no estaba tan equivocado.

Con una sonrisa amable Eiden se retiró, Nivha y Zokane se miraron mutuamente sorprendidas por las palabras del mago y la conversación terminó. Desde ese instante Zokane se sintió liberada. La actitud de Eiden cambió drásticamente: dejó de crisparle los nervios y ya no se sintió observada.

X

Su travesía por las tierras frías del Este había durado los 90 días del otoño, y aunque el invierno los había tomado por sorpresa, en el día 33 del invierno de la edad 1246 el viaje llegó a su fin. La ciudadela hogar de los Ardaithe fue su parada final, Táiwel recibiría el último cargamento y la alianza terminaría. Estaban orgullosos de su trabajo, se había cubierto hasta el más exigente pedido y no quedaba nada en la lista. Esperarían el tiempo necesario a que Nivha se reuniera con el mercader y con el señor feudal, esperarían a que cumpliera sus protocolos, y después, se volverían a reunir una última vez para celebrar su despedida.

Gareth aprovecharía para llevar a Tivana y presentarla con su familia. Y mientras tanto, la pelirroja se había propuesto no abandonar la ciudad hasta que le confeccionaran una pechera digna de ella, objetivo que obtendría al visitar al más diestro armero de todo el territorio Ardaithe. Mientras que a Zokane, Yahel le cumplió su promesa de darle acceso a la biblioteca reservada para la familia Ardaithe.

El lugar se encontraba en la parte posterior del templo, en una construcción bastante antigua de una arquitectura impresionante, la nieve constante dejaba cada rincón blanquecino y la puerta doble de ancha madera parecía estar tallada por los dioses. Sin demora, Yahel la presentó con el viejo encargado, un hechicero en sus últimos momentos de vida que, al verla, le sonrió encantado y le tomó las manos para darle unas palmaditas.

—¡Qué alegría me da conocerla! —exclamó con la mirada perdida en los recuerdos buscando en su memoria de donde es que se le hacía tan familiar—. Su madre debe ser una mujer muy bendecida para haberla tenido a usted.

Zokane sonrió mostrando agrado, pero no pudo decir palabra a sus halagos. Inclinando la cabeza en agradecimiento escuchó las instrucciones de Yahel para que el anciano le permitiera estar en el lugar. El viejo inclinó la cabeza como muestra de obediencia y Yahel la condujo al área prometida.

Zokane se dejó maravillar por la imponente biblioteca, sus paredes altas y sus múltiples niveles con sus balcones repletos de repisas y estanterías le hacían lucir como ninguna que ella conociera, mientras que, la sala privada destinada para el legado Ardaithe era una que se resguardaba en el segundo piso y que, dicho sea de paso, era un lugar celosamente resguardado por su puerta de madera que hacía imposible entrar o salir sin que se tuviera la llave correcta. A puerta cerrada, con la privacidad que brindaba el lugar, Yahel la besó con urgencia y ternura sintiendo el corazón agitarse ante la momentánea despedida.

—¿Zokane?

—¿Sí?

—Sois mi vida, ¿lo sabéis?

—Ahora lo sé.

—Os quiero, no debéis olvidarlo.

—Yo también te quiero —respondió ruborizada.

—Pero yo os quiero desde mucho antes.

—Pero yo te quiero con el corazón.

—Yo os amo y dejaré todo por vos.

—¿Me amas? —preguntó sintiendo el vuelo de todas esas mariposas al ser la primera vez que escuchaba esa confesión.

—Os amo, Zokane. Por toda la eternidad.

—¡Bien! Ganaste —respondió sintiéndose tocada por las emociones.

—¿No me amas, o por qué he ganado?

—¡Bobito! —respondió sonriendo— Has ganado porque siempre has sido tú quien da el primer paso, quien vence todo y se entrega sin dudarlo.

Estrechando su cintura, Yahel no quería soltarla, le gustaba sentir cómo sus curvas se perdían entre tanto abrigo. Le costaba separarse de ella. Algo en el fondo le decía que no lo hiciera, o tal vez fuera el miedo a lo incierto; y aunque tenía la necesidad de despedirse de su madre, la urgencia de salir corriendo con Zokane de la mano era mucho más fuerte.

—Olvida todo. Vámonos ahora —susurró al juntar su cuerpo al de ella, besando su cuello con dulzura.

—No es momento para esto. Tu madre merece una explicación.

—Aun si no hablo con ella, lo va a entender. ¡Vámonos!

—¡Yahel! —suspiró encantada buscando el roce de sus labios—. Te juro que voy a esperarte tranquila el tiempo que sea necesario… y después… te aseguro que estaremos juntos siempre sin importar lo que pase.

—Haré que cumplas vuestro juramento.

—Soy yo la que va a esperar a tu regreso. Soy yo la que debería decirte eso. Ahora vete. Tu madre merece saber de ti y que estarás bien… Yo estaré aquí, esperando que vengas por mí.

Las despedidas nunca fueron el punto fuerte para Zokane y la invadió una sensación que la estremeció. Un escalofrío le recorrió el cuerpo, y el corazón se le apretujó contra el pecho, conocía muy bien lo que sentía, lo mismo que tuvo que sentir al ver partir a su padre, o cuando vio morir a su madre, incluso cuando vio partir a Darcié.

La diferencia ahora era abismal, ella tenía el control de las cosas, nada podía salir mal. Volteó la mirada para darle un último vistazo como no pudo hacerlo en muchas otras circunstancias y lo alcanzó. Guiándolo entre sus brazos lo arrinconó contra la puerta y con la urgencia del arrebato, lo besó mientras se abría paso entre su abrigo.

Necesitaba sentirlo suyo, necesitaba entregarse por completo, quería que supiera que sí lo amaba, aunque las palabras no salieran de su boca. Al cobijo de la alfombra en esa estancia apartada del mundo se entregaron a su amor como tantas otras veces. El bosque esta vez no sería testigo de su intimidad desenfrenada. En medio de todos esos libros el contacto de sus cuerpos estaba cargado de pureza. Derramaban amor el uno por el otro entregándose mucho más de lo que pudieran pensar. Entrelazados en algo eterno, juraron que el eco de su amor no se extinguiría.

XI

Los acontecimientos fueron justo como lo planearon, el famoso armero quedó encantado con el pedido de la pelirroja y puso como condición poder fabricar accesorios para cada una de las legendarias Arpías, y las tres hermanas terminaron visitando el lugar un par de horas al día para asegurarse que todo fuera a medida.

Con el paso de los días era normal en Vaéris, que eligiera pasar casi todo su tiempo ayudando al armero, de la misma forma que Zokane se perdía en los libros. A la única que le cambió la rutina fue a Tivana, prácticamente vivía en casa de Gareth acogida por su familia, lugar donde recibieron la visita de Efraín.

—¿Acaso existe algo que te propongas y que no obtengas? —preguntó Efraín al ver a la pareja, recordando todas las veces que Gareth juró que esa mujer sería suya—. Me alegra verlos juntos.

—¡También me alegra verte, hombre! —replicó Gareth uniéndose en un abrazo rudo pero fraternal.

—¿Cómo se encuentra su hija? —preguntó Tivana acercándose para recibir un abrazo, que al contrario al de Gareth, el suyo fue con delicadeza.

—Mi hija y mi nieto están bien y sanos —exclamó rebosante de alegría—. ¡El muchachito se parece a su abuelo, y quien diga lo contrario es porque no sabe de lo que habla!

—¡Sin duda! —le admitieron, permitiéndose disfrutar con él la alegría de recibir a su primer nieto y la dicha de que su hija viviera para verlo.

*

Así transcurrieron casi dos semanas hasta que Nivha las buscó. Ya estaba muy entrada la noche para el momento en que tocó a su puerta acudiendo a la reunión que les había solicitado, y en la privacidad de la recámara del hostal, en compañía de Gareth, les dio todas las buenas nuevas.

El cargamento ya estaba en camino a palacio, y el emperador estaba tan complacido de que todo hubiera llegado a término, que ahora les estaba haciendo una invitación a palacio para conocer a las afamadas Arpías doradas.

Un vacío en el estómago de Zokane le dejó un sabor amargo en la boca. Vaéris saltó emocionada; finalmente las cosas comenzaban a salir como ella quería: finalmente podría ser de utilidad para su padre y aportar algo para la rebelión.

Tivana permaneció en silencio vigilando de cerca la reacción de Zokane, estaba dispuesta a apoyarla en lo que fuera que ella decidiera y no había discusión para disuadirla, el entusiasmo de Vaéris era preocupante, aún así guardo silencio y estuvo atenta a todo, esperando el momento justo de decir algo, si es que acaso debía hacerlo.

—Aún tengo un par de asuntos que atender —añadió Nivha—, pero moría de ganas de contarles. Para el viaje de regreso a la capital no deben preocuparse, el emperador me ha enviado un poco de polvo de dragón para poder conducirlas directo a palacio, una vez termine mis asuntos lo usaremos. Por favor, estén listas, partiremos en pocos días.

—¿No hay opción? —preguntó Zokane buscando una salida—. ¿Pueden ir ellas y quedarme

yo?

—No. Lo lamento; el emperador desea conocer a las Arpías… y las Arpías son tres. No una, ni dos… sino tres.

—Es que… no tengo ganas de ir a su encuentro.

—¿Ya vas a empezar? —exclamó Vaéris mostrando fastidio.

—¿Es que no lo entiendes, Vaéris? Todo lo que vimos en el viaje, ¿y aún te emocionas de querer conocerle?

—Opino lo mismo que Zokane —agregó Tivana—. Hay otras maneras de ganarnos la gloria que con desesperación buscas… trabajar duro consiguiendo piezas únicas está siendo una buena manera. ¿No lo crees?

—¡Deja de apoyar a tu hermana como siempre!

—¿Mi hermana? —preguntó con énfasis en sus palabras—. Cuando no te gusta algo, ¿dejamos de ser tus hermanas? ¡Qué voluble eres!

—¿No se dan cuenta? A veces, lo mejor que se puede hacer es estar cerca del enemigo. Y si puedes, convertirlo en tu mejor aliado, así jamás esperaría una traición de tu parte.

—Agradece que Nivha es un alma buena —susurró Tivana con enfado echando una mirada hacia la sacerdotisa—. Porque si no, ya te habría cortado el cuello desde la primera vez que diste muestra de ser parte de los rebeldes.

—¿De qué rebeldes hablas? —gruñó Vaéris dejando ver su enfado—. ¡Yo ni los conozco! Pero sí conozco al pueblo, vi sus carencias junto con ustedes; sé de lo que estarían dispuestos ellos y yo por cambiar el futuro.

—¡Por supuesto! —le concedió Zokane—. Hacerte buena amiga del emperador es lo ideal… Cuando te invite a ser parte de sus concubinas. ¿También irás feliz? Ya que, según tú, los medios justifican el fin.

—¡Cierra la boca, Zokane! —exclamó Vaéris sintiendo repulsión—. Ya oíste a Nivha, no hay opción. Mandó llamar por nosotras. No voy a provocar su furia para terminar muerta por mi osadía. ¿Lo entienden? ¡Si no vas, nos condenas a todas a ese probable destino!

Las discusiones entre las dos era algo que a ninguno le gustaba presenciar, solían ser crueles y gritarse lo que pensaban sin razonar palabras, pero siempre pasaba que una de las dos tenía razón. En esta ocasión era Vaéris quien la tenía. Negarse al encuentro con el emperador era equivalente a firmar una sentencia a muerte, y Zokane sintió la presión de estar arrinconada.

Sin encontrar otra salida terminó cediendo; aun tenia un par de días para pensar en algo y guardó silencio, observó la negrura de la noche a través de la ventana, y pudo notar la cantidad exagerada de guardias esperando por Nivha en una formación perfecta en la entrada de la hostería. Hubiera bromeado al respecto, un poco de buen humor no le vendría mal en esos momentos, pero su desconsuelo era tanto, que no pudo iniciar la broma.

El ambiente entre ellos era inestable, pesado, como una tormenta a punto de devastar toda una costa. Era mucho más de lo que Nivha estaba dispuesta a soportar, una cosa era ver sus discusiones y otra muy distinta ver a Tivana participar de aquella manera; se le veía con tanta valentía, determinación y solidaridad. Intentó crear un poco de charla y calmar las aguas, pero parecía que todo no hacía más que empeorar, y terminó despidiéndose, no sin antes acercarse a Zokane, que no había hablado para nada desde que la discusión terminó. Le regaló una sonrisa leve y tomando sus manos, mientras la miraba fijamente, presionó contra la palma de su mano un trocito de papel dejando ver complicidad.

Una vez se fue Nivha, Zokane se metió en las cobijas y esperó a que Vaéris saliera como era su costumbre después de cada discusión. Tivana y Gareth la siguieron no por miedo de que algo

le pasara sino para evitar que ella causara algún alboroto con todo ese temperamento fuera de control. Y una vez Zokane se quedó sola revisó el contenido del papel sin mucha expectativa:

»Prepárate. Esta noche. En el último piso del mesón ,en la tercera puerta de la derecha. Siempre tuyo: Yahel.«

Las emociones la sacaron de la cama de un brinco, por la hora, Yahel ya debía estar esperando. Poniéndose el abrigo, sin reparar en otra cosa, salió veloz hasta llegar al lugar indicado dentro de la misma posada. Limpiando sus manos sudorosas llamó levemente y, como si hubiese estado esperando su llegada de pie junto a la puerta, esta se abrió de inmediato y ella entró escrutando los pasillos por si alguien la hubiese visto.

—¡Con que es cierto! —escuchó la voz amenazante de un individuo, y al volver la mirada se sorprendió de ver a un hombre elegante entrado en sus cincuentas—. Aunque ahora que os veo… entiendo la fijación por vos —exclamó, recorriéndola con la mirada de arriba abajo sin ocultar su mueca despectiva.

—¿Quién es usted? —preguntó alarmada al no ver a Yahel en el lugar.

—Soy el señor feudal de estas tierras, niña. ¡Muestra un poco de respeto! Aunque seguramente no tenéis ninguna clase de educación —exclamó llenando de veneno el tono de su voz—. Esclava crecisteis y salvaje seréis.

—Me honra con su presencia —expresó Zokane con ironía—. ¿La sacerdotisa es su cómplice para esta trampa?

—Este es mi territorio, niña tonta. Yo lo sé todo. El mensaje podría haber sido real, pero lo que ocurriera después no pretendía llegar más lejos de lo que está ocurriendo ahora. Entonces hablemos. ¡Toma asiento! —le ordenó con un gesto en sus manos.

—No, no hay nada que yo pueda hablar con un gran señor feudal como usted. Si me disculpa; me retiro.

Abriendo la puerta de par en par, Zokane vio del otro lado el grupo de legionarios que ocupaban todo el pasillo impidiéndole el paso. Entendiendo de pronto que la escolta que vio en las afueras no era para Nivha, sino para el señor feudal.

—Vuelve a entrar —le ordenó Luther en tono solemne.

Una risa cínica proveniente del regente Ardaithe también le dejó claro que no se marcharía, y cuando dos de los legionarios la sujetaron por cada uno de los brazos a la altura de las axilas respectivamente, la introdujeron hasta el pie del sofá que tenía la recamara, y a ella le fue imposible no reaccionar haciendo un leve forcejeo para que le soltaran.

—Sean amables con la Arpía —les reiteró el señor feudal sin ocultar la burla que sus palabras suponían.

Cerrando la puerta tras de sí, los legionarios la sentaron a empujones no una, sino tres veces; cuando ella, mostrando rebeldía, se volviera a poner en pie, hasta que, de un fuerte puñetazo en la boca del estómago, la dejaron sin aliento, y entendió que se pondría peor si no cooperaba aunque fuera un poco.

—¡No entiendo qué os ha visto mi hijo! —exclamó sin inmutarse después de cómo había sido tratada—. Sois tan salvaje… Zokane…

—¿La salvaje soy yo? —preguntó haciendo evidente la ironía, en su intento por recuperar la normalidad en su voz—. ¿Qué es lo que quiere?

—¿Cuál es vuestro precio? —preguntó el señor Ardaithe sin miramientos, observando detenidamente la expresión de sorpresa y asco que se dibujaba en el rostro de la Arpía—. Luce

auténtica la ética que expresáis. Pero… algo no encaja en todo esto… mi hijo jamás se había revelado ante mí, y que ahora venga con sus amenazas me hace pensar que lo tenéis bajo un embrujo. Así que decidme; ¿cuál es el precio para que os marchéis y desaparezcáis para siempre de la vida de un ingenuo?

—Se equivoca. Ni tengo precio, ni lo embrujé. ¡Su hijo no es el heredero de su linaje! ¡Lo único que Yahel está tratando de hacer es recuperar la vida que usted le arrebató desde que era un niño!

La bofetada con que le cerró la boca también la puso en pie, los guardias intentaron devolverla al sofá, pero ella ya no estaba para forcejeos. Aprovechando que los tenía a sus espaldas lanzó al suelo a uno de ellos. El ajetreo se hizo notorio y Luther, que custodiaba afuera, irrumpió con premura mostrando sus armas junto con el resto de los legionarios.

Zokane estaba acorralada y la sangre que tenía en la cabeza no la dejaba pensar con claridad. El señor Ardaithe se acercó confiado para emitir una nueva amenaza, y fue tomado por sorpresa cuando ella le arrebató la espada que colgaba con orgullo desde su cintura: una aleación de acero mostraba la hoja como si se tratara de plata y oro en un corte hermoso de cimitarra. La finura del arma se notaba de lejos, y su hoja labrada y tallada con escritura antigua destelló en tonos dorados cuando Zokane la tomó entre sus manos para blandirla en contra de los legionarios.

Lo ocurrido paralizó la sala, el silencio se impuso y la consternación llenó cada pensamiento. Kirios Ardaithe no supo cómo reaccionar. Esa vulgar mujer estaba sosteniendo la Sinfonía del Alma y no solo eso, el arma había reaccionado anunciando a otro señor feudal. ¡Eso era imposible, debía ser alguna clase de error! Pero, mientras más tiempo pasaba el arma no hacía nada por llamar a su verdadero amo. ¿Qué significaba eso, que la Arpía tenía madera para ser la portadora? ¿O es que acaso era mucho peor y ella misma era portadora de otra arma? Cuando el señor feudal se dio cuenta que sus guardias la miraban con un dejo de fascinación supo que debía poner todo en su lugar.

—¡Basta! —gritó Ardaithe haciendo retroceder a su guardia, emitiendo una leve sonrisa que más parecía gracia que burla—. ¡Vaya! —exclamó exagerando su sorpresa—. ¿Quién lo hubiera dicho? Niña; devuelve el arma que podéis haceros daño; a menos, claro que queráis pasar el resto de tu vida en los calabozos.

Zokane se dio cuenta que se había dejado llevar, la situación en la que se encontraba tampoco era favorable, y dejó de poner resistencia; cuando Ardaithe se acercó para tomar el arma, ella la cedió, y el señor feudal pudo devolver la cimitarra justo donde colgaba antes de ser hurtada.

—Anda niña; marchaos —le dijo sin reparar mucho en ella—. Pero antes dejadme agradeceros. Pronto; mi hijo, Yahel Ardaithe, será proclamado como el nuevo señor Feudal de estas tierras propagando su semilla en Romina de Sainal para continuar con mi legado.

A la orden del señor feudal uno de los guardias que esperaba afuera tomó del brazo a Zokane y la llevó hasta la puerta. La fuerza con que la empujó la hizo tropezar hasta casi hacerla caer y los legionarios que se distribuían a todo lo largo del pasillo la hicieron sentir insignificante. Conteniendo el aire, Zokane emprendió la retirada deteniéndose cuando se topó con Eiden al pie de la escalera. No había manera de ocultarse y tampoco había manera de no mirarse mutuamente. Zokane se preguntaba qué hacía él ahí, de Luther no le sorprendió, pero él, no sabía si sentirse traicionada o sentir que finalmente mostraba las garras. Con Eiden todo era incierto; decía ser aliado, pero muchas de las cosas que hizo en su presencia o a sus espaldas no hablaban nada bien del hechicero. Se observaron más de lo debido, hasta que la voz de Ardaithe resonó en las paredes llamándolo, pero el hechicero no se movió, no de inmediato.

—Os suplico. Quitad esa mirada… —musitó Eiden con el tono de voz más leve que pudo—.

Soy sirviente del imperio antes que tu amigo. Hay órdenes que no puedo negarme a seguir.

Un nuevo grito con más exigencia se dejó escuchar y Eiden caminó hacia la habitación donde Kirios Ardaithe aguardaba; ninguno de los dos volvió a mirarse. Zokane estaba contrariada y no tenía claridad ni en sus pensamientos ni en su corazón. Sintió un miedo punzante, no había razón alguna para que la hubiera dejado ir sin ninguna represalia, y una vez en su recamara, intentar dormir fue su mejor opción, porque si no, estallaría en llanto de tanta frustración.

XII

No había forma de conciliar el sueño, incluso después de prepararse una potente mezcla que se suponía le ayudaría a dormir, y lo único que consiguió fue sentirse cansada y adormilada. Para el momento en que Vaéris regresó, ya muy de madrugada, impregnada del olor del tabaco y cerveza barata la escuchó atenta ante su emoción porque en dos días tendrían lista las armaduras que habían enviado a hacer.

Como de costumbre, la rencilla había quedado en el olvido y no la mencionaron. Vaéris estaba estaba especialmente parlanchina y le hablaba de todas las contrariedades, y de todo lo que había tenido que hacer para presionar al herrero. Zokane la escuchó logrando hacer a un lado sus propios problemas hasta que pudieron conciliar el sueño. Al poco rato llegaron Tivana y Gareth. La morena agitaba con fuerza un sobre en su mano mientras les pedía que se despertasen. Quejándose por haber dormido poco se removieron entre las cobijas, pero Tivana se las jaló con entusiasmo.

—Debes dejar de traer a Gareth a todos lados —se quejó Vaéris—. Un día de estos dormiré desnuda para ver si así dejas de invadir mi sueño.

—Inténtalo, y te romperé tu hermosa nariz —la retó.

—Una nariz rota que puede sanarse con las manos de Zokane, contra una imagen que le perseguirá toda su vida… suena interesante.

—¡Eres despreciable! —gimió fingiendo enfado, arrojándole una bota. Volviendo a insistir que despertaran pues la carta provenía del señor feudal. Zokane se incorporó mostrandose expectante, y apresuró a Tivana para leer el contenido en voz alta.

Es un honor presentar mis saludos a Las Arpías Doradas:
Vaéris, Tivana y Zokane Remedios.
Por la exitosa alianza que forjaron a favor del imperio bajo la protección de mi hijo, Yahel Ardaithe.

—¡Espera! —interrumpió Vaéris—. ¿Yahel nos protegió?
—Así dice en la carta. ¿Qué quieres que haga?
—¡No interrumpas! Sigue leyendo.

Me complace extender la invitación a las tres Arpías, para que asistan al banquete que se celebrará esta misma tarde en nombre de Yahel Ardaithe, con motivo de su regreso a casa.
Mis más cordiales saludos:
Kirios Ardaithe.
Señor feudal del Este.

Al escuchar el contenido de la carta, Zokane no estaba segura de sí sentir el corazón roto o simplemente el orgullo herido. Con todo lo que aconteció la noche anterior tenía la esperanza de hablar con Yahel, y ahora todo eso se esfumaba. Quería al menos verle y que supiera por boca de

ella lo ocurrido, pero también quería escucharle y saber todo a detalle.

Imposible ocultar las emociones y Tivana fue la primera en notarlo comenzando a insistir para que Zokane hablara. Tuvo sus dudas, la presencia de Gareth le cohibía, pero al verlo a los ojos y notar su preocupación supo que debía aprender a confiar en él como parte de su familia.

Cuando pudo relatar lo ocurrido no dio tantos detalles como quiso, pero lo dijo todo y Vaéris fue la primera en sentirse molesta, ¿Por qué si habían hablado toda la noche no se lo había dicho? Pero vio a Zokane tan contrariada que prefirió guardarse sus pensamientos solo esta vez.

—Una celebración en toda regla —musitó Tivana cuidando la expresión de Zokane—. En mi camino hacia acá pude ver parte de los arreglos y pareciera… una boda.

—No seas ridícula, una boda requiere tiempo…

—¿Te parece, Vaéris? Yo creo que no, han transcurrido un par de edades planeándola y cuando se tiene el oro suficiente para pagar los detalles finales...

—¡Bueno! ¿Y qué vas a hacer? —preguntó Vaéris apoyando el mentón sobre su puño, dirigiendo una mirada aguda, tal vez expectante sobre Zokane.

—Nada —respondió tajante—. Quien tiene que hacer algo no soy yo.

Para Zokane no fue fácil decidir: asistirían a la «boda», sentía que esa era la única oportunidad para intentar hablar así fuera una palabra con Yahel. Su intención no era salvarle, sino hacerle saber que todo estaría bien y para que ambos se quedaran tranquilos.

Para asistir a ese encuentro se enfundaron sus armaduras pulcramente limpias y pulidas, sin olvidar sus armas más vistosas. Lo habían decidido, porque no dejarían de lado lo que ellas eran por una celebración que no les daba buena espina. Les resultaba extraño no tener noticias de Nivha para informarles lo que realmente ocurría, y mucho menos de Eiden o Luther, aunque no podían esperar nada de ninguno de ellos. Gareth tampoco tenía manera de saber lo que ocurriría, y decidió arreglarse con su mejor armadura. Después de todo, de ahora en adelante y a donde sea que ellas fueran y lo que sea que ellas hicieran, él ahí estaría.

Vaéris se veía descontenta, asumieron que se debía a que no estrenaría su nueva armadura y no le preguntaron nada. La realidad era muy distinta: sus emociones estaban a punto de traicionarla, sentía rabia en contra de la familia Ardaithe, pero también sentía rabia con la misma Zokane por haberse enamorado de quien no debía. Sumado a eso, se sentía traicionada, Zokane y ella hablaron durante horas por la madrugada y no le había confesado nada. Era imperdonable lo que estaba ocurriendo, más que imperdonable, era humillante, tantas edades juntas, tantos retos compartidos y dolía descubrir que Zokane no podía confiarle nada.

Cuando el momento llegó, se cubrieron con los emblemáticos abrigos de felpa gruesa y esponjosa usados únicamente en esa región congelada del imperio, y caminaron sin mucho ánimo hasta llegar al lugar. Para su sorpresa, todo rebosaba de flores y mesas elegantes con sus lámparas de vidrio y sus veladoras que alumbrarían tenuemente en una atmósfera acogedora. Los innumerables fogones dispuestos orgánicamente calentaban el ambiente para los invitados que ya ocupaban el lugar.

Tivana tenía razón: aquello no parecía otra cosa más que una boda; y pese a que los legionarios que custodiaban la entrada les dieron paso libre, en el último momento Zokane cambió de opinión y se marcharon.

Sentir la cobardía de esa manera fue aplastante para Zokane, de solo pensar que vería la boda de el hombre al que ella amaba le removía; escuchar que era otra quien recibiría las promesas y los juramentos que tantas veces le prometió a ella no estaba en contemplación.

Ya no quedaba fuerza alguna que la hiciera resistir, su futuro estaba siendo tragado una vez más por su maldito destino, y prefirió escapar. La taberna les salió al paso y, aunque la

celebración también había llegado hasta allí, Zokane sentía menos pesada su carga.

En la taberna, la cerveza, el vino y la música tribal era algo que no podía escasear, beberían y bailarían hasta el alba y darían por terminada la jornada, no habría despedidas ni promesas que consolidaran ese pacto de amistad que habían sellado hace ya un tiempo, se perderían entre la gente que rebosaba la taberna, y seguramente terminarían borrachas; pero nada de eso comenzaba a suceder.

En la mesa que ocuparon parecía que velaban un muerto, completamente ajenos al baile y la fiesta, porque hasta el lugar que ocuparon fue la mesa más apartada, aquella que estaba en la esquina más inaccesible, donde ni los borrachos ni los bailadores harían de las suyas.

En algún momento, entre su incómodo silencio y el ruido de la fiesta aparecieron Nivha y Eiden, mostrando en sus ropas su estatus como hechiceros del emperador. Acercándose a la mesa tomaron lugar entre ellos y se hicieron parte del silencio, o tal vez era solemnidad. Con su actitud, Zokane se sintió estúpida al creer que nadie se daría cuenta de lo suyo con Yahel, y aquel compañerismo que mostraron los recién llegados le dejó ver que no era así.

—¿Lo hizo? —preguntó Vaéris sin rodeos.

—Aún no…

—¿Pero lo hará? —insistió.

—No sabría deciros.

—¡Por todos los dioses, Nivha! —exclamó sin tacto—. ¿Eres o no vidente?

—No tiene nada que ver, Vaéris… las visiones nunca son referentes a cosas banales como los resultados de una boda…

—Por algo prefería a Darcié —confesó la pelirroja sin piedad—. Ahora entiendo el por qué.

Vaéris se levantó sin ocultar su fastidio. Se sentía enfadada de ver tan contrariada a su pequeña hermana, de verla con el corazón roto y sin esperanzas, tenía ganas de salir corriendo y partirle la cara al estúpido heredero Ardaithe, y para no hacerlo, bebió el contenido de su tarro de un trago y se fue a la barra donde rápidamente le hicieron un lugar.

—¿Cómo nos encontraste? —preguntó Gareth como queriendo cambiar los ánimos.

—El paradero de las Arpías dentro de este pueblo es tema público. Solo hizo falta que Nivha preguntara a la guardia para saber su ubicación.

—Si lo desean… —musitó Nivha en un intento por mostrar solidaridad—, podemos partir ahora mismo al palacio donde nos espera el emperador.

Sosteniéndose el rostro con las manos Zokane pudo ocultar sus emociones, era lo único que le faltaba, ir directo a las fauces de la bestia para terminar muerta no solo en vida.

—No tengo prisa por ir a su encuentro —murmuró Zokane—. Disfrutemos un rato lo que queda de la tarde… quiero… quisiera… escuchar las campanas cuando anuncien el final del enlace... quiero estar segura de que lo ha hecho.

Era su elección y ellos la aceptaron, y también le dieron su espacio cuando les pidió estar sola. Tivana y Gareth se fueron al otro extremo de la taberna hablando entre ellos con discreción, siempre al pendiente de lo que ocurría con Zokane. Eiden se levantó guiñandole un ojo como ella solía hacer con cualquiera de ellos, mientras que Nivha le recordó que siempre podía contar con ella.

—Cuándo hagas tu promesa al emperador, hablamos —exclamó Zokane mostrando burla.

—Esa promesa no me incapacita para guardaros cariño. Seré fiel a los deseos del emperador, seré una más al servicio, como las cuatro armas que sirven a cada uno de los cuatro señores feudales. Pero en el fondo, siempre estaréis en mi corazón.

—Es difícil pensar en mantener una amistad con alguien que será fiel al más despiadado

emperador que ha tenido el imperio —replicó Zokane ya sin ningún miedo por su reacción.

—Tenemos un destino juntas… no lo olvidéis nunca.

—Creo que ya has cumplido tu parte de ese destino… me has hecho llegar al emperador… ¿Qué más puedo pedir?

Lo cierto era que no tenía intenciones de discutir, dejaría pasar el tiempo y encontraría la forma de salir victoriosa. Si Yahel Ardaithe contraía nupcias lo aceptaría. Le rompería el corazón, cierto; pero saldría adelante. Ya había sobrevivido al abandono de Darcié y estaba segura de que también podría reponerse al abandono de Yahel.

Tragando el contenido del vaso calló sus pensamientos y aceptó la compañía de Eiden cuando llegó con una jarra de cerveza. Zokane lo analizaba de vez en cuando, le daba la impresión de que tenía algo que decirle. No estaba tan equivocada, pero al momento que el hechicero le habló, solo fue para dejarla confundida y extrañada.

—A veces… me da remordimiento ser fiel al imperio.

Era una disculpa sencilla pero aceptable por haberlo visto seguir las órdenes del padre de Yahel. Chocando sus tarros bebieron la cerveza como si fuera agua, y después, el hombre permaneció a su lado en silencio, removiendo el contenido de su vaso en una muestra de solidaridad que nunca esperó de él.

XIII

Conforme el tiempo pasaba la presencia de la guardia dejó de ser molesta, entendieron que estaban ahí para vigilar que no se hiciera ningún tipo de revuelta durante la boda, pero ninguno se cuestionó la cantidad de legionarios imperiales que había alrededor, ni tampoco prestaron atención a la docena que se fue adentrando en la taberna.

Nivha fue la única que se puso en pie cuando un presentimiento le arrebató la calma; tan pronto se había incorporado sus músculos se tensaron cuando la mismísima Saíd hizo acto de presencia. Su porte amenazante no impidió que Nivha se acercara a ella. La vieja levantó el mentón al verla acercarse, recorriéndola de arriba abajo con su típica mueca de asco.

—No era necesario que me buscara en persona, suprema sacerdotisa.

—¿Y quién os ha dicho que vine a por ti?

Aun sin haber visto jamás a Zokane, dirigió la vista hasta el fondo de la taberna donde se encontraba la Arpía. Sin decir nada a Nivha se fue hacia Zokane seguida de sus legionarios. La muchacha estaba completamente ensimismada, tenía toda su atención puesta en rascar la mugre de la mesa con la uña.

Por alguna razón Nivha quedó paralizada, no entendía el porqué estaba sintiendo tanta desesperación, pero comenzó a entenderlo cuando vio entrar al regente Ardaithe custodiado por un puñado de guardias, los cuales, muy disimuladamente, llevaban a punta de espadas a Yahel.

—¡Observa, Yahel! Debéis convenceros de una buena vez. Cualquier atentado tuyo por estar con esa Arpía traerá nada más que desgracia sobre nuestro feudo.

El susurro que Nivha logró escuchar por parte del regente al hablar con su hijo comenzó a poner claridad en todo cuanto acontecía. El señor feudal permaneció en el mismo sitio, a la entrada de la taberna, y la música fue lo primero en parar.

Zokane, confundida, levantó la vista solo para ver a la vieja sacerdotisa acercarse junto a los legionarios. La reconoció de inmediato, la había visto en un par de ocasiones, la vio en la fiesta donde conoció al emperador cuando era niña, también la vio de cerca un par de veces cuando sufrió la persecución donde por poco la atrapan junto a su padre.

La sangre de Zokane comenzó a correr tan rápido por sus venas, que se le dificultó poder respirar con normalidad. Los latidos de su corazón resonaban en su cráneo de tal manera, que vio la boca de la vieja moverse, pero no había sonido. Vio a Eiden ponerse de pie a toda prisa para alejarse de la mesa, y en ese momento el pánico apabullante la envolvió.

Por un momento Zokane creyó que estaba borracha y frotó su rostro con sus manos, como si al limpiarse los ojos la imagen frente a ella fuera a desaparecer, pero, el golpe con la vaina de una espada sobre su brazo la regresó a la realidad. Pudo notar la tensión en la taberna, la precaución en las miradas anticipándose por si algo grave ocurría, pero no Vaéris y Tivana, ellas, que estaban lejos de Zokane permanecían atentas, listas para todo.

—¿Acaso no escuchas que la suprema sacerdotisa te habla? —preguntó el legionario con exigencia.

Zokane levantó la mirada, asomando los ojos sin poder controlar su miedo, la presión se le

bajó de golpe y un mareo que no era producto de la borrachera fue evidente, no tenía opciones o tal vez, si se mantenía calmada, descubriría que la sacerdotisa estaba ahí para cualquier tontería.

—¡Levantaos! —le ordenó Saíd—. Nuestro glorioso emperador Efrén Kirínmuil os espera.

—¿Por qué estaría esperando a alguien como yo? —respondió Zokane mostrando el rostro enrojecido por la presión del llanto—. Puedo asegurar que se ha equivocado de persona.

—¿Acaso no sois la líder de las Arpías?

—¿Y qué si lo soy? Estamos en medio de una boda. ¿Qué cosa es tan importante que no puede esperar?

—¡La suprema sacerdotisa te ha dicho que te pongas en pie! —exclamó el guardia a su lado, tomándola del brazo para levantarla de un jalón.

—Vamos, Zokane; no es lugar para un lío —le pidió Tivana acercándose lo más que pudo al ver el intento que puso su hermana para resistirse al guardia.

—¿Zokane? —preguntó Saíd mostrando burla—. ¿A quién le habéis dicho Zokane? ¿A esta?

—Sí, señora —respondió precavida—. Nuestra líder es Zokane Remedios.

La carcajada que dio Saíd mostró burla y diversión. Con un movimiento de su mano hizo traer al señor feudal quien no se despegaba de su hijo.

—¿Y le creyeron que es una Remedios? —continúo Saíd con su burla—. ¡Observen detenidamente para que os quede clara la verdad!

Los guardias que ya tenían a Zokane por los brazos la sujetaron con más fuerza de la debida, y un tercero se acercó a ella, entre tirones y forcejeos le abrieron el puño y apretaron contra la palma de su mano la misma cimitarra que había robado la noche anterior perteneciente al señor Ardaithe.

—¡Lo estáis viendo, Yahel! —preguntó su padre como un regaño—. ¿Queríais razones válidas? Ahí las tenéis. ¡Zokane Remedios sostiene a la sinfonía del alma con sus manos desnudas y no hay represalias! ¿Seguiréis apostando por la heredera Bluthiem? ¿Pensáis condenar a toda la región por un capricho?

Yahel no podía apartar la vista de la imagen frente a él. La sinfonía del Alma resonaba en advertencia mientras Zokane la sostenía. Resistiéndose a los guardias que la sujetaban pudo ver miedo en su mirada, algo que jamás había visto en Zokane. El corazón se le partió en pedazos al advertir las lágrimas acumulándose en los ojos de su amada. Su cara roja preludio al llanto dejaba su alma expuesta suplicando compasión.

Zokane no pudo soportar mucho más tiempo. Esa mirada con que Vaéris la observaba era insoportable: decepción, ira, traición, había tanto en ella que dolía de solo verla. Pero luego estaba la mirada de Yahel, consternación antes que nada, afligido al por mayor, ¿es que acaso también denotaba decepción? Todo parecía ser demasiado para un solo momento y no se dio cuenta de la gravedad del asunto hasta que escuchó el grito de Saíd ordenando que aprisionaran a Meila Bluthiem.

Para Zokane no hubo mejor detonante. Su secreto había sido descubierto y ahora, desde donde sea que ella estuviera, enfrentaría la muerte, pues tampoco había lugar alguno donde pudiera esconderse.

El instinto por sobrevivir arribó a tiempo, con el descuido de los guardias al aflojar los brazos de Zokane para encadenarla, ella pudo liberarse. Apretando el arma contra su puño buscó con la mirada una salida. Ignoró la risa hiriente de Saíd al ver sus intenciones de fuga, y a los legionarios que intentaban volver a sujetarla los vio insignificantes. Por un instante, se volvió a encontrar con la mirada de Yahel y jamás creyó que sería bajo esas condiciones, pero al detectar en su semblante una súplica que le rogaba escapar decidió que encontraría su libertad.

La mirada dulce y gentil que una vez tuviera la Arpía desapareció reemplazada por esta nueva; llena de miedo, ira y determinación.

Con sus evidentes intenciones de lucha, la Sinfonía del Alma destelló su escritura tal como había ocurrido la noche anterior, y en ese momento ya no había nada que ocultar: ella era la elegida por otra arma, era portadora de Bashitva, era la última Bluthiem.

El caos como un huracán fue arrasando todo a su paso, el choque de espadas y el bullicio de los comensales ensordecía la razón de Zokane y elevaba el grito de su alma que exigía salvación. Tivana no esperó ni un poco para unirse a la lucha con su hermana seguida por Gareth, quién, con toda determinación cubrió sus espaldas de cualquier ataque.

Kirios Ardaithe, orgulloso y prepotente llamó a la Sinfonía del Alma para que esa sucia mujer la soltara, pero el arma no respondió a su llamado. A sabiendas del riesgo, el señor feudal retrocedió, dando espacio para que la batalla a muerte por la vida y la salvación se abriera.

Sin piedad, sin contemplaciones; las dos Arpías buscaban una salida, mientras que Vaéris, seguía pasmada en el mismo sitio, incrédula, con la mirada perdida, con el llanto agudo y el corazón hecho un nudo. Era imposible que esa dichosa Meila fuera la misma a la que ella llamaba hermana, era imposible que ella no lo supiera… ¡Era imposible! Y entonces; los gritos de Saíd exigiendo que la única que importaba con vida era la Bluthiem, junto con el llamado de Yahel exigiéndole reaccionar la llevó a tomar su arma.

Con el grito de Yahel, Kirios Ardaithe ordenó la retirada. La guardia forcejeó con el heredero Ardaithe hasta que lograron sacarlo de la taberna, lejos del caos y del peligro.

—¡Haced algo! —le exigió a su padre.

—¿Es que no os ha quedado claro, hijo mío? ¡Esa mujer es Meila Bluthiem! ¿Es que no habéis visto cómo la Sinfonía del Alma reconoció en ella a un portador de otra arma? ¡Esa maldita tiene a Bashitva bajo sus órdenes! ¿Y nunca os disteis cuenta?

—¡No hay ninguna maldición en ella! —gritó negándose a lo que ocurría.

—¡Meila Bluthiem pertenece al emperador! —afirmó con severidad—. Lo único que obtendréis si os aferráis a ella es devastación para nuestro legado y a nuestro feudo, tal como ocurrió a los Bluthiem. ¿Es que acaso no lo entendéis?

—¡Dadle una oportunidad! ¡Haced algo por ella! ¡Hacedlo por mí!

—¿Queréis que haga algo por ella? —preguntó, tomando a Yahel de la solapa de su ropa para alejarlo de la guardia y susurrarle con cólera—. Celebremos tus nupcias, consuma tu matrimonio, y a la primera señal de que tu nueva y radiante esposa esté preñada, yo haré algo por la maldita Bluthiem. ¡Os lo juro, hijo! —recalcó con fuerza en la voz—. Levantaré armas y me uniré a la rebelión en el momento mismo que me deis un varón por heredero.

—¡Qué conveniente! —exclamó al entender lo que ocurría—. ¿No os parece, padre?

—Esa maldita no saldrá de ahí por su propio pie. ¡Entendedlo de una buena vez! Es imposible que escape a una sacerdotisa, es imposible que el emperador la deje salir del calabozo donde la encerrará. Pero, si no accedes a mis condiciones, no importa lo que tenga que hacer, me daréis un heredero digno de mi arma. ¡¿Lo habéis entendido?!

—Habéis sido vos quien la ha delatado —murmuró incrédulo, tragando saliva al no poder procesar la crueldad de su padre—. ¿No es verdad?

—Haré lo que sea por mi legado. Yo he cumplido, he dado el pago entregando a la última de los Bluthiem para obtener el consentimiento del emperador y que vuestro nombramiento sea legítimo. Ahora es cuestión vuestra si deseáis que también os cumpla mi palabra.

Yahel levantó la vista para observar la casona que formaba la taberna. No había mucho que pudiera hacer para ayudar a Zokane. El ruido de las espadas chocando y los gritos de la gente

intentando escapar a través de las ventanas era abrumador. Un humo negro comenzaba a escaparse por cada rendija arremolinándose hacia el cielo, y una onda de aire, producto de algún conjuro casi los derriba.

El corazón se le partió en pedazos y el dolor le impedía respirar, la desgracia que se venía no solo sobre Zokane sino también para el resto de las Arpías era mucho más de lo que ellas mismas pudieran imaginar. Enfrentarían al emperador de una u otra manera y lo harían solas si él no hacía algo por ellas.

Deseaba tener más opciones, y si aguardaba lo suficiente, podría ver el desenlace, tomar decisiones más acertadas. Al parecer su padre pensaba lo mismo y no le permitiría descubrir el desenlace.

La orden para retirarse fue dada mientras su padre lo retaba con la mirada. Yahel se negó por impulso, su cuerpo rígido no se movió ni un poco, toda su atención se dirigía hacia la taberna, y a Kirios dejó de importarle lo que el pueblo viera. Ordenó la retirada con más severidad que antes y a punta de espada, como si fuera cualquier preso, introdujeron a Yahel dentro de un carruaje cerrado y se lo llevaron directo al templo donde la ceremonia para realizar el enlace matrimonial entre él y Romina aguardaba.

XIV

Y mientras Yahel era acorralado por su padre, Zokane lo era por Saíd. La suprema sacerdotisa en un principio permaneció inmóvil, segura de que sus legionarios se harían cargo del grupo que lideraba la Bluthiem, conformado por Vaéris, Tivana y Gareth, pero rápidamente se dio cuenta que su fama les precedía. Con astucia y agilidad se movían de un lado a otro esquivando golpes y espadas. Para los cuatro que luchaban por sus vidas no había lugar para dudas, mucho menos para piedad; sus armas se movían a matar y las cabezas que volaban a su paso eran testigos de su valía.

Para Saíd, capturar a la última de los Bluthiem era su prioridad, de hacerlo, tendría la oportunidad de redimirse con su emperador, y viendo la evidente desventaja conjuró los vientos creando una ráfaga tan potente, que derribó todo a su paso. Creyó que tendría un poco de tiempo para su próximo conjuro pero, tan rápido como habían rodado por el suelo, las Arpías ya estaban de pie. Sin embargo, la verdadera sorpresa fue cuando Nivha conjuró en su contra, y en un ataque psíquico, arrojó a la suprema sacerdotisa contra la pared.

—¡Rastrera traidora! —bufó Saíd sintiendo regocijo por su rebelión—. ¡Sabrás ahora porque soy la sacerdotisa suprema!

Como si aquel golpe no hubiera significado nada, Saíd se incorporó, extendiendo los brazos, todas las cuchillas y espadas que se encontraban en la habitación levitaron en el aire por un segundo, antes de salir a vuelo en contra de Nivha. Con una excepcional maestría, Nivha desplegó una ráfaga de aire que desvió las cuchillas clavándolas todas sobre el techo.

Mientras tanto, las Arpías luchaban con los legionarios sin dejarse aminorar, pero al momento de ver todas esas cuchillas levantarse por los aires, las tres muchachas junto con Gareth, curtidos en situaciones extremas, se lanzaron sobre el suelo escudándose con las mesas.

Una vez pasó el peligro, Zokane se puso en pie únicamente para que la sangre abandonara su cabeza: un legionario sujetaba a Tivana ciñendo el brazo al cuello de su hermana.

—Suelta la Sinfonía del Alma, chiquilla —le pidió el legionario en tono mediador—, antes de que se revele y reclame a su portador. ¡Entrégate! Y dejaremos ir a tus amigos.

Una mirada con Vaéris bastó para sincronizarse. Zokane lanzó un corte al aire con la Sinfonía del Alma; el legionario esquivó el ataque como era previsto y Vaéris, aun en el suelo, pudo derribarlo de un ágil movimiento con sus pies, inmediatamente llegó Gareth cercenando el brazo con el que apretaba el cuello de Tivana, y Zokane lo siguió rebanándole el cuello.

Apenas había cercenado el brazo del legionario, Gareth corrió hacia una de las ventanas empujando mesas y escombros para facilitar el paso, llamando a las chicas en un grito para que le siguieran. Saíd, al darse cuenta de que casi todos sus legionarios estaban muertos y que todo dependía de ella, concentró las fuerzas ocultas que le servían, derribó a Zokane con un ataque psíquico oprimiendo su cuerpo contra el suelo, y apenas la había dominado, convocó una energía protectora para ellas dos. Instantes después, el fuego de cada sitio cobró vida.

Una explosión de fuego que se extendió voraz calcinó cada cosa y cada hombre que tocaba dentro de la taberna. La reacción de Nivha fue rápida, logrando convocar un escudo místico que protegió a Vaéris. La onda explosiva arrojó por los aires a Gareth a través de la ventana, mientras

que Tivana rodaba por el suelo, y el humo y el polvo del fuego que quedó fue llenando cada rincón en el interior.

Sobre el suelo, Zokane tosía asfixiada por el humo, y cuando Saíd convocó el aire para limpiar un poco el ambiente, el panorama le robó el aliento a Zokane. A poca distancia de ella, pudo ver a Tivana boca abajo, sus ojos almendrados se abrían de par en par como si la estuviera observando, y si no fuera porque la mitad de su cuerpo estaba humeante y calcinado, Zokane hubiera creído que solo estaba recostada junto a ella esperando el momento para levantarse y correr juntas.

La pesadilla de ver nuevamente la mirada de la muerte sobre un ser querido le arrancó un grito a Zokane, uno donde llamaba a su hermana exigiendo que se levantara, y por más que gritaba Tivana no se movía, solo la observaba de la misma manera que su madre al morir. Cuando Vaéris notó lo que ocurría se acercó arrastrándose a gatas. Ahogada en llanto fue incapaz de hacer o decir nada cuando entendió que Tivana ya no estaba entre ellas. Temblorosa, como si sus manos fueran a lastimarla, la pelirroja quiso tomar a Tivana entre sus brazos, pero cada parte de su cuerpo que intentaba tomar con firmeza se desmoronaba como tierra seca.

Un grito desgarró el corazón de ambas, maldecían gritando a Tivana que se levantara, como si en su grito, un milagro divino la fuera a revivir. El dolor era insoportable y Zokane maldijo el momento en un grito que le robó el aliento. Parecía un grito de guerra, pero en realidad; era un grito que se llevaba no solo su alma sino también su humanidad.

Los ojos de Zokane no pudieron contener la tormenta, sus lágrimas se derramaban sin control y la presencia de Saíd dejó de tener importancia. Una chispa era todo lo que necesitaba para encender el infierno y la encontró al ver el rostro de Gareth asomado por la ventana, completamente enmudecido y sin poder reaccionar.

Les había fallado, a ellas; a sus hermanas, a Gareth. Juró protegerlas y no lo había logrado, juró mantenerlas alejadas de su guerra y tampoco había cumplido, juró que mataría a cualquier desgraciado que se atreviera a poner una mano sobre cualquiera de ellas, y la voz de Saíd exigiendo apoyo a los legionarios que estaban afuera la regresó a su realidad.

Aplicando toda su fuerza, Zokane fue sintiendo un dolor profundo en cada músculo y en cada hueso cuando comenzó a ponerse en pie, la magia psíquica con que Saíd la mantenía contra el suelo no fue suficiente para detenerla. Saíd intentó someterla aplicando más fuerza al poder mental que usaba, pero todo fue inútil, Zokane doblegó la magia usada en su contra con facilidad poniéndose en pie. La mirada que dirigió a Said derramaba odio, y buscando en su cinturón, arrancó una bolsa de piel hecha a medida donde guardaba a Bashitva y la empuñó.

La potencia que tenía Zokane al quebrantar el hechizo de la suprema sacerdotisa dejó admirada a Nivha al sentir todo el despliegue de poder en la Arpía. Las llamaradas del fuego delinearon la silueta de Zokane y crearon una especie de espejismo que provocó una visión premonitoria en Nivha:

»El momento había llegado: como el viento implacable, los dioses traerán una vez más la esperanza bajo el manto del miedo: la tierra sería asediada por peligros, y la muerte cubriría los campos con su mirada cuando los héroes levantaran armas bajo el fuego que da el dios de la guerra, y juntos, desafiaran el destino. El Ojo del Dragón elegiría un camino: uno de destrucción, pero también de salvación.«

Como un destello llegó una imagen que sumergió a Nivha dentro de la premonición: se vio y se sintió a ella misma inclinada ante un nuevo emperador. El Ojo del Dragón levitaba entre ambos y cubría el rostro de este extraño individuo. La luz que emanaba el artefacto irradiaba espigas de luz casi divinas y una sensación de calma y congoja la invadió. Una frase resonaba en

su cabeza mientras la visión se revelaba, «¡Por la Bluthiem!», escuchaba como si fuese un grito atronador anunciando la gloria en búsqueda de la victoria. Espadas agitándose al aire y gritos de guerra le nublaron la vista hasta ennegrecerla. Alcanzó la inmensidad del vacío donde un grito de agonía llenó cada espacio, uno que venía desde las entrañas, y pudo reconocer la voz de Zokane, siendo la única muestra de su presencia en toda la premonición.

Aun de pie, pero de vuelta a la realidad, Nivha observó pasmada el impulso de Zokane y la potencia con la que invocaba el arma que tenía entre las manos. El cuerno de Bashitva reaccionó de inmediato obedeciendo a su amo y desplegó su luz formando un exquisito arco; la concentración de esa luz también se dio forma en su otra mano con la figura de una flecha. Observó también el esfuerzo y la fuerza que Saíd aplicaba al querer someter a Zokane en un ataque psíquico. Una sonrisa burlona se dibujó en sus labios al presenciar el fracaso de la suprema sacerdotisa y no hizo nada, solo observar, cuando Zokane apuntó el arco y disparó la flecha.

La luz que conformaba la flecha se dividió en varios rayos que se dirigieron a voluntad asestando al centro de las cabezas de sus enemigos, no así con Saíd, Bashitva cambió su forma desplegando la forma de una espada corta y Zokane pegó una carrera hasta alcanzar a la sacerdotisa. Tomándola de la ropa le destrozó el rostro tras varios puñetazos, y sin poder soltarla, le rebanó el cuello recordándole que era en nombre de Tivana. La suprema sacerdotisa no pudo detener la fuerza en el ataque de Zokane, no hubo poder ni magia alguna que lo lograra, y Nivha lo entendió; había llegado el momento que siempre esperó.

El cuerpo y los ojos de Zokane temblaban de rabia y dolor. Apreciar la muerte de Saíd no le devolvió la calma, no le devolvería a su hermana, no le regresaría el alma. Apretaba con tanta fuerza a Bashitva que los nudillos se le quedaron blancos, y fue entonces que la mano precavida de Eiden tocando su hombro la regresó al momento, y con su voz pidiéndole calma, le dio la oportunidad de acercarse a Tivana.

Sintiéndose derrotada se hincó a su lado, movió un mechón de su pelo chamuscado y besó su frente intacta, el llanto se apoderó de ella, y ni el grito de los legionarios que se acercaban ni la voz de Gareth exigiéndoles que se marcharan las hacía reaccionar.

—¡Váyanse ahora! —les ordenó Gareth, sacudiendo a Zokane por los hombros con lo que le quedaba de voz para hacerla reaccionar—. ¡Yo me ocupo de Tivana!

—¡Pero ella…! —alcanzó a pronunciar ahogada en llanto.

—¡Que se larguen! —la increpó empujándola hasta casi hacerla caer—. ¡O su muerte no habrá valido para nada! —El grito furioso y las palabras de Gareth fueron lo que finalmente las movió.

Antes de que fuera demasiado tarde y los legionarios las detuvieran, escaparon. No hubo tiempo para el luto ni tiempo para un funeral digno de una Arpía, no hubo despedida ni promesas para un mañana. En una carrera de vida o muerte, Nivha y Eiden siguieron a las Arpías depositando con eso su fidelidad en ellas, aunque el futuro a su lado lucía negro y desesperanzador.

XV

El instinto se apoderó de ambas y huyeron una detrás de la otra sin mirar atrás, perdiendo el aliento en su carrera hacia la espesura del bosque.

Vaéris corría como si no hubiera un mañana, no miraría atrás ni por un segundo, tenía tantos sentimientos encontrados, que incluso deseaba que Zokane no estuviera siguiéndola. Quería correr hasta que el cuerpo le ardiera, y ella fuera capaz de volverse una con la noche y ver si así perdía a esa extraña que le seguía los pasos.

Cuando alcanzaron la primera colina que les daba la última vista de la hermosa ciudad se detuvieron, no tenían más aliento ni fuerzas para continuar escapando, y desde ahí, escucharon el repique de las campanas anunciando la culminación de la ceremonia nupcial.

Nada de eso tenía importancia. Era momento de calmar los ánimos y poner la cabeza fría, pero ninguno de los dos hechiceros que las habían seguido sabía cómo mediar con las Arpías y decidieron permanecer en silencio, expectantes de todo ante cualquier contrariedad.

Ninguna de las dos lo estaba llevando bien. Vaéris permanecía en cuclillas ocultando la cabeza entre los brazos. Ocultaba el rostro por si llegaba el llanto que no salía, ocultaba su enojo y su frustración. Dolía demasiado, había perdido a dos hermanas esa noche, a Tivana la había perdido con el abismo de la muerte, pero a Zokane, la había perdido de improvisto debido a la traición de haberla hecho a un lado con toda la sarta de secretos y mentiras que jamás le confesó y que, gracias a eso, Tivana había muerto.

No la reconocía, no sabía quién era, pero sí sabía que ella misma era una imbécil que se había dejado engañar como tantos otros, había caído en las mentiras de Zokane. Por seguirla a ella, todo estaba en riesgo y no sabía si algún día podría perdonarla.

Zokane era la más contrariada. Estaba harta, todo lo que amaba siempre desaparecía, en sus manos tenía la sangre de tantos seres queridos que no podía con el nudo de emociones que apretaba sus entrañas. Se había alejado un poco, sintiéndose como una bestia enjaulada. Sus frustraciones, sus culpas; sus miedos, todo lo que le hacía sentir miserable lo gritaba desde el alma mientras desbarataba su espada contra los árboles que golpeaba con salvaje frenesí. Todo se había roto dentro de ella, había logrado forjar un futuro con una familia completa, sus dos hermanas eran lo que ella más amaba. También había logrado amar a un hombre que le había llenado la cabeza de sueños y fantasías, y ahora, todo se resquebrajaba frente a ella.

Cuando perdió toda fuerza física se dejó caer de rodillas, mirando al suelo pudo ver sus puños ensangrentados temblar sin control. Un susurro en sus labios dio forma a la súplica pidiendo perdón, no podía creer que aquella fuera la despedida. No solo ella, su ser completo lloraba. Había perdido todo una vez más, y fue tan evidente el momento exacto cuando su alma la abandonó, que ella misma entendió que nada volvería a ser igual.

Imposible remediar el pasado, sus lágrimas se secaron endureciendo sus facciones. La muerte de Tivana dolería por toda la eternidad; se recriminaría y siempre se culparía por su cobardía. Si hubiera invocado antes a Bashitva tal vez la habría salvado, pero no lo hizo, y ese error la convertía en la única culpable por la muerte de su hermana.

Siempre fue ella portadora de desgracia y esta vez no había a donde correr, no había dónde

esconderse y nada que pudiera negar. Cerrando los ojos volvió a gritar hasta perder el aliento con su rostro mirando al cielo, y fue esa soledad, con todo ese cúmulo de emociones y pensamientos lo que le reveló su destino.

Recordó el juramento que hizo de vengar la muerte de sus padres, también juró vengar todas las injusticias cometidas en su contra. Era momento de cumplir. A todos esos juramentos se sumó uno más: vengaría la muerte de Tivana.

Nada de todo lo ocurrido en el pasado y nada de todo lo que ocurrió en el presente quedaría impune. Efrén Kirínmuil era el único culpable de toda la miseria humana, de toda «su» miseria, y era su obligación terminar con aquella tiranía. Estaba en el abismo, y entendió que, si hubiera que morir, moriría bajo sus propios términos.

Un estremecimiento le removió hasta el alma; en un día de invierno como hoy, pero de la edad 1223, ella había nacido. Hoy moría junto con Tivana y no estaba segura si volvería a renacer. Aún estaba descompuesta, aún estaba contrariada, pero debía mantener la cabeza fría y actuar ahora que aún tenían tiempo. Con semblante demacrado y voz apagada, se acercó a los otros concentrando su atención en Vaéris, en todo el rato que llevaban ahí la desfachatada pelirroja no había vuelto a verla ni por error. La conocía demasiado, sabía lo que ocurriría; esa descarada se lo pondría difícil y no era momento de lidiar con las emociones de Vaéris.

—Hay que movernos —les dijo al acercarse—. Tenemos que escapar de aquí.

—¿Y por qué habría de querer escapar? —preguntó Vaéris sin mirarla—. ¡Yo no hice nada!

—¡Que no hiciste nada! —gruñó desesperada al darse cuenta de que no tenía intenciones de cooperar y que no se había dado cuenta de la gravedad del asunto—. ¡Fuiste partícipe de aniquilar a una legión comandada por Saíd…!

—¡No, hice, nada! —la interrumpió enfurecida poniéndose en pie para enfrentarla—. ¡Mi único error fue confiar en ti a ojos cerrados, y mira dónde me has traído!

—¿Qué piensas? ¿Que yo deseaba esto?

—¿Eres o no eres la dichosa Bluthiem? —le gritó deseosa de oírlo de su propia voz.

—¡Yo soy Meila Bluthiem! —respondió con un grito ahogado en llanto y miedo por tener que expresarlo en palabras—. ¡Heredera del legado Bluthiem y portadora de Bashitva! —gimió con el corazón roto mostrando el arma ante ella—. ¡La misma que vivió como vagabunda la mitad de su infancia! ¡La misma que tuvo que convertirse en Zokane para sobrevivir! ¡La misma que se convirtió en Arpía al lado de sus hermanas!

—Si al menos me hubieras dado la opción de elegir, te habría seguido sin dudarlo… —le recriminó echando en cara su poca confianza.

—Mi pasado no es un destino que nadie desee, Vaéris. Negué todo tanto como pude. Viví entre madrigueras, escondida hasta que te conocí. ¿O ya olvidaste dónde y cómo me encontraron? ¿O prefieres que te diga en cuántos agujeros repletos de excremento tuve que dormir para no ser descubierta ni por las bestias ni por los cazadores que el emperador envió por mí? Desde que me encontraste, vivo siguiendo tu camino, creyendo que había recuperado una parte de mi propia vida y que hasta tenía una familia.

—¿Qué familia? —le gritó Vaéris ejerciendo una reta directa al acercarse un poco más a ella —. ¿A la familia se le miente y se le conduce a la desgracia como tú lo hiciste conmigo?

—¿Es un pecado negar mi pasado? Imagino que tú en mi lugar hubieras sido más valiente.

—¡Que arrogante! —musitó Vaéris con asco en sus facciones—. De todas formas, sigues sin poder justificar tus mentiras hacia mí.

—¡No sabes lo que significa vivir en miedo constante! —le gritó a la cara en un acto de desesperación.

—¡Lo sabría si me lo hubieras confiado! —respondió Vaéris con más agresividad que antes —. ¡Lo sabría! Al parecer no soy nada para ti. Pensabas que saldría corriendo a gritar a los cuatro vientos tus confesiones, pero te equivocaste. ¡Me mentiste antes y lo seguirás haciendo! ¡Siempre buscando pretextos estúpidos para evitar la verdad, viéndome la cara de imbécil en todo momento!

—Vaéris… tranquilízate —le rogó Zokane en un intento por hacer las paces.

—¡No me digas que este secreto Tivana lo sabía! —enmudeció de repente, se dio cuenta de que así era, y la ira dentro de ella creció como no pensó poder sentirla—. ¿Por qué Tivana sí y yo no? —alcanzó a preguntar antes de que la voz se le quebrara.

—Tivana tenía el don de enterarse de todo —respondió Zokane en un susurro—. Tú misma lo dijiste un día...

—¿Por eso te apoyaba en cada decisión que te alejara del imperio?

—¡Por todos los dioses, Vaéris! ¿Puedes terminar todas estas quejas de una buena vez? Debemos movernos y planear lo que sigue.

—Te equivocas… No voy a seguirte. Tú misma arreglas el problema en el que te has metido. Yo no quiero tener nada que ver contigo. ¡No somos familia! ¡No te atrevas a llamarme una vez más hermana!

Si con la boda de Yahel y la muerte de Tivana pensó que eso era sentir el corazón roto, las palabras de Vaéris le demostraron el verdadero significado de esa sensación. La rabia en el rostro de su hermana le demostró también que hablaba tan en serio como podía, y que tampoco había retorno de ese punto donde ambas se encontraban. Debía actuar rápido, antes que el emperador se adelantara; el tiempo seguía corriendo y ya había pasado por esto antes y no lo repetiría. Tragó saliva, buscó con la mirada a Nivha que se había mantenido expectante y en silencio a lado de Eiden.

—¿Nivha; tienes el polvo de dragón contigo? —le preguntó aclarándose la garganta para apaciguar el llanto que se dejaba venir, y al ver la afirmación en el movimiento de su cabeza, regresó la mirada hacia Vaéris—. ¿Puedes crear un portal para Vaéris que la lleve hasta la casa de sus padres?

—¿Y ahora te deshaces de mí? —preguntó embravecida, empujando a Zokane por los hombros con brusquedad, buscando la forma de continuar la discusión, de lastimarla tanto como ella se sentía lastimada, de ver si así, la rabia que la consumía se escapaba de ella—. ¿Qué te hace pensar que necesito tu ayuda para llegar a casa de mis padres?

—Por si no lo has notado —respondió Zokane sin devolverle la agresión—, ahora también eres un peligro para el imperio, y si eso no es suficiente, también se te asocia conmigo. ¡También vienen por ti! Y si no nos movemos, llegarán hasta donde tengan que llegar para encontrarme a mí y a mis cómplices, incluida la casa de nuestros padres. ¡Ya perdí una familia de esta misma manera! No pienso volver a repetirlo. ¡Irás a casa de tus padres y los pondrás a salvo! ¿Lo has entendido?

Debía concederle al menos eso último, Vaéris no era tan terca como para no entender la gravedad de lo que ocurría y del riesgo que corría su propia familia. Dándole la razón esperó a que Nivha desplegara el portal y una vez abierto, llegó la despedida.

Para Zokane, que tenía claro lo que iba a hacer a partir de ese momento, era aceptar que sus caminos estaban apartándose permanentemente, y Vaéris no lo pudo prever, apenas si quiso escuchar las indicaciones de Zokane diciéndole que buscara refugio hasta que se calmara todo y atravesó el portal.

Por un momento la pelirroja pensó que la seguirían, pero al ver que no lo hacían, levantó un

poco el mentón tragando saliva, y sin decir adiós ni mirar atrás comenzó sus pasos hacia la casa de sus padres que tenía justo frente a ella.

Nivha miró a Zokane, insegura de qué hacer ahora, y terminó cerrando el portal cuando la vio alejarse hacia la profundidad del bosque.

XVI

Frente a la puerta que abría paso a la propiedad de sus padres, Vaéris se derrumbó, ya había aguantado demasiado y no pudo contener el llanto, inmersa en zozobra, maldijo a su hermana aun cuando su madre llegó hasta donde ella estaba.

La apariencia molida en Vaéris y la cantidad de sangre en su ropa alarmaron a Torna, la sostuvo entre sus brazos y ni así logró reconfortarla, ni aun cuando su padre hizo acto de presencia Vaéris encontró calma. Torna jamás había visto en esas condiciones a su hija, ni en su estado físico, ni mucho menos en su estado emocional, y verle así por primera vez le apretujó el pecho en un dolor insoportable, y más aún cuando no pudo ver a Zokane y a Tivana por ningún lado.

Una vez adentro, la tranquilizaron lo suficiente como para que ella les contara lo que había ocurrido: la emboscada por la familia Ardaithe, la lucha en contra de la Suprema sacerdotisa, la aniquilación de los legionarios, la muerte de Tivana y la identidad de Zokane. Vaden no terminó de oír los detalles, poniéndose en pie se marchó alarmado, dejando a madre e hija en soledad.

—¿Dónde está Zokane?

—¿Cómo voy a saberlo? Cuando ella decidió largarse sin mí solo me faltó decirle que la odiaba… —sollozó cubriéndose el rostro.

—Imposible odiar a una hermana.

—¡La odio! ¡No es mi hermana! ¡Me mintió! ¡Traicionó mi confianza! No le importó marcharse sola de la misma manera que no le importó cuando la sacerdotisa contrató mis servicios. ¡No fue ni capaz de pedirme que me quedara para al menos vengar la muerte de Tivana!

—Yo soy tu madre y también te mentí —comenzó Torna entonando su regaño con severidad —. ¿Me odias por eso? Desde el primer día supe quién era. Tivana lo descubrió el día que fueron a la reunión con los rebeldes en compañía de tu padre, y lo único que Tivana necesitó para enterarse, fue un poco de sentido común y de empatía para darse cuenta el sufrimiento que traía la pobre.

¿«Nunca te diste cuenta de que Zokane le tiene terror al emperador¡ ?No puede escuchar que se habla de él porque se descompone por completo¿ !Qué querías que Zokane hiciera¿ ?Que tomara el té contigo y te contara entre galletas que era una niña de tal vez cinco edades cuando vio morir a su madre¡ ?Estoy segura que con mucho gusto te hubiera revelado que no pasaba las nueve edades cuando su padre la dejó sola y a su suerte al ser capturado por Efrén¿ !Te traicionó¡ ?No me digas, Vaéris! Ni tus verdaderas hermanas son tan fieles como lo fue Zokane contigo¿ .Qué es peor, su convicción por escapar de su pasado o tu egoísmo por jamás notarlo?

El rostro de Vaéris palideció de repente, un escalofrío helado recorrió su columna al absorber las palabras crudas que su madre acababa de pronunciar. El suelo bajo los pies de la pelirroja se sacudió bajándola de golpe a la realidad. Entendió todo en ese momento, recordó la actitud de Zokane y su comportamiento.

Sintió vergüenza de no preguntarle jamás qué le pasaba cuando la veía nerviosa y contrariada, sintió rabia con ella misma por ignorar lo evidente, incluso cuando estuvieron en el antiguo hogar Bluthiem… durante todo ese tiempo dentro de aquella región… su carácter, su actitud…

todo era tan obvio. Un suspiro angustiado se escapó de sus labios incapaz de asimilar el terrible error que había cometido debido a su estupidez.

Lloró a mares perdiendo la calma, suplicando perdón, quería regresar con su hermana y abrazarla y oír de su boca que la perdonaba. Quería remediar el pasado y decirle que se arrepentía y que siempre sería su hermana. Quería volver y decirle que superarían juntas la pérdida de Tivana, pero no sabía ni cómo regresar a donde Zokane estaba.

Cuando su padre volvió, las acarreó con urgencia haciéndoles tomar lo necesario. Él ya había montado todo lo indispensable en una carreta, y lo único que Torna alcanzó a hacer, fue tomar todas las monedas que tenían para salir de su hogar sin la certeza de que un día pudieran regresar.

Vaéris quería quedarse, pensaba que en cualquier momento llegaría Zokane buscando su ayuda, pero Vaden no lo permitió.

—¡Al único que verás si te quedas será al emperador y su furia! —le regañó su padre cansado de sus niñerías.

Escaparon tan rápido como pudieron cuidando de que nadie viera su huida, y cuando dieron un último vistazo al poblado que fue su hogar, notaron la legión que se abrían paso a través de varios portales rodeando su casa con precisión. Fue entonces cuando Vaéris entendió que Zokane había tenido razón. Hacía tantas edades que habían masacrado a uno de los legados más importantes del imperio por Meila, ahora no sería diferente.

Una cosa las unía a los Bluthiem y esa era Zokane.

Con resignación y vergüenza por su comportamiento Vaéris mantuvo el paso constante al lado de sus padres, y en lo profundo de su corazón; le prometió a su hermana que haría todo por mantener a su familia a salvo, para que cuando sus caminos se volvieran a unir, Zokane pudiera ver el rostro de su madre y de su padre esperando por ella.

*

Mientras los Remedios hacían todo por salir ilesos, para Zokane y los hechiceros el silencio predominaba, no había preguntas que no hubieran sido ya resueltas, y aunque Nivha no lo tenía claro, comprendió que ese futuro glorioso que siempre supo que la esperaba y que la ataba a Zokane, se debía a que ella era la pieza clave para terminar la tiranía que Efrén Kirínmuil había esparcido. La visión que llegó a ella lo confirmaba, y ahora sabía con certeza que lo correcto era seguir con ella sin importar las consecuencias, Zokane era su futuro y no planeaba darle la espalda.

Decidieron que buscarían refugio en una vieja cantera. Les tomaría toda la noche llegar al lugar, pero debían aprovechar ese cobijo para avanzar sin ser descubiertos.

En su travesía se detuvieron un par de veces a causa de Eiden, quien, a pesar de que no había luchado ni levantado un solo dedo por ayudarles en la batalla, se mostraba fatigado, utilizando cada oportunidad para descansar más de la cuenta. Cuando cruzaron un riachuelo se arrodilló para lavarse el rostro y beber un poco de agua. Enjuagó con insistencia una bolsa de piel que siempre cargaba con él para lavarla y después llenarla, parecía haber terminado, pero se volvió a enjuagar la cara. Lucía deprimido, y permaneció en cuclillas queriendo aclararse, mirando las ondas del agua sobre la orilla, suspiraba de vez en cuando, y al escuchar la voz de Nivha un sobresalto lo hizo tomar un poco de agua entre sus manos y beberla de golpe.

—¿Habéis terminado? —le preguntó con recelo acercándose a él, indagando en su mirada y posteriormente en sus manos.

—No… estoy mentalmente fatigado… ha sido un duro golpe todo esto —le confesó—. ¿Os dais cuenta lo que implica para mí que ahora esté siguiendo con fidelidad a la misma que tantas veces quise cazar…?

Dirigiendo una mirada hacia Zokane que se mantenía alerta y vigilante entre los árboles, Eiden pudo demostrar su tristeza y su preocupación. Volvió a mirar el agua, y bebió otro trago antes de levantarse.

Nivha frunció las cejas con desconfianza, le había parecido ver un rastro de magia, pero todo fue tan rápido que no podía asegurarlo y prefirió no decir nada, suficientes problemas tenían como para iniciar nuevamente un conflicto interno, y pese a eso, se acercó a Zokane susurrando rápidamente para que solo ella pudiera oírle: No perdáis de vista a Eiden».

Al escuchar la advertencia, Zokane intentó buscar su mirada, pero Nivha la ignoró, se apretó el abrigo ocultando parcialmente el rostro mientras se estremecía de frío, y Zokane entendió que debía ser discreta.

—Aún es de noche y no se puede ver —les dijo Zokane—, pero cruzando el despeñadero encontraremos las canteras. Nos darán refugio del frío mientras decidimos qué hacer.

—¡En marcha, que no me quiero congelar aquí! —exclamó Eiden con mucho afán—. Parece que se acerca una nevada y no queremos que nos atrape a la intemperie.

—Es peligroso querer cruzar el despeñadero de noche, un paso en falso y terminas en el fondo —respondió Zokane—. Necesitamos un poco de luz y no pienso encender ninguna antorcha ni nada que pueda delatar nuestra posición.

—¿Y quién suponeis que pueda vernos con una simple antorcha?

—Parece que has olvidado lo persistente que fueron tu y tus hombres cuando dirigías la cacería en mi contra —respondió mostrando una calma que estremeció a Eiden.

—Tenéis toda la razón —le concedió mostrando vergüenza—. En estos momentos el emperador debe estar usando cada recurso y cada hombre para buscaros hasta por debajo de las piedras.

Para no helarse mientras esperaban el amanecer, acomodaron, al resguardo de unos arbustos, hierba y hojas sobre el suelo y apoyaron sus espaldas para compartir un poco de calor. Apenas salió el sol, comenzaron a cruzar el despeñadero. Cuando llegaran a la cantera podrían refugiarse en alguna de las profundas cavernas, encender una fogata y buscar algo que comer mientras descubrían su destino final.

Cruzar el despeñadero no fue cosa fácil, les tomó más tiempo del esperado debido a tanta nieve y hielo engañando sus pasos, y una vez llegaron al punto más alto Zokane se detuvo, ayudada por la maleza alta y los frondosos árboles, se ocultó lo mejor que pudo seguida por Nivha. Ya había notado que las aves volaban siempre alejándose del lugar, pero al llegar confirmó que en esa área casi no había ruido natural. Agudizando la vista y con un poco de paciencia pudo detectar cómo un rayo del sol hacía destellar el metal de algo parecido a una armadura oculta entre la roca. Su corazón se aceleró al máximo y Nivha notó de inmediato lo que ocurría cuando Zokane señaló el lugar. Eiden se acercó rápidamente poniendo atención, y después de un minuto, suspiró mostrando alivio.

—Debe ser algún muerto porque eso no se mueve —les aseguró, haciendo notar en su tono de voz que seguramente ellas estaban un poco paranoicas.

Que eso fuera un muerto para Zokane no justificaba el poco ruido en el ambiente, y mientras pensaba qué hacer, Nivha le empujó el codo. Con toda la discreción posible le señaló con la mirada un punto donde se apreciaba claramente el cuerpo de un par de legionarios semiocultos por la piedra.

Sin moverse de donde estaba, Zokane levantó el rostro al cielo, la cabeza estaba a punto de reventarle al no poder pensar con claridad, la incertidumbre era una muerte lenta y despiadada. Tragó saliva cuando un presentimiento comenzó a taladrar su corazón. Ese presentimiento que nunca le fallaba y que generalmente salvaba la situación: era la misma que le gritaba con fuerza que aquello era una emboscada.

Encontrar la respuesta ella sola sería imposible, y antes que sucediera algo volvió a tragar saliva con más dificultad que antes. Haciendo caso a ese presentimiento, como si tuviera la certeza de absolutamente todo, se dirigió hacia Eiden cuando escuchó la insistencia que él ponía para llegar al lugar y ver si el muerto tendría algo de utilidad con él.

—Dime Eiden… ¿Por qué elegiste ser fiel a los propósitos de Efrén? —le preguntó en un tono suave y calmado.

—No tenía opción —respondió de inmediato mostrando sorpresa por la pregunta—. Yo ya estaba al servicio del emperador desde mucho antes de que diera rastros de locura. O hacía lo que me pedía, o pagaría con mi vida por el desacato.

—Eso lo entiendo… pero… ¿Y ahora?

—¿Qué? —preguntó consternado—. ¿Qué insinuáis con «ahora»?

—Hemos estado una edad juntos, Eiden, ¿o no te diste cuenta del paso del tiempo? Atravesamos situaciones de peligro en las cuales no hiciste nada por ayudar y en cambio, entorpecías todo. ¿Te pagaron para ver morir a Nivha?

—Zokane, os ha hecho daño la muerte de Tivana, ahora veis enemigos en todos lados. Hasta a Vaéris la habéis alejado de ti.

—¡No metas a Vaéris porque no tiene nada que ver! —le amenazó con severidad—. Ella me contó que durante la estampida que casi los mata, convenientemente estuviste fuera de todo peligro e incluso te vio empujar a Nivha hacia él.

—¡Esas son calumnias, Zokane! Pensé que ya les había explicado mi elección para empujarla. ¡Todo fue por salvarle!

—¿También es calumnia decir que impediste a Nivha usar el hechizo de luz cuando intentábamos cazar al Felino de las Tinieblas?

—¡Muy bien! ¡Esto es demasiado! ¡Estáis fuera de control!

—Estoy bastante controlada —le afirmó—. Pero tú olvidas que sabemos que eres un maestro de los susurros.

—¿Y eso qué tiene que ver? —respondió sin entender a qué se refería.

—Te vi, Eiden; muchas veces, remover el contenido de tu taza mientras emitías una luz de tus manos y ojos… era tu pasatiempo favorito, mantener contacto con quien fuera que te recibía los mensajes. No le tomé importancia, pero ahora que lo pienso, anoche también lo hiciste cuando nos obligaste a detenernos para que pudieras tomar agua… ¿A quién le has estado enviando información todo este tiempo?

—¡Bien! —bufó enfadado, mostrando indignación—. ¿Este es vuestro juego ahora? Entonces decidme… si lo hice, ¿qué razón tendría?

—Tú mismo me confesaste que mantenías informados a tus superiores respecto a todo lo que ocurría en el viaje —añadió Nivha para arrinconarlo aún más.

—¿Pero… y anoche? —exclamó componiendo una expresión poco creíble de desconcierto — . ¿Por qué lo haría?

—Si no fuiste tú, Eiden, entonces… ¿quién alertó a los legionarios del emperador para tendernos una emboscada?

—¿Qué emboscada? ¡Por todos los dioses, Zokane!

—¡Esta emboscada! —gruñó la Arpía sintiendo toda la cólera subirle por la garganta.

Rápido y sin dar tiempo, tomó a Bashitva entre sus manos convocando el arma, manifestándola en forma del precioso arco, le tomó apenas un momento para apuntar la flecha antes de que ésta se dirigiera a su objetivo. El haz de luz se dividió en tres y asestando en su objetivo provocó que la numerosa legión levantara armas. Delatada por la vibración del acero al desenfundar, Eiden retrocedió un par de pasos sin saber cómo reaccionar.

—¿A qué le temes? —preguntó Zokane, apuntando una flecha hacia él.

—¡Vamos, Zokane! Hay que calmarnos un poco.

—Estoy calmada, Eiden. Responde ahora. ¿Cuál fue el pago a tu traición y por qué?

—¡Mi sentido común! —finalmente respondió—. La apreciación del poder que te da estar bajo los servicios del único gran soberano —reafirmó quitándose la máscara—. Tengo la certeza de que ninguna mujer, ni aun con todo ese potencial que vos poseéis, va a poder detener a un hombre como Efrén. Tengo la certeza de que ser vuestro amigo no vale de nada. ¡La vida bajo palacio con hombres a mi servicio vale más que cualquier chiquilla marcada por el emperador!

—¡No podéis estar hablando en serio! —exclamó Nivha llena de ansiedad.

—No es tan grave, Nivha, no exageres. No le va a ir tan mal a la Arpía cuando el emperador la tenga. Está obsesionado con ella y una obsesión es difícil de superar, y cuando la conozca y se enamore de ese brillo en su poder, te aseguro que la nombrará su nueva emperatriz.

De solo pensarlo se le revolvió el estómago a Zokane; la rabia crecía debido a la confesión descarada y de toda esa falta de remordimiento. Parecía estar orgulloso de lo que había hecho, y parecía que no le importaba morir por cumplir su deber pues, de un movimiento rápido, lanzó una piedra al aire por sobre su cabeza la cual destelló en luz roja marcando su posición. El ruido de los legionarios al movilizarse se escuchó desde donde ellos estaban, pero Zokane no se movió, aun sabiendo que iban por ellos continuó frente a Eiden apuntando a Bashitva contra él.

—¿Queréis saber por qué lo hice? ¿Por qué intenté asesinar a Nivha? ¿Por qué intenté deshacerme de alguno de ustedes? ¿Por qué ayudé a Ardaithe para comprobar vuestra identidad y entregaros a mi emperador?

»Porque di mi palabra. Mi emperador me prometió toda la gloria y todo el poder que un hombre pueda poseer a cambio de tu cabeza. No tenéis idea de cuánto tiempo dediqué a seguiros ni de todas las burlas que recibí al no encontraros. Ahora que estaba casi seguro de que tú eras a quien yo buscaba, no iba a permitir que el heredero Ardaithe siguiera gozando de lo que no le pertenece. No iba a permitir que Nivha robara su lugar a la suprema sacerdotisa. ¡No voy a permitir que escapéis de un destino que os perseguirá hasta la muerte!

Si acaso el mago tenía algún otro truco bajo la manga, Zokane no le dio la oportunidad de utilizarlo. La hermosa sonrisa de Tivana atravesó sus pensamientos, la mirada dulce de su padre le estremeció, el refugio en los brazos de su madre le hizo sentir más frío. Nunca volvería a disfrutar de nada de eso. No volvería a ver la mirada de ninguno de ellos, jamás volvería a escuchar sus voces diciendo su nombre, no volvería a sentir el amor que le daban y que le calentaban el alma. Nunca más volvería a ser como era y todo gracias a Efrén y a hombres como él: despiadados y sin corazón.

Soltando la flecha de Bashitva atravesó la pierna del hechicero arrancándole un grito de dolor. Saltando en un pie buscó recargarse en un árbol maldiciendo a Zokane, pero ella se acercó antes de que lo lograra, con la planta de su pie Zokane soltó un golpe sobre la parte posterior de la rodilla de Eiden, doblándosela en sentido opuesto hasta que el hueso crujió al romperse. Un nuevo alarido se escapó de la boca de Eiden pero la risa despiadada terminó por imponerse.

—¿Esto sois ahora? ¿Asesina sin piedad como te enseño Vaéris?

Un revés en el rostro con la empuñadura de Bashitva lo calló por completo, la sangre se escurría entre los dedos de Eiden al sujetarse la boca y Zokane, le tomó de los cabellos para susurrarle.

—¡Tivana seguiría viva de no ser por tu traición! —bufó entre dientes—. Tu muerte no es suficiente para cumplir mi promesa de venganza hacia toda la gente que amo y que he visto morir, tu muerte no me dará la tranquilidad después de todas esas edades que me regalaste de pesadillas. ¡Pero por algo se empieza!

El cuerno de Bashitva cambió su figura, la luz se arremolinó orgánicamente formando una radiante hoja de espada, y antes de que Eiden pudiera reaccionar, ensartó el arma en medio de su pecho. La muerte fue inmediata y el mago se desplomó a sus pies. Las lágrimas le nublaron la vista a Zokane, no hubo satisfacción en sus actos; tomar la vida de un traidor que momentos antes consideraba un aliado la hacía sentir como si ella fuera la bestia, porque tampoco sentía remordimientos a pesar de saber que esa muerte no eliminaría al verdadero problema.

Buscando a Nivha con la mirada se sorprendió ver que ya tenía un portal listo para ellas y apresurándola, a voz en grito, con los legionarios a punto de alcanzarlas, lo atravesaron juntas llegando a un punto en las faldas de una montaña que resguardaba el señor feudal del Oeste.

XVII

Nivha y Zokane caminaron en silencio por tiempo indefinido hasta que el hambre y el cansancio las obligó a parar. Su primera comida después de todo el alboroto constó de una ensalada de hierbas silvestres y un pequeño conejo a las brasas, no tenían hambre, pero tuvieron que obligarse a comer.

Habían dejado todo tras de ellas, a Nivha solo le quedaba un poco de polvo de dragón, y entre las dos, no sumaban más de ocho monedas, incluida una de oro que Zokane siempre guardaba en un bolsillo que Tivana había cocido en las armaduras de cada una de ellas.

Intentaron dormir, pero Zokane no pudo, todo lo ocurrido arrasaba su paz interior de tal manera, que su visión parecía estar cubierta por una cortina que enrojecía toda posibilidad… era el rojo de la ira… el rojo de la venganza… y el rojo de la sangre lo que siempre marcó su vida y se dio cuenta de que no podía retrasar lo inevitable, no podía vivir escapando.

El miedo quedó en segundo término, su ímpetu se lo daba la fuerza del coraje y la sed de venganza que renació con furia gracias a la muerte de Tivana, venganza; que juró tomaría. Iría con todo para hacerla realidad. Sus padres, su legado, su familia, sus amigos y sus hermanas. Todo lo perdido hacía que valiera el precio alcanzar esa venganza. Pero antes, necesitaba elevar sus oraciones a nombre de su hermana.

De las tres, Tivana era la única que practicaba la religión de los dioses, y Zokane sabía, que de existir una vida después de la muerte, seguramente Tivana no llegaría si no elevaba las debidas plegarias pidiendo por su alma.

Esperó hasta estar segura de que Nivha dormía para levantarse y buscar el resguardo de un árbol. De rodillas, acomodó su frente sobre el tronco y susurró todos los rezos que se sabía mientras las primeras lágrimas salían y la garganta se le cerraba. Incapaz de seguir rezando no se sorprendió cuando Nivha se acercó a ella entonando las oraciones que Zokane no podía pronunciar.

Los cánticos para los dioses se elevaban entre el humo de una corteza de árbol que Nivha encendió, un símbolo arcano dibujado sobre la tierra con el nombre de Tivana resplandecía tenuemente. Y mantuvieron los rezos hasta que la corteza no se consumió en su totalidad.

La sacerdotisa finalizó el ritual cuando la ceniza de la corteza se elevó en el aire con la suave briza que ella misma creaba, la tierra también se fue arremolinando hacia el firmamento arrastrando con ella el símbolo arcano que resplandecía el nombre de Tivana. Zokane sintió cierta paz, el rezo de una sacerdotisa era la mejor manera de asegurar que el fallecido alcanzara paz después de su muerte.

La noche siguió su curso y el silencio se prolongó hasta después del alba, cuando Zokane se sintió capaz de pronunciar palabra sin romper en llanto, y al hablar, lo hizo únicamente para esclarecer sus dudas y el futuro.

—Conoces bien el palacio, ¿cierto?

—Conocer a la perfección cada pasadizo, salón y pasillo, es mi deber como futura suprema sacerdotisa.

—Si yo te pidiera un mapa que me permita el acceso sin ser vista… ¿podrías detallarlo para

mi uso?

—¿Os entregaréis al emperador así de fácil? —preguntó sorprendida—. ¿Después de todo lo que ha ocurrido? ¿Y qué hay de la gloria que os espera?

—¿Qué gloria? —gimió Zokane con la garganta hecha un nudo—. ¿La que viene con la muerte? La disfrutaré, te lo aseguro, pero Efrén tampoco saldrá vivo.

—¿Es que no hay manera de convenceros de que vuestro plan es una locura?

—¿Qué locura? El desgraciado piensa que estaré escapando como siempre hice. ¡No espera que me presente tan pronto y yo sola!

—¿Sabéis de lo que es capaz el emperador?

—Lo sé, lo he vivido en carne propia.

—No, no lo sabéis. No hay forma en que lo sepáis. —exclamó Nivha como si fuese un regaño — Nadie, ¡nunca! Ha podido hacerle frente. Es cruel y despiadado. ¡Tiene un control sobre el poder y la magia como nadie lo tiene! Por algo es el emperador… ¡Iréis a que os dé la peor de las muertes! ¿Creéis que ese final os dará la venganza que buscáis?

—¡En mis manos hay demasiada sangre de la gente que me importa! —gimoteó llena de dolor e impotencia—. ¿Por qué no lo entiendes? Tengo la experiencia suficiente como para infiltrarme en cualquier madriguera cazando bestias mucho más peligrosas que un simple emperador, ¿crees que voy a acobardarme ahora?

—Permitidme demostraros que vuestro futuro es más glorioso de lo que pensáis —le pidió mostrando serenidad, pero sobre todo seguridad—. Si después de confirmar mis sospechas y demostraros que tengo razón, continuáis con la misma idea, os prometo que no cuestionaré vuestra elección y os ayudaré.

—No sé de qué manera puedas demostrarlo.

—Estoy segura, puedo hacerlo, conozco un conjuro que revelará la verdad… solo os pido una cosa: una vez inicie, no puedo interrumpir el conjuro para daros instrucciones, por lo tanto, no os movereis de vuestro lugar, y cuando el momento llegue… deberéis hacer caso a vuestra intuición y cumplir vuestra parte en el ritual, por favor.

Zokane asintió con levedad sin entender realmente qué era lo que pretendía la hechicera o sin saber siquiera porque había accedido. La observó arrodillarse frente a ella: a ojos cerrados, la quietud invadió a Nivha reflejándose en su energía que parecía mecer el alma de Zokane. El ritual no había comenzado y las imágenes de la premonición se abalanzaron sobre la sacerdotisa, y más que hacerla dudar, le dejaron claro lo que debía hacer.

Comenzó trazando un círculo alrededor de ellas, del tamaño suficiente como para contenerlas a ambas a una distancia prudente. Después, fue llenando el círculo de escritura antigua y de simbología arcana que daban forma a una estrella de siete puntas representando todos los elementos y todas las fuerzas del universo.

—¿Me permitís? —le preguntó extendiendo sus dedos para que la dejara tomar su mano.

Zokane asintió extendiendo su brazo hacia Nivha, la sacerdotisa tomó una pequeña daga que guardaba entre su ropa y, sujetando su mano, presionó el filo de la daga a todo lo largo de la palma de Zokane. El corte fue profundo y la sangre brotó de inmediato. La sacerdotisa no perdió el tiempo, respiró profundamente, y sin mostrar dudas, deslizó el filo de la misma daga sobre su propia piel a todo lo largo del interior de su brazo. Zokane estuvo a punto de detenerla, pero tan pronto había hecho el corte, Nivha ya se encontraba repasando la estrella de siete puntas con la sangre de ambas mientras recitaba en lengua antigua.

El hilo de sangre que escurría sobre el símbolo comenzó a destellar como si contuviese el ritmo del latido de un corazón, hasta que la figura rúnica a su alrededor se elevó por el aire en

forma de luz.

Los movimientos de Nivha se volvieron automáticos, casi en trance. Extendiendo las palmas de sus manos hacia el cielo, la luz y la sangre de ambas comenzó a concentrarse en un remolino sobre las manos de Nivha. Rápidamente, una esfera comenzó a darse forma de entre una brisa potente y una niebla mística. La esfera se materializó de entre la sangre levitando al ras de las manos de Nivha. Profundamente negra, contenía unos destellos dorados que daban la impresión de ser estrellas aprisionadas en su interior.

El trance de la sacerdotisa era más que evidente, su mirada se perdía en el potente fulgor de su poder, y Zokane, sin tener idea de qué hacer, la observó extender sus brazos para ofrecerle la esfera. Sin un ápice de duda, Zokane extendiendo sus manos y sostuvo la pesada esfera. No tuvo tiempo siquiera de analizar lo que ocurría. Las sensaciones se hicieron presentes como si la fuerza de un rayo la hubiera interceptado, deslizándose a través de todo su cuerpo desde sus manos hasta el centro de su pecho. Un calor agradable emanaba de ella acompañado de una brisa ligera que subía como un torbellino desde sus pies, y un cegador destello dorado comenzó a emanar de la esfera hasta volverse cegadoramente incontenible.

Cuando el resplandor se estabilizó, aquella luz destellaba apacible moviéndose con lentitud entre las manos de Zokane, la esfera había desaparecido, y aunque aún sentía que la sostenía, no podía ver otra cosa más que un pequeño orbe de luz entre sus manos, radiante y dorado, como si de un mismo sol se tratara.

No pudo evitar soltar una risita nerviosa. Estaba admirada viendo lo que tenía entre las manos y no sintió miedo. Buscó en la mirada de Nivha, pero ella estaba más inmersa en su trance. Aun así, la sacerdotisa colocó sus manos sobre las de Zokane, acunando entre las dos la esfera, y al hacerlo, desbordó su brillo una vez más. Mucho más potente que antes, completamente descontrolado y más cegador.

Los resplandecientes haces de luz dorada se mezclaban con los haces de luz blanca que se había generado cuando Nivha sostuvo sus manos, y tomó un tiempo para que se apaciguara el destello, hasta que dos orbes de luz se hicieron presentes. La calma con que se movían parecía una danza, emitiendo una pulsación como si de un mismo latido se tratara. La mirada de Nivha jamás abandonó el trance, y cuando su voz sonó, lo hizo de manera solemne y profunda recitando en lengua antigua:

Yo, Nivha…
Me proclamo sacerdotisa entregada a Zokane Remedios.
Que no es otra más que Meila Bluthiem.
En unión libre, pura y desinteresada;
Con el único propósito de guiarla y servirle.
En bendición de los dioses.
Seré su soporte si hay desgracia…
Su guía si hay oscuridad…
Sus ojos en la adversidad…
Juro, que estaré a su lado en todo momento.
Prometo, con toda la fuerza de mi alma y bajo cada precepto de la magia…
Que serviré a sus propósitos hasta el último de mis alientos.
Yo, Nivha.
Os sirvo a usted, oh, señora mía, desde este momento.

El juramento de Nivha terminó y el silencio se produjo entre ellas, la piel de Zokane se erizaba por completo y el corazón desbocado la llenaba de sensaciones nuevas. Podía sentir la

comunión profunda que se estaba formando con Nivha, una sensación de pureza y bienestar. Recordando la petición de Nivha antes de comenzar aquel extraño ritual, Zokane tragó saliva, y como si supiera exactamente que hacer respondió también en lengua antigua…

—Yo… Zokane Remedios… te acepto a ti… Nivha.

A sus palabras, precedió el destello de los orbes que flotaban entre las manos de ambas. La pulsación que emitían cobró ritmo expandiendo su brillo y su luz hasta comenzar a fusionarse en uno mismo. La intensa luz que desprendían los orbes cubrió sus cuerpos por completo y comenzó a fundirse en la piel de ambas.

En Nivha, la herida en su brazo que sangraba a cántaros comenzó a cerrarse en gruesas líneas de fuego místico generado por su propia sangre. Trazos bien definidos se dieron forma hasta dejar una marca en lugar de cicatriz; la marca de su nuevo soberano con la forma de un dragón milenario que se desplegaba como serpiente por lo que antes fuera la herida. La marca del dragón parecía contener vida, y daba la impresión de que saltaría de su brazo, su tonalidad dorada irradiaba al movimiento y al contacto con la luz, y hasta sus cuatro patas lucían como si estuvieran bien agarradas sobre la piel de la sacerdotisa. El dragón que se posaba sobre su brazo miraba directo hacia Nivha, como vigilando que su promesa de servir a su nuevo amo fuera cumplida.

Por otro lado, la herida en la palma de la mano de Zokane también se cerró creando su propia marca: una estrella dorada de siete puntas con la misma simbología que había trazado Nivha sobre el suelo. La estrella de siete puntas era simple comparada con el dragón qué Nivha tenía, pero la marca de Zokane desapareció, haciéndose visible cuando estaba considerablemente cerca de Nivha y causando que el dragón resplandeciera.

Una brisa poderosa se desplegó centelleante a su alrededor, chispitas de luz se elevaron rodeándolas, hasta que poco a poco la luz se fue desvaneciendo, llevándose todo rastro de orbes y todo rastro de esfera. Se quedaron ahí, una frente a la otra, mientras Zokane observaba cómo Nivha regresaba lentamente del trance. Cuando la sacerdotisa le regaló una sonrisa amable, Zokane sintió por primera vez el aprecio y el cariño que la sacerdotisa le tenía. Algo más profundo e indescifrable se había formado entre ellas, un vínculo más allá de lo imaginable, algo, que Zokane no lograba definir.

—¿Qué ha sido todo eso? —preguntó cuando por fin pudo hablar.

—¿Eso? —preguntó con una sonrisa traviesa—. Fue el ritual que hubiera hecho hacia el emperador… la esfera que se originó de nuestra sangre… se trataba del Ojo del Dragón… y ahora, tenéis a tus servicios a una sacerdotisa. No hay nada qué hacer al respecto, soy fiel a vos sin importar a donde me llevéis. Se dice que sentiréis mi presencia y yo la vuestra en momentos de ansiedad… y si ponemos atención, lograremos escuchar nuestros pensamientos. Sabré consolaros y daros lo que necesitáis, porque mi corazón está unido al vuestro en esta vida y tal vez también por la eternidad. De ahora en adelante, pertenezco a vos, y que sepáis, que pertenecer a alguien como té me brinda la alegría más inmensa que jamás había logrado experimentar.

—¿Qué? —preguntó consternada y sorprendida, pero al mismo tiempo, reconociendo esa felicidad en Nivha de una manera antinatural, como si cada pensamiento y cada sensación de la sacerdotisa, ella misma pudiera sentirla—. ¡No! Es una locura. Tu misma me dijiste que el Ojo del Dragón puede ser usado solo en presencia del emperador, y que sin él, no tiene ningún poder. ¡Debe haber algún error!

—Sí —afirmó serenamente—. No hay ningún error. ¿Es que no lo comprendéis, Zokane? Ya no hay ningún imperio. Vuestro nacimiento y vuestra vida siempre os llevaron a la rebelión y al

poder. Dominasteis la huida, las arenas, las cacerías. Dominaréis lo que sea que se os presente. Vuestro legado fue consumido para orillaros a tomar el camino de la justicia. Vuestra compasión y vuestro amor por la vida es algo de lo que Efrén Kirínmuil carece.

«No hay más legado, Zokane¡ .No hay más emperador! El Ojo del Dragón os sirve y reconoce como si vos fueras lo que Efrén ya no puede ser. Vuestro futuro es incierto, y no estoy diciendo que seréis el sustituto del emperador, pero sí os estoy diciendo que daréis fuerza y restauración al imperio¿ .Podéis creedme? Si después de esto aún tenéis la certeza de que venceréis a Efrén ,o de que vuestro camino es el que habéis elegido, obedeceré cada uno de vuestros deseos …aunque tampoco puedo negarme ahora que estoy consagrada a voz …pero al menos, ahora sabéis el mundo de posibilidades que tenéis.

—¡Nivha, No hay ninguna otra posibilidad! —replicó Zokane sintiendo desconsuelo—. No tengo forma de explicarlo, pero siempre supe que mi camino era Efrén. Por eso le tenía tanto miedo, porque ir a él iba en contra de todo lo que mi padre hizo para mantenerme a salvo… sin embargo ahora… No dejaré que más vidas sigan siendo tomadas, no permitiré que en su búsqueda por mí, los Remedios mueran como murió todo mi legado. ¿Lo entiendes?

Tomando aire Zokane se tragó las lágrimas que anunciaban su llegada, buscaba dejar de sentirse desdichada, como si estuviera desahuciada, aunque en realidad lo estaba. El miedo era debido a que no tenía esperanza de seguir viviendo, y eso le estremecía por completo. Para ella no significaba nada lo que acababa de ocurrir con el ritual de Nivha. Lo único latente era lo que ocurriría de ahora en adelante con el emperador y tenía la certeza de que si cortaba la cabeza de la serpiente, paulatinamente todo volvería a la calma, y esa era su misión.

La sacerdotisa la observaba, su mirada estoica no era insensibilidad, al contrario, podía sentir todas y cada una de las sensaciones que Zokane estaba atravesando, podía sentir su corazón partido como si el suyo mismo lo estuviera, como si cada dolor también le perteneciera. Nivha no lo pudo soportar por mucho más tiempo, se abalanzó hacia Zokane y la sostuvo en un abrazo que sorprendió a la Arpía.

—Nivha… casi no me quedan fuerzas —musito en un intento por resistirse—, si no hago algo, todos esos a los que amo seguirán muriendo y no podré soportar una muerte más.

—¿Sois consciente de que en la vida siempre hay un precio que se debe pagar para lograr un objetivo? Siempre hay sacrificios que deben tomarse. Siempre hay elecciones que cuestan el alma, ¿asumiréis esa elección como se debe?

—¿Acaso tú entiendes que he estado escapando toda mi vida? De una u otra manera siempre me veo alcanzada por esta maldición. ¡Estoy cansada de esto, Nivha! No puedes detenerme ahora que elegí un destino. ¡No vas a detenerme aunque eso signifique mi muerte!

—¿Por qué habría de significar vuestra muerte?

—Entrar a palacio y asesinar al emperador tiene un cien por ciento de probabilidades de que no salga viva.

—¿Y estáis conforme con eso?

—Si no lo hago ahora, tampoco podré vivir tranquila en ningún otro momento… No tengo miedo… mi única opción es luchar. Es la única cosa que puedo hacer. Esto es para lo que la vida me ha preparado… para escurrirme entre las sombras y asestar el golpe final a la bestia más temida de todas.

*

Esa noche, la sacerdotisa usó un trozo de su propia ropa donde trazó un mapa exacto del palacio,

marcó con magia cada puerta y cada ventana, cada esquina y cada sala, todo estaba detallado para que Zokane pudiera memorizar todos los pasillos que la conducirían hasta la alcoba de Efrén.

—Quisiera pedirte algo.

—Vuestros deseos son mis órdenes.

—Vamos, no digas tonterías.

—Lo son, pero no os ha quedado claro. ¿Qué puedo hacer por vos?

—Busca a Vaéris y quédate a su lado, quédate con ella hasta que estés completamente segura de que ella y sus padres van a estar bien… protégelos de todo.

—Así será.

Nivha se sentía impotente, pero tenía que obedecer. Sus órdenes habían sido claras y las seguiría al pie de la letra. Usando el polvo de dragón creó un portal lo más cerca posible al palacio, lo suficiente, para que no detectaran la energía emitida, y Zokane se marchó no sin antes permitir que le sanara todas las heridas.

Nivha la vio partir sintiendo que se desgarraba por dentro, el bienestar de Zokane era su prioridad, y no pensó que sería tan difícil seguir sus indicaciones sabiendo que se dirigía a una muerte casi segura. La premonición que había tenido mientras luchaban en contra de Saíd le hablaba de una revuelta a nombre de ella, sin embargo, no la había visto a ella y en su lugar, el grito desgarrador en la voz de Zokane, muy parecido a estar muriendo le seguía resonando, agitándole aún más el corazón.

Esa incertidumbre sobre el futuro de Zokane era suficiente como para hacerle flaquear, pero comprendió que tal vez, haber hecho el ritual de juramento hacia Zokane, era la prueba que necesitaba para unificar la rebelión y demostrar que el Ojo del Dragón no tenía amo y el emperador debía ser derrocado.

Usando todo lo que le quedaba del polvo de dragón creó un portal para llegar al hogar de los Remedios; ahí comenzaría su camino buscando su destino. Con un vistazo al cuerno de Bashitva que tenía entre sus manos dio un suspiro al recordar las palabras de Zokane:

»No necesito a Bashitva para asesinar a Efrén ,y si no vuelvo, tampoco lo dejaré a la deriva. No voy a volver a fallar un juramento y prometí a mi padre que mantendría segura a Bashitva y en tus manos lo estará«

Usando un trozo de tela envolvió el cuerno y lo guardó entre sus ropas comenzando su viaje sola y a la deriva; el futuro no pintaba nada bien, esto apenas comenzaba y también ella cumpliría. Seguiría el rastro hasta encontrar a la última Arpía.

BAJO EL MISMO CIELO

Dentro de una caverna, ahí donde la penumbra se rompía por la luz del amanecer, se encontraba Darcié sentado sobre el suelo. Con la espalda apoyada en la pared de piedra, jugueteaba entre los dedos un cilindro de metal idéntico al cuerno de Bashitva.

Mantenía los ojos cerrados, parecía no tener fuerzas para moverse, o si las tenía, no lograba hacer movimiento alguno. Sus pensamientos lo llevaban una y otra vez a repasar todo lo acontecido. Tenía una necesidad imperiosa de descifrar el mensaje que la diosa había dejado pero, por más que lo pensaba, no lograba entenderlo, o tal vez sí, y justamente por eso se sentía paralizado.

Innumerables fueron los momentos en que se sintió incapaz de continuar su viaje. El peso que recaía en sus hombros era demasiado y a él no se le había dado la opción de fallar. Se sentía solo, para una vida fugaz como la humana ya habían transcurrido muchas edades, y debía ir con cuidado, cualquier cosa podría romper la frágil estabilidad.

—No sabéis cuántas ganas tengo de que estéis aquí a mi lado —susurró Darcié como si alguien pudiera oírle. A sus ojos, si nadie intervenía, era un plan perfecto. Pero claro, él ya estaba interviniendo…

Un profundo suspiro lo hizo abrir los ojos para mirar la luz al final del túnel, ya había esperado suficiente y no sabía cuánto más debía continuar haciéndolo. Aunque estaba seguro de que había tomado las decisiones correctas al aceptar el mandato de la diosa. La guerra y la justicia siempre iban de la mano y esta vez no encontraba razones para no continuar haciéndolo, sin embargo, la duda que quedaba era fuerte. En más de una ocasión llegó a preguntarse cuál sería el pago que tendría que dar por involucrarse en asuntos divinos, pero qué mejor pago que haber conocido a Meila y saber que su vínculo era poderoso, todo eso lo obligaba a desechar cualquier duda.

—¿Qué hacéis? —escuchó la voz de un anciano.

—Esperando —respondió seguro de lo que hablaba.

—La diosa ha roto las leyes y el castigo que vos recibiréis por ayudarla será severo.

—Habrá castigo por cumplir un juramento, pero también lo habrá si acaso lo rompo. ¡Ahora entiendo el sentimiento de injusticia!

—Justicia… ¿Cierto?

—Justicia —afirmó en un suspiro que dejó expuesta su resignación.

—¿Habéis conocido a la mujer?

—Desearía no haberla conocido —confesó sintiendo tristeza de sus deseos.

—¿Por qué os da tristeza? Conocéis muy bien al destino: una serie de acontecimientos que se van encauzando hasta lograr un propósito. Aun si se llegase a romper el destino, la gracia divina siempre encuentra la manera para volver a encauzar todo. ¡Apartaos de vos aquella duda, Darcié! Tenéis un destino ahora que estáis atado a las leyes terrenales. Seguiréis vuestro instinto y permitireis que todo ocurra; entonces veréis cumplido vuestro destino.

A pesar de su naturaleza, Darcié llegó a albergar dudas, sentir miedos e incluso lo había

invadido un deseo profundo de volver a su hogar pero, por alguna extraña razón se mantenía firme en su búsqueda. Dentro de él, aún tenía la convicción de que valía la pena intervenir por la diosa que un día lo buscó pidiendo su ayuda. Con todo lo acontecido reafirmaba su elección, sin embargo, escuchar esa voz divina confirmando un destino le otorgó lo que hacía falta para mantenerse en pie. Sea cual fuere su destino, se sentía seguro de cumplirlo.

—Es momento. Poneros en pie, pero has de saber que pronto os alcanzaré y solo entonces podréis llegar a ella. El momento en que el fuego de la diosa arderá se aproxima y debéis estar preparado.

—¿Podéis asegurar que el momento ha llegado?

—El Ojo del Dragón sirve a un nuevo amo y una suma sacerdotisa se ha consagrado a alguien que no posee la sangre elegida por los dioses. ¿Necesitáis más pruebas?

—Claro, ya lo veía venir —resopló por la nariz al darse cuenta de lo rápido que los acontecimientos se producían.

—¡Claro! —repitió sus palabras—. Hasta ahora, todo cuanto la diosa planeo se ha cumplido.

—¿También estáis ayudando a la misma diosa que yo? —preguntó sorprendido, pero al mismo tiempo sintiendo alivio.

—No sois el único que se deja dominar por el sentido de Justicia.

—Es persuasiva —agregó mostrando una sonrisa de complicidad.

—Marcharos —volvió a insistir la voz—. Cuando la elegida fue desvirgada en un acto virtuoso que sólo otorga el amor, se abrió un portal que no pasará desapercibido. El vínculo que la mujer posee con su propio ser ahora es más fuerte y la divinidad está más presente… No nos queda mucho tiempo.

—Por supuesto.

Darcié volvió a suspirar y asintió. Al ponerse en pie se sacudió la ropa, guardó la réplica del cuerno de Bashitva en una bolsa de piel, tomó su espada que estaba recargada en la piedra, recargó el acero sobre su hombro, y comenzó su camino hacia la luz. La caverna quedó vacía y en completo silencio. Darcié se marchó en soledad permitiendo que el viento marcara sus pasos y le indicara el camino.

Un sentimiento lo acompañaba: esperanza, de que la divinidad que había hablado con él lo alcanzara cuanto antes, pues solo así, volvería a tener la posibilidad de estar al lado de la mujer que un día le robó el alma.



ADA LIBIA ROMERO MARTÍNEZ
(1981, D.F. México)

Autora de la novela de fantasía épica *Nemar. Solo uno regirá*, autopublicada en enero de 2019. Participó en la antología de cuentos *La interpretación de la rueda* de Lorena Amkie, escritora y asesora editoria, publicada en febrero de 2024. Descubrió en la escritura un universo de posibilidades, logrando desvelar el mundo de *Las Arpías,* primera parte de una trilogía con la que debuta como escritora.

www.adarobuma.com





Las Arpías de Ada Robuma se plantó en Ediciones Arboreto una tarde de mayo de la edad 2024.